



ae

ANDRZEJ
SAPKOWSKI
LUX PERPETUA

Una cruzada en el corazón de **Lectulandia**

El Anticristo, muy señores míos, querido público, será de la estirpe de Dan.

Reinmar de Bielau, llamado Reynevan, se encuentra en una encrucijada. Por un lado, el médico y alquimista educado en Praga se ha convertido en un participante de importancia en la revolución husita contra el clero y la nobleza, un movimiento que ha impuesto su ley en Bohemia y Moravia, y que amenaza con extenderse por toda Silesia, Sajonia y Polonia hasta el mar Báltico. Por otro, la Inquisición ha capturado a su amada, Jutta de Apolda, y la utiliza como baza para chantajearle y obligarle a espiar para los enemigos de los husitas.

Excomulgado, manipulado por unos y otros, y rodeado de una creciente desconfianza entre los suyos, sólo contará con la ayuda de sus fieles amigos Scharley y Sansón Mieles para sortear intrigas y peligros sin cuento, inmerso en un espeluznante juego de poder que enfrenta a nobles y campesinos, eslavos y alemanes, paganos y cristianos, partidarios del progreso y defensores de la tradición.

En los campos teñidos de sangre del corazón de Europa, Reynevan perderá los últimos restos de su inocencia y aprenderá que ni las intenciones más puras ni la voluntad más firme pueden nada contra las inexorables realidades de la marcha de la historia. ¿O quizá sí?

Lectulandia

Andrzej Sapkowski

Lux Perpetua

Guerras Husitas - 3

ePub r1.0

Titivillus 28.04.2017

Título original: *Lux perpetua*
Andrzej Sapkowski, 2016
Traducción: Fernando Otero Macías
Ilustraciones: Alejandro Colucci
Diseño de cubierta: Alejandro Terán

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Dies irae illa,
solvat saeculum in favilla,
teste David cum Sibylla...*

Día de la ira, aquel día en que los siglos se reduzcan a cenizas, como atestiguan David y la Sibila. Grande será el terror cuando venga el juez a juzgarlo con rigor. La trompeta, esparciendo su admirable sonido por la región de los sepulcros, reunirá a todos ante el trono.

*Tararara, tararara, tararara dum, dum, dum...
Lacrimosa dies illa,
qua resurget ex favilla
iudicandus homo reus
huic ergo parce Deus.*

Ay, ayayay, se acerca, muy señores míos, querido público, se acerca el día de la ira, el día del infortunio, el día de las lágrimas. Se acerca el Día del Juicio y el castigo. Como dice la epístola de San Juan: *Antichristus venit, unde scimus quoniam novissima hora est*. Ya llega, ya llega el Anticristo, ya llega la última hora. Se acerca el fin del mundo y acaba la existencia de todo lo viviente...

En otras palabras: las cosas van de culo.

4º Aniversario

Proyecto Scriptorium

Edición conmemorativa



Prólogo

El Anticristo, muy señores míos, querido público, será de la estirpe de Dan.

Nacerá en Babilonia. Con el fin del mundo ha de llegar, podrá reinar medio cuarto de año. Erigirá su templo en Jerusalén, someterá a los reyes por la fuerza y arruinará a la Iglesia de Dios. Cabalgará en un horno ardiente, difundiendo sus prodigios por doquier. Exhibiendo sus heridas, confundirá a los verdaderos cristianos. Llegará con el fuego y la espada, mas su fuerza será la blasfemia, y su brazo será la vileza, su mano diestra será la destrucción, y su mano siniestra las tinieblas. Su rostro es como el de una fiera salvaje, la frente huidiza, las cejas pobladas y juntas... Su ojo derecho es como el lucero del alba, el izquierdo lo tiene siempre fijo, verde como el de un gato, con dos pupilas en lugar de una. Su nariz es un abismo, su boca mide un codo, sus dientes un palmo. Son sus dedos cual guadañas de hierro.

¡Eh, eh! ¿Qué es eso de gritarle a un viejo, nobles señores? ¿A qué vienen ahora esas amenazas? ¿A cuento de qué? ¿Cómo que os estoy alarmando? ¿Que soy un blasfemo? ¿Que no hago más que graznar como un cuervo? ¡Nada de eso, qué voy a graznar! Estoy diciendo la pura verdad, proclamada por los santos padres de la Iglesia. ¡Si hasta los propios evangelios lo confirman! ¿Solo los apócrifos? ¿Y qué más da que sean apócrifos? Todo este mundo es apócrifo.

¿Qué llevas ahí, dulce muchacha? ¿Qué es eso que espumea en las barricas? ¿No será cerveza por un casual?

Aaah, qué buena... De Swidnica, sin duda...

¡Un momento! ¡Mirad por la ventana, nobles señores! ¿No estará engañando la vista a este pobre viejo? ¿Pues no me parece que el sol asoma al fin entre las nubes? ¡Y tanto! Pronto habrá quedado atrás este tiempo frío y desabrido. Vaya que sí. Fijaos en cómo el mundo nos inunda de luz, cómo desciende de los cielos formando una columna dorada. Qué inmensa claridad...

Lux perpetua...

Ojalá fuera así. Eterna. Ojalá...

¿Cómo decís? ¿Que, dado que empieza a escampar, va siendo hora ya de ponerse en camino? ¿Que lleváis demasiado tiempo metidos en esta taberna? ¿Que, por eso mismo, me deje de rollos y vaya concluyendo mi historia? ¿Que os cuente qué fue de Reynevan y de su amada Jutta, de Scharley y de Sansón en aquellos tiempos, tiempos de guerras cruentas, cuando la sangre corría a raudales y los incendios tiznaban las tierras de Lausacia, Silesia, Sajonia, Turingia y Baviera? A eso iba, señores, a eso iba. Enseguida os lo cuento, porque también la historia misma, de forma natural, se aproxima a su fin. Aunque debo preveniros que, si os disponíais a escuchar un final venturoso o alegre para esta historia, os aguarda un amargo desengaño... ¿Cómo? ¿Qué otra vez estoy alarmando? ¿Que no hago más que graznar? ¿Y cómo no había de graznar, si puede saberse? ¿Cuándo no paran de suceder cosas terribles en el

mundo? ¿Cuándo por toda Europa, daos cuenta, atruenan sin pausa las batallas?

Cerca de París, la sangre no se seca en las espadas de franceses e ingleses, de borgoñones y armañaques. Como diría Ovidio, el crimen y la destrucción devastan la tierra francesa, la guerra parece no tener fin. Cien años va a durar, a este paso.

Anda revuelta Inglaterra, donde Gloucester se opone a los Beaufort. Ya veréis, ya, acordaos de lo que os digo, cómo acaban mal los York y los Lancaster, la Rosa Blanca y la Rosa Roja.

En Dinamarca rugen los cañones, Erico de Pomerania lucha con la Hansa, se enfrenta con denuedo a los duques de Schleswig y Holstein. En las calles de Nápoles hacen de las suyas los conquistadores, la soldadesca de Aragón y Navarra.

En Moscú se agitan espadas y antorchas, el príncipe Basilio pelea encarnizadamente con Jorge, con Basilio el Tuerto, con Demetrio Shemiaka. *Vae victis!* Lágrimas rojas brotan de las cuencas ensangrentadas de los vencidos.

El intrépido Juan Hunyadi combate con éxito a los turcos. ¡Gloria a los hijos de Árpád! Pero cuelga, como la espada esa de Damocles, la sombra de la Media Luna sobre Transilvania, sobre los valles del Drava, el Tisa y el Danubio. Escrito está, ay, escrito está que los húngaros compartirán el triste sino de búlgaros y serbios.

Venecia se asusta mientras Murad II rebana el Epiro y Albania con el yatagán teñido en sangre. El Imperio bizantino se ha visto reducido a las dimensiones de Constantinopla, Juan VIII y su hermano Constantino observan inquietos desde las murallas, no vaya a ser que llegue ya Osmán. ¡Uníos de una vez, cristianos de oriente y de occidente, frente al enemigo común! ¡Tenéis que uniros y aliaros!

Aunque es muy posible que ya sea tarde...

Se acerca el gran día, el Día del Señor, y será el día de la ira, el día de la opresión y la aflicción, el día de la ruina y la devastación, el día de la oscuridad y las tinieblas, el día de las nubes y la tempestad.

Dies irae...^[1]

Lo proclamó el rey David en los salmos, lo profetizó el profeta Sofonías, lo anunció la profetisa pagana Sibila. Cuando veáis que el hermano condena a muerte al hermano, que los hijos se levantan contra los padres, que la mujer abandona al marido y que una nación llama a la guerra contra otra nación, que por toda la tierra cunde la hambruna, se extiende la peste y surgen desgracias sin cuento, sabréis entonces que el final está próximo... ¿Eh? ¿Cómo decís? ¿Que todo eso que acabo de mencionar sucede a diario, constantemente, sin parar? ¿Y que tampoco es cosa reciente, sino de toda la vida, que viene de siempre? Ja, tenéis mucha razón, noble caballero con el blasón de los Habdank, y también tú, venerable frater de San Francisco. Tenéis razón, honorables señores que asentís con gesto de comprensión, y vosotros, píos monjes, y vosotros, buenos mercaderes. Tenéis razón. Por todas partes hay maldad y hay crímenes. A diario se producen fratricidios, por doquier abunda la perfidia, la sangre se derrama sin pausa. A fe mia que vivimos en un siglo de traiciones, de violencia y abusos, un siglo de guerras incesantes. ¿Cómo, entonces,

cuando todo eso ocurre a nuestro alrededor, podremos reconocer si ya es el fin del mundo o si este no ha llegado todavía? ¿Según qué criterios podremos juzgarlo? ¿Qué señales nos lo mostrarán, qué clase de *signa et ostenta*?

Por lo que veo, seguís asintiendo con la cabeza, honorables señores, buenos burgueses, devotos religiosos. Sé lo que estáis pensando, pues yo mismo ya he reflexionado sobre esto en más de una ocasión.

¿Y si llegara sin señales? ¿Sin tocar a rebato? ¿Sin advertencias? Así, de buenas a primeras, ¡zaca! ¿Y sanseacabó, *finís mundi*? ¿Igual no hay piedad? ¿No habrá un solo hombre justo en Sodoma? Dado que somos una tribu inicua, puede que no se nos ofrezca ninguna señal.

Pero no temáis. Habrá señales. Lo anuncian los evangelios. Tanto los canónicos como los apócrifos.

Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas, y en la tierra los pueblos se morirán de miedo, oyendo desesperados el estruendo del mar y de la tempestad. El poder de los cielos se verá sacudido. El sol se tornará oscuro, la luna nos negará su luz y las estrellas caerán desde lo alto. Y se desencadenarán los cuatro vientos, libres de sus ataduras. *Movebuntur omnia fundamentae terrae*, temblarán la tierra y el mar, y con ellos los montes y colinas. Y descenderá del cielo la voz del arcángel, y será escuchada hasta en los abismos más profundos.

Y durante siete días habrá señales colosales en el cielo. Os diré cómo han de ser. ¡Prestad atención!

El primer día las nubes cubrirán el cielo desde la medianoche. ¡Y manará de ellas una lluvia de sangre por toda la tierra!

Y el segundo día la tierra se desplazará, las puertas del cielo se abrirán por el oriente y el humo de un gran incendio ocultará todo el firmamento. Y ese día cundirán el terror y el espanto en el mundo.

Y el tercer día gemirán los abismos terrestres en los cuatro extremos del mundo, y llenará los aires el hedor nauseabundo del azufre. Y así hasta la hora décima.

Y el cuarto día el escudo del sol se cubrirá y habrá grandes tinieblas. En ausencia del sol y la luna, el espacio permanecerá oscuro, las estrellas dejarán de servirnos. Así hasta la mañana siguiente. El sexto día amanecerá entre nieblas...

Capítulo primero

En el que Reynevan, que intenta dar con la pista de su amada, sufre toda clase de contratiempos. Le va de pena. En casa y en la calle, de pie, sentado y ocupado. Y Europa, a todo esto, está cambiando. Adoptando nuevas técnicas de combate.

El día había amanecido entre nieblas, el tiempo era bastante templado para estar en febrero. Durante toda la noche se había producido el deshielo, la nieve estaba fundiéndose desde el amanecer, las huellas de los cascos herrados y las rodadas de los carros sobrecargados se llenaron de agua negra en un momento. Rechinaban los ejes y las ballestillas, los caballos bufaban, los carreteros juraban adormilados. La columna, que comprendía cerca de trescientos vehículos, avanzaba despacio. Por encima de ella flotaba un olor, espeso y nauseabundo, a arenques en salazón.

Sir John Fastolf, adormilado, iba dando sacudidas en la silla.

Después de algunos días de helada, de pronto había llegado el deshielo. La nieve húmeda, que había caído durante toda la noche, se fundía enseguida. Churretes de nieve blanda goteaban de los abetos.

—¡Sus y a elloos! ¡Matad!

—¡Aaah!

El fragor del violento combate ahuyentó a los grajos, los pájaros levantaron el vuelo desde las ramas desnudas, el cielo plumizo de febrero quedó cubierto por un mosaico negro y móvil, los graznidos llenaron el aire empapado en la humedad del deshielo. Estruendo y chasquidos de hierro. Griterío.

La lucha fue breve, pero encarnizada. Los cascos de los caballos horadaban la nieve apelonada, la amasaban con el barro. Los animales relinchaban y soltaban gruñidos agudos, los hombres daban alaridos. Unos de bravura, otros de dolor. La lucha concluyó tan deprisa como había empezado.

—¡Hooo! ¡Adelanteee! ¡Adelanteee!

Y otra vez, ahora algo más bajo. El eco se extendía por el bosque.

—¡Hooo! ¡Hoooooo!

Los grajos graznaban, revoloteando por encima del bosque. El traqueteo se alejaba poco a poco. Los gritos cesaron.

La sangre teñía los charcos, empapaba la nieve.

El armiguer herido oyó acercarse al jinete, le había alertado el bufido del caballo y el tintineo de los arreos. Gimió, probó a levantarse, no fue capaz, el esfuerzo redobló la hemorragia, entre las placas de la coraza brotó con más brío el chorro carmesí, corriendo por la superficie. El herido afirmó la espalda en un tronco caído, se llevó la mano a la daga. Consciente de lo inútil que era un arma como esa en manos de alguien incapaz de ponerse de pie, con el costado atravesado por una lanza

y con una pierna dislocada por la caída del caballo.

El potro bayo que se acercaba era un amblador, su manera atípica de desplazar las patas saltaba a la vista. El jinete que cabalgaba el bayo no llevaba en el pecho el signo del Cáliz, de modo que no era uno de los husitas con los que el destacamento del armiguer acababa de entrar en combate. No llevaba armadura. Ni armas. Parecía un viajero corriente. No obstante, el armiguer herido sabía de sobra que en aquellos momentos, en el mes de febrero del año del Señor de 1429, en la región de los altos de Strzegom no se veían muchos viajeros. En febrero de 1429 por los altos de Strzegom y la llanura de Jawor no viajaba nadie.

El jinete estuvo observándolo mucho tiempo desde lo alto de la silla. Mucho tiempo y en silencio.

—Esa hemorragia —comentó finalmente— hay que detenerla. Yo puedo hacerlo. Pero solo cuando hayas arrojado ese estilete. Si no lo haces, yo me alejo, y tú te las apañas como puedas. Decide.

—Nadie... —gimió el armiguer—. Nadie pagará un rescate por mí... Que no se diga luego que no lo he advertido...

—¿Vas a soltar el estilete, sí o no?

El armiguer maldijo en voz baja, arrojó la daga con un movimiento ostentoso. El jinete se apeó del caballo, desató las alforjas, sacó una bolsa de piel y se arrodilló al lado del herido. Con una navaja corta tajó las correas que mantenían unidas las dos piezas del peto al espaldar. Tras retirar las placas, descosió y retiró el gambesón, empapado de sangre, se inclinó a examinarlo.

No tiene muy buena pinta... —masculló—. Uy, ninguna buena pinta. *Vulnus punctum*, una herida punzante. Profunda... La vendaré, pero sin ayuda no vamos a salir bien parados. Te llevaré a Strzegom.

—Strzegom... está cercado... Los husitas...

—Lo sé. No te muevas.

—Yo a ti... —dijo suspirando el armiguer—... creo que te conozco...

—Pues también a mí, fíjate, me suena tu jeta.

—Soy Wilkosz Lindenau... Escudero del caballero Borschnitz, que el Señor lo tenga en su gloria... El torneo en Ziebice... Yo te llevé a la torre... Porque tú eres... Pero si tú eres Reinmar de Bielau... ¿Verdad?

—Ajá.

—Entonces estás... —Los ojos del armiguer se agrandaron del susto—. Cristo... Tú estás...

—¿Proscrito bajo techo y en campo abierto? Estamos de acuerdo. Ahora te va a doler.

El armiguer apretó con fuerza los dientes. Justo a tiempo.

Reynevan llevaba el caballo. Wilkosz Lindenau, inclinado en la silla, se lamentaba y gemía.

Más allá de la colina y el bosque había un camino. Junto a él, allí cerca, unas ruinas carbonizadas, los restos de unos edificios arrasados en los que a Reynevan le costó reconocer el antiguo Carmelo, el convento de la orden *Beatissimae Virginis Marine* de Monte Carmelo, que había servido en su día como asilo de deméritos, lugar de aislamiento y castigo para los sacerdotes inmorales. Y después estaba Strzegom. Cercado.

El ejército que tenía cercado Strzegom era muy numeroso. Reynevan calculó a ojo que habría fácilmente cinco o seis mil hombres, de modo que se confirmaban los rumores que aseguraban que los Huérfanos habían recibido refuerzos de Moravia. En diciembre del año anterior Jan Královec había dirigido una razia contra Silesia con cuatro mil hombres escasos y un número proporcional de carros de guerra y de artillería. Ahora habría unos quinientos carros y, en cuanto a la artillería, en ese preciso instante estaba teniendo ocasión de presentarse. Una decena de bombardas y morteros dispararon con estrépito, cubriéndose de humo el emplazamiento de las baterías y el terreno colindante. Las balas de piedra volaron con un silbido en dirección a la ciudad, estrellándose contra muros y edificios. Reynevan sabía dónde caían los proyectiles, sabía adonde apuntaban. Los disparos se dirigían contra la barbacana y la atalaya situada sobre la Puerta de Swidnica, principales bastiones defensivos en el sur y en el este, así como contra las ricas mansiones de la plaza Mayor y contra la iglesia parroquial. Jan Královec de Hradek era un jefe experimentado, sabía a quién había que fastidiar y qué propiedades convenía destruir. El tiempo que resistía una ciudad solía depender del estado de ánimo imperante entre el patriciado y el clero.

Por lo general, tras una descarga podía esperarse un asalto, pero no había nada que así lo indicara. Las tropas de servicio disparaban desde detrás de los parapetos con sus ballestas, culebrinas y cañones de mano, pero los restantes Huérfanos se daban a la indolencia junto a los fuegos de campamento y las calderas de la cocina. Tampoco se apreciaba ninguna actividad especialmente intensa en los alrededores de las tiendas del estado mayor, sobre las cuales ondeaban perezosamente las enseñas del Cáliz y el Pelicano.

Reynevan condujo al caballo, precisamente, hacia el estado mayor. Los Huérfanos que iba dejando atrás apartaban la mirada con indiferencia, nadie los detuvo, nadie les dio el alto ni les preguntó quiénes eran. Era posible que los Huérfanos hubieran reconocido a Reynevan, muchos ya lo conocían. También era posible que les diera lo mismo.

—Me van a rebanar el cuello... —balbuceó Lindenau, desde lo alto de la silla—. Me harán picadillo... Heréticos... Husitas... Diablos...

—Nadie va a hacerte nada —trató de convencerse a sí mismo Reynevan, viendo a una patrulla armada con rogatinas y bisarmas que se acercaba hacia él—. Pero, para estar más tranquilos, llámalos «checos». *¡Vitáme vas, bratri*^[2]! Soy Reinmar de Bielau, ¿no me reconocéis? *¡Necesitamos un médico! ¡Felcar*^[3]! ¡Llamad a un

cirujano, por favor!

Cuando Reynevan se presentó en el estado mayor, de inmediato lo abrazó y lo cubrió de besos Brázda de Klinstejn, a este se unieron, estrechándole la mano al recién llegado y dándole palmadas en la espalda, Jan Kolda de Zampach, los hermanos Matej y Jan Salava de Lipa, Piotr el Polaco, Vilém Jenik, otros que no conocía. Jan Královec de Hradek, hetmán de los Huérfanos y jefe de la expedición, no dio rienda suelta a ninguna emoción extraordinaria. Y tampoco parecía sorprendido.

—Reynevan. —Lo recibió con bastante frialdad—. Mirad, mirad. Saludad al hijo pródigo. Sabía que volverías con nosotros.

—Va siendo hora de acabar —dijo Jan Královec de Hradek.

Fue guiando a Reynevan por las líneas y puestos. Estaban solos. Královec quería que estuvieran solos. No sabía con certeza de dónde venía Reynevan y qué nuevas traía, confiaba en que hubiera mensajes secretos destinados exclusivamente a sus oídos. Al descubrir que Reynevan no venía como enviado de nadie y no traía ningún mensaje, se apesadumbró.

—Va siendo hora de acabar —repitió, situado tras un parapeto, mientras comprobaba con la mano la temperatura del cañón de una bombardita, enfriada por medio de pieles empapadas, al tiempo que observaba las murallas y las atalayas de Strzegom.

Reynevan no apartaba la vista de las ruinas del Carmelo incendiado, del sitio donde, hacia ya una eternidad, había conocido a Scharley. Hace ya una eternidad, pensó. Cuatro años.

—Es hora de acabar —la voz de Královec lo arrancó de sus reflexiones y recuerdos—. Es el momento oportuno. Hemos hecho lo que nos tocaba. Nos ha bastado con diciembre y enero para tomar y saquear Duszniki, Bystrzyca, Ziebice, Strzelin, Niemcza, el monasterio cisterciense de Henryków, así como un sinfín de pueblecillos y aldeas. Les hemos dado a los alemanes una lección, no se olvidarán de nosotros. Pero ya se acaba el Carnaval, ya está ahí la Cuaresma, maldita sea, estamos a diez de febrero. Llevamos más de dos meses combatiendo con ganas, ¡dos meses de invierno! Habremos recorrido unas cuarenta millas. Los carros que llevamos están hasta arriba de botín, conducimos rebaños enteros de vacas. Pero la moral decae, los hombres están cansados. Después de cinco días de asedio, no pudimos con Swidnica. Te diré la verdad, Reynevan: no teníamos fuerzas para el asalto. Hicimos mucho ruido con los cañones, arrojamos fuego contra los tejados, les metimos miedo, esperando que los de Swidnica se rindieran o, por lo menos, que se prestaran a negociar, a pagar un rescate. Pero el señor Kolditz no se asustó, y no tuvimos más remedio que largarnos de allí con las manos vacías. Se ve que Strzegom ha seguido su ejemplo, porque también se defiende eficazmente. Y otra vez intentamos parecer terribles, los asustamos, los freímos con nuestras bombarditas, corremos por los

bosques detrás de las partidas llegadas de Wroclaw, que intentan distraernos. Pero te diré la verdad: también nos tocará largarnos de aquí con las manos vacías. Del todo. Volver a casa. Porque ya es hora. ¿Tú qué opinas?

—Yo no opino. Tú mandas aquí.

—Sí, mando, mando. —El hetmán se volvió bruscamente—. Sobre un ejército cuya moral está por los suelos. Y tú, Reynevan, te encoges de hombros y no opinas. ¿Y qué es lo que haces? Salvas a un alemán herido. A un papista. Nos lo traes aquí, le mandas a nuestro cirujano que lo cure. ¿Te muestras compasivo con el enemigo? ¿Delante de todo el mundo? ¡Tenías que haberlo rematado en el bosque, maldita sea!

—Creo que no hablas en serio.

—Lo había jurado... —murmuró entre dientes Královec—. Después de lo de Olawa... Me había prometido a mí mismo que, después de lo de Olawa, no habría piedad para ninguno de ellos. Para ninguno.

—No podemos dejar de ser personas.

—¿Personas? —Al hetmán de los Huérfanos le faltaba poco para echar espuma por la boca—. ¿Personas? ¿Tú sabes lo que pasó en Olawa? ¿La víspera de San Antonio? Si hubieras estado allí aquella noche, si lo hubieras visto...

—Estuve allí. Y lo vi.

»Estuve en Olawa —repitió Reynevan, observando sin emoción la cara de asombro del hetmán—. Llegué allí casi una semana después del día de Reyes, poco después de vuestra partida. Estaba en la ciudad el domingo anterior a San Antonio. Y lo vi todo. También fui testigo más tarde de cómo celebraron en Wroclaw la victoria en Olawa.

Královec estuvo unos segundos callado, observando desde el parapeto el campanario de la iglesia parroquial de Strzegom, donde precisamente acababa de repicar la campana, con un sonido fuerte y sostenido.

—Así que no solo has estado en Olawa, sino también en Wroclaw —constató—. Y ahora te presentas aquí, a las puertas de Strzegom. Como caído del cielo. Apareces, desapareces... A saber de dónde, a saber cómo... La gente ya empieza a hablar, a murmurar. A sospechar...

—¿A sospechar qué?

—Tranquilo, no te alteres. Yo confié en ti. Sé que tenías algo importante en la cabeza. Cuando te despediste de nosotros allá en Wielislaw, el 27 de diciembre, en el campo de batalla, ya advertimos la enorme urgencia que te llevaba a ocuparte de algún asunto importante, de una importancia sin par. ¿Lo has resuelto?

—No he resuelto nada. —Reynevan no ocultó su amargura—. Al contrario, he sido maldito. De pie, ocupado y sentado. En los montes y los valles.

—¿Y eso?

—Es una larga historia.

—Me encantan esas historias.

Algo fuera de lo corriente iba a ocurrir ese día en la catedral de Wroclaw. Los fieles congregados en el templo se daban cuenta por el barullo y la excitación de quienes estaban situados más cerca del transepto y el coro. Los cuales podían ver y oír mejor que el resto, apelotonados como estaban en la nave central y en las dos laterales. Estos, al principio, tuvieron que conformarse con sus propias conjeturas. Y con el chismorreo que les llegaba en forma de un murmullo creciente, que se iba repitiendo y recorría la multitud como el susurro de las hojas agitadas por el viento.

La gran campana de la catedral empezó a repicar: tocaba sordamente, despacio, con un toque ominoso y siniestro, pausado. El badajo, se sentía claramente, golpeaba siempre contra el bronce por el mismo lado. Elencza von Stietencron le cogió la mano a Reynevan y se la apretó con fuerza. Reynevan le devolvió el apretón.

*Exaudí Deus orationem meam
cum deprecor a timore inimici
eripe animam meam...*

El portal de entrada a la sacristía estaba adornado con relieves que representaban el martirio de San Juan Bautista, patrón de la catedral. Por allí salieron doce prelados, entonando cánticos. Vestidos con casullas festivas, portando gruesos cirios, los prelados se detuvieron delante del altar mayor, de cara a la nave.

*Protexisti me a conventu malignantium
a multitudine operantium iniquitatem
quia excicuenint ut gladium linguas suas
intenderunt arcum rem amaram
ut sagittent in occultis immaculcitum...*

Creció el murmullo entre la multitud, se multiplicó de repente. Pues en los escalones junto al altar había hecho su aparición Conrado, obispo de Wroclaw, en persona. Un Piasta de la línea de los duques de Olesnica. La principal dignidad eclesiástica de Silesia. El representante del muy noble Segismundo de Luxemburgo, rey de Hungría y Bohemia.

El obispo iba de plena gala pontifical. Con las ínfulas adornadas de piedras preciosas en la cabeza, la dalmática por encima de la tunicela, el pectoral en el pecho y el báculo pastoral, retorcido como un pretzel, en la mano, tenía un aspecto de lo más digno. Lo envolvía tal aura de dignidad que cualquiera habría podido pensar que, más que el obispo de Wroclaw, quien bajaba los escalones del altar era todo un arzobispo, un elector, un metropolitano, un cardenal, cuando no el mismísimo Papa de Roma. Claro que su persona era más digna y más santa que el actual Papa romano. Mucho más digna y mucho más santa. Así pensaba más de uno de los presentes en la catedral. El propio obispo era de esa opinión.

—Hermanos y hermanas —su voz potente y sonora electrizó y acalló a la muchedumbre, retumbando, se diría, hasta en lo alto de las bóvedas. Guardó silencio mientras la campana catedralicia repicaba nuevamente—. ¡Hermanos y hermanas! —El obispo se apoyó en el báculo pastoral—. ¡Buenos cristianos! Nos enseña Jesucristo, Nuestro Señor, que perdonemos sus culpas a los pecadores, que roguemos por nuestros enemigos. Es esta una enseñanza bondadosa y compasiva, una enseñanza cristiana, pero no puede ser aplicada a todos los pecadores. Hay pecados y culpas para los que no hay perdón, para los que no cabe la compasión. Todo pecado y toda blasfemia será perdonado, pero la blasfemia contra el Espíritu no ha de ser perdonada. *Neque in hoc saeculo, neque in futuro*, ni en este siglo ni en el futuro.

El diácono le ofreció una vela encendida. El obispo la agarró con su mano engarfiada.

—Reinmar, de la casa de Bielau, hijo de Thomas von Bielau, pecó contra Dios, Uno y Trino. Cometió pecado de herejía, de sacrilegio, de hechicería, de apostasía, amén de incurrir en crímenes ordinarios.

Elencza, sin dejar de apretarle con fuerza la mano a Reynevan, suspiró hondo, levantó la vista, lo miró a la cara. Y volvió a suspirar, esta vez en silencio. En el rostro de Reynevan no se advertía ninguna emoción. Su cara parecía muerta. Como si fuera de piedra. Esa misma cara tenía en Olawa, pensó Elencza con temor. En Olawa, la noche del 16 al 17 de enero.

—De quienes son como Reinmar de Bielau —la voz del obispo volvió a resonar entre las columnas y arcos del templo— proclaman las Escrituras: «Si gracias al conocimiento de Nuestro Señor y Salvador huyen de la corrupción que hay en el mundo, pero de nuevo caen en ella y son vencidos, su final es peor que su comienzo. Más les valdría no haber sabido del camino recto que no, habiendo tenido conocimiento del mismo, apartarse del santo mandamiento recibido. Se cumple en ellos lo que dice el proverbio: el perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada... a revolcarse en el cieno».

»A sus propios vómitos —Conrado de Olesnica alzó aún más la voz— y al cenagal ha regresado el traidor y herético Reinmar de Bielau, salteador, brujo, verdugo de vírgenes, blasfemo, profanador de lugares sagrados, sodomita y fratricida, culpable de toda clase de crímenes, ese canalla que *ultimus diebus Decembris* asesinó pérfidamente, atacándole por la espalda, al noble y benévolo duque Juan, señor de Ziebice.

»Por eso, en el nombre de Dios Omnipotente, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en el nombre de todos los santos del Señor, por el poder que nos ha sido otorgado apartamos al apóstata Reinmar de Bielau de la comunión del Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor, rompemos el vínculo que lo une al seno de la Santa Iglesia y lo expulsamos de la comunidad de los fieles.

En el silencio que se hizo en las naves apenas se oyeron alientos y suspiros. Alguna tos sofocada. Y algún hipo.

—*¡Anathema sit!* Queda excomulgado Reinmar de Bielau. Que sea maldito bajo techo y en campo abierto, maldito en vida y en la hora de la muerte, de pie, sentado, ocupado y caminando, maldito en la ciudad, en la aldea y el campo, maldito en los sembrados, en los bosques, en los prados y pastizales, en las montañas y en los valles. Que la impotencia incurable, la pestilencia, la llaga egipcia, las hemorroides, sarna y la tiña caigan sobre sus ojos, su garganta, su lengua, su boca, su cuello, su pecho, sus pulmones, sus oídos, sus narices, sus brazos y sus testículos, sobre todos y cada uno de sus miembros, desde la coronilla hasta las plantas de los pies. Maldita sea su casa, su mesa y su lecho, su caballo, su perro, maldito sea su alimento y su bebida, y todas sus pertenencias.

Elencza notó la lágrima que le corría por la mejilla.

—Declaramos a Reinmar de Bielau objeto de anatema perpetuo, arrojado a los abismos en compañía de Lucifer y de los ángeles caídos. Lo incluimos entre los tres veces malditos, sin esperanza alguna de perdón. Que su lux se apague para siempre, por los siglos de los siglos, como señal de que el excomulgado deberá ser cancelado de la memoria de la Iglesia y de la gente. ¡Que así sea!

—*¡Fiat! ¡Fiat! ¡Fiat!* —exclamaron con voz de ultratumba los prelados de las blancas casullas.

Extendiendo el brazo hacia delante, el obispo le dio la vuelta al cirio, colocando la llama hacia abajo, y lo soltó. Los prelados siguieron su ejemplo, el ruido de las velas al estrellarse contra el suelo se mezcló con el olor a cera caliente y con el humo de las mechas apagadas. Tañó la campana. Tres veces. Y se quedó callada. El eco rebotó largamente bajo las bóvedas y después se extinguió.

Atufaban la cera y las mechas, apestaba el vaho de las ropas húmedas que no se habían cambiado en mucho tiempo. Alguien tosió, alguien hipó. Elencza se tragó las lágrimas.

Con una doble pulsatio, la campana de la cercana iglesia de Santa María Magdalena tocó a nona. Santa Isabel, algo retrasada, la secundó como un eco débil. Más allá de la ventana, en la calle de los Zapateros resonaba el barullo y el traqueteo de las ruedas.

El canónigo Otto Beess apartó los ojos de la imagen que representaba el martirio de San Bartolomé, única decoración de las severas paredes de la estancia, aparte de un estante con una palmatoria y un crucifijo.

—Mucho te arriesgas, muchacho —dijo. Eran esas las primeras palabras que pronunciaba desde el momento en que había abierto la puerta y había visto quién estaba allí—. Mucho te arriesgas dejándote ver en Wroclaw. En mi opinión, ni siquiera es riesgo. Es una pura locura.

—Creedme, venerable padre. —Reynevan bajó los ojos—. No me habría presentado aquí sin motivos.

—Que ya me puedo imaginar.

—Padre...

Otto Beess dio un manotazo en la mesa, levantando rápidamente la otra mano le ordenó callar. Él también guardó un largo silencio.

—Que quede entre nosotros —dijo por fin—. El tipo ese que hace ahora cuatro años, después del asesinato de Peterlin, fuiste a buscar a los carmelitas de Strzegom siguiendo mis indicaciones... ¿Cómo te dijo que lo llamaras?

—Scharley.

—Scharley, ja. ¿Sigues en contacto con él?

—Últimamente no. Pero en general sí.

—Bueno, pues si te encuentras con ese... Scharley, dile de mi parte que estoy muy descontento con él. Que me ha decepcionado profundamente. Los diablos le han arrebatado el sentido común y el buen juicio que en otros tiempos le hicieron famoso. En vez de llevarte a Hungría, como era su obligación, te condujo a Bohemia, te arrastró con los husitas...

—No me arrastró. Yo consentí unirme a los utraquistas. Por mi propia voluntad, de acuerdo con mi propia decisión, después de considerar largamente la cuestión. Y estoy convencido de que actué correctamente. La verdad está de nuestra parte. En mi opinión...

El canónigo volvió a levantar la mano, ordenándole que se callara. No le interesaban las opiniones de Reynevan. A ese respecto, la expresión de su rostro no dejaba lugar a dudas.

—Como ya te he dicho, me imagino cuáles son los motivos que te han traído a Wroclaw —dijo finalmente, levantando la vista—. Me los he imaginado fácilmente, esos motivos están en boca de todo el mundo, no se habla de otra cosa. Tus nuevos correligionarios y hermanos en la fe, tus compadres en la lucha por la verdad, tus camaradas y compañeros desde hace ya dos meses están asolando las tierras de Klodzko y de toda la Silesia. Desde hace dos meses, en el marco de la lucha por la fe y la verdad, tus hermanos, los Huérfanos de Královec, asesinan, incendian y asaltan. Han pegado fuego a Ziebice, Strzelin, Olawa y Niemcza, han saqueado a gusto el monasterio de Henryków, han reducido a cenizas y devastado medio Nadodrze. Ahora, por lo que dicen, tienen cercado Swidnica. Y tú, de buenas a primeras, apareces en Wroclaw.

—Padre...

—Calla. Mírame a los ojos. Si has venido aquí como espía husita, saboteador o emisario, sal de mi casa inmediatamente. Escóndete en otro sitio. No bajo mi techo.

—Me han dolido —Reynevan le aguantó la mirada— vuestras palabras, venerable padre. Y que me hayáis creído capaz de semejante indignidad. La idea de que pudiera ponerlos en riesgo, en un compromiso...

—Me has puesto en un compromiso al venir aquí. Mi casa puede estar vigilada.

—He sido precavido. Soy capaz de...

—Ya se que eres capaz —le cortó en seco el canónigo—. Y de qué. Las noticias

circulan y se extienden muy deprisa. Mírame a los ojos. Y di claramente: ¿estás aquí como espía o no?

—No.

—¿Y entonces?

—Necesito ayuda.

Otto Beess levantó la cabeza, dirigió la vista a la pared, al cuadro en el que unos paganos, valiéndose de unas tenazas monstruosas, le arrancaban la piel a San Bartolomé. Después volvió a clavar los ojos en Reynevan.

—Vaya si la necesitas —afirmó muy serio—. Y tanto. Más de lo que te imaginas. No solo en este mundo. También en el otro. Te has pasado de la raya, hijo. Te has pasado. Al lado de tus nuevos compañeros y hermanos en la fe has actuado con tanto celo que te has hecho famoso. Sobre todo a partir de diciembre del año pasado, después de la batalla de Wielislaw. La cosa ha acabado como tenía que acabar. Ahora, si me permites un consejo, te toca rezar, arrepentirte y hacer penitencia. Cúbrete la cabeza de ceniza, y en abundancia. Si no, vas de culo con la salvación de tu alma. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí. Estuve presente.

—¿Estuviste? ¿En la catedral?

—Sí, allí estuve.

El canónigo estuvo un tiempo callado, tamborileando con los dedos en la mesa.

—En muchos sitios estás tú —dijo al fin—. Me temo que en demasiados. Yo, en tu lugar, limitaría mis visitas. Volviendo *ad rem*: desde el día 23 de enero, desde el domingo *Septuagesimae*, estás fuera de la Iglesia. Sí, si, ya sé lo que vas a decir, husita. Que es nuestra Iglesia la que es pérfida y degenerada, y tú justo y recto. Y que te importa un comino el anatema. Allá tú, haz como quieras. Por lo demás, no es este el sitio ni la hora para una disputa teológica. No habrás venido aquí, me imagino, a pedir ayuda en lo tocante a la salvación. Seguro que se trata de cosas más mundanas y cotidianas, que tienen más que ver con lo *profanum* que con lo *sacrum*. Habla pues. Cuenta. Desahógate. Aunque para las vísperas tengo que estar en la isla de la Catedral, así que procura abreviar. En la medida de lo posible.

Reynevan suspiró. Y contó. Procurando abreviar. En la medida de lo posible. El canónigo le escuchó. Y al final suspiró. Hondo.

—Ay, muchacho, muchacho —dijo moviendo la cabeza—. Pero qué poco original eres. Siempre cojeas del mismo pie, eso es lo malo contigo. Todos tus problemas son, por decirlo claramente, *feminini generis*.

La tierra temblaba con los golpes de los cascos. La caballada atravesó el campo a todo galope, como en un caleidoscopio cruzaron fugazmente los deslumbrantes flancos y grupas: bayos, moros, tordos, palominos, manzanados y tostados. Flotaban al viento las colas y las vistosas crines, los ollares despedían vaho. Dzierzka de Wirsing apoyó ambas manos en el arzón de la silla, miró, había en sus ojos dicha y

alegría, cualquiera habría dicho que la tratante observaba a sus potrillos y potrancas como una madre a sus hijos.

—El caso, Reynevan —se volvió finalmente—, es que siempre cojeas del mismo pie, de ahí vienen tus pesares. Todos tus problemas, por lo visto, llevan falda y trenzas.

Dzierzka puso a su caballo gris al trote, tratando de dar alcance a la manada. Reynevan se apresuró a seguirla. Su caballo, un potro bayo bien proporcionado, era un amblador. Reynevan no acababa de acoplarse al ritmo atípico con el que marchaba. Dzierzka dejó que le diera alcance.

—No tengo forma de ayudarte —dijo con firmeza—. Lo único que puedo hacer por ti es darte ese potro en el que cabalgas. Añadiéndole mi bendición. Y, colgando de las bridas, una medallita de San Eligió, patrón de los tratantes de caballos. Tú eres un buen jinete. Fuerte y resistente. Te irá bien. Acéptalo como regalo. Con mi profundo agradecimiento por Elencza. Por lo que has hecho por ella.

—Todo lo que he hecho ha sido pagar una deuda. Por lo que ella hizo por mí en su momento. Y gracias por el caballo.

—Aparte del caballo, solo puedo ayudarte con un consejo. Regresa a Wroclaw, vete a ver al canónigo Otto Beess. ¿A lo mejor ya has ido a verlo? ¿Estando en Wroclaw con Elencza?

—El canónigo Otto no goza de la benevolencia del obispo. Precisamente por mi culpa, al parecer. Es muy posible que me guarde rencor, es muy posible que no se alegre de mi visita. Que podría perjudicarlo...

—¡Eres muy considerado! —Dzierzka se irguió en la silla—. Tus visitas siempre pueden acarrear problemas. Antes de venir a verme aquí, a Skalka, ¿no pensaste en eso?

—Sí que pensé. Pero se trataba de Elencza. Me daba miedo dejarla sola. Quería ponerla a salvo...

—Ya lo sé. No me sienta mal que hayas venido. Pero no puedo ayudarte. Porque tengo miedo. —Dzierzka se echó hacia atrás el kalpak de marta, se enjugó el rostro con la mano—. Me asustaron —dijo, mirando hacia un lado—. Me asustaron a base de bien. Aquella vez, en septiembre de 1425, cerca de Frankenstein, en Grochowa Góra. ¿Te acuerdas de lo que ocurrió allí? Me quedé aterrada, tanto que... Para qué hablar. Reynevan, yo no quiero morir. No quiero acabar como Neumarkt, Throst y Pfefferkorn, como después Ratbeg, Czajka y Poschman. Como Kluger, quemado en su casa, junto a su mujer y sus hijos. He dejado comerciar con los bohemios. No quiero saber nada de política. He aportado un gran donativo para la catedral de Wroclaw. Y otro, no menos grande para la cruzada del obispo contra los husitas. Si hace falta estoy dispuesta a aportar más aún. Prefiero eso que ver una noche el fuego en el tejado. Y a los Jinetes Negros en el patio. Quiero vivir. Más ahora, que... —Se calló y se quedó pensativa, retorciendo y estrujando las riendas en la mano—. Elencza... —concluyó, apartando la mirada—. Si quiere irse, que se vaya. No voy a

retenerla. Pero si tuviera intención de quedarse aquí, en Skalka... De quedarse... definitivamente... Yo no me opondría.

—Haz que se quede. No permitas que vuelva a marcharse por ahí como voluntaria. La muchacha tiene espíritu y vocación, pero los hospitales... Últimamente los hospitales han dejado de ser seguros. Retenla en Skalka, doña Dzierzka.

—Haré lo que pueda. Y en cuanto a ti... —Dzierzka hizo volverse al caballo, lo puso en paralelo al de Reynevan, estribo con estribo—. Tú, pariente, eres aquí bienvenido. Puedes venir siempre que quieras. Pero, por San Eligio, deberías tener un poco de decencia. Deberías mostrar más consideración con esa muchacha, aunque solo sea por compasión. No la hagas sufrir.

—¿Cómo dices?

—No llores delante de Elencza por tu amor a la otra. —En la voz de Dzierzka resonaron unas notas de dureza—. No te sinceres con ella, hablándole de ese otro amor. No le cuentes cuán grande es ese amor. Y no la obligues a compadecerte por ese motivo. No la hagas sufrir.

—No entien...

—Sí, sí que entiendes.

—Tenéis razón, padre —reconoció Reynevan con amargura—. Efectivamente, todos mis problemas son de género femenino. Y los problemas se me multiplican como las setas después de la lluvia... Pero en este momento el mayor de mis problemas es Jutta. Y estoy en un buen aprieto. No tengo ni idea de lo que debo hacer...

—Pues ya somos dos —reconoció gravemente el canónigo Otto Beess—. Porque yo tampoco lo sé. No he querido interrumpirte mientras desarrollabas tu relato, pero la verdad es que en algunos momentos sonaba a canción trovadoresca, con todas esas atrocidades verdaderamente fantásticas que contenía. Sobre todo, no puedo imaginarme al inquisidor Gregorio Hejncze en el papel de raptor de doncellas. Hejncze tiene sus propios servicios de espionaje y contraespionaje, tiene una red de agentes, también es sabido que desde hace tiempo busca infiltrarse en las filas husitas, no le importa cómo. Ahora bien, ¿raptar a una muchacha? La verdad es que no me convence lo más mínimo. Pero bueno, todo es posible.

—Pues es la pura verdad —murmuró Reynevan.

El canónigo clavó en él los ojos, no dijo nada. Se puso a tamborilear con los dedos en la mesa.

—Hoy es el día de *Purificatio* —dijo al fin—. El segundo día de febrero. Han pasado cinco semanas desde la batalla de Wielislaw. Deduzco que habrás estado en Silesia durante todo este tiempo. ¿Dónde? ¿Tal vez has visitado el convento de Bialy Kosciól?

—No. Al principio, esa era mi intención... La abadesa era una maga, la magia podía ayudarme a buscar a Jutta. Pero no he ido. De haberlo hecho... de haberlo hecho, podría haber puesto en peligro a Jutta y a las monjas, a punto he estado de ser

el causante de la ruina de todo el convento. Aparte de eso...

—Aparte de eso —concluyó fríamente el canónigo—, no te atrevías a mirar a la abadesa a la cara justo después de haberte cargado a su hermano. Y en cuanto a lo de haberle traído la desgracia al convento, tienes muchísima razón. A Grelenort no se le ha olvidado. El obispo lo ha disuelto, ha repartido a las clarisas por distintos claustros, a la abadesa la ha mandado a hacer penitencia. Y aún ha tenido suerte. Las Hermanas del Libre Espíritu, la Tercera Iglesia de las beguinas, el catarismo, la magia... Por esas cosas lo mandan a uno a la hoguera. El obispo habría ordenado quemarla como dos y dos son cuatro, sin pestañear. Pero no podía juzgar por magia y por herejía, y ejecutar después públicamente, a la hermana carnal del duque Juan de Ziebice, a quien estaba convirtiendo al mismo tiempo en un mártir de la lucha por la fe, por cuya alma había ordenado celebrar misas y hacer repicar las campanas a todo lo largo y ancho de la Silesia. De modo que la abadesa se ha librado, y ha acabado haciendo penitencia. ¿Dices que practicaba la magia? También dicen de ti que eres hechicero. Que sabes de encantos, que tienes tratos con brujos y monstruos. ¿Por qué no les pides ayuda?

—Ya se la he pedido.

El poblado de Grauweide no había sido quemado, se había salvado. También estaba intacta la colonia de Mieczniki, situada media milla más adelante. Parecían buenos augurios, aquello infundía optimismo. Tanto mayor y más dolorosa fue la decepción.

De la aldea monasterial de Gdzienierz no había quedado prácticamente nada, la gruesa capa de nieve posada sobre los restos del incendio aumentaba la sensación de vacío y desolación. En medio de su radiante blancura asomaban de vez en cuando postes ennegrecidos, maderos carbonizados, chimeneas achicharradas. Poco más había sobrevivido la posada la Campana de Plata, situada a las afueras de la aldea. En el lugar donde antes se alzaba se veía ahora, entre la nieve, un cúmulo informe de vigas, travesados y caballetes abrasados, apoyados en los fragmentos de los muros y en los montones de ladrillos ahumados.

Reynevan fue recorriendo las ruinas, examinó detenidamente aquellos escombros que aún despertaban en él gratos recuerdos de hacia un año, del invierno de 1427 a 1428. El caballo pisaba con cuidado en la nieve erizada de maderos quemados, sorteaba las vigas levantando bien alto los cascos.

Sobre el resto de una pared se elevaba un hilo de humo gris, de una verticalidad casi perfecta en el aire helado.

Al oír el bufido del caballo y los crujidos de la nieve, un vagabundo barbudo, arrodillado junto a una hoguera, alzó la cabeza y retiró ligeramente la gorra de piel que llevaba calada hasta las cejas. Y volvió a su tarea, que consistía en avivar las brasas, protegidas por el faldón de su zamarra. Un poco más allá, al pie de un muro, había una cazuela renegrida, a su lado reposaban una gaita, un saco y un cofrecillo envuelto en unas correas.

—¡Alabado sea Jesucristo! —lo saludó Reynevan—. ¿De dónde eres? ¿De Gdziemierz?

El vagabundo levantó la vista, tras lo cual se dedicó otra vez a avivar el fuego.

—Las gentes del lugar, ¿adónde se han marchado? A lo mejor lo sabes. ¿El tabernero, Marcin Prah, y su mujer? ¿No lo sabrás, por casualidad? ¿No has oído nada?

El vagabundo, como pudo deducirse de su reacción, o no sabía nada, o no había oído nada, o le traían sin cuidado Reynevan y sus preguntas. O era sordo. Reynevan hurgó en su bolsa, preguntándose en qué medida podía adelgazar sus modestos recursos. Captó un movimiento con el rabillo del ojo.

Allí cerca, sentada bajo el grueso muñón de un árbol del que colgaban abundantes carámbanos, había una criatura. Una niña, de diez años a lo sumo, negra y flaca como una corneja encanijada. Sus ojos, que no apartaba de Reynevan, también eran negros como ala de cuervo y parecían inmóviles, como de cristal. El vagabundo sopló en las brasas, rezongó, se levantó, estiró un brazo, dijo algo entre dientes. El fuego crepitó y salieron chispas del montón de chamarasca. La pequeña corneja expresó su alegría. Con un sonido extraño, sibilante, totalmente inhumano.

—Jon Malevolt —dijo en voz alta, despacio, con claridad Reynevan, que empezaba a comprender a quién tenía delante—. El marnun Jon Malevolt. ¿No sabes dónde podría encontrarlo? Tengo un asunto con él, un asunto de vida o muerte. Lo conozco. Soy camarada suyo.

El vagabundo puso la cazuela en unas piedras colocadas junto al fuego. Y levantó la cabeza. Miró a Reynevan como si solo en ese momento hubiera caído en la cuenta de su presencia. Tenía unos ojos penetrantes. Lobunos.

—En alguna parte de estos bosques —prosiguió Reynevan, hablando despacio— residen dos... dos señoras. Que entienden, hum... que entienden de arcanos. Yo conozco a esas señoras, pero no sé cuál es el camino. ¿Querrías indicármelo?

El vagabundo lo miraba. Lobunamente.

—No —dijo finalmente.

—No, ¿qué? ¿No lo sabes? ¿No las conoces? ¿O no quieres?

—No y punto —dijo la Corneja. Desde arriba, desde lo alto de la pared. Reynevan no podía entender qué hacía allí, qué extraño prodigio le había permitido encaramarse, de forma tan sigilosa, desde debajo del árbol, donde estaba hacía apenas un momento—. Que no y punto —repitió con un silbido, sacudiendo la cabeza entre los hombros escurridos. Los cabellos enmarañados le caían sobre las mejillas.

—No y punto —confirmó, colocándose la gorra, el vagabundo.

—¿Por qué no?

—Por esto. —El vagabundo, con un amplio gesto, señaló los restos del incendio—. Por vuestra locura asesina. Porque os esperan el fuego y la muerte, y vais dejando a vuestro paso incendios y cadáveres. ¿Y aún os atrevéis a hacer preguntas? ¿A pedir ayuda? ¿A preguntar por el camino? ¿A llamaros camaradas?

—¿A llamaros camaradas? —repitió la Corneja como un eco.

—¿Y, en fin, qué más da? —El vagabundo no apartaba de Reynevan su mirada lobuna—. ¿Qué más da que estuvieras en aquella ocasión, como uno de los nuestros, en Grochowa Góra? Eso fue en otro tiempo. Ahora tú, ahora todos vosotros estáis infectados de crímenes y sangre, como si fuera una epidemia. No nos traigáis vuestras enfermedades, manteneos alejados. Vete de aquí, hombre. Sigue tu camino.

—Sigue tu camino —repitió la Corneja—. Aquí no os queremos.

—¿Qué pasó después? ¿Adónde fuiste?

—A Olawa.

—¿A Olawa? —El canónigo levantó la cabeza bruscamente—. No me irás a decir que estabas allí...

¿La semana antes de San Antonio? Y tanto. Allí estaba.

Otto Beess guardó un largo silencio.

Ese polaco, Lukasz Bozyczko —dijo el canónigo—, es el siguiente punto misterioso de tu relato. Lo he visto una vez, puede que dos, con el inquisidor. Iba colgado de las faldillas de Gregorio Hejncze, perdiendo el culo, como un lacayuelo. Pasaba desapercibido. Diré que recuerda a una eminencia gris y todopoderosa en la misma medida en que nuestro obispo Conrado recuerda a un asceta pío y virtuoso. Se diría que le cuesta contar hasta tres. Si quisiera retratar a una nulidad, le pediría que posara para mí.

—Me temo —replicó gravemente Reynevan— que las apariencias engañan. Y eso es lo que me asusta con respecto a Jutta

—Me creo lo de las apariencias —asintió Otto Beess—. En los últimos tiempos algunas bellezas se han desvanecido ante mi vista. Dejándome de piedra al comprobar lo que quedaba después. Pero una cosa son las apariencias y otra muy distinta la jerarquía eclesiástica. Ni ese Bozyczko ni ningún otro factótum harían nada ni emprenderían nada por su cuenta, a espaldas del inquisidor y sin que este lo supiera. *Ergo*, la orden de capturar y encerrar a Jutta de Apolda la tuvo que dar Hejncze. Pero eso es algo que no me cabe en la cabeza. No encaja para nada con lo que yo sé de ese individuo.

—La gente cambia. —Reynevan se mordió los labios—. También yo he sido testigo últimamente de algunas transformaciones llamativas. Sé que todo es posible. Todo puede ocurrir. Incluso aquello que nos cuesta imaginar.

—Es verdad, es verdad —dijo el canónigo con un suspiro—. Nunca habría sido capaz de imaginarme de antemano muchas de las cosas que han ocurrido en los últimos años. ¿Quién iba a suponer que yo, prepósito del cabildo catedralicio, en lugar de ser promovido a protonotario apostólico, a sufragáneo de la diócesis o, que se yo, puede que incluso a obispo titular *in partibus infidelium*, sería degradado al rango de cantor de una colegiata? ¿Y todo gracias al sobrino de mi mejor amigo, el

llorado Enrique de Biellau?

—Padre...

—Calla, calla. —El canónigo hizo un gesto desdeñoso con la mano—. No tienes de qué arrepentirte, la culpa no es tuya. Incluso aunque hubiera adivinado entonces cómo iba a acabar la cosa, te habría ayudado. También te ayudaría hoy, ahora, cuando, por mis contactos contigo, me amenazan consecuencias cien veces peores que el disfavor del obispo. Pero no estoy en condiciones de ayudarte. No tengo poder. No dispongo de informaciones, y no hay poder sin acceso a la información. No tengo informadores. Los que eran fieles y dignos de confianza han ido apareciendo acuchillados en los callejones. Los demás, incluidos mis criados, en lugar de tenerme informado, me delatan. Hasta el padre Feliciano... ¿Te acuerdas del padre Feliciano, al que llaman el Piojuelo? Fue él el que me calumnió ante el obispo. Y sigue haciéndolo. A cambio, el obispo le ayuda a trepar, sin saber que ese hijo de perra... ¡Ah! ¡Reynevan!

—Os escucho.

—Se me ha ocurrido una cosa. En relación con Feliciano, precisamente. A propósito de tu Jutta... Tal vez haya un sistema... Puede que no sea el mejor, pero de momento es la única solución que me viene a la cabeza... Lo malo es que hace falta tiempo. Algunos días. ¿Puedes quedarte en Wroclaw unos días?

—Si.

En el cartel que colgaba sobre la puerta de entrada a los baños aparecían los santos Cosme y Damián, patronos de los cirujanos: el primero, representado con un tarro de bálsamo, el segundo, con una jarrita de un elixir curativo. El artista no había escatimado colores ni pan de oro en la imagen de los santos gemelos, merced a lo cual el cartel atrapaba la mirada, la viveza de los colores alegraba la vista incluso desde lejos. El cirujano había amortizado de sobra el dinero pagado al artista: a pesar de que en la calle del Molino había varios baños y los clientes tenían dónde elegir, Cosme y Damián siempre estaba lleno. Reynevan, que se había visto atraído por el pintoresco cartel hacía ya un par de días, no tuvo más remedio que reservar su visita por adelantado para evitar el gentío.

En efecto, en los baños, seguramente por lo temprano de la hora, no había demasiado público, en el vestuario había apenas tres pares de zapatos y tres vestidos completos, vigilados por un vejete de pelo gris. El vejete estaba débil y consumido, pero tenía una cara de la que no se habría avergonzado el mismísimo Cerbero, del Tártaro, así que también Reynevan dejó sin temor su ropa y sus bienes a su cargo.

—¿Qué tal esos dientes? ¿No molestan? —El barbero se frotaba las manos con una sonrisa henchida de esperanza—. ¿Hay que sacar alguno?

—No, gracias. —Reynevan se estremeció levemente al ver las tenazas de diferentes tamaños que decoraban las paredes de la barbería. A las tenazas les hacía compañía una colección no menos imponente de navajas de afeitar, tijeras, cuchillos

grandes y pequeños.

¿Y una sangría? —El rapabarbas no perdía la esperanza—. ¿Por qué no?

Estamos en febrero. —Reynevan miró al cirujano con altivez. Ya en su primera visita había dejado claro que tenía algo que ver con la medicina, sabía por propia experiencia que en los baños a los médicos los atienden mejor—. En invierno —añadió— no están recomendadas las sangrías. Además, hay luna nueva. Esa tampoco es la mejor señal.

—En tal caso... —El barbero se rascó el cogote—. Entonces, ¿solo afeitar?

—Primero un baño.

Resultó que Reynevan tenía los baños a su entera disposición, el resto de los clientes por lo visto, estaban haciendo uso de las aguas termales, de los vapores o de las varas de abedul. El encargado de los baños, el *bademeister*, que andaba revoloteando junto a una tina, al ver a un cliente retiró una pesada tapa de tablas de roble. Reynevan se metió sin ceremonias en la tina, se estiró a sus anchas, se sumergió hasta el cuello. El *bademeister* volvió a cubrir en parte la tina, para que el agua no se enfriase.

—Tenemos a la venta —anunció el barbero, presente en la sala de baños— unos tratados médicos. Nada caros. *De urinis*, obra de Aegidius Carbolienus. De Zygmunt Albík, el *Regimen sanitatis*...

—Gracias. De momento tengo que controlar los gastos.

—En tal caso... Entonces, ¿solo afeitar?

—Después del baño. Ya os llamaré.

El baño caliente amodorró a Reynevan y le entró sueño, se quedó adormilado, no supo ni cuándo. Le despertó un intenso olor a jabón y el roce del cepillo y la espuma en las mejillas. Notó cómo le raspaba la navaja, una vez, dos veces, tres veces. El barbero, de pie detrás de Reynevan, le tiró de la cabeza hacia atrás, le afeitó el cuello y la nuez de Adán. Con el siguiente movimiento, bastante brusco, la navaja tropezó en la barbilla, dolorosamente. Reynevan maldijo entre dientes.

—¿No os habré cortado? —oyó a su espalda—. Os ruego indulgencia. *Mea culpa*. Es por falta de práctica. *Dimitte nobis debita nostra*.

Reynevan conocía esa voz. Y ese acento polaco.

Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, Lukasz Bozyczko corrió la tapadera de roble de la tina, presionó con tal fuerza que dejó a Reynevan atrapado entre las tablas, con el pecho aplastado.

—La verdad —dijo el emisario de la Inquisición— es que eres como la mejorana, Reinmar de Bielau. Apareces en todos los platos y en todas las salsas. Conserva la calma y la paciencia.

Reynevan conservó la calma y la paciencia. A ello contribuyó la pesada tapadera que tan eficazmente lo tenía atrapado en la tina. Y la visión de la navaja que Lukasz Bozyczko no soltaba de las manos. Al tiempo que taladraba a Reynevan con la mirada.

—En enero, a las afueras de Ziebice —Bozyczko plegó la navaja te dimos instrucciones, recuerdo. Quedamos en que volvieras con los Huérfanos, hasta recibir nuevas órdenes. Si no te prohibimos de forma categórica una serie de actividades, como la investigación, las pesquisas y el seguimiento de pistas, fue únicamente porque te teníamos por un tipo sensato. Un tipo sensato habría comprendido que esas actividades carecían de sentido y de posibilidades de éxito, que las pesquisas no darían ningún resultado. Que si es nuestro deseo que algo esté oculto, oculto estará y oculto quedará. *In saecula saeculorum*.

Con la toalla que le ofreció Bozyczko, Reynevan se enjugó el rostro recocado y la frente empapada. Respiró con fuerza, reuniendo valor.

—¿Qué garantías tengo —masculló— de que, sencillamente, Jutta sigue con vida? ¿De que no la habéis ocultado en el fondo de un foso por los siglos de los siglos? Yo también tengo que recordaros una cosa: en enero, junto a Ziebice, no llegamos a ningún acuerdo, yo no me comprometí a nada. No prometí que no fuera a buscar a Jutta, y eso por una razón muy simple: porque pensaba hacerlo. Y no acepté colaborar con vosotros. Por una razón igual de simple: porque no estaba dispuesto.

Lukasz Bozyczko lo observó por un instante.

—Pesa sobre ti un anatema —dijo por fin, con notable indiferencia—. Se ha emitido un *significavit*, han ofrecido una recompensa por ti, vivo o muerto. Si piensas seguir dando tumbos por la Silesia, buscando pan de trastrigo, acabará contigo el primero que te reconozca. Y es muy probable que quien te coja y se ocupe de ti sea Birkart Grelenort, ese mago que te acecha continuamente. Y aunque lograses conservar la cabeza, ten muy presente que para nosotros tienes interés como husita, como alguien cercano a los caudillos de los Huérfanos y del Tabor. Como persona privada que actúa por su propio interés e investiga por su cuenta y riesgo, para nosotros no serías nadie. Perderías todo tu atractivo. Te tacharíamos de la lista como si nada. Y en ese caso a tu Jutta no volverías a verla nunca más. Así que una de dos: o colaboras o te olvidas de la chica.

—La mataréis.

—No. —Bozyczko no le quitaba la mirada de encima—. No vamos a matarla. Se la devolveremos a su familia, cumpliendo la palabra que les hemos dado. Tal y como establece el acuerdo alcanzado, en virtud del cual mantenemos temporalmente aislada a la doncella. Cuando el asunto se haya olvidado y las aguas vuelvan a su cauce, se la devolveremos y dejaremos que los padres hagan con ella lo que estimen oportuno. Y se les presenta un dilema, no les falta en qué pensar. Una hija seducida por un hereje sobre el que pesa un anatema, enajenada y obnubilada, e implicada además en las actividades de la secta herética de las Hermanas del Libre Espíritu... El señor de Apolda, el copero, y su mujer vacilan, pues, entre casar a la libertina de su hija y encerrarla en un convento. Lo que sí tienen decidido es que el convento debería encontrarse lo más lejos posible y el eventual esposo residir en tierras muy lejanas. Para ti, Reynevan, en definitiva, no es relevante lo que se decida. En uno u otro caso

tienes escasas posibilidades de ver a tu Jutta. Y ninguna posibilidad de estar con ella.

—Y, si os obedezco, ¿entonces qué? ¿A pesar de la promesa hecha a los padres, me la ibáis a devolver?

—Tú lo has dicho. Y has dado en el blanco.

—Vale. ¿Qué tengo que hacer?

—Aleluya. —Bozyczko alzó los brazos—. *Laetentur caeli*, que se alegre el cielo y se regocije la tierra. En verdad, los caminos del Señor son rectos, los justos los recorren con decisión y se dirigen raudos a su meta. Bienvenido al camino recto, Reinmar.

—¿Qué tengo que hacer?

Lukasz Bozyczko se puso muy serio. Estuvo un rato callado, mordisqueándose y relamiéndose los labios.

—Tus amigos checos, los Huérfanos —dijo al fin—, estuvieron hasta anteayer, hasta la *Purificatio*, a las puertas de Swidnica. Como allí no sacaban nada, prosiguieron hacia Strzegom, cercaron la ciudad. Demasiado daño han hecho ya esos devastadores mirmidones en esta hermosa tierra silesia. Así que, para empezar, irás a Strzegom. Convencerás a Královec de que levante el asedio y siga su camino. De vuelta a casa. A Bohemia.

—¿Cómo voy a convencerle de eso? ¿De qué manera?

—De la manera habitual. —El emisario de la Inquisición sonrió—. De sobra sabes cómo influir en la suerte y en el destino. Tienes talento para modificar la historia, para orientar su curso y llevarla por nuevos derroteros. Diste pruebas de ello hace muy poco, en Stary Wielislaw. Dejaste a Silesia sin el Piasta, y el ducado de Ziebice se vio privado de su linaje. Juan de Ziebice no tenía descendencia masculina, tras su muerte el ducado pasa directamente a manos de la corona checa. Si la historia te lo va a agradecer, ya se verá. Dentro de algunos siglos. Irás a Strzegom.

—Iré.

—¿Y renuncias a tus absurdas pesquisas?

—Ajá.

—¿Sabes una cosa? No me fío mucho de ti.

Antes de que Reynevan tuviera tiempo de pestañear, Lukasz Bozyczko le cogió de una muñeca, le retorció el brazo con fuerza. En su mano relucía la navaja abierta. Reynevan forcejeó, pero seguía atrapado por la tapadera de roble, y Bozyczko lo tenía férreamente agarrado.

—No me fío mucho de ti —masculló, acercándose con el pie una palangana de cobre—. De modo que para empezar te voy a sangrar un poco. Para enderezarte la salud y el carácter. Sobre todo el carácter. Los humores que en ti predominan, constato, son la melancolia y la cholera, alternativamente, y proceden de la humedad, de las secreciones verdes y negras de la bilis. Esos malos principios se acumulan en la sangre. Así que voy a aliviarte de un poco. Bueno, puede que de algo más que un poco.

Movió el brazo y la navaja tan rápidamente que Reynevan casi no se dio ni cuenta. Tampoco sintió apenas dolor. Notó la tibieza de la sangre corriéndole por el antebrazo, la mano y los dedos. La oyó caer ruidosamente en la palangana.

—Sí, sí, ya sé. —Bozyczko asintió con la cabeza—. Esta época no es propicia para las sangrías. El invierno, la luna nueva, el sol en el signo de Acuario, y encima es viernes, el día de Venus. En estos días la pérdida de sangre nos debilita mucho. Pero eso es lo bueno. Porque a mí me conviene debilitarte un tanto, Reynevan. Quitarte parte de esa energía que orientas en una dirección completamente errónea. ¿Lo notas? Ya estás más débil. Y te estás quedando frío. El espíritu está pronto, pero la carne parece que se va desvaneciendo, ¿no?

«Estate quieto, no intentes revolverte por la fuerza. No va a pasarte nada, eres demasiado valioso para nosotros como para poner en peligro tu salud y causarte sufrimientos en vano. No temas, cuando acabe te curaré el brazo. Y hago las curas, créeme, mejor de lo que afeitó. A Reynevan le castañeteaban los dientes de frío. La sala de baños bailaba en sus ojos. La voz monótona de Bozyczko llegaba hasta él desde algún lugar muy distante.

—Sí, sí, Reynevan. Así es exactamente. Toda acción origina una reacción, todo suceso tiene consecuencias, y toda consecuencia es causa, a su vez, de nuevas consecuencias. En Domrémy, pongamos por caso, en la Champaña, una mozuela llamada Jehanne oyó unas voces. ¿Qué consecuencias podía tener eso? ¿Qué consecuencias tendrá a largo plazo el proyectil de una bombardera francesa que en otoño del año pasado le destrozó la cara al conde de Salisbury en Orleans^[4]? ¿Y que, después de aquello, al fallecer Salisbury tras una horrible agonía, el conde de Suffolk asumiera el mando sobre las tropas que cercaban Orleans? ¿Qué influencia en los destinos del mundo tendrán los versos que, ya como nuevo obispo de Poznan, escriba Stanislaw Ciolek? ¿O el hecho de que Segismundo Korybut, que ha sido liberado de su prisión en el castillo de Valdstejn merced a la intercesión del rey polaco Ladislao Jagiello, no haya regresado a Lituania, sino que se haya quedado en Bohemia? ¿O que Jagiello y el rey de romanos Segismundo de Luxemburgo se vayan a encontrar en breve en Lutsk, en Volynia, para decidir el destino de Europa oriental? ¿Qué significado tiene para la historia el hecho de que no haya manera de envenenar ni a Jagiello ni a Vitautas, pues el agua mágica de unos enigmáticos manantiales de Samogitia, que beben regularmente, los protege ex profeso del veneno? ¿O, para no ir tan lejos, que tú, Reynevan de Bielau, convencas a los Huérfanos de Jan Královec de que regresen a Bohemia?

A todo el mundo le gustaría saber qué influencia tendrán estos u otros sucesos en la historia, en el destino del mundo. A todos les gustaría, pero nadie lo sabe. También a mí me gustaría, pero tampoco yo lo sé. Pero créeme: lo intento con todas mis fuerzas. ¿Reynevan? ¡Eh! ¿No me escuchas?

Reynevan no le escuchaba. Se hundía.

En sus pesadillas.

Las pesadillas últimamente no eran ningún problema para Elencza Stietencron y, si lo eran, no era ya nada del otro mundo. Después de una larga jornada atendiendo a los enfermos en el hospital de San Andrés Svorad, en Olawa, Elencza solía estar demasiado agotada para soñar. Despertada y sacada de la cama ante lucem, antes de los maitines, corría a la cocina junto con Dorota Faber y las demás voluntarias a preparar el alimento que pronto habría que distribuir a los enfermos. Después venía la oración en la capilla del hospital, luego la ronda con los pacientes, de vuelta a la cocina, luego la lavandería, otra vez la sala del hospital, la oración, la sala, el fregoteo de los suelos, la cocina, la sala, la cocina, la lavandería, la oración. Como resultado, justo después del Ave vespertino Elencza caía en la cama y dormía como un tronco, aferraba con fuerza la colcha, como si temiera despertar antes de tiempo. Nada tiene de extraño que ese estilo de vida la librara eficazmente de sus sueños. Las pesadillas que en otros tiempos habían sido un problema para Elencza habían dejado de serlo.

Lo raro fue que regresaran. Desde mediados de Adviento Elencza había vuelto a soñar con sangre, asesinatos e incendios. Y con Reynevan. Reinmar de Bielau. Elencza Stietencron había soñado con Reynevan en varias ocasiones, en unas circunstancias tan atroces que había empezado a tenerlo presente en sus oraciones vespertinas. Tomadlo bajo vuestro amparo, como a mí, repetía en silencio, inclinando la cabeza ante el altar, ante la Pietá y ante San Andrés Svorad. Dale fuerza, como a mi, dale consuelo, repetía, mirando el rostro tallado de la Dolorosa. Como a mi, protégelo en mitad de la noche, sé su escudo y su broquel, sé su guarda infatigable. Y permite que pueda volver a verlo, aunque sea una sola vez, añadía en lo más recóndito de su alma, en completo silencio, a escondidas, para que ni la Intercesora ni el santo la censuraran por tener pensamientos en exceso profanos.

El 16 de enero de 1429, el domingo anterior a San Antonio, había en el hospital tanto trabajo como un día de diario. De hecho, el trabajo había aumentado inesperadamente. Los husitas checos, de quienes se había hablado mucho durante todo diciembre, llegaron a las puertas de Olawa el día de Reyes, y al día siguiente entraron en la ciudad. Aquello ocurrió, pese a las negras y aterradoras profecías de algunos, sin asaltos, sin lucha y sin derramamiento de sangre. Ludwig, duque de Olawa y Nieincza, había actuado de idéntico modo que el año anterior: llegó a un acuerdo con los husitas. Beneficioso para ambas partes. Los husitas se comprometieron a no incendiar ni saquear los bienes ducales, y a cambio el duque ofrecería asilo a los bohemios heridos, enfermos y tullidos en los dos hospitales de Olawa. Y los hospitales se llenaron de inmediato de pacientes. A falta de literas y lechos adecuados, cubrieron los suelos de colchones y jergones. Había demasiado trabajo, cundía el nerviosismo, que pronto se contagió a todo el mundo, hasta a los monjes premonstratenses, por lo general tan tranquilos, hasta a Dorota Faber, por lo general tan tranquila. Cundía el nerviosismo. La inquietud. El cansancio. Y el terror insuperable, paralizante, a que estallara una epidemia.

Al principio, Elencza creyó que el ruido que la había despertado era otro de sus

delirios oníricos. Con un gemido, dio un tirón de la colcha de fustán, restregando la cabeza en la almohada húmeda de saliva. Vuelvo a tener ese sueño, otra vez sueño con Bardo, pensó, titubeando en la frontera entre el sueño y la vigilia. La toma y la carnicería de Bardo, hace cuatro años. Alarma de campanas, aullido de cuernos, relinchos de caballos, bramidos, estruendo, gritos salvajes de los asaltantes, chillidos de los asesinados. Llamas, iluminando las membranas de las ventanas, danzando como un mosaico brillante en el techo...

Se incorporó bruscamente, se quedó sentada en la cama. Las campanas tocaban a rebato. Se extendió el griterío. El fulgor del incendio iluminaba las ventanas. Esto no es un sueño, pensó Elencza, esto no es un sueño. Está ocurriendo de verdad.

Empujó los postigos, con el frío penetró en la estancia el tufo a chamusquina. En la plaza cercana resonó un rugido de cientos de gargantas, titilaban las luces de cientos de antorchas. En la zona de la Puerta de Wroclaw se oían disparos. Algunas casas del vecindario eran ya pasto de las llamas, el resplandor trepaba hacia el cielo sobre el Castillo Nuevo. Las antorchas se acercaban. El suelo parecía temblar.

—¿Qué está pasando? —preguntó con voz vacilante una de las voluntarias—. ¿Un incendio?

El edificio se estremeció de pronto, se oyó un crujido y luego el golpeteo de los portones reventados, alaridos salvajes, estallidos. Chasquidos de armas. Las voluntarias y las monjas se pusieron a dar gritos. Eso no, pensó Elencza. Lo que sea, menos lo de Bardo. Nada de gritar, nada de chillar, nada de acurrucarse en un rincón con la cabeza entre las rodillas. Nada de hacerse pis encima, de puro miedo, como entonces. Escapar. Salvar la vida. Dios, ¿dónde estará doña Dorota?

Hubo un nuevo crujido de puertas reventadas. Ruido de pasos. Chasquidos de hierro. Griterío.

—¡Muerte a los herejes! ¡Matad, quienes crean en Dios! ¡Matad!

Oculto en un rincón del zaguán, Elencza vio cómo las tropas y la chusma armada irrumpían en el hospicio, vio ojos desencajados, rostros sudorosos y enrojecidos, bocas abiertas, mostrando los dientes, en un frenesí homicida. Al instante se tapó los oídos con las manos para no oír los aullidos macabros de los heridos que estaban siendo asesinados. Cerró con fuerza los párpados para no ver la sangre que manaba escaleras abajo, en densas oleadas.

—¡Matad! ¡Acuchillad! ¡Acuchillad!

El populacho pasaba corriendo a su lado, oyó el eco de sus pisadas, sintió el pestazo a sudor y alcohol. Las monjas soltaban chillidos agudos en el dormitorio. Elencza alcanzó la puerta de la lavandería. Los gritos enloquecidos de las víctimas seguían llegando desde la sala del hospital. Y el griterío brutal de los asesinos. Se oyó un taconeo de botas pesadas, las antorchas iluminaron la oscuridad de la lavandería.

—¡Monjita! ¡Hermanita!

—¡Putita! ¡Toda vuestra, muchachos!

La agarraron, la tiraron al suelo, como se resistía, la acorralaron entre unas

cubetas, la sujetaron, le echaron por encima de la cabeza una sábana mojada, que pesaba lo suyo. Gritó, ahogándose con la peste de aquellos hombres y con el olor a sosa. Oyó unas risotadas mientras le desgarraban y hacían trizas el vestido. Cuando se hincaron unas rodillas entre sus muslos.

—¡Eh! ¿Qué está pasando aquí? ¡Ya basta! ¡Vamos, rápido!

Viéndose libre, se quitó la sábana de la cabeza. Había un religioso en la puerta de la lavandería. Un dominico. Llevaba una antorcha en la mano, una coraza corta sobre el hábito y un cordón al cinto. Los asaltantes bajaron la cabeza, rezongaron.

—Vosotros aquí de juerga —gruñó el monje—. ¡Y vuestros hermanos allí afuera, viéndoselas con los enemigos de la fe! ¿No oís? ¡Allí, allí es donde tienen que estar hoy los buenos cristianos! ¡Allí os aguarda la obra de Dios! ¡Venga, largo de aquí!

Los asaltantes salieron de la estancia, con la cabeza gacha, murmurando y arrastrando los pies. El dominico colocó la antorcha en un soporte, avanzó. Elencza, con manos torpes, trataba de estirarse el vestido, subido por encima de las caderas. Tenía los ojos bañados en lágrimas, los labios le temblaban, a punto de romper a llorar. El monje se inclinó, le ofreció la mano, la ayudó a ponerse de pie. Después de lo cual le propinó un puñetazo en un oído. La lavandería empezó a bailar ante los ojos de la muchacha, el suelo oscilaba bajo sus pies. Otra vez cayó al suelo; antes de que volviera en sí, el monje ya estaba de rodillas encima de ella. Elencza chilló, se puso rígida, pataleó. El monje la abofeteó con fuerza, le agarró el vestido a la altura del pecho, rasgó tela con un movimiento impetuoso.

—Perra herética... —dijo con voz ronca—. Ya te convert...

No terminó. Reynevan le dobló la cabeza hacia atrás con el antebrazo y lo degolló con un cuchillo.

Bajaron corriendo las escaleras y salieron a la noche oscura, a las tinieblas enrojadas, donde resonaban sin cesar los gritos y el barullo de la lucha. Elencza resbaló en los escalones cubiertos de hielo, habría caído de no haber sido por los brazos salvadores de Reynevan. Miró hacia arriba, a su rostro, a través de las lágrimas, aún desorientada, sin tener muy claro si no estaría soñando por un casual. Las piernas se le doblaban, no la sostenían. Reynevan se daba cuenta.

—Hay que escapar —dijo a duras penas—. Hay que...

La cogió por la cintura, la arrastró tras un recodo de la pared, al amparo de las tinieblas. Justo a tiempo. Un hombre, medio desnudo y ensangrentado, atravesó corriendo el callejón, tras él, rugiendo y vociferando, venía el populacho.

—Hay que escapar —repitió Reynevan—. O al menos ocultarse en algún sitio...

—Yo... —dijo Elencza, casi sin aliento, controlando el temblor de los labios—. Tú... Sálva... me...

—Te salvaré.

De repente se encontraron en la plaza Mayor, al lado de la picota, en medio de la multitud enloquecida. Elencza miró hacia lo alto, directamente al rostro de la Muerte. Un grito de terror se le atragantó en la garganta. No es más que una figura, intentó

calmarse, temblorosa. Tan solo una figura. La Muerte, tallada en el tímpano sobre la puerta occidental del ayuntamiento, como un esqueleto, enseñando los dientes, enarbolando su guadaña. No es más que una figura...

Estaban disparando desde las ventanas del ayuntamiento en llamas. Retumbaban las armas de fuego, los virotes salían volando de las ballestas con un silbido. Son los bohemios heridos leves, cayó en la cuenta Elencza, con sorprendente lucidez, a los heridos leves y a los convalecientes los han instalado en el ayuntamiento. No han permitido que los desarmaran...

Avanzaba insegura, sin saber adonde. Reynevan la detuvo, la agarró con fuerza del brazo.

—Vamos a quedarnos aquí —susurró—. Sin movernos. No debemos llamar la atención... Son como fieras salvajes... Reaccionan ante el movimiento. Y ante el olor del miedo. Si no nos movemos, puede que no se fijen en nosotros...

Así pues se quedaron quietos. Sin mover un músculo. Como estatuas. En medio del infierno.

Cayó el Ayuntamiento, se doblegó la resistencia, con un grito aterrador la horda de asaltantes irrumpió en el interior. Entre alaridos inhumanos empezaron a defenestrar a los defensores, arrojándolos al empedrado, dejándolos a merced de las mazas y las hachas que los estaban aguardando. A algunos de los que habían sacado vivos y malheridos los ensartaron en los muros con las puntas de las picas. A los agonizantes los pisotearon, los machacaron. La sangre manaba en abundancia, espumeaba en los sumideros.

Parecía de día, debido al resplandor de los incendios. Ardía el ayuntamiento, la Muerte esculpida en el tímpano cobró vida en la pálida luz danzarina, exhibió los dientes, tableteó con las quijadas, agitó la guadaña. Ardían las casas del frontal oriental de la plaza, se incendiaron las carnicerías situadas a espaldas del consistorio, ardió la lonja de los paños, el fuego consumía los talleres de los tejedores valones y las ricas tiendas en la calle de Santa María. Las llamas bailaban en la fachada y el tejado del hospital de San Blas, el fuego devoraba entabladuras y cumbreras. Delante del hospital se formó una montaña de cadáveres, a la que continuamente iban arrojando más y más cuerpos. Ensangrentados. Mutilados. Masacrados hasta volverse irreconocibles. Arrastraban los cadáveres por la plaza, con sogas al cuello o en las extremidades. Los arrojaban a los pozos. Los pozos ya estaban llenos hasta reventar. De ellos asomaban piernas. Y brazos. Extendidos, levantados, como clamando venganza por el crimen.

—Aunque... —repetía Elencza, moviendo penosamente los labios entumecidos—. Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno. Porque tú estarás conmigo.

No dejaba de apretarle la mano a Reynevan, notaba cómo su mano se crispaba. Le miraba a la cara. Y de inmediato apartaba la mirada.

La chusma, embriagada de furia homicida, bailaba, cantaba, saltaba, agitaba las

lanzas, en cuyas puntas había cabezas ensartadas, Pateaban las cabezas en el empedrado, se las arrojaban como si se tratase de pelotas. Las depositaban a modo de homenaje, de ofrenda, ante un grupo de jinetes detenido en mitad de la plaza. Los caballos, venteando la sangre, bufaban, pateaban, chasqueaban con las herraduras.

—Vas a tener que darme la absolución, señor obispo y duque —dijo lúgubrementemente uno de los jinetes, un hombre de largos cabellos, cubierto con una capa reluciente, bordada en oro y plata—. Empeñé mi palabra de duque, les di garantías a esos bohemios de que estarían a salvo. Les prometí asilo. Juré que...

—Querido duque Ludwig, mi joven pariente. —Conrado, obispo de Wroclaw, se levantó en la silla, apoyándose en el arzón—. Te daré absolución cuando quieras. Y cuantas veces quieras. Aunque a mis ojos estás *sine peccato*, y a los ojos de Dios lo mismo, sin sombra duda. El juramento prestado a un hereje no tiene validez, la palabra dada a un apóstata ni compromete ni obliga. Estamos actuando por la gloria de Dios, *ad maiorem Dei gloriam*. Esos buenos católicos, soldados de Cristo, están dando allí, como puedes ver, testimonio de su amor a Dios. Este se manifiesta a través del odio a todo lo que es contrario a Dios y aborrecido por él. La muerte de un renegado es motivo de gloria para un cristiano. Es Cristo quien se beneficia de la muerte de un hereje. Y para el propio hereje la pérdida del cuerpo implica la salvación del alma.

»Y no vayas a pensar —añadió, viendo que sus palabras no le hacían demasiada impresión a Ludwig de Olawa— que no me inspiran compasión. Los compadezco. Y les doy mi bendición en la hora de la muerte. Así les dé el Señor descanso eterno. *Et lux perpetua luceat eis*.

Otra cabeza ensangrentada rodó bajo las patas del caballo del duque. El animal se asustó, sacudió la cabeza, pateó. Ludwig tiró de las riendas.

El populacho daba alaridos, chillaba, vociferaba, registraba las casas a la caza de supervivientes, cada vez más escasos. El viento que recorría las callejuelas seguía trayendo los gritos de las víctimas. El incendio atronaba. Las campanas doblaban con el lamento incesante del bronce.

La muerte esculpida en el tímpano del Ayuntamiento reía cínicamente y agitaba su guadaña.

Elencza lloraba.

Reynevan concluyó su relato. Jan Královec de Hradek, hetmán de los Huérfanos, miraba hacia Strzegom encaramado en una bombardera. Oscuro e inquietante, mientras caía la sombra, parecía una fiera al acecho en el bosque. Estuvo mirando largo rato. Después se volvió súbitamente.

—Vámonos de aquí —soltó—. Ya es suficiente. Nos vamos. Volvemos a casa.

El día había amanecido entre nieblas, el tiempo era bastante templado para esa época del año. Precedida por patrullas y por la vanguardia de la caballería ligera, flanqueada

por unidades de infantería pertrechadas con paveses, la columna de carros avanzaba hacia el sur, dejando Strzegom atrás. Por la carretera de Swidnica. En dirección a Rychbach, a Frankenstein, a Bardo, a Klodzko. A Homole. A Bohemia. A casa.

Los ejes rechinaban bajo el peso de la carga, las ruedas trazaban en la nieve derretida profundas roderas. Restallaban los látigos, relinchaban los caballos, bramaban los bueyes. Los carreteros maldecían. Revoloteaban sobre la columna una bandada de pájaros negros.

En Strzegom doblaban las campanas.

Era 12 de febrero del año del Señor de 1429, el sábado anterior al primer domingo de Cuaresma, *sabbato próximo ante dominicam Invocavit*.

Los hetmans de los Huérfanos observaban la marcha desde una colina próxima al camino. El viento racheado sacudía las capas, agitaba las enseñas.

No estaban de muy buen humor. Brázda de Klinstejn estornudaba acatarrado. Matej Salava escupía. Piotr el Polaco estaba más serio que de costumbre. Hasta Jan Rolda de Zampach, siempre risueño, refunfuñaba entre dientes. Jan Královec callaba con aire sombrío.

—¡Oh! ¡Fijaos! —Salava señaló a un jinete que acababa de llamar su atención: se dirigía al norte por la ladera nevada de la colina—. ¿Quién será? ¿No es ese tudesco que vino herido? ¿Lo has dejado en libertad, hermano Jan?

—Si —reconoció de mala gana Královec—. Es un don nadie. No iban a dar nada por él. Al diablo con él.

—Que Dios le ampare —dijo con voz ronca Piotr el Polaco—. Está herido. Solo, sin ayuda, no va a llegar a Wroclaw. La espichará en cualquier montón de nieve.

—No va a ir solo, ni le va a faltar ayuda —replicó Jan Rolda, señalando a otro jinete—. ¡Ja! ¡Pero si aquel es Reynevan, montado en su amblador! ¿También a él le has dejado marchar, hermano?

—Claro que le he dejado. ¿Acaso estaba preso? Hemos estado charlando. Se le veía inquieto, tenía ciertas dudas, me daba cuenta de que algo le reconcomía. Por fin me dice que no tiene más remedio que volver a Wroclaw. En ese caso, vuelve, le dije. Y eso es todo.

—Muy bien, y que el Señor le ampare —concluyó Brázda, y estornudó—. Vamos, hermanos.

—Vamos.

Descendieron la colina, con un galope corto dieron alcance a la columna, se pusieron en cabeza.

—Tengo curiosidad —Brázda, poniendo el caballo al trote, se dirigió a Jan Rolda, que cabalgaba a su lado—. Tengo curiosidad por saber qué novedades habrá por el ancho mundo...

—¿Y a ti —respondió Rolda— qué mosca te ha picado ahora? El mundo, el mundo. ¿Qué se te ha perdido a ti en el ancho mundo?

—Nada —admitió Brázda—. Pura curiosidad.

El día había amanecido entre nieblas, el tiempo era bastante templado para estar en febrero. Durante toda la noche se había producido el deshielo, la nieve estaba fundiéndose desde el amanecer, las huellas de los cascos herrados y las rodadas de los carros sobrecargados se llenaron de agua negra en un momento. Rechinaban los ejes y las ballestillas, los caballos bufaban, los carreteros juraban adormilados. La columna, que comprendía cerca de trescientos vehículos, avanzaba despacio. Por encima de ella flotaba un olor, espeso y nauseabundo, arenques en salazón.

Sir John Fastolf, adormilado, iba dando sacudidas en la silla. La voz excitada de Thomas Blackbourne, caballero de Kent, le sacó de su modorra.

—¿Qué pasa?

—¡Ahí vuelve De Lacy!

Reginald de Lacy, jefe del destacamento, clavó el caballo delante de ellos con tanto ímpetu que no tuvieron más remedio que entornar los ojos ante la lluvia de barro que se les venía encima. En el rostro del caballero, cubierto de rubio vello juvenil, se veía pintado el miedo. Mezclado con la excitación.

—¡Franceses, sir John! —anunció con voz de pito, tratando de controlar a su montura—. ¡Delante de nosotros! ¡Los tenemos al este y al oeste! ¡Emboscados! ¡Una fuerza enorme!

Ya nos han dado alcance, pensó sir John Fastolf. Ya me han dado alcance. Estoy perdido. Y estaba tan cerca, estaba tan cerca. Por qué poco. Podríamos haberlo conseguido, de no haber sido por...

Podríamos haberlo conseguido, pensó Thomas Blackbourne. Podríamos haberlo conseguido, John Fastolf, si no hubieras bebido hasta caer redondo, maldito borrachuzo, en cada venta del camino. Si no hubieras practicado el arte del fornicio, insaciable verraco, en todos los burdeles de la comarca. De otro modo esos franchutes comerranas no habrían sabido de nosotros, y hace ya tiempo que nos habríamos reunido con los nuestros. Y ahora estamos perdidos...

—Cuántos... —Sir John Fastolf carraspeó para aclararse la garganta— ¿Cuántos son? ¿Y quiénes? ¿Has visto sus enseñas?

—Serán... —Reginald de Lacy se calló de pronto, avergonzado por haber retrocedido sin haberse fijado bien en los pendones de los franceses—. Acaso unos dos mil... De Orleans, seguramente se trate del Bastardo... O de La Hire...

Blackbourne soltó una maldición. Sir John suspiró disimuladamente. Observó a sus propias tropas. El centenar de jinetes acorazados. El centenar de soldados de infantería. Los cuatrocientos arqueros galeses. Los cocheros y criados. Y los trescientos carros. Trescientos carros hediondos, cargados de barriles hediondos con hediondos arenques en salazón, comprados en París para alimentar durante la Cuaresma a los ocho mil hombres del conde de Suffolk que participaban en el cerco de Orleans. Arenques, pensó sir John con resignación. Voy a despedirme de la vida por culpa de unos arenques. Moriré en compañía de unos arenques. Me van a enterrar entre arenques, un arenque coronará mi lápida. *By God!* Todo Londres se tronchará

de risa.

Trescientos carros de arenques. Trescientos carros. Carros.

—¡Desenganchad a los caballos! —mugió como un toro sir John Fastolf, poniéndose de pie en los estribos—. ¡Formad un cuadrado con los carros! ¡Atad las varas a las ruedas! ¡Repartid arcos a todo el mundo!

Se ha vuelto loco, pensó Thomas Blackbourne. O igual aún sigue pedo. Pero corrió a cumplir las órdenes.

Vamos a comprobar enseguida hasta qué punto es cierto, pensaba sir John, observando el ajeteo de sus tropas y el baluarte que formaban los carros. Lo que cuentan de esos *Bohemians* esos *Hussites*, esos que andan por ahí liados, en Europa oriental, o en Asia Menor... De sus triunfos, de sus victorias demoledoras sobre sajones y bávaros... De su famoso jefe, ese que se llama... *God darnn... Sheeshka?*

Era el 12 de febrero del año del Señor de 1429, el sábado anterior al primer domingo de Cuaresma. El sol brillaba, dispersando las nieblas que vagaban a ras de tierra. Se diría que los arenques empezaban a apestar cada vez más. Por el este, desde el pueblecillo de Rouvray, llegaba el estruendo creciente de los cascos.

—¡Sujetad los arcos! —gritó, desenfundando la espada, Thomas Blackbourne—. *They're coming!*

Ni Blackbourne ni sir John Fastolf tenían aún ni la menor idea de que estaban vivos por pura casualidad, de que una circunstancia fortuita los había salvado. De que, de no haber sido por esa circunstancia, no habrían llegado a ver el alba. El conde Jean Dunois, el Bastardo de Orleans, había tenido noticia del transporte de arenques hacia unos pocos días. Sus mil quinientos jinetes de Orleans, y con ellos La Hire, Xantrailles y el escocés John Stuart, estaban aguardando emboscados a las afueras de Rouvray para atacar y destruir a la columna inglesa antes del amanecer. Pero, por más que se lo habían desaconsejado vivamente, Dunois había basado su plan en el conde Clermont, que estaba acampado junto a Rouvray. El conde Clermont era un joven muy apuesto, hermoso como una doncella. Se rodeaba siempre de otros bellos jovencitos. No conocía el arte de la guerra. Pero era primo de Carlos VII y había que contar con él.

El mocoso de Clermont, como le llamaba La Hire, la cagó, como es natural, en toda la línea. Desperdició la ocasión, no aprovechó la sorpresa. No dio la orden de atacar, porque estaba ocupado. Desayunando. Después del desayuno, tocaba empolvase y peinarse. Mientras le peinaban, el conde sonreía a uno de los mozalbetes que le hacían compañía, le mandaba besos, le pestañeaba. No hizo caso de los emisarios de Dunois. Y se olvidó de los ingleses. Tenía asuntos y planes importantes.

En plena confusión y barahúnda, cuando ya estaba claro que habían perdido la ocasión, que ya no había forma de coger por sorpresa a los ingleses, mientras Dunois se ponía a maldecir, mientras La Hire y Xantrailles se quedaban sin saber que hacer, abriendo los brazos, esperando órdenes, John Stuart no pudo aguantar más. Al frente

de la caballería escocesa, por su cuenta y riesgo, se lanzó a la carga contra los carros de los ingleses. Tras él se sumó a la lucha una parte de los impacientes franceses.

—¡Apuntad! —gritó Dikkon Wilby, jefe de los arqueros, viendo a la caballería acorazada avanzando en cuña contra ellos—. ¡Apuntad! ¡*Remember Agincourt!*

Los arqueros, dejando escapar un gemido, tensaron sus largos arcos. Chirriaron las cuerdas estiradas. Sir John Fastolf se quitó el yelmo, su cabellera intensamente roja relumbró como un estandarte.

—¡Ahora! —bramó como un uro—. *Fuck them good, lads! Fuck the buggers!*

Bastaron tres salvas, tres ráfagas de flechas, para que los escoceses se dieran a la fuga. Pocos fueron los que llegaron al galope hasta los carros, y eso solo les sirvió para hallar la muerte. Los atravesaron con lanzas y bisarmas, los tajaron con alabardas y hachas de Lochaber. Los gritos de los caídos estallaron en el cielo invernal.

De Lacy y Blackbourne, aunque sabían poco de los husitas, y menos aún de sus tácticas de combate, habían captado al vuelo lo que había que hacer. Al frente de la caballería pesada, salieron de detrás de los carros y lanzaron un contraataque, dispuestos a dar caza al enemigo. Cogieron por la espalda a los escoceses e hicieron tal escabechina que el eco de los gritos resonó por toda la llanura. En los carros, los galeses rugían triunfalmente, insultaban a los fugitivos y les mostraban dos dedos^[5].

Los arenques apestaban.

Gracias a ti, Señor, alzó los ojos sir John Fastolf. Gracias a vosotros, carros. Gloria a vosotros, bravos bohemios asiáticos, gloria a ti, caudillo Sheeshka, pues aunque tu nombre sea pagano tu talento militar es inmenso. *I'll be damned*, gloria también a mí, a sir John Fastolf. Lástima que Bardolf y Pistol no hayan podido verlo, que no hayan asistido al día de mi memorable victoria. Ja, esta batalla, librada en Rouvray el sábado anterior al primer domingo de Cuaresma *Anno Domini* 29, pasará a la posteridad como la Batalla de los Arenques. Y de mi...

De mi se escribirán obras de teatro.

Capítulo segundo

En el que Reynevan intriga y conspira en la ciudad de Wroclaw. Como consecuencia de sus carencias tanto en la teoría como en la práctica de la conspiración, los éxitos iniciales pronto acarrearán complicaciones, y nada pequeñas.

El padre Feliciano, para el mundo en otros tiempos Hanys Gwisdek, llamado el Piojuelo, actualmente altarista en dos templos de Wroclaw, frecuentaba el arrabal de los valones, cerca de la iglesia de San Mauricio, con cierta regularidad, más o menos una vez al mes, por lo general en martes. Por varias razones. En primer lugar, los valones eran conocidos por practicar la maligna magia negra, y quienes deambularan por las cercanías de sus casas podían exponerse a los efectos de sus prácticas. Para los extraños, especialmente para aquellos que se presentasen sin haber sido invitados o que mostrasen una actitud hostil, el *vicus sancti Mauricii* era un lugar peligroso, los intrusos tenían que contar con las eventuales consecuencias: incluso con desaparecer sin dejar rastro. Por eso, los intrusos, agentes y espías incluidos, no solían adentrarse en el arrabal valón, no iban por allí a espiar. Y eso le venía de perilla al padre Feliciano.

Las otras dos razones para que el doble altarista visitase a los valones también tenían que ver con la magia. Y estaban relacionadas entre sí. El padre Feliciano padecía de hemorroides. La dolencia no solo se manifestaba en forma de cámaras sanguinolentas y de un picor intolerable en el culo, sino también con una merma significativa de su energía viril. Los valones —o, para ser más exactos, las prostitutas valonas del lupanar llamado El Molino Rojo— tenían para las aflicciones del padre Feliciano unos remedios mágicos. Incensado con el mágico incienso valón, tratado con lavativas a base de mágicos bálsamos valones y con mágicas cataplasmas valonas, el padre Feliciano conseguía por decirlo claramente, la tiesura requerida para la coyunda. A las rameras de los burdeles de la ciudad no se les pasaba por la cabeza la idea de tomarse todas esas molestias, y le decían al cura que se largase, ridiculizando y menospreciando sus dolores y pesares. Así que el padre Feliciano solía salir de la ciudad. Para ir a ver a las valonas.

Un impedimento importante en sus expediciones a San Mauricio era el hecho de tener que cruzar las murallas de la ciudad, y para colmo a hurtadillas, o sea, después de anochecer y pasado el *ignitegium*. El padre Feliciano tenía sus medios para salir y regresar en secreto, el problema era la distancia de media legua que no había más remedio que recorrer. Entre los malhechores que merodeaban de noche por las afueras de la ciudad había algunos a quienes no impresionaba ni la mala reputación de los valones ni la fama de sus temibles maleficios. Por eso, en sus habituales escapadas al Molino Rojo el padre Feliciano vestía cota de malla y llevaba una larga daga al cinto y un cañón de mano cargado, y al caminar ponía mucho cuidado en

proteger y tapar con los faldones de la ropa la mecha encendida, al tiempo que rezaba en voz alta en latín, lengua que, *nota bene*, no dominaba. El hecho de que nunca hubiera tenido un mal encuentro lo atribuía el padre Feliciano precisamente a tales rezos. Y no le faltaba razón. Los más osados ladrones, aquellos que no temían ni a la ley ni a Dios, ponían pies en polvorosa al ver acercarse a aquella estantigua encapuchada que chirriaba como si fuera de hierro, emitía una lucecilla diabólica bajo el manto y, lo que es peor, farfullaba unas atrocidades indescifrables.

En aquella ocasión, tras dejar El Molino Rojo y el vicus valón, el padre Feliciano se arrastraba, a eso de la medianoche, a lo largo de una empalizada, musitando su letanía y soplando de vez en cuando a la mecha para que no se apagase. Había luna llena y los campos estaban blancos de nieve, de modo que la claridad permitía marchar a buen paso, sin miedo de caer en algún agujero o de ir a parar a una cloaca, cosa que le había ocurrido al padre Feliciano en otoño del año anterior. También era menor el riesgo de toparse con salteadores y malhechores de toda casta y ralea, pues en noches claras como esa no solían practicar su oficio. De modo que el padre Feliciano avanzaba cada vez más aprisa, con más resolución, y en lugar de rezar empezó a tararear la melodía de una canción claramente profana.

Los bulliciosos ladridos de unos perros anunciaron la proximidad e los molinos y de las colonias de molineros que habitaban a orillas del Olawa, lo cual quería decir que apenas le separaban ya cien pasos del puente que daba acceso a la ciudad. Cruzó el dique que delimitaba los estanques de molineros y de pescadores. Aminoró el paso, porque en aquel lugar, entre las chozas y los graneros, estaba más oscuro, Pero seguía viendo el río, que rielaba a la luz de la luna. Respiró aliviado. Con todo volvió a apresurarse.

Se oyó el murmullo de unos arbustos, se intuyó una sombra junto a un granero, una figura imprecisa. Al padre Feliciano se le encogió el corazón, se le hizo un nudo en la garganta. A pesar de eso, el altarista sujetó el cañón de mano bajo el sobaco y acercó la mecha encendida. Sin embargo, por culpa de la oscuridad y la falta de tino se quemó su propio pulgar.

Se puso a aullar como un lobo y a dar saltitos como una liebre, dejó caer el arma. No le dio tiempo a empuñar la daga. Recibió un golpe en la cabeza, y se derrumbó sobre un montón de nieve. Mientras lo amarraban y lo arrastraban por la nieve, estaba atontado y sin fuerzas, pero plenamente consciente. Mas no tardó en desvanecerse. Aterrorizado.

Últimamente, Reynevan no había tenido ningún motivo para protestar por un exceso de potra ni de buena suerte. Al menos el destino no le trataba demasiado bien en ese sentido. Todo lo contrario. Desde diciembre del pasado año, Reynevan había tenido muchos más motivos para la tristeza y el pesar que para la alegría y el sentimiento de euforia.

Por eso, saludó el cambio con enorme satisfacción. Las cosas empezaban a

marchar. De repente la fortuna había decidido sonreírle, los acontecimientos comenzaron a tomar un curso muy favorable. Una esperanza perfectamente razonable apuntaba en el horizonte, las perspectivas se habían vuelto plenamente radiantes, y el futuro, lo mismo el suyo que el de Jutta, se pintaba con colores de lo más vivos y reconfortantes para la vista. Los árboles deprimentemente desnudos y deformes que crecían junto a la carretera de Wroclaw parecían ahora cubiertos por el rozagante verdor de las hojas, los pastizales y praderas desolados y nevados que se extendían a las afueras de la ciudad se coloreaban con toda clase de aromáticas flores, y los graznidos de las cornejas que picoteaban la tierra helada cedían el paso al dulce canto de los pajarillos. En una palabra, se diría que la primavera estaba al llegar.

La primera golondrina de esa desconcertante metamorfosis había sido Wilkosz Lindenau, el armiguer herido, transportado con notable dificultad hasta su patria chica, Wroclaw. La principal causa de la dificultad estribó, como es natural, en su costado perforado. La herida, aunque tratada, se había infectado, el escudero ardía en fiebre y sufría violentos escalofríos, no habría podido sostenerse en la silla de no haber contado con la ayuda de Reynevan. De no haber sido por los remedios y sortilegios con los que Reynevan pudo detener la inflamación y combatir la infección, Wilkosz Lindenau habría tenido escasas posibilidades de contemplar los muros de la ciudad y, alzándose sobre ellos en el cielo gris de febrero, los chapiteles de bronce de las torres de Santa Isabel, de María Magdalena, de San Adalberto y de otras iglesias. Escasas habrían sido sus posibilidades de regocijarse la cercanía de la Puerta de Swidnica, que daba paso a la ciudad. Y de respirar aliviado.

—Ya estamos en casa. —Wilkosz Lindenau respiró aliviado—. Y todo gracias a ti, Reynevan. De no ser por ti...

—No hay nada que decir.

—Sí —le contradijo secamente el armiguer—. Sin ti nunca habría llegado. Estoy en deuda contigo... —Se quedó callado, mirando la iglesia del Corpus, donde acababa de repicar una esquila—. Si te han excomulgado, excomulgado estás —siguió diciendo—. Que Dios te perdone tus pecados. Pero yo estoy vivo gracias a ti, y lo cierto es que estoy en deuda contigo. Y esa deuda te la voy a pagar. Porque, verás, el caso es que te he engañado ligeramente. A ti y a tus husitas. Si hubieran sabido la verdad, no me habrían dejado marchar libre, la libertad me habría salido muy cara. Lindenau es el nombre de mi linaje, lo uso en honor de mi familia y de mi padre. Pero este murió cuando yo era pequeño, y mi madre no tardó en casarse de nuevo. Por eso mismo, el único padre verdadero que he tenido y que sigo teniendo es el señor Bartolomé Eisenreich. ¿Te dice algo ese nombre?

Reynevan asintió. El nombre de uno de los patricios más ricos de Wroclaw sin duda le decía mucho. Wilkosz Lindenau se inclinó en la silla y escupió sangre sobre la nieve.

—A un malhechor, a un husita, a un enemigo, no se lo habría dicho ni le habría propuesto nada —siguió diciendo, tras limpiarse los labios—. Pero tú no has venido a

Wroclaw en calidad de enemigo. Entiendo, más bien, que lo que te trae hasta aquí es, ante todo, una necesidad personal y privada. Por eso, nada me impide mostrarte mi agradecimiento. No voy a acogerte ni a darte cobijo en mi casa, pues pesa sobre ti un anatema... Pero sí estoy en condiciones de prestarte ayuda.

—La verdad es que...

—Para empezar, en Wroclaw —el armiguer no le dejó terminar— hace falta dinero. Sin dinero aquí no eres nadie. En cambio, contando con dinero, uno puede arreglar cualquier asunto, por difícil que sea. Con ayuda de Dios, tú también podrás superar tus problemas, hermano. Porque lo que es dinero no te va a faltar. Voy a dártelo yo. Espero que no te ofendas si te muestro mi agradecimiento como un auténtico Eisenreich. Como un mercader. De otro modo no puedo, porque...

—Ya lo sé —Reynevan esbozó una sonrisa—. Porque me han excomulgado.

El segundo destello de suerte le había llegado a Reynevan poco después de mediodía. No entró en ciudad en compañía de Lindenau: temía, no sin fundamento, que la Puerta de Swidnica, abierta al sur, de donde procedía el peligro, estuviera atentamente vigilada por la guardia ciudadana y otras instituciones locales. Siguiendo por la orilla del Olawa, llegó hasta la Puerta de San Nicolás, donde se mezcló con los aldeanos que acudían a la ciudad cargados con toda clase de mercancías y productos destinados a la venta, sobre todo vivos. En esa puerta no tuvo ningún problema, los vigilantes, en su mayoría, estaban aburridos y emperezados, los escasos diligentes concentraban toda su diligencia en sacar tajada en forma de gallina, de ganso o de una buena porción de panceta. Poco más tarde, cuando en la iglesia de San Nicolás tocaban a sexta, Reynevan ya había dejado a su espalda la barriada de Szczepin y se dirigía hacia el centro, llevando al caballo de la mano, confundido entre la multitud de caminantes y viajeros que iban en la misma dirección.

Y acababa de dejar atrás la calle de los Salchicheros cuando la suerte le dedicó una amplia sonrisa. De oreja a oreja.

—¿Reynevan? ¿Pero eres tú?

El que lo había identificado era un mozalbete que llevaba una capa negra y una gorra de fieltro igual de negra. Cuadrado y rubicundo cual gañán, sonreía francamente cual gañán. Llevaba bajo el brazo dos bultos de buen tamaño.

—Aquiles... —Reynevan se sobrepuso al espasmo de garganta causado por el inesperado saludo—. ¡Aquiles Czibulka!

—Reynevan. —El mozalbete con pinta de gañán miró a su alrededor, la sonrisa se le borró de pronto en el rostro sonrosado—. Reynevan de Bielau. En Wroclaw, a un tiro de piedra de la plaza del Mercado. Quién lo habría dicho... Pero no nos quedemos aquí, maldita sea, a la vista de todo el mundo. Acompáñame a mi farmacia. Es aquí al lado. Toma, ayúdame a llevar esto... ¡Con cuidado!

—¿Qué hay aquí?

—Unos tarros. De unguento.

La farmacia, efectivamente, estaba ahí al lado: se encontraba en la calle de los Salchicheros, junto a la plaza de la Sal. Un cartel, encima de la puerta, representaba algo que recordaba a una zanahoria llena de protuberancias, pero la inscripción que se leía debajo —«La Mandrágora»— despejaba el error. En conjunto, el cartel no impresionaba demasiado, el local era pequeño y probablemente no muy frecuentado. En otros tiempos, cuando mantenían contactos regulares e intensos, Aquiles Czibulka no tenía ni cartel ni local. Trabajaba para Zacarías Voigt, propietario de la renombrada farmacia La Manzana Dorada. Por lo visto, ahora llevaba su propio negocio.

—Te han excomulgado —constató Aquiles Czibulka, mientras colocaba los tarros en el mostrador de la farmacia—. Han lanzado un anatema contra ti. En la catedral. El domingo de Septuagésima. Hace ahora tres semanas.

Reynevan y Aquiles Czibulka se habían conocido en 1419, poco después de que Reynevan hubiera regresado de Praga, interrumpiendo sus estudios tras la defenestración y el estallido de la revolución. Czibulka trabajaba entonces como asistente en La Manzana Dorada, un asistente especializado, eso sí. Era el unguentarius, o sea, el encargado de preparar los unguentos. Casi todo lo que sabía de unguentos, Reynevan lo había aprendido de Czibulka. Tanto el padre como el abuelo de Aquiles se habían dedicado ya a aplicar unguentos, actividad que habían desarrollado ambos en Swidnica. Aquiles era wroclaviense de primera generación. Solía presentarse, con altivo orgullo, como un «auténtico silesio de pura cepa»: cualquiera habría dicho que los ancestros de los Czibulka ya habían habitado, envueltos en pieles, alguna cueva de Silesia mucho antes de que la civilización llegara a aquellos contornos. Pero aquel orgullo de sus raíces lo acompañaba a veces con un desprecio, difícil de aguantar, a aquellas naciones que Czibulka definía como «foráneas», especialmente a los alemanes. A Reynevan a menudo le sentaban mal las opiniones de Czibulka, pero era consciente de que en aquella ocasión el chovinismo del boticario podía venirle como anillo al dedo.

—Te han excomulgado, cabrones alemanes —repitió con rabia Aquiles Czibulka—. ¿Ya te habías enterado? Bah, es imposible que no te hayas enterado. No se habla de otra cosa en Wroclaw. Como alguien te reconozca en la ciudad...

No sería bueno que me reconocieran.

—Uy, no, nada bueno. Pero no te preocupes, Reynevan, yo te ocultaré

—¿Vas a dar cobijo a un excomulgado?

—¡Los anatemas de los alemanes me la traen floja! —Aquiles se irritó—. Nosotros, o sea, los *physici* y *pharmaceutici* de Silesia, tenemos que mantenemos unidos, pues pertenecemos a un mismo gremio y a una misma cofradía silesia. ¡Uno para todos y todos para uno! Y todos contra Theutonicos, contra los alemanes. Es lo que me dije cuando esos cerdos torturaron hasta la muerte al señor Voigt.

—¿El señor Voigt ha muerto?

Lo torturaron, esos hijos de perra. Por hechicería y culto al diablo. ¡Qué ironía!

Sí, el señor Zacarías había estudiado algo del *Picatrix*, algo del *Necronomicon*, del *Grand Grimoire* y del *Arbatel*, leía de vez en cuando a Pietrod'Abano, a Cecea d'Ascoli y a Miguel Escoto... Pero, ¡hechizos! ¿Qué sabía de hechizos? ¡Si hasta yo le daba mil vueltas! ¡Hop!

Aquiles Czibulka, con gran destreza, se puso a hacer malabarismos con tres tarros, los lanzó al aire, extendió los brazos, comenzó a hacer giros con las manos y los dedos. Los tarros empezaron a girar y a dar vueltas por su cuenta, trazando círculos y elipsis en el aire, cada vez más deprisa. El boticario los frenó con unos movimientos de las manos, y a continuación los tres tarros se posaron suavemente en el mostrador.

—¡Hop! —repitió—. ¡Magia! Levitación, gravitación. Tú también levitas, Reynevan, te vi una vez presumiendo delante de unas doncellas. La mitad de la población sabe de hechizos y sortilegios, lleva amuletos o toma algún elixir. ¿Y es eso razón para castigarla, para quemarla en la hoguera? No me parece bien. Así que me río de sus anatemas. Te daré cobijo. Aquí mismo, encima de la farmacia, hay una estancia, ahí puedes quedarte. Pero no vayas dando vueltas por la ciudad, no sea que alguien te reconozca y tengamos un disgusto.

—El caso —protestó Reynevan— es que tengo que visitar ciertos sitios...

—No te lo aconsejo.

—No hay más remedio. Aquiles, ¿no tendrás algún amuleto, por un casual?

—Tengo algunos. ¿En qué estás pensando?

—En un Pantaleón.

—¡Ah! —El *unguentarius* se dio una palmada en la frente—. ¡Vaya, vaya! Sí, es cierto, es una solución. La verdad es que no tengo ninguno, pero sé dónde se puede conseguir. Pero no son baratos... ¿Tienes dinero?

—Lo tendré.

—Si no es hoy, tal vez mañana —se dijo Aquiles Czibulka—. Bueno, te lo conseguiré, ya me darás después el dinero. Tendrás tu Pantaleón. ¡Y ahora vamos a La Cabeza del Moro, a comer y a beber. Quiero que me cuentes tus aventuras. Corren tantos chismorreos que me muero de curiosidad...

De ese modo, antes de que acabara el día, el afortunado Reynevan tenía en Wroclaw perspectivas de dinero y disponía de un escondrijo, dos cosas sin las cuales no puede apañárselas ningún conspirador. Contaba además con un camarada y un socio. Porque, aunque Reynevan había resumido considerablemente y había censurado de forma drástica el relato de sus aventuras, Aquiles Czibulka quedó tan impresionado que se comprometió de inmediato a prestar su ayuda duradera y a colaborar en todo lo que Reynevan pudiera planear.

En cuanto al propio Reynevan, confiaba firmemente en que la buena racha no llegara a su fin. Porque le hacía mucha falta. Tenía contactar con el canónigo Otto Beess. Ahí radicaba el peligro. Otto Beess podía estar sometido a vigilancia. Y su

casa bajo observación.

Toda mi esperanza, pensaba el afortunado Reynevan en el momento de quedarse dormido como un bendito en el cuarto que había encima de la farmacia, en una cama chirriante, bajo un edredón que olía a humedad. Toda mi esperanza reside en la suerte, que últimamente me sonrío.

Y en el Pantaleón.

Cuando Reynevan se colgó el amuleto al cuello y lo activó, Aquiles Czibulka se quedó boquiabierto, con los ojos a cuadros, y dio un paso hacia atrás.

—Jesús, María... —exclamó—. ¡Fu, fu! Cómo te dejan estos inventos... Menos mal que tú no te ves.

El amuleto Pantaleón, especialidad local, producto genuino de la magia de Wrocław, había sido ideado y creado con un solo fin: servía para ocultar la identidad de aquel que lo llevara. Para conseguir que el portador pasara desapercibido. Que no se fijaran en él, que no llamara la atención, que las miradas ajenas resbalaran en él, sin reparar no ya en su aspecto, sino tampoco en su presencia. El amuleto debía su nombre a Pantaleón de Korbiele, uno de los preladados del obispo Nanker. El prelado Pantaleón fue célebre por su aspecto tan vulgar como el de un caracol, tan gris como el de un ratón y tan repulsivamente neutro que muy poca gente, incluido el obispo, se fijaba en él y le prestaba atención.

—Por lo visto —le advirtió el *unguentarius*—, no conviene llevar esa cosa demasiado tiempo. Ni usarla demasiado a menudo...

—Si, ya lo sé. Pienso emplearlo con moderación, y haciendo descansos en su uso. Vamos.

Era jueves, día de mercado, la plaza de la Sal estaba abarrotada de gente, reinaba el ajetreo y el barullo. También estaba hasta arriba la plaza del Mercado, donde, para colmo, a un tipo le estaban haciendo en el cadalso una cosa que despertaba el interés del público. Reynevan y Czibulka no se detuvieron a averiguar qué estaban haciendo ni a quién se lo estaban haciendo, sino que cruzaron la lonja de los paños y a continuación, atravesando el mercado de aves, llegaron a la calle de los Zapateros, de suelo entablado.

En la ventana del canónigo Otto Beess no colgaban cortinas amarillas. Reynevan bajó la cabeza sin tardanza y apretó el paso.

—La nueva casa y oficina de la compañía de los Fugger —le soltó por encima del hombro a Czibulka, que venía resoplando detrás de él. ¿Sabes dónde queda eso?

—Eso lo sabe todo el mundo. En el Mercado Nuevo.

Vamos.No mires atrás.

El Pantaleón funcionaba a la perfección: para que el empleado de la oficina se fijara en él, Reynevan se vio obligado a levantar la voz y a descargar un puñetazo en el mostrador. Con todo, antes de que apareciera el agente de la compañía Fugger, avisado por el empleado, a Reynevan aún le tocó esperar. Y ponerse un poco

nervioso. Aunque esperar merecía la pena. Ponerse nervioso, en cambio, no.

El agente de la compañía Fugger tenía más pinta, por su cara y por sus gestos, de cura que de oficial y comerciante.

—Desde luego, desde luego —dijo con una sonrisa cortés, después de escuchar la petición de su cliente—. El venerable Otto Beess tuvo a bien, antes de su partida, efectuar en nuestra compañía cierto... depósito. Destinado al noble señor Reinmar von Hagenau. ¿Que entiendo que no es otro que vuesa merced?

—Efectivamente.

—Pues no lo parece vuesa merced. —El agente sonrió de un modo aún más cortés, arreglándose los puños, bordados con hilo de oro, del gambesón de terciopelo entallado, una vestimenta más propia de un sacerdote que de un mercader—. No lo parece. El canónigo Beess, a la hora de darnos instrucciones, no se olvidó de describir detalladamente a Reinmar von Hagenau. Y el señor no responde en absoluto a esa descripción. Así que me vais a permitir...

El agente se llevó la mano al enfaldo, se sacó un pequeño disco transparente, de color azulado, que colgaba de una correa. Se lo acercó a un ojo y examinó a Reynevan de la cabeza a los pies. Reynevan suspiró. Podía imaginar lo que estaba pasando. Para todo hechizo hay un contrahechizo, para todo amuleto un contraamuleto. Contra el Pantaleón estaba el Visiovera. El periapto de la Verdadera Visión.

—Todo está claro —dijo el agente, volviendo a guardarse el periapto en el enfaldo—. Os ruego que me sigáis.

En la estancia en la que entraron, la pared situada frente a la chimenea encendida estaba cubierta por un gran mapa. Un mapa de Silesia, Bohemia y las Lausacias. A Reynevan le bastó un simple vistazo para hacerse una idea de lo que representaban las líneas marcadas, las flechas y los círculos alrededor de las ciudades. Entre otras, estaban señaladas con anillos rojos Swidnica y Strzegom, y una línea dirigida hacia el sur se correspondía con la ruta de los Huérfanos de Královec, de vuelta hacia Bohemia. También saltaban a la vista las líneas que unían Bohemia con Lausacia: con Zittau, Bautzen, Zgorzelec. Y otra, gruesa, curvilínea, terminada con una marca en forma de cha, que se adentraba profundamente en el valle del Elba, en Sajonia, Turingia y Franconia.

El agente de la compañía Fugger se divirtió de lo lindo al comprobar el interés de Reynevan.

—A Jan Královec y sus Huérfanos —se acercó al mapa, señaló—, ayer, 16 de febrero, los recibieron triunfalmente en Hradec Králové. Después de setenta y tres días de pillaje e incendios la aceifa ha culminado con éxito, así que esta línea ya podemos borrarla del mapa. Por lo que respecta a las otras marcas... Depende en gran medida de los resultados del encuentro en Lutsk, en Volynia. De cómo actúe Vitautas. Del talento diplomático de Andrea de Palatio, legado papal. De si llegarán a entablarse negociaciones en Pozsony entre Segismundo de Luxemburgo y Procopio

el Rasurado... ¿Qué piensa vuesa merced? ¿Podremos borrar del mapa las líneas rojas y las flechas? ¿O habrá que trazar otras nuevas? ¿Cuál es el parecer de vuesa merced, mi señor Reinmar de Bielau?

Reynevan lo miró a los ojos. El agente sonreía. Lo único que tenía de mercader era, precisamente, la sonrisa. Seductora. Que despertaba confianza. Que animaba a confiarle negocios y dineros. Y a compartir secretos. Pero Reynevan no tenía ganas de compartirlos. El agente de los Fugger lo captó al punto.

—Entiendo. —Hizo con la mano y los anillos que cubrían sus dedos, de considerable valor, un gesto negligente de aprobación—. Hay cuestiones de las que no hablamos... por ahora. Vayamos al grano, pues. —Abrió un bargueño—. El canónigo Otto Beess —dijo, levantando la vista— tuvo a bien, antes de su partida, honrarnos con su confianza. No sin razón. Sabía que con los Fugger están tan a salvo los depósitos como los secretos. No hay nada que pueda forzar a nuestra compañía a desvelar un secreto que nos haya sido confiado.

He aquí el depósito. Una carta de Otto Beess, sellada, con el sello intacto. Y aquí hay además cien gúldenes, depositados por Otto Beess. Y otros cien, que tengo que pagar a vuesa merced de acuerdo con las instrucciones que me dio ayer el señor Bartolomé Eisenreich... ¿Desea contarlos vuesa merced?

—Me fio.

—Magnifico, si se me permite el comentario. Y, si se me permite un consejo, os sugiero que no os llevéis toda la suma de una vez.

—Agradezco el consejo. Me llevo todo. Ahora mismo, a la mayor brevedad, No tengo intención de regresar por aquí. Así pues, me despido. Porque no volveremos a vernos.

El agente de los Fugger sonrió.

—¿Quién sabe, señor Reinmar de Bielau? ¿Quién sabe?

La confianza de Otto Beess en la compañía de los Fugger no era en absoluto ilimitada, la carta del canónigo no estaba protegida únicamente por los sellos. El contenido estaba redactado con tanta habilidad que a un desconocido no le habría dicho mucho. No había nada en la carta que pudiera ser utilizado como prueba contra su autor o que pudiera causarle un perjuicio. Ni a él ni al destinatario. Al propio Reynevan, que en cualquier caso conocía bien al canónigo, le llevó bastante tiempo descifrar el código.

—¿No sabrás —preguntó sin levantar la voz— de alguna taberna o alguna fonda en Wroclaw en cuyo nombre aparezca algún pez? ¿Aquiles?

—En Wroclaw —Aquiles Czibulka dejó de contar los montoncitos de monedas— hay un centenar de tabernas. ¿Un pez, dices? Pensemos... Está El Lucio, en la calle de la Moneda, está La Carpa Azul, en la Ciudad Nueva... Esta última no te la recomiendo. La comida es muy mala, es relativamente fácil llevarse una buena hostia... Bueno, también está El Pececito Dorado... Cruzando el Oder, en Olbin...

—Cerca de la leprosería y la iglesia de las Once Mil Vírgenes —descifró Reynevan, invariablemente inclinado sobre la carta—. *Locus virginis*, ¡ajá! Todo claro. ¿El Pececito Dorado, dices? Tengo que ir, Aquiles. Y hoy mismo. Después de vísperas.

—¿Olbin después de vísperas? Te lo desaconsejo claramente.

—Pues me hace mucha falta.

—Nos hace mucha falta. —El *unguentarius* se estiró tanto que le crujieron las articulaciones—. A los dos. Si vas solo, es posible que no llegues siquiera. Si vamos a volver de allí sanos y salvos, eso ya es otra cuestión. Pero iremos los dos juntos.

»Primero, no obstante —recorrió con la mirada los montoncitos de monedas que había encima de la mesa—, hay que poner los fondos a buen recaudo. Te ha caído encima una buena suma, pero que muy buena, hazme caso. Descontando lo que debías por el amuleto, tu capital asciende a ciento noventa y tres gúldenes renanos. ¿Has raptado a alguien o qué? Porque ha sido igualito que un rescate.

La triste luz del farol encendido reveló que eran tres los atacantes. Llevaban unos sacos en la cabeza, con unas quemaduras practicadas a modo de aberturas. Uno de ellos, un verdadero coloso, media siete pies de altura, ni uno menos, el otro también era alto, pero estaba más flaco y tenía los brazos muy largos, como un mono. El tercero se ocultaba en las tinieblas.

El padre Feliciano, que se ahogaba con la mordaza, no abrigaba ninguna esperanza. Había perjudicado a mucha gente con el espionaje y la delación, y toda esa gente tenía motivos para atacarlo, secuestrarlo y ejercer su venganza sobre él. Una venganza atroz, sádica, en consonancia con las desgracias, bien conocidas, que se derivaban de sus soplos. El padre Feliciano era consciente de que sus atacantes iban a ponerse en cualquier momento a hacer toda clase de cosas horribles con él. El granero apartado al que lo habían arrastrado parecía un lugar de lo más adecuado para hacer esa clase de cosas.

El altarista no tenía ilusiones ni esperanzas. Ni otra salida que entregarse al azar más completo y descabellado. A pesar de tener las manos atadas, saltó como un muelle, agachó la cabeza como un toro y echó a correr hacia el portón.

Evidentemente, no tenía ninguna posibilidad. Uno de los raptos, con mano de hierro, lo agarró con fuerza del cuello de la sotana. Otro le asestó un buen golpe en el lomo. Con un objeto duro como el acero. El golpe fue tan fuerte que el padre Feliciano se quedó sin aliento y perdió el control de sus piernas, para recuperarlo un momento después, tan de repente que por un segundo tuvo la sensación de volar, de elevarse en el aire. Fue a parar al suelo, blando como un saco de estopa.

La luz del farol se acercó. El altarista, paralizado, pudo ver a través de las lágrimas al tercer asaltante. Este no estaba enmascarado. Tenía un rostro vulgar, neutro. Muy neutro.

Sujetaba en las manos una larga y gruesa fusta de cuero. La fusta era

notablemente pesada. Y emitía un tintineo metálico. El padre Feliciano oyó el tintineo cuando el atacante le acercó la fusta a la cara.

—Con lo que acabamos de golpearle —la voz del atacante le resultó conocida— ha sido con veinte gúldenes renanos. Podemos volver a zurrarte, unas cuantas veces más, con ese dinero. O puedes quedarte con él. De ti depende.

Reynevan conocía El Pececito Dorado de los tiempos en que hizo prácticas en el lazareto de las Once Mil Vírgenes. Por qué llamaban así a aquella fonda situada cerca de la carretera de Poznan era un secreto que guardaba el propietario, o más bien los propietarios, pues eran muchos los que había tenido la fonda, la cual, según la tradición, se remontaba a los tiempos de Enrique el Probo. En todo caso, habría sido inútil buscar pececitos —dorados o no— en el letrero o en la ornamentación. El establecimiento no tenía ningún letrero, y el principal elemento decorativo era un gigantesco oso disecado. Al decir de los más inveterados parroquianos, el oso se encontraba en la fonda desde tiempo inmemorial, y con el paso de los años había ido menguando en beneficio de las polillas. También había sido obra de las polillas la revelación de un secreto: bajo la piel devorada habían acabado aparecido toscas costuras que delataban que el animal era un producto artificial, hábilmente compuesto a partir de varios osos más pequeños y de otros elementos más o menos fortuitos. Con todo, a los parroquianos ese hecho les importaba un comino.

Tampoco aquella tarde hacían mucho caso al oso en El Pececito Dorado. Toda la atención de los clientes que abarrotaban el establecimiento estaba concentrada en la cerveza y el aguardiente, así como, a pesar del ayuno, en las grasientas tajadas. Estas, asadas a la brasa, llenaban el local de un agradable aroma y un espeso humo.

—Busco... —Reynevan se aguantó las ganas de toser, se frotó los ojos llorosos—. Busco a un hombre llamado Hempel. Grabis Hempel, Sé que viene a menudo. ¿Y hoy?

—¿Soy yo acaso —el tabernero lo miró a través del humo— el guardián de mi hermano? Buscad y encontraréis.

Reynevan ya estaba dispuesto a agasajar al mesonero con otra sentencia bíblica similar, pero Aquiles Czibulka, con un carraspeo, le aconsejó otra alternativa. Así pues, Reynevan se sacó un gulden de la faltriquera y se lo mostró al tabernero. Este ya no volvió a citar la Biblia. Con un movimiento de cabeza señaló hacia un rincón de la fonda. Sentados a una mesa llena de damajuanas y jarras, había tres mujeres, vestidas —o, más bien, desvestidas— con mucha libertad. Y cuatro hombres.

No tuvieron tiempo de acercarse. Reynevan sintió que algo lo aplastaba contra el mostrador. Algo enorme. Y hediondo. Como la mascota disecada del local. A duras penas consiguió darse la vuelta.

—Los novatos —dijo, apestando horriblemente a cebolla y a carne mal digerida, un tipo muy grande y greñudo, con la camisa por fuera de los pantalones—. Aquí los novatos pagan una cuota de ingreso. Esa es la costumbre. Así que sacude esa bolsa,

señorito. Y apoquina, que estamos sedientos.

Los camaradas del greñudo, en número de tres, se partían de risa. Uno de ellos empujó con la tripa a Aquiles Czibulka. A diferencia del otro, apestaba a Cuaresma. A pescado.

—Tabernero —llamó Reynevan—. Cerveza para estos señores. Una jarra por barba.

—¿Una jarra? —le soltó a la cara el de las greñas—. ¿Una jarra? ¿Pretendes ofender a un pescador del Oder? ¿A un trabajador? ¡Págate un barril, cacho capullo! ¡Serás tarugo! ¡Ladilla urbana!

—Apártate, buen hombre. —Reynevan frunció levemente los ojos—. Aléjate. Déjanos en paz.

—¿O qué?

—No me hagas caer en la tentación.

—¿Cómooo?

—He prometido no pegar a nadie en Cuaresma.

El de las greñas se tomó su tiempo hasta que reaccionó, soltando un aullido y cerrando los puños, dispuesto a atacar. Reynevan fue más rápido. Cogió una jarra del mostrador y se la estampó en toda la jeta, poniéndosela perdida de cerveza y de sangre. Acto seguido, aprovechando su ímpetu, le dio una patada al segundo jayán en la entrepierna. Czibulka le rompió la nariz al tercero con un guante metálico que, prudentemente, había cogido para el camino, al cuarto le hincó el puño en las costillas y le hizo caer de rodillas. El greñudo intentaba incorporarse, de modo que Reynevan le sacudió en la frente con el asa de la jarra, la única parte que se había salvado, pero, viendo que no era suficiente, insistió hasta que no le quedaron en la mano más que unos pedacitos de arcilla y de esmaltado. Apoyó la espalda en el mostrador, empuñó el estilete.

—¡Guarda ese cuchillo! —gritó el mesonero, acercándose con unos esbirros—. ¡Guarda ese cuchillo, miserable! ¡Largo! ¡Que no os vuelva a ver por aquí, sinvergüenzas! ¡Canallas! ¡Buscarruidos! ¡No volváis a poner el pie en este local! ¡Largo, he dicho!

—Pero si han empezado ellos...

—¡Son parroquianos! ¡Y vosotros unos desconocidos! ¡Vagabundos! ¡Qué os zurzan! Raus! ¡Raus, os digo!

A base de insultos y palos, los sacaron al zaguán. Y del zaguán a la calle.

Los clientes se lo pasaron en grande, las lágrimas se les saltaban de la risa, las muchachas reían con mayor discreción. El oso disecado contempló el incidente con su único ojo de vidrio. El otro se lo habían sacado.

No fueron muy lejos, qué va, solo hasta la vuelta de la esquina del establo. Al oír a su espalda unos pasos silenciosos, los dos se volvieron como impulsados por un resorte. Reynevan con el estilete en la mano.

—Tranquilos. —El tipo, al que habían visto en el local, en la mesa del rincón, entre damajuanas y fulanas, levantó las manos—. Tranquilos, nada de idioteces. Soy Grabis Hempel.

—¿Alias Allerdings?

—Allerdings, en efecto. —El hombre se estiró. Era alto y delgado, ron los brazos muy largos, como de mono—. Y vosotros venís recomendados por el canónigo, si no me equivoco. Pero el canónigo habló de uno solo. ¿Quién de vosotros es ese?

—Yo.

Allerdings examinó atentamente a Reynevan.

Ha sido una enorme estupidez —dijo— eso de venir aquí a preguntar. Y aún más estúpida ha sido la pelea. Por aquí se asoman a menudo los espías, habrían podido quedarse con tu cara. Aunque, a decir verdad, tienes una fisonomía... Es difícil de recordar. Sin ánimo de ofender.

No pasa nada.

—Vuelvo para adentro —Allerdings movió los delgados brazos—. Alguien ha podido verme salir detrás de vosotros, y a mí es más fácil recordarme. Nos vemos mañana. En la calle de Milicz, en la taberna La Campana del Pecador. A la hora tercia. Y ahora, con Dios. No os quedéis aquí.

Se vieron. El día 19 de febrero, el sábado anterior al domingo *Reminiscere*. En la calle de Milicz, en la taberna La Campana del Pecador, frecuentada sobre todo por artesanos broncistas, que en esos momentos, a la hora tercia, estaba más bien vacía. Nada más llegar, Reynevan quiso aclarar de qué iba todo aquello. Allerdings no le dejó.

—Conozco el asunto —cortó a Reynevan antes de que tuviera tiempo de decir nada— detalladamente. Los detalles me los proporcionó nuestro común amigo, el canónigo Beess, prepósito en el cabildo catedralicio hasta hace poco tiempo, Lo hizo, hay que admitirlo, de muy mala gana: estaba decidido a protegerte a ti y a proteger tus secretos. Pero era consciente de que, de otro modo, me habría resultado imposible planificar la acción.

—De modo que estás al corriente de todo —concluyó Reynevan—. Y ya has planificado la acción. Pasemos pues a los detalles. El tiempo apremia...

—Como dicen los polacos —le interrumpió con sequedad Allerdings—, la prisa es cosa del diablo. Antes de pasar a los detalles, habría que abordar una cuestión más general. Que puede influir en los detalles. Algo fundamental.

—¿A qué te refieres?

—A si la acción planeada tiene sentido, en definitiva.

Reynevan estuvo un tiempo callado, entretenido con su jarra.

—Que si tiene sentido la acción —repitió al fin—. ¿Cómo quieres que lo decidamos? ¿Vamos a votar?

—Reynevan. —Allerdings no apartó la mirada—. Eres un husita. Eres un traidor. En esta ciudad eres un enemigo detestado, estás en el centro mismo del campamento

enemigo. Inspiras repugnancia como hereje, como persona que ha renegado de su fe y que, hace escasamente cuatro semanas, en esta misma ciudad, mientras repicaban las campanas, fue objeto de anatema. Aquí eres una pieza de caza, un cordero rodeado por una manada de lobos, todo el mundo está al acecho y te sigue el rastro. Aquel que te mate alcanzará la gloria, la admiración, el prestigio, el perdón de los pecados y la gratitud de los gobernantes, recibirá una recompensa económica y tendrá garantizado éxito con el bello sexo. Y acabarán dándote caza, jovencito. No te salvará esa magia con la que te enmascaras, contra la magia siempre hay métodos: si se sabe mirar, se puede ver tu verdadera jeta bajo el camuflaje. Cuando te reconozcan por la calle, te masacrarán sin contemplaciones. O sí acaso te capturan vivo, darán buena cuenta de ti en el patíbulo. Así va a ocurrir, cada día que sigues en Roclaw te acerca inevitablemente ese momento. Y tú, en lugar de poner tierra de por medio cuanto antes, quieres llevar a cabo unas acciones descabelladas. Así pues, contéstame, con la mano en el corazón a ser posible: ¿tiene sentido?

—Sí.

—Entiendo. —Ahora le tocó a Allerdings permanecer un rato en silencio—. Está todo muy claro. Con tal de salvar a la doncella de las garras de la opresión, hay que afrontar cualquier riesgo. Hacer cualquier locura. Aunque no sirva de nada.

—¿Cómo que no sirve de nada?

—He estado siguiendo a nuestro hombre, y he llegado a conocerlo un poco. A familiarizarme con su carácter. Y te diré lo que pienso: no vas a sacar nada de él. Ese tipo o te traiciona y te delata, o te engaña y te vuelve loco: te hará ir a buscar a tu Jutta más allá de unas montañas imaginarias.

—Nuestra misión consiste —Reynevan no apartó la mirada— en conseguir que tenga miedo de actuar de ese modo.

—Eso se puede conseguir. —Allerdings sonrió por primera vez desde que empezaron a hablar—. Muy bien, yo ya te he dicho lo que te tenía que decir, ahora pasemos sin más demora a los detalles. No hay tiempo que perder: basándome en las valiosísimas indicaciones del canónigo Beess, he averiguado todo lo que nos hace falta. Sé dónde, sé cuándo, sé cómo. También sé que no podemos lograrlo sin ayuda. Nos hace falta un tercer hombre cuanto antes. Y no me refiero a ese boticario tuyo, porque lo que vamos a hacer no es tarea para un boticario. En cualquier momento tiene que aparecer por aquí un tal Jasio Kminek. Tú mismo lo has dicho: se trata de que nuestro cliente tenga miedo. Y Jasio Kminek es un especialista destacado. Un auténtico virtuoso en romper dientes.

—Entonces —Reynevan levantó las cejas—, ¿a qué ha venido toda esa charla de antes? Tú ya sabías que yo no me iba a echar atrás. De otro modo, no habrías contratado a ningún virtuoso.

Me sentía en la obligación de sermonearte. Pero también soy previsor.

Con sus buenos siete pies Jasio Kminek era un tiarrón muy alto, un verdadero coloso.

El coloso saludó, dio un trago de cerveza, regoldó. Hacia todo lo posible para parecer un gañán con pocas luces. Pero le traicionaba su forma de hablar cada vez que abría la boca. Y los destellos de su inteligencia cuando escuchaba.

Vamos a trabajar cerca de San Mauricio —constató, después de escuchar—. Se trata de algún valón? No me apetece tener líos con brujos.

—No los tendrás.

—¿Hay que dar matarile a alguien?

—Se supone que no. A lo sumo habrá que darle una paliza a alguno.

—¿Una buena paliza? ¿Con efectos duraderos?

—No se descarta.

—Ya veo. Mi tarifa es de un cuarto de gulden de plata. O su equivalente en cualquier otra moneda. ¿Hace?

—Hace.

—¿Cuándo es el trabajo? Soy un hombre atareado...

—Lo sabemos. Y un virtuoso.

—Trabajo en un horno —enfaticó Jasio Kminek—. El día que sea, tendré que tomármelo libre. Por eso pregunto cuándo.

—Dentro de tres días —dijo Allerdings—. El martes. Habrá luna llena. Nuestro cliente prefiere los martes y las noches claras.

Con la espalda apoyada en un poste, el padre Feliciano suspiraba, se lamentaba, gemía. Poco a poco recuperaba la sensibilidad en las piernas, el entumecimiento dejaba paso a un dolor creciente. Un dolor tan agudo que le impedía concentrarse. Le costaba captar y asimilar lo que le decían. De modo que el asaltante que estaba junto a él, ese que tenía una cara tan vulgar que daba asco, tuvo que repetírselo. Era evidente que eso le ponía furioso.

—La Inquisición —le dijo siseando— se ha llevado a una doncella y la tiene escondida. A la doncella Jutta de Apolda. Tienes que averiguar dónde la han encerrado.

—Buen señor. —El padre Feliciano empezó a gimotear—. ¿Cómo voy a hacer yo eso? No soy más que un miserable gusano. Soy un don nadie... ¿Que estoy al servicio del obispo? ¿Pero quién soy yo para el obispo? Un criado, un pobre lacayo... Además, eso que pretendéis, mi señor, ni siquiera es cosa del obispo, sino del Santo Oficio... Y, ¿qué tengo yo que ver con el Oficio, qué tengo que ver con sus asuntos secretos? ¿Qué puedo saber yo de todo eso?

—Puedes saber —dijo el agresor con voz sibilante— tanto como espías, tanto como escudriñes, tanto como husmees. Y no es ningún secreto que eres un maestro en ese oficio. Hay pocos como tú a la hora de espiar, de escudriñar y de husmear.

—Pero, ¿quién soy yo? Solo soy un criado... ¡Yo no pinto nada!. Me habéis confundido con otro...

—No me he confundido. Tú eres Hanys Gwisdek, conocido popularmente como

el Piojuelo. Actualmente, el padre Feliciano, a quien el obispo ha hecho altarista en dos iglesias a la vez, en Santa Isabel San Miguel. En premio a tus espionajes y delaciones. ¿No es verdad, padre confesor? Delatabas a otros ante el canónigo Beess, después delataste al propio Beess. Ahora delatas a Tylman, a Lichtenberg, a Borschnitz, a otros. El obispo te tiene prometido, a cambio de tus denuncias, una brillante carrera, ascensos en la jerarquía, nuevas y succulentas prebendas. ¿Crees que el obispo cumplirá lo prometido? ¿Cuándo averigüe la verdad sobre ti? Que vayas de putas con las valonas, y para más inri en Cuaresma, a lo mejor te lo perdona. Pero, ¿qué crees que hará cuando se entere de que también le denuncias a él, al propio obispo, y con idéntico entusiasmo? ¿Ante el inquisidor Gregorio Hejncze?

El padre Feliciano tragó saliva ruidosamente. Estuvo un buen rato sin decir nada.

—Lo que queréis saber —balbuceó finalmente— es materia reservada de la Inquisición. Relativa a la herejía. Un profundo secreto...

—Los secretos profundos —se notaba que el atacante estaba cada vez más nervioso— también se pueden husmear. Y cuanto mayor sea el secreto mayor será la recompensa. Aquí, ya lo ves, hay veinte gúldenes renanos. Te los doy, son tuyos, puedes llevártelos cuando te ponga en libertad. Sin ningún compromiso. Pero si me suministras información, y si esa información me satisface, recibirás cinco veces más. Cien gúldenes, Gwisdek. Eso es cinco veces más que las prebendas anuales de tus dos altares. Conque piénsatelo, haz tus cálculos. A lo mejor merece la pena hacer un esfuerzo.

El padre Feliciano volvió a tragar saliva, pero los ojos le centellearon como a una vulpeja. El atacante de aspecto vulgar se inclinó sobre él, le iluminó el rostro con el farol.

—Pero debes saber —dijo entre dientes— que como nos traiciones... como me vendas, como me cojan... como sufra algún incidente desagradable, como caiga enfermo, como me intoxique con la comida, como me atragante con una espina, me hunda en un tremedal o caiga bajo las ruedas de un carro desbocado... entonces, confesor, puedes estar seguro de que ciertas informaciones llegarán a oídos de las personas a las que has perjudicado. A las que sigues perjudicando. Entre estas últimas, a Juan Sneschewicz, vicario episcopal. El vicario es un tipo porfiado, lo sabes muy bien. Cuando se entere de ciertas cosas... te pescarán en el Óder, Gwisdek. Antes de que pasen tres días, pescarán tu cadáver hinchado en la presa de Sokolniki. ¿Lo entiendes, verdad?

El padre Feliciano lo entendía. Se encogió y sacudió con decisión la cabeza.

—Tienes diez días para conseguir la información. Es un plazo improrrogable.

—Haré lo que pueda... Si hay suerte...

—Mejor para ti. ¿Queda claro? Y ahora estás libre, puedes marcharte— Ah, Gwisdek...

—¡Si, señor!

—No salgas de noche. Cuento contigo, porque sería una pena que te dieran un

tajo en la garganta rondando por ahí.

En la ventana de la casa de Otto Beess, en la calle de los Zapateros, seguían sin verse cortinas amarillas. Por lo demás, Reynevan tampoco esperaba verlas. No era ese el motivo que le había llevado hasta allí. Sencillamente, la calle de los Zapateros les pillaba de camino.

—¿Sabes adónde se ha marchado el canónigo? ¿A su pueblo, a Rogów?

—Allerdings —confirmó Allerdings—. No descarto que para una buena temporada. En Wroclaw el ambiente se le había vuelto muy hostil.

—En buena medida, por mi culpa.

—A lo mejor ofendo tu orgullo —Allerdings lo miró por encima del hombro—, pero te diré una cosa: te das demasiadas ínfulas. Suponiendo que tú fueras el pretexto, no habrías sido sino uno entre muchos. Y no el más importante. El obispo Conrado ya llevaba un tiempo mirando mal al canónigo Otto, no hacía otra cosa que buscar la ocasión de dejarlo con el culo al aire. Al final, para que veas, hurgó en su genealogía y descubrió que el canónigo es polaco. Nada de Beess, concluyó, sino Bies. Un Bies polaco de lo más vulgar. Y en la diócesis vratlavianiana no hay sitio para los Bies polacos. ¿Quién iba a soñar con una prelatura en la catedral para ese Bies polaco? Que se marche a Gniezno o a Cracovia, allí también hay catedrales.

—Catedrales, para ser exactos, también tiene Polonia en Poznan, en Wloclawek, en Plock y en Lvov. Y los Beess, en aras igualmente de la precisión, no son polacos. El linaje procede de Croacia.

—Croacia, Polonia, Bohemia, Serbia o hasta Moldavia. —Allerdings torció el gesto— son para el obispo el mismo perro con distintos collares. La misma basura. Naciones eslavas todas ellas. Enemigas. Representan el mal, dirigido contra nosotros, los buenos alemanes.

—Ja, ja, Muy divertido.

—Si, mucho. Pero, ¿sabes dónde está la paradoja?

—No, dime.

—Pues en que, yendo contra el canónigo, el obispo va contra sus propios intereses. Otto Beess era, en el cabildo de Wroclaw, prácticamente el único que seguía apoyando al obispo en la controversia sobre el poder ilimitado del Papa: el resto de los prelados y canónigo se pronunciaban, cada vez más abiertamente, por el conciliarismo. Con sus intrigas el obispo se va quedando sin partidarios, todo puede acabar fatal para él. El concilio de Basilea está al caer. Ese concilio puede traer muchos cambios... ¿Me estás escuchando? ¿Qué haces?

—Me estoy limpiando las botas. He pisado una mierda.

Desde la primavera de 1428, Wroclaw era una isla en el mar de la guerra, un oasis en medio del desierto de la devastación bélica. Aunque protegida del mundo por las corrientes del Olawa y del Oder, aunque amparada por sus potentes murallas, la metrópolis silesia andaba lejos de disfrutar del beatífico lujo de la seguridad y la

confianza en el mañana. Wroclaw se acordaba a la perfección de la pasada primavera. Su recuerdo estaba muy vivo y era tan real que casi se podía tocar. Nadie olvidaba el resplandor de los incendios de Brzeg, de Ryczyn, de Sobótka, de Gniechowice, de Sroda o del mismo Katy, a una distancia de apenas dos millas. Wroclaw recordaba los primeros días de mayo, cuando desde los muros de la ciudad, con ojos llorosos por el humo que llegaba de Zerniki y Muchobór, envueltos en llamas, contempló al ejército de Procopio el Rasurado. Y solo seis semanas después de que los Huérfanos, viniendo desde el sur, se hubieran adentrado en el valle del Oder, todas las campanas de la metrópolis habían anunciado horrorizadas su llegada a Olawa, a una jornada escasa de camino.

Wroclaw era una isla en el océano de la guerra, un oasis en el desierto de ruinas y cenizas. Las tierras al sur de Wroclaw, arrasadas por los incendios, se habían despoblado. Tras los muros de Wroclaw, que en tiempos de paz daban cobijo a quince mil personas, ahora casi el doble buscaban asilo. Wroclaw estaba congestionada, su vida transcurría entre apretones. En una atmósfera de inseguridad y de amenaza. En un ambiente de terror paralizante. Y de delación generalizada.

Todos eran responsables: el obispo, los prelados, la Inquisición, las autoridades municipales, el patriciado, los caballeros, los mercaderes. Todos. Aquellos de quienes dependía la seguridad efectiva de la ciudad. Aquellos que veían espías husitas en cada rincón y recordaban el año anterior con espanto: las puertas de Frankenstein y de Rychbach abiertas por obra de la traición, la fortaleza del monte Sleza tomada mediante una treta, conjuras en Swidnica, sabotajes en Klodzko. Aquellos que contaban con que la campaña contra el espionaje serviría para sacar de sus escondrijos a los auténticos y verdaderos agentes. Y aquellos que no creían para nada en los espías, pero les venía como anillo al dedo aquella psicosis de terror. Todos animaban a la delación, acentuando el miedo y la inseguridad, permitiendo que regresara el pánico como fruto del odio y las persecuciones. Porque los traidores, las brujas y los husitas podían ocultarse en cualquier parte, a la vuelta de cualquier esquina, en cualquier rincón, adoptando cualquier disfraz. Todo el mundo era sospechoso: la vecina por no prestar un colador, el buhonero por sisar en las vueltas, el carpintero por poner verde al párroco, el párroco por beber, el zapatero por no beber. Uno perfecto para delatarlo era el maestro catedralicio, maese Schilder, pues había estado de ronda por las murallas, cerca de la bombardera. También era apto para ser denunciado, qué duda cabe, el concejal Scheuerlein, ya que durante la misa dominical se soltaba unos cuescos atronadores en la iglesia. Sospechoso era el escribano municipal, el joven Albrecht Strubicz, pues cada vez que caía enfermo después se restablecía. Sospechoso era Hans Plichta, de la guardia urbana, porque bastaba con mirarle a la jeta para darse cuenta: era borracho, putaño, corrupto y vendido.

Sospechoso era el juglar, el jocular, pues se sabía toda clase de trucos y chistes, sospechoso era el carpintero Kozuber, por reírse de aquellos chistes. Sospechosa era

la doncella Jadwiga Banczówna, que se rizaba el cabello y llevaba botines rojos. El señor Güntherode, pues usaba el nombre de Dios en vano. Despertaba sospechas el curtidor, por apestar. Y el mendigo, por apestar más todavía. Y el judío. Por judío. Y porque todo lo malo era, precisamente, culpa de los judíos.

Aumentaban las denuncias y delaciones, la situación se iba enredando, crecía como una bola de nieve rodando cuesta abajo. Pronto se llegó a que los más sospechosos eran aquellos a quienes nadie había denunciado. Sabiéndolo, algunos se delataron a sí mismos. Y a sus parientes más cercanos.

Habría sido raro que entre tanta denuncia no hubiera habido una sola denuncia contra Reynevan.

Pero sí que hubo. Y más de una.

Lo agarraron en la plaza de la Sal, mientras iba sorteando los puestos camino del desayuno. Desayunaba a diario en La Cabeza del Moro. Con regularidad. Con excesiva regularidad.

Lo agarraron, le retorcieron los brazos, lo empujaron contra un tenderete. Eran seis.

—Reinmar de Bielau —dijo secamente el jefe, frotándose la nariz, chata, horriblemente desfigurada por alguna enfermedad—. Estás detenido. No trates de oponer resistencia.

No opuso resistencia. Porque era incapaz. La cabeza le daba vueltas, estaba aturdido por la sorpresa, le parecía estar soñando, no acababa de entender lo que ocurría. Jutta, pensó febrilmente, de forma confusa. Jutta. El altarista Feliciano tiene que descubrir el lugar donde han encerrado a Jutta. Pero, ¿cómo voy a contactar con el altarista? ¿Estando prisionero? ¿O muerto?

Alrededor se iba congregando cada vez más gente.

—Venga —ordenó el de la nariz amorfa—. Que no se escape el pájaro. Amarradlo bien.

—¡Amarradlo! ¡Amarradlo! —Abriéndose paso entre la multitud apareció un gigantón canoso, vestido con un jubón de piel y portando una espada, en compañía de varios hombres armados—. Y después os marcháis. Porque el pájaro es nuestro. Llevamos unos días detrás de él. Habéis sido más rápidos, bien hecho. Pero ahora tenéis que entregárnoslo. Nuestros derechos prevalecen.

¿Cómo que prevalecen? —El de la nariz puso los brazos en jarra— ¿Desde cuándo? ¡No estamos en la isla de la Catedral, estamos en Wroclaw! ¡Y en Wroclaw nadie está por encima del consejo municipal! ¡En Wroclaw gobierna el consejo! Yo he detenido al prisionero por orden de los señores consejeros, y pienso trasladarlo al ayuntamiento. Tenéis razón, yo he sido más rápido. ¡Y vosotros habéis sido más lentos! Peor para vosotros, hay que levantarse más temprano. ¡A quien madruga, Dios le ayuda! Así que largo de aquí, señor Von Hunt. ¡No entorpezcáis nuestra labor!

—En Wroclaw gobierna el obispo —replicó Kuczera von Hunt—. En nombre del

rey Segismundo, señor tuyo, villano, y señor de todo tu consejo. Y yo aquí represento al obispo, así que cuida tus palabras, lacayo municipal, y mira a quién te diriges. A quién le dices que se largue. Tengo órdenes de conducir al detenido al palacio episcopal...

—¡Y yo al ayuntamiento!

—Este es un asunto de la Iglesia —insistió Kuczera, encolerizado—, y al ayuntamiento que le den por culo. Vamos, apártate.

—¡Apártate tú!

Kuczera von Hunt gruñó, resopló, se llevó la mano a la espada. En ese momento, desde la muchedumbre, cada vez más apretada y bulliciosa, se adelantó —más bien, salió como un rayo— una figura menuda, vestida con un caftán pardo. Antes de que nadie tuviera tiempo de reaccionar, la figura se abalanzó sobre Reynevan, se lo arrebató a los guardias y lo derribó, aplastándolo contra el suelo. Reynevan, estupefacto, se fijó en la cara de aquella persona. Era una cara gris, neutra, infinitamente vulgar. De su nariz vulgar y de su boca vulgar brotaba sangre. Y una repugnante secreción viscosa.

—Yo los cubro de mocos —le susurró al oído la figura, con una fina y suave voz de mujer—. Y tú te escapas...

Los guardias municipales y los hombres de Von Hunt prendieron a mujer, empujándola, arrastrándola y zarandeándola como a una muñeca. De pronto se quedó como muerta en sus brazos, con los ojos en blanco. Empezó a toser espasmódicamente, a ahogarse, a soltar ronquidos. De buenas a primeras carraspeo, escupió y estornudó. Aparatosamente, regando a todo el mundo de un modo increíble. Las caras y las ropas de los que la rodeaban se cubrieron de sangre y de mocos pegajosos.

—¡María santísima! —se oyó gritar entre la multitud—. ¡Es una epidemia! ¡La peste! ¡La peste!

No hizo falta decirlo dos veces. Todos sabían lo que era la *mors nigra*, todos sabían cómo hay que protegerse de la Muerte Negra. Los fundamentos eran bien sencillos, tan solo una regla, y decía: *fuge*, sal corriendo. Todos —vendedores, transeúntes, guardias, esbirros del obispo, el de la nariz, Von Hunt— huyeron despavoridos, atropellándose y tropezando unos con otros. La plaza de la Sal se despobló en un segundo.

Solo quedaba Reynevan. Médico. Arrodillado junto a la apestada. Tratando de abrirla la boca, de aliviarla, de retirar los mocos y los cuajarones de sangre que le taponaban la garganta. Para esto no hay conjuros, pensaba febril y caóticamente. No hay ningún conjuro, ningún encantamiento, ningún amuleto. No hay magia que valga, que proteja del contagio de la peste en su variedad pulmonar... Porque se trata de la variedad pulmonar, no cabe duda, son los clásicos síntomas, aunque... No tiene fiebre... Tiene la frente fría... Y el cuerpo... Los pechos... ¿Cómo es posible? Aquí hay algo que no encaja...

La mujer de rostro vulgar le apartó las manos.

—En lugar de tanto sobeteo —dijo tranquilamente, con toda claridad—, escapa de una vez, pobre idiota. Deprisa. Antes de que se cosquen de que todo ha sido un engaño.

No tuvo que repetírselo dos veces.

Si hubiera decidido largarse de Wroclaw tal y como estaba, a pie, sin más prenda de abrigo que aquella fina túnica sobre sus espaldas, lo habría logrado. La ciudad era presa del pánico y la confusión, la huida tenía muchas posibilidades de verse coronada por el éxito. Pero Reynevan echó de menos sus posesiones, empezando por el bayo amblador que Dzierzka de Wirsing le había regalado. No fue capaz de desprenderse, en un abrir y cerrar de ojos y con total indiferencia, de sus bienes materiales. En una palabra, le perdió el materialismo. Como a tantos otros antes que a él.

Lo detuvieron en las cuadras. Aparecieron en el momento preciso en que estaba ensillando al caballo. No pudo pensar siquiera en resistirse. Eran demasiados, habría sido lo mismo que ponerse a combatir contra el centimano Briareo. Como era de prever, Reynevan acabó con un saco en la cabeza y atado de pies y manos. Después lo levantaron en vilo y lo arrojaron a un carro, como si fuera un bulto. Y lo cubrieron con algo blando y pesado, probablemente trapos.

Restalló el látigo, chirriaron los ejes, el carro echó a andar bruscamente y rodó por una calle pavimentada con troncos. Hundido en una montaña de trapos, Reynevan maldecía y babeaba.

Comenzaba un viaje a lo desconocido.

Capítulo tercero

En el que se confirma el dicho y se comprueba que el mundo, a pesar de todo, es un pañuelo: Reynevan, cada dos por tres, se topa con viejos conocidos.

El carro donde lo transportaban saltaba y bailaba con cada nuevo bache al tiempo que vibraba como si fuera a estallar en mil pedazos en cualquier momento. Reynevan, que al principio había sentido como una tortura la montaña de trapos que lo aplastaba y apenas le dejaba respirar, lo mismo que las esteras que le arañaban por todas partes, y que había puesto a caldo a los responsables, no tardó en cambiar de parecer. Inmovilizado bajo aquella montaña, no se golpeaba con los bordes del vehículo, que corría que se las pelaba, aunque sí podía sentir y oír el traqueteo de otros objetos, seguramente barriles y escaleras de mano, que iban dando tumbos por el interior del carro, y pasaban rodando una y otra vez por encima de él. La carrera era tan alocada que, incluso protegido por el capullo de los trapos, los dientes le rechinaban y castañeteaban cada vez que llegaba un bache.

No le fue fácil calcular cuánto duró esa carrera salvaje. Demasiado, en todo caso...

Lo sacaron de debajo del montón de trapos, lo arrojaron al suelo sin contemplaciones. O, más bien, al barro, porque la ropa se le empapó al instante. Acto seguido, y con la misma falta de delicadeza, lo levantaron y de un tirón le quitaron el saco de la cabeza. Con el impulso se dio con la espalda en una rueda.

Se encontraban en un desfiladero, en las hendiduras de las laderas aún se veían blancos retazos de nieve. Mas en el aire flotaba ya un olor a primavera.

—¿Está bien? —preguntó alguien—. ¿Intacto?

—Ya se ve que si. Se tiene en pie solo. Pagadme el grosch que habíamos acordado.

Los tipos que había allí no eran todos iguales: un simple vistazo bastaba para dividirlos en dos grupos, en dos categorías de hecho. Para empezar, había unos que podían ser catalogados como malhechores locales y capadores de bolsas, hampones de las muchas bandas y cuadrillas que aterrorizaban la periferia de Wroclaw. Habían sido ellos, no cabía duda, quienes lo habían capturado en las cuadras y lo habían sacado de la ciudad en el carro. Para entregárselo ahora a los otros. Bandidos también, pero de otra clase, por así decir. Caballeros de rapiña.

No hubo tiempo para más análisis. Lo agarraron, lo montaron en un caballo, le ataron las muñecas al arzón de la silla, además de inmovilizarle los brazos con una cuerda a la que le dieron dos vueltas alrededor del cuerpo. Los extremos de la cuerda los sujetaban dos jinetes, uno a su derecha, el otro a su izquierda. Y había otros, todos bien juntos. Los caballos resoplaban y pateaban. Alguien le sacudió en la espalda con

un objeto duro.

—En marcha —oyó Reynevan—. Y nada de tonterías. O te partimos la cara. Aquella voz le sonaba.

Dejaron de lado ciudades y fortalezas, aunque no trazaron un arco tan amplio que impidiera a Reynevan hacerse una idea de su situación. Estaban en un territorio bien conocido, pudo identificar incluso el campanario de la iglesia parroquial de Wiazów, propiedad episcopal. Así pues, lo llevaban por la carretera de Nysa, desde Wroclaw iban derechos hacia el sur. Pero no daba la sensación de que fuera Nysa el destino, y eran múltiples las posibilidades de seguir más allá: hasta cinco vías partían de Nysa en distintas direcciones, sin contar aquella por la que marchaban.

—¿Adónde me lleváis?

—Cierra el pico.

Más allá de Nysa se detuvieron a pernoctar. Y Reynevan reconoció a su conocido.

—¿Paszko? ¿Paszko Rymbaba?

El caballero de rapiña que le había acercado el pan y el agua quedó de piedra. Se inclinó. Se apartó los rubios cabellos de la frente y los ojos. Y abrió la boca.

—¿Por mi honor! —exclamó—. ¿Reinmar? ¿Eres tú? ¡Ja! Ya decía yo que me sonaba esa jeta... Pero has cambiado, y tanto que has cambiado... No hay quien te reconozca...

—¿En manos de quién estoy? ¿Adónde me lleváis?

—Nos tienen prohibido hablar. —Paszko Rymbaba se irguió. La voz se le había endurecido—. Así que no preguntes. Esto es lo que hay.

—Ya veo —Reynevan mordisqueó el pan— lo que hay. En otros tiempos eras un caballero, ahora veo que eres un lacayo. A quien ordenan y prohíben. Y hasta sé a qué se debe el cambio. Lo sorprendente es que te quedaras en Silesia. Decían que habíais huido todos, Weyrach, Wittram, Tresckow, toda tu vieja comitiva. Que os habíais largado al quinto infierno. Porque la tierra de Silesia os quemaba bajo los pies.

—Cierto. —Paszko se rascó la coronilla, echó un vistazo nervioso a la hoguera, donde los otros esbirros tenían toda su atención puesta en el ganso—. Cierto, nos quemaba bajo los pies, y cómo. La compañía se dispersó... Yo también estaba decidido a poner pies en polvorosa... Pero, mira, se presentó la ocasión de entrar al servicio del señor Ungerath. Es un magnate, no consiente que nadie moleste a su gente, no le tiene miedo a nada. Así que me quedé. Tampoco me ha ido tan mal en Silesia.

—Y ese magnate, ¿qué quiere de mí? ¿En qué he podido molestarle yo?

—Nos tienen prohibido hablar.

—Una sola cosa. —Reynevan bajó la voz—. Una palabra. Un nombre. Tengo que saber quién me ha traicionado en Wroclaw. Además, no se trata de mí. ¿Te acuerdas de la joven aquella, Paszko? ¿La que raptaron en Bodak, tomándola por una

Biberstein? ¿La que escapó conmigo entonces? Estoy enamorado de ella, la quiero con toda el alma. Y de la información que te estoy pidiendo depende su destino. Su vida. ¿Quién me ha traicionado, Paszko?

—Nos tienen prohibido hablar. Mas, aunque así no fuera, yo de eso nada sé.

—Pero quien sí lo sabe es el que os manda. ¿Estoy en lo cierto?

—A buen seguro —admitió Rymbaba—. El señor Eberwin von Kranz tiene la cabeza sobre los hombros. Tiene que saber algo.

Intenta sonsacarle, Paszko. Entérate...

—No. Nos lo tienen prohibido.

—Paszko. ¿No fui corriendo en tu ayuda, aquella vez, en Lutomia? ¿Ya no te acuerdas de cómo os tenían acorralados aquellos hombres? Te habrían masacrado como a una fiera, de no haber sido por Sansón por mi. Estás en deuda. ¿Eres o no eres un caballero? No es propio de un caballero olvidar tales deudas.

Paszko Rymbaba reflexionó largamente. Con tanta intensidad que empezó a sudar como un cerdo. Por fin llegó a una conclusión, se enjugó la frente.

—Me salvaste aquella vez —reconoció, poniéndose firme—. Pero después en Bodak me arreaste a traición en el costado. Y tu amada doncella me dio una patada en los huevos y me hizo rodar escaleras abajo. Después de aquello la cabeza me estuvo doliendo una buena temporada. Así que estamos en paz. Nada te debo.

—Paszko...

—¿Ya has terminado de comer? Pues venga esas manos. Tengo que atarte otra vez.

—¿No podrías atarme un poco más flojo?

—No. Nos lo tienen prohibido.

Reanudaron la marcha al alba, en medio de la niebla, y Reynevan perdió la orientación. Le parecía que iban camino de Prudnik, por la carretera de Glubczyce, pero no tenía ninguna certeza.

Tres jinetes los esperaban al borde de un abedular desnudo. Y un sólido furgón cerrado, tirado por cuatro caballos peludos. El cometido del furgón era más que evidente, así que Reynevan no se extrañó lo más mínimo cuando lo metieron dentro y cerraron la portezuela a cal y canto. Hasta recibió el cambio con cierta satisfacción. Seguía siendo un prisionero, pero al menos le dejaron las manos libres.

Resonaron los cascos de los caballos, el furgón arrancó bruscamente, echó a andar entre el traqueteo y el rechinar de los ejes. Dentro no había más luz que la que dejaban pasar los ventanucos cubiertos con rejas, o sea, más bien poca. Pero suficiente para ver a un hombre tendido en unas tablas, arropado con una manta o una capa.

—Alabado sea Dios —Reynevan rompió el hielo—, hermano. ¿Quién eres?

El yacente no respondió. Aquel gemido inconsciente que había soltado no podía

considerarse una respuesta. Reynevan husmeó el aire, olfateó. Se acercó al hombre, le tocó la frente. Quemaba como un horno. Sintiendo que él mismo, en cambio, se quedaba helado de terror, retiró la manta, le metió la mano por debajo de la ropa, empapada en sudor, le presionó el vientre, le palpó el cuello, los sobacos y las ingles. El enfermo le dejaba hacer, inmóvil y gemebundo.

—Tú estás de suerte y yo también estoy de suerte —murmuró por fin Reynevan, sentándose—. No tienes la peste. Ni la viruela. Probablemente.

—*Adsumus...*

—¿Cómo? —Reynevan dio un respingo—. ¿Qué has dicho?

—*Adsumus...* —balbuceó el enfermo—. *Adsumus peccati quidem immanitate detenti... Sed in nomine tuo specialiter congregati...*^[6]

No es más que una oración, se dijo Reynevan para tranquilizarse, Se trata tan solo de una coincidencia fortuita...

Se inclinó. Sintió el calor de la fiebre y el acre olor a sudor que despedía el enfermo. Reynevan le colocó las manos en las sienes, empezó a pronunciar lentamente conjuros y encantamientos curativos.

—*Veni ad nos...*^[7] —gemía el paciente—. *Et esto nobiscum et dignare illai cordibus nostris... Adsumus... Adsumus...*

Reynevan musitaba un conjuro. El enfermo respiró hondo y dejó escapar un silbido.

—*Et lux perpetua* —dijo con toda claridad— *luceat.*

El furgón traqueteaba y rechinaba. El enfermo deliraba y ardía por la fiebre.

Lo despertó el chasquido del cerrojo y el chirrido de la portezuela al abrirse, lo espabiló el viento fresco y la luz que se colaba en el interior del vehículo. Entornó los ojos.

Llegaban nuevos pasajeros. Tres. El primero, un tiarrón bigotudo que vestía un jubón de caballero, reculó instintivamente al ver al yacente enfermo.

—Sin cuidado —le tranquilizó Reynevan—. No es contagioso. Tiene fiebre, eso es todo.

—¡Adentro! —conminó uno de los caballeros de rapiña—. ¡Deprisa, deprisa! ¿Tendré que ayudaros?

La portezuela del furgón se cerró de un golpe, el interior volvió a sumirse en las tinieblas. La escasa luz le bastó a Reynevan para cerciorarse de que conocía al menos a dos de los tres nuevos prisioneros, los cuales se habían instalado enfrente de él, sentados hombro con hombro. No era la primera vez que veía esas caras.

—Ya que nos ha hermanado nuestro triste destino —se le adelantó el bigotudo, con voz cautelosa y titubeante—, vamos a presentarnos. Soy Jan Kuropatwa de Lancuchów, *miles polonus...*

—Del linaje de Szreniawa —Reynevan se decidió a completar la frase en polaco —, si no recuerdo mal. Nos conocimos en Praga...

—¡Voto a tal! —La recelosa cara del polaco, ceñuda y tensa, se iluminó. ¡Reynevan, el Esculapio de Praga! ¡Ya me acuerdo! Desde el primer momento me había sonado vuestra cara... Pero entonces, hemos caído todos, esto es una plaga...

—*Adsumus*... —gimió en voz alta el enfermo, meneando la cabeza—. *Adsum*...

Hablando de plagas —terció con inquietud otro polaco, señalando al yacente—. ¿Qué pasa con ese de ahí?

—El noble señor Reynevan es un galeno, Jakub —le informó Kuropatwa— Sabe lo suyo de arrechuchos. Si dice que no es contagioso, hay que creerle... Permittedme, señor Reynevan: este buen noble es el señor Jakub Nadovny de Rogów, del blasón de Dzialosza. Y este otro...

—Ya nos conocemos —le interrumpió el tercer hombre, con una mandíbula prominente, y un tanto torcida—. Klemens Kochlowski de Wielun, ¿recordáis? Tuvimos el placer. Fue en Tosz, en otoño del año pasado. Estuvimos arreglando unos asuntos.

Reynevan lo confirmó, pero se limitó a asentir con la cabeza. No estaba seguro de si podía, y hasta qué punto, entrar en detalles. Los nuevos pasajeros del furgón eran, naturalmente, camaradas provisionales de infortunio, pero eso no significaba, ni de lejos, que tuvieran que conocer la naturaleza concreta y los detalles de las actividades desarrolladas por Kochlowski. Que consistían en la venta a los husitas de caballos, armas, pólvora y proyectiles.

—Nos cogieron a los tres a la vez, el mismo día —aclaró sus dudas Jan Kuropatwa—. En la carretera de Cracovia, entre Bielsko y Skoczów. Conducíamos una recua, llevábamos... Imaginad lo que llevábamos. Ya sabéis lo que se suele llevar por esa carretera.

Reynevan ya lo sabía. Todo el mundo lo sabía. La carretera que, viniendo de Cracovia, pasa por Cieszyn y la Puerta Morava, esa vía que de toda la vida ha enlazado los reinos de Polonia y Bohemia, era una de las escasas rutas comerciales que permitían sortear el bloqueo al que estaban sometidos los husitas checos. Por esta ruta las mercancías procedentes de Polonia llegaban a Bohemia de forma prácticamente ininterrumpida y sin obstáculos, merced al acuerdo alcanzado entre la nobleza calixtina de Moravia y los magnates católicos. Los husitas moravos renunciaban a sus aceifas en tierras de los católicos a cambio de que estos hicieran la vista gorda ante el paso por Cieszyn de recuas y caravanas. Se trataba de un acuerdo informal, lo que se traducía en un equilibrio inestable, alterado de vez en cuando por algún incidente. Como podía verse.

—Los que nos capturaron —prosiguió el *miles polonus*— eran del ducado de Racibórz, de Pszczyzna, una mesnada a sueldo de esa loba de Elena, viuda del duque Juan. Pszczyzna es cosa suya, de Elena me refiero, es patrimonio de la viuda, esa maldita bruja se ha aposentado en Pszczyzna como duquesa soberana y cada día que

pasa se muestra más osada.

—Y actúa a su antojo, la muy zorra —estalló Kochlowski, furioso— ¡No solo en sus dominios, sino en las tierras de Cieszyn! ¡Y eso es un atropello!

Reynevan sabía a qué se refería. Aquella grieta en el bloqueo, del que se valían los mercaderes, existía en buena medida merced diestra política del duque de Cieszyn, Boleslaw, el cual, para mantener a salvo su ducado, evitaba meterse en líos con los husitas y no tocaba sus transportes. Muy distinta era la política que lleva la duquesa viuda Elena, residente en Pszczyna, junto con su hijo Nicolás duque de Racibórz. Estos no dejaban escapar ninguna ocasión para perseguir a quienes comerciaban con los husitas, aunque tuvieran para ello que actuar fuera de sus dominios.

—Más de uno de los nuestros —continuó Kuropatwa— ha perecido ya en las mazmorras de Pszczyna o ha expuesto su cabeza al hacha del verdugo. Pensamos, cuando nos cogieron, que nuestro final en el cadalso también estaba escrito. Ya habíamos ofrecido nuestras almas a Dios, don Jakub, don Klemens y yo mismo... Pero el caso es que no nos han tenido encerrados ni una semana. Nos han trasladado a Racibórz, donde nos han puesto en manos de estos otros, el diablo sabrá quiénes son... Y ahora van y nos meten en este carromato. Adonde nos llevan, con qué fin, quiénes nos llevan, al servicio de quiénes actúan... el diablo sabrá.

Con qué fin, eso es cosa sabida —dijo en tono sombrío Jakub Nadobny de Rogów—. Con el fin de quitarnos de en medio, desde luego.

—Ungerath —preguntó Reynevan—, ¿os dice algo ese nombre?

—No. ¿Debería?

Reynevan les contó cómo lo habían capturado, les explicó el recorrido seguido los tres últimos días. Les dijo que su escolta, muy probablemente, estaba al servicio de Ungerath, un rico patricio de Wroclaw. Kuropatwa, Nadobny y Kochlowski empezaron a darle vueltas. Sin mayores resultados. Así pues, no habrían salido de su ignorancia e incertidumbre acerca de su destino de no haber sido por el nuevo pasajero que instalaron ese mismo día en el furgón.

El nuevo pasajero era joven, rubio, desgarrado como un espantapájaros. Pero también alegre y animado, lo cual no dejaba de sorprender, dadas las circunstancias.

—Con permiso de sus mercedes —se rio, después de sentarse—, soy Hlas de Libocany, un buen checo, centurión del Tabor. Prisionero. Provisional, Ja, ja! La suerte del combatiente, ¡je, je!

Hacía unos días, les contó Hlas de Libocany, buen checo, entre continuas pausas para sus accesos de alegría ruidosa y disparatada, el señor Hynek Krusina de Lichtenburk había atacado las tierras de Hradec. Don Hynek había sido un fiel defensor del Cáliz, pero había cometido traición, pasándose al bando católico, y últimamente se dedicaba a oprimir a los buenos checos con sus correrías. La incursión en Hradec no había acabado de la mejor forma para él: su mesnada había

sido derrotada, dispersada y forzada a emprender la huida. Pero el señor de Krujina había tenido la fortuna de coger prisionero a Hlas de Libocany.

—Así es la suerte del combatiente, ja, ja —dijo riéndose el buen checo—. ¡Pero no he tenido ni tiempo de calentarle la paja de la mazmorra al señor de Krusina! Han pagado mi rescate, y hasta aquí me han traído. Y ahora, por lo que he oído, me llevan a algún lugar cerca de Frysztat.

—¿Por qué a Frysztat? Y, ¿quién ha pagado el rescate?

—¡Ja, ja! Pues el mismo que ha pagado por sus mercedes. El mismo que se ocupa ahora de nuestro traslado.

—¿Y quién es?

—Gebhard Ungerath. El hijo de Kasper Ungerath... ¿Acaso no lo sabíais? Pues eso está bien, je, je. Veo entonces que tengo que aclarar esta cuestión.

Kasper Ungerath, explicó el taborita, era un comerciante de Wroclaw, indecentemente rico, tan pagado de si mismo y tan altivo que se había comprado un burgo en Gniechowice, cerca de Wroclaw, y allí había asentado sus reales, como un señor feudal, y, por lo visto, le había dado en la nariz que pronto iba a ser ennoblecido y andaba como loco intentando hacerse con un blasón, ja, ja. Así las cosas, había alistado a sus hijos, Gebhard y Gilbert, en las huestes del obispo, como armiguers. En una refriega fronteriza, los taboritas de Odra habían capturado a Gilbert. En cuanto descubrieron que había caído en sus manos la gallina de los huevos de oro, exigieron por el prisionero ni más ni menos que quinientos schockgroshes de rescate.

—Bonita suma, ja, ja, ¡no es moco de pavo! ¿Entendéis ahora de qué va todo esto? Ungerath, que es un viejo roñica, ha llegado a un acuerdo, pretende arreglar el asunto sin aflojar la mosca. A cambio de la libertad de Gilbert quedarían libres unos cautivos bohemios, unos utraquistas capturados por los silesios. Ungerath tiene sus amistades, tiene sus pactos, tiene sus deudores. No ha tardado en hacerse con unos cuantos prisioneros. O sea, con nosotros, ja, ja. De donde se deduce, ja, ja, que cada uno de nosotros, contando a ese medio muerto de ahí, salimos por unos ochenta schockgroshes per cápita, je, je, en resumidas cuentas. Yo diría que es una buena media. ¿A lo mejor alguno de los señores se cree más caro?

Ninguno dijo nada. Hlas de Libocany se reía con una risa metálica.

—Nos conducen a un intercambio, señores. De modo que arriba esas cabezas, ja, ja, que pronto acabará nuestro cautiverio, ¡muy pronto!

Las estrecheces y el ambiente cargado del interior del furgón contribuyeron a que el sopor se apoderase de los prisioneros, que fueron durmiendo casi de un tirón. Reynevan, cuando no dormía, iba dando vueltas a un asunto.

¿Quién le había traicionado en Wroclaw?

Descartando la mera casualidad, y en casos como este conviene descartar las casualidades, no quedaban muchas opciones. Las personas cambian con el tiempo, a

Aquiles Czibulka podían haberlo las monedas de oro escondidas bajo el suelo de la farmacia, el deseo de hacerse con ellas podía haber constituido una tentación invencible. ¿Y qué decir de Allerdings, a quien Reynevan no conocía de nada, pero tenía abundantes motivos para considerarlo un granuja a sueldo?

Con todo, el principal sospechoso seguía siendo, obviamente, el páter Feliciano, Hanys Gwisdek, llamado el Piojuelo, un individuo en quien la mentira, la traición y la doblez parecían una segunda naturaleza. Allerdings ya había prevenido a Reynevan, pero este no solía hacer caso de las advertencias y los malos agüeros. *Omnis* sacerdote, *avaritia*^[8], alegaba Reynevan, invocando el dicho popular, así que el padre Feliciano, por pura avaricia, no iba a traicionarlo: si traicionaba, dejaba escapar cien gúldenes. Pero eso a Allerdings no terminaba de convencerle.

Igual Allerdings tenía razón, pensaba Reynevan, desesperado. El padre Feliciano pudo haber tenido en más su propio pellejo que aquellos cien gúldenes, pudo haber traicionado para salvar su vida. Pudo haber traicionado por un bien muy superior al de los previsibles beneficios futuros.

Sí, muchas cosas apuntaban a que el traidor no podía ser otro que el padre Feliciano. Y en ese caso...

En ese caso, pensó Reynevan, desesperado, todo su sofisticado plan de Wroclaw había sido en vano. Las posibilidades de recuperar en breve a Jutta se desvanecían, las esperanzas se venían abajo. Y otra vez no sabía qué hacer, no sabía por dónde empezar. Otra vez estaba en un atolladero. Otra vez en el punto de partida.

Si hubiera cualquier otra salida, la que fuera, pensaba Reynevan. El risueño Hlas tal vez se equivoca. ¿Y si no piensan canjearnos por nadie? Tal vez ocurra como en el castillo Trosky: compran a unos utraquistas para darles después tormento en el patíbulo, con la intención de subirle la moral a la población local.

Pero en este caso parecía improbable que una enigmática e ilusoria mujer viniera otra vez a sacarle las castañas del fuego.

El enfermo había dejado de gemir y delirar. Reposaba tranquilo e incluso era probable que hubiera mejorado. Delante de testigos Reynevan ya no se atrevía a hacer uso de la magia, así que había que atribuir la mejoría a causas naturales.

—¡Fuera del carro! ¡Vamos, vamos! ¡Deprisa!

El sol le hirió los ojos, a punto estuvo de desmayarse al respirar el aire frío. Para sostenerse sobre sus piernas, reblandecidas como gelatina, tuvo que apoyarse en hombro de Jan Kuropatwa de Lancuchów. A Nobodny no le iba mucho mejor, pues colgaba ahí a su lado, pálido como un cadáver, del brazo de Kochlowski. El comerciante de armas, aunque no destacaba precisamente por su figura imponente, resultó el más resistente, junto con Hlas de Libocany. Ambos se mantenían firmes y fingían, mejor que los demás, no tener miedo.

—Va a haber un canje de prisioneros, señores husitas —les informó, desde la

altura de su silla de montar, Eberwin von Kranz, jefe de la partida—. Muy pronto seréis libres. Debéis agradecer esa merced al noble señor Gebhard Ungerath, aquí presente, hijo del ilustrísimo señor don Kasper Ungerath. ¡Inclinaos! ¡Más bajo! ¿A qué esperáis?

Gebhard Ungerath, feo y rechoncho como un gnomo, levantó la cabeza bien alta y frunció los labios. Después de lo cual hizo volverse al caballo y se alejó al paso.

—¡Venga, herejes, andando! ¡Hacia el puente! ¡Eh, vosotros! ¡Vais a tener que cargar con ese enfermo!

—Este es el río Olza —murmuró, poniéndose serio de pronto, el centurión Hlas—. Estamos en algún punto entre Frysztat y Cieszyn, El canje se producirá en el puente. Como manda la tradición.

Delante del puente les ordenaron detenerse, se vieron rodeados por un grupo de hombres a caballo. Por debajo del puente, el Olza, crecido, corría con estruendo, lavaba los pilares, abrazaba los tajamares.

No tuvieron que esperar mucho tiempo. Un jinete apareció en la otra orilla. Con capacete, almófar con esclavina de mallas, un capote gris por encima de la coraza, era un perfecto ejemplar de pequeño noble husita. Los divisó. Hizo dos giros con el caballo antes de adentrarse en el puente, entre el traqueteo de los cascos. Cruzó a la otra orilla, siempre alerta. Eberwin von Kranz salió a su encuentro. Intercambiaron unas palabras. Después los dos se allegaron a Gebhard Ungerath.

—Dice —Eberwin von Kranz se aclaró la garganta— que han cumplido su palabra. Han traído a don Gilbert. Saben que, en lugar de cinco, como habíamos acordado, tenemos a seis. Por eso, como muestra de buena voluntad, además de liberar a don Gilbert van a soltar a otro silesio. Pero primero quiere ver a nuestros prisioneros.

Gebhard frunció los labios, asintió con la cabeza. El husita que acompañaba a Eberwin dio un paso en dirección a los prisioneros, los observó desde debajo del capacete. Pero Reynevan inclinó la cabeza. Por miedo a no ser capaz de controlar la expresión de su rostro.

Aquel hombre era Urban Horn.

El papel de emisario de tres al cuarto, y de escasas luces, lo desempeñaba a las mil maravillas. Con la mirada gacha, titubeante, le susurró algo a Eberwin, se inclinó ante Gebhard Ungerath.

—Ya has visto lo que querías ver —le dijo Eberwin—. Ya puedes volver con los tuyos. Hazles saber que nosotros también hemos cumplido nuestra palabra y no tramamos ninguna traición. El canje será justo.

«¡Vamos en marcha!» —ordenó a los prisioneros, una vez que hubo observado cómo Urban Horn atravesaba el puente y desaparecía en el bosque—. ¡Ayudad a ese enfermo!

—¿Has visto? —susurró Kochlowski—. Era...

—¿Qué significa todo esto?

—Ni idea. Silencio...

Vieron aparecer en la otra orilla a un grupo de jinetes ligeros husitas, con cálices rojos en los capotes. Llegaron a la altura del puente al mismo tiempo que ellos. Acto seguido, los husitas permitieron que dos hombres se adentraran en él. Al comprobarlo, los esbirros de Ungerath apremiaron a sus prisioneros para que empezaran a cruzar a su vez. Los dos grupos avanzaban lentamente, el uno al encuentro del otro. Uno de los tipos que se acercaban desde la margen izquierda tenía que ser Gilbert Ungerath, aunque ninguno de los dos daba impresión de serlo, ninguno era rechoncho ni parecía un gnomo. Uno era alto y pelirrojo, el otro tenía carita de querubín y bucles dorados a juego. A Reynevan le recordó a alguien. Pero Reynevan estaba atareado: junto con Kochlowski, tenía que ayudar al enfermo a sostenerse. Aunque al enfermo le había bajado la fiebre, y él solo se tenía ya en pie.

—*Miserere nobis...* —dijo de pronto, plenamente consciente. Reynevan se sintió sacudido por un estremecimiento. Y por una sensación de alarma. Que enseguida se vería confirmada.

Desde el bosque que cubría la orilla izquierda del Olza se adelantó un nutrido destacamento de caballería, formado por arqueros, lanceros y coraceros. Desplegándose en semicírculo, los recién llegados cortaron la vía de escape a los husitas, obligándolos a retirarse hacia el interior del puente. Jan Kuropatwa soltó una maldición, se dio la vuelta. Pero, viniendo desde la orilla derecha, los mercenarios silesios avanzaban ya por el puente. No había salida. Estaban rodeados.

—Ya veo, su puta madre, *Syriam ab oriente*^[9] —Kochlowski, hablando entre dientes, citó la Biblia—. *Et Philisthim ab occidente...*

—*Tosme...* —gimió Hlas—. *Tosme su v prdeli...*^[10]

Gebhard Ungerath abrazó a su hermano, que resultó ser el pelirrojo. Después miró a los prisioneros y a los husitas. Con una mirada llena de odio. Con la cara inyectada en sangre como un auténtico gnomo.

—¿Acaso os habíais creído, herejes —dijo en torno mordaz—, que ibáis a iros de rositas? ¿Qué ibáis a salvar el pellejo? ¿Qué íbamos a prestarnos a componendas? Oh, no, nada de eso, nada de transacciones con vosotros, hijos de perra, nada de acuerdos. A vosotros, malditos, os espera únicamente aquello que os tenéis merecido: la horca, el hacha, la hoguera. Y vais a colgar, os vais a churruscar, vais a perder la cabeza. Porque os vamos a devolver al sitio del que os han sacado.

Los lanceros y los coraceros habían bloqueado férreamente el acceso al puente en la orilla izquierda. El caballero que los dirigía tenía unas hachas cruzadas en el escudo.

—En cuanto a ti, renegado —Gebhard Ungerath señaló a Reynevan con el dedo—, te entregaremos al obispo de Wroclaw. El obispo, bien lo sabemos, sueña con verte en la cámara de torturas. Y será un mérito de cara a la Iglesia...

—Ya sabemos —dijo, alzando la cabeza, Urban Horn— que todo esto es para hacer méritos. Toda esta farsa pérfidamente urdida, todas estas trapacerías. Que, por

lo demás, ni siquiera has ideado tú, aunque no seas más que un trapacero. Ha sido el advenedizo de tu papaíto el que ha pensado que de esta manera podría alcanzar la gloria y sumarse finalmente a las filas de la nobleza. El noble mercader Von Ungerath, del blasón del puto grosch. Mierda habrá en ese blasón, Gebhard. Porque la mierda es vuestro lema.

—Por esas palabras —Gebhard Ungerath disparaba saliva— te arrancaré la piel a tiras, hereje. ¡Tú te lo has buscado! ¿No te das cuenta de que estás perdido?

—Tú si que estás perdido. Mira a tu alrededor.

En medio del silencio sepulcral que se hizo de repente en ambas orillas del Olza, aparecieron más hombres armados. Por lo menos, un centenar. Rápidamente rodearon el puente. Por ambos extremos.

—Pero si son... —Gebhard, con mano temblorosa, señaló un gran estandarte rojo con la figura de plata de Odrzywas—. ¡Pero si son los caballeros del señor de Kravar! ¡Católicos! ¡Son de los nuestros!

—Ya no son de los vuestros.

Los esbirros de Ungerath, sorprendidos y desconcertados, se dejaron desarmar sin oponer la menor resistencia. Reynevan observó a Paszko Rymbaba, que miraba a todas partes, con los ojos como platos, incapaz de comprender por qué lo despojaban de sus armas unos husitas ataviados con cálices que de buenas a primeras se habían aliado con la mesnada de un caballero que ostentaba unas hachas de guerra en el blasón. Observó a Eberwin von Kranz, blanco como una pared, que no entendía por qué lo desarmaban y se lo llevaban Presfl unos moravos con la enseña de Odrzywas.

Poco después todos se hallaban en la orilla izquierda del Olza. Mientras Horn, sin decir nada, estrechaba la diestra de Reynevan y de los polacos, los moravos se dedicaban a agrupar y vigilar a sus recientes opresores, que acababan de convertirse en oprimidos. Los cuales con la cabeza gacha, seguían aún mudos y estupefactos. Los caballeros de rapiña de Kranz, Gilbert y Ungerath, el caballereite con cara de querubín. Y Gebhar, con su jeta sanguinolenta de gnomo, mirando pasmado con sus ojos de gnomo al principal responsable de lo ocurrido, un magnate provisto de una vistosa armadura, con la tez bronceada y un exuberante bigote negro. Un magnate a quien Reynevan ya había visto en otra ocasión.

En verdad, pensó, el mundo es un pañuelo.

A la cabeza de sus hetmans y sus caballeros, cabalgando bajo la enseña de Odrzywas, blasón familiar de los Benesovice, venía hacia ellos Jan de Kravar, señor de Novy Jicín, de Fulnek, de Bilovec, de Stramberk y Roznov, magnate, poderoso señor feudal, poseedor de un *dominium* que abarcaba una enorme superficie en la región noroccidental del margraviato de Moravia.

—Ese de las hachas en el escudo, junto al señor de Kravar, es Sylvestr de Kralice, hetmán de Fulnek —explicó Horn en voz baja—. Y ese otro, el de la barba, es Jan Helm.

Jan de Kravar detuvo al caballo.

—Los jóvenes señores Ungerath —dijo con voz tranquila, y hasta un tanto indiferente— se merecen unas palabras de explicación. Desde el momento en que don Gebhard y el aquí presente don Sylvestr de Kralice tramaron su ingenioso aunque no excesivamente honorable plan, la situación ha sufrido algunos cambios. Cambios, diría yo, fundamentales. El espíritu, señores, me ha inspirado, me ha sido concedido el don de la clarividencia, se me ha caído la venda de los ojos. He visto la verdad. He comprendido de qué lado está la justicia. Me he dado cuenta de quién defiende la auténtica fe cristiana, y quién al Anticristo. A partir del día de ayer, señores míos, del sábado anterior al domingo *Oculi*, he renegado de mi obediencia al Luxemburgo y al duque Alberto, he recibido el sacramento *sub utraque specie* y he jurado los cuatro artículos de Praga. Desde el día de ayer los buenos bohemios que combaten bajo el signo del Cáliz no son ya mis enemigos, sino mis hermanos en la fe y mis aliados. Como es evidente, no puedo permitir que mis hermanos y aliados sean víctimas de la traición y la perfidia. Vuestro acuerdo con el señor de Kralice lo declaro, en consecuencia, nulo y sin efecto.

—Eso... Eso... —balbuceó Gebhard Ungerath—. No puede ser... Es algo indigno... Es una traición... Es...

—De traición os recomiendo que no habléis, noble Ungerath —lo interrumpió con calma el señor de Jicín—. Pues esa palabra suena fatal en vuestros belfos. ¿Y qué es lo que encontráis indigno? Aquí todo es honroso y conforme a la ley de Dios. ¿No tenía que haber un intercambio? Ha habido un intercambio. Según lo pactado: los bohemios os han entregado a los vuestros, vosotros habéis hecho lo propio con los bohemios. Hablando en términos comerciales, para que lo entendáis mejor: el saldo final ha sido cero. Pero ahora se abre otra cuenta. Completamente nueva. Ahora, mi señor Ungerath, vuestro padre tendrá que llegar a un acuerdo conmigo en relación con el rescate. El vuestro y el de vuestro hermano. Y, hasta que nos pongamos de acuerdo, ambos residiréis en la torre de Jicin. Y, con vosotros, todos esos señores. Todos los hombres que aquí os acompañan.

Jan Helm se echó a reír, Sylvestr de Kralice lo secundó, golpeándose el muslo con la mano enfundada en el guantelete. Jan de Kravar se limitó a sonreír.

—Seré un botarate, señores silesios, si no echo en la buchaca un par de miles de gúldenes a cambio de todos vosotros. Tenía razón Procopio, y tú también, Horn, cuando decíais que iba a sacar provecho pasándome al Cáliz. ¡Que Dios me lo premiaría! ¡A fe mía que ya me está premiando!

—Mi noble don Jan —intervino de pronto Reynevan—. Tengo una petición que haceros. Quería interceder por dos de esos caballeros. Para que los dejerais en libertad.

El magnate estuvo mirándolo largamente.

—Horn —dijo al fin, sin apartar la mirada—. ¿Es este vuestro espía?

—Este mismo.

—Es osado. ¿Es en verdad tan valioso para vosotros como para que su osadía le

salga de balde?

—Muy valioso.

—¿Debo —Jan de Kravar carraspeó— fiarme de vuestra palabra?

—Si lo preferís —Reynevan no bajaba los ojos—, podéis juzgarme por mis hechos.

—¿Qué hechos son esos? —El señor de Jicin frunció los labios irónicamente—. Ardo en deseos de conocerlos.

—El año del Señor de 1425, 13 de septiembre, Silesia, una granja cisterciense en Debowiec. La conferencia en el pajar. Enfrente de vos, don Jan, estaba Godofredo Rodenberg, regidor de Lipa. A vuestra izquierda, don Puta de Czastolovice, estarosta de Klodzko. A la derecha un caballero con un asta de ciervo sobre el gambesón, algo que recordaba al escudo de armas de los Biberstein, solo que con distintos esmaltes.

—Don Tas de Prusinovice —asintió Jan de Kravar—. Lo recuerdan bien. Entonces, ¿cómo es que yo a ti no te recuerdo?

—Yo no estaba en vuestra compañía. Me hallaba por encima. En la troje. Desde donde pude verlo y oírlo todo. Todo lo que allí se dijo, hasta la última palabra.

El magnate callaba, retorciéndose el bigote negro.

—Tienes razón —dijo al fin—. Ciertamente, se te puede juzgar por tus hechos. Los he juzgado y no están nada mal. Estás hecho un pícaro redomado, el Tabor tiene que haber sacado un buen provecho de tus picardías. Pero mi propio interés, señor espía, tampoco es cualquier cosa. Por esos dos silesios que me pides pensaba obtener un beneficio. Si los dejo libres, ya no habrá beneficio. Y, si no hay beneficios, hay pérdidas. ¿Quién me compensará por ello?

—Dios —terció Urban Horn sin pensárselo dos veces—. Y como sustituto temporal Procopio, justamente llamado el Grande, *director operationum Thaboritarum*. No sufriréis pérdidas, don Jan. Os lo garantizo.

—Tu garantía es cosa preciada —dijo Jan de Kravar con una sonrisa— y su precio va al alza. Y encima este Reynevan se ha salido con la suya. En aquella ocasión, en la troje, nos observó y nos escuchó desde tan cerca, qué demonios, que pudo haberle escupido en la tonsura al obispo Conrado. ¡O haberle orinado en el cogote al nuncio Orsini! Un valiente, aunque sea un espía. ¡Por todos los diablos, bien puedo permitirme un acto de clemencia! Pongo a esos dos en libertad, señor Helm. ¡Los demás, bien vigilados! Y preparaos para la marcha, ¡volvemos a Jicin de inmediato!

Se llevaron a los prisioneros. Gebhard Ungerath gritaba y maldecía, Gilbert lloraba a moco tendido, sin ninguna vergüenza. Paszko Rymbaba miró a su alrededor.

—¡Reinmar! —lo llamó en tono lastimero—. ¿Y yo? ¡Haz que me suelten a mí también!

—No, Paszko.

—Pero, ¿por qué?

—Me lo tienen prohibido.

Reynevan se volvió hacia los dos que habían sido liberados gracias a su intercesión: Eberwin von Kranz y el caballero con cara de querubín. Kranz le miró con aire sombrío.

—Ya sé —dijo con voz ronca— a qué debo tu bondad, Bielau. Rymbaba me lo ha contado. Así que no alarguemos esta penosa escena. ¿Quieres saber por qué caíste en Wroclaw? Por casualidad. Y porque Wilkosz Lindenau tiene la lengua muy larga. Te estaba agradecido. Alababa tu bondad y tu nobleza. En exceso, con excesiva frecuencia, con excesivo entusiasmo. ¿Me puedo ir?

Así que no había sido Aquiles, ni había sido Allerdings, Reynevan suspiró con alivio. ¡Y tampoco había sido Feliciano! Así pues, no todo estaba perdido. Feliciano seguía buscando a Jutta... ¿Y si ya la había encontrado?

—Ejem, ejem...

Levantó la cabeza. Eberwin ya se había marchado, ahí delante estaba el joven caballero de los bucles dorados.

—En cambio yo, noble señor —empezó a decir, con voz ligeramente temblorosa—, no tengo ni la menor idea de por qué me habéis puesto en libertad. No conozco vuestro nombre ni vuestro linaje: pero sois husita. Debéis saber entonces que mi fe católica y mi honor de caballero me vedan cualquier suerte de intimidación con herejes. Pero sabed que estoy en deuda con vos por mi liberación. Pagaré esa deuda, lo juro por Dios.

—¿Juras ante un husita?

—Dios me mostrará cómo he de cumplir mi juramento para hacerlo sin pecado y sin menoscabo de mi fe.

—Dios —Reynevan le miró a los ojos— ha escuchado tu juramento. Y en este mismo instante yo puedo indicarte cómo has de cumplirlo. Alzando tu copa.

—¿Eh?

—Alzando tu copa y bebiendo a la salud de la dama de mi corazón. De la doncella... Nicoletta la Rubia. Pero ha de ser, necesariamente, en tu propia boda, don Wolfram Pannewitz. Cuando te cases con Catalina Biberstein. Entonces y solo entonces daré por satisfecho el juramento. Y a ti te tendré por un hombre de honor.

Wolfram Pannewitz palideció y apretó los labios con fuerza. Después se puso muy colorado.

—Ya sé quién sois. —Tragó saliva—. Se dicen tantas cosas... Veo que estáis decidido a casarme con esa doncella, madre de un pequeño... Decidme, ¿qué razón tenéis para ello, eh? No será que ese crío...

—No seas estúpido, Pannewitz —le cortó Reynevan, a media voz—. Ve a Stolz. Fijate bien en el chiquillo. Y después mirate en el espejo. No pienso seguir hablando contigo de este asunto.

»Dios lo ha oído —añadió en voz alta, para que todos le oyeran Dios ha oído tu juramento.

—Reynevan —le llamó Urban Horn con impaciencia—. Vámonos no alargues

esta penosa escena.

Capítulo cuarto

En el que Reynevan pierde un trozo de oreja y la mayoría de sus ilusiones.

—Te agradezco el rescate —repitió Reynevan—. Pero no voy contigo. Me vuelvo a Silesia.

Urban Horn estuvo un buen rato callado, siguiendo con la vista la columna de Jan de Kravar, que se iba alejando. Después se dio la vuelta en la silla. Se había desprendido ya de su disfraz de hidalgo checo de poca monta y volvía a ser el Horn de siempre: el Horn con una elegante capa de fina lana, el Horn con un kalpak de lince coronado por un penacho de plumas de garza. El Horn de ojos penetrantes que giraban como un taladro.

—No vas a volver a Silesia —dijo con frialdad—. Te vienes conmigo.

—¿No me has oído? —Reynevan levantó la voz—. ¿No te has enterado? ¡Tengo que volver! De eso depende el destino de una persona muy próxima a mí.

—De la doncella Jutta de Apolda —afirmó Horn en tono indiferente—. Ya lo sé.

—¿Ah, lo sabes? Entonces también sabrás que haré lo que sea para...

—Ya sé —le cortó Horn— que harás lo que sea. La pregunta es cuánto has hecho hasta ahora.

—¿A qué te...? —Reynevan sintió que se ponía pálido. Y después colorado—. Pero, ¿tú de qué vas?

—Más bajo, si eres tan amable. —Horn miró a los polacos que los estaban observando, hizo moverse al caballo, acercándose tanto a Reynevan que los estribos se tocaron—. No conviene que se difunda. Y tú ya sabes de qué voy yo. Las noticias se difunden deprisa, las habladurías aún más deprisa. Las noticias dicen que hace poco te forzaron a cometer traición. Las habladurías, en cambio, que has sido un traidor desde hace mucho. Desde el principio.

—¡Al diablo! Pero si tú me conoces. Pero si...

—Te conozco —volvió a cortarle Horn—. Por eso no me trago las habladurías. En cuanto a las noticias... Esas hay que comprobarlas. No hay, como suele decirse, humo sin fuego. Por eso, te repito, no vas a volver a Silesia. Te vienes conmigo a Sovinec, y desde ahí te mandaré sin demora a Praga, con escolta. Son órdenes de Neplach. Tengo que cumplirlas, puede que lo entiendas.

—Escucha...

—Fin de la discusión. En marcha.

A la caída de la tarde se despidieron de los polacos y de Hlas de Libocany. Kochlowski, Nadobny, Kuropatwa de Lancuchów y el centurión de los taboritas se desviaron por la carretera de Olomouc, por la que tenían previsto llegar a Odry. Aquí, según se deducía de conversaciones previas, estaba ahora estacionado un viejo

conocido, Dobieslaw Puchala, con su destacamento polaco al completo. Desde hacía algún tiempo Odry se había convertido en el centro de reclutamiento de voluntarios de Polonia y en el punto principal para el contrabando de armamento polaco.

La despedida fue efusiva. Los polacos abrazaron y besaron a Reynevan, mientras Kuropatwa lo invitaba cordialmente a Odry, para, según sus propias palabras, combatir hombro con hombro y montar una empresa juntos. En ese momento, Reynevan no podía imaginar lo pronto que participaría en esa empresa, Y las fatídicas consecuencias que tendría.

El destacamento de Horn emprendió la marcha hacia el oeste, por el valle rocoso del río Moravice. Junto con los polacos, partieron ocho taboritas, en el destacamento quedaron siete caballeros moravos que, según se dijo, eran burgmanos de Sovinec, el castillo al que se dirigían. También los acompañaba el enfermo al que habían liberado. Quién era aquel individuo y por qué se lo llevaba consigo Horn era algo que quedaba sin aclarar. Resultaba evidente que aún no estaba bien, sudaba, tosía, estornudaba. Se tambaleaba y se quedaba dormido en la silla. Horn encomendó a dos de los moravos que estuvieran pendientes de que no se cayera.

—¿Horn?

—Dime.

—No soy un traidor. No me creerás capaz. ¿O sí?

Horn detuvo al caballo, esperó a que los adelantaran los hombres.

—Las noticias que se oyen por ahí —dijo, taladrando a Reynevan con la mirada— hacen que mi fe se debilite. Así pues, haz que la recupere. Y que se fortalezca.

—Ya me imagino yo —estalló Reynevan— de dónde viene todo esto, cuál es el origen de todos estos rumores e insidias infamantes. Se habrá dicho por ahí que Juan de Ziebice me capturó en Bialy Kosciól, me hizo prisionero y me obligó, por la fuerza, a cometer traición, a engañar a Královec, arrastrarlo a una emboscada y llevar a los Huérfanos a la perdición...

—Imaginas bien. Efectivamente, eso es lo que se ha dicho por ahí.

—¿Y qué? ¿He traicionado? ¿Cayó Královec en aquella emboscada en Wielislaw? ¿Nos alzamos con la victoria o sufrimos una derrota? ¿Quiénes salieron trasquilados? ¿Ellos o nosotros?

—Ahí le has dado. Continúa.

—Siempre he sido leal a la causa del Cáliz. He colaborado con Neplach, en 1427 le puse en la pista del complot de Hynek de Kolstejn con Smirický. Después he tenido cientos de ocasiones para traicionar. Sabía muchas cosas, tenía acceso a informaciones confidenciales, conocía planes y estrategias secretas. Podía haber denunciado a Tybald Raabe. Podía haber vendido al Vogelsang. Podía haber traicionado en 1428, antes de la aceifa o durante la aceifa, en Klodzko, en Kamieniec, en Frankenstein. Podía haberte entregado a ti, Horn, ha habido muchas posibilidades de hacerlo. El obispo de Wroclaw me habría cubierto de oro. Así que no me digas que te haga recuperar la fe, porque eso me ofende. Aquí no hay grados ni colores ni

matices intermedios. Lo tomas o lo dejas. O crees en mí o no crees. O confías o no confías.

Urban Horn dio un tirón a las riendas, hizo patear al caballo, que no paraba de resoplar.

—Tu sincero arrebató —gruñó— parecería digno de admiración. Pero la realidad nos obliga a verlo con recelo. Igual que pasa con tu ingenuidad. Porque sí existen grados intermedios, Reinmar. Existen los matices y, en cuanto a los colores, hay toda una gama, un verdadero arco iris. Ya te he dicho que no doy crédito a los rumores, no creo que fueras un provocador y un traidor desde el principio, que aparecieras en Bohemia y te unieras a nosotros únicamente para vendernos. Pero te hiciste espía. Nuestro, es verdad, pero en el fondo no hay tanta diferencia. El caso es que te convertiste en un espía. Y esta es, su puta madre, la condición de los espías, este es el destino de los espías y este es uno de los elementos que nunca faltan en el puto inventario de los espías: tarde o temprano caen y se pasan al enemigo. Es algo normal en este oficio. Raptaron a la doncella que te tenía sorbido el seso. Y te hicieron chantaje. Y tú te plegaste.

—Qué pronto sacas conclusiones. ¿Va a ser este el ritmo en lo sucesivo? ¿Tampoco voy a tener que esperar mucho para la sentencia? ¿Ni para la ejecución?

—Eres tú el que ha sacado conclusiones demasiado pronto. Prontísimo. Es tiempo de hacer un alto, está anocheciendo. ¡Eh, caballeros! ¡Vamos a parar aquí, en el bosque! ¡Desmontad!

Azuzado por el viento, el fuego bramaba y crepitaba, se disparaban las llamas hacia lo alto, las chispas volaban por encima de las copas de los abetos. El bosque resonaba.

Los moravos, tras dar cuenta de una panzuda damajuana de Slivovice, se echaron a dormir, arropándose con sus hopalandas y tabardos de oveja. Acostado a cierta distancia, el enfermo gemía, tosía, escupía. Urban Horn, entre bostezo y bostezo, removía y colocaba con un palo los troncos de la hoguera. Reynevan tenía más hambre que sueño. Mordisqueaba un queso de oveja, muy levemente tostado sobre las brasas.

El enfermo se atragantó con uno de sus muchos espasmos de tos.

—¿Por qué no te ocupas de él? —Horn lo señaló con la cabeza—. Al fin y al cabo, eres médico. Tu deber es ayudar al que sufre.

—No tengo medicinas. ¿Quieres que recurra a la magia? ¿En presencia de los calixtinos? Para ellos, la hechicería es *peccatum*...

—... *mortalium*, ya lo sé. Entonces, ¿tal vez algún remedio natural? ¿Algunas hierbas o alguna planta?

—¿En febrero? Bueno, si hay sauces por aquí, por la mañana prepararé una decocción con la corteza. Pero su estado va mejorando. La fiebre ha remitido sensiblemente y ya no suda como un pollo. ¿Horn?

—¿Qué?

—Me da la sensación de que estás preocupado por él.

—¿De veras?

—Me da la sensación de que el intercambio de prisioneros ha tenido que ver con él. Más que conmigo.

—¿De veras?

—¿Quién es?

—Uno.

Reynevan levantó la cabeza, estuvo un buen rato contemplando la Osa Mayor, oculta cada dos por tres por las nubes que recorrían el cielo.

—Comprendo —dijo finalmente—. Estoy bajo sospecha. Con los sospechosos no se comparten los secretos. Qué más da que las sospechas sean absurdas y no estén justificadas. No se comparten y punto.

—No se comparten y punto —confirmó Horn—. Vete a dormir, Reinmar. Tienes por delante un largo camino. Largo y lejano.

Un camino largo y lejano, se repitió, mirando las estrellas a través de las ramas sacudidas por las rachas de viento. Eso había dicho. ¿Pensaba que no iba a captar la ironía y el doble sentido? ¿O, por el contrario, le estaba sugiriendo algo?

De aquí a Praga habrá cuarenta millas, poco más o menos, diez jornadas bien contadas. Efectivamente, el camino es largo. Derecho a las garras de Bohuchval Neplach, llamado Flutek, jefe del espionaje del Tabor. No va a ser fácil convencerlo, conseguir que confíe, ese camino también puede ser largo. Duro. Y doloroso. Ya se sabe lo que hace Flutek con los sospechosos antes de llegar a fiarse de ellos. Y con aquellos otros de los que no llega a fiarse.

¿Reconocerlo todo? ¿Hablarle de la captura de Jutta, de Bozyczko, del chantaje? Ja, a lo mejor así salvo el pellejo. Si es que me cree. Pero no va a recobrar la confianza en mí. Me encerrarán bajo llave, me enterrarán en vida en alguna torre, en un castillo de algún sitio perdido. Antes de que salga —si es que salgo alguna vez—. Jutta ya estará lejos, casada o en un convento. La perdería para siempre.

La fuga, pensó, levantándose con cuidado, será lo mismo que confesarme culpable. Así la considerarán: como una prueba evidente de traición.

Bueno, y qué. Al diablo con todo. No hay otra salida.

La hoguera se había consumido, todo el claro de bosque estaba sumido en las tinieblas. Todo el campamento. Todos aquellos hombres que dormían con la cabeza apoyada en la silla de montar, removiéndose bajo las mantas, roncando, tirándose pedos, farfullando en sueños. A nadie se le había ocurrido pensar siquiera que hubiera que montar guardia. Sigilosamente, Reynevan desapareció en la oscuridad, entre los matorrales. Poco a poco, con mucha precaución, procurando no pisar alguna rama seca, fue deslizándose hacia donde estaban atados los caballos.

Los animales resoplaron cuando se acercó. Reynevan se quedó quieto, sin mover un músculo. Por suerte, el bosque susurraba, y cualquier sonido se perdía en aquel

fragor continuo. Reynevan respiró aliviado. Demasiado pronto.

Alguien se abalanzó sobre él, derribándolo con el impulso. Se desplomó, pero antes de caer a tierra consiguió, con un violento movimiento del cuerpo que pudo haberle roto algún tendón, transformar la caída en un salto, lo cual le permitió evitar que lo sujetaran firmemente a continuación. Y eso le salvó la vida. Mientras se apartaba rodando, captó con el rabillo del ojo el destello de la hoja. Ladeó la cabeza, el cuchillo destinado a rebanarle el cuello le acertó en el lóbulo de la oreja, posiblemente se lo partió en dos. Sin hacer caso al lacerante dolor, rodó entre unas raíces que sobresalían de la tierra y le dio una fuerte patada a su atacante, que se quedó a cuatro patas. Este soltó una maldición, lanzó un amplio tajo con intención de pincharle en la pierna. Reynevan se dio la vuelta y volvió a patearle, y en esta ocasión lo derribó. Y el propio Reynevan se puso de pie. Podía sentir cómo la sangre le chorreaba por el cuello.

También el asaltante se incorporó. Y volvió a la carga de inmediato, agitando el cuchillo con rápidos movimientos en cruz. A pesar de la oscuridad, Reynevan ya sabía con quién se las tenía. Le delataba aquel olor a sudor, a fiebre y a enfermedad.

El enfermo no estaba tan enfermo. En absoluto. Y sabía manejar el cuchillo. Tenía práctica. Pero Reynevan también la tenía.

Con una finta confundió a su rival, le obligó a inclinarse. Con el antebrazo izquierdo le golpeó la muñeca, con el derecho le sacudió en el codo, colocó una pierna, de un tirón en la manga le hizo perder el equilibrio, le soltó un buen golpe con la base de la mano en la nariz. El enfermo gritó, cayó al suelo, pero en su caída aún fue capaz de lanzarle un tajo a la entrepierna, el cuchillo le desgarró el pantalón, solo un milagro y su rápida reacción le permitieron a Reynevan salvar los genitales y la arteria femoral. Pero trastabilló al apartarse y también cayó. El enfermo se lanzó sobre él como un gato montés, dispuesto a golpear de arriba abajo. Reynevan, con las dos manos, le sujetó la mano del cuchillo. Aguantó con todas sus fuerzas, inclinando la cabeza cuando el asaltante le soltó un puñetazo al tuntún con la izquierda.

La lucha acabó tan rápido como había empezado. La gente se arremolinó a su alrededor. Unos cuantos agarraron al enfermo y lo separaron de Reynevan, mientras aquel carraspeaba, siseaba y bufaba como un gato. No soltó el cuchillo hasta que uno de los moravos, con escasa delicadeza, le pisó la mano con el tacón.

Urban Horn estaba al lado con los brazos cruzados sobre el pecho. Observaba en silencio.

—¡Me ha atacado! ¡Ha sido él! —gritó Reynevan, indicando quién había sido—. ¡Iba a mear y se abalanzó sobre mí con un cuchillo!

El enfermo, al que tenían sujeto los burgmanos de Sovinec, quería decir algo, pero solo era capaz de abrir desmesuradamente los ojos, resoplar y toser profundamente. Reynevan no perdió la ocasión.

—¡Me ha atacado! ¡Sin ningún motivo! ¡Quería matarme! ¡Mirad cómo me ha dejado!

—Atendedlo —dijo Horn—. Rápido, ¿no estáis viendo cómo sangra? Y a ese soltadlo, dejad que se levante. Coged el cuchillo. Y en adelante haced el favor de vigilar mejor las armas. Ese cuchillo es de alguno de vosotros. Él no tenía.

—¡Cómo! ¿Lo vais a soltar? —bramó Reynevan—. ¿Qué significa eso? ¡Horn! ¡Ordena que lo amarren, maldita sea! ¡Es un asesino!

—Cierra la boca. Que te curen esa oreja. Después vamos a hablar allí, a solas. Ya veo que no podemos pasarnos sin una charla seria.

El enfermo se apoyó en el tronco de un árbol. Miró hacia un lado. Se limpió la sangre, que no dejaba de salirle por la nariz. Sofocó una tos. Estaba sudoroso. Y parecía muy desgraciado.

—Quería matarme. —Reynevan lo señalaba con el dedo—. Es un asesino. Simulaba estar más enfermo de lo que está en realidad. Y lo cierto es que estaba pendiente de una ocasión para matarme. Lo tenía todo planeado desde el momento en que se enteró de quién soy yo.

Urban Horn tenía los brazos cruzados sobre el pecho, no hizo ningún comentario.

—Y ahora ya sé quién es —prosiguió Reynevan, con la voz ya totalmente sosegada—. Tenía mis sospechas, ahora ya lo sé. Cuando nos conducían al intercambio, estaba realmente enfermo. Lo traté con magia, mientras él deliraba. *Adsumus Domine Sanete Spiritus, adsumus peccati quidem immanitate detenti, sed in nomine tuo specialiter congregad. Adsumus!* ¿No te dice nada esta invocación?

—Claro. —A Horn no se le movió un músculo de la cara—. Es una oración corriente. Una invocación al Espíritu Santo. El autor es San Isidoro de Sevilla.

—Los dos sabemos —Reynevan no levantó la voz— de quién es este grito de guerra. Los dos sabemos quién es este tipo. Tú, sin duda alguna, lo sabes desde hace tiempo, yo acabo de descubrirlo. La pena es que no haya sido gracias a ti, Horn. Tu misterio ha estado a punto de costarme la vida. Ha faltado muy poco para que este canalla me rebanara el cuello...

—¿Y qué iba a hacer? —El enfermo sofocó la tos—. ¿Qué iba a hacer? ¿Acaso tenía que esperar a que me rebanara él a mí el cuello? ¡Tenía que asegurarme! ¡Tenía que defenderme! Había empezado a sospechar de mí... Al final habría sabido la verdad... Me habría matado como si nada en cuanto hubiera sabido que...

—Que habías matado a su hermano —concluyó secamente Urban Horn—. Sí, Reinmar, no te equivocas en tus sospechas. Permite que te presente: Bruno Schilling. Uno de la Compañía de la Muerte, de los Jinetes Negros de Birkart Grelleort. Uno de los que asesinaron a tu hermano Peterlin.

Reynevan no pegó ojo hasta el alba. Al principio no le dejaban dormir la excitación y la adrenalina, la rabia, el dolor de la oreja herida. Después vinieron los recuerdos. Y las visiones. El bosque junto a la granja cisterciense, la galopada salvaje, los Jinetes Negros gritando: *Adsumus*. El jinete de ojos enloquecidos, lívido, aullando como un

demonio cerca de Grochowa Góra... La persecución nocturna en el bosque de Trosky.

Su hermano carnal, Peterlin, acribillado y masacrado por los filos de las espadas.

Y el que lo acribilló, el que asestó los golpes, uno de los que asesinaron a Peterlin, estaba allí tumbado, tapado con una gualdrapa, a solo diez pasos de distancia, al otro lado de la hoguera, tosiendo y estornudando. Bajo la atenta mirada de dos moravos a los que Horn había ordenado que lo tuvieran vigilado.

¿Vigilado? ¿O quizá protegido?

Se pusieron en camino a primera hora. No iban muy animados, a decir verdad, aunque el tiempo se negaba a acompañar su mal humor: desde el amanecer brillaba un sol espléndido, y a eso de las tres de la tarde calentaba ya que daba gusto. La primavera de 1429 se había adelantado.

Por el camino Reynevan se mantuvo ostentosamente distante, volviendo la cabeza cada vez que Horn dirigía la mirada hacia él. A Horn no tardaron en fastidiarle tales demostraciones.

—Deja de poner morros, maldita sea —gruñó, acercándose al trote—. Esto es lo que hay, no vas a cambiar la situación. Así que hazte a la idea. Y acéptalo.

—¿Que me haga a la idea —Reynevan hizo una señal con la cabeza— de que ese de ahí, el asesino de mi hermano, un tipo que anoche quiso matarme, vaya tosiendo como si tal cosa en su caballo tordo? ¿Aunque tendría que colgar de una rama seca?

El enfermo —o el Jinete Negro, o Bruno Schilling, Reynevan seguía sin saber cómo llamarlo—, que cabalgaba unos pasos por delante de ellos, miraba de reojo cada dos por tres, como si sintiera que estaban hablando de él. Los dos moravos no le quitaban el ojo de encima.

—Por lo que veo, les has ordenado que tengan las ballestas preparadas —comentó Reynevan—. Con eso no basta, Horn, no basta. En cierta ocasión me tocó matar a uno de ellos. Para tumbarlo, hicieron falta cuatro viroles, y los cuatro entraron hasta las plumas.

—Gracias por la información. Pero déjalo en mis manos. Sé lo que me hago.

—Si supieras lo que haces, si lo condujeras como un cautivo, para investigarlo, mandarías encadenarlo y transportarlo en un furgón cerrado, igual que nos llevaron hace unos días al intercambio. Pero tú te preocupas, estás pendiente de él. Es un asesino. Un *hashsh'ashin*, una máquina sin voluntad, que mata obedeciendo órdenes. ¡La Compañía de la Muerte, que tiene aterrorizada la Silesia! Son incontables los que han asesinado. Hombres de los nuestros, gente fiel a nuestra causa. Gente que nos ayudaba, que colaboraba con nosotros. Y tú, aún sabiéndolo, ni siquiera has mandado que lo lleven atado.

—Reynevan —repuso Horn con gravedad—. La guerra continúa. Tomamos parte en ella en todos los frentes. No se trata de una guerra corriente. Es una guerra de religión, no ha habido otra igual hasta ahora. Una guerra de religión se diferencia de las otras guerras en que las personas de ambos bandos resulta que cambian a menudo

de religión. Hoy husita, mañana papista, hoy católico, mañana calixtino. Un ejemplo evidente lo tuviste ayer mismo, en la persona de Jan de Kravar. Don Jan era uno de los más encarnizados enemigos del Cáliz y de las ideas de Hus, junto con Przemek de Opava y el obispo de Olomouc era un bastión del catolicismo militante en Moravia, son incontables los husitas que había quemado o colgado de una rama seca. Y hoy, ¿qué? Cambió de religión y de bando. El Cáliz y el Tabor han conseguido gracias a ese cambio un poderoso aliado. Y tú mismo obtuviste la libertad y salvaste la vida. En definitiva, nuestra causa salió beneficiada. Luchamos en una guerra de religión. Pero el fanatismo y el ardor de los zelotes se los dejamos a las masas que enviamos al combate. Nosotros, los que nos ocupamos de asuntos más elevados, tenemos la obligación de abarcar con la vista horizontes más amplios. Pragmatismo, muchacho. Pragmatismo y sentido práctico.

—No sé si he pillado la analogía... Ese de ahí, como quiera que se...

—Bruno Schilling. La has pillado, y al vuelo. Ese ya no es ningún Jinete Negro, ni es de la Compañía de la Muerte. Ha cambiado de religión. Y de bando.

—¿Un renegado?

—Pragmatismo, Reynevan, no lo olvides. No es un renegado, ni un traidor, ni un Judas Iscariote, sino una ventaja. Para nuestra causa.

—Escucha, Horn...

—Basta. Ya es suficiente, se acabó la charla. No te he contado todo esto porque sí, no me he referido al pragmatismo sin motivo. Pronto estarás delante de Neplach. Acuérdate entonces de las lecciones que te he impartido. Que te sirvan de ayuda.

—Pero si yo...

—Basta de charla. Ahí delante está Sovinec.

No se detuvieron mucho en Sovinec. Reynevan, en particular, no se detuvo ni un minuto. Delante del portón, en medio del resonante tintineo metálico de la herrería, le facilitaron un caballo de refresco y allí mismo apareció su nueva escolta, cinco soldados especialmente lúgubres. En total no había pasado una hora cuando ya estaba otra vez en camino, y a su espalda menguaba, según se iba alejando, el esbelto cilindro del *bergfreid*, rasgo característico de Sovinec, que se alzaba sobre las cimas boscosas de los montes.

Al poco tiempo les dio alcance Urban Horn.

—No puedes separarte de mí —comentó maliciosamente Reynevan, el cual, a una señal, se había situado por detrás de la escolta—. ¿No será que sabes algo que yo no sé? ¿Que, pongamos por caso, ya no vas a volver a verme vivo?

Horn se limitó a negar con la cabeza, al tiempo que detenía al caballo.

—Quiero darte un consejo. Como despedida.

—Pues dámelo. No alarguemos esta penosa escena. Dime: ¿qué me espera en Praga? ¿Qué será de mí?

Horn apartó la vista, pero solo un momento.

—Eso depende ti. Solo de ti.

—¿Puedes hablar más claro?

—Si te ha reclutado el enemigo —los músculos de las mandíbulas de Horn temblaban perceptiblemente—, Neplach querrá sacar partido de eso. Convertirte en un agente doble. Es el procedimiento ordinario. Tendrás que pasarles información a los otros. Toda ella falsa. Preparada.

—¿Dónde está la trampa?

—Es peligroso. Doblemente.

»Escúchame con atención —prosiguió Horn, rompiendo un largo silencio—. Escucha atentamente, Reinmar. No te aconsejo que huyas. La huida sería la prueba de tu culpabilidad. Y tu sentencia. Neplach es consciente de que conoces muchos secretos nuestros, muchos planes militares reservados. Ya no tendrías un momento de paz. Aunque escapases al fin del mundo, no estarías seguro un día ni una hora. Ni tú ni las personas cercanas a ti. Pudiste plegarte al chantaje por temor al destino de la doncella Jutta. Así pues, la doncella Jutta es tu punto sensible, el sitio donde uno puede golpearte del modo más doloroso. No te engañes pensando que Neplach va a desaprovechar esa posibilidad.

Reynevan no dijo nada. Se limitó a tragar saliva y a asentir con la cabeza. También Horn se quedó callado.

—Creía en la causa de la revolución —proclamó finalmente Reynevan—. Tenía el sentimiento inquebrantable de la misión, de la lucha por la fe apostólica, por los ideales, por la justicia social, por un mañana nuevo y mejor. Creía con verdadera sinceridad que íbamos a cambiar el viejo orden, que íbamos a sacudir el mundo, sacándolo de sus anquilosados fundamentos. He peleado por la causa, confiando profundamente en que nuestra victoria pondría un límite a las injusticias y al mal. Estaba dispuesto a derramar mi sangre por la revolución, estaba dispuesto a sacrificarme, a arrojarme como una piedra contra el parapeto... Y me arrojé, como un loco, como un ciego, como un bufón. ¿Cómo lo has llamado? ¿Fanatismo? ¿Ardor de los zelotes? Me va como anillo al dedo. Y ahora, ¿qué? El zelote y neófito recibirá su castigo: la estúpida ceguera y la loca pasión harán que tenga su merecido, que sufra no solo él, sino también las personas cercanas a él y sus seres queridos. Ja, tengo la esperanza de que se cuente en alguna crónica. Para que sirva de lección y de aviso a otros neófitos, a otros idiotas dispuestos a comprometerse a ciegas y a sacrificarse. Para que sepan cómo es esto.

—Pero si siempre es así. ¿No lo sabías?

—Ahora ya lo sé. Y lo recordaré.

—¡Mi señor Houzvicka!

—¿Qué hay?

—¡Una posada! ¿Y si hacemos un alto?

Houzvicka empezó a gruñir y rezongar.

Houzvicka, el jefe de la escolta, era un tipo gruñón y rezongón, desde el comienzo del viaje había despachado todas las preguntas gruñendo y rezongando, a Reynevan le había llevado su tiempo comprender que el apellido familiar de Houzvicka no era «Vicka», ni «Zvicka», ni «Ozvicka». Los otros cuatro hombres tampoco eran demasiado locuaces, ni siquiera entre ellos charlaban apenas. Uno, por lo visto, se llamaba Zahradil, y otro Smetiak. Pero nada era seguro.

—Nos espera un largo camino —gruñó Houzvicka—. Y solo estamos en Libina, aún no hemos llegado a Sumperk. Tenemos que darnos prisa, en vez de detenernos.

—Ya ves que estoy herido. —Reynevan señaló el vendaje que le envolvía la cabeza—. Necesito cambiarme la venda. Si no, se me va a gangrenar, me subirá la fiebre y moriré por el camino. En Praga no se van a alegrar, puedes creerme.

En realidad, la herida estaba curando muy bien, la oreja no se le había inflamado, el palpitante dolor había remitido, no había infección. Lo único que quería Reynevan era dar descanso a sus nalgas doloridas por culpa de la silla y disfrutar de una auténtica comida caliente, recién cocinada, algo que llevaba mucho tiempo sin catar, y lo cierto es que desde la taberna apostada junto al cruce la brisa traía un aroma realmente agradable.

—No se van a alegrar en Praga —repitió, poniendo una cara tétrica—. Seguro que a los culpables les exigen responsabilidades.

Houzvicka gruñó, entre sus gruñidos se pudieron oír claramente algunos epítetos bastante feos dedicados a Praga, a los praguenses y a las responsabilidades.

—Hacemos una parada —concedió al fin—. Pero corta.

Dentro, en la sala vacía, enseguida se vio que las prisas de Houzvicka eran fingidas y sus objeciones pura fachada.

El jefe de la escolta, con no menos entusiasmo que Smetiak, Zahradil y los demás, se lanzó sobre el pote de Pascua, los guisantes, los knedle y la col hervida, y con no menos entusiasmo que sus subordinados se metió en el cuerpo las sucesivas jarras de cerveza que le fue poniendo la sofocada sirvienta. Observándolos desde detrás de su escudilla, Reynevan iba convenciéndose, jarra tras jarra, de que el viaje se iba a alargar. De que precisamente allí, en aquella posada a las afueras de la aldea de Libina, iban a tener que hacer noche.

Rechinaron las puertas, el posadero se secó las manos en el delantal y corrió a recibir a los nuevos huéspedes. Y Reynevan se quedó petrificado, con la cuchara suspendida de camino a su boca bien abierta.

Los recién llegados —eran dos— se quitaron las capas, que mostraban huellas de un largo camino realizado en condiciones climáticas muy variables. Uno de los viajeros era de enorme altura y corpulencia, a su paso el suelo resonaba y temblaba. Muy rapado, tenía cara de niño, afectado, para colmo, de cretinismo. La cara del segundo de los huéspedes, más bajo y delgado, exhibía una cicatriz en la barbilla y una nariz grande y noblemente aguileña.

Los dos se sentaron en el banco vecino, no respondieron al tabernero, que estaba

deseoso de atenderlos. Se pusieron a mirar en silencio a Reynevan y a los soldados de Sovinec. Con tanta insistencia que despertaron el interés de Houzvicka, el cual les devolvió la mirada. Y empezó a gruñir.

—Salud, salud a la compañía —dijo Scharley, torciendo la boca en imitación de una sonrisa—. ¿Adónde se dirige la compañía? ¿Adónde, me pregunto, os lleva el camino?

—Pues a Praga —soltó a regañadientes Smetiak, antes de que a Houzvicka le diera tiempo de mandarle callar de un codazo—. Y a vosotros... —Haciendo un esfuerzo, engulló un knedle que le molestaba al hablar—. ¿Y para qué queréis saberlo, eh? ¿Qué os importa?

—A Praga —repitió Scharley, ignorándolo por completo—. A Praga, decís. Mala idea, hermanos. Muy mala.

Houzvicka y los soldados pusieron los ojos a cuadros. Scharley se levantó, se arrojó a ellos.

—En Praga reina el caos —anunció, modulando exageradamente la voz—. Disturbios, altercados, peleas en las calles. No hay día sin tumultos y explosiones. Nada más fácil para un forastero, uy, nada más fácil que salir de allí trasquilado.

Sansón Mielles, que también se les había unido, ratificaba cada afirmación asintiendo enérgicamente con la cabeza.

—En ese caso, ¿para qué ir a Praga? —prosiguió el demérito—. No tiene sentido. Yo, en vuestro lugar, no iría. Además la Pascua está a la vuelta de la esquina. ¿Dónde pensáis celebrar la Resurrección? ¿Dónde vais a tomar el pan bendito, dónde vais a compartir los huevos? ¿En una zanja al borde del camino?

—¿A vosotros —estalló Houzvicka— qué os importa? ¿Eh?

—Nos importáis vosotros. —Scharley no dejaba de sonreír, Sansón no dejaba de asentir con la cabeza—. Nos importa vuestro bienestar, hermanos en Cristo. Volved a casa, os lo aconsejo. Y no me digáis que os lo impide vuestro deber. De vuestro deber, o sea, de este joven, os puedo liberar de buena gana. Os pagaré un rescate por él. Treinta ducados húngaros.

Con un rápido movimiento se soltó la faltriquera que llevaba al cinto y depositó en la mesa un montoncillo de monedas de oro. Zahradil estuvo a punto de atragantarse. A los demás los ojos casi se les salieron de las órbitas. Houzvicka tragó saliva ruidosamente.

—¿Cómooo? —atinó a articular finalmente—. ¿Quéee? ¿Cómooo? ¿Que vais a...? ¿A... a él?

—Pues claro que a él. —Scharley puso morritos seductores, con gesto delicado se alisó el pelo sobre las sienes—. A quien quiero tirarme es a él. Mediante compraventa. Me ha gustado mucho. Adoro a estos jovencitos tan apuestos, sobre todo a los rubios... ¿Por qué me miras con esa cara tan rara, hermano? ¿Es que tienes prejuicios? ¿Es que no eres tolerante?

—¡Rediós! —bramó Houzvicka—. ¿Qué es lo que queréis, eh? ¡Largo de aquí!

¡Id a comprar jovencitos a otra parte! ¡Aquí no va a haber ningún trato!

—Acaso... —Sansón puso cara de cretino, se sonó los mocos, se los restregó con la manga, sacó un cubilete y unos dados y los puso sobre la mesa—. ¿Acaso preferís el azar? ¿Nos lo jugamos? ¿Este jovencito aquí presente contra estos treinta ducados? Una tirada decide. Empiezo yo.

Los dados rodaron por el tablero.

—Dos y uno —anunció el resultado Sansón, haciendo como si estuviera disgustado—. Tres puntos. Ayayay... Uyuyuy... Me parece que pierdo, seguro que pierdo... Si seré idiota... Turno de los señores. Les ruego que tiren.

Zahradil, con una sonrisa de oreja a oreja, alargó la mano hacia los dados, pero Houzvicka le sacudió en los dedos.

—¡Deja eso, tu puta madre! —chilló con cara amenazante—. Y vosotros, pisaverdes, ¡largo de aquí! ¡Junto con vuestros ducados! ¡El diablo os los dio! ¡Así que al diablo, y vosotros con ellos!

—Inclínate hacia mí —le dijo Scharley entre dientes—. Tengo algo que decirte.

Nadie con dos dedos de frente le habría hecho caso. Houzvicka le hizo caso. Se inclinó. El puño de Scharley le acertó en plena quijada y lo barrió del banco.

En ese mismo instante Sansón Mielles extendió sus poderosos brazos, agarró de los pelos a dos de los soldados de Sovinec y les golpeó con tal fuerza la cabeza contra el tablero que los cuencos pegaron un brinco y se vertió su contenido. Smetiak, demostrando reflejos, cogió una escudilla de tilo de la mesa y se la estampó con todas sus fuerzas al gigante en la frente. La escudilla se partió en dos. Sansón parpadeó.

—Felicidades, buen hombre —dijo—. Has conseguido ponerme de mala leche.

Y le sacudió un puñetazo a Smetiak. Con un efecto demoledor.

Mientras tanto Scharley, de una bonita zancadilla, derribó a Zahradil por debajo de la mesa, repartió entre los hombres que se afanaban por ponerse de pie varias diestras patadas, acertando de lleno en rabadillas, vientres y cuellos. Reynevan saltó sobre Houzvicka, que intentaba levantarse como podía del suelo, Houzvicka se zafó, le soltó un codazo en plena oreja herida. A Reynevan se le nubló la vista del dolor y la rabia. Le sacudió un puñetazo a Houzvicka, golpeó una vez, dos veces, tres veces. Houzvicka cayó inerte, con la cara sobre los tablones del suelo. Zahradil y los otros dos hombres se deslizaron por detrás del banco, con las manos en alto daban a entender que ya tenían bastante.

Desde detrás de la estufa llegaba el ruido de los puñetazos y el golpeteo seco de una cabeza contra la pared. Scharley y Sansón le estaban dando de lo lindo a Smetiak, acurrucado en un rincón. El vapuleado Smetiak gritaba atrozmente.

—¡Por lo que más queráis! ¡No me peguéis más! ¡No me peguéis! ¡Está bien, está bien, coged al joven si así lo deseáis, os lo entrego, os lo entrego!

Scharley comprobó una vez más que el cerrojo estaba bien echado, se levantó, se sacudió las rodillas. El tabernero, rojo por la detención y la excitación, observaba

todos y cada uno de sus gestos, moviendo nerviosamente los globos oculares.

—No abras hasta mañana por la mañana. —Scharley señaló la trampilla en el suelo—. Que se queden ahí. Si luego se irritan, cuéntales que te habíamos amenazado de muerte... Por lo demás, aquí tienes, dales un ducado por cabeza. Diles que es de mi parte, por la paliza. Y toma, un ducado para ti. Por los daños y las molestias. O si no, qué demonios, toma dos. Para que guardes un buen recuerdo.

El tabernero aceptó gustoso el dinero, tragó saliva ruidosamente. Por debajo de la trampilla, desde el sótano, llegaban gritos sofocados, maldiciones y un sordo rumor. Pero la trampilla era de roble y tenía un cerrojo sólido.

—No pasa nada, noble señor —se apresuró a decir el tabernero, anticipándose a Scharley—. Que llamen, que maldigan. No pienso abrirles hasta la hora de maitines. Tendré presente lo que me habéis ordenado.

—En verdad —la mirada y la voz de Scharley adoptaron un tono más frío—, más te vale no olvidarlo. Sansón, Reinmar, montad en los caballos. Reinmar, ¿qué te pasa?

—La oreja...

—No gimas, no te lamentes. Cuando a uno le da por hacer el estúpido, tiene que ser duro.

—¿Cómo me habéis encontrado? ¿Quién os ha informado?

—Es una larga historia.

Capítulo quinto

En el que Reynevan deja a sus amigos recién recobrados en la isla de Ogigia mientras él se pone en camino. Para presentarse enseguida ante un tribunal revolucionario.

Cabalgaron. Al principio al galope, ralentizado únicamente cuando había que remontar una cuesta. Para que los caballos no reventaran. Cabalgaban de modo que la tierra endurecida salía disparada bajo los cascos. Pero cuando se encontraban ya a cosa de una milla de la posada de Libina, cuando colinas, pinares, bosques y arbustos los separaban de Libina, aflojaron el paso. Tampoco tenía sentido exagerar.

Soplaba el viento desde las montañas, un viento tibio, primaveral. Sansón los guiaba, marchando al frente de la cabalgada. Scharley y Reynevan iban a su ritmo, parejos, sin intentar dar alcance al gigante.

—¿Adónde nos dirigimos? ¿Scharley? ¿Adónde lleva este camino?

El caballo de Scharley, un hermoso semental azabache, se puso a bailar, nada cansado por la carrera. El demérito le dio unas palmadas en el cuello.

—A Rapotín —respondió—. Es una aldea cercana a Sumperk. Vivimos allí.

—¿Vivís? —Reynevan se quedó con la boca abierta de estupor—. ¿Aquí? ¿Qué es eso de Rapotín? Y a mí, ¿cómo me habéis encontrado? Qué prodigio...

—Ha sido —farfulló Scharley— uno más de toda una serie de prodigios. Y a cuál más prodigioso. La cosa empezó hace tres semanas. Desde que Neplach estiró la pata.

—¿Qué?

—Flutek ha dejado este valle de lágrimas. Se ha ido, *Florentibus occidit annis*^[11]. En una palabra, se ha muerto. De muerte natural, figúrate. Algunos le profetizaron la horca, otros le deseaban la horca, en definitiva nadie dudaba de que ese canalla se despediría del mundo precisamente desde un patíbulo. Y él, figúrate, ha muerto como un niño pequeño, o como una monja. En un dulce sueño. Sonriendo.

—No es posible.

—Cuesta creerlo —asintió Scharley—. Pero es así. Hay numerosos testigos. Entre otros Hasek Sykora. ¿Te acuerdas de Hasek Sykora?

—Sí.

—Hasek Sykora ha asumido provisionalmente las funciones y obligaciones de Flutek. Y debes saber que tiene una actitud muy amistosa hacia ti. ¿Lo achacas a alguna posible causa?

—Y hasta a dos. Dos chancros blandos, los dos en un sitio muy molesto y muy problemático para un hombre casado. Lo traté con un ungüento mágico.

—Santo Dios. —Scharley levantó los ojos al cielo—. El corazón se exalta viendo que aún queda gratitud en este mundo. Baste con decir que fue precisamente él quien nos envió en tu auxilio. Id, dijo, a Sovinec y Sumperk, rescatad a Reynevan, dijo,

antes de que lo traigan a Praga, Praga no es buena para él. Lo que hubiera con Reynevan, dijo, ya es pasado. El señor Neplach, dijo, la tenía tomada con él, pero el señor Neplach ha muerto. A mí, dijo, ese asunto ni me va ni me viene, y si Reynevan desaparece el asunto se olvidará con el tiempo. Así pues, que desaparezca ese médico, que se vaya a donde quiera, si es culpable que Dios le juzgue, si es inocente que Dios le ayude. Un buen tipo.

—¿Dios?

—No, Hasek Sykora. Basta de charla, muchacho. Espolea al caballo. Mira cómo se nos ha adelantado Sansón. Nos hemos quedado muy atrás.

—¿Adónde va con tanta prisa?

—No adonde, sino a quién. Ya lo verás.

Aunque la delataban los ladridos de los perros y el olor a humo, la granja se ocultaba detrás de un pequeño abedular y un espeso seto de endrinos, tras el cual se alzaba el tejado del granero. Detrás del granero había una choza y un almacén con el techo de cañas, una valla de zarzo, a continuación un huerto lleno de ciruelos enanos y de manzanos, después un patio, un palomar blanco, un pozo con cigoñal. Y una casa. Una gran casa, con el armazón de tablas, recubierta de tejas de madera, con una planta elevada sustentada sobre unas columnas.

En cuanto entraron en el patio, desde las escaleras del piso superior corrió a su encuentro una mujer joven. Reynevan la reconoció antes incluso de que en su carrera se le resbalara el mantón, dejando al descubierto sus exuberantes cabellos bermejos. La reconoció por su manera de moverse, y se movía como si estuviera bailando, sin rozar el suelo en su danza, por así decir, como una auténtica ninfa, una náyade u otra criatura fantástica. Un sencillo vestido gris flotaba alrededor de su cuerpo, haciendo pensar en esas telas vaporosas e irreales con las que por pura decencia, pero también en aras de la composición los artistas cubrían los voluptuosos cuerpos de sus madonas y diosas en frescos, cuadros y miniaturas.

Marketa llegó a la altura de Sansón, el gigante se deslizó desde la silla yendo a parar directamente a sus brazos. Una vez libre, levantó a la muchacha como si fuera una pluma, la besó.

—Conmovedor. —Scharley, según desmontaba, le hizo un guiño a Reynevan—. Llevan medio día sin verse. Como ves, la añoranza por poco no acaba con ellos. Qué alegría, encontrarse después de tan larga separación.

—Tú, Scharley —empezó Reynevan—, puede que nunca llegues a entender lo que es...

No terminó. De una cueva oculta entre unos matojos que había junto al huerto asomó otra criatura del bello sexo. Perfectamente desarrollada. En el talle y la gracia. Podría decirse que no le faltaba detalle. Galatea o Anfítrite, a juzgar por su rostro y figura. Pomona o Ceres, por el cesto con manzanas y coles que llevaba.

—¿Decías algo? —preguntó Scharley con cara de inocente.

—No. Nada.

—Me alegro de verte, mi señor Reynevan —dijo doña Blazena Pospíchalová, viuda de Pospíchal, dueña en su día de aquella casa situada en Praga, en Nové Mesto, en la esquina de las calles Stepánská y Na Rybnícku—. Daos prisa, señores, daos prisa. Enseguida está lista la comida.

Ha llegado la primavera, confirmó Reynevan, caminando al lado de Scharley por la linde encharcada. Caían gotas de los árboles desnudos. Olía a tierra húmeda... y a descomposición.

—A Praga —decía Scharley— llegué a finales de otoño del año pasado, después de las correrías en Austria. Pasé el invierno con Sansón. La capital nunca ha sido especialmente tranquila, pero ahora, en primavera, las cosas se han puesto mal del todo. Y jodidamente inseguras. Un auténtico cazo de agua hirviendo, te lo digo yo. Todo por las negociaciones de Procopio el Rasurado con Segismundo de Luxemburgo...

—¿Procopio anda en tratos con el Luxemburgo?

—Claro. Se habla incluso de la paz y el reconocimiento del Luxemburgo como rey. La condición es que este asuma los cuatro artículos de Praga y que se legalice la secularización de los bienes eclesiásticos. Está claro que Segismundo nunca aceptará una cosa así y romperá las negociaciones. Procopio lo sabe de sobra, se ha prestado a las negociaciones para demostrar que el Luxemburgo y los católicos son el bando agresivo, que desea la guerra y no la paz. Eso es algo evidente, pero no para todos. La cuestión ha dividido profundamente a Praga. El Staré Mesto apoya las negociaciones, llama a la unidad y aclama a Segismundo como rey de los checos. El Nové Mesto no quiere ni oír hablar de eso. Los predicadores en los púlpitos se dedican a echar leña al fuego. En Santa María de las Nieves llaman al Luxemburgo «rey de Babilonia» y «truhán pelirrojo», y se reclama que lleven a juicio a «conciliadores y traidores». En Staré Mesto, en Nuestra Señora de Tyn, se llama en cambio a aniquilar a los «fanáticos» y «radicales». En la práctica Praga se ha dividido en dos campos enemigos. Han levantado barricadas en las puertas de San Galo, Horská y Porícská, han bloqueado las calles con barreras y cadenas. En la línea divisoria día y noche retumban los disparos, silban los virotes, vuelan las balas, se producen regularmente escaramuzas, tras las cuales la sangre espumea en los sumideros. Ambos bandos llevan a cabo cacerías rutinarias de traidores, y ser tomado por uno de ellos es sumamente sencillo. Había llegado el momento de largarse de allí. Blazena... hum... mi señora Pospíchalová confesó que tenía una casa heredada cerca de Sumperk. Y cuando supimos de ti, cuando Sykora nos indicó que precisamente iban a llevarte por Sumperk, lo interpretamos como una señal de la Providencia. Nos largamos de Praga sin más deliberaciones. Y sin lamentarlo.

—Y ahora, ¿qué? —Reynevan no disimuló su sorna—. ¿Te quedas aquí? ¿Tienes intención de establecerte y dedicarte a trabajar la tierra? ¿O a lo mejor estás pensando

en el casamiento?

Scharley lo miró. Contra todo pronóstico, muy seriamente.

—Estoy pensando —repuso con la misma seriedad— en ti, amigo. Precisamente, de no haber sido por ti, desde Praga habría tomado una dirección totalmente distinta. En concreto, la de la carretera de Buda, derecho a Hungría, y de ahí a Constantinopla. Pero resulta que primero había que ayudar a un camarada en apuros. En los que ese camarada se había metido tontamente. Porque estaba en apuros, ¿no?

—Scharley...

—¿Estaba o no estaba en apuros?

—Sí que estaba.

—¿Se había metido en un lío? ¿En un lío de tres pares de cojones?

—Sí.

—Cuenta.

Le tocó contar dos veces, porque después de cenar, cuando se reunieron en el almacén, a platicar un poco, Sansón Mieles también se mostró interesado en familiarizarse con el curso de los acontecimientos y con los detalles del lío en el que se había metido Reynevan. Pero si Scharley, al escuchar, se había limitado a sacudir la cabeza, Sansón planteó de inmediato sus propuestas.

—El regreso a Silesia —empezó— no lo aconsejo en absoluto. No ganarás nada con eso, lo único que harás será ponerte en peligro. Ya te desenmascararon en Wroclaw y te atraparon una vez, así que la próxima vez también lo conseguirán. Y yo no contaría con el altarista Feliciano. No va a enterarse de nada, esa tarea le viene muy grande. La Inquisición sabe guardar sus secretos. Y con seguridad no es tan estúpida como para esconder a la doncella Jutta en un lugar donde pueda descubrirla fácilmente cualquier curilla venal.

—¿Qué tengo que hacer entonces? —preguntó abatido Reynevan—. ¿Volver con los husitas? ¿Hacer dócilmente todo lo que me ordene la Inquisición? ¿Contando con que al final los deje tan satisfechos que me pongan en libertad y me devuelvan a Jutta?

Scharley y Sansón se miraron. Después miraron a Reynevan. Este comprendió.

—Nunca me la devolverán. ¿Verdad?

Se impuso un elocuente silencio.

—Volver con los husitas —dijo finalmente Sansón— solo en apariencia es la mejor opción. De tu relato se deduce que sospechan de ti.

—No tienen pruebas.

—Si las tuvieran, ya no estarías vivo —observó tranquilamente Scharley—. Y si te piras, les proporcionarás las pruebas. Tu huida será la prueba de tu culpa. Y a la vez será tu sentencia.

—Los husitas te estarán observando —añadió Sansón—. No te van a quitar el ojo de encima. Y a la vez te tendrán apartado de los secretos y asuntos reservados. Por

mucho que quisieras, no ibas a conseguir ninguna información con la que contentar a la Inquisición.

—La Inquisición no va a hacerle daño a la muchacha —se apresuró a decir Scharley, aunque sin convicción—. Ese Hejncze igual es un tipo honrado. Y sois compañeros de estudios... —Se calló. Abrió los brazos. Pero casi al instante recobró el aplomo—. Arriba esa cabeza, Reinmar, arriba esa cabeza. Aún no se ha hundido nuestro barco, aún navega a toda vela. Encontraremos el modo. Ni Homero ni Virgilio lo mencionan, pero te lo aseguro: ya el espionaje troyano tenía sus agentes entre los aqueos. Y también los reclutaba recurriendo al chantaje. Y los agentes chantajeados encontraban el modo de pegársela a Troya. También nosotros se la pegaremos a Troya.

—¿Cómo? —preguntó Reynevan con amargura—. ¿Tienes alguna idea? La que sea. Cualquier cosa es mejor que la inacción.

Callaron un momento.

—Habrà que consultarlo con la almohada —dijo por fin Scharley—. *De mane consilium*, la mañana traerá el consejo.

La mañana no le trajo ningún consejo a Reynevan, en verdad lo único que le trajo fue un dolor en el cogote. Con Sansón y Scharley, al parecer, la mañana tampoco fue excesivamente pródiga, al menos en lo tocante a consejos y sugerencias. El hombretón no aludió en general a la conversación de la víspera, su atención parecía reservarla en exclusiva para la pelirroja Marketa, lo mismo durante el desayuno que después. Así que Reynevan y Scharley aprovecharon para salir. Y echar a andar. Lejos, hasta un dique, delimitado por una hilera de sauces deformes que separaba dos estanques desecados.

—Lo de Marketa y Sansón —empezó Reynevan, señalando con la cabeza en dirección a la finca y las dependencias— parece que va en serio.

—Sí, parece que va en serio —confirmó gravemente el demérito—. Como todo lo de Sansón, por lo demás. En verdad es un tipo como de otro mundo. Hay momentos en que empiezo a creer...

—¡Ay, Scharley, qué diantres! Es nuestro camarada, ¿qué interés iba a tener en engañarnos? Si asegura que procede de otra dimensión, ¡hay que creerle! Ya se han pronunciado, a este respecto, y no sin quebraderos de cabeza, autoridades especializadas e indiscutidas. Bezdechovsky, Axleben, Rupilius... ¿Crees que iban a dejarse engañar por una trapacería, que no iban a descubrir el fraude? ¿A qué se debe, pues, esa desconfianza tuya, esa falta de fe?

—A que a lo largo de mi vida he visto trapacerías en las que han caído incluso las mayores autoridades. Yo mismo, lo confieso arrepentido, he cometido algunas. Pecados de juventud... Basta de eso. Ya te lo he dicho: empiezo a creer. Para mí ya es mucho.

—Ya lo sé. En cuanto a Rupilius, si lo he mencionado...

—Olvídate de eso —le cortó tajantemente el demérito—. Sansón no quiere. He hablado con él. Le pesa un tanto por la promesa que le hicisteis a Rupilius, pero ha tomado una decisión. Rupilius, según ha dicho, tendrá que apañárselas por su cuenta, porque él, Sansón Mielles, tiene en la cabeza algo más importante. Algo a lo que no piensa renunciar.

—Marketa.

—Por supuesto que es Marketa.

—¿Scharley?

—¿Qué?

—Hum... ¿Ella habla algo?

El demérito calló un momento, antes de responder.

—Yo no la he oído.

El día que siguió —según el calendario, miércoles— fue tan roñoso, desde el punto de vista de los consejos y las decisiones, como la mañana y tampoco aportó nada sensato. Y pasó sin consecuencias.

Cuando empezaba a oscurecer, se sentaron a cenar los cinco. La conversación languidecía, de modo que la mayoría guardaba silencio. La adamita pelirroja comía poco, tenía la mirada permanentemente clavada en Sansón y una de sus manos estaba continuamente ocupada en acariciar la mano enorme del gigante. La contemplación de sus miradas y gestos llenos de ternura no solo incomodaba y molestaba, sino que también despertaba celos: Reynevan no recordaba ninguna ocasión —ni siquiera en los momentos íntimos de pasión— en que Jutta le hubiera dado pruebas tan claras y ostentosas de veneración. Era consciente de que esos celos no eran nada razonables, pero no por ello sus pinchazos resultaban menos punzantes.

También le hirió, en este caso en su orgullo varonil, el comportamiento de Blazena Pospíchalová. La viuda dedicaba toda, todita su atención a Scharley. Aunque era discreta y no coqueteaba exageradamente, entre el demérito y ella saltaban verdaderas chispas de erotismo. Reynevan, en cambio, aunque entre la viuda y él en tiempos remotos también habían saltado algunas chispillas, no se llevó ni una mirada expresiva. Amaba a Jutta, evidentemente, y doña Blazena le traía sin cuidado. Pero aquello le hirió. Estaba picado. Como si tuviera un erizo en su seno.

Aquella noche, mientras trataba de dormirse en el crujiente jergón, llegaron las reflexiones más serias. Y tras las reflexiones las decisiones.

Aún reinaba la más profunda oscuridad cuando ensilló al caballo y lo sacó de la cuadra, moviéndose en silencio, a hurtadillas, tanto que ni siquiera ladraron los perros. Apenas apuntaba el alba cuando se puso en marcha. Apenas clareaba cuando los cascos resonaban en el camino trillado.

Han encontrado lo que querían encontrar, pensaba, volviendo la vista hacia la aldea de Rapotín. Sansón Mielles tiene algo importante. Tiene a Marketa, su Calipso,

tiene ahí, en esa aldea, su isla de Ogihia. Scharley tiene a Blazena Pospíchalová, poco importa que se quede con ella o que siga su camino, a su soñada Constantinopla, al Hipódromo, Hagia Sophia y los pulpitos fritos en alguna taberna del Cuerno de Oro. Poco importa que llegue alguna vez hasta allí. Lo de menos es lo que vaya a pasar en el futuro con Sansón y Marketa. Pero no tendría sentido pedirles que renunciaran, pedirles que lo dejaran todo, pedirles que se lanzaran al mundo, a lo desconocido, para arriesgar la vida en una causa ajena. En mi causa.

Adiós, amigos.

También yo tengo algo importante, algo a lo que no renuncio. Me pongo en camino.

Solo.

El plan de Reynevan era sencillo: dirigirse por el valle del río Morava, al pie del monte Sněžnik, hasta el paso de Miedzylesie, alcanzando la vía comercial principal procedente de Hungría, que llevaba directamente al valle de Klodzko. Según cálculos estimativos, no le separaban del paso más de cinco o seis millas. Había, a decir verdad, otra variante: el valle del río Branná y el paso a Ladek, de allí la Ruta de la Sal a Krutvald, Nysa y Ziebice. Esta segunda variante, aunque lo llevaba derecho a la meta, asustaba más a Reynevan: la ruta atravesaba las montañas, y el tiempo seguía siendo inseguro.

El tiempo no era la única amenaza. Como en tantas regiones de Moravia, la tierra de Sumperk era en esos momentos un verdadero tablero de ajedrez: los dominios de los señores católicos fieles al duque Albrecht se entrelazaban con las posesiones de la nobleza que apoyaba a los husitas, y además era difícil situarse, pues los bandos y partidos cambiaban demasiado a menudo. El hecho de que algunos se declararan neutrales contribuía a la confusión: les daba lo mismo a quién asaltaban y saqueaban, asaltaban y saqueaban a todos sin distinción.

Reynevan había obtenido de Scharley ciertas informaciones y era perfectamente consciente de que para él todos eran igualmente peligrosos y que lo mejor sería pasar inadvertido, sin toparse con ninguno de los bandos. Ni con el de los partidarios del Cáliz, como los señores Stráznicky de Kravar, en Zábreh, o los señores de Kunstát, del cercano Lostice. Ni mucho menos con el de los católicos que apoyaban a Albrecht: los Valdstejn de Sumperk, los señores de Zvole y los numerosos vasallos del obispo de Olomouc, que atormentaban sin cesar la comarca con sus correrías.

De pronto empezó a nevar, los copos, menudos al principio, enseguida se volvieron más grandes y húmedos, en un santiamén se le pegaron a los ojos. El caballo resoplaba y sacudía la cabeza, pero Reynevan seguía adelante. Rezando en su interior para que lo que creía que era la carretera lo fuera de verdad.

Por suerte la ventisca escampó tan rápido como había empezado. La nieve había espolvoreado de blanco los campos, pero no había cubierto el camino, este seguía siendo visible y claro. Y hasta se había animado. Se oyeron balidos y tintineo de esquilas, y un rebaño de ovejas, marchando al pasitrote, ocupó el camino. Reynevan

espoleó al caballo.

—Que Dios te asista.

—Y a vos, cof, cof. —El pastor dominó su miedo—. Y a vos, joven señor.

—¿De dónde eres? ¿Qué clase de aldea es esa de allí, detrás del montículo?

—¿Aquella? Pues sí, es una aldea.

—¿Cómo se llama?

—Pues Keperov^[12].

—¿Y a quién pertenece Keperov?

—Pues es del monasterio.

—¿Y no habrá allí gente de armas?

—¿Y por qué iba a haberla?

El pastor interrogado contó que pasado Keperov, a orillas del Morava, se encontraba Hyncice, y más allá Hanusovice. Reynevan respiró aliviado, por lo visto había seguido bien la ruta, sin perderse. Se despidió del pastor y siguió su camino. El camino lo llevó pronto a un vado en el Morava, envuelto en niebla, a partir de ahí seguía por la orilla derecha. Poco después dejó atrás el mencionado Hyncice, unas cuantas casas identificadas en la distancia por el olor a humo y los ladridos de los perros. En breve oyó un tañido cercano, en Hanusovice: resultó ser la iglesia parroquial, y una que no habían quemado. Tenía que quedar allí un párroco o por lo menos un vicario, a quién si no le iba a apetecer ponerse a tirar de la soga de la campana, y encima tan temprano. Reynevan decidió hacerle una visita al clérigo, preguntarle por la ruta, por las tropas, por las partidas armadas... y puede que hasta pedirle que le invitara a desayunar.

Se quedó sin desayuno.

Justo detrás de la pequeña iglesia se había reunido un grupo de soldados, cinco de ellos montados, sujetando unos caballos de refresco, otros cinco a pie, junto al pórtico, enzarzados en una discusión con un párroco muy bajito que les impedía el acceso. Al ver a Reynevan todos se callaron y todos, incluido el cura, clavaron en él una mirada hostil. Reynevan maldijo en su fuero interno su mala suerte, la maldijo en términos muy soeces, con palabras de las que no hay que usar en ningún caso en presencia de mujeres y niños. Pero tenía que jugar las cartas que le habían tocado. Respiró bien hondo para calmarse, se irguió altivo en la silla, se inclinó negligentemente y se dirigió al paso hacia los setos y cabañas, con la intención de echar a galopar en cuanto se perdiera de su vista. Nada de eso ocurrió

—¡Eh! ¡Esperad un momento, señor!

—¿Yo?

—Sí, vos.

Le cerraron el paso, le rodearon. Uno, con las cejas como manojos de paja, agarró las riendas del caballo a la altura del bocado, al moverse se le abrió la capa y dejó ver un gran cáliz rojo en la túnica que cubría la coraza. Reynevan, con una mirada más atenta, descubrió la divisa husita también en sus compañeros. Suspiró en silencio,

sabía que aquello no arreglaba su situación en absoluto.

El husita cejudo se fijó atentamente en su cara y, para asombro de Reynevan, le cambió el semblante. Pasó de ceñudo a sorprendido. Y de sorprendido casi como a alegre. Y nuevamente a ceñudo.

—Sois Reynevan de Bielau, silesio —dijo en un tono que no admitía discusiones—. Médico práctico.

—Ajá. ¿Y qué más?

—Os conozco. Así que no lo neguéis.

—Pero si no lo niego. Pregunto qué más.

—Dios os ha enviado a nosotros. Precisamente necesitamos un médico, para atender a un enfermo. El caso no admite demora. Así pues, venid con nosotros. Os lo rogamos. Os lo rogamos muy gentilmente.

El ruego muy gentil fue acompañado de miradas furibundas, labios mordidos, músculos tensos en las mandíbulas. Y manos en los cintos, próximas a las empuñaduras. Reynevan se dio cuenta de que era preferible no desatender el ruego.

—¿Podría, no obstante, saber primero con quién estoy hablando? ¿Adónde he de ir? ¿Quién es el enfermo? ¿Y de qué?

—No hay que ir lejos —le cortó el husita cejudo, jefe evidente de la partida—. Mi nombre es Jan Pluh. Teniente del hetmán de las tropas de campo de los Huérfanos de la comunidad de Náchod. El resto lo averiguaréis enseguida.

A Reynevan no le hizo mucha gracia el hecho de que, en lugar de dirigirse hacia el paso de Miedzylesie, tuviera que ir de buenas a primeras justo en la dirección opuesta, por la orilla derecha del Morava hacia el sur. Por suerte, Jan Pluh no había mentido, en verdad su destino no estaba especialmente alejado. Pronto divisaron en el valle neblinoso un gran campamento militar, el típico campamento de los husitas en movimiento: una agrupación de carros, tiendas, chozas, barracas y otros chamizos pintorescos. Sobre el campamento ondeaba el estandarte militar de los Huérfanos, que representaba una hostia radiante y un pelícano picoteándose su propio pecho. En los límites del campo se acumulaba un montón imponente de huesos y otros desperdicios, más lejos, en la orilla de un arroyo que iba a parar al Morava, un grupo de mujeres se ocupaba de la colada, mientras los rapaces arrojaban piedras al agua y corrían detrás de unos perros. Mientras pasaban, las mujeres los siguieron con la mirada, irguiendo el espinazo y enjugándose la frente con las manos resplandecientes por la jabonadura. Entre los carros flotaba el humo y el hedor, las vacas mugían tristes tras un cercado. Caía nieve menuda.

—Por ahí. Esa choza.

Delante de la choza, ocupado en verter las lavazas de una tina, había un mozo flacucho y descolorido. Al verlos levantó la cabeza. Tenía una cara tan triste y lamentable que habría podido posar para las iluminaciones de un misal, en la parte dedicada a Job.

—¡Lo habéis encontrado! —gritó esperanzado—. ¡Habéis encontrado un médico! ¡Es un milagro evidente, gracias sean dadas por ello al Altísimo! ¡Desmontad, señores, rápido!

—¿Tan urgente es la necesidad?

—Nuestro hetmán... —El mozo flacucho soltó la tina—. Nuestro hetmán principal ha enfermado. Y no tenemos cirujano...

—Pero teníais uno —recordó Reynevan—. Lo llamaban hermano Albertus. Era un médico de lo más hábil...

—Teníamos —admitió en tono bastante lúgubre el teniente del hetmán, Jan Pluh—. Pero hace poco, cuando achicharramos a unos prisioneros papistas, se puso a protestar, a chillar, decía que no era de cristianos y que no podía ser... Entonces el hetmán cogió y le sacudió con una maza...

—Y justo después del entierro a mí me nombraron practicante —se quejó el mozalbete flacucho—. Decían que tenía estudios, que sabría apañármelas. Y aunque es verdad que soy algo instruido, no he pasado de escribir unos cartelitos para el boticario de Chrudim y pegárselos en los frascos... De tratamientos, ni pajolera idea... Yo se lo digo, pero ellos siguen en sus trece, has estudiado, me dicen, ya sabrás lo que hay que hacer, la medicina no es un arte muy complicada: al que le toca ir al cielo, a ese no le ayuda ni Dios, y al que le toca vivir, ni el peor de los médicos le hace daño...

—Pero, en cuanto el propio hetmán se ha sentido mal —terció otro de los Huérfanos—, ha ordenado salir a todo galope en busca del mejor médico. La verdad es que el Señor nos ha amparado, permitiendo que os encontrásemos tan pronto. El hetmán sufre un calvario terrible. Vos mismo lo veréis.

Reynevan lo olió, antes de verlo. Bajo el techo de la choza flotaba un olor tan repugnante que tiraba de espaldas.

El hombre que yacía en un camastro armado con unas tablas tenía el rostro bañado en sudor. Reynevan conocía y recordaba aquel rostro. Se trataba de Smil Pulpan, que ahora, por lo visto, era el hetmán principal de los Huérfanos de Náchod.

—Por todos los diablos... —Smil Pulpan, con voz mortecina, dejó claro que él también había reconocido a Reynevan—. El doctorcillo alemán, el ojito derecho del hetmán... Ya ves, a falta de pan buenas son tortas... Anda, ven acá, curandero... Echa un vistazo. Pero no me digas que no sabes cómo tratar esto... No me lo digas, si en algo aprecias tu pellejo.

El hedor, en principio, debería haber preparado a Reynevan para lo peor, pero no fue así. En la cara interior del muslo de Smil Pulpan, peligrosamente cerca de la ingle, había algo. Ese algo tenía el tamaño de un huevo de pato, un color entre azul, negro y rojo y un aspecto que era peor que horrible. Reynevan ya había visto cosas así y había tenido que tratarlas, a pesar de lo cual no pudo reprimir una reacción de repugnancia. Se avergonzó, pero solo en su fuero interno. La reacción fue tan insignificante que los demás no se dieron cuenta.

—¿Qué tiene, señor? —preguntó en voz baja el mancebo de Chrudim, practicante casual y forzoso—. ¿No será peste, por casualidad? El absceso es terrible... Y en ese sitio...

—No es peste, con certeza —informó Reynevan con convicción, aunque primero prefirió asegurarse palpando, no fuera a apreciar la fluctuación característica de los bubones. No la apreció.

Pulpan soltó un breve aullido, maldijo.

—Se trata —diagnosticó Reynevan con seguridad— de carbunculus, también conocido como edema maligno. Al principio solo había algunos forúnculos, ¿verdad? ¿Qué crecieron rápidamente, se convirtieron en unas ampollas, cada una cubierta con una costra amarillenta que se abría y supuraba pus? ¿Para juntarse al fin en un solo abultamiento grande, muy doloroso?

—Tal cual. Ni que lo hubierais visto —el mancebo tragó saliva— con vuestros propios ojos...

—¿Qué habéis empleado hasta ahora?

—Eehh... —el mozo titubeó—. Unas compresas... Unas mujeres las trajeron...

—¿Probasteis a apretar? —Reynevan se mordió los labios, porque sabía la respuesta.

—Y tanto que probó, la madre que le trajo, y tanto —se quejó Pulpan—. Por poco no reviento de dolor, maldita sea...

—Pensé que había que sacar el pus... —El mancebo, nervioso, se encogió de hombros—. ¿Y qué había que hacer?

—Sajar.

—No lo consiento... —dijo Pulpan, con la voz ronca—. No consiento que se me mutile... Buscaos a otro a quien cortar, carniceros.

—La intervención quirúrgica —Reynevan abrió su bolsa— es imprescindible en este caso. Solo de este modo es posible incidir en su totalidad en el *abscessus* de pus.

—No voy a dejarme sajar. Para eso prefiero que lo aplasten.

—Aplastarlo no ayuda. —Reynevan prefería no decir que, lejos de ayudar, perjudica: sabía que Pulpan no iba a pasarle por alto un fallo en su arte al mancebo de Chrudim y se iba a vengar—. El carbunculus hay que sajarlo.

—Bielau... —Pulpan le agarró impetuosamente de una manga—. Se dice de ti que eres un mago. Así pues, anula este mal de ojo, recita una fórmula mágica o aplícame una decocción hechiceril... No me mutiles. Te cubriré de oro...

—No voy a curarte con oro. La operación es totalmente imprescindible.

—¡Y una mierda imprescindible! —bramó Pulpan—. ¿Me estás obligando? ¡Aquí el hetmán soy yo! Yo te... ¡Te lo ordeno! ¡Cúrame con encantos y hierbas! ¡Con el cuchillo ni te acerques! ¡Tú tócame, maldito curandero, y mandaré descuartizarte con caballos! ¡Eh, soldados! ¡La guardia!

—El crecimiento del absceso —Reynevan se levantó— puede tener consecuencias muy graves en lo sucesivo. Te lo digo para que lo sepas. El resto

depende de tu decisión, de tu voluntad, de tu deseo. *Scienti et volenti non fit injuria*.

—Te estás vengando, monicaco latino —dijo Pulpan, jadeante—. Por aquello. Por lo del año pasado, por Silesia, por Frankenstein, por los monjes, por lo que les hicimos entonces... Vi cómo me mirabas entonces... Con qué odio... Ahora quieres tomarte la revancha...

El teniente del hetmán y los centuriones, que habían entrado en la choza acudiendo a la llamada, miraron a Reynevan con cara de pocos amigos. Después torcieron el gesto, carraspearon.

—Yo de esto, la verdad, hetmán, no sé nada —farfulló uno—. Pero tiene pinta de que no vaya a curar solo. Algo habría que hacer...

—¿Para qué —refunfuñó Jan Pluh— hemos ido a buscar un médico y lo hemos traído hasta aquí? ¿Para nada?

Pulpan soltó un gemido, se dejó caer sobre la almohada, gotas de sudor le perlaban la frente y las mejillas.

—No lo soportaré... —murmuró al fin—. Vale, pues nada, que el matasanos haga lo que tenga que hacer... Eso sí, no me dejéis a solas con él, hermanos, estad pendientes de su mano y de su navaja... Que no me vaya a degollar ese malnacido, o a desangrarme... Y traedme aguardiente... Venga, aguardiente, ¡rápido!

—El aguardiente —Reynevan se remangó, comprobó el filo del cuchillo con la yema del dedo—, en efecto, vendrá muy bien. Pero para mí. En tu estado, Pulpan, la medicina prohíbe el consumo de alcohol.

—La cicatrización y granulación tardarán por lo menos una semana —instruía Reynevan al practicante-mancebo, mientras acababa de guardar sus cosas en la bolsa—. En este tiempo el paciente debe guardar cama, y conviene estar pendientes de la herida. Hasta que no haya cicatrizado, hay que aplicar compresas.

El mancebo asentía solícito con la cabeza. Tenía una expresión bastante bobalicona de asombro y veneración que no se le borraba de la cara. Esa expresión adornaba su rostro desde el momento mismo en que Reynevan había llevado a cabo la operación. Y no tenía ninguna pinta de que fuera a borrarsele.

Reynevan estaba lejos de darse aires, pero lo cierto es que no tenía motivos para avergonzarse de la operación. Dado el tamaño del absceso, el corte debía ser profundo y realizado en cruz, pero no se había atrevido a anestesiarse mágicamente al paciente en presencia de testigos. No obstante, la operación había sido vertiginosa. A Smil Pulpan solo le dio tiempo a aullar y desmayarse, facilitando notablemente de ese modo el proceso de drenaje del pus y de tratamiento de la herida. Uno de los centuriones de los Huérfanos que estaban vigilando no pudo aguantar y echó hasta la papilla, pero los demás honraron la destreza y la habilidad del cirujano con murmullos de admiración, y Jan Pluh al final incluso le palmeó familiarmente en la espalda. Y el mancebo se limitó a suspirar con admiración. Por desgracia, resultó que no se podía contar con él para nada más.

—Decías que al principio le aplicasteis unas cataplasmas. Preparadas por unas mujeres.

—Eso es, señor médico. Unas señoras las prepararon. Y se las ponía una tal... Elzbieta Donotek. ¿La llamo?

—Sí, llámala.

Elzbieta Donotek, una mujer que no aparentaba más de veinte años, tenía los cabellos de color de lino y unos ojos azules como los nomeolvides. En otras circunstancias habría sido una joven inusualmente bella. Pero era una de las mujeres de las tropas husitas, una mujer de avances, retiradas, victorias, derrotas, calores tórridos, heladas inclementes e intemperies. Y de bregas incesantes. Y tenía el mismo aspecto que todas. Se vestía con la primera ropa que encontraba, por tosca que fuera, ocultaba sus rubios cabellos bajo un pañuelo gris de tela basta y tenía las manos enrojecidas por el frío y agrietadas por la humedad. Pero, a pesar de todo esto, oh prodigio, irradiaba de ella algo que podría llamarse dignidad. Nobleza. Algo que acudía al pensamiento y a los labios como *das ewig Weibliche*^[13].

Reynevan llegó a la conclusión de que ya había oído antes ese apellido. En cambio, era la primera vez que veía a la persona.

—¿Le has preparado tú los emplastos al hetmán? ¿Con qué?

Elzbieta Donotek levantó hacia él sus ojos como nomeolvides.

—Con cebolla rallada —respondió en voz baja—. Y con brotes machacados de abedul...

—¿Entiendes de tratamientos? ¿De hierbas?

—Tampoco es que sepa mucho... Lo que cualquiera de las mujeres de la aldea... Y además esos emplastos no han servido de nada...

—No es verdad, sí que han servido —replicó Reynevan—. Y mucho. Ahora también vas a ayudarle. Cuando retiren el vendaje de la herida, habrá que aplicarle una papilla de semillas de lino. Estamos en primavera, pero en las charcas debería haber ya lentejas de agua. Estrújalas y prepara unas compresas con el jugo. Vete alternando: una vez de papilla, otra vez de lentejas.

—Muy bien, don Reynevan.

—¿Me conoces?

—Oí hablar de vos. A unas mujeres.

—¿De mí?

—Hace dos años. —Elzbieta Donotek apartó la mirada, pero solo un momento—. Durante la incursión en Silesia. En la ciudad de Zlotoiyja. En la iglesia parroquial.

—¿Sí?

—Impedísteis con vuestros camaradas que agraviaran a la Virgen.

—Ah, aquello... —se sorprendió—. ¿Tanto se ha hablado de lo que pasó?

La mujer lo miró largo tiempo. En silencio.

—Lo que pasó —contestó al fin, articulando despacio las palabras— pasó. Pero

es algo importante.

Donotek, Elzbieta Donotek, se repetía en sus pensamientos, marchando al trote hacia el norte, otra vez en dirección a Hanusovice. Algo se decía, recordó. Corrían rumores. Sobre una mujer que gozaba de un gran prestigio entre las mujeres que acompañaban a los Huérfanos, de una dirigente natural, cuya opinión tenían en cuenta incluso algunos hetmans husitas. Había también en todo aquello, fue hilando rumores, algún misterio, había amor y muerte, un gran amor a alguien que había fallecido. A alguien que ya era irremplazable, que solo había dejado tras de sí un vacío eterno, una tristeza eterna y una frustración eterna. Una historia que parecía salida de los escritos de Chrétien de Troyes, pensaba, de la pluma de Wolfram von Eschenbach. Que no encajaba con el humilde aspecto de su protagonista. En absoluto. Y que, por eso mismo, seguramente era auténtica. Notó en la cara el viento que soplaba desde el Snieznik, aliviándole un poco de la vergüenza que había sentido cuando aquella mujer había mencionado el suceso en la iglesia de Zlotoryja con la Madona de madera. Una talla en cuya defensa había salido, desde luego, pero no por su propia iniciativa, sino siguiendo el ejemplo de Sansón Mieles. Y no era él quien se merecía los elogios por aquel incidente. Ni el reconocimiento que había visto en los ojos de una persona como Elzbieta Donotek.

Pasado Hanusovice la carretera hacía un giro y se dirigía hacia el oeste. Tal como preveía. Según sus cálculos, le separaba una milla y pico del paso de Miedzylesie, tenía esperanzas de llegar allí antes de que se hiciera de noche. Espoleó al caballo.

Le dieron alcance al atardecer.

Le dieron alcance diez jinetes, lo rodearon, lo derribaron del caballo, lo amarraron. De nada sirvieron sus protestas. No decían nada, y a él, por seguir protestando y exigiendo una explicación, lo acallaron a puñetazos. Lo llevaron de vuelta al campamento de los Huérfanos. Lo arrojaron atado a una cochiguera vacía, por la noche casi se quedó tieso del frío. No hicieron caso de sus gritos. Por la mañana lo sacaron de allí, lo trasladaron completamente entumecido, sin perdonarle un solo empellón, al cuartel del hetmán principal. Allí le esperaba Jan Pluh con algunos otros cabecillas de los Huérfanos a los que ya conocía.

Y Reynevan se encontró con lo que presentía. Con lo que se temía.

Dentro, en el camastro, prácticamente en la misma posición en que lo había dejado después de la operación y la cura, yacía Smil Pulpan. Solo que estaba rígido. Perfectamente finado y totalmente muerto. El rostro, blanco como el requesón, estaba atrocemente desfigurado por unos ojos tan desencajados que casi se le salían de las órbitas. Y por la mueca de sus labios, retorcidos en una sonrisa aún más atroz.

—¿Y qué dices a esto, médico? —preguntó con voz ronca y llena de odio Jan Pluh—. ¿Cómo nos explicas esta medicina? ¿Puedes explicárnosla?

Reynevan tragó saliva, sacudió la cabeza, abrió los brazos. Se acercó al camastro

con ánimo de levantar la colcha que cubría el cadáver, pero las manos de hierro de los centuriones lo detuvieron.

—¡No, hermanito! Estarías encantado de hacer desaparecer las pruebas del crimen, pero no te dejamos. ¡Lo has asesinado, responderás por ello!

—¿Qué os pasa? —Reynevan se revolvió—. ¿Os habéis vuelto locos? ¿De qué asesinato habláis? ¡Es absurdo! ¡Todos estuvisteis presentes en la operación! ¡Vivía después de ella y estaba bien! ¡Sajar el absceso no pudo causar la muerte de ninguna manera! Dejadme que lo examine...

—No has echado bien las cuentas, hechicero —le interrumpió Pluh—. Pensaste que te irías de rositas. Pero el hermano Smil volvió en sí. Gritaba que le ardían los pulmones y las tripas, que la cabeza le iba a estallar de dolor. Y antes de morir te acusó de recurrir a la magia y el envenenamiento.

—¡Eso no tiene ningún sentido!

—Pues yo diría que sí. Odiabas al hermano Smil, todo el mundo lo sabe. Encontraste el modo y envenenaste al infeliz.

—¡Estabais presentes en la operación! ¡Tú también estabas!

—¡Nos nublaste la vista con tus hechizos! Sabemos que eres mago y hechicero. Hay testigos de eso.

—¿Qué testigos? ¿Testigos de qué?

—Ya se verá en el juicio. ¡Lleváoslo!

Los husitas, apelotonados en la plaza para asistir a la asamblea, zumbaban como una colmena, como un enjambre de abejorros.

—¿A cuento de qué viene este juicio? —gritó alguien—. Tanto belén, ¿para qué leches? ¡Lástima de tiempo y de esfuerzo! ¡Colgarlo de la vara de un carro!

—¡Hechicero! ¡A la hoguera con él!

—¡Filisteo! —Un predicador vestido de negro, con una ridícula barbita de chivo, se plantó delante de Reynevan y le escupió a la cara—. ¡Abominación de Moloch! ¡Vamos a mandarte al infierno, infame! ¡Al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles!

—¡Muerte al alemán!

—¡A los mayales! ¡A los mayales!

—¡Silencio! —tronó Jan Pluh—. ¡Somos guerreros de Dios, y habrá de hacerse como Dios manda! ¡Con arreglo a la justicia y con todo miramiento! No temáis, vengaremos la muerte de nuestro hermano y hetmán, ¡no pensamos hacer la vista gorda! ¡Pero todo con orden! ¡Con una sentencia de nuestro tribunal revolucionario! ¡Hay pruebas! ¡Hay testigos! ¡Ea, llamad a los testigos!

La muchedumbre bramaba, aullaba, rugía, agitaba rogatinas y mayales.

El primer testigo llamado por el tribunal fue el mancebo de Chrudim, pálido como un pergamino y tembloroso. Mientras declaraba, la voz se le quebraba y los dientes le castañeteaban. La operación del absceso, confesó, mirando tímidamente al

tribunal revolucionario, la había llevado a cabo el acusado Bielau en contra de la voluntad expresa del hetmán Pulpan, y la había realizado con extrema brutalidad y con un ensañamiento impropio de un médico. Durante la intervención el acusado había farfullado algo entre dientes, indudablemente algún conjuro. En general, todo lo que había hecho el acusado respondía a los hábitos normales en los brujos.

La multitud aulló.

Aún aparecieron unos cuantos testigos más, eso es algo que nunca falta en este mundo.

—Alguien me contó... Se me ha olvidado quién, pero recuerdo que fue el año pasado, por Carnavales. ¡Me contó que este Bielau curó a Neplach en la Montaña Blanca! ¡Por medio de hechizos! ¡Todos dijeron que fue con hechizos!

—Yo estoy enterado, alta comisión, de que este Bielau se entiende con el diablo, y que el diablo le ha enseñado unos sortilegios con los que hace trampas a los dados. Eso me lo contó un centurión del hermano Rohác, que lo había visto con sus propios ojos. Hace de eso dos años, en otoño... ¿O fue en invierno? Qué sé yo... ¡Pero le acuso!

—Yo vi, lo juro por la tumba del hermano Zizka, cómo el propio Bielau durante la incursión en Silesia del año pasado se peleó con nuestro reverendo Pesek Krejčí, todo por una superstición de los papistas. Entonces, de algún modo, Bielau miró de forma extraña al reverendo, seguro que le echó mal de ojo. ¿Y qué pasó? Pues que el hermano Pesek murió por culpa de ese mal de ojo, ¡poco después padeció martirio!

—¡Si no es ni checo, hermanos del tribunal, no es uno de los nuestros, sino un alemán! Oí decir en Hradec Králové que es un espía católico. ¡Los papistas están infiltrando en nuestras filas a criminales clandestinos para asesinar a traición a nuestros hetmans! ¡Acordaos de don Bohuslav de Svamberk! ¡Acordaos del hermano Hvezda!

—Pues yo he oído, alta comisión, que en Praga este Bielau apoya a los de Staré Mesto. ¿Y quiénes son los de Staré Mesto? ¡Unos traidores al Cáliz, unos traidores al maestro Hus, unos traidores a los Cuatro Artículos! ¡Quieren restaurar en el trono de Bohemia al rey de Babilonia, al Luxemburgo! ¡Seguro que los de Staré Mesto han enviado a Bielau para dar muerte al hetmán!

—¡Muerte a él! —bramaba la muchedumbre—. ¡Muerte!

La sentencia, naturalmente, solo podía ser una y se pronunció con la rapidez de un rayo. Para satisfacción de los Huérfanos de Náchod —una satisfacción salvaje y generalizada—, Reynevan de Bielau, hechicero, envenenador, traidor, alemán, espía católico y enviado del Staré Mesto, fue declarado culpable de todos sus cargos, y en consecuencia el tribunal revolucionario lo condenó unánimemente a morir quemado vivo en la hoguera. Era evidente que de nada iba a servir apelar la sentencia: antes de que a Reynevan le diera tiempo a abrir la boca para protestar, lo agarraron varios pares de brazos poderosos y fue arrastrado por medio de la muchedumbre enardecida hasta un extremo del campamento, donde se alzaba una pira de leña y charasca

reunida con anterioridad. Alguien sacó rodando un gran barril que apestaba a repollo, alguien consiguió una tapa, un martillo y unos clavos. Cogieron a Reynevan y lo metieron a la fuerza en el barril. Forcejeaba y vociferaba de tal modo que a punto estuvieron de reventarle los pulmones, pero sus gritos se desvanecían entre los alaridos de la chusma enardecida.

Se oyó un rugido ensordecedor. Y un olor a humo de pólvora impregnó el aire. La muchedumbre retrocedió, dándole así a Reynevan la posibilidad de ver lo que había ocurrido.

Desde un lateral del campamento avanzaba una asombrosa comitiva, formada por tres carros de guerra. La tripulación de uno de ellos consistía en una decena de mujeres de edades muy dispares, desde mozuelas hasta ancianas. Todas, salvo las que conducían el carro, iban armadas de arcabuces, cañones de mano y kakenbückse.

Del segundo carro, ocupado por cuatro mujeres, asomaba la siniestra boca del cañón de una bombardera de diez libras. Precisamente era esta arma la que acababa de efectuar un disparo imponente, aunque de fogoso: entre la nube de humo, revoloteando como copos de nieve, seguían cayendo restos de estopa.

En el tercer carro, en compañía de otras dos mujeres y de un dispositivo cubierto por una lona, estaba Elzbieta Donotek. Se había retirado la zamarra de los hombros y la pañoleta de la cabeza y ahora, con sus ojos azules, con los cabellos de lino esparcidos y alborotados, recordaba a Niké, conduciendo a los hombres a las barricadas. No obstante, su rostro mortalmente serio y amenazante hacía pensar más bien en la enfurecida erinia Tisífone.

—¿Qué es esto? —gritó Jan Pluh, limpiándose la cara de los restos de pólvora—. ¿Qué es esto, mi señora Donotek? ¿Chirigotas? ¿Mascaradas? ¿Comparsas de mujeres? ¿Quién os ha permitido, mujeres, tocar esas armas?

—Marchaos de aquí —dijo bien alto Elzbieta Donotek, haciendo como si no le hubiera oído—. ¡Pero ya! Enseguida. Nadie va a arder en la hoguera. Ya es suficiente.

—¡Mujer insolente! —gritó el predicador de barba de chivo—. ¡Jezabel encarnizada en su soberbia! ¡Arderás en el fuego con el filisteo! ¡Y antes probarás el zurriago!

—Marchaos de aquí. —Tampoco a él le hizo caso Elzbieta Donotek—. Marchaos, cristianos, Huérfanos, buenos checos. Arrodillaos, mirad atentamente al cielo, rezad a Dios, a nuestro Señor Jesús y a su santa Madre. Echad un vistazo a vuestras almas. Pensad en el Día del Juicio, que se acerca. Arrepentíos, vosotros, que no conocéis el camino de la paz, que volvisteis tortuoso vuestro propio sendero. He estado observando durante cinco años cómo habéis aniquilado todo lo bueno que había en vosotros, que habéis enterrado todo lo humano en una tumba, que habéis convertido estas tierras en una fosa. He visto cómo acababais con vuestra conciencia. Ya basta, no lo consiento más. En la esperanza de que no hayáis matado todo en vuestro interior. De que haya quedado al menos una pequeña pizca de algo que merezca la pena preservar de la destrucción. Por eso, marchaos de aquí. Mientras sea buena.

—¿Mientras seas buena? —exclamó sarcásticamente Pluh, partiéndose de risa—. ¿Mientras seas buena? ¿Y qué vas a hacernos, mujeruca? ¡Ya has hecho un disparo de fogeo con el cañón! ¿Y ahora qué? ¿Vas a levantarte las faldas y a enseñarnos el culo?

Las mujeres de los carros, como a una orden, fijaron en los bordes los ganchos de las armas. Y Elzbieta Donotek, alias la erinia Tisífone, con un raudo movimiento retiró la lona del dispositivo que había a su lado. Jan Pluch, instintivamente, dio un paso atrás. Y con él toda la muchedumbre. Con un murmullo de espanto.

Reynevan nunca había visto la célebre arma, solo había oído hablar de ella. La reacción de la multitud no le sorprendió. En el carro, al lado de Elzbieta Donotek, había una extraña construcción. En un bastidor de roble, sobre un complicado atril giratorio, habían instalado, uno al lado de otro, doce cañones de bronce. El conjunto recordaba a un órgano de iglesia, y ese era el nombre que le habían dado al arma. Se decía de los «órganos de la muerte» que eran capaces de disparar, en lo que duraba un Pater noster, alrededor de doscientas libras de plomo. En forma de afilada metralla.

Elzbieta Donotek cogió la mecha, sopló sobre ella, avivando el extremo, que ya ardía débilmente. Al ver aquello, los Huérfanos regularon varios pasos más, hubo algunos que tropezaron, otros cayeron al suelo, los demás empezaron a poner tierra de por medio, desapareciendo a hurtadillas.

—¡Largo de aquí, bohemios! —Elzbieta Donotek levantó la voz—. ¡Don Reynevan, os espera un caballo ensillado! ¡No perdáis el tiempo! No hubo que repetírselo dos veces.

No se compadeció de su montura. Recorrió el valle fluvial a todo galope, estirado *ventre á terre*, golpeando los cantos rodados con las herraduras y lanzándolos hacia los lados. El caballo se cubrió de espuma y ya empezaba a resollar, pero Reynevan no aflojaba. No se hacía ilusiones. Sabía que los Huérfanos lo iban a perseguir.

Lo perseguían. No pasó mucho tiempo antes de que se oyeran unos gritos lejanos a su espalda. No quería que lo tuvieran a la vista en pleno valle, así que se metió entre mimbreras y salcedas, aceleró, haciendo salpicar el barro, espoleando sin contemplaciones al animal.

Fue a parar a una carretera, se puso de pie sobre los estribos. Los perseguidores no se habían dejado engañar, entre gritos y alaridos avanzaban por los matorrales. Reynevan se encogió en la silla y salió al galope. El caballo bufó, seguía cubriéndose de espuma.

Dejó atrás en su carrera cabañas y chozas de pastores, reconoció el lugar, sabía que estaba cerca de Hanusovice. Pero sus perseguidores también estaban cerca. Un estruendoso grito coral le anunció que los Huérfanos le habían avistado. Al instante él también los vio. No eran menos de veinte jinetes. Le clavó las espuelas al caballo, y el animal apretó el paso, algo que bordeaba el milagro. Con un sordo traqueteo atravesó un puentecillo sobre un arroyo.

Procedentes de la aldea dos jinetes venían corriendo como un torbellino. Uno de ellos, con trazas de gigante, agitaba, como si fuera una vara, un pesado goedendag flamenco. El otro, montado en un precioso caballo azabache, iba armado con un curvo bracamarte.

Sorteando a Reynevan, Sansón y Scharley acometieron con ímpetu a los Huérfanos. Scharley, con dos golpes contundentes, derribó a sendos jinetes, un tercero, alcanzado en la cara, se tambaleó en la silla. Sansón iba sacudiendo alternativamente con el *goedendag* a hombres y caballos, causando una terrible confusión. Reynevan volvió grupas, apretando los dientes. Tenía algunas cuentas que ajustar. Por los golpes, por los escupitajos, por el barril de repollo. Al pasar junto al que se tambaleaba impotente en la silla le quitó la espada, se metió en la refriega, dando tajos a diestro y siniestro. Oyó citas bíblicas proferidas a gritos, gracias a ellas localizó al cabecilla de la expedición, el cura de barbita de chivo. Se abrió paso hasta él, parando los golpes de otros jinetes.

—¡Engendro diabólico! —El cura le vio, puso de manos al caballo y se lanzó contra él—. ¡Filisteo! ¡El Señor vuelve a traerte hasta mí!

Se acometieron con violencia una vez, dos veces, después los separaron los caballos enloquecidos. Y después los separó definitivamente Scharley. A Scharley se la traían floja los duelos de honor y los códigos caballerescos. Atacó al predicador por la espalda y con un tremendo golpe de bracamarte le segó la cabeza del cuello. La sangre brotó formando un géiser. Al verlo, los Huérfanos espolearon a los caballos, regularon. Scharley, Sansón y Reynevan aprovecharon la ocasión para galopar hacia el pequeño puente. En el puentecillo apenas había sitio para tres caballos en paralelo, así que no había peligro de que los rodearan. Pero sus perseguidores seguían siendo tres veces más numerosos. A pesar de las bajas sufridas, no tenían intención de retirarse. Por suerte, tampoco se decidieron a atacar de inmediato. Se limitaron a reagruparse. Pero estaba claro que no iban a renunciar.

—Llevábamos tanto tiempo separados —Scharley jadeaba— que ya se me había olvidado. Estando en compañía tuya, Reinmar, no hay quien se aburra.

—¡Atención! —advirtió Sansón—. ¡Atacan!

La mitad de los Huérfanos se lanzó frontalmente contra el puente, el resto había metido a los caballos en el agua y estaba atravesando el río con intención de atacar por detrás. La única salida era la retirada. Y rápida. Reynevan, Scharley y Sansón volvieron grupas y se lanzaron al galope hacia la aldea, acosados por los salvajes alaridos de los perseguidores.

—¡No se cansan! —gritó Scharley, volviendo la vista—. ¡Igual no les caemos bien!

—¡Cierra el pico! ¡Al galope!

El viento aullaba en sus oídos, aparecieron en una ancha pradera delante de la aldea. Los perseguidores se les echaban encima como un torrente, pretendían rodearlos. Reynevan comprobó horrorizado que de pronto había empezado a quedarse

atrás rápidamente, que el ritmo de su caballo se estaba reduciendo de un modo evidente. Que su montura, que no paraba de bufar, se tropezaba y aflojaba el paso. Mucho.

—¡Mi caballo no puede más! —gritó—. ¡Sansón! ¡Scharley! ¡Dejadme! ¡Huid!

—Cualquiera diría que te has vuelto idiota. —Scharley frenó a su caballo y le dio la vuelta—. Cualquiera diría que te has vuelto idiota, muchacho.

—No quiero ser descortés —Sansón se escupió en la palma de la mano, agarró el goedendag—, pero se diría que te has vuelto un perfecto idiota.

Los Huérfanos soltaron un grito triunfal, su torrente empezaba a estrecharse, a cerrarse como un saco.

Y sin duda la cosa se habría puesto feísima de no haber sido por un *Deus ex machina*. Que aquel día tomó la forma de quince jinetes armados hasta los dientes que se acercaban a todo galope desde Hanusovice.

Los perseguidores espoleaban y sujetaban a los caballos, sin saber muy bien, en su desconcierto, ni quiénes ni qué ni cómo ni por qué. El grito de guerra y las espadas próximas, alzadas por encima de las cabezas, disiparon todas sus dudas. Y en un momento perdieron toda voluntad y todo empeño de seguir con la empresa. Girándose como a una orden, los Huérfanos de Náchod salieron de allí pitando. Los recién llegados, que montaban caballos más frescos, los alcanzaron sin problemas y podían haberlos machacado si hubieran querido. Pero evidentemente no quisieron.

—Bueno, bueno... Vaya un dichoso lance del destino —dijo, acercándose al paso, Urban Horn—. Porque precisamente te estaba buscando, Reynevan, iba siguiendo tus huellas. Y, aunque por pura casualidad, veo que te he encontrado. Y yo diría que en un momento muy oportuno, ¿me equivoco?

—No te equivocas.

—Salve, Scharley. Salve, Sansón. ¿También tú por aquí? ¿No estabas en Praga?

—*Amicus amico*. —Sansón Mielles se encogió de hombros, jugando con el goedendag y vigilando por debajo de los párpados entornados a los soldados que los iban rodeando—. Cuando un amigo está en apuros, corro en su ayuda. Estoy a su lado. Independientemente de... las circunstancias.

Horn lo cazó al vuelo, se echó a reír.

—*Pax, pax*, ¡amigo del amigo! A Reynevan, por lo que a mí respecta, nada le amenaza. Sobre todo ahora, cuando oigo que el ilustrísimo Flutek descansa bajo una gruesa capa de tierra. Algo de lo que con certeza también vosotros tendréis noticia. Enviar a Reynevan a Praga, en consecuencia, no tiene sentido. Sobre todo, porque me es necesaria, o más bien indispensable, la ayuda de Reynevan en el castillo de Sovinec, adonde lo invito cortésmente. Muy cortésmente.

Reynevan y Sansón cambiaron una mirada. Por todas partes les llegaba la peste a sudor de los caballos y el aliento de sus fosas nasales, y las caras de los hombres que los rodeaban eran suficientemente elocuentes.

—La estancia en Sovinec —Horn no le quitaba el ojo de encima ni a Scharley ni

a la mano que se había llevado al bracamarte— puede ser provechosa también para ti, Reinmar. Si de verdad aprecias la memoria de tu hermano.

—Peterlin no vive. —Reynevan negó con la cabeza—. Ya no puedo ayudarle en nada. Mientras que Jutta...

—Ayúdame en Sovinec —le cortó Horn—. Y yo te ayudaré después con lo de tu Jutta. Te doy mi palabra.

Reynevan miró a Scharley y a Sansón, midió con la mirada a los jinetes que había a su alrededor.

—Entonces, te tomo la palabra —dijo finalmente—. Vamos.

—Vosotros —Horn se dirigió a Scharley y Sansón— podéis ir a donde os apetezca. Pero os recomendaría que os dierais prisa. Esos pueden volver. Con refuerzos.

—Lo que me apetece —rezongó Scharley— es ir con Reinmar. Así pues, hazme extensiva tu cortés invitación, Horn. Ah, y ya de paso: gracias por salvarnos.

—Veo que no hay forma de separar a los amigos. —Urban Horn hizo volverse a su caballo—. Bueno, te invito a Sovinec. Y a ti a también, Sansón. Porque tú tampoco vas a dejar a Reynevan. *Vero?*

—*Amicus amico.* —Sansón se sonrió—. *Semper.*

Horn se puso de pie sobre los estribos, miró hacia el río, siguiendo el rastro de los que hacía un momento eran perseguidores, de los cuales, por cierto, ya no había ni rastro.

—Los Huérfanos de Náchod —dijo con gravedad—. Hace no mucho eran tropas de campo, ahora son una banda que vaga por la región sembrando el terror. Este es el resultado de una tregua que ya se eterniza, aquí se ve lo dañina que es la paz. Ya va siendo hora de reanudar la guerra, señores, ya toca llevar a cabo una incursión. Aparte de eso, habrá que pedirles a los hermanos Koudelník y Capek que estén pendientes de ese Pulpan. Que lo aten corto.

—No va a hacer falta pedírselo. Pulpan... Hum... Pulpan ya no está.

—¿Eh? ¿Cómo es eso? ¿De qué modo?

Reynevan le contó cómo. Urban Horn le escuchaba. Sin interrumpirle.

—Sabía —dijo, después de oírle— que tu ayuda me sería indispensable. Pero no esperaba que lo fuera tanto.

Capítulo sexto

En el que estando en el castillo moravo de Sovinec nuestros héroes se convencen de que siempre, en cualquier situación, es imprescindible contar con un plan de emergencia por lo que pueda pasar. Y ponerlo en práctica en el momento más oportuno.

Desde detrás de las ventanas enrejadas de la torre, desde el patio de armas, llegaban maldiciones, relinchos de caballos y el golpeteo metálico de las herraduras. Los burgmanos de Sovinec, como de costumbre, salían a patrullar los pasos, a inspeccionar la comarca y a cumplir y satisfacer las demandas de la población local. Una vez más, e iban ya ni se sabe, cantó de forma ensordecedora y con entusiasmo un gallo, le chilló como una descosida a su marido una de las mujeres que residían en el castillo. Un corderillo balaba en un tono estridente.

Bruno Schilling, antiguo Jinete Negro, actual desertor, renegado y prisionero, estaba levemente pálido. Aunque su palidez podía deberse únicamente a la enfermedad que había padecido recientemente. Si Bruno Schilling estaba asustado, lo disimulaba con destreza. Se abstenía de moverse sin parar en el taburete y de mirar sucesivamente a los distintos interrogadores. Pero no eludía el contacto visual. Horn tenía razón, pensó Reynevan. No se ha equivocado en su valoración. No se trata de ningún matón obtuso. Es un perro viejo, un jugador astuto y un tunante que se las sabe todas.

—Empezamos, pena de día —declaró Urban Horn, poniendo las manos sobre la mesa—. Muy bien, igual que antes, como convinimos: hay que ser concisos, concretos, sin apartarse del tema. Nada de: «Pero si ya lo he dicho». Si pregunto por algo, tú contestas. El método es sencillo: yo interrogo, tú eres interrogado. Así que no te salgas de tu papel. ¿Queda claro?

El corderillo del patio dejó finalmente de balar. Y el gallo de cantar.

—He hecho una pregunta —recordó secamente Horn—. No tengo ninguna intención de adivinar tus respuestas. Así que ten la amabilidad de contestar siempre que te pregunte. A partir de este momento.

Bruno Schilling miró a Reynevan, pero de inmediato apartó la mirada. Reynevan no se esforzó en disimular su repugnancia y antipatía.

Ni lo intentó siquiera.

—Schilling.

—Queda claro, señor Horn.

—No le veo sentido a este interrogatorio —insistió Reynevan—. Este Schilling es un vulgar matón, un navajero y un criminal. Un asesino. A los de su calaña los mandan a hacer el trabajo sucio: una vez señalada la víctima, los sueltan de la traillá como a

perros de presa. Y solo para eso ha utilizado a ese tipo Grelleort. Descarto que le haya hecho confidencias y le haya revelado asuntos secretos. En mi opinión ese tipo no sabe nada de nada. Pero ya verás cómo te lía, se inventa cualquier cosa, te atiborra a embustes, finge de maravilla que está bien informado. Porque se ha dado cuenta de que solo de ese modo te es útil. Seguro que lo ha notado por cómo lo tratas. Más como a un huésped que como a un prisionero.

Por la ventana entraba el alboroto de las lechuzas y búhos que revoloteaban alrededor de la torre. Por lo visto, había bandadas enormes por la zona. Eso tenía su lado bueno: uno no se encontraba con ratas ni ratones por aquellos parajes. Un cacho de pan de la víspera a medio comer o una galleta junto a la cama venían muy bien en ajamas.

—Tú, Reinmar —Horn le arrojó al perro un hueso mordisqueado—, entiendes de medicina y de magia. Porque has estudiado y has practicado. Yo entiendo de técnicas de interrogatorio. Te agradezco tus consejos, pero prefiero que cada uno se dedique a lo suyo y haga lo que mejor se le da. ¿De acuerdo?

—Lo que ya no sé es cómo te irá con ese renegado. —Reynevan miraba el vino a la luz del candelero—. Y no tengo muy buen presentimiento. Pero, si te empeñas, no voy a volver a aconsejarte ni sugerirte nada. En tal caso, si no es para darte consejos, ¿para qué me necesitas?

Horn se puso a mordisquear otro hueso. Scharley y Sansón siguieron su ejemplo. Ninguno de los dos, ni el gigante ni el demérito, participaban en la discusión.

—Schilling —por un momento Horn interrumpió el mordisqueo— habla de un castillo llamado Sensenberg, cuartel y escondrijo de los Jinetes Negros. Habla de embrujos y conjuros, de elixires, de narcóticos y ponzoñas mágicas. No ha declarado mucho al respecto, pero algo ha dicho. Te equivocas considerándolo un matón sin cabeza, es un zorro astuto y un observador despierto. Al ver que te enviaba con una escolta, supuso que ya no tenía nada que temer de ti. Pero ahora, de pronto, cuando vea que me acompañas en el interrogatorio, se llevará un buen susto. Y así tiene que ser. Deja que se ponga nervioso. Tú, por tu parte, déjale patente tu odio. Muéstrate hostil.

—No me va a hacer falta fingir.

—Con tal de que no exageres. Ya te lo he dicho: el fanatismo es bueno para las masas ignorantes, a nosotros, los que nos ocupamos de más altos quehaceres, no nos conviene. Bruno Schilling tomó parte en el asesinato de tu hermano. Pero si estás pensando en la venganza, paradójicamente, él te va a ayudar. Con las informaciones que nos suministre.

—Con las confabulaciones, querrás decir.

—Sabe —los ojos de Horn centellearon— que vive solo gracias a mí, que por mi causa salió vivo de la mazmorra de Klodzko. Sabe que solo yo puedo salvarle el pellejo frente a Grelleort, frente a los Jinetes Negros, de los que ha desertado. Vive y está seguro solo gracias a que Grelleort no tiene ni idea de su desertión, cree que es

uno de los caídos en Wielislaw. Sabe que, si le pillo en un renuncio, sencillamente lo echaré de aquí y lo proclamaré a los cuatro vientos, y entonces tendrá los días contados.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer? ¿Aparte de mostrar mi hostilidad?

—Cuando se ponga a hablar otra vez de la magia en Sensenberg, hazle ver que eres un experto, que no te tragas cualquier embuste. Si se muestra desconcertado y se echa a llorar, sabremos a qué atenernos.

—Si es tan zorro como aseguras, dudo de que se deje liar. Pero he prometido ayudarte, así que voy a ayudarte, cumpliré mi promesa. Contando con que tú no te olvides de la tuya. ¿Cuándo empezamos?

—Mañana. A primera hora.

—Los atentados alevosos —Horn no quitaba las manos de la mesa— llevados a cabo mediante envenenamiento, planeados por Grelleort y el obispo de Wroclaw. Cuéntanos algo de eso, Schilling.

—Birkart Grelleort —empezó el renegado sin demorarse un instante y con notable diligencia— tiene a un alquimista en el castillo de Sensenberg. No es humano. Al parecer vive desde hace ciento y pico años ya. Cabellos blancos como la nieve, ojos de pez, orejas puntiagudas, la piel de la cara y las manos casi translúcida, se le transparentan todas las venas azules...

—Sverg —confirmó Reynevan, viendo las cejas levantadas y el semblante lleno de escepticismo de Horn—. Uno de los Longaevi.

—Se llama Skirfir —se apresuró a decir Bruno Schilling—. Alquimista y mago, tremendamente ducho. Le prepara a Grelleort toda clase de decocciones y elabora elixires. Principalmente oro líquido. Dicen que precisamente gracias a ese oro tiene tanto poder Grelleort. Y que es inmortal.

Horn se mostró contrariado, miró a Reynevan con aire inquisitivo.

—Es posible —confirmó Reynevan, sin disimular su repentino interés— la conversión de un metal, al igual que de una piedra noble, en un fluido, en un estado líquido. Para ser más exactos, en *collodium*, o sea, en un coloide. De consistencia tan liviana que sea posible beberlo.

—¿Beber un metal? —La expresión de incredulidad del rostro de Horn estaba muy lejos de ir a borrarse—. ¿O una piedra?

—Toda la Naturaleza —Reynevan aprovechó la ocasión para lucirse—, toda criatura viva o muerta, toda materia prima está impregnada de la energía de la creación, del protoespíritu, de la protomateria y de la fuerza generatriz. Hermes Trimegisto lo llama *totius fortitudinis fortitudo fortis*, la fuerza por encima de todas las fuerzas, que supera cualquier materia delicada y penetra cualquier materia sólida. De ahí también el principio básico de la alquimia: *solve et coagula*, disuelve y coagula, que señala precisamente el proceso de disolución de esta energía, para coagularla después, fijarla en un coloide. Así puede procederse con todo, con

cualquier sustancia. También con el metal y el mineral.

—¿Y con el oro?

—Con el oro también. —Bruno Schilling asintió de buena gana con la cabeza—. Y tanto.

—El *collodium* de oro, llamado *aurum potabile* —explicó Reynevan, que seguía lanzado—, es uno de los elixires más potentes. Incrementa de un modo increíble las fuerzas vitales, el poder intelectual y la potencia del espíritu. También es un remedio infalible para la locura, la demencia y otras enfermedades mentales, especialmente las causadas por un exceso de melancolía, la bilis negra. Pero la elaboración del coloide es extraordinariamente complicada, solo los alquimistas más hábiles y los brujos son capaces de lograrlo. Y solo se obtiene cuando se dan conjunciones muy específicas e infrecuentes...

—Vale, ya es suficiente. —Horn sacudió la mano—. No me des un curso acelerado de alquimia. El oro líquido ha despertado mi curiosidad, y la has satisfecho. Volvamos al tema principal. O sea, a los venenos. Y al envenenamiento...

—Lo uno —el renegado se enjugó el sudor de la frente— lleva a lo otro. Skirfir elabora para Grelenort toda clase de elixires. Oro líquido, plata líquida, amatista líquida, perlas líquidas, todo con tal de fortalecer la potencia mágica, la capacidad como brujo, la resistencia del cuerpo y el espíritu. Algunos nos los suministraron en Sensenberg, así que sé cómo actúan. Pero Skirfir también elaboraba venenos. No era ningún secreto para qué lo hacía: Grelenort quería eliminar a los husitas más importantes, envenenarlos, pero de un modo que nadie abrigara la menor sospecha. Que pareciera...

—Que pareciera que habían muerto a consecuencia de sus heridas. —Reynevan se aprovechó de la vacilación de Schilling—. Debidas a algún daño sufrido en combate o a un accidente. Para que no se pudiera relacionar de ningún modo su muerte con el veneno. Una muerte repentina siempre despierta sospechas de envenenamiento, enseguida se abre una investigación: por el hilo se saca el ovillo, y se encuentra al envenenador. Pero con el veneno del que estamos hablando no hay el menor síntoma, la víctima del envenenamiento no se da cuenta de nada y no abriga sospechas. Hasta que...

—Hasta que sufre una herida con hierro —le quitó la palabra el renegado—. O con acero. Con eso y nada más que con eso. La muerte es inevitable. A ese veneno lo llamaban Dux.

—*Dux omnium homicidarium* —confirmó Reynevan, pensativo—. O también: *Mors per ferro*. Son pasajes del conjuro empleado en su elaboración. Por eso Guido Bonatti en sus escritos utiliza el término «*Perferro*», que también nos ofrece el Picatrix... En la traducción latina, porque en el original es: *Khadhulu ahmar a-hajja*, lo cual quiere decir... Se me ha olvidado lo que quiere decir.

—No pasa nada —terció Horn—. Porque no tengo ningún interés. Reynevan, respetado mago, ¿confirmas, así pues, que tal veneno existe? ¿Y que actúa tal y como

se ha dicho?

—Confirmo lo que dicen algunas fuentes. —Reynevan, más sereno, miró a Schilling a los ojos—. Pero no pasaré por alto lo que dicen otras. Según las cuales para la elaboración del Perferro es imprescindible la llamada Tintura Negra...

—Así es, así es, tenéis toda la razón, señor Bielau —se apresuró a confirmar Schilling—. Oí cómo hablaban de eso Grelenort y Skirfir.

—La legendaria Tintura Negra —continuó Reynevan, sin apartar la mirada— solo se puede conseguir por medio de la transmutación del metal conocido como chalybs alumen, gobernado por el Octavo Planeta. El problema está en que, según numerosos sabios, dicho metal existe únicamente en las leyendas. Y no hace falta ser un sabio para saber que planetas hay solo siete.

—Hay ocho planetas —le contradijo con viveza el renegado—. Eso también lo escuché. El octavo planeta se llama Poseidón, Grelenort tuvo que enterarse de su existencia por el mismísimo diablo.

—Dejemos —volvió a intervenir Horn— por un momento al diablo. Y a Ptolomeo. No te salgas de tu papel, Schilling. Yo interrogo, tú eres interrogado. Y messer Reynevan ha citado hace un momento algunas autoridades que, por lo visto, rebaten lo que declaras. Que sitúan tus declaraciones entre las leyendas. Y entre los cuentos. Te lo advierto: contarme cuentos puede tener para ti unas consecuencias lamentables.

—Señor Horn —Bruno Schilling por un momento se olvidó de su sumisión—, dejemos que las autoridades sigan siendo autoridades, que Ptolomeo cuente tantos planetas como le dé la gana. Pero yo os digo que he capturado a vagabundos por esos caminos, he pillado a pordioseros y trotamundos y los he llevado a Sensenberg, se los he entregado a Grelenort y Skirfir para sus experimentos. He visto cómo les suministraban veneno. He visto cómo más tarde los herían con un hierro, he contemplado con mis propios ojos cómo por influjo del hierro el veneno empezaba a actuar...

—¿Y cómo —le interrumpió Reynevan— actuaba? ¿Cuáles eran los síntomas?

—Ocurre que son variados. Es una de las ventajas de ese veneno, que no es fácil detectarlo a partir de los síntomas, que los síntomas confunden. Algunos de los envenenados, antes de perecer, se movían nerviosos, otros temblaban, otros gritaban, diciendo que les ardía la cabeza y el vientre, y morían encogidos de tal manera que uno se estremecía al verlos. Mientras que otros se quedaban dormidos como si nada y fallecían en el sueño. Sonrientes.

Horn miró de inmediato a Reynevan, con el evidente propósito de que este refrenara su reacción.

—¿A quiénes de los nuestros —volvió los ojos hacia Schilling— se ha suministrado ese veneno? ¿Cuándo? ¿De qué modo?

—Eso no lo sé. En Sensenberg se limitan a elaborar el veneno, del resto se ocupaba otra persona.

—Pero erais vosotros, los Jinetes Negros, quienes llevabais gente para los experimentos. ¿Cuándo os ordenaron hacer eso? ¿Hasta cuándo duró?

—Empezamos... —Bruno Schilling carraspeó, se enjugó la frente—. Empezamos a capturar gente en invierno de 1425, después de la Candelaria. Y seguimos capturando hasta el domingo de Resurrección. Después ya no hubo más órdenes.

Urban Horn estuvo largo rato callado, tamborileando con los dedos en la mesa.

Reynevan contemplaba a Schilling, sin ocultar lo que estaba pensando. El renegado evitaba su mirada.

Un cálido viento les soplaba en la cara, estando en las murallas, mirando en la dirección desde la que soplaba, y soplaba desde el sur, desde los montes del Oder.

—Esta mañana —dijo Horn en tono sombrío— me he cortado al afeitarme.

—No pasa nada —le tranquilizó Reynevan, que tampoco estaba del todo tranquilo—. El Perferro requiere que se profundice más en los tejidos, que se vea afectado el torrente sanguíneo... La linfa, comprendes, y en general...

—Todos... —Horn no esperó a saber qué pasaba en general—. Todos podemos tener eso dentro. Tú, yo...

—El objetivo de los ataques eran los hetmans, la gente importante. No me valoro tanto.

—Tu modestia es asombrosa. Lástima que perciba en tu voz escasa convicción. Ese Smil Pulpan de los Huérfanos de Náchod no estaba entre los más eminentes: sin ánimo de presumir, creo que nosotros dos somos mucho más importantes. Pero el veneno es más fácil suministrarlo en el curso de un festejo, y seguro que Pulpan solía festejar con otros hetmans destacados. Yo también he festejado. Tú también has festejado... Ah, pero a ti te hirieron el año pasado. Y sigues vivo. Y Schilling ha asegurado que a partir de 1425 no envenenaron a nadie.

—No ha dicho eso. Lo único que ha dicho es que en 1425 dejaron de capturar gente para los experimentos. Y yo tengo pruebas de que se ha seguido suministrando veneno y probablemente se sigue suministrando aún.

—¿Estás pensando en Neplach? Ha acabado con él ese veneno, eso es evidente. Pero pudieron envenenarlo con anterioridad. Nunca participaba en los combates, pudo transcurrir mucho tiempo antes de que sufriera una herida con algún objeto de hierro...

—Estoy pensando en Smil Pulpan. Yo estaba presente cuando le hirieron en Frankenstein hace un año, una flecha de hierro le desgarró una oreja. Y murió hace una semana, cuando le saqué el absceso con un filo de hierro.

—Ah, tienes razón, tienes razón. Y confirma plenamente lo que oíste en la granja cisterciense. El obispo y Grelenort planearon los asesinatos, Smiricky les señaló los objetivos. Eso fue en septiembre de 1425. Un mes más tarde, en octubre, dispararon con una ballesta a Jan Hvezda, hetmán principal del Tabor. La herida no parecía alarmante, pero Hvezda no sobrevivió.

—Porque el virote tenía la punta de hierro, y Hvezda ya tenía *Perferro* en la sangre —afirmó Reynevan—. Y poco después, en noviembre, el sucesor de Hvezda, Bohuslav de Svamberk, murió a consecuencia de una herida que tampoco parecía peligrosa. Sí, Horn, yo ya antes sospechaba que a Hvezda y Svamberk los habían liquidado con ayuda de magia negra, y después de lo que me confesó Smiricky estaba seguro. Pero que fuera de un modo tan pérfido...

—Tan competente —le corrigió Urban Horn—. Una idea genial, una ejecución competente, conocimientos... Y ya que hablamos de conocimientos... ¿Reynevan?

—¿Qué?

—¿Qué va a ser? Como si no lo supieras. ¿No hay un antídoto para esto?

—Hasta donde yo sé, no lo hay. Si el *Perferro* está ya en el torrente sanguíneo, no hay forma de sacarlo de ahí.

—Has dicho que hasta donde tú sabes. ¿Y no puede haber algo que no sepas?

Reynevan no respondió de inmediato. Meditó su respuesta. No tenía intención de delatarse ante Horn, pero cuando había tratado con los magos praguenses de la farmacia El Arcángel había probado específicos que protegían de los venenos, entre ellos algunos que proporcionaban una completa inmunidad frente a las toxinas. No estaba seguro de si eso incluiría también el *Perferro*. Y si, en general, sería aún resistente a algo, dado que llevaba más de un año sin tomar esos específicos.

—Bueno —le apremió Horn—. ¿Hay antídoto o no?

—No descarto que lo haya. Al fin y al cabo el progreso no se detiene nunca.

—Así pues, toda nuestra esperanza está en el progreso. —Horn se mordió los labios—. Al menos en este terreno que nos ocupa.

El castillo de Sovinec descansaba sobre una atalaya rocosa del Nízky Jeseník desde hacía cien años, desde hacía cien años su orgulloso e inquietante *bergfried* se elevaba por encima del bosque y atemorizaba la comarca. Lo habían construido y transformado en fortaleza familiar dos hermanos, caballeros del rancio linaje moravo de los Hrutovici, a quienes el obispo de Olomouc había recompensado por sus méritos de guerra con el señorío de las aldeas de Krízov y Huzová. Desde entonces los hermanos firmaban como «señores de Huzová» y usaban como sello un escudo con bandas oblicuas. El castillo, construido a menos de una milla de Huzová, les dio nombre: uno derivado de las lechuzas, que anidaban en grandes cantidades en los bosques cercanos. De ahí que dieran en llamarse «señores de Aylburk». Pero el nombre alemán, a pesar de las modas, no se impuso, y definitivamente la fortaleza quedó como Sovinec. El actual dueño y señor del castillo era el caballero Pavel de Sovinec, partidario de las doctrinas de Hus y aliado del Tabor. Dónde se encontraba en aquellos momentos, en marzo de 1429, no se sabía. Ahora en Sovinec mandaba Urban Horn, y en la comarca mandaban de consuno los burgmanos.

El sábado anterior al domingo *Laetare* las mujeres de Sovinec hicieron colada, desde

primera hora el castillo se vio envuelto en vapores húmedos y en un penetrante olor a lejía y a lavazas. A eso de mediodía, cuando Reynevan y Horn terminaron la sesión del interrogatorio, la ropa tendida decoraba el patio entero del castillo. Predominaban las calzas, de las que Scharley y Sansón —seguramente por culpa del aburrimiento— contaron ciento nueve pares. Dado que ya antes habían contabilizado treinta y dos burgmanos y escuderos en el castillo, llegaron a la conclusión de que en Sovinec había calzas de sobra, pero se lavaban muy de vez en cuando.

Los amigos estaban sentados sobre una pila de maderos, en un patio auxiliar, cerca de las caballerizas, disfrutando del sol primaveral. Reynevan, que no ocultaba su excitación, estaba repasando las nuevas revelaciones que había escuchado en el interrogatorio.

—Ese Bruno Schilling cuenta unas historias inauditas, algo increíble. Sobre el castillo de Sensenberg en los montes Kaczawskie. Evidentemente, la magia perdura allí desde la época de los templarios, que edificaron Sensenberg. Schilling no lo sabe, ni sabría cómo llamarlo, pero para mí, como experto, no cabe ninguna duda de que en Sensenberg sigue presente la theoda, el *spiritus purus*, una suerte de *genius loci*, la fuerza hechiceril de algún poderoso mago muerto hace mucho tiempo. Esa theoda actúa con increíble energía sobre la *mens* de quienes allí habitan, a las personas menos resistentes y de flaca voluntad puede deformarles con gran fuerza la *mens*, y hasta hacer que degenere por completo. Schilling asegura que ha habido casos de *mentís* alienado, se han dado incluso procesos de *amentia* y *paranoia* incurables.

—*Amentia* y *paranoia* —repitió Scharley como con desgana, contemplando las calzas—. Vaya, vaya. Quién lo hubiera pensado.

—Pero en el campo de la alquimia —Reynevan se iba calentando cada vez más— he averiguado algunas cosas y asuntos que te dejan sin aliento. Ya os he hablado de ese veneno compuesto llamado *Perferro*, he mencionado los metales coloidales. Entre estos metales, imaginaos, está el misterioso *Potassium*, descrito por Flamel, que algunos siguen considerando una fantasía. El misterioso *Thallium*, con el que habría experimentado Arnaldo de Villanueva, que estuvo cerca de crear la piedra filosofal. ¡Inaudito, inaudito!

Scharley y Sansón seguían callados, con la mirada clavada en las calzas.

—También nos ha contado Schilling algunas cosas extraordinarias y asombrosas acerca de la cuestión de los específicos usados por los Jinetes Negros para entrar en trance. Se considera que las propiedades estupefacientes y alucinógenas más potentes son las de las sustancias que figuran como al-qily en las obras de Geber y de Avicena, y que en Praga llamábamos alcaloides. Se creía que eran extractos de hierbas mágicas, pero, ¿qué es lo que ocurre en realidad? ¡Que crecen en cualquier bosquecillo! Que estamos hablando de una planta tan corriente como el cenizo blanco, y del matamoscas, el *muscarius*, aún más corriente. Estos son los componentes básicos de esa célebre bebida narcótica llamada «*bhang*» en los manuscritos de Morienus. ¿Os hacéis una idea?

Seguro que Scharley y Sansón se hacían una idea. Y, en caso de que no fuera así, no lo daban a entender. Ni con palabras, ni con gestos, ni con la expresión del semblante.

—¿Y qué hay del famoso hashsh'ish, envuelto en misterio, con el que narcotizaba a sus asesinos el Viejo de la Montaña, al-Hasan ibn-al-Sabbah, en su escarpada fortaleza de Alamut? Con ese mismo hashsh'ish, como yo sospechaba, se narcotizan también los Jinetes Negros de Grelenort. Se elabora con la resina de las inflorescencias de una planta llamada en griego *kannabis*, semejante al cáñamo. Pero resulta que hay dos variedades de ese específico. Una tiene el nombre de *ghandzja* y es una bebida, cuando se bebe se entra en un trance eufórico. La otra, el llamado *hashsh'ish*, se quema, y se aspira el humo... Ya sé que parece inverosímil, pero Bruno Schilling jura...

—Ese Bruno Schilling —intervino tranquilamente Scharley— mató a tu hermano, experto. No sé muy bien lo que se siente, yo soy hijo único, pero creo que con el asesino de mi hermano, si tuviera un hermano, no me pondría a charlar de magia y de matamoscas. Sencillamente le retorcería el cuello. Con mis propias manos.

—Tú fuiste el que me convenció en cierta ocasión de la inutilidad de la venganza —le cortó Reynevan con amargura—. Y con Schilling no charlo, sino que le interrogo. Y, si alguna vez tengo que ajustar las cuentas con alguien por lo de Peterlin, será con el inspirador del crimen, no con el ciego instrumento. Además, me son útiles los conocimientos adquiridos durante el interrogatorio.

—¿Y Jutta? —preguntó con calma Sansón Miel—. ¿Hasta qué punto los conocimientos sobre *al-qily* y *hashsh'ish* te ayudarán a liberarla y salvarla?

—Jutta... —farfulló Reynevan—. Enseguida iremos al rescate. Muy pronto. Horn me ha prometido su ayuda, y sin ayuda no podemos hacer nada. Yo le ayudo, él nos ayuda... Mantendrá su palabra.

—La mantendrá. —Scharley se levantó, sé estiró—. O no la mantendrá. Sus designios son insondables.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que la vida me ha enseñado a no confiar con excesiva prontitud y a contar siempre, por lo que pueda pasar, con un plan de emergencia.

—Te lo vuelvo a preguntar: ¿qué quieres decir con eso?

—Nada más que lo que he dicho.

—¿Señor Horn?

—¿Sí?

—Me habéis prometido la libertad. Si confesaba todo de forma honrada y escrupulosa.

—Aún no lo has confesado todo. Además, ¿para qué quieres la libertad? Grelenort te seguirá la pista y acabará contigo aunque sea en el fin del mundo. En cambio en Sovinec no te encontrará.

—Lo habéis prometido...

—Ya lo sé, Schilling, ya lo sé. Te lo he prometido, mantendré mi palabra. Cuando confieses todo. Así pues, confiesa. ¿A cuántos hombres habéis matado?

Reynevan no se esperaba que la pregunta turbase a Schilling.

No se equivocaba. No lo turbó. El renegado se limitó a entrecerrar levemente los ojos. Y se pensó la respuesta un poquitín más de lo habitual.

—Creo —contestó al fin con cara indiferente— que tal vez a más de treinta. Solo cuento a quienes eran el objetivo principal, a quienes nos había indicado Grelenort. Si no era posible atacarlos a solas, por separado... Entonces caían también otros de paso. Compañeros, vasallos, sirvientes... A veces parientes...

—Al mercader Czajka lo asesinasteis junto con su mujer. —Con voz serena Horn demostró que estaba bien informado y que sabía a qué se refería—. Johann Cluger y toda su familia murieron en un incendio, en su casa, a la que habíais prendido fuego, bloqueando previamente puertas y ventanas.

—Pasaban esas cosas —admitió secamente el renegado—. Pero era raro. Por lo general los sorprendíamos a solas...

—Como a mi hermano. —El propio Reynevan estaba sorprendido de su calma—. Háblame de ese asesinato. Porque, después de todo, participaste en él.

—Así es, participé. —Algo extraño brilló fugazmente en los ojos lívidos de Schilling—. Pero... Debéis saber... Estaba bajo los efectos de la *ghandzja* y el *hashsh'ish*, todos lo estábamos, como de costumbre. En esos casos uno no sabe si está soñando o despierto... Pero no toqué a vuestro hermano, señor Bielau. No miento. Para convencerlos, diré que pretendía hacerle daño, pero sencillamente no atiné. En aquella ocasión éramos ocho, Grelenort era el noveno. Él, Grelenort, fue el primero en golpear.

—Mi hermano... —Reynevan tragó saliva—. ¿Murió rápido?

—No.

—¿Siempre salíais a asesinar a las órdenes de Grelenort? —Horn vio que era el momento de intervenir y de cambiar de tema—. Sé que algunas veces actuaba solo. Matando con sus propias manos.

—Porque le gustaba. —El renegado torció la boca—. Pero las medidas más importantes estaban encaminadas a desviar las sospechas hacia otros. O a despertar el terror, haciendo creer que alguna fuerza impura acababa con los comerciantes. Una vez, en 1425, después de Nuestra Señora de las Nieves, Grelenort nos ordenó liquidar al maestro guarnicionero de Nysa, se me ha olvidado cómo se llamaba, y dirigirnos después rápidamente a Swidnica para matar al mercader Neumarkt. Grelenort, por su parte, en ese tiempo se cepilló con sus propias manos a un tal Pfefferkorn en el atrio de la iglesia de Niemodlin, y muy poco después al caballero Albrecht Bart en las cercanías de Strzelin. Bueno, pues los lugareños se creyeron que era cosa del Mal o que había sido ejecutada de acuerdo con el diablo. Y de eso se trataba.

—A Staiy Wielislaw —afirmó Horn— Grelenort llevó a una decena de Jinetes. Aparte de ti, que pusiste pies en polvorosa como un cobarde, ninguno salió con vida de la batalla. ¿Cuántos quedaron en Sensenberg?

—No puse pies en polvorosa y no soy ningún cobarde —replicó Bruno Schilling con inesperada vehemencia—. Dejé a Grelenort porque lo tenía planeado desde hacía tiempo y entonces se me presentó la oportunidad. Porque ya estaba harto de todos esos crímenes. Porque temía el castigo divino. Porque Grelenort nos ordenaba proclamar «*Adsumus*» y «*Verá ad nos*». Y así lo hacíamos. Cuando matábamos, gritábamos: «*In nomine Tuo!*». Pero, cuando se me pasaba el efecto de la *ghandzja*, se apoderaba de mí el temor. De que Dios me castigara por blasfemar. Y tomé la decisión de dejarlo... De dejarlo y expiar mis pecados... No soy totalmente malvado, en el fondo...

Miente, pensó Reynevan, y de repente los ojos y la cabeza se le llenaron con una visión, una visión clara y brutalmente nítida. Un grito sofocado, sangre, el resplandor del incendio reflejado en la hoja de un arma, el rostro deforme de Schilling reflejado en el acero pulido, sus atroces carcajadas. Nuevamente la sangre, chorreando sobre los estribos y sobre los puntiagudos escarpes de hierro, encajados en ellos, nuevamente el incendio, nuevamente las risotadas, las maldiciones abominables, las espadas tajando unas manos aferradas a la ventana que despedía fuego y un calor sofocante. Miente, se estremeció Reynevan. Miente. Es totalmente, profundamente malvado. Solo esos son atraídos por Sensenberg y por los hechizos de Grelenort.

—Mientes, Schilling —dijo Horn sin inmutarse—. Pero no te he preguntado eso. ¿Cuántos Jinetes quedaron en Sensenberg?

—A lo sumo diez. Pero Grelenort no tardará en disponer de tantos como necesite. Si es que no dispone de ellos ya. Tiene medios para eso.

—¿Cuáles?

El renegado abrió la boca, quiso decir algo, titubeó. Dirigió la mirada a Reynevan, rápidamente la apartó.

—Puede atraer, señor Horn. Atrae hacia sí... a algunos. Como si los llamara... Bueno... Como...

—¿Cómo la llama a las polillas?

—Eso es.

La expedición que había emprendido hacia el sur la guarnición de Sovinec debía de haber sido exitosa y fructífera. Los soldados habían regresado alegres y estaban alegrándose más todavía. Algunos, a juzgar por sus discursos y cánticos, estaban cerca de perder el sentido de tanta alegría.

Tri ved na svete^[14]

hojí vsecky rány:

vínecko, panenka

a sácek nacpany!

—¿Horn?

—Dime, Reinmar.

—¿De qué manera te enteraste de la desertión de Schilling? ¿Y de que Ungerath lo tenía y quería intercambiarlo por su hijo?

—Tengo mis fuentes.

—Sí que eres lacónico. No te pregunto nada más.

—Y haces muy bien.

—En lugar de preguntar, afirmo: Schilling fue la única razón para tu acción en el Olza.

—Por supuesto —reconoció en tono indiferente Horn tras un momento de silencio interrumpido por el ulular de las lechuzas—. Para mí. Para los demás, la razón fue Kochlowski. De no ser por Kochlowski, Korybut no me habría proporcionado ni los hombres de Odry ni el dinero. Kochlowski es una figura importante en el comercio de armas. Y el cambio de colores y de bando de Jan de Kravar ha sido una casualidad de lo más afortunada, solo eso. En cambio, de ti, anticipándome a la siguiente pregunta, ni siquiera sabía nada. Pero me alegré de verte.

—Es muy amable por tu parte.

El bullicio en el patio había cesado. Los escasos burgmanos que estaban algo más sobrios aún cantaban. Pero en su repertorio empezaban a predominar las piezas menos alegres.

*Ze zeme jsem na zem prise^[15],
na zemi jsem rozum nase,
po ni chodím jako pán,
do ni budu zakopán...*

—¿Horn?

—Dime, Reinmar.

—No conozco tus planes a ese respecto, pero creo...

—Dime qué crees.

—Creo que lo que sabemos del *Perferro* lo deberíamos mantener en secreto. No tenemos ni idea de quiénes ha podido ser envenenados y, aunque lo supiésemos, no hay manera de prestarles ayuda. Pero, si se difunden los rumores sobre ese veneno, se impondrá la confusión, el pánico, el terror, solo el diablo sabe cuáles pueden ser las consecuencias. Deberíamos callar.

—Me estás leyendo el pensamiento.

—Del *Perferro* sabemos nosotros dos y Schilling. Schilling, si no me equivoco, no va a abandonar Sovinec. No va a salir de aquí para ir contándolo por ahí.

—No te equivocas.

—¿A pesar de la promesa que se le ha dado?

—A pesar de eso. ¿De qué se trata, Reynevan? Por alguna razón has empezado esta conversación.

—Me pediste ayuda, te he ayudado. Ha pasado casi una semana. Ya no estás preguntando a Schilling por cuestiones relacionadas con la magia. Y a mí cada día, cada hora que paso en Sovinec me recuerda que en algún lugar lejano Jutta, encerrada en una prisión, aguarda ansiosa mi ayuda. De modo que tengo intención de marcharme. Muy pronto. Después de tranquilizarte. Todo lo que he descubierto aquí, en particular lo relativo al Perferro, lo mantendré en secreto, jamás se lo revelaré a nadie.

Horn permaneció mucho tiempo callado, dando la sensación de estar absorto en el ulular de las lechuzas.

—Dices que no lo vas a revelar. Eso está bien, Reinmar. Me alegro mucho. Buenas noches.

El invierno, por lo visto, le había cedido ya todo el terreno a la primavera. Y no parecía que quisiera disputarle ese terreno. Era el día de los santos Cirilo y Metodio, el ocho de marzo del *Anno Incarnationis Domini* 1429.

Horn esperaba a Reynevan en el pabellón de caza de Sovinec, decorado con numerosos trofeos cinegéticos.

—Nos vamos —empezó sin preámbulos Reynevan en cuanto se sentaron—. Hoy mismo. Scharley y Sansón están preparando las alforjas.

Horn estuvo callado un buen rato.

—Tengo intención —anunció por fin— de atacar, tomar e incendiar Sensenberg. Tengo intención de acabar con los Jinetes Negros, hasta el último de ellos. Tengo intención de acabar con Birkart Grelleort, utilizándolo antes para desacreditar y aniquilar a Conrado de Olesnica, obispo de Wroclaw. Te lo digo para que conozcas mis planes, aunque seguramente ya te los habías imaginado, en vista de las preguntas que le he hecho a Schilling. Y te pregunto abiertamente: ¿quieres tomar parte? ¿Estar presente? ¿Y concentrarte en esto?

—No.

—¿No?

—No antes de liberar a Jutta. Jutta es más importante para mí. Lo más importante, ¿entiendes?

—Entiendo. Y ahora te contaré algo. Escucha. Y procura entenderme.

—Horn, yo...

—Escucha.

»No soy —empezó Horn— ni Horn, ni Urban. Es un nombre adoptado, igual que el apellido. En realidad me llamo Roth. Bemhard Roth. Mi madre fue Margarita Roth, una beguina del beguinato de Swidnica. A mi madre la asesinó Conrado, el actual

obispo de Wroclaw.

»Lo que ocurrió en Silesia con los begardos y las beguinas sin duda lo sabes. Apenas tres años después de que el concilio de Vienne los declarara herejes, el obispo Enrique de Wierzbna organizó una gran cacería. Un tribunal de dominicos y franciscanos convocado a toda prisa sometió a tortura y mandó a la hoguera a más de medio centenar de hombres, mujeres y niños. A pesar de lo cual los begardos salieron indemnes, y tampoco pudieron exterminarlos durante las siguientes oleadas de persecución, en 1330, cuando hizo estragos Schwenckefeld, y en 1372, cuando nos visitó la Muerte Negra. Las hogueras ardían, los begardos perduraban. Cuando en 1393 se desató la siguiente persecución, mi madre tenía catorce años. Hasta entonces se había mantenido a salvo, tal vez porque en el beguinato era bastante discreta, apenas llamaba la atención, afanándose día y noche en el hospital de San Miguel.

»Pero llegó el año 1411. La peste volvió a Silesia y se buscó de prisa y corriendo a los culpables, y mejor que no fueran judíos, los judíos como culpables ya estaban muy vistos, se necesitaba algo de variedad. Y la suerte abandonó a mi madre. Los vecinos y conciudadanos aprendieron rápido. Ya en las persecuciones anteriores había quedado claro que denunciar compensa, que entraña un beneficio apreciable. Que trae consigo la gracia de las autoridades. Y que no hay mejor método para evitar que sospechen de uno.

»Pero, sobre todo, allí estaba Conrado, hijo primogénito del duque de Olesnica. Conrado, que intuía con acierto dónde está el auténtico poder, renunció al gobierno del ducado heredado y eligió la carrera espiritual. En 1411 era prepósito del cabildo catedralicio de Wroclaw y tenía muchas, muchísimas ganas de ser obispo. Pero para eso hacía falta destacar, adquirir renombre. A ser posible como defensor de la fe, terror de herejes, apóstatas y hechiceros.

»Y de las denuncias se deduce que, a pesar de los esfuerzos de los temerosos de Dios, seguía viva en Swidnica y en Jawor la peste de los begardos, que aún había cátaros y valdenses, que todavía actuaba la Iglesia del Libre Espíritu. Y de nuevo el tribunal de dominicos y franciscanos se puso manos a la obra. Con el tribunal colaboró activamente el verdugo de Swidnica, Jorg Schmiede, que trabajó con celo y entusiasmo. Y a él hay que agradecerle que la abominable beguina y hereje Margarita Roth admitiera todos los hechos que se le imputaban. Que rezaba por la segunda venida de Lucifer. Que practicaba abortos y llevaba a cabo exploraciones prenatales. Que había copulado con el diablo y con un rabino, y además a la vez. Que de esa cópula le había nacido un bastardo. O sea, yo. Que emponzoñaba pozos, extendiendo así la peste. Que excavaba en el cementerio y profanaba cadáveres. Y por último lo más terrible: que en la iglesia, durante la elevación, no miraba a la hostia, sino a la pared.

»En conclusión: quemaron a mi madre en la hoguera, en un prado que hay detrás de la iglesia de San Nicolás y del cementerio de los apestados. Antes de morir se arrepintió, así que se mostraron benévolos con ella. Por partida doble. La

estrangularon antes de quemarla y perdonaron a su bastardo. En lugar de ahogarlo, como habían reclamado los jueces, me entregaron a un convento. Pero antes me obligaron a contemplar cómo silbaba el cuerpo de mi madre, se hinchaba cubierto de ampollas y por fin se carbonizaba en el poste. Tenía nueve años. No lloré. Desde ese día no lloré. Nunca. Durante dos años en el convento. Hambriento, golpeado, ultrajado. Rompí a llorar por primera vez en 1414, el día de Difuntos. Al enterarme de que el verdugo Jorg Schmiede había muerto de un resfriado. Lloré de rabia sabiendo que se me había escapado, que ya no podría hacer con él lo que durante mis noches en blanco había imaginado y planeado detalladamente.

»Aquel llanto adolescente me cambió. Vi las cosas de otro modo. Comprendí que era una estupidez buscar la venganza de quienes habían sido instrumentos y ejecutores, que era una estéril pérdida de tiempo la persecución y el exterminio de los delatores, de los falsos testigos, de los miembros del tribunal e incluso de quien lo había presidido, el venerable Piotr Bancz, lector de los dominicos de Swidnica. Renuncié a ellos. Al tiempo que tomaba la firme decisión de hacer todo lo necesario para llegar hasta el verdadero culpable. Hasta Conrado, obispo de Wroclaw. No es fácil llegar hasta alguien como Conrado, se necesita un golpe de suerte, una oportunidad. Y resulta que Bruno Schilling representa para mí esa oportunidad.

»Así pues, tienes que entender mis razones, Reinmar, tienes que comprender que no puedo actuar de otro modo. No hay, como suele decirse, humo sin fuego. No puedo descartar que, a pesar de todo, te hayan reclutado, que trabajes para el otro bando. Ahora, después de los interrogatorios a Schilling, sencillamente sabes demasiado para que pueda permitir que te marches. Porque posiblemente saldrías pitando de aquí, noble e insensato Lanzarote, e irías derecho a ayudar y salvar a tu amada Ginebra. Posiblemente mantendrías tu promesa de preservar el secreto. Pienso, es más, estoy convencido de que actuarías exactamente así y te comportarías de ese modo. Pero no puedo descartar otros comportamientos. Tales que podrían frustrar mis planes. No puedo arriesgarme. Te quedarás aquí, en Sovinec. Tanto tiempo como sea preciso.

»Estás sentado tan tranquilo —el propio Horn interrumpió el largo silencio que se hizo después de su declaración—. No das alaridos, no lanzas invectivas, no te arrojas sobre mí... Veo dos explicaciones. La primera: has sentado la cabeza. La segunda...

—Precisamente la segunda.

Horn se puso de pie. No le dio tiempo a hacer nada más. Las puertas se abrieron con estrépito, Scharley, Sansón y Houzvicka irrumpieron en la estancia. Houzvicka sostenía una ballesta tensada y apuntaba con ella directamente a la cara de su reciente jefe.

—La navaja, Horn. —A los vivos ojos de Scharley, como de costumbre, no se les escapaba una—. La navaja en el suelo.

Houzvicka levantó la ballesta. Urban Horn depositó en el suelo el estilete que había conseguido sacarse discretamente de la manga.

—Te has equivocado conmigo —declaró Reynevan—. Porque yo, ya lo ves, he dejado de ser un ingenuo idealista. Aplicando, por lo demás, tus lúcidas enseñanzas. He adoptado un pragmatismo y un utilitarismo interesado, con unos principios y convicciones en consonancia. El de que mi propio interés se sitúa en la jerarquía por encima del ajeno. El de que siempre hay que contar con un plan de emergencia por lo que pueda pasar. Y el de que, si hay que creer en algo, más vale que sea en los ducados de oro húngaros, con los que se puede comprar más de una lealtad. Tus burgmanos no regresarán de la expedición hasta pasado mañana, tus soldados están encerrados bajo llave. A ti también te vamos a encerrar. En una celda. Nosotros, en cambio, nos marchamos.

—Te felicito, Scharley. —Horn unió sus manos sobre el pecho—. Te felicito a ti, porque se trata de un plan tuyo y de una acción tuya: teniéndose por un astuto pragmático, Reinmar se da demasiada importancia. En fin, bien por vosotros, mal por mí. Vosotros sois tres, sin contar a este traidor con la ballesta, a quien, que Dios lo vea, alguna vez exigiré responsabilidades. Pero tú, Scharley, me has decepcionado. Te tenía por un hombre.

—Horn —le cortó Scharley—. Al grano. O a la celda.

—¿Me amenazarías con la celda si estuviéramos solos nosotros dos? ¿Tú y yo? ¿Uno contra otro? *Le combat singulier*? ¿No te gustaría saber a ciencia cierta lo que pasaría en ese caso?

Sansón negó con la cabeza. Reynevan abrió la boca, pero Scharley lo acalló con un gesto.

—Venga, vamos a averiguar lo que pasaría. ¿De verdad quieres?

Horn no respondió. En vez de eso dio un salto, como impulsado por un resorte, le soltó un patadón a Scharley en todo el pecho. El demérito voló hasta la pared encalada, rebotó contra ella con la espalda, se apartó rápidamente de un salto, pero Horn fue aún más rápido. Se le echó encima, le soltó un gancho de derechas en el mentón, después otro de izquierdas, Scharley cayó, volcó un taburete, Horn ya estaba encima de él, cogiendo impulso para patearlo. El demérito se dio media vuelta, lo agarró con ambas manos de una pierna y lo derribó. Se levantaron del suelo prácticamente a la vez. Pero aquello ya era el final de la pelea. Horn le lanzó otro gancho, pero Scharley, con una finta delicada, casi imperceptible, esquivó su puño, al girar le dio un puñetazo en corto en la barbilla, repitió con más impulso, se oyó el golpe, haciendo una pirueta le soltó un codazo en la cara, haciendo una segunda pirueta le golpeó con el antebrazo, girando en sentido contrario le asestó un puñetazo. Después de este último golpe Horn dejó de estar en condiciones de pelear. El demérito, como medida de precaución, le sacudió una vez más, con mucha fuerza, dejándolo definitivamente tumbado sobre las tablas del suelo.

—Bueno, parece que ya es suficiente. —Se limpió los labios, escupió sangre—. Ya lo hemos averiguado. A la celda.

—Vamos a ponerte en una celda aparte —propuso Reynevan, mientras Sansón y

él ayudaban a Horn a levantarse—. ¿O prefieres que te encerremos con Schilling? Así podréis charlar. Charlando el tiempo pasa más rápido.

Horn le dirigió una mirada venenosa desde detrás de la hinchazón, que le estaba aumentando de prisa. Reynevan se encogió de hombros.

—Cuando regresen, tus hombres te sacarán. Para entonces ya estaremos lejos. Y te diré, entre paréntesis, para tu información y tu tranquilidad: salgo pitando, como Lanzarote, en ayuda de Ginebra, raptada por el malvado Meleagant. Las demás cuestiones, incluidos tus planes, por el momento no me interesan. Sobre todo, no tengo intención de desbaratarlos. Pero preservaré el secreto. Queda, pues, con Dios. Y no me guardes rencor.

—Vete al diablo.

En el patio Houzvicka, Smetiak y Zahradil recibieron de Scharley unos saquitos de piel que este había descosido de la silla de montar. Contenían veinte ducados de oro húngaros, el segundo plazo prometido, pagadero tras la realización del servicio. Scharley no era tan tonto como para dárselo todo de golpe. Los moravos no tardaron en montar de un salto y perderse en la lejanía.

—Una prisa comprensible y aconsejable —comentó Scharley, viéndolos alejarse—. Si se encuentran de nuevo con Urban Horn, podrían acabar mal. Con un dogal al cuello, en el mejor de los casos, aunque yo tampoco descartaría una muerte más lenta. Lo cual me recuerda vivamente que nosotros también deberíamos alejarnos lo antes posible.

—Déjate de cháchara y espolea al caballo. ¡En marcha!

Los cascos retumbaron con un fuerte eco bajo la bóveda del portón. Y después los envolvió el viento, un cálido viento procedente de los montes del Oder.

Marcharon al galope por la ladera de una colina, por un camino que llevaba al valle.

Una vez en el valle avanzaron entre bosques, por un oscuro y húmedo desfiladero boscoso. El desfiladero los condujo hasta un canchal. Y allí medio centenar de jinetes les bloqueaba el camino. Uno de ellos, montado en un rucio, se adelantó a la formación.

—¿Reynevan? Me alegro de verte —dijo Procopio el Rasurado, llamado el Grande, hetmán supremo del Tabor, director *operationum Thaboritarum*—. Precisamente te estaba buscando. Te necesito urgentemente.

Capítulo séptimo

En el que por un momento dejamos a nuestros héroes en Moravia para desplazarnos —también en el tiempo— a la ciudad de Wroclaw. Que resulta una ciudad peligrosa.

—El Anticristo —leyó con emoción el escribano, inclinado sobre el folio— ha de ser de la estirpe de Dan.

Carraspeó, miró al obispo. Conrado de Olesnica dio un trago a la copa con la vista fija en la ventana entreabierta, donde destellaban los reflejos de la luz. Daba la impresión de que no estaba escuchando, de que el texto preparado no le interesaba para nada. El escribano sabía que eso no era así ni por asomo.

—San Ireneo^[16] —reanudó la lectura— afirma del Anticristo que ha de venir en el fin del mundo para reinar medio cuarto de año, erigirá su templo en Jerusalén, someterá a los reyes por la fuerza, mortificará a los santos y aniquilará toda la Iglesia de Dios. Han de llamarlo, de acuerdo con la profecía de las Revelaciones, con el número 666, y serán sus nombres Evanthas, Lateinos, Teitan. No obstante, Hipólito el Mártir asigna dicho 666 a los nombres Kakos, Olicos, Alittis, Blaueros, Antemos y Genesiricos. Otros apuntan al nombre turco Mahometis, el cual también significa 666 escrito en letras griegas, con las que resulta esta cifra. Además, se puede deducir que, si de 666 restamos la cantidad de peces que Pedro pescó en el mar de Tiberíades, y a continuación lo multiplicamos por el número de marineros que había a bordo del barco en el que Pablo navegó hasta Italia, y dividimos el resultado por la longitud del arca del santuario de Dios, de acuerdo con el libro del Éxodo, obtenemos sin asomo de duda en la lengua de Capadocia: *Ioannes Hus apostata*. De todo ello se sigue la desmedida desvergüenza de los heréticos, los cuales veneran al tal Hus. ¡Oh, vosotros, miserables heraldos del Anticristo! En vosotros, el Anticristo realiza sus designios secretos cuando arrumbáis los sacramentos y las ofrendas, cuando ultrajáis al Dios Trino y a la Santísima Virgen, cuando despojáis de su divinidad al hijo de Dios para atribuírsela al Anticristo, cuando sembráis toda discordia, crimen y abominación, cuando pisoteáis todas las verdades de la sagrada fe católica. ¡Que Dios se apiade de vosotros!

El escribano bajó la hoja y fijó temeroso la mirada en el rostro del obispo Conrado, en el cual, no obstante, seguía siendo difícil leer algo.

—Está bien —valoró finalmente el obispo para alivio del escribano—. Muy bien. La verdad es que no hay mucho que corregir. Donde habla de los miserables husitas, añade además: «Oh, checos, vil nación eslava». No, no, mejor «abyecta y vil»...

—«Abyecta, vil y digna de desprecio» —corrigió Treparriscos—. Así estará mejor.

El escribano palideció, se puso blanco como el papel que sostenía en las manos, pues podía ver algo que no tenía a la vista el obispo, vuelto de espaldas. En concreto,

vio cómo el pájaro posado en el antepecho de la ventana se convertía en un hombre. De pelo negro, vestido de negro, con una fisonomía que recordaba a un pájaro. Y una mirada de demonio.

—Copia la postilla. —La repentina orden del obispo sacó al escribano de su estupefacción y lo trajo de vuelta al mundo—. Cuando la hayas copiado, entrégala en la cancillería, que la reproduzcan y la difundan por las iglesias, para los sermones de los párrocos. Vete.

El escribano, con su obra apretada contra la tripa, se despidió con una reverencia y retrocedió como un cangrejo hacia la puerta. El obispo Conrado suspiró profundamente, le dio un trago al vino, hizo una señal para indicarle al paje que podía servirle más. Al paje le temblaban las manos, el cuello de la garrafa chocó con el borde de la copa. El obispo lo despidió con un gesto.

—Hacía tiempo que no te dejabas ver —se dirigió a Treparriscos cuando se quedaron a solas—. Que no entrabas volando por la ventana, que no me soliviantabas al servicio, hacía tiempo que no dabas lugar a chismorreos. Ya empezaba a inquietarme. ¿Dónde has estado, hijo? ¿Qué has hecho? Déjame que lo adivine: ¿has estado estudiando en Sensenberg libros y grimorios diabólicos? ¿Te has aturdido con *hashsh'ish* y con veneno de matamoscas? ¿Has invocado a Satán? ¿Has rendido culto al demonio, le has ofrecido sacrificios humanos? ¿Has asesinado prisioneros en sus celdas? ¿Has perdido a tus subordinados, a tus afamados Jinetes Negros, en los campos de batalla? ¿Has dejado que se te escaparan los traidores y que los espías te manejaran como un pelele? Vamos, hijo, cuenta. Informa. Jáctate de todas las órdenes e instrucciones más que has descuidado últimamente. De cómo has echado a perder mi reputación en los últimos tiempos.

—¿Has acabado, padrecito?

—No, hijo, no he acabado contigo. Pero créeme: tú ponme de verdad a prueba si quieres que acabe del todo.

—Si dices eso, es que la cosa no está tan mal. —A Treparriscos le centellearon los dientes mientras se arrellanaba en una silla curul de roble—. Si de verdad te hubiera molestado o hubiera dejado de serte útil, habrías acabado conmigo furtivamente y sin avisos. Y sin compasión. Sin tener en cuenta los lazos de sangre.

—Ya te lo he dicho —Conrado parpadeó— y no me obligues a repetírtelo. No hay entre nosotros ningún lazo de sangre. Te llamo hijo y te trato como a un hijo. Pero no eres hijo mío. Eres hijo de una bruja, de una envenenadora, y para colmo conversa, a la que salvé de la hoguera, haciendo una monja de ella. El hecho de que le concediera a menudo a tu madre el honor de tirármela no significa en absoluto que tú seas fruto de mis lomos, Birkart, que hayas sido concebido de mi simiente. Me inclino a pensar, hijo, que te engendró el mismísimo diablo. Y no hay en esto la menor discusión, porque en Luban ningún hombre mortal podía tener acceso a tu madre, me conozco de sobra tanto los conventos de monjas como el temperamento de tu sensual mamita, me juego el cuello a que ningún padre confesor se la calzó allí en

la pica. Aunque es tu carácter lo que en verdad delata qué causa has venido a servir al mundo.

—Sigue hablando, padrecito. Que te sirva de alivio.

—Resulta —continuó el obispo, divirtiéndose con el pie de la copa y con la expresión de la cara de Treparriscos— que eres hijo del diablo y de una judía licenciosa. Eres clavadito al Anticristo, el protagonista de mis últimas postillas propagandísticas. Evanthas, Lateinos o ese mismo Kakos o Kakas, ya se me ha olvidado. Sírveme más vino. Me has espantado al servicio, así que sírveme tú. Y dime qué se te ofrece. ¿Qué quieres?

—Nada. He venido a presentarte mis respetos. A preguntar por tu salud, porque lo suyo es que un hijo se interese por la salud de su padre. Quería preguntar, como buen hijo que soy, si no necesita algo mi padre. A lo mejor precisa de algún servicio filial. ¿O de algún favor?

—Llegan demasiado tarde tus atenciones. Hace un mes te necesité. Y es una verdadera lástima que no estuvieras a mano. Una lástima también para ti, en mi opinión. Reynevan de Bielau se presentó en Wroclaw. Y en otros tiempos, curiosamente, te interesabas por él.

Treparriscos le cambió levemente la cara. Tan levemente que no lo habría percibido nadie que no conociera a Treparriscos. El obispo conocía a Treparriscos.

—Al mes siguiente de su excomunió —prosiguió—. Dos meses después de lo de Wielislaw, donde te derrotó y te humilló, ese truhán osó mostrar su jeta de hereje en mi ciudad. No solo eso: consigue escapar. Solo tengo idiotas a mi servicio, por Satanás, idiotas e inútiles.

—¿Qué hacía en Wroclaw? —preguntó Treparriscos a través de los dientes prietos—. ¿Qué buscaba aquí? ¿Estaba solo o con sus compañeros? ¿Quién lo desenmascaró y cómo? ¿Qué prodigio le permitió escapar? Detalles, obispo. Detalles.

—No me conciernen los detalles —bufó Conrado—. Lo que me conciernen son los resultados, y estos son nulos. No pregunté por los detalles, y de todos modos me habrían mentido, pretendiendo ocultar su torpeza. Sondea a Kuczera von Hunt, a lo mejor le sacas algo. Y ahora vete. Te has presentado en un mal momento. Estoy esperando a un invitado. Oswald von Langenreuth, secretario y consejero de Konrad von Dhaun, arzobispo de Maguncia. Viene directamente de Volynia. De Lutsk.

—Me gustaría quedarme. Lutsk también me interesa a mí. En buena medida.

—Quédate —accedió el obispo tras un momento de reflexión—. En las condiciones habituales, claro está. O sea, en la jaula.

Treparriscos se sonrió, dio la sensación de que la sonrisa había resistido la metamorfosis: el pico del pájaro, abierto en un chillido, recordaba prodigiosamente a una sonrisa. El ave sacudió las alas, echó un rápido vistazo con su ojo negro, fue revoloteando hasta una jaula dorada en un rincón de la estancia y se posó, erizando las plumas, en la percha dorada.

—Nada de aletear —advirtió el obispo, agitando el vino en la copa—. Nada de

graznar en el momento más inoportuno. ¡Adelante!

—El ilustrísimo señor —anunció un criado— Oswald von Langenreuth.

—Os lo ruego, sed bienvenido.

—Eminencia. —Oswald von Langenreuth, un hombre entrado en años, alto, de una delgadez ascética y ricamente vestido, se inclinó respetuosamente—. Su eminencia tiene un aspecto tan joven, saludable y lleno de energía como siempre. ¿A qué se debe ese aspecto? ¿A algún hechizo tal vez?

—Al trabajo y la oración —repuso Conrado—. A la devoción y la templanza. Sentaos, sentaos, mi querido señor Langenreuth. Probad este alicante, traído de Aragón. Y enseguida nos servirán esturión. Disculpad que sea algo tan modesto. Como estamos en Cuaresma.

Un soplo de viento penetró por la ventana. Tibio y primaveral.

—Contad, contad. —El obispo asintió con la cabeza, entrelazando los dedos—. Siento curiosidad por las noticias de la lejana Volynia. Estuvo aquí no hace mucho su ilustrísima el legado papal Andrea de Palatio. Acababa de regresar de Lutsk, al igual que vos, pero no se dignó obsequiarme con sus confidencias, tenía una prisa tremenda por volver a casa... Pero traía la cara avinagrada, uy, cuán avinagrada... ¿Sabéis, por cierto, cómo llaman los bohemios a lo de Lutsk? El encuentro de los tres ancianos.

—Esos tres ancianos gobiernan media Europa —comentó ásperamente Oswald von Langenreuth—. Y la otra media la defienden de la invasión de los turcos. Aparte de eso, el más viejo y senil de esos ancianos tiene dos hijos que garantizan la continuidad de la dinastía por él instaurada.

—Lo sé. Y el más joven de los ancianos es nuestro rey. Y pronto, si Dios quiere, será emperador. Ha hecho méritos para ello como el que más. Especialmente, después de lo que he oído sobre lo de Lutsk.

—¿Y os asombra la cara avinagrada del legado? —Langenreuth levantó las cejas—. Andrea de Palatio había llevado a Polonia unos documentos secretos del Papa. Su santidad Martín V exhorta e impele en ellos al rey Ladislao y al duque Vitautas a la santa obra y a la pía tarea que será la cruzada contra Bohemia. Por, cito, amor a Dios, por caridad y por el bien del alma, el sucesor de Pedro convoca al rey de Polonia y al gran duque de Lituania para que se dirijan contra Bohemia con el fin de convertir a los checos, destruir y poner término a su oprobio herético. En nombre de la Sede Apostólica el Papa llama al exterminio de los herejes de acuerdo con lo dispuesto en los sagrados derechos de la Iglesia. Fin de la cita. ¿Y qué ha pasado en Lutsk? Los sueños papales de una cruzada se han disipado como este humo. Porque, ¿qué hizo en Lutsk nuestro amado rey, ese Segismundo de Luxemburgo a quien deseáis ver como emperador? Ofreció a Vitautas la corona. ¡La corona! ¡Va a hacerlo rey de Lituania!

—Obra sabiamente.

—Incomprensible sabiduría es esa. Por lo demás, es ya la segunda vez que el rey de romanos manifiesta tal sabiduría. En 1420, al emitir el veredicto de Wroclaw, enfureció a Vitautas, gracias a lo cual tenemos ahora en Bohemia a Korybut y a su

destacamento polaco. Ahora, para variar, enfurece a Jagiello, ofreciéndole a Vitautas la corona y arrancando a Lituania de Polonia. Un Jagiello enfurecido no solo se desentenderá de toda clase de planes de cruzada contra Bohemia, ¿estará dispuesto a llegar a acuerdos con los husitas! ¿Creéis que eso es sabiduría política, noble obispo? ¿Empujar a Polonia a aliarse con Bohemia? ¿Deseáis, vos y vuestro rey Segismundo, tener enfrente un ejército en el que al lado de los vencedores en Ústí y Tachov combatan los vencedores en Grunwald? La pasada primavera Procopio se plantó ante las murallas de Wroclaw. Gracias a la política del rey Segismundo la próxima primavera puede presentarse aquí un ejército aliado checopolaco. Y entonces, para cuando queráis daros cuenta, en vuestra catedral estarán impartiendo la comunión sub utraque specie. Con la liturgia en polaco.

—No me asustéis con los polacos —resopló el obispo—. Lo de Grunwald les sale una vez cada cien años. E incluso cuando les sale no saben sacarle partido. A pesar de Grunwald, la Orden de Santa María se mantiene, sigue siendo fuerte, Polonia aún tiene que contar con ella. La Orden vela por todos nosotros, por toda la nación y el Imperio alemán. Hace ya mucho que Polonia habría proporcionado protección a los husitas si no temiera a la Orden y el castigo que esta le habría infligido por ello a la pérfida Polonia. El mejor medio para erradicar la peste bohemia es destruir la fuente de la que los checos extraen sus fuerzas. Jagiello apoya la herejía, lo hace abiertamente, pero tiene engañados al Papa y a Europa. El legado se ha ido de Polonia con las manos vacías, pero no por haber favorecido el acercamiento entre el rey Segismundo y Vitautas, sino porque Jagiello nunca ha querido saber nada de la cruzada, y escupe en la bula papal. Polonia tiene otros planes, señor Langenreuth, totalmente distintos. Su plan, conjuntamente con los herejes, consiste en hacernos morder el polvo y propagar el dominio eslavo sobre Europa. Así pues, actúa sabiamente el rey Segismundo, tres veces más sabiamente, frustrando y desbaratando tales planes. Para nosotros, para la nación alemana, la amenaza no es Polonia ni Lituania. La amenaza es la unión. La corona para Vitautas significa el fin de la unión, pues una corona no se puede incorporar a otra. Otorgando a Vitautas la corona, el rey Segismundo rompe la unión. Arroja la manzana de la discordia. De ahí puede surgir incluso, si Dios quiere, la guerra entre Polonia y Lituania. Puede resultar de ello, concédalo Dios, el desmembramiento. ¿Eh? ¿Don Oswald von Langenreuth? ¿No os agrada el desmembramiento de Polonia?

—Me agradaría —admitió Langenreuth— si fuera yo un fantaseador.

—Las fantasías se cumplen. —Conrado se acaloró—. Dice el profeta Daniel que Dios muda los tiempos y las edades, quita reyes y pone reyes. Por tanto, recemos para que así sea. Denos Dios un nuevo Imperio romano, haga de Segismundo Luxemburgo un nuevo César. Que se realice el sueño de Europa, de una Europa unida sobre la que gobierne Germania. ¡Germania sobre todo! Y las demás naciones de rodillas. De rodillas, sometidas. ¡O, por Satán, derribadas! ¡Arrancadas de raíz!

—Y los herejes —asintió con la cabeza Langenreuth— como perros fuera de los

muros de esa Nueva Jerusalén. Hermosa visión, a fe mía. Es una verdadera pena que la vida me haya enseñado a ser realista. No soñar, sino prever, y prever de acuerdo con los hechos reales. Y por ello preveo que no se llegará a la coronación de Vitautas. No lo consentirá Polonia, no lo consentirá el Papa. El Luxemburgo hará un gesto desdeñoso con la mano, empezará otra intriga en otra parte. Jagiello no tomará parte en la cruzada antihusita. No dejará de apoyar a Bohemia. Y los cruzados se quedarán callados, pues saben que en caso contrario pueden ver cualquier mañana los carros husitas a las puertas de Malbork, Chojnice, Tczew y Gdansk.

—¿Dónde —se burló Conrado— habéis descubierto ese curso de los acontecimientos? ¿En las estrellas?

—No —negó fríamente Oswald von Langenreuth—. En los ojos del obispo de Cracovia, Zbigniew Olesnicki. Pero dejémoslo, ya basta de Polonia, Lituania y todo ese salvaje oriente. Hablemos de nuestros problemas, los problemas occidentales. Del próximo concilio. De los asuntos de la fe católica... Herrgott! ¿Qué le ha pasado a vuestro pájaro? ¿Se ha vuelto loco? ¡Por poco no rompe la ventana! ¿Cómo es que no cerráis la jaula?

—Es un pajarillo libre —contestó en tono serio el obispo Conrado—. Hace lo que quiere. Algunos temas le aburren. Entonces se va volando.

Los cascos del caballo overo golpearon en las piedras del patio, el sonoro eco rebotó en los muros de la residencia episcopal. Inclineda en la silla, Douce von Pack tiró de las riendas hacia un lado, hizo girar al animal como en una danza, lo obligó a patear. Mientras tanto, no apartaba los ojos inquisitivos de Treparriscos, que se dirigía a toda prisa hacia el portón. Treparriscos se fijó en ella, pero no le devolvió la mirada. Estaba furioso.

—Está furioso. —Ulrich von Pack, señor de Klepina, sacudió la cabeza—. Como un demonio. Se ve que está enfurruñado.

—Pues sí, enfurruñado —asintió Kuczera von Hunt—. Y tan enfurruñado.

—Se lo habéis largado todo —afirmó lúgubrementemente Hayn von Czirne, jefe de los mercenarios de Wroclaw—. En cuanto ha preguntado, vosotros le habéis soltado todo enseguida. Lo de la persecución de ese Bielau, lo de las denuncias... Le habéis contado toda la investigación. Aunque dicen que no os gusta.

—Y es verdad. —Kuczera escupió en el umbral de piedra, restregó el escupitajo con la bota—. No me gusta ese hijoputa. Pero el obispo me lo ordenó. Y no quiero a Grelenort como enemigo. Vosotros tampoco queríais, creedme.

—Os creemos. —Ulrich von Pack se estremeció levemente—. Por mi honor, os creemos.

—Con ese Bielau yo no tengo nada —dijo Kuczera en un tono tal que parecía estar justificándose—. Le han excomulgado, así que está perdido, tiene los días contados. Pero, con lo que yo le he dicho, Grelenort no puede ir muy lejos, no va a sacar más que nosotros. Hace dos semanas, por pura casualidad, dimos con la pista de

Bielau, igual que los del concejo. Por pura casualidad. No se sabe qué andaba buscando en Wroclaw ni qué tramaba, dónde se escondía, cuántos cómplices tenía ni qué clase de gente eran...

—Grellenort es brujo —aseguró lúgubrementemente Hayn von Czirne—. Conseguirá con la magia negra lo que vosotros no habéis conseguido.

En el patio volvieron a resonar unos cascacos, Douce von Pack lanzó a su caballo a todo galope. Un fraile franciscano que pasaba por allí se pegó contra la pared, un paje con los colores episcopales se ocultó de un salto detrás de una columna, a duras penas logró apartarse un escribano, que soltó y esparció una brazada de documentos. Czirne y Hunt se miraron en silencio. Algo sabían de la muchacha, conocían la razón que había llevado a Ulrich von Pack a Wroclaw. Douce, dulce doncella de ojos verdeazulados y boquita de ángel, había matado en Klepina a lanzazos a dos vagabundos y al tonto del pueblo sin ningún motivo, lo que había despertado la justa indignación del párroco local. El caballero Ulrich había acudido al obispo con la súplica de que hiciera callar al curilla, que maldecía desde el púlpito a todos los Pack.

Hayn von Czirne carraspeó.

—Cómo se las gasta —dijo— vuestra hija, don Ulrich. Montando, me refiero.

—Dios no me dio un hijo —contestó Ulrich von Pack, como tratando de justificarse—. A veces pienso que tal vez sea mejor. La naturaleza, según dicen, busca el equilibrio. De haber sido un hijo, seguramente le habría dado por hacer ganchillo.

—En primer lugar —relataba el espía, estrujando la gorra en las manos—, mi señor Grellenort se dedicó a interrogar al noble señor Kuczera von Hunt. Empleó la magia, y de dos clases. Una vez, con objeto de comprobar la veracidad de sus palabras. Otra, para intimidar. Pero el señor Von Hunt no se dejó asustar. Lo que le dijera al señor Grellenort dicho está, pero se veía que el señor Grellenort estaba insatisfecho y malhumorado.

—Siempre está de mal humor. —El obispo Conrado torció el gesto, después de dar un buen trago—. Sigue, Grajcarek.

—Después —el espía se relamió los labios— el señor Grellenort corrió al ayuntamiento, a indagar entre la guardia local. Más tarde regresó a la isla de la Catedral, a la Santa Cruz, a preguntar a los clérigos por el reverendo Otto Beess, pero lo único que averiguó fue que el canónigo se había marchado a Rogów la primera semana de Cuaresma y allí sigue. También estuvo el señor Grellenort en La Copa de Oro, interrogó a los hombres del señor Eisenreich... Por lo visto, Reinmar de Bielau le había salvado a un hijastro herido...

—Eso ya lo sé. Háblame de cosas que no sepa.

—Al día siguiente el señor Grellenort le hizo una visita al honorable señor Eisenreich en persona. Estuvieron charlando un buen rato... De qué, no lo sé, no hubo manera de acercarse tanto. Pero pude oír cómo se gritaban con ganas el uno al

otro...

—¡Ja! —bufó el obispo—. Si oíste eso, se entiende que te acercaste mucho. Ten cuidado. Birkart no es tonto, va a adivinar que he mandado seguirle. Ya sabes que es nigromante. Si te descubre, despídete de tu dulce vida. Ni los catorce Santos Auxiliadores te podrán ayudar.

—Yo tampoco me chupo el dedo. —El espía irguió su enclenque figura en un movimiento reflejo de orgullo profesional—. No soy ningún novato en esto de seguir a la gente, y también sé recurrir a la magia. Su eminencia bien sabe...

—Lo sé. —El obispo midió con la mirada al espía—. Y tanto. Tenía que haberte hecho quemar por tus hechicerías, me compadecí de ti. Pero en la ciudad ándate con ojo con la magia, como te pillen practicando hechizos, o te queman o te ahogan. No te lo prohíbo, ¿cómo iba a prohibirte tal cosa? La hechicería atenta contra las leyes divinas y humanas. Y tú ni siquiera eres una criatura humana.

—Soy un hombre, su eminencia. A medias. Mi madre...

—De tu madre no quiero ni oír. Menos aún de tu padre, alguna suerte de ícubo o de demonio aéreo. Háblame de lo que has averiguado. ¿Qué hizo Birkart tras su visita a Eisenreich?

—El noble señor Bartolomé Eisenreich, ya he informado de ello a su eminencia, había depositado a nombre de Reinmar de Bielau una suma considerable en la oficina de los Fugger, como recompensa por haber salvado a su hijastro. No tuvo más remedio que confesárselo al señor Grelenort, porque este marchó corriendo de inmediato a la oficina de los Fugger... Pero la oficina está fuertemente protegida por fuera contra la magia... Eso se dijo, no sé...

—Pues eso, date cuenta, yo ya lo sabía, sin tu espionaje y sin tus hechicerías. —El obispo le tendió su copa al criado que sostenía la jarra, diligentemente inclinado hacia él—. Porque conozco a los Fugger. Por eso mismo, también sé cómo acabó la conversación.

La chimenea tallada llenaba de calor la estancia. Los cajones de roble taraceados y los armarios de sicómoro procedían sin duda de Gdansk, el refinado cristal de Praga y los tapices y brocados de Arrás. La compañía de los Fugger se preocupaba por su imagen. Y se lo podía permitir.

—Lo siento, señor Grelenort —repitió el agente—. Lo siento muchísimo, pero no podemos ayudar al señor. La compañía Fugger no dispone de esa información por la que nos preguntáis.

—Sí que dispone de ella —le contradijo Treparriscos, fijándose en un rectángulo más claro en la pared, huella de un mapa que habían retirado—. Sé bien que sí dispone de ella. Solo que no quiere compartirla. Porque del mantenimiento del secreto comercial ha hecho su *principium*.

—¿Acaso —en ese momento el agente se sonrió— no viene a ser lo mismo?

—No debe uno ampararse en el secreto comercial cuando estamos hablando de un

crimen. De la razón de estado y del interés de la fe. Reinmar de Bielau, que fue visto en febrero entrando en la oficina de la compañía, no es más que un delincuente.

—¿Reinmar de Bielau? ¿Quién es ese? Por la razón que sea, no he oído hablar de él.

—Reinmar de Bielau —Treparriscos, en apariencia, podría servir de modelo de calma y paciencia— es un hereje, objeto de anatema. Lo han proclamado en todas las iglesias. No haberlo oído es pecado.

—La compañía Fugger disfruta de indulgencia, comprada en Roma a tanto alzado.

—Al anatemizado no se le puede ofrecer un vaso de agua, tanto menos recibirlo en la oficina y prestarse a tratos secretos. Si eso llegase a oídos del Santo Oficio...

—La compañía Fugger —le interrumpió tranquilamente el agente— aclarará y arreglará sus cuestiones con el Santo Oficio. Tal y como ha hecho hasta ahora. Es decir, con diligencia y discreción. Eso también concierne al obispo de Wroclaw. A quien sirve vuestra merced, señor Grelenort.

—Los Fugger —dijo Treparriscos después de una pausa— no deben amparar a Reinmar de Bielau. Por su culpa, la compañía ha sufrido importantes pérdidas financieras. Pues fue él quien asaltó al alcabalero que transportaba los impuestos que os había cobrado. Los cuales, como resultado de aquel incidente, tuvisteis que pagar de nuevo. Eso supuso una importante pérdida en el balance...

—La compañía puede arreglárselas con el balance. Para eso contratamos contables...

—¿Y el prestigio de la empresa? ¿Qué pasa? ¿Que los Fugger se dejan robar impunemente? ¿No piensa tomarse la revancha con los salteadores?

El agente de la compañía Fugger juntó las manos, entrelazó los dedos y estuvo mirando largamente a la cara de Treparriscos.

—Se tomará la revancha —dijo al fin—. Con el tiempo. Podéis estar seguro de eso.

—El culpable del asalto al recaudador es Reinmar de Bielau. Su captura...

—Señor Grelenort —le interrumpió el agente—. Ofendéis mi inteligencia. Y de paso el prestigio de la compañía Fugger, que tanto os preocupa, por lo visto. No volváis a esas cuestiones. Ni al asalto al recaudador, ni a Reinmar de Bielau. Una persona a la que, como ya he tenido ocasión de aseguraros, no conocemos en absoluto.

—¿Y el canónigo Otto Beess? ¿También os es desconocida esta persona? ¿Y Bartolomé Eisenreich, que depositó en esta oficina una considerable suma en favor de Reinmar de Bielau?

—¿Queréis algo más de mí, señor Grelenort? —El agente se irguió—. ¿Alguna otra cuestión? ¿Algo en lo que la compañía Fugger os pueda servir de ayuda? De no ser así...

—En otros tiempos —Treparriscos no se movió de su sitio— nuestras

conversaciones discurrían de otro modo. Hablábamos el mismo idioma. Y teníamos intereses comunes. Compartíamos muchos negocios. Os acordaréis, no cabe duda. ¿O tengo yo que recordároslo?

—Nos acordamos, no cabe duda —le interrumpió el agente—. Nosotros nos acordamos de todo. Todo está en los libros, señor Grelleort. Cada cuenta, cada debe, cada crédito. Y en todos ellos, los saldos cuadran, hasta el último pfennig. La contabilidad es la base del orden. Y ahora... La arena del reloj ya casi se ha trasvasado. Otros clientes esperan...

—Habéis captado la coyuntura. —Treparriscos seguía sin moverse de su asiento—. Habéis olfateado con vuestras narices caninas de mercachifles de dónde sopla el viento. En otros tiempos, cuando todo redundaba en vuestro beneficio, sí os parecíamos buenos. Os inclinabais profundamente ante nosotros, no ahorrabais esfuerzos, no escatimabais en sobornos y propinas. Gracias a nosotros adquiristeis una posición privilegiada, gracias a nosotros os deshicisteis de la competencia, gracias a nosotros echasteis barriga. Pero ahora compadreáis con nuestros enemigos mortales, con hechiceros, con husitas y con polacos. ¿No os estaréis precipitando? Gira la rueda de la Fortuna. El Anticristo dicen que se acerca. Pero, ¿habéis oído hablar de Lutsk, en Volynia? Hoy nos consideráis débiles, vencidos, privados de influencia, sin perspectivas, y por eso nos borráis de vuestros libros, rectificáis vuestros balances. No valoráis los apoyos con los que contamos. Las fuerzas de las que disponemos. Y son, os lo aseguro, fuerzas poderosas. Las mayores que conoce la naturaleza. Y otras que la naturaleza desconoce.

Extendió las manos, estiró los dedos. De cada uña brotó de pronto una fina lengua de fuego violeta que creció en un instante, cambiando de color: primero al rojo, después al blanco. Con un ligero movimiento de los dedos la llama estalló con una fuerza enorme, envolvió las manos de Treparriscos en una masa de fuego que no paraba de girar. Treparriscos se pasó el fuego de una mano a la otra, realizó un gesto. El fuego lamió el borde de la mesa taraceada, se elevó como una cortina centelleante, rozó en su danza las vigas talladas del techo.

El agente no se inmutó. Ni siquiera pestañeó.

—El fuego del castigo —dijo despacio Treparriscos—. El fuego en los techos de paja. El fuego en los almacenes de mercancías. El fuego de la hoguera. El fuego del infierno. El fuego de la magia negra. La fuerza más poderosa que existe.

Retiró las manos, sacudió los dedos. Se apagó el fuego. No dejó ni el olor. No había quedado el menor rastro del fuego.

Muy despacio, el agente de la compañía Fugger acercó la mano al escritorio, sacó algo de allí, cuando retiró la mano, había una moneda de oro encima de la mesa.

—Esto es un *fiorino d'oro* —dijo con calma el agente de la compañía Fugger—. Un florín, también llamado gulden. Su diámetro aproximado es de una pulgada, su peso es de alrededor de un cuarto de lot^[17], veinticuatro quilates de puro metal, en el anverso la flor de lis de Florencia, en el reverso San Juan Bautista. Cerrad los ojos,

señor Grelenort, e imaginad muchos florines como estos. No cien, ni mil, ni siquiera cien mil. Un millar de millares. *Millione*, como dicen los florentinos. El volumen de negocios anual de la compañía. Imagináoslo, tratad de verlo con el poder de la imaginación, con los ojos del alma. Entonces estaréis contemplando y reconociendo el verdadero poder. La verdadera fuerza. La más poderosa que existe, omnipotente e invencible. Mis respetos, señor Grelenort. Ya conocéis la salida, ¿no es así?

Aunque el sol primaveral se afanaba en introducir sus rayos por las angostas ventanas de la iglesia de Santa Isabel, en la nave lateral reinaba la oscuridad. Grajcarek no podía ver a la persona con la que estaba hablando, hasta el contorno de su cuerpo escapaba a sus ojos. Únicamente percibía su olor, un débil pero reconocible aroma a romero.

—Grelenort no ha conseguido demasiado —declaró diligente—. En la ciudad se dice que es un empeño vano, que a Reinmar de Bielau no va a encontrarlo porque hace ya mucho que se largó al quinto infierno. Cuando lo echaron de la oficina de los Fugger, estaba que trinaba, con el obispo también ha tenido una buena. El obispo le mandó que fuera a ver a los dominicos, a darle la tabarra al Santo Oficio, pero el caso es que Grelenort no le hizo ni caso. Es todo lo que sé.

La figura oculta en la oscuridad no hizo el menor movimiento.

—Te estamos muy agradecidos —dijo suavemente una mujer de voz de contralto, con una modulación excitante—. Muy agradecidos. Que esta pequeña talega exprese, aunque sea simbólicamente, cuánto.

Tintineó la plata. El espía hizo una profunda reverencia, se metió la talega en la faltriquera. A duras penas. Porque no era nada pequeña. Pero, tras dos meses de espionaje, Grajcarek ya había conseguido acostumbrarse a las figuras retóricas de aquella mujer de voz de contralto.

—Siempre a vuestro servicio —afirmó, con una inclinación—. En cuanto haya alguna novedad... En relación con el obispo, me refiero... Si surge alguna información... Siempre se la trasladaré a su señoría.

—Y siempre te encontrarás con nuestro agradecimiento. Pero, ya que hablamos de informaciones y confidencias, ¿no habrá llegado a tus oídos el nombre de Apolda? ¿Jutta de Apolda? ¿Una joven que está en poder de la Inquisición?

—No, señora, de eso no sé nada. Pero, si queréis, puedo intentar...

—Sí queremos. Y ahora marcha en paz.

La mujer de voz de contralto y aroma a romero se levantó, la luz de la ventana le iluminó el rostro. De inmediato el espía apartó los ojos, agachó la cabeza. Su instinto le avisaba de que era mejor no mirar.

—¿Mi noble señora?

—Dime.

—Traiciono al obispo e informo de él, porque siento rabia... Pero es un sacerdote, un siervo de Dios... ¿Me condenaré por eso?

—¿El obispo ha vuelto a enfadarse contigo? ¿A qué se ha debido esta vez?

—A lo de siempre. Insulta a mi madre. Ya sabéis, señora, que mi padre era un kobold, pero mi madre era una mujer decente y buena...

—Tu madre era judía —le interrumpió la mujer de voz de contralto—. De padres conversos, pero eso no cambia nada. Por parte de madre tú eres judío, tu padre no cuenta, lo mismo da que fuera un kobold, un trasgo, un fauno o un centauro. Como si era un dragón volador. Eres judío, Grajcarek. Si fueras a la sinagoga, sabrías que en el Día del Juicio espera al judío o el Jardín del Edén o el fuego de la gehena, dependiendo de sus acciones, las buenas y las malas. Las acciones se anotan en un Libro. Es un Libro muy viejo, antiquísimo. Cuando empezaron a escribirlo, no había obispos, ni siquiera se conocía la palabra. Así pues, no tienes por qué afligirte. Si delataras a un rabino, oh, entonces sí que habría motivos para estar preocupado.

Douce von Pack hizo volverse al caballo, lo puso al galope, arrojó la lanza a la carrera. Con un golpe seco, el arma se clavó en una columna, junto al portón, el asta tembló. La muchacha se inclinó en la silla, frenó al caballo hasta ponerlo al trote.

—Un castigo divino. —Ulrich Pack sacudió la cabeza—. Menuda preocupación tengo con esta chiquilla.

—Dadla en matrimonio. Que se preocupe el marido.

—¿Acaso os tiente, señor Czirne? ¿Queréis? Os la doy hoy mismo si hace falta. Y no voy a escatimar en la dote.

—Os lo agradezco en el alma. —Hayn von Czirne miraba la lanza clavada en la columna—. Pero no acepto.

—¿Señor Von Hunt?

—Disculpad —Kuczera von Hunt se encogió de hombros—, pero prefiero a las que hacen ganchillo.

La campana de los dominicos llamaba a vísperas. El sol poniente pintaba los ventanales de rojo, púrpura y oro.

—Su reverencia el inquisidor no está aquí —contestó con su acento polaco Lukasz Bozyczko—. Ha partido.

Treparriscos ya había probado dos veces con magia negra, dos veces por medio de conjuros ocultos había intentado asustar al diácono y hacerle obedecer. Los conjuros no habían dado resultado, sus planes habían fracasado. Era evidente que allí actuaban sortilegios de protección. Seguro que toda la residencia del Oficium papal, pensó Treparriscos, y, quién sabe, todo San Adalberto están protegidos por un sistema de bloqueo. Porque es impensable que Bozyczko, ese curilla desmañado, conozca el sortilegio y lo sepa utilizar.

—Ha partido —repitió las palabras del diácono—. ¿Para Roma, seguramente, *ad limina*? No hace falta que respondas, Bozyczko, está claro que Hejncze no te ha contado adonde iba. El motivo del viaje, adivino, tampoco te lo ha revelado. Un

inquisidor no se sincera con cualquiera. Pero, ¿a lo mejor sí ha señalado por lo menos la fecha de regreso?

—También en lo tocante al regreso —la cara de Lukasz Bozyczko parecía esculpida en granito—, su reverencia el inquisidor no ha estimado oportuno pronunciarse. En cambio, por lo que respecta al motivo de su peregrinaje, es conocido por todos.

—Os escucho, que también sea conocido por mí.

—Su reverencia el inquisidor se ha consagrado últimamente al problema del combate contra el terrorismo.

—Ambiciosa meta —Treparriscos asintió con la cabeza— es la que se ha marcado Hejncze. Hay contra qué luchar. El terrorismo husita se ha vuelto un verdadero problema.

—Su reverencia el inquisidor —Bozyczko le aguantaba la mirada— no precisó de qué terrorismo se trataba.

—Pues es una pena. Porque en esa lucha podríamos haber unido nuestras fuerzas.

—Su reverencia el inquisidor negocia unir sus fuerzas con el obispo Conrado. A quien vos servís, señor Grelenort.

Treparriscos guardó un largo silencio.

—¿Estás satisfecho en tu labor, Bozyczko? ¿Hejncze te paga bien?

—¿A qué debo atribuir —al diácono no le cambió la expresión de la cara— la curiosidad de vuestra merced al respecto?

—A la curiosidad —contestó Treparriscos—. Exclusivamente a la curiosidad. Porque no deja de ser algo curioso ese terrorismo del que hablamos. ¿No crees? Elimina del mercado a la competencia, crea nuevos puestos de trabajo, favorece la coyuntura en la industria, la artesanía y el comercio, estimula el espíritu empresarial individual. Justifica la razón de ser de numerosas organizaciones, empleos y oficios, y de montones de personas que desempeñan tales funciones. Multitud de gente obtiene gracias a él ingresos, regalías, gajes, dividendos, prebendas, salarios y premios. En verdad, si no existiera el terrorismo, habría que inventarlo.

—Su reverencia Hejncze —Lukasz Bozyczko se sonrió— hablaba de eso. Incluso en términos semejantes. Aunque en un sentido algo distinto.

El puente de la Capilla se hundía en la niebla húmeda que empujaba la brisa procedente del este, del lago de los Cuatro Cantones. Sonaban las campanas de alguna de las iglesias de Lucerna.

Los pasos de un individuo que se acercaba al puente, aunque muy cautelosos, despertaron un eco ensordecido bajo la cubierta. Un hombre de capa gris con capucha, apoyado en la balaustrada, levantó súbitamente la cabeza. Y palpó el mango del cuchillo que ocultaba en la capa.

El otro estaba cada vez más cerca. También llevaba capucha. Y también escondía la mano bajo el faldón del capote.

—Benedicite —se apresuró a decir en voz baja, después de mirar a su alrededor—. *Benedicite, parcite nobis*^[18].

—*Benedicite* —respondió en voz baja el hombre de la capa gris—. *Fiat nobis secundum verbum tuum.*

—*Qui creira sera sais?*

—*Mas qui no creira sera condampnatz.*

—*Quifa la voluntat de Deu?*

—*Esta en durabletat.*

—*Amén.* —El recién llegado suspiró con profundo alivio—. *Amén*, hermano. Te doy la bienvenida de todo corazón. Sigamos adelante.

Pasaron al pie de una torre de piedra octogonal, prácticamente adosada al puente, sumergida en el lago. El agua chapoteaba bajo las tablas.

La niebla empezaba a levantar.

—Te doy la bienvenida de todo corazón —repitió el recién llegado. Ahora, libre de sospechas, hablaba con un marcado acento helvético—. Confieso que he sentido alivio cuando has dado el santo y seña en la lengua sagrada de nuestra fe. No hace falta decir que teníamos miedo... Algunos Parfaits... sospechaban de ti. Te tenían incluso por un agente de la Inquisición.

Gregorio Hejncze abrió los brazos con una sonrisa, dando a entender que era impotente contra las sospechas, y que nada podía contra las calumnias.

—Hemos sabido —prosiguió el suizo— que te interesa cierta persona llamada Birkart Grellenort. He obtenido la conformidad de los Perfectos, así que estoy encantado de prestarte mi ayuda, hermano, pues algo sé de ese sujeto. Actualmente se encuentra en tierras de la corona de Bohemia, más concretamente en la Silesia, en la ciudad de Vratislavia. Está al servicio del obispo del lugar...

—Precisamente eso —Hejncze le interrumpió con suavidad— ya lo sé yo. Vengo de Silesia. De Wroclaw, justamente.

—Ah, entiendo. Así pues, no te interesa el presente sino el pasado. En ese caso, tenemos que remontarnos al año 1415. Al concilio de Constanza. Como sin duda sabes, hermano, en Constanza se decidió...

Gregorio Hejncze había estado en Constanza en 1415 y sabía lo que se había decidido. No obstante, le dejó seguir.

—... Se decidió que el mejor medio de poner fin al Gran Cisma sería la elección de un nuevo Papa, después de la renuncia voluntaria de los tres que entonces ostentaban el título papal: Gregorio XII, Benedicto XIII y Juan XXIII. Los dos primeros se mostraron dispuestos al acuerdo, no así Juan. Por aquel entonces, este se sentía fuerte, tenía el apoyo de Federico de Austria, tenía el apoyo de los de Borgoña, tenía dinero de los Médicis, así que empezó a gallear. Los cardenales no deliberaron demasiado, tomaron la decisión de quitarlo de en medio. De acuerdo con un principio sencillo: la renuncia o la hoguera. Fabricaron las acusaciones en un santiamén. Las habituales, las de toda la vida. Fraude, corrupción, herejía, simonía, pedofilia,

sodomía...

—He oído hablar de eso. Como todo el mundo.

—¿Ah, sí? —El Perfecto dirigió al inquisidor una mirada rápida—. Omitiré entonces las cosas que sabe todo el mundo. Pasaré a otras menos conocidas. A pesar de que lo tenían bajo llave y vigilado con no menos celo que a Hus, la noche del 20 de marzo Juan XXIII huyó de Constanza. Se ocultó en Schaffhausen, con su protector Federico. De allí llegó al concilio la noticia de que el éxito de su fuga se había debido a una potente magia. Un poderoso mago al servicio de Federico, el judío Meir ben Haddar, había asfixiado a la guardia por medio de miasmas tóxicos y había transportado mágicamente a Juan en un navío aéreo. Evidentemente, la noticia la había difundido el propio Juan, para hacer saber al concilio que contaba con aliados poderosos. Para advertir a los cardenales de que no pensaba abandonar sin lucha el trono de San Pedro, de que se opondría activamente a cualquier pontífice que pudieran elegir. Y he aquí que el Gran Cisma, en lugar de ser liquidado, ante la vista del concilio empezó a crecer.

»Se desató cierto revuelo entre los cardenales, nadie sabía qué hacer. Y entonces, como un diablillo de una caja, saltó el duque Cunradus de Oels, Conrado de Olesnica, que acompañaba en el concilio al obispo de Vratislavia. Conrado era una figura conocida, que contaba en la política internacional, gozaba de un gran aprecio del rey Segismundo de Luxemburgo, así que los cardenales le prestaron atención a pesar de su bajo rango eclesiástico. Y Conrado prometió, ni más ni menos, que en dos meses lograría atrapar al Antipapa rebelde, lo trasladaría a Constanza y lo llevaría ante el concilio. Con una sola condición: nadie le preguntaría nunca cómo lo había conseguido, de qué manera ni con la ayuda de quién. ¿Y qué pasó? El 25 de mayo *Anno Domini* 1415 Juan XXIII, ya como el simple mortal Baldassare Cossa, estaba en presencia de los cardenales, temblando de miedo y llorando, y con voz trémula imploró clemencia, jurando cumplir todo lo que el concilio le ordenase.

»Al principio, la alegría y la euforia a cuento del final del Cisma dejó en segundo plano cualquier otra cuestión, pero llegó un momento en que el asunto se empezó a investigar. Para aclarar lo que había ocurrido en aquellos dos meses. ¿Cuál había sido la causa, se preguntaban algunos, de que Cossa, curtido en mil batallas, se ablandara tan súbitamente? ¿Con qué lo habían asustado, qué había visto el belicoso Antipapa para convertirse de pronto en un babeante despojo humano digno de lástima? ¿Por qué se había atrincherado Federico de Austria en su palacio de Innsbruck y no había vuelto a asomar la nariz? ¿Qué había sido de los compañeros del Antipapa que habían huido con él de Constanza? ¿Y dónde se había metido el judío Meir ben Haddar? Porque del mago Haddar no había ni rastro. Desde entonces, desde mayo de 1415, nadie había vuelto a ver nunca a Haddar.

—Y todo eso —Hejncze, no muy convencido, se decidió a formular su conclusión — tuvo que ser obra de Birkart Grelleort, ¿no?

—Ni más ni menos —asintió el Perfecto, sacudiendo la cabeza—. Birkart

Grellenort, acólito y hombre de confianza de Conrado, discípulo suyo y, según afirman algunos, su bastardo. Mago. Teúrgo. Sortílego. Nigromante. Metamorfo, capaz de cambiar de aspecto...

—Grellenort —dijo Hejncze despacio—, cuando el concilio de Constanza, tendría a lo sumo...

—Veinte años —terminó el Perfecto—. Así es. Un veinteañero despachó a Meir ben Haddar, un mago del que se rumoreaba que se entendía con el mismísimo diablo. ¿Con quién... o con qué se entendería entonces Grellenort?

—¿La Iglesia no tomó ninguna decisión a este respecto? ¿Ni el Papa recién elegido?

El Perfecto negó con la cabeza.

—En pleno concilio —recordó— quemaron a Johannes Hus, y en Bohemia prendió la rebelión. Antes de que concluyera el concilio, Conrado de Olesnica fue nombrado obispo. Un obispo que aplastó la revuelta con ardor, que ordenaba arrastrar a los herejes, tirados por caballos, por la plaza Mayor de Vratislavia antes de quemarlos en la hoguera. El aliado más fiel del Papa y del rey Segismundo, el amigo en los tiempos difíciles. ¿Ponerle peros a alguien así por un motivo tan fútil como el de recurrir a un hechicero? ¡Quiá! El asunto se encubrió, se barrió bajo la alfombra. Se borró de las actas. Se quiso hacer creer que no había existido. Al menos, formalmente.

—¿E informalmente?

—Se investigó a la chita callando. Las conclusiones se mantuvieron en secreto. Pero nosotros las conocemos. En cierto momento, también nos interesamos por Grellenort.

—Después —Hejncze se decidió a imprimir un ritmo más vivo a la conversación— de que, por orden del obispo de Wroclaw, Grellenort empezara a perseguir a cátaros y beguinas valiéndose de la magia negra.

—En las ciudades de Jawor y Swidnica —aseguró el suizo. Pronunció: «Jaua» y «Zwynyz»—. Entonces no hicimos nada, nos quedamos de brazos cruzados, puesto que... Puesto que no es posible responder al terror con terror. Pedro de Castelnau, Pedro de Verona, Conrado de Marburgo, Schwenckefeld... El terrorismo es el mal, y no conduce a nada. Así pensamos nosotros, los Hombres Buenos, *Amici Dei*. El terrorismo es el mal y el pecado.

Con el que es preferible cargar la conciencia ajena, no la propia, pensó el inquisidor. Por eso y solo por eso me vais a ayudar. Solo por eso compartís la información. Convencidos de que busco venganza. De que planeo un golpe. Un acto de terror. Un terror que os repugna. Pero, una vez que se haya consumado, murmuraréis: «*Deo gratias*». De rodillas. Levantando los ojos al cielo. Inocentes. Pero contentos. Satisfechos.

El Perfecto callaba, mirando fijamente el oscuro macizo del Pilatus, monte inclinado sobre Lucerna como un gigante en cuclillas. El inquisidor no le apremió.

—Grellenort —prosiguió el suizo— se educó en Andalucía. En Aguilar, cerca de Córdoba.

—Los Alumbrados^[19] —murmuró Hejncze.

—Sí, los Alumbrados —confirmó el suizo—. Una secta secreta cuyas raíces se hunden en las simas de la prehistoria, más antigua, según afirman algunos, que el Diluvio, o incluso que la misma humanidad. En un principio era solo musulmana, fue descubierta para los cristianos por Gerberto de Aurillac, el Papa Silvestre II. Entre los alumnos de sus escuelas hay apellidos ilustres. Los árabes Hali y Al-Kindi, los legendarios Morienus y Artefms, Joaquín de Fiore, Alberto Magno, Walter Map, Duns Scoto, Guillermo de Ockham, Miguel de Cesena, Jacobo Duéze, o sea, el papa Juan XXII. Grellenort es discípulo y alumno de Aguilar, lo cual explica el ritmo de su educación mágica. Pero eso no es todo.

Hejncze levantó las cejas.

—Alguien le ayuda —aseguró el Perfecto con convicción—. Le apoya mágicamente, bombea para él el Poder. Continuamente. No hemos podido averiguar quién.

—¿Aún en Wroclaw? —preguntó Treparriscos—. ¿No habías pensado en mudarte? ¿A la aldea, por ejemplo?

—Me gusta Wroclaw. —En la cara morena de la neufra se dibujó un remedo de sonrisa—. No hay nada como la gran ciudad. Como suelen decir: *Stadtluft machi, freí*.

—Pero la aldea es más segura.

—No me siento amenazada. ¿Lo has traído?

Treparriscos echó mano del saco, cogió un gran frasco rectangular de cristal oscuro. Los dedos nudosos y ganchudos de la neufra temblaron, parecía decidida a arrebatarse el frasco de las manos. Se controló, acercó la copa, se quedó mirando como hechizada el líquido de color lavanda que iba llenando poco a poco el recipiente. Con un gesto ansioso dio a entender que ya era suficiente. Agarró la copa, vaciló.

—Tú... ¿tú no bebes?

—No, Kundrie, gracias. —No quería causarle un disgusto, sabía lo mucho que dependía del *aurum potabile* y cómo apreciaba cada gota—. Todo para ti.

—Muchas gracias, hijo, muchas gracias. —La neufra, dominando el temblor de las manos, dio un trago, sus ojos de ámbar se iluminaron al instante—. Bueno, vayamos al grano. Dime, ¿qué te atormenta?

Treparriscos suspiró. O hizo que suspiraba. No conocía a su verdadera madre. Había muerto en el convento de las Magdalenas de Luban al traerlo al mundo. Lo criaron, sucesivamente, el orfanato, la escuela parroquial, las calles de Wroclaw. Y finalmente Kundrie. La neufra. La elemental. Una de los *Longaevi*, los Seculares.

Kundrie nunca le confesó su verdadera edad a Treparriscos, aunque se sabía que

llevaba viviendo en Wroclaw cerca de doscientos años, pues se acordaba del ataque de los tártaros. Treparriscos la conoció a los siete años. Fue un encuentro memorable. Tuvo lugar en el Mercado de Pescado, por el que Treparriscos andaba rondando con intención de pillar algo y atrapar algún gato para torturarlo. Kundrie, para poder vivir en medio de la gente, se ocultaba con un fuerte encanto ilusorio.

Treparriscos, que desde muy niño había mostrado talento para la magia y tenía poderes extrasensoriales, descubrió la ilusión y vio a la neufra tal y como era. Su visión le causó una conmoción y sufrió un ataque de pánico. Algo que parecía una especie de cruce entre un sauce carcomido y una salamandra bípeda y que arrastraba los pies por mitad del Mercado de Pescado, cubierta de unas pápulas malolientes, era demasiado para un crío de siete años. Incluso para uno como Treparriscos.

La fuerza de la impresión inicial se reflejó en la intensidad de la amistad que vino después. La neufra, una criatura feroz y de una crueldad inaudita, se quedó fascinada con la crueldad del chiquillo. Y con sus habilidades mágicas. Hizo mucho para que fueran aún más profundas, y sus conocimientos, que se remontaban hasta las fuentes primigenias, se lo permitían. Treparriscos fue un alumno aplicado. A la edad de ocho años era psiónico, recurría con toda naturalidad a la magia sencilla y a la telepatía, lanzaba maleficios, corrompía alimentos y transmitía enfermedades. Cuando cumplió diez años, se servía hábilmente de la magia superior y la goecia, con cuya ayuda aprendió a matar. A los doce, era un mago tan experimentado que estaba en condiciones de ir a estudiar a la escuela de los Alumbrados, que entonces se encontraba en Aguilar de Córdoba. Pudo ir allí gracias al dinero del duque Conrado de Olesnica, por entonces seminarista en Wroclaw. De pronto, este duque y seminarista se había acordado de Treparriscos. Este desconocía las razones. Pero se las podía imaginar.

Regresó a Wroclaw en 1414. Como teurgo y nigromante se convirtió desde el primer momento en confidente de Conrado, que ya era prepósito catedralicio y tenía grandes posibilidades de hacerse con la mitra episcopal. La cual recibió en 1418. Alcanzando la cima del poder y situando también en ella a su hechicero personal. Y Kundrie, la neufra, la madre adoptiva, se convirtió en la confidente del talentoso pupilo. En su consejera. Treparriscos, a pesar de sus esfuerzos, seguía siendo únicamente un hombre, y además joven. Y muy arrogante. El talento es el talento, las ambiciones son las ambiciones, pero los Supremos Arcanos de los primigenios *Longaevi* seguían sin estar a su alcance, y aún le faltaba mucho para ser uno de los auténticos *Nefandi*. Kundrie, una elemental unida a la tierra, era capaz de filtrar la energía de los *Longaevi* y los *Nefandi*. En beneficio de Treparriscos. Y, cuando este no sabía aprovechar esa energía, ella lo hacía por él. Si se lo pedía. Es decir, si vencía su orgullo. Y eso le costaba mucho, de ahí que raramente recurriera a su ayuda. Solo en asuntos verdaderamente importantes para él.

Esta vez, Kundrie no tenía ninguna duda, el asunto era importante. Al hablar de él, al exponer la situación, Grelleort lo hacía con voz fría y serena. Pero apretaba los

dientes instintivamente. Y los puños. Tanto, que se le ponían blancas las falanges.

—Síii, síii —recapituló Kundrie detenidamente, mientras se relamía el coloide de los labios—. Ese Reynevan Bielau te hace la vida imposible, si lo sabré yo. Se ha reído de ti, te ha dejado en ridículo delante del obispo, te ha cubierto de oprobio, te ha obligado a huir. Y tienes razón, hijito, toda la razón: si ahora lo coge o lo mata cualquier otro, tú no te libras de tu vergüenza. Así que tienes que atraparlo tú. Con tus propias manos. Y conseguir que solo se recuerde una cosa: su castigo. Ordena que lo desuellen vivo. Pero dejándole la piel de la cabeza. Eso siempre hace efecto, sí, siempre lo hace. Y luego haz curtir la piel y ponía a la vista de todos. En la plaza.

Se quedó callada, rascándose la mejilla llena de verrugas. Vio cómo Treparriscos apretaba los puños, rabioso e impaciente. Se sonrió. Con la estudiada malicia de una maestra que sabe hacer sufrir a un pupilo arrogante que ha tenido la peregrina idea de pensar que ya no necesita sus enseñanzas y puede pasarse sin ellas.

—Pues sí —dijo sonriente—. Pues sí. Ya se me olvidaba. Lo primero es capturar a ese Reynevan. Y las cosas van de mal en peor, ¿no? A pesar de todos tus esfuerzos, de los que, sin embargo, nunca pareces cansarte. A pesar de la nigromancia que practicas en los subterráneos de San Mateo. Mira que te lo he dicho, mira que te lo he repetido: lo primero es la razón, la lógica. Solo hay que recurrir a la nigromancia cuando la lógica falla.

—Kundrie —protestó Treparriscos—. Sé que estás sola. Sé que no tienes con quién hablar y aprovechas cualquier ocasión que se te presenta. Pero no te molestes. No he venido aquí a escuchar tus cantos de cisne.

A Kundrie se le erizaron las espinas dorsales, pero refrenó su ira. Al fin y al cabo aquel mocoso era su pupilo. Su hijo. La niña de sus ojos.

—Has venido —dijo con calma—, o más bien has corrido a pedirme ayuda. Pues venga, pídemela. Cortésmente.

—Te pido ayuda muy cortésmente. —Una llama centelleó en los ojos de pájaro de Treparriscos—. Muy muy cortésmente. ¿Satisfecha?

—Muy muy satisfecha. —La neufra volvió a beber ansiosamente de la copa—. Al grano, pues. Empecemos por la lógica. Haciéndonos ciertas preguntas. Reynevan Bielau, como se deduce de tu exposición, ha estado dos veces en Wroclaw, en enero y en febrero. Así pues, se ha metido dos veces en la boca del lobo. No es un loco ni un suicida. ¿Por qué se arriesgó de esa manera? ¿Qué buscaba en Wroclaw que compensara tanto peligro?

—Buscaba ayuda. Del canónigo Otto Beess, su compinche.

—¿Ayuda para qué? Se dice en la ciudad que el pasado diciembre el duque Juan de Ziebice apresó a la doncella amada de Reynevan, una novicia de las clarisas. Es posible que la deshonrara y mandara matarla, y esa debió de ser la razón por la que Reynevan, ciego y enloquecido por sus ansias de venganza, despachó al duque en Wielislaw. Parece, pues, que vengó a su doncella, que pudo saciarse con la dulce venganza. Podía haber seguido saciándose al lado de los husitas, que en esos

momentos estaban realizando una aceita. Y, sin embargo, anda dando vueltas en solitario por Silesia. ¿Por qué?

—Porque piensa que la muchacha vive, que está presa, y la busca. —Treparriscos se encogió de hombros—. Está en un error. También yo la he buscado, me hacía falta. No, no solo como cebo para Bielau. Tenía intención de obligarla a confesar algo que confirmara las acusaciones de herejía contra las clarisas de Bialy Kosciól. El obispo y el inquisidor Hejncze no querían escándalos, mandaron a las monjas a hacer penitencia. Pero yo quería mandarlas a todas a la hoguera, y habría podido si hubiera contado con la confesión de Jutta de Apolda. Por desgracia, no ha sido posible. No la he encontrado. Ni en Ziebice, ni en los pequeños castillos de la comarca donde el duque Juan solía retener a sus elegidas, no siempre voluntarias...

—Dices que la doncella —le interrumpió Kundrie— te hacía falta. ¿Y si a alguien más también le hacía falta? ¿Alguien que la ha encontrado primero?

Treparriscos no dijo nada. Vio cómo apuraba el collodium de oro. Cómo apartaba la copa, cómo le brillaban los ojos ambarinos.

—No te confíes, hijito. No desprecies a tus rivales. No pienses que son más tontos. No te hagas la ilusión de que no son capaces de correr más que tú, de ganarte por la mano, de superarte en astucia. Aquella vez, en Schaffhausen, en aquella historia con Haddar, el judío, un error parecido estuvo a punto de costarte la vida. Ahora, en mi opinión, la situación es parecida. Alguien a quien habías despreciado ha sido más astuto que tú y se te ha adelantado. Ha adivinado que quien tiene a la doncella tiene también a Reynevan... y tiene con qué hacerle chantaje a Reynevan...

—Entiendo —zanjó Treparriscos, poniéndose de pie—. Ahora entiendo de qué se trata. Ya sospechaba yo algo así, pero tú me has puesto en la pista correcta. Ahora comprendo por qué Wroclaw... Adiós, madre. Tengo que ir a arreglar un asunto. Volveré en breve.

La neufra, sin decir una palabra, señaló con la mirada la copa con una gota de color lavanda en el fondo.

—Claro. Te traeré más.

Encontró al padre Feliciano en la parte trasera del palacio episcopal, junto a la cocina, sentado en un tonelete y comiendo con gula de una escudilla de barro. Al ver a Treparriscos, se atragantó y por poco no se ahogó. Treparriscos no estaba dispuesto a perder el tiempo. De un puñetazo le arrancó la escudilla de las manos al altarista, lo agarró de la ropa a la altura del pecho, lo levantó, lo zarandéó, lo estampó contra una pared con tanta fuerza que unas pailas de cobre cayeron al suelo con estrépito. Al padre Feliciano se le desencajaron los ojos, ronqueó y después tosió y escupió en toda la almilla de Treparriscos un resto ensalivado de pasta rellena de setas. Treparriscos echó la mano hacia detrás y le soltó una tremenda bofetada, repitió con un revés, arrastró a su víctima, que no paraba de soltar alaridos, hasta el patio de la cocina, cubierto de plumas y brillante como la plata por las escamas del pescado. Feliciano se

arrojó a sus pies, le cogió de las rodillas, pero se llevó un puñetazo que lo tumbó. Trató de huir a cuatro patas. Treparriscos le dio alcance y le propinó una patada en el culo con todas sus ganas. El altarista cayó de bruces entre las hojas de repollo y las mondas de verdura. Treparriscos le quitó un atizador de las manos a un pinche atónito, golpeó con él a Feliciano una vez, dos veces, después empezó a sacudirle ya sin ton ni son. El altarista aullaba, gritaba y lloraba. Las mozas de la cocina y los cocineros salieron corriendo despavoridos, derribando en su carrera pucheros, calderos, cazos y cacerolas.

—Hacía ya mucho que tenía ganas de hacerlo. —Treparriscos arrojó el atizador, se plantó encima del altarista—. Hacía ya mucho que me disponía a arrancarte la piel a tiras, rata, canalla ensotano, curilla embustero. Pero no había tenido tiempo hasta hoy. Considéralo un anticipo. A cuenta de lo que vas a cobrar del obispo. Cuando por fin se entere de que le vas con el cuento al inquisidor Hejncze.

El padre Feliciano gemía de un modo desgarrador.

—Lo que es por mí, si con eso te quedas más tranquilo, el obispo no se va a enterar —prosiguió Treparriscos, colocándose bien los puños—. Porque eso no es lo que me interesa. Lo que me interesa es otra cosa... Espías para la Inquisición, y quiero saber... Eh, ¿hermanito? ¿A qué viene de pronto esa cara de miedo? No me digas que aún tenías algo que ocultar...

—¡Lo diré todo! —Feliciano prorrumpió en sollozos—. ¡Declararé como si fuera en confesión! ¡No lo hice por mi propia voluntad! ¡Me obligaron! Me asaltaron... ¡Me golpearon! Me ordenaron con amenazas... Si los delato, estoy muerto... De eso no puedo hablar...

A Treparriscos le rechinaban los dientes. Cogió al clérigo del cuello, lo levantó, lo acorraló contra la tina del pescado. Lo aplastó con la rodilla.

—¿No puedes? —siseó—. Entonces, hagamos que puedas.

Agarró al altarista de la muñeca, musitó un conjuro. Se oyó un chisporroteo, empezó a salir humo, el padre Feliciano se contrajo, la cara se le puso negra, y un alarido salvaje hizo temblar hasta los cimientos del palacio. Treparriscos no soltó hasta que no empezó a oler a carne quemada. El altarista, liberado por fin, cayó de rodillas, deshecho en llanto, acunando la mano escaldada en la tripa.

—La mano —Treparriscos se irguió— te la untas con una pomada y en un par de semanas está como nueva. Pero peor es la entrepierna, eso sí que es difícil curarlo. Habla, hijo de perra, antes de que te chamusque los huevos. ¿Les tienes cariño? ¿Los necesitas para algo? ¿Gozan de tu simpatía? Vale, pues ahora vas a contármelo todo. No me ocultes nada. No quiero una sola mentira.

Y el padre Feliciano, llorando y sonándose los mocos, se lo contó todo. No le ocultó nada y no dijo una sola mentira.

—Era él... —dijo finalmente, con la voz quebrada—. Reinmar de Bielau... Ese maldito hereje... Se ocultaba con un sortilegio, pero pude reconocerlo por la voz... Me pegó, me torturó... Me amenazó de muerte...

—El inquisidor Gregorio Hejncze —recapituló Treparriscos—, para el que espías, secuestró a una doncella, conocida como Jutta de Apolda, y la tiene prisionera en secreto. Reynevan Bielau te ordenó averiguar dónde la tienen encerrada. ¿Cómo tiene que hacer para contactar contigo? ¿Quiénes eran sus colaboradores?

El padre Feliciano rompió a llorar. Con tal desesperación que Treparriscos admitió que no sabía nada.

—¿Has descubierto algo ya?

—Nada de nada... —dijo el altarista gimoteando—. ¿De qué manera? Si no soy más que un gusano... ¿Cómo voy a acceder a los secretos de la Inquisición?

—Espías para el inquisidor. O sea, que gozas de la confianza de Hejncze.

—Soy un miserable gusano...

—Sí, sí, lo eres, eso no se discute. —Treparriscos lo miró con desprecio—. Así que escúchame bien, gusano. Sigue espionando. Si averiguas el lugar donde está presa la Apolda, me informas de ello. Si Bielau o cualquiera de sus camaradas se pone en contacto contigo, también me lo haces saber. Si te portas bien, como recompensa contribuiré generosamente a arreglar tu existencia de gusano, no escatimaré en gastos. Pero como me falles o me traiciones... En tal caso, gusano, no voy a conformarme con una quemadura de nada. No te va a quedar ni un palmo de piel sana. Y ahora, manos a la obra, a seguir espionando. Lárgate de aquí, no quiero ni verte.

El altarista se marchó a hurtadillas, apretando la mano contra el pecho. No volvió la cabeza ni una sola vez.

Treparriscos lo vio alejarse. Y se dio la vuelta, notando en la nuca una mirada ajena.

Había una muchacha en la escalera de piedra. A ojo, tendría unos dieciséis años. Vestía un jubón guateado de hombre y un gallardo birrete con plumas. Su agresiva nariz respingona no pegaba demasiado con los rizos rubios, la carita sonrosada y la boca de muñeca. No pegaba. Pero tampoco la afeaba.

Nos ha oído, pensó Treparriscos, llevándose la mano instintivamente al cuchillo escondido en la manga. Lo ha visto y lo ha oído todo. No ha salido corriendo, porque el terror la ha paralizado. Y ahora es testigo. Un testigo perfectamente innecesario.

La chica se acercó lentamente, clavando en él los ojos. Unos ojos del color de las profundidades de un ibón, ensombrecidos por unas largas pestañas, de media pulgada. En aquellos ojos, Treparriscos lo advirtió finalmente, no se reflejaba el terror, sino la admiración por lo ocurrido. La admiración y una salvaje, enloquecida fascinación que emanaba feromonas. Sorprendido de sí mismo, notó que también él empezaba a contagiarse de esa fascinación.

—Un alma gemela —musitó entre dientes—. Vestida como un muchacho.

Douce von Pack se acercó más aún. Agitó sus largas pestañas.

Treparriscos se arrojó sobre ella como un azor. La hizo girarse, la empujó sobre un barril, la dobló violentamente. El birrete se deslizó, cubriéndole los ojos a Douce. Treparriscos hundió los dedos en los rizos rubios, arrancó de las nalgas las *braccae*

de lana y las prendas íntimas, se pegó con violencia a la muchacha. Douce temblaba excitada. Y después gritó. Fuerte.

Había en aquel grito dolor y pasión.

—Algo se está cociendo —repitió, estrujando el gorro, Grajcarek—. En la ciudad se ha visto a gente muy rara. Con pinta peligrosa...

—Habla. —El obispo se impacientó—. Suéltalo ya, qué diablos.

—Se rumorea en la ciudad que su merced el señor Grelenort se ha indispuerto con muchas personas. Que son muchos los que le tienen ojeriza. Mucha ojeriza incluso.

—No es ninguna novedad para mí.

—Y además... —El espía se tapó la boca para toser—. Su eminencia me perdonará si le digo...

—Te perdono. Habla.

—Dicen que han venido a Wroclaw unos parientes... Unos parientes de algunos que han resultado muertos... Del señor Von Bart de Karczyn... Del señor Czambor de Heissenstein... Pues se dice en la ciudad que el señor Grelenort es... es el culpable de esas muertes...

El obispo callaba, estaba entretenido con la pluma.

—Su eminencia —el espía rompió el silencio—. En mi opinión...

—¿Eh?

—Convendría avisar al señor Grelenort. Pero su eminencia sabe mejor que nadie lo que se debe hacer...

El obispo callaba, estaba entretenido con la pluma, se mordía los labios.

—Tienes razón —contestó finalmente—. Yo lo sé mejor.

En la iglesia de Santiago hacía ya un rato que habían tocado a completas, ahora, por lo que podía oírse, los monjes entonaban a coro la *Salve Regina*. De un momento a otro tenía que sonar el último toque, *pulsus serotinus*, de un momento a otro se esperaba también el toque del *ignitegium*.

En la estancia estaban apagadas las velas, una luz débil llegaba del horno, donde se estaban consumiendo unos leños. El resplandor rojizo le daba un atractivo realmente encantador a la suave piel y el esbelto cuerpo de Douce von Pack, que yacía en medio de la cama deshecha. Treparriscos, apoyándose en un codo, miraba a la muchacha, miraba sus ojos muy abiertos, fijos en los suyos. Se acordaba de otros fuegos, de otros ojos, de otros cuerpos desnudos, de otro sexo violento, de dolor electrificante. En los aquelarres y orgías de los montes de Harz, en los claros de bosque de Pomerania, en las cuevas de las Alpujarras y en los despoblados de Extremadura. Cuando la tierra temblaba con el estruendo de los tambores y en el viento nocturno, roto por los trinos de los caramillos, volaban murciélagos y lechuzas.

La luz de una luna cadavérica entraba por la ventana.

No tenía que haberme atado a ella. La he seducido, la he atraído a mí, ha sido un error. Un error que habrá que corregir.

Douce von Pack suspiró, se incorporó. Treparriscos, de manera instintiva, se fijó en su cuello. No tardó en calcular lo que tendría que hacer para agarrarlo y retorcerlo.

Bastaría con dos movimientos, pensó. Y ese brillo se borraría de sus ojos.

Hijo mío, oyó de pronto en su cabeza. Se sentó en la cama.

Hijo, decía Kundrie, ven de inmediato. Tengo que enseñarte sin falta una cosa que tiene que ver con esa joven que estás buscando. Te espero. Ven.

Seguro, pensó. Sencillamente se le habrá acabado a ese monstruo el *aurum potabile*. Qué se le va a hacer, habrá que ir. Al fin y al cabo, es mi madre.

—¿Qué ha pasado? —Douce se sentó, se retiró el pelo de la cara. El resplandor procedente del horno jugaba con las sombras en sus pechitos. Centelleaba en sus ojos muy abiertos—. ¿Qué ha pasado? ¿Te marchas?

—Sí. Volveré tarde.

—¿Me dejas sola?

—Pero todavía no.

La agarró por los hombros. La aplastó contra la almohada. Obligada a someterse, ella se sometió. Y se amaron hasta enloquecer. A la débil luz de las brasas y a la pálida claridad de la luna cadavérica.

Stadtluft macht frei^[20], recordó Treparriscos, yendo por la calle del Castillo, desde el puente de la Arena.

Ciertamente, que habitaran en Wroclaw de continuo tantos monstruos nocturnos no era ninguna novedad para él. No obstante, llevaba un tiempo sin pasear por allí después de la puesta de sol y en ese tiempo, al parecer, habían cambiado muchas cosas. La verdad, constató según caminaba, es que el soplo de la gran ciudad no solo le trae aires de libertad a Kundrie. No es la única, por lo que se ve, que se siente bien y a sus anchas en Wroclaw. No es la única a la que le favorece el hábitat urbano.

Un dzantyr, sorprendido junto a un portón, levantó su largo hocico: evidentemente, no podía entender qué prodigio era aquel que permitía que Treparriscos lo viera. Finalmente se ocultó en las tinieblas, encorvándose y erizando el pelo como un gato.

Bajo el desagüe del canalón, varios urkinos, hinchados como bolas peludas, lamían el estiércol del empedrado. Un rapión, ágil cual lagartija, se perdió en la oscuridad entre los chirridos de sus garras. Algo más lejos había un almacén de vinos. Un gnomo calvo, vestido con un caftán de piel, que estaba manipulando el candado, no se dignó levantar la cabeza. Su camarada, armado con una palanca, le dirigió una mirada hostil a Treparriscos, mientras farfullaba algo entre dientes. Lo mismo podía ser un saludo que un insulto.

El callejón que daba a la calle Estrecha apestaba a magia y alquimia, o sea, a ectoplasma, salitre, vitriolo, alumbre y espíritu del vino. El sumidero fosforescía

intensamente, por él se arrastraban unas esfilinas atraídas por los residuos de la sublimación. Algo más lejos, bajo los pórticos, acechaba un garou, pero sus finos sentidos le aconsejaban no atacar, había percibido a tiempo el aura de Treparriscos y sabía que más valía no intentarlo. Una lamia, algunos pasos más allá, reaccionó de un modo parecido. La vampira esperó incluso a que Treparriscos se acercara y, después de asegurarse de que efectivamente podía verla, lo saludó con una reverencia, se envolvió con la capa y desapareció, gris sobre el fondo del muro gris.

Entre los contrafuertes del Espíritu Santo gimoteaba un kludder, rascándose la barriga. En las tracerías, pináculos y torretas del templo agitaron las alas, con un murmullo, unos voladores asustados. Justo detrás del hospital, en unas piedras, Treparriscos distinguió un brillante hilillo de sangre fresca. Llevado por la curiosidad —al fin y al cabo, no era asunto suyo—, aguzó la vista con un hechizo y pudo ver a través de las tinieblas. Inclineda sobre un cadáver ensangrentado, excitada por algún conjuro, una kalkabra exhibía unos colmillos de dos pulgadas. La cabellera se le levantaba por encima de la cabeza, como una corona de plata. Treparriscos se encogió de hombros, apretó el paso. Como en los viejos tiempos, estaba claro que andar de noche por las calles de Wroclaw no era nada seguro.

Atravesó la calle del Mercado, salió a una plazuela junto a un pozo. Y entonces se le echaron encima. Por todas partes. Vestidos de un modo que casi los hacía invisibles. Increíblemente rápidos. Para ser personas.

Solo un quiebro fulgurante le salvó la vida, justo en el último momento había captado el brillo de la hoja destinada a él. Agarró al atacante por el faldón de la almilla, lo volteó, lo empujó contra el segundo atacante, derecho contra el filo de la espada. Se volvió, notó cómo el acero le rozaba el cabello. Retrocedió de un salto, vio cómo la espada de otro asaltante sacaba chispas de una reja de hierro. Atrapó la mano armada con la espada, dio un tirón y el atacante perdió el equilibrio, cayó de rodillas, de un rápido movimiento simultáneo con las dos manos Treparriscos le retorció el cuello.

Se le echó encima el siguiente, lanzó una estocada, Treparriscos esquivó la hoja con una media vuelta delicada, agarró a su atacante del codo y la muñeca, le sacó la espada de la mano rota. El agresor aullaba de dolor. Protegiéndose detrás de él, a modo de escudo, Treparriscos le ensartó la espada en el vientre a un nuevo atacante, sin esperar a que se desplomara, se arrojó sobre los otros. Cuando echaron a correr, se dio la vuelta y con un golpe contundente le rajó la garganta al de la mano rota.

Habían caído tres, quedaban otros tres.

Una luna cadavérica brillaba por detrás de las nubes, y Treparriscos se lanzó al ataque.

Sus enemigos corrieron al otro lado del pozo, pero eso no los salvó. No lo vieron cuando se les echó encima. El primero cayó de rodillas, acuchillado en la ingle, antes de que le diera tiempo a gritar con ganas, le había destrozado la tráquea. El segundo acudió en su auxilio, atacando con una postura clásica de esgrima. Treparriscos lo

mantuvo a la distancia apropiada, paró una acometida y clavó, con fuerza y precisión, en el rostro, entre un ojo y la nariz. La víctima se puso rígida, empezó a temblar, sacudiendo los brazos caóticamente. Después se derrumbó, desprendiéndose de la hoja, blando como un guiñapo.

Solo quedaba uno, acechando en la oscuridad. Se anticipó a Treparriscos, él atacó primero. Gritando algo incomprensible, enarbolando un arma inusual, una mezcla de hacha y de maza. Treparriscos respondió con un quiebro, tajó en corto. El agresor cayó de rodillas. Y después de bruces.

Treparriscos observó su arma. Se veía enseguida que no era corriente. Ni barata. Probablemente milanese. En la empuñadura había una marca de armero, pequeña, difícil de identificar en la oscuridad. Además, a Treparriscos no le apetecía identificarla.

Uno de los caídos sufría estertores, temblaba, con la hebilla del cinturón arañó un bloque de piedra del pozo, hasta donde se había arrastrado. Treparriscos se plantó allí en tres pasos, tajó una vez, otra vez, a la tercera la empuñadura milanese se quebró con un gemido. Treparriscos arrojó el fragmento.

Alguien más gimió. El que había caído en último lugar. Treparriscos se acercó, recogió del suelo su arma, muy rara. Era una cruz. Una cruz grande, pesada, de hierro, con los brazos rectos. En los brazos relucía algo grabado en plata. Una inscripción.

T
R
I
SIT MIHI CRUX
ADVERSUS DAEMONES|
U
M
P
H
U
S

—Que no soy un demonio, su puta madre —dijo Treparriscos.

Levantó la cruz y golpeó con ella como si fuera un hacha.

Con el borde de la capa del muerto se limpió la pernera salpicada de sesos. Y

siguió su camino. A través de la noche de Wrocław. Una ciudad que de noche podía volverse peligrosa.

Capítulo octavo

En el que Procopio el Rasurado, en el castillo de Odry, deposita su confianza en Reynevan y un espectro sin un dedo del pie profetiza el destino de la estirpe de Gediminas

Viniendo desde el norte, siguiendo el curso del Oder, la ciudad, situada en la orilla derecha, se veía claramente desde lejos. Sobre la fortaleza que coronaba la escarpada roca se alzaba la torre circular con el tejado puntiagudo. El castillo, levantado por los templarios, como quería la leyenda, estaba unido al cuadrilátero que formaban las murallas de la ciudad, sembrado de atalayas achaparradas. Con su nueva chapa dorada, el campanario de la iglesia parroquial relucía por encima de la ciudad.

La neblina flotaba sobre el río, la niebla se arrastraba entre los verdes sauces y mimbreras. Procopio el Rasurado se alzó sobre los estribos, gimió, frotándose los lomos.

—Ahí delante está Odry. Hay que apresurarse.

Desde el punto de observación situado sobre el portón divisaron al destacamento, se dio la voz de aviso. Rechinaron las cadenas, retumbó el puente al caer, la reja ascendió con un chirrido. Los jinetes hicieron su entrada entre el estrépito de los cascos.

Cruzaron las murallas, se internaron después por las angostas callejuelas, entre talleres, tiendas y casas de mercaderes.

—Tu medicina está dejando de hacer efecto —gruñó Procopio—. Jesús bendito, Reynevan, es un dolor tan insufrible que voy a salir volando de la silla...

—Paciencia. En cuanto encuentre una farmacia...

—Hay una en la plaza Mayor —dijo Bedrich de Stráznice—. Siempre la hubo. A menos que ya la hayan saqueado.

La ciudad de Odry debía su prosperidad a su ubicación: situada en la llamada Puerta Morava, una brecha entre las cordilleras de los Sudetes y los Cárpatos, en la vía que une la cuenca del Danubio con las de los ríos Oder y Vístula. Una vía que conecta el norte con el sur, Gdansk y Torun con Buda, Cracovia con Viena y Venecia, Poznan y Wroclaw con las posesiones venecianas en el Adriático. Era, pues, por la naturaleza de las cosas, una ruta comercial muy importante, que recorrían incesantemente las caravanas de mercaderes.

Por culpa de los husitas la ruta había caído en el olvido, los comerciantes habían empezado a evitar aquella comarca que siempre estaba en llamas, el bloqueo había hecho el resto. Pero en 1428 Dobieslaw Puchala de Wegrowo, caballero polaco del clan de Wieniawa, glorioso veterano de Grunwald, vencedor de los caballeros teutones en las batallas de Radzyn y Golub, aliado del Tabor, se había aposentado en Odry. Al mando de sus intrépidos polacos había caído sobre el país como un azor,

incendiando todo lo que se podía incendiar y doblegando cualquier resistencia. Atrincherado en Odry, mantenía diestramente separadas la episcopal Olomouc y Opava, parte de la coalición antihusita, impidiendo así que Przemek de Opava y la nobleza morava coordinaran sus acciones. En fin, que Puchala era un buen grano en el culo de sus enemigos, y había sido objeto de numerosos ataques, los cuales, sin embargo, siempre habían sido rechazados eficazmente. Pero el polaco no se conformaba con rechazar las acometidas, sino que él mismo atacaba las posesiones enemigas, sembrando el terror y enrabietando a los católicos fortificados con el resplandor de los incendios. Ahora, una vez que Jan de Kravar se había pasado al Cáliz y colaboraba con el Tabor, Puchala controlaba todas las vías de comunicación, incluida la carretera más importante para los husitas, la de Cieszyn, por la que se dirigían ininterrumpidamente hacia Odry cargamentos de armas y grupos de voluntarios polacos. Había tanta gente armada en Odry que la ciudad parecía un campamento militar. La mayor parte de las callejas estaban atascadas con las máquinas de asedio, los carros de guerra y las bombardas, despertando la alegría salvaje de la chiquillería, que se lo pasaba en gran con tanta novedad.

—Voy al castillo, a ver Puchala —anunció Procopio—. Hermano Pardus, ocúpate del alojamiento de los hombres. Reynevan, tú encuentra una farmacia, adquiere todo lo necesario y ven a dar alivio al doliente. Y ten la bondad de darte prisa, porque el doliente está que trina.

—Lo que hace falta es que en la farmacia tengan los ingredientes...

—Los tendrán —aseguró Bedrich—. El boticario de aquí, según dicen las malas lenguas, es también alquimista y brujo. Ya verás cómo tiene en su almacén toda clase de productos mágicos. A menos que se lo hayan cargado por brujería.

Procopio el Rasurado ordenó a Reynevan que empezase el tratamiento nada más encontrarse en los bosques de Jeseník, en la primera choza de un peguero que vieron por allí.

La causa de los tormentos del hetman era el reumatismo o, más exactamente, la mialgia, un reumatismo muscular que en su caso concreto originaba un dolor prolongado y penetrante de la zona de los lomos, o *lumba*: de ahí el nombre de lumbago, popular entre médicos universitarios y hechiceros. Las causas de la enfermedad no eran totalmente conocidas, el tratamiento tradicional, por lo general, no solía tener más que un efecto pasajero. La magia se anotaba mayores éxitos: los bálsamos mágicos, aunque tampoco proporcionaban una curación completa, mitigaban el dolor de manera más rápida y duradera. Nadie trataba con más eficacia el lumbago que ciertas aldeanas, pero esas aldeanas no se atrevían a curar, porque tenían miedo de arder en la hoguera.

Como no contaba con determinados elementos mágicos para elaborar bálsamos y emplastos, Reynevan tenía que limitarse a la imposición de manos y a los encantamientos, contando con la ayuda de Algos, uno de los amuletos en miniatura

del estuche que había salvado Scharley. No es que fuera demasiado, pero algún alivio tenía que traer. Y lo trajo. A medida que notaba cómo el dolor se amortiguaba y se le iba pasando, Procopio gemía de alegría.

—Eres un taumaturgo, Reinmar. Uuuf... Estaría bien tenerete siempre a mano.

—Hetman, no puedo quedarme contigo. Tengo que...

—Me importa un bledo lo que tengas que hacer. Ya te he dicho que te necesito. Y no solo para tratarme. No te pregunto nada, ni te pido que me expliques cómo es que estabas tan cerca de Sovinec ni qué hacías por allí. No te pregunto por la pelea con los Huérfanos de Náchod ni por la misteriosa muerte de Smil Pulpan. No te pregunto, aunque a lo mejor debería. Así que nada de cháchara. Te quedas conmigo, y vamos a Odry. ¿Está claro?

—Está claro.

—Así que no vuelvas a decirme que si tienes que hacer esto o lo otro.

Gimoteando, empezó a ponerse la camisa. Reynevan miraba sus anchos hombros, su piel lampiña, rosada como la de un niño.

—¿Hermano Procopio?

—¿Eh?

—Puede que te sorprenda esta pregunta, pero... Últimamente, ¿no te habrán... herido? ¿Con una punta o con una hoja de hierro? ¿No te habrás lastimado con algún objeto de hierro?

—¿Y a ti qué más te da? Ah, tiene que estar relacionado con algún embrujo... Pues no, para que veas. Nunca en la vida me han herido, ni un miserable rasguño. Prácticamente todos los del Tabor han sufrido heridas o han muerto a causa de ellas... Mikulás de Hus, Zizka, Hvezda, Svamberk, Kunes de Belovice, Jaroslav de Bucovina... Y yo, aunque he participado en tantas batallas, ni un arañazo... Pura chiripa

—Pues sí. Pura chiripa, nada más.

La farmacia estaba a salvo: seguía donde tenía que estar, en la plaza, enfrente de la picota de piedra. También se encontraron los ingredientes para el bálsamo contra el lumbago, si bien es verdad que no de buenas a primeras, sino después de que Reynevan recitase: «*Visita Inferiora Terrae*», lema de la internacional alquímica, basado en la *Tabla Esmeraldina*. De ese modo venció la resistencia del boticario. Parte del mérito se debió a Sansón Mieles, que en un determinado momento fingió que empezaba a babear y le entraban ganas de vomitar. El boticario les dio todo lo que deseaban con tal de que se marcharan de su local.

La plaza estaba atestada de tropas. Por todas partes se oía hablar polaco. En su versión más simple. Consistente sobre todo en palabras vulgares, propias de la soldadesca.

—En buena te has metido —constató Scharley, mirando embobado la cúpula del campanario de la iglesia parroquial—. Procopio te tiene en un puño. Te quiere a su

lado, eso está claro, lo que no está tan claro es con qué fines se sirve de ti. Pero tengo mis dudas de que coincidan con los tuyos. En buena te has metido, Reinmar. Y nosotros contigo.

—Sansón y tú siempre podéis volver a Rapotín.

—No podemos. —Scharley hacía como que estaba examinando unas badanas en un puesto—. Aunque quisiéramos. Nos siguen, me he fijado en que tenemos alguien pegado a nosotros. Te garantizo que, solo con que intentásemos encaminar nuestros pasos hacia alguna de las puertas de la ciudad, darían de inmediato la alarma.

—Ninguno de nosotros —dijo Sansón— considera estúpido a Procopio, ni mucho menos. Seguramente han llegado hasta él los rumores sobre la sombra de sospecha que se cierne sobre Reynevan.

—Desde luego que le han llegado. —Reynevan se acomodó sobre los hombros el saco con sus adquisiciones en la farmacia—. Y ahora nos está poniendo a prueba. De acuerdo, pues que sea para bien. De momento, no intentéis huir de la ciudad. Yo, mientras tanto, cumpliendo órdenes, me acercaré al castillo y empezaré con la terapia.

En el castillo de Odry había unos baños, unos baños modernos, elegantes, de piedra. Pero Procopio el Rasurado era tradicionalista y partidario de la sencillez. Prefería los baños de toda la vida: una caseta de madera entre los sauces ribereños, donde el agua de unas cubas se vertía directamente en unas piedras recalentadas, haciendo brotar un vapor asfixiante. Uno se sentaba allí dentro, en un banco hecho con unas tablas sin cepillar, e iba enrojeciendo poco a poco como un cangrejo escaldado. Mientras tanto, iba enjugándose los chorros de sudor de los párpados y aplacaba la garganta abrasada por el vapor con sorbos de cerveza fría.

Allí estaban sentados, desnudos como Dios los trajo al mundo, vertiendo agua sobre los cantos siseantes, entre nubes de vapor, con la piel colorada y los rostros empapados en sudor. Procopio el Rasurado, llamado el Grande, *director operationum Thaboritarum*, jefe de operaciones del Tabor. Bedrich de Stráznice, predicador de los orebitas, figura principal en otros tiempos del Nuevo Tabor de Moravia. El joven hetmán Jan Pardus, que aún no era especialmente célebre. Dobko Puchala, del clan de Wieniawa, célebre como para descubrirse ante él.

Y Reynevan, actualmente, médico al servicio del hetmán.

—¡Toma! —Procopio el Rasurado azotó a Bedrich con un haz de varas de abedul—. Como penitencia. ¿No estamos en Cuaresma? Sí. Hay que hacer penitencia. Toma tú también, Pardus. ¡Ay, qué demonios! Puchala, ¿te has vuelto loco?

—La Cuaresma, hetmán. —El de Wieniawa enseñó los dientes, remojando las varillas en un cubo—. La penitencia. Si la hacemos, la hacemos todos. Toma, Reynevan, también hay para ti. Por la vieja amistad. Me alegro de que sobrevivieras a aquel flechazo.

—Yo también.

—Y yo más —añadió Procopio—. Yo y mi espalda. Sabéis, a lo mejor lo nombro

mi médico personal.

—¿Por qué no? —Bedrich de Stráznice sonrió de una forma ambigua—. Es de confianza. Digno de confianza.

—Y una persona notable.

—¿Notable? —bufó Bedrich—. Será porque se ha hecho notar. Y tanto.

Procopio lo miró de reojo, agarró el cubo, echó agua sobre las piedras. El vapor los cegó, un soplo de calor repentino penetró en las gargantas. Durante un tiempo se hizo imposible hablar.

Puchala se azotó los brazos con la escobilla de abedul.

—También yo —proclamó con orgullo— me he convertido en una persona notable, en Wawel se habla mucho de mí. Y todo por esas cartas que Vitautas, gran duque de Lituania, tiene a bien enviar de continuo al rey Jagiello. Sé de muy buena tinta que en esas cartas se habla de mí. Que yo, cito, soy un bandido, que soy un canalla, que soy una desgracia, que no traigo más que daños y perjuicios. Que Jagiello me ordenó que abandonara Odry, con la amenaza de acabar con mi vida, pues soy un estorbo para alcanzar la paz, causando, cito, *iniuras, dampna, depopulationes, incendia, devastationes et sanguinis profluvie*.

—Reconozco el estilo —dijo Bedrich—. Es Segismundo de Luxemburgo, nuestro exrey. La única aportación de Vitautas es ese latín cojitranco.

—Esas cartas —terció Jan Pardus— son un efecto evidente del encuentro en Lutsk, donde el Luxemburgo atrajo a su bando al duque de Lituania y lo modeló a su gusto.

—Prometiéndole la corona real —asintió Procopio—. Entre otras fantasías, algunas de ellas nunca vistas. Parece, por desgracia, que el *magnus dux Lithuaniae* se las ha tragado. A Vitautas, famoso hasta ahora por su sabiduría, prudencia y astucia lituana, lo tiene en un puño el Luxemburgo. Con razón dicen: *Stultum facit Fortuna quem vult perdere*.

—Para mi gusto, resulta demasiado sorprendente —observó Bedrich—. Hasta tal punto que sospecho que pueda tratarse de algún juego. Por lo demás, en el caso de Vitautas y Jagiello tampoco sería ninguna novedad. No sería la primera vez que hacen trampas en el juego.

—Eso es un hecho. —Procopio se echó por encima agua del cubo y se sacudió como un perro—. El problema es que están jugando en un tablero donde nosotros somos las figuras. Imaginemos que, de pronto, el rey polaco sale del enroque en el que estaba hasta ahora, decidido a alterar la situación. Como en el ajedrez, nosotros deberíamos tener varios movimientos previstos de antemano. Y colocar nuestros peones en las casillas neurálgicas. Y ya que hablamos de peones... ¡Reynevan!

—¿Sí, hetmán?

—Irás a Silesia. Con una misión.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Porque así lo ordeno.

Procopio volvió la cabeza. Bedrich, en cambio, le dirigió a Reynevan una mirada penetrante. Pardus se rascaba el talón con una piedra áspera. Puchala se daba varetazos en la espalda.

—Hermano Procopio —rompió el silencio Reynevan—. Te has hartado de oír rumores y sospechas de mí. Quieres ponerme a prueba. Diste orden de que nos siguieran, a mí y a mis camaradas. Y ahora, de repente, esa misión a Silesia. Una misión secreta, seguramente, de las que solo se encomiendan a hombres de plena confianza, a los más fiables. ¿Me tienes a mí por uno de esos? Yo diría que no. Y lo entiendo. Lo que no entiendo es a qué viene esta provocación. No entiendo su objeto ni su sentido.

Procopio calló largo rato.

—¡Pardus! —vociferó al fin—. ¡Bedrich! ¡Un crucifijo! ¡Pero ya!

—¿Cómo?

—¡Que me traigáis un crucifijo, coño!

Cumplieron la orden raudos como una centella. Procopio le presentó la cruz a Reynevan.

—Pon tu mano. ¡Mírame a los ojos! Y repite conmigo: por esta Santa Cruz y por los tormentos de Nuestro Señor, juro que, capturado por Juan de Ziebice, no traicioné ni me pasé al bando del obispo de Wroclaw, y que no estoy ahora al servicio del obispo para derrotar a mis hermanos, los buenos checos, partidarios del Cáliz, causándoles un daño ignominioso con mi alevosía. Si he mentado, que reviente, que me dé una alferecía, que me lleven los demonios, pero que antes me alcance la severa mano de la justicia revolucionaria, amén.

—... capturado por Juan de Ziebice, no traicioné... y que no estoy al servicio del obispo... amén.

—Vale —zanjó Procopio—. Ya está todo claro. Asunto concluido.

—¿Y si para estar más seguros recurrimos a una ordalía? —Con una sonrisa maliciosa, Bedrich señaló las piedras recalentadas—. ¿Al juicio de Dios mediante la prueba del fuego?

—Podría ser —asintió tranquilamente Procopio, mirándole a los ojos—. A mi señal, que ofendido y ofensor se sienten sobre las piedras, los dos a la vez, con el culo al aire. El que aguante más tiempo tendrá la razón de su parte. ¿Listo, Bedrich? ¡Enseguida doy la señal!

—Lo decía de broma.

—Y yo. Y puedes estar contento.

—Un crucifijo —concluyó Scharley, torciendo el gesto, como avinagrado—. ¡Santo Dios, qué espectáculo más penoso! ¡De pésimo gusto! Una representación burda, primitiva, sin ningún estilo. ¿No te habrás creído el numerito?

—Yo no. Pero eso no tiene ninguna importancia, porque Procopio no estaba bromeando en absoluto. Realmente quiere mandarme a Silesia con una misión.

—¿Te ha dado detalles?

—Ningún detalle. Ha dicho que ya me los dará a su debido tiempo.

Scharley, sin intentar gritar más que los polacos que estaban dándose un festín a cierta distancia, se levantó y agitó con vehemencia los brazos. El posadero lo advirtió, llamó a una moza y esta acudió corriendo enseguida con otras jarras.

—En fin, que te vas a Silesia. —Scharley dio un soplo a la espuma—. Tal y como querías. Y nosotros contigo, no vamos a dejarte solo. Vaya, habrá que equiparse como es debido. Por la mañana daré una vuelta por el mercado, quiero echar un vistazo a unos artículos que traen de contrabando de la Pequeña Polonia, haré algunas compras...

—¿Tienes con qué?

—No hay problema. A diferencia de ti, procuro que mi participación en la revolución husita me reporte beneficios. Me juego el pellejo por la causa del Cáliz, pero observo al mismo tiempo el principio *virtus post nummos*. Ah, eso me sugiere algo...

—Dime.

—¿No será esa secreta y enigmática expedición a Silesia que se avecina un feliz lance de fortuna? ¿No será el golpe de suerte que estábamos aguardando con impaciencia?

—¿Golpe de suerte?

Scharley miró a Sansón. Éste dejó el palo que estaba cepillando, suspiró y movió la cabeza. El demérito también suspiró. Y también movió la cabeza.

—Hace poco, delante de Horn —miró a Reynevan—, te despachaste con un discurso sobre el pragmatismo interesado. Aseguraste que ya se te había pasado la euforia, que tu ardor se había aplacado, que habías dejado de ser un idealista ingenuo. Que tu propio interés se situaba por encima del interés ajeno: ésas fueron tus palabras. Y ahora se presenta la ocasión de convertir las palabras en hechos.

—¿De qué modo?

—Piensa.

—Traicionando, ¿verdad? —Reynevan bajó la voz—. Vendiendo a la Inquisición la información relativa a la misión que me encomiende Procopio. Contando con que la Inquisición, agradecida, me devolverá a Jutta. ¿Eso me aconsejas?

Te propongo que lo consideres. Que reflexiones y valores qué es lo que está por encima en tu jerarquía de valores. ¿Qué es más importante: el Cáliz o Jutta? Medítalo, elige...

—Basta, Scharley —le interrumpió Sansón Mielles con suavidad—. Déjalo ya. No invites a Reynevan a una reflexión que no tiene sentido. Y no le animes a elegir, cuando no hay elección posible.

La luna se ocultaba por detrás de los tejados de las mansiones de los mercaderes. Reynevan avanzaba resuelto, a buen paso, en dirección a las murallas.

Torció por una calleja. Pero, en lugar de seguir adelante, se ocultó sin hacer ruido en el interior de un portal. Se quedó a la espera, inmóvil y paciente.

Al poco, un ligero rumor, el roce apenas perceptible de unas botas contra el empedrado, llegó hasta sus oídos. Esperó hasta que el individuo que venía siguiendo sus pasos emergiera de las tinieblas. Y en ese momento lo alcanzó de un salto, lo agarró por detrás, de la capucha, tiró con todas sus fuerzas. El otro dejó escapar un estertor, se llevó las dos manos al cuello. Reynevan, con la empuñadura de hierro de un cuchillo, le golpeó en las costillas, dos palmos por encima de la cadera.

La víctima respiró hondo, intentó llenarse de aire. Reynevan lo volteó de un tirón en el hombro, cogió impulso y le golpeó, como médico experto, en el *plexus Solaris*, en todo el corazón. El tipo de la capucha jadeó ansiosamente, cayó de rodillas.

Arriba, en el tejado, maullaba un gato.

—Dile a Procopio... —Reynevan, con la hoja del cuchillo, le levantó la barbilla al arrodillado—. Dile a Procopio que puedo volver a jurar sobre la cruz. Puedo jurar varias veces si hace falta. Pero con eso tiene que bastar. No quiero que me sigan. Como pille a otro espía lo mato. Dile a Procopio...

—Señor...

—¿Qué? ¡Más alto!

—No me envía Procopio... Me mandan del castillo... Tengo orden de...

—¿De quién? ¿Quién te ha enviado?

—El duque mi señor.

En la capilla del castillo, únicamente el resplandor de dos velas que ardían ante el severo altar horadaba las tinieblas. Los vacilantes reflejos jugaban con la figura bañada en oro, probablemente de San Matías, pues sujetaba el hacha del verdugo. La luz apenas alcanzaba a un hombre que estaba sentado en el coro. Solo se delineaba su silueta, su hechura y algunos detalles de sus ricas vestimentas. No se le veía el rostro. Ni falta que hacía. Reynevan sabía quién era.

—Salud, médico. El mundo es un pañuelo. Volvemos a encontrarnos, después de tantos años. ¿Cuántos han pasado ya desde la batalla de Ústí? ¿Tres? ¿Me equivoco?

—El duque no se equivoca.

El hombre que estaba en el coro se irguió. La luz le iluminó el rostro. Era Segismundo Korybutovich, duque lituano de la sangre de Riúrik, de la estirpe de Mindaugas, bisnieto de Gediminas, nieto de Algirdas, nacido de Anastasia, princesa de Riazán, hijo de Dmitri Korybut, hermano menor de Ladislao Jagiello, que había alcanzado la fama —cuando no era más que un mozalbete— en la batalla de Grundwald. Ahora, con poco más de treinta años, este lituano, criado entre polacos en Wawel, reunía los peores rasgos de ambas naciones: el oscurantismo, la mojigatería, la hipocresía, la ambición enfermiza, la altanería, el salvajismo, la sed irrefrenable de poder y la falta total de autocrítica. El duque echó un rápido vistazo a Reynevan desde debajo de la cabellera que le caía sobre los ojos, Reynevan miró al duque.

Fueron solo unos instantes, durante los cuales a Reynevan se le pasaron por la cabeza, como relámpagos, las imágenes de la corta, aunque tempestuosa, carrera del duque.

Los husitas de Bohemia habían destronado al Luxemburgo y habían precisado un nuevo rey. Jagiello y Vitautas habían declinado la oferta, y Korybutovich se encaminó a Bohemia, en calidad de virrey. Hizo su entrada en Praga, la ciudad dorada, en 1422, el día de San Estanislao.

En las calles de la capital le recibieron con gritos de alegría y ovaciones. Música celestial para el orgullo y la vanidad. De pronto, en medio de esa música, se oyeron disonancias, notas discordantes. Alguien gritó de pronto entre la multitud: «¡Fuera de aquí! ¡Vagabundo! ¡No lo queremos!». Hubo más decepción y más cólera cuando se supo que no había fijado su residencia en el Castillo Real, sino en un palacete en la plaza del Staré Mesto. Después vino el contacto con el Tabor. Zizka, con aquel ojo único que infundía terror, farfullaba por debajo de los bigotes erizados: «La gente libre no necesita un rey». Praga: maliciosa, amenazante, agazapada y gruñendo como una fiera.

Eso duró apenas medio año. Presionado por el Papa, Jagiello ordenó regresar a su sobrino. Nadie intentó detener a Korybut cuando abandonó Praga, nadie le despidió con lágrimas. Pero el juego político no se detenía. Una embajada bohemia se dirigió a Cracovia. Con la petición de que volviera Korybut, de que volviera a Bohemia como postulatus rex. Jagiello se negó categóricamente. Y, sin embargo, Korybut regresó. A pesar del rey. En 1424, la víspera de la Visitación de la Virgen, hizo una nueva entrada en Praga. Le dieron el tratamiento de «señor». Nunca de «rey». En Polonia fue declarado infame. En Bohemia no era nadie. Pero Korybut ardía en deseos de ser alguien. Conspiraba. Enviaba mensajeros y cartas. Más mensajeros y más cartas. En 1427, se acercaba la catástrofe.

Como testigo ocular de los acontecimientos de Praga de 1427, Reynevan no fue capaz de entender las razones de Korybut. Como tantos otros, veía en el joven lituano a un candidato al trono de Bohemia. En consecuencia, no alcanzaba a comprender qué podía haber inclinado al futuro rey de la Bohemia husita a conspirar con una gente que tenía una visión muy distinta del porvenir de esta tierra, una gente dispuesta a prestarse a todo tipo de concesiones y acuerdos con tal de regresar bajo el ala de la Sede Apostólica y reintegrarse al seno de la cristiandad. Más tarde, después de sus charlas con Flutek y Urban Horn, Reynevan se volvió más juicioso y cayó en la cuenta de que el joven duque no era más que una marioneta. Un muñeco de cuyos hilos no tiraban los conciliadores, ni los señores católicos, sino Vitautas. Pues había sido Vitautas Kestutovich, gran duque de Lituania, quien había enviado a Korybut a Bohemia. Vitautas quería una Bohemia husita en la medida en que impedía al Luxemburgo acceder al trono. Y una Bohemia que reconociera la supremacía de Roma en la medida en que tuviera un monarca bendecido por el Papa. Dicho de otro modo: una Bohemia de la que Vitautas, hijo de Kestutis, pudiera ser rey. Señor

coronado de un estado que se extendiera de Berlín a Brno, de Kaunas a Kiev, de Samogitia a Crimea.

Fue Jan Rokycana, enemigo acérrimo de los conciliadores, quien —al interceptar unas cartas— descubrió la conjura. El Jueves Santo del año 1427 repicaron las campanas, y la multitud, espoleada por Rokycana, acudió corriendo a la plaza del Staré Mesto. Atrapado en su palacio, Korybut aún pudo decir que había tenido suerte: aunque la chusma vociferaba, sedienta de sangre, se conformaron con prenderlo, y unos días después de la Pascua lo evacuaron de Praga. De noche, disfrazado, para evitar que fuera reconocido y masacrado. Lo tuvieron preso en el castillo de Valdstejn hasta bien entrado el otoño de 1428. Una vez puesto en libertad, al parecer por mediación de Jagiello, no regresó a Lituania. Se quedó en Bohemia. En Odry, con Puchala. En calidad de...

Pues sí, pensó Reynevan. ¿En calidad de qué?

—Me miras —dijo Segismundo Korybut—. Y sé en qué estás pensando.

»Procopio me insulta —añadió después de una pausa—. Desde que ha llegado apenas hemos intercambiado unas palabras. La charla no ha durado ni dos padrenuestros. Hasta al burgrave le ha honrado con una conversación más larga. Hasta a los mozos de cuadras.

Reynevan no dijo nada.

—No puede perdonarme lo de Praga —gruñó Korybut—. ¡Pero yo exijo respeto, qué diablos! ¡Se me debe un respeto! ¡Soy duque! En Odry hay mil caballeros polacos. ¡Vinieron llamados por mí! ¡Si me marchó de aquí, me seguirán! ¡No se quedarán en este país maldito por Dios, por mucho que Procopio se lo suplique de rodillas!

»El señor Jan de Kravar —el duque se iba acalorando— ha comulgado bajo las dos especies, ahora es aliado del Tabor. Gracias a mí. ¿A quién si no? El señor de Jicín ha llegado a un acuerdo conmigo. Con Procopio nunca se habría prestado a hablar, jamás habría tendido su mano a esos carniceros, a esos matarifes del Tabor. Y, en cuanto a esos menestrales de Praga, no se habría dignado ni escupirles. ¡El acuerdo con Kravar es mérito mío! ¿Y qué me encuentro a cambio? ¿Agradecimiento? ¡No! ¡Afrenta tras afrenta!

Completamente abrumado, Reynevan primero abrió los brazos, después se inclinó. Korybut tragó aire ruidosamente.

—Yo he sido su último soberano —dijo con calma—. El último soberano de Bohemia. Después de haberme expulsado ignominiosamente, no han sido capaces de encontrar a nadie a quien reconocer y proclamar. Han podido tener un reino bien ordenado, en armonía con el universo cristiano, pero han preferido hundirse en el caos.

«Y todo por culpa de la familia —añadió con amargura—. Mi tío Jogaila quería que yo le sacase las castañas del fuego. Y mi tío Vitautas me ha utilizado de forma magistral. Me ha usado para tener constantemente en jaque al Luxemburgo, al tiempo

que embaucaba a los bohemios. Porque ha sido él, precisamente, quien me ha puesto en contacto con Roma. A instancias de Vitautas, juré al Papa que volvería a hacer de Bohemia un reino cristiano, que reduciría todo el husitismo a unos cambios menores en la liturgia. Que garantizaría la supremacía de la Sede Apostólica sobre Bohemia y que restituiría a la Iglesia todos sus bienes. Prometí al padre santo todo lo que Vitautas me ordenó prometer. De modo que Vitautas debería haber estado preso en Valdstejn, Vitautas debería haber sido objeto de anatema y desposeído de todo. Pero yo he estado preso, yo he sido anatematizado, yo he sido desposeído. ¡Quiero que se me satisfaga por todo eso! ¡Qué se me compense! ¡Quiero tener algo de eso! ¡Tener algo y ser alguien! ¡Y lo voy a conseguir, qué coño! —Korybut respiró hondo para calmarse, clavó los ojos en Reynevan—. Lo voy a conseguir —repitió—. Y tú me vas a ayudar.

Reynevan se encogió de hombros. No tenía intención de mostrarse obsequioso. Sabía muy bien que, contando con la protección de Procopio, era intocable, que nadie, ni siquiera alguien tan impulsivo como Korybut, se atrevería a ofenderle y a ponerle un solo dedo encima.

—El duque me sobrevalora —dijo fríamente—. No veo de qué manera podría servir yo de ayuda al duque. A menos que el duque esté indispuerto. Soy médico. Así pues, si el estado de salud del duque supone un obstáculo para la realización de sus planes, me tiene a su servicio.

—Sabes perfectamente qué clase de servicios quiero de ti. Tu fama te precede. Todo el mundo sabe que eres hechicero, curandero y astrólogo. Nigromante, *raganius*, como decimos en Samogitia.

—La hechicería, de acuerdo con los artículos de Praga, es un crimen castigado con la muerte. ¿El duque desea mi muerte?

—Al contrario. —Korybut se levantó, se acercó a Reynevan, lo atravesó con la mirada—. Te deseo felicidad, prosperidad y todo lo mejor. Precisamente, eso es lo que te ofrezco. Por medio de mi gratitud y mi favor. ¿Te han llegado noticias de Lutsk? ¿Del conflicto entre Vitautas y Jogaila? ¿Sabes cuál va a ser el resultado? Te lo digo yo: un cambio diametral en la política polaca con respecto a Bohemia. Y yo represento ese cambio en la política polaca con respecto a Bohemia. Mi propia persona. Otra vez entramos en juego, médico, otra vez entramos. Y vale la pena, créeme, apostar a nuestra carta.

»Te ofrezco mi gratitud y mi favor, Reinmar de Biellau. Muy distintos de aquellos que encontraste en los bohemios, en Neplach y Procopio, que te enviaron a la muerte y luego se desentendieron cuando estabas en apuros. Si me hubieras servido a mí como los has servido a ellos, tu doncella ya estaría a tu lado. Con tal de salvar a la dama de un hombre que me sirve fielmente, incendiaría Wroclaw o moriría en el intento. Sabe Dios que así lo haría. Porque esa es nuestra costumbre, en Lituania y Samogitia. Así habría actuado Algirdas, así habría actuado Kestutis. Y yo soy sangre de su sangre y hueso de sus huesos. Piénsatelo bien. Porque aún estás a tiempo.

Reynevan calló un buen rato.

—¿Qué es —dijo al fin, con la voz ronca— lo que el duque desea de mí?

Segismundo Korybutovich sonrió maliciosamente. Con altivez ducal.

—Para empezar —dijo—, vas a invocar para mí a alguien del más allá.

En la plaza mayor de Odry de pronto se oyeron voces airadas, gritos y maldiciones. Algunos polacos se empujaban, se daban codazos, se tironeaban de la almilla, se gritaban, se amenazaban con el puño, se tildaban los unos a los otros de montones de mierda, capullos e hijoputas. Sus camaradas intentaban poner paz y separarlos, pero solo conseguían aumentar la confusión. De improviso silbaron las espadas en sus fundas, centellearon las hojas. Se levantó un grito agudo, los hombres armados se revolvieron, se juntaron, se apartaron inmediatamente y en un momento se dispersaron a la carrera. En el empedrado quedó un cuerpo convulso y un charco de sangre que no paraba de crecer.

—Novecientos noventa y nueve —dijo Reynevan.

—Qué dices —bufó desdeñoso Scharley, a quien Reynevan estaba contando en ese momento la conversación de la víspera en la capilla de palacio—. Korybut exagera. Ahora mismo no habrá en Odry más de quinientos polacos. Además, tengo serias dudas de que ninguno de ellos siguiera a Korybut en el caso de que este, efectivamente, decidiera largarse, sintiéndose ofendido. Ese samogitiano tiene una opinión exagerada de sí mismo. Siempre la ha tenido, no es ningún secreto. Piénsate bien, Reynevan, si vale la pena andar en tratos con él. ¿Acaso no tienes bastantes problemas?

—Vas a dejar otra vez que se aprovechen de ti. —Sansón sacudió la cabeza—. ¿No vas a aprender nunca?

Reynevan suspiró hondo. Y habló de la gracia y la gratitud del duque, de los beneficios que podían derivarse de aquello. Les habló del encuentro en Lutsk y de cómo Lutsk iba a aproximar al rey Jagiello a los husitas, por lo que la carta de Korybut tenía muchas posibilidades de acabar siendo una carta ganadora. Habló de que un buen entendimiento con Korybut podía suponer la salvación de Jutta.

Scharley y Sansón no se dejaron convencer. Se les notaba en la cara.

—Es posible que la pregunta os sorprenda, duque, pero... ¿No habréis sufrido últimamente ningún accidente? ¿Alguna herida con un arma de hierro?

—¿Últimamente? No. Bueno, de hace ya años tengo un par de señales en la piel. Pero desde hace mucho nada, ni un rasguño. Líbreme Dios. ¿Por qué lo preguntas?

—Nada, cosas mías.

—No me digas. Déjate de bobadas, Reynevan, y concéntrate. Quiero hablarte del bardo Budrys.

El bardo Budrys, le contó Korybut, se llamaba realmente Angus Deirg Feidlech, y procedía de Irlanda. Había llegado a Lituania en la comitiva de un caballero inglés,

uno de tantos visitantes de ultramar que se habían dirigido hacia el este para difundir la fe cristiana entre los paganos lituanos bajo los estandartes de la Orden Teutónica. A pesar de las promesas de los capellanes de Malbork, que garantizaban a los propagadores de la fe una completa protección divina, ya en la primera escaramuza con los guerreros de Kestutis el inglés, derribado de un mazazo, regó con sus sesos las peñas a orillas del Niemen, mientras que Angus, hecho prisionero y conducido a Trakai, estaba destinado a ser quemado vivo en la hoguera sacrificial, con otros cruzados que habían caído presos. Le salvó el insólito color de sus cabellos, rojo como el fuego, que en verdad no parecía de este mundo y que fascinó a los sacerdotes de Perkunas. Muy pronto se vio, además, que aquel recién llegado de allende los mares veneraba a la Triple Diosa, que rendía culto a Milda, a Kurko y a Zverine. Dando a estas diosas, es cierto, los nombres de Birgit, Badb y Morrigan, pero no era un problema de nombres. Las diosas son las diosas. Durante su estancia en Vilna, en el bosque sagrado de Lukiskes, el irlandés dio muestras de sus habilidades como bardo y profeta, asimilándose al medio sacerdotal sin mayores problemas. El viajero de la Isla Verde adoptó el nombre de Budrys Vazgaitis y adquirió fama de diestro *vaidila*, es decir, de adivinador y vate.

—Budrys —dijo Korybut— profetizó acertadamente numerosos acontecimientos, empezando por el desenlace de la batalla de Kulikovo y terminando por el matrimonio de Jogaila y Eduviges. Pero había un problema. Sus profecías eran endiabladamente embarulladas y no las entendía ni su puta madre.

Hijo de la cultura occidental, el irlandés insertaba en sus profecías numerosas referencias a esta cultura, alusiones ocultas, metáforas camufladas, empleaba el latín y otras lenguas extranjeras. Eso no les gustaba a los lituanos. Preferían métodos de adivinación menos refinados. Si la serpiente sagrada sacaba la cabeza de su madriguera cuando la llamaban, la suerte era favorable, si la serpiente ignoraba la llamada y no asomaba para nada la cabeza, los pronósticos eran adversos. Jagiello y Vitautas, algo más occidentalizados que sus paisanos, trataron a Budrys con respeto y escucharon sus profecías, aunque en asuntos de estado de cierto peso preferían a la serpiente.

—Pero yo siempre lo he valorado y admirado —confesó Korybut—. Deseaba que profetizase para mí, me hiciese el horóscopo y predijese mi futuro. Se lo pedí muchas veces, pero ese maldito anciano siempre se negaba. Me llamaba arribista, el muy carcamal, y me salía con no sé qué memez de la fragua de su destino. Hasta que por fin mi tío Vitautas le convenció, poco antes de mi partida para Bohemia. El astrólogo tenía que lanzar unas tabas y elaborar el horóscopo de nosotros tres, el de Jogaila, el de Vitautas y el mío. Pero así, de pronto, de buenas a primeras, murió. Estiró la pata.

»Tú, Bielau, eres nigromante y adivino. Invócalo, para que venga del más allá. Y que ese *vaidila* haga como espíritu lo que no pudo hacer en vida.

Reynevan estuvo mucho tiempo intentando disuadir al duque de su idea, sin el menor

resultado. Korybut no quiso ni oír hablar de las dificultades asociadas a la nigromancia, de los potenciales peligros durante el acto adivinatorio, de los riesgos que entrañaba la *vehemens imaginatio*, la tensión de la imaginación imprescindible para un conjuro exitoso. Fue sordo a las menciones del rey Saúl y la bruja de Endor. Hizo gestos desdeñosos con la mano, frunció los labios, finalmente arrojó algo sobre una mesa. Algo que tenía las dimensiones, la forma y el color de una castaña vieja y seca. Reynevan estuvo mucho tiempo intentando disuadir al duque de su idea, sin el menor resultado. Korybut no quiso ni oír hablar de las dificultades asociadas a la nigromancia, de los potenciales peligros durante el acto adivinatorio, de los riesgos que entrañaba la *vehemens imaginatio*, la tensión de la imaginación imprescindible para un conjuro exitoso. Fue sordo a las menciones del rey Saúl y la bruja de Endor. Hizo gestos desdeñosos con la mano, frunció los labios, finalmente arrojó algo sobre una mesa. Algo que tenía las dimensiones, la forma y el color de una castaña vieja y seca.

—Déjate de pamplinas —gruñó—. Yo también entiendo algo de hechicerías. Invocar un espíritu no es nada difícil cuando se tiene un pedazo del difunto. Y eso de ahí es un pedazo de Budiys Vazgaitis.

»Iban a incinerar en una hoguera a ese viejo pagano, con todo el aparato funerario-sacrificial. Yacía en el catafalco, con vestidos de gala, engalanado con ramas de abeto, flores del campo y hojarasca. Yo me acerqué a hurtadillas, de noche, le quité una alpargata al anciano y le arranqué el dedo gordo de un pie.

—¿Profanaste sus restos?

Korybut resopló.

—En mi familia se profanaban cosas peores.

A medianoche se desató un viento huracanado que silbaba y aullaba en las grietas de los muros. En un ala apartada del castillo, en el viejo arsenal, la corriente inclinaba las llamas de las velas de cera roja y el humo del incienso que se quemaba en unos trébedes giraba en espiral. Olía a cera y a sahumero de aloe. Reynevan se puso manos a la obra, provisto de una varita de avellano, el amuleto Python y un ejemplar raído del *Enchiridion* que le había prestado el boticario. En el tablero de la mesa, en el interior de un círculo trazado con tiza, junto a un espejo, estaba el dedo gordo momificado de un pie que en su día fue propiedad y parte inalienable del difunto Budiys Vazgaitis. Una combinación de adivinación, nigromancia y catoptrancia iba a hacer posible el contacto con el espíritu del finado.

—Colpriziana —dijo Reynevan, realizando un signo con el amuleto por encima del círculo de tiza—. Offina, Alta, Nestera, Fuaro, Menuet

.

Korybut, oculto en las sombras, se rebullía inquieto. El dedo, en el interior del círculo, no se movió lo más mínimo.

—*Conjuro te, Spiritum humanum.* ¡Te conjuro, espíritu de Angus Deirg Feidlech,

alias Budrys Vazgaitis! ¡Ven a nosotros!

»*Conjuro et adjuro te, Spiritum, requiro atque obtestor visibiliter praesentem. ¡Te lo ordeno por Ezel, Salatiel y Yegrogamel! Theos Megale patyr, ymas heth heldya, hebeath heleotezyge! Conjuro et adjuro te!*

»¡Por Yemegas, Mengas y Hacaphagan, por Haylos! ¡Ven, espíritu! ¡Ven del este, del sur, del oeste o del norte! ¡Te conjuro y te lo ordeno! ¡Ven! ¡*Ego te conjuro!*

Se empañó la superficie del espejo situado en el círculo de tiza, como si una criatura invisible le hubiera echado el aliento. Algo apareció en el espejo, algo en forma de neblina, de vapor turbio. Ante los ojos de Reynevan, el cual, no teniendo demasiada fe en el éxito de la empresa, no podía estar más pasmado, la neblina formó una figura. Se oyó algo parecido a un suspiro. Un suspiro hondo, silbante. Reynevan se inclinó sobre el Enchiridion y leyó en voz alta la fórmula de un conjuro, desplazando el amuleto por los versos. La nube en el espejo se hizo más densa. Y aumentó considerablemente de tamaño. Reynevan levantó los brazos.

—*Benedictus qui venis*^[21]!

—*Quare* —la nube exhaló una espiración callada, silbante— *inquietasti me*^[22]?

—*Erit vobis visio omnium sicut verba libri signati*^[23]. En nombre del gran Tetragrámaton te ordeno, espíritu, que rompas el sello del libro de los enigmas y hagas que sus palabras nos resulten comprensibles.

—Bésame —susurró el espíritu— en mi culo astral.

—Te ordeno —Reynevan alzó el amuleto y la varita— que hables. Te ordeno que cumplas tu palabra. Que concluyas el horóscopo, que predigas el destino de la estirpe de Mindaugas y Gediminas, en particular...

—Eso que está ahí —el espíritu que hablaba desde el espejo no le dejó terminar—, ¿no será mi dedo del pie por un casual?

—Sí.

El humo de incienso empezó a resonar, se levantó formando una espiral. La superficie del espejo se veló.

—El quinto hijo de su padre —pronunció deprisa el espectro—, bautizado por alemanes y griegos, aunque pagano de espíritu, sueña con un reino que no tiene nada de celestial. A pesar de estos propósitos, la estrella Sirio ascenderá, y la corona prometida caerá, la arrebatará el Dragón que exhala fuego, rociado en el lomo con sangre en forma de cruz. *O quam misericors est deus justus et pius!* El Dragón anuncia la muerte, y se conoce el día de la perdición. *Anno* penúltimo del pontificado de la Columna, día de Venus, ese mismo día *diluculum*.

«Cuando hayan transcurrido desde esa muerte ciento diecinueve días, la Columna caerá, dando paso al Lobo. El *anno quarto* del pontificado del Lobo habrá una señal: cuando el sol entre en la última casa, se levantarán vientos de una fuerza nunca vista y unas tormentas incesantes azotarán la tierra durante diez días. Y, cuando hayan transcurrido ciento diez días desde esos sucesos, abandonará el mundo el séptimo hijo de su padre, rey y señor, bautizado por Roma, aunque pagano de espíritu. Seducido

por el dulce canto del ruiseñor, entregará el alma en un pequeño castillo, *gallicinum dies Mariis*, antes de que salga el sol, que estará entonces *in signo Geminorum*.

—¿Y yo? —Korybut, en su rincón, no pudo contenerse—. ¿Qué pasa conmigo? ¡Mi horóscopo! ¡Se me había prometido!

—Morirás por la madera y el hierro, segundo hijo de tu padre —respondió el espectro con voz airada—. Se cumplirá tu destino en *dies Jovis*, catorce días antes del Equinoctium autumnale. Cuando te las veas con el Lobo a orillas del río sagrado. Ahí tienes tu horóscopo. Tal vez podría haberte profetizado algo mejor, pero me arrancaste un dedo del pie. Así que tienes lo que tienes.

—¿Y eso qué quiere decir? —saltó el duque—. ¡Háblame claro de una vez! ¿Qué te has creído? ¡No eres más que un muerto! ¡Un cadáver! No me vas a...

—Duque —le interrumpió Reynevan, cerrando el grimorio—. El espíritu ya no está. Se ha ido. Como un soplo, se ha marchado a donde ha querido.

El mapa que había en la mesa estaba lleno de marcas. Líneas y trazos unían Bohemia con las Lausacias: con Zittau, Bautzen, Zgorzelec. Otra llevaba hacia Opava y Silesia, a Racibórz y Kozle. Otra llevaba hasta el valle del Elba, hasta Sajonia, otra, la más gruesa, derecho a Wroclaw. Reynevan no pudo ver más, Procopio el Rasurado cubrió el mapa con una hoja de papel. Alzó la cabeza. Estuvieron mirándose a los ojos largamente.

—Me han informado —dijo al fin Procopio— de que has hecho buenas migas con Segismundo Korybut. De que pasáis mucho tiempo juntos, entretenidos con la magia y la astrología. Me gustaría creer que no os entretenéis con nada más.

—No comprendo.

—Seguro que sí. Pero si prefieres que vaya al grano, por mí encantado. Korybut es un traidor. Se ha entendido con el Papa, se ha entendido con Jan Príbram, con Rozmberk, con Heinrich von Plauen, con los católicos de Pilsen. Según afirma él, lo que buscaba era alcanzar la paz, pues lamentaba el derramamiento de sangre cristiana que estaba teniendo lugar. Y yo afirmo que eso son cuentos, no iba a ser tan estúpido como para no comprender qué se traían entre manos, de verdad, el Papa y los católicos. ¿La paz? ¿Compromisos? ¿Pactos? ¡Bobadas! Querían sembrar la discordia, hacer que empezáramos a pelearnos entre nosotros y a degollarnos los unos a los otros, y ellos ya se encargarían de rematar a los supervivientes. Korybut tenía que saberlo, así que era culpable de traición, y por esa traición fue hecho prisionero, tuvo suerte de que no lo ajusticiaran. Pero habría estado encerrado en Valdstejn hasta el día del Juicio Final de no haber sido por la intercesión de Jagiello y por el generoso rescate que pagó.

»Y ahora hemos llegado a un acuerdo. Estando aquí, en Odry, Korybut y Puchala le prestan al Tabor, hay que reconocerlo, un precioso servicio: gracias a ellos tenemos firmemente controlada la Puerta Morava, un bastión contra la alianza del Luxemburgo con Albrecht y un vínculo con Polonia. Hemos concertado un acuerdo y

hemos llegado a un entendimiento. Para mí, Korybut tiene dos ventajas. Primo: se ha despedido definitivamente de sus aspiraciones al trono bohemio. Secundo: odia al Staré Mesto de Praga. De modo que nos une una comunidad de intereses. Mientras se mantenga esa comunidad de intereses, Korybut será mi aliado y compañero de armas. Mientras se mantenga. ¿Me has entendido?

—Sí, lo he entendido. Pero... Si se me permite una observación...

—Habla.

—Podría encontrarse una tercera ventaja a Korybut. El encuentro de Lutsk ha enfrentado a Jagiello con Vitautas y, habiendo sido el Luxemburgo quien los ha malquistado, Jagiello buscará algún medio para hacérselo pagar. Es de esperar que ese medio sea el duque Korybut. Es de esperar que suba mucho la cotización de Korybut. Así pues, ¿no sería oportuno apostar a esa carta?

Procopio estuvo un rato mordisqueándose el bigote.

—Que si sería oportuno, dices —replicó finalmente—. Apostar a esa carta, dices. Dices que va a subir su cotización. ¿Así que te has vuelto un estratega y un político previsor? Hasta ahora no habías mostrado ningún talento en ese sentido. Decididamente eras mejor como médico y mago. ¿No será esto magia? ¿Astrología? ¿A esto es a lo que te dedicas con ese lituano? Si es así, deja que yo también me entere de lo que dicen las estrellas, que sepa qué acontecimientos, qué lances de fortuna nos anuncian las revoluciones, conjunciones y oposiciones de los cuerpos celestes.

—En el trono de Pedro —empezó Reynevan con recelo— pronto se sentará un nuevo vicario. El gran duque Vitautas no vivirá para verlo, morirá durante el penúltimo año del pontificado de Martín V. Ladislao Jagiello, rey de Polonia, sobrevivirá a ambos, tanto a Vitautas como a Martín. Dejará este valle de lágrimas en el cuarto año de pontificado del nuevo Papa.

Procopio callaba.

—Imagino —conjeturó al fin— que las profecías, como de costumbre, no serán del todo claras. Y que no dan fechas concretas.

—No son claras. —Reynevan no pestañeó—. Y no dan fechas.

—Ya. Pero Martín V, bien mirado, tiene sus buenos sesenta años, han pasado ya doce desde el cónclave. Seguro que está débil, ya verás cómo estira la pata... ¡Ja! Y dices que Vitautas va a estirar la pata primero, que va a ir a llamar a las puertas del paraíso antes que el papa Martín... Ja. Qué curioso. ¿Has oído hablar del horóscopo que elaboró para la reina Sonka el astrólogo Henryk de Brzeg?

—Sí. El horóscopo no es demasiado propicio para los hijos de Jagiello, Ladislao y Casimiro. Durante sus reinados, por lo visto, el reino de Polonia va a sufrir calamidades.

—Pero van a reinar —dijo Procopio, acentuando sus palabras—. Los dos van a reinar. En Wawel. Primero uno de ellos, después el otro.

—Son hijos de rey, así que es algo normal...

—Estamos hablando de Polonia —recordó Procopio—. Ahí nunca nada es normal. Pero eso es lo de menos, los horóscopos también se equivocan, y no digamos ya los adivinos. De todos modos, nuestro interés por las cosas del futuro no hay quien lo pare. Y, ya que estamos, ¿qué va a ser del duque Korybut? ¿Qué le anuncian las estrellas?

—A él, precisamente —Reynevan se encogió de hombros—, le son favorables. O, al menos, eso es lo que piensa. Ha de morir a orillas de un río sagrado, después de enfrentarse con un lobo. El lobo, considera Korybut, de acuerdo con las profecías de Malaquías, es el sucesor de Martín V. Y el río sagrado es el Jordán. El duque no tiene intención de viajar a Palestina ni de vérselas con el Papa a orillas del Jordán. Cree que eso le garantiza largos años de vida.

—¿Y tú qué crees?

—A veces los espíritus se burlan de los hombres con sus profecías. Y esta de Korybut me recuerda a la leyenda de Gerbert d’Aurillac, el Papa Silvestre II. Al Papa Silvestre le profetizaron que moriría después de celebrar misa en Jerusalén, así que pensó que le bastaba con no ir allí para vivir eternamente. Murió en Roma, después de celebrar misa en la iglesia de la Santa Cruz. Esa iglesia se llama de la Santa Cruz de Jerusalén.

—¿Se lo has contado a Korybut?

—No.

—Pues no se lo cuentes. —El director operationum Thaboritarum se levantó, cruzó la habitación, abrió la ventana. Se podía sentir la primavera—. El lunes partís para Silesia. Allí tenéis asuntos importantes que resolver. Deposito en ti mi confianza, Reynevan. No me falles. Porque, si me fallas, te arrancaré el alma.

Llegó el Domingo de Ramos, llamado en Bohemia Domingo Florido. Las campanas llamaban a los fieles a la procesión, y después a misa. Para ser más exactos: a dos misas.

La misa de los husitas la celebraba el mismísimo Procopio el Grande, jefe supremo de las tropas en campaña. Naturalmente, de acuerdo con la liturgia taborita: a cielo abierto, fuera de las murallas de la ciudad, en el llamado prado de la Carpa, con un cáliz encima de una mesa cubierta con un sencillo mantel blanco. La misa de los católicos, en su gran mayoría polacos, tenía lugar en la ciudad, en la iglesia de San Bartolomé, y la celebraba ante el altar el padre Kolatka, párroco de Nasiedle, capturado con fines expresamente pastorales durante un ataque al ducado de Opava y trasladado con todas sus vestimentas, utensilios y avíos litúrgicos.

Reynevan asistió a la misa husita. Scharley no asistió a ninguna, el culto, como solía decir, hacía ya mucho que le deprimía, y las celebraciones le aburrían. Sansón se acercó al río, estuvo largo rato paseando por la orilla, mirando el cielo, los matorrales y los patos.

En el prado de la Carpa, Procopio el Grande pronunció su sermón ante la multitud.

—¡Se acerca el día terrible del Señor! —proclamó—. La más completa turbación y la furia más atroz, para hacer de la Tierra un lugar desierto y exterminar en ella a los pecadores. Pues las estrellas del cielo y Orión no iluminarán con su luz, el sol se oscurecerá ya desde el mismo amanecer y la luna no alumbrará con su reflejo.

—Aunque se multipliquen vuestras plegarias, ya no os escucho —predicaba desde el púlpito de San Bartolomé el padre Kolatka— Vuestras manos están llenas de sangre. ¡Lavaos y sed limpios! ¡Apartad el mal de vuestras acciones ante mis ojos! ¡Dejad de hacer el mal! ¡Ejercitaos en el bien! Preocupaos por la justicia, ayudad al oprimido, reparad a los huérfanos, acudid en defensa de las viudas. Aunque vuestros pecados sean como la grana, se volverán blancos como la nieve, aunque sean rojos como la púrpura, se tornarán como la lana.

—El Señor —rodaba por el prado de la Carpa la voz profunda de Procopio— hierve de ira contra todos los paganos y arde de indignación contra todos sus ejércitos. ¡Están destinados a la destrucción y condenados a la matanza! Sus muertos yacen abandonados, un aire pestilente emana de sus cuerpos, los montes están empapados en su sangre.

—Sus intenciones son criminales —dijo con voz serena el padre Kolatka—. El asolamiento y la aniquilación están en sus caminos. No conocen el camino de la paz. No hay justicia en sus actos. Sus propios caminos los hicieron tortuosos. Por eso, la verdad está alejada de nosotros y la justicia nunca nos alcanza. Esperábamos la luz, y he aquí que nos llegan las tinieblas. Esperábamos rayos luminosos, y caminamos por las sombras. Palpamos las paredes como los ciegos y andamos a tientas como si no tuviéramos ojos. En pleno mediodía, igual que en mitad de la noche, tropezamos, en la plenitud de nuestras fuerzas estamos como muertos.

»Llegó tu luz —el padre Kolatka extendió su brazo hacia los fieles en la nave— y la gloria del Señor brilló sobre ti. Pues he aquí que las tinieblas cubren la tierra y una densa oscuridad envuelve a la gente, aunque por encima de ti resplandece el Señor, y su gloria se mostrará sobre ti. E irán las naciones hacia tu luz, los reyes hacia el resplandor de tu oriente.

El sol asomaba por detrás de las nubes, la claridad lo inundó todo.

—*Ite, missa est.*

Capítulo noveno

En el que, de camino a una misión secreta en Silesia, la lealtad de Reynevan es puesta a prueba de muchas y muy diversas formas. Él lo soporta con notable paciencia, a diferencia de Sansón Mieles, que se siente ofendido y lo hace notar.

Corrían por campos donde reinaba la primavera, marchaban a todo galope, salpicando agua y barro de los caminos reblandecidos.

Dejaron atrás Hradec y alcanzaron Moravice, llegaron después a Opava, la corte de Przemek, duque de la dinastía de los Premíslidas. Aquí aflojaron el paso, para no levantar sospechas. Cuando ya se alejaban de la ciudad, acompañados por el toque del Ángelus, Reynevan cayó en la cuenta de que algo no encajaba. Cayó en la cuenta en parte por su propia iniciativa, en parte inducido por las elocuentes miradas de Scharley. Durante un tiempo estuvo considerando si no estaría equivocado. Pero no. Tenía razón. Algo no encajaba.

—Aquí hay algo que no encaja. ¡Algo no va bien, Bedrich!

—¿Eh?

—Deberíamos ir hacia Krnov y Glucholazy, eso fue lo que dijo Procopio. Hacia el noroeste. Pero estamos yendo en dirección nordeste. Esta es la carretera de Racibórz.

Bedrich de Strážnice volvió grupas, se acercó a Reynevan.

—En lo referente a la carretera, tienes razón —asintió fríamente, mirando a Reynevan a los ojos—. En todo lo demás, no. Todo encaja y todo es como tiene que ser.

—Procopio dijo...

—A ti te lo dijo —le cortó Bedrich—. A mí me dio órdenes. Yo dirijo esta misión. ¿Alguna objeción?

—¿Debería tenerla? —terció Scharley, acercándose en su hermoso caballo negro—. Porque yo sí la tengo.

—Y si... —Sansón, en un gran semental lancero, alcanzó a Bedrich por la derecha—. ¿Y si optamos por algo de franqueza, señor de Strážnice? Algo de franqueza y de confianza. ¿Es mucho pedir?

La intervención de Sansón dejó desconcertado a Bedrich, si bien por poco tiempo. Apartó la mirada del gigante. Miró de reojo a Scharley. Hizo una indicación con la vista a sus cuatro hombres. Moravos de expresión decidida y zarpas nudosas. Aquella indicación fue suficiente para que los moravos, como obedeciendo una orden, bajaran sus manazas y las apoyaran en los mangos de las hachas que colgaban de sus sillas de montar.

—Algo de sinceridad, ¿no? —repitió Bedrich, torciendo el gesto—. De acuerdo. Vosotros primero. Tú primero, gigantón. ¿Quién eres tú de verdad?

—*Ego sum qui sum.*

—Nos estamos apartando del tema. —Scharley tiró del freno de su caballo—. ¿Vas a darle explicaciones a Reynevan? ¿O voy a tener que hacerlo yo?

—Hazlo tú. Te escucho encantado.

—Hemos cambiado de ruta inesperadamente —empezó el demérito sin titubeos— para dársela con queso a los espías, a los esbirros del obispo y a la Inquisición. Vamos por la carretera de Racibórz, mientras que ellos seguramente nos están esperando en Krnov y es muy posible que nos hayan tendido allí una trampa. Porque han tenido noticia de la ruta que seguimos. Tú has sido quien ha dado el soplo, Reinmar.

—Está claro. —Reynevan se quitó un guante, se enjugó la frente—. Está muy claro. Para Procopio, el juramento sobre el crucifijo no ha sido suficiente. Continúa poniéndome a prueba.

—¡Al diablo! —Bedrich de Stráznice se inclinó en la silla, escupió al suelo—. ¿Te sorprende? ¿Tú, en su lugar, actuarías de otro modo?

—¿Y solo por eso me ha enviado a Silesia? ¿Solo por eso estamos siguiendo esta ruta y nos hemos metido en pleno territorio enemigo? ¿Solo y exclusivamente por eso?

—No solo por eso. —Bedrich se irguió—. En absoluto es solo por eso. Pero ya basta. En marcha, el tiempo apremia.

—¿Adónde vamos? Lo pregunto para poder informar a los esbirros del obispo.

—No te pases de la raya, Reynevan. Vamos.

Reanudaron la marcha, ya sin prisas, por un camino empapado, entre bosques. Al frente marchaban dos moravos, detrás Bedrich y Reynevan, después Sansón y Scharley, y por último los otros dos moravos. Marchaban con cautela, pues se encontraban en territorio hostil, en los dominios del ducado de Racibórz. El joven duque Nicolás era un enemigo encarnizado de los husitas, más aún que su padre, el célebre herzog Juan, llamado Juan de Hierro, fallecido no hacía mucho. El herzog Juan, con tal de fastidiar a los husitas, no había vacilado en enfrentarse a la poderosa Polonia y a su rey. En 1421 provocó un serio incidente diplomático: hizo detener y apresar a toda una comitiva que marchaba de Bohemia a Cracovia en misión diplomática, y a los legados —con el poderoso Vilém Kostka de Postupice a la cabeza— los metió en un calabozo, les robó hasta la camisa y se los vendió al Luxemburgo, quien solo accedió a liberarlos tras una airada nota de Jagiello y gracias a la mediación de Zawisza el Negro de Garbów. De modo que no les faltaban motivos para andarse con ojo. De haber caído en manos de los de Racibórz no les habrían servido de ayuda ni las notas ni las mediaciones: los habrían colgado sin contemplaciones.

Marchaban. Bedrich, pendiente de Reynevan. Reynevan, de mala gana, pendiente de Bedrich. No parecía el comienzo de una hermosa amistad.

Bedrich de Stráznice, según se decía, pertenecía a una familia noble, aunque bastante venida a menos. Antes de la revolución, al parecer, había sido clérigo. Pese a que no parecía mayor que Reynevan, y seguramente no lo era, contaba ya con una larga y pintoresca carrera militar. Nada más estallar la revolución, se había puesto de su lado, arrastrado, como tantos otros, por la ola de euforia. En 1421, como predicador taborita y emisario, desencadenó un vendaval husita en Moravia, que hasta ese momento se había mantenido leal al Luxemburgo. Su obra y su criatura fue el Nuevo Tabor moravo, radicado en Uhersky Ostroh, famoso sobre todo por sus ataques a monasterios y sus quemas de iglesias, a menudo con los curas dentro. Después de algunos combates contra los húngaros del Luxemburgo, cuando el ambiente empezaba a caldearse, Bedrich dejó Moravia a los moravos y regresó a Bohemia, donde se sumó a los orebitas, y después al Tabor Menor de Zizka. Tras la muerte de Zizka, se unió a Procopio el Rasurado, a quien sirvió como ayudante en misiones especiales. Dejó de dedicarse a la predicación, se afeitó la barba apostólica, así como el bigote, convirtiéndose en un dulce muchacho que parecía salido de las estampas de santos. Quien no le conociera, podría dejarse engañar por su apariencia.

—Reynevan.

—¿Qué?

—Tenemos que hablar.

—Seguramente ya va siendo hora. A mí, ya lo ves, esta situación me tiene totalmente asqueado. Y ya estoy harto, sencillamente. Procopio me ha ordenado dirigirme a Silesia, y he obedecido su orden. Por lo que veo, he cometido un error. Tendría que haberme negado, sin pensar en las consecuencias. Y ahora estoy aquí, el diablo sabrá por qué. ¿Para someterme a una prueba? ¿Cómo instrumento de una provocación? ¿Con qué objetivo? O puede que sea solo para...

—Ya te he dicho —le cortó súbitamente Bedrich— que no es solo por eso, ni mucho menos. La idea de cambiar de ruta inesperadamente ha sido mía. Procopio confía en ti. Por lo demás, en lo tocante a la misión en Silesia no tenía elección. Vamos a encontrarnos y a tratar con... con ciertas personas. Personalidades, más bien. Esas personas han puesto sus condiciones, condiciones extrañas y llamativas: han exigido que tú, Reinmar de Bielau, participaras personalmente en los encuentros y en las negociaciones. No me preguntes por qué. No lo sé. A lo mejor tú sí lo sabes...

—No lo sé. Lo creas o no, para mí es igual de extraño y llamativo. Tanto que ya me estoy oliendo tu próximo paso. Porque tú sigues sin creerme.

Bedrich de Stráznice frenó bruscamente al caballo.

—Tengo una propuesta —dijo, irguiéndose en la silla—. Prescindiendo de todo lo demás, vamos a concertar una tregua, aunque solo sea por el tiempo que dure esta misión. Nos hemos adentrado en el centro mismo del campo enemigo. Mal acabaremos si desconfiamos el uno del otro, si no somos solidarios, si no tenemos los ojos bien abiertos y no estamos dispuestos a guardarnos mutuamente las espaldas, en

caso de que ocurriera algo. ¿Qué dices? ¿Nos damos la mano?

—Sí, Bedrich. Pero, desde este momento, que haya franqueza entre nosotros.

—Franqueza, Reynevan.

Al día siguiente dejaron atrás la localidad de Krzanowice y llegaron a la aldea de Bojanów, conocida por el austero edificio del convento, filial del de las hermanas dominicas de Racibórz. Estaban, según calculó Bedrich, como a una milla de Racibórz.

—Os recuerdo —reunió al destacamento y empezó a dar instrucciones— que somos comerciantes de Prusia, de Elblag, y que hemos estado en Hungría, precisamente venimos de ahí. Estamos muy pesados, porque en Odry nos han detenido y nos han robado los husitas. Esa es la versión que vamos a sostener en caso de que pasara algo. Ya sé que Reynevan y Scharley hablan alemán. ¿Y tú, gigantón? ¿De dónde has salido? ¿Quién eres?

—Hablo todas las lenguas humanas, aparte de eso resueno como un címbalo y vibro como el cobre. Y me llamo Sansón. Así pues, dirígete a mí por mi nombre, comandante.

Ya se divisaban a lo lejos las murallas y las torres de Racibórz. En primer lugar, antes incluso de llegar al arrabal, pasaron por delante de una ermita, un cementerio y una horca que decoraba la cima de un cerro llano. Colgados de una traviesa, impulsados por una agradable brisa, se balanceaban varios cuerpos en distintos grados de descomposición.

—Hasta en Semana Santa cuelgan a la gente —observó Scharley—. Lo cual quiere decir que les hace falta. Lo cual quiere decir que andan de caza.

—En todas partes andan de caza. —Bedrich se encogió de hombros—. Después de la razia del año pasado, ven husitas por todas partes. La psicosis del miedo.

—La razia —objetó Reynevan— ni siquiera llegó al ducado de Racibórz. Aquí a los husitas ni los vieron.

—¿Y alguien ha visto al diablo? Pues todo el mundo le tiene miedo.

Atravesaron el arrabal envuelto en humo, donde se oían las voces de diversos animales y los sonidos de las tareas que la gente suele realizar para ganarse la vida. Junto a la Puerta de San Nicolás habría un cuarto de centenar de mendigos, exhibiendo sus muñones purulentos y sus llagas por debajo de los harapos. Bedrich les lanzó unas monedas de cobre para guardar las apariencias y hacer más creíble su tapadera: llegaban a la ciudad como mercaderes, y entre los mercaderes se estilaban las limosnas, los donativos y esa clase de exhibiciones.

—Aquí nos dividimos —advirtió Bedrich cuando franquearon la puerta y se vieron junto al convento de las dominicas—. Me imagino que ya conocéis Racibórz. Esta es la calle de la Virgen, siguiendo en línea recta se llega a la plaza Mayor, de la que sale la calle del Oder, que lleva a la puerta de idéntico nombre. Allí hay una

fonda que se llama La Balanza del Molino. Deteneos allí y esperad a que lleguemos nosotros. O sea, Reynevan y yo.

—Vosotros, mientras tanto —Scharley guiñó un ojo—, iréis a otra dirección. ¿A cuál, si se puede saber?

—En principio, sí se puede —dijo Bedrich sin pestañear—. Pero, ¿vale la pena? Si algo, lagarto, lagarto, no saliera bien, pueden interesarse por esa otra dirección. En ese caso, será preferible que os podáis amparar en la ignorancia.

—Si algo, lagarto, lagarto, no saliera bien —dijo con calma el demérito—, a lo mejor tenemos que ir a sacaros el culo de algún agujero. En ese caso, el conocimiento podría servirnos de ayuda. No así la ignorancia.

El predicador estuvo unos momentos callado, mordiéndose los labios.

—En la plaza Mayor —dijo finalmente—. En la fachada oriental, haciendo esquina con la calle Larga. En el edificio de La Corona de Oro.

No había error posible: el edificio situado en la fachada oriental de la plaza, en la esquina con la calle Larga, tenía en el frontispicio un llamativo relieve que representaba una corona de oro entre motivos vegetales. La puerta, oculta en un porche, recordaba al portón de una fortaleza, y estuvieron llamando un buen rato hasta que les hicieron caso. Bedrich golpeaba la puerta y maldecía en voz baja. Reynevan vigilaba, atento a los posibles espías. Por fin les abrieron, escucharon sus explicaciones, les dejaron entrar. Reynevan suspiró, sorprendido. La estancia en la que se encontraban era idéntica a aquella de Wroclaw donde había retirado, el pasado febrero, el depósito de Otto Beess, idéntica en todos los detalles, incluidos los muebles de Gdansk, la chimenea y el gran mapa que colgaba en la pared de enfrente. El agente que estaba instalado en aquel interior familiar también le resultaba familiar. Cosa que no era de extrañar, ya que se trataba del mismo agente.

—Sean bienvenidos los señores a la hermosa y próspera ciudad de Racibórz. —El agente de la compañía Fugger se levantó de la mesa, les invitó a sentarse con un gesto—. El señor Bedrich de Stráznice, si no me equivoco.

—Efectivamente —asintió el predicador—. Y este es...

—Reinmar de Bielau o de Hagenau —le cortó el agente con una sonrisa—. Ya he tenido el placer. Me alegro de ver a vuesa merced, me agrada comprobar que habéis salido con bien de los distintos conflictos a los que os visteis arrastrado no hace mucho. En cuanto a vuesa merced, señor de Stráznice, os ruego que transmitáis al hetmán Procopio el Grande que me ha llenado de satisfacción ver a don Reinmar.

—Así lo haré —repuso Bedrich con el rostro impertérrito.

—Debéis saber entonces, don Reinmar —al agente no se le borraba la sonrisa de los labios—, que vuestra presencia aquí es una especie de examen. Un test de confianza. El hetmán Procopio decidió poner a prueba a la compañía de los Fugger. La compañía, que nunca queda en deuda con nadie, se ha sometido a la prueba del hetmán Procopio. Y las pruebas, puedo aseguraros, han sido extraordinariamente

exitosas. Para todos.

—Propongo que vayamos al grano —dijo Bedrich con aspereza—. El tiempo apremia.

—Ahorrémonos entonces —asintió el agente— tiempo y palabras. El tiempo es oro, y *verbis ut nummis utendum est*. Y tenemos que hablar de dinero. La guerra se presiente, y *nervus belli pecunia*. Así pues, os escucho, señor de Stráznice. ¿Cuáles son, en lo tocante a *pecunii*, las expectativas del hetmán Procopio, jefe supremo de las fuerzas del Tabor? ¿A cuánto ascienden las necesidades del Tabor? ¿Con qué suma os quedaríais satisfechos?

—Cien mil schockgrosches de Praga.

El agente se acarició la barbilla bien rasurada.

—No es poco. Diré más: es mucho.

—El hetmán Procopio propone que la compañía lo trate como una inversión.

—La guerra —repuso el agente— es algo demasiado inseguro para comprometer en ella un capital tan grande pensando en los futuros beneficios. Además, tampoco se puede considerar tal inversión por razones morales y éticas. La compañía de los Fugger, como la mujer del César, tiene que cuidar su imagen y su reputación. Así pues, solo nos queda recurrir al préstamo. Un crédito confidencial. Os concedemos un crédito, lo satisfacéis... digamos en el plazo de tres años. Naturalmente, con un interés. El interés, claro está, ha de ser elevado. Pero no en efectivo.

—Entonces —Bedrich levantó una ceja—, ¿no hay que pagar en dinero contante y sonante?

—Así es, ni más ni menos. Nada de pagar en efectivo. El crédito concedido lo abonaréis de acuerdo con su valor nominal. Pero los intereses los pagaréis en especie.

—¿De qué tipo?

—Dentro de un año, a lo sumo —empezó el agente de los Fugger tras un momento de silencio tenso—, realizaréis una gran incursión en Sajonia. Es algo inevitable, en vista de la situación económica, política y militar. Será, ante todo, una operación de rapiña, si bien los objetivos secundarios no serán menos importantes: exportar la revolución, hacer propaganda y difundir el terror, arruinando de paso la economía del enemigo, hundiendo su moral y desbaratando los planes de llevar a cabo una nueva cruzada contra Bohemia.

Bedrich no hizo ningún comentario, su rostro era imperturbable. Pero sus ojos lo decían todo.

—Habida cuenta de la escala de la empresa —prosiguió el agente—, el Tabor actuará de acuerdo con los Huérfanos y con Praga. Penetraréis en Sajonia, como es fácil suponer, por los montes Metálicos, avanzaréis por el valle del Elba hasta Dresde y Meissen. Y allí empezareis a pagar los intereses del crédito que os conceda la compañía. En especie. ¿Tenéis problemas de memoria, señor de Stráznice?

—No, no los tengo.

—Eso está bien. Primer servicio: destruir la fábrica de cristal de Glashütte.

—Ajá. ¿Pertenece, creo adivinar, a la competencia?

—No adivinéis, don Bedrich, porque no estamos jugando a las adivinanzas. Ni a ninguna otra diversión popular semejante. Sigamos: en Legenfeld hay una mina de mena de hierro. Destruid las ruedas y las norias que se utilizan para el drenaje de la mina, las cucharas, los lavaderos, las trituradoras y los morteros para romper el mineral, los martillos...

—Un momento. Otra vez. ¿Qué es lo que tenemos que destruir?

—Todo. —El agente de la compañía de los Fugger sonrió exclusivamente con los labios.

—Está claro.

—En el marco de las siguientes prestaciones —la voz del agente era fría e impasible— destruiréis el pozo de la mina de Hermsdorf, los hornos, las toberas y todos los crisoles. Acabaréis con la mina de plata de Marienberg. La mina de carbón de Freital. Y la mina de estaño de Altenberg. ¿Os acordaréis?

—Desde luego.

—Estupendo. Si el Tabor acepta las condiciones, se os entregarán cien mil schockgrosches en el plazo de un mes. Eso es todo, señor de Stráznice. Os ruego que le transmitáis mi respeto al hetmán Procopio. En cuanto al señor de Bielau, quiero pedirle que se quede. Tengo que decirle dos palabras. En privado.

Bedrich se inclinó, miró a Reynevan con mala cara. Y se fue.

—Tus negocios en Wroclaw no van demasiado bien —empezó el agente cuando se quedaron a solas—. Sé que habías depositado tus esperanzas en ese altarista conocido como padre Feliciano. Vanas esperanzas. El altarista no va a ayudarte, él mismo se ha metido en un buen lío del que no le va a ser nada fácil salir. Cualquier contacto con él sería ahora mismo totalmente contraproducente. Como también son totalmente contraproducentes las visitas a Wroclaw. Y a sus alrededores, en el más amplio sentido de la palabra.

—Si Feliciano ha averiguado algo sobre...

—No —le cortó el agente—. Ni él, ni nadie.

—¿Qué hay de mis amigos? ¿Están a salvo? ¿Puedo estar tranquilo con respecto a ellos?

—Nadie —repuso el agente— está a salvo en estos tiempos. Y el lujo de la tranquilidad no se lo pueden permitir ni los mayores magnates de este mundo. Lo único que te puedo decir es que Grabis Hempel, llamado Allerdings, no está en Wroclaw, ha desaparecido, se ha largado, está en paradero desconocido. Y con el boticario Czibulka ya has perdido todo contacto. Y no lo vas a recuperar. A este respecto tienes que fiarte de la compañía.

—Gracias. Otra cosa más: en febrero quien me salvó de los guardias de Wroclaw fue... una mujer. ¿No sabréis algo de ella?

El agente sonrió.

—Una mujer, Reinmar, es flor de un día. La compañía de los Fugger solo está

interesada en asuntos de peso.

Bedrich no estaba esperando junto al edificio de La Corona, se había largado. Reynevan estaba solo en la plaza de Racibórz.

A diferencia del activo arrabal, ruidoso y bullicioso, intramuros Racibórz parecía una ciudad tranquila y un tanto mortecina. Reynevan, que no la había frecuentado, no sabía si era siempre así o si los habitantes se habían contagiado de la pesada atmósfera de la Semana Santa. Precisamente, junto a la iglesia parroquial de la Asunción se había congregado la muchedumbre que acudía a misa, a pesar de que las campanas no convocaban a los fieles: era Jueves Santo, las campanas del templo habían enmudecido, reemplazadas por las matracas de madera, con su odioso y desapacible traqueteo.

Reynevan, justamente, se dirigía hacia la parroquia, pero de repente torció en dirección al ayuntamiento. Iba intranquilo, y cada dos por tres echaba un vistazo por encima del hombro, para cerciorarse de que nadie le seguía. El culpable era el agente de los Fugger, que le había aconsejado en tono categórico que estuviera atento y le había sugerido que siguiera un recorrido distinto a la hora de regresar, haciendo uso, preferiblemente, del amuleto mágico Pantaleón. Pero Reynevan ya no tenía el Pantaleón: aquel artefacto que enmascaraba el aspecto externo se había quedado en Wroclaw, en la farmacia La Mandrágora. Poco antes de que concluyera su estancia en aquella ciudad, temiendo los efectos secundarios, perjudiciales para la salud, de llevar encima el amuleto, Reynevan lo había escondido en su jergón y había dejado de usarlo. Seguramente por ese motivo lo habían atrapado.

Ahora prefería extremar las precauciones. En lugar de ir derecho a La Balanza del Molino para encontrarse con sus camaradas, fue yendo de acá para allá. Entró en la lonja de los paños, atestada de gente, se detuvo en el puesto de un guarnicionero, donde había más apreturas. Observó atentamente a la gente que pasaba. Ninguno de ellos parecía un espía. Suspiró.

A punto estuvo de ahogarse cuando alguien, de improviso, le dio una palmada en el hombro.

—¡Bendito sea Dios! —dijo Lukasz Bozyczko—. Bienvenido a Silesia, Reynevan. ¿Dónde te habías metido tanto tiempo?

—Venga, no me hagas esperar —le apremió Bozyczko—. ¿Qué informaciones tienes para mí?

En aquel patio oscuro al que había arrastrado a Reynevan apestaba a col fermentada. Y a vómitos. Y a pis de gato.

—Sigue, sigue. —El polaco se estaba impacientando—. Demuestra que sirves de algo.

—Si has sido capaz de encontrarme aquí —Reynevan apoyó la espalda contra el muro—, eso quiere decir que dispones de una información infinitamente mejor que la

mía. Lo que yo sé a ti no te va a servir de nada. Porque lo que yo sé y nada es lo mismo.

—Tu Jutta —Bozyczko hizo como si no le hubiera oído—, bajo nuestra custodia, tiene toda clase de lujos, disfruta de sustento y vestido, de calor, limpieza y refinamiento, es como si estuviera con su madre, o mejor incluso, porque goza de una compañía más interesante. Tanto lujo sale caro, estamos gastando en ella mucho dinero. Anda, danos garantías de que no lo estamos tirando a la basura.

No sé nada. No tengo nada de que informar.

—Me estás decepcionando.

—Lo lamento.

—Lo vas a lamentar de verdad —silbó Bozyczko—. ¿Me tomas por tonto? Si te he encontrado aquí ha sido porque, como bien has dicho, dispongo de informaciones. Sé que eres cercano a Procopio, cercano a Horn, cercano a Bedrich de Stráznice, cercano a Korybutovich. Has tenido que oír algo, que ver algo, que haber sido testigo de algo o haber participado en algo. Planes militares, proyectos políticos, uniones y alianzas, medios de conseguir recursos financieros. Tienes que saber algo.

—No sé nada de todo eso.

Bozyczko, dando una patada en el suelo, ahuyentó a un gato que se estaba restregando en las cañas de sus botas.

—Hay dos posibilidades —dijo—. La primera: estás mintiendo. La segunda: eres un imbécil y un torpe. En ambos casos no sirves para nada, las dos eventualidades te descartan como colaborador valioso. Eso no es bueno para ti, y es peor todavía para tu Jutta. Los lujos de los que disfruta ahora se los podemos retirar fácilmente. Y cambiar las comodidades por incomodidades. Tanto que resulten dolorosas.

—¡Prometiste que no le ibais a hacer nada! ¡Estás faltando a tu promesa!

—Demándame.

—Sé una cosa —soltó de pronto Reynevan— que os puede interesar. Si es que sentís curiosidad por el futuro del mundo.

—Habla.

—El año 1431, probablemente en marzo, morirá el Papa Martín V. Cuatro semanas antes de la Pascua, el cónclave elegirá como Papa a Gabriele Condulmer, cardenal de Siena, quien aparece en las profecías de Malaquías como Lupa coelestina, la loba celestina. Antes de que eso ocurra, habrá muerto Vitautas, gran duque de Lituania. Morirá como duque, no le será concedida la corona real, las maquinaciones del Luxemburgo no darán resultado. El fallecimiento de Ladislao Jagiello, rey de Polonia, tendrá lugar el año del Señor de 1434, a finales de mayo o comienzos de junio. Segismundo Korybutovich sobrevivirá a sus dos tíos.

—¿Quién te ha suministrado estas informaciones?

—Si te digo que han sido un hechizo y un espíritu del más allá, ¿me creerás?

El gato ahuyentado maullaba. Bozyczko por unos momentos midió a Reynevan con una mirada penetrante.

—Te creo —respondió al fin—. Tiene que ser cosa de hechicerías o de ultratumba, de otro modo, ¿cómo lo ibas a saber? Yo sé algo de estas cosas, como tú, también soy adepto a los arcanos ocultos. No tiene nada de malo, al fin y al cabo, los primeros en honrar a Jesús en Belén fueron los tres magos que le llevaban oro, incienso y mirra. Gracias por la noticia, le sacaremos partido sin ningún *dubium*. Pero es poco. Demasiado poco. Quiero saber...

Se calló, se irguió, alzó la cabeza, con un gesto le indicó a Reynevan que guardara silencio. Reynevan aguzó el oído, pero no oyó nada, aparte del maullido del gato, el bullicio de la cercana lonja de los paños y el traqueteo de las matracas de madera en la iglesia de la Asunción. Olfateó, porque le había dado la sensación de que a través de la peste del patio le llegaba de pronto un débil aroma a romero.

—¿Qué pasa? ¿Bozyczko?

Lukasz Bozyczko, en vez de responder, cogió a Reynevan de una manga y dio un fuerte tirón. Reynevan perdió el equilibrio, intentó agarrarse de un poste, pero en lugar del poste agarró a una persona. La persona, completamente invisible en las tinieblas y ligera como una sombra, empujó a Reynevan con ímpetu. Antes de caer, Reynevan alcanzó a ver el brillo de un cuchillo, vio cómo Bozyczko se lanzaba sobre aquel individuo. La hoja del cuchillo chirrió contra una pared, se oyó un golpe, seguido de una maldición furibunda, otro golpe, después el estrépito y el chasquido de unas tablas rotas. Algo destelló con la intensidad de un relámpago, iluminando el patio por un instante, se oyó un silbido en el aire, un fuerte olor a ozono y trementina delató que se trataba de magia goética. Reynevan no tenía intención de quedarse esperando a comprobar quién había lanzado el encantamiento. Se levantó bruscamente del suelo, se encaramó de un salto a un montón de madera, pasó por encima de la empalizada, a través del patio vecino corrió hasta la puerta de la muralla. Fue rápido, pero no lo suficiente. Alguien se le echó encima en un abrir y cerrar de ojos y lo derribó, aplastándolo contra el suelo.

—Tranquilo —le susurró al oído una voz de mujer, suave y melodiosa—. Tranquilo, Reynevan.

Obedeció. Aflojó la presión. La mujer, que hablaba con voz de contralto y desprendía un impreciso aroma a romero, le ayudó a levantarse.

—Por desgracia, el inquisidor ha escapado —dijo la mujer, apenas visible en la oscuridad—. Es una pena. De haberlo atrapado, quizá se le habría podido sacar dónde tienen a la Apolda.

—Dudo... —dijo Reynevan, sobreponiéndose a su asombro y a la resistencia de su garganta seca—. Dudo que se lo hubiéramos sacado.

—Puede que tengas razón —asintió la voz de contralto—. Pero por lo menos se ha llevado un buen susto. Y le he derribado dos veces, y le he sacudido bien, porque llevo un puño de acero en el guante. ¡Si hasta le han resonado los dientes! Para escapar, ha tenido que recurrir a la magia, maldito brujo...

—Y ahora se tomará la revancha con Jutta.

—No lo haré. Y a ti dejaré en paz por una temporada.

—¿Quién eres?

—No tan deprisa, no tan deprisa. —En la voz, de una modulación excitante, tintineó una nota de burla—. Soy una muchacha decente, tengo mis principios. *Coitus*, nunca antes de la tercera cita, secretos, confesiones y otras muestras de confianza en la cuarta o incluso más tarde. Así pues, *piano*, muchacho, *piano*. Basta con que sepas que estoy de tu parte.

—Me salvaste en Wrocław...

—Ya te lo he dicho. Estoy de tu parte. Procuro que no te pase nada malo. En el marco de mis desvelos, quiero ayudarte a encontrar a tu amada. Con ese objetivo, te propongo un encuentro en Strzegom.

—¿Cuándo?

—El día tercero del mes de Tamuz. En la calle de la Iglesia, junto a la escuela y el edificio del comendador de los Hospitalarios. Como no estoy del todo segura de cómo vas a calcular la fecha, echaré un vistazo durante los tres días siguientes. Si de verdad tu prometida es importante para ti, llegarás a tiempo.

—¿Por qué precisamente Strzegom?

—Le tengo cariño a esa ciudad.

—¿Por qué me ayudas?

—Tengo interés en ello.

—¿Qué clase de interés?

—A día de hoy —dijo la voz de contralto con aroma a romero— se trata de lo siguiente: en breve un viejo conocido tuyo te pedirá consejo. Tiene que adoptar una resolución, pero no acaba de decidirse. Procura que deje de titubear. Consigue que se reafirme en la opinión de que la idea inicial era la buena y va a hacer lo correcto.

—No entiendo.

—Lo entenderás. Anda, regresa con tus camaradas. ¿Qué haces aquí parado?

—Aclárame una sola cosa...

—¡Reynevan!

—¿Eres una persona? ¿Una mujer... hum... normal?

—Sobre esta cuestión —le respondió una risita burlona desde la oscuridad— las opiniones están divididas. Hay distintos pareceres.

Al día siguiente, Viernes Santo, a primera hora de una mañana triste, abandonaron Racibórz. Interrogado acerca de la meta y el recorrido que iban a seguir, Bedrich había mencionado algo de la carretera de Cracovia, que lleva hacia el este, pero a nadie le sorprendió que, dejando a mano derecha el puente sobre el Oder, se dirigieran hacia el norte por la orilla izquierda del río, ni que poco después, al llegar a un cruce, en vez de tomar la vía principal hacia Nysa, Bedrich, sin decir ni palabra, eligiera un camino menos transitado. El que llevaba a Kozle.

De los sucesos de la víspera Reynevan no dijo nada a sus compañeros.

El predicador les había metido prisa, marchaban a buen paso y antes de que empezara a anochecer divisaron las torres de una ciudad. Reynevan ya se había imaginado qué ciudad sería aquella desde el momento en que, antes de llegar a Kozle, habían girado bruscamente hacia el oeste, en dirección al bosque: ya sabía adonde — y al encuentro de quién— se dirigían. Y, si acaso le quedaba alguna duda, se la despejó definitivamente la vista del cortejo caballeresco que venía hacia ellos. Conocía a aquellos caballeros, recordaba sus nombres y linajes. Prawdzic. Nieczuja. Y al frente de todos ellos...

—¡Que Dios os bendiga! —le dio la bienvenida, deteniendo bruscamente al caballo, Krzych de Koscielec del clan de Ogonczyk—. ¡Que Dios os bendiga, mi señor! Me alegro de veros, don Reynevan. Bienvenido a Glogówek. Deprisa. El duque Bolko nos espera. Os aguarda impaciente.

—La vista desde las murallas del castillo de Glogówek ofrecía una imagen completa de la destrucción y las calamidades que, como resultado de las correrías del año anterior, había conocido y experimentado la Glogovia Minor, la perla hasta hacía no mucho de la arquitectura silesia. El arrabal del Agua, emplazado en la orilla opuesta del río Osobloga, había desaparecido sin más: costaba imaginar que en otros tiempos, sobre la costra negra de tierra carbonizada, se hubieran levantado edificios. Parecida suerte había corrido el arrabal del Castillo, populoso y ruidoso en su época. En el arrabal de Kozle la vida regresaba poco a poco, aunque también aquí se apreciaban huellas palmarias de los incendios que habían estallado hacía un año, el viernes anterior al domingo Laetare Anno Domini 1428, cuando, después de saquear el convento de los paulinos de Mochów, cayeron sobre Glogówek los destacamentos del Tabor: los checos de Jan Zmrzlík de Svojsín y los polacos de Dobka Puchala.

Entonces no se limitaron a atacar los suburbios, recordó Reynevan. Derribaron las puertas, franquearon las murallas, Zmrzlík y Puchala se abrieron paso hasta la ciudadela, degollando y provocando incendios, de los que Glogówek aún no se había recuperado. Las mansiones de la plaza Mayor estaban renegridas por el hollín y el humo, la parte meridional de la ciudad, en torno a la colegiata de San Bartolomé, era una mina, a pesar de las labores de reconstrucción que aún seguían en marcha. La propia colegiata se había llevado lo suyo, y el convento de los franciscanos había sufrido considerablemente.

—Es una vista descorazonadora, ¿verdad, Reynevan? —El duque Bolko Woloszek tenía los codos apoyados en la muralla—. Pero, como sabes, la ciudad, después de todo, aún tuvo suerte. Entonces, en marzo, cuando llegué a un acuerdo con vosotros, Procopio detuvo las quemas y ordenó liberar a los ciudadanos que habían sido apresados. Una vez liberados emprendieron la reconstrucción, y gracias a eso el nombre de Glogówek no quedó borrado del mapa de Silesia. Y no pasará mucho tiempo antes de que vuelvan a figurar en ese mapa Prudnik, Biala y Czyzowice.

»No voy a permitir que otras ciudades compartan la suerte de Prudnik y de Biala —prosiguió el duque—. Glogówek se salvó gracias al pacto con los husitas. Un pacto que concerté siguiendo tus consejos, Reinmar, camarada y amigo de estudios en Praga. No se me ha olvidado. Por eso he insistido en que formases parte en esta ocasión de la embajada de Procopio. Qué tal si charlamos de todo esto ahí adentro, delante de un vino. Delante de una gran cantidad de vino. Por lo general, la visión de tanta destrucción despierta en mí un intenso deseo de beber hasta caer redondo.

—He oído —Woloszek balanceó el vino húngaro en la copa— que en Wroclaw lanzaron contra ti un anatema. ¡Bienvenido a la hermandad! Ahora no solo somos compañeros, antiguos colegiales del Carolinum de Praga, sino que sobre los dos pesa un anatema. Sobre mí, por el pacto con vosotros, como es natural. Y también por haberle abierto la cabeza con una maza al duque aquel. Pero yo me río de sus anatemas. Ya pueden estar maldiciéndome hasta el día del Juicio, me importa un bledo. A mí, camarada, me enterrarán los Hermanos Menores con toda solemnidad en el convento restaurado de Glogówek, en la cripta, y me cantarán sobre el ataúd, rezarán, encenderán velas e incienso. Con toda pompa y solemnidad. No sé, su puta madre, si honrarán de ese modo al obispo cuando estire la pata, y quiera Dios que ocurra cuanto antes. Te preguntarás cómo sé lo de mi entierro. Tengo, hermano, un adivino a mi servicio^[24], *sortiarius* y hechicero. La verdad es que le preocupan más las aves que la hechicería, se dedica a coger gallinas y patos, les saca las tripas y con ellas te lee el porvenir. Pero hay que reconocer que no se equivoca.

—¿Y ese arúspice es el que te ha pronosticado un entierro tan solemne? Déjame adivinar: ¿a una edad propecta? ¿Después de una vida dichosa? ¿Rodeado de gloria y riqueza? Déjame adivinar: ¿le pagas generosamente? ¿Aseguras la prosperidad de su familia, parientes y amigos?

—Te burlas en vano. —El duque se entristeció—. El adivino no adivina por el beneficio ni por adulación. Porque no ha vacilado en profetizarme cosas por las que he estado a punto de hacerlo descuartizar. Me profetizó... Ah, eso no es asunto tuyo. Por lo demás, lo que sea, será. El destino no lo vas a cambiar.

—Pero se puede gobernar el destino.

—Y con eso cuento, para ser sincero —confesó Woloszek—. El brujo, como es natural, me predijo, basándose en las tripas de los patos, una vida larga y próspera, y tras ella una muerte rodeada de gloria y respeto, y un entierro fastuoso. Pero no por eso voy a dormirme en los laureles, no voy a quedarme de brazos cruzados esperando la dicha anunciada. Quiero gobernar mi destino. El mundo está en una encrucijada, tú lo sabes bien. Silesia también está en una encrucijada. Creo que sé lo que quiero hacer, ya casi he tomado una decisión. Pero antes quería encontrarme contigo, compañero. Por eso he insistido en que formarás parte de la embajada. Porque confío en ti.

Reynevan dio un trago de vino de Hungría, no hizo ningún comentario.

—Hace exactamente un año —prosiguió Woloszek—, a orillas del Stradunia, donde igual que hoy los amentos adornaban los sauces, me hablaste de la revolución. Del carro de la historia, que arrolla con su ímpetu lo Viejo, para dar paso a lo Nuevo. Me aconsejaste que me uniese a los vencedores, pues a los vencidos les aguarda la desgracia, y a los vencedores, en cambio, la gloria, el poder y el dominio. Me pintaste un panorama idílico.

»Ha pasado un año. Estamos en Sábado Santo, mañana es el domingo de Pascua. Se ha presentado Bedrich de Strážnice, enviado de Procopio, con una propuesta concreta. Quiero saber si están jugando limpio. ¿Reynevan? ¿Debo concertar una alianza con Procopio y Korybutovich?

Bolko Woloszek, señor de Glogówek, heredero al ducado de Opole, Piasta de los Piastas, clavó en Reynevan una mirada incisiva.

Reynevan no bajó los ojos.

—¿Si concierto una alianza con el Tabor —preguntó el duque en tono solemne—, me subiré al carro de la historia o caeré por un precipicio? ¿Qué es eso Nuevo que se acerca, por lo que tanto suspiramos? ¿El paraíso? ¿O el apocalipsis, que anuncia: «Ay de los vencedores, tanto como de los vencidos»? ¿Tengo que aliarme con Procopio y con Bedrich, con su idea, con su fe? Pon la mano en el corazón, Reimar, mírame a los ojos. Y responde como un amigo, como un compañero de la universidad, responde con una sola palabra: ¿sí o no? Voy a contener la respiración.

Desde el amanecer, el domingo de Pascua saludó a Glogówek con sol, calor primaveral y cantos de aves. Repiquetearon las campanas, echó a andar la procesión de Resurrección.

*Surrexit Dominus, surrexit vere,
et apparuit Simoni.
Alleluia, alleluia.*

Dirigía la procesión el guardián de los minoritas y, al mismo tiempo, lector colegial. Tras él marchaban otros hermanos menores. Después los caballeros, sobre todo polacos, a juzgar por sus blasones. A continuación el patriciado, burgueses, mercaderes. Los pocos que habían quedado en una ciudad en ruinas, que había perdido su relevancia.

*Advenisti desiderabilis^[25],
quem expectabamus in tenebris,
ut educeres hac nocte vinculos de claustris.
Te nostra vocabant suspiria,
te longa requeribant lamenta...
Alleluia!*

La procesión se detuvo a la altura del convento de los franciscanos. Woloszek había escogido el lugar a propósito. La vista de los muros resquebrajados, cubiertos de hollín, pero en su mayor parte salvados, contenía necesariamente un mensaje. Tenía que recordar a quién y a qué debían agradecer aquellos muros que aún siguieran en pie.

Un heraldo, vestido con un tabardo con el signo del águila dorada de Opole, se adelantó del cortejo. Tras aguardar a que cesara el murmullo y el runrún y se hiciera un silencio absoluto, el heraldo desenrolló un pergamino cubierto de sellos.

—*In nomine Sánete et Individué Trinitatis, amen* —leyó en voz alta—. *Nos Boleslaus filius Boleslae, Dei gratia dominus Glogovie et dux futurus Oppoliensis, significamus praesentibus litteris nostris, quorum interest, universus et singulis.*

»Damos a conocer que, en aras de la preservación de la paz y de la salvación de nuestras tierras y nuestros súbditos, hacemos voto y prestamos juramento de colaborar, como hermanos de armas y de fe, con la Comunidad del Tabor y con todos sus aliados. Juramos apoyar lealmente al Tabor y combatir a su lado por la paz y la estabilidad, lo que implica atacar conjuntamente a aquellos que se muestren contrarios a dicha estabilidad.

El guardián de los franciscanos palideció, se puso blanco como el sudario de un difunto, los demás monjes y sacerdotes presentaban un aspecto semejante. Aunque el duque ya los había preparado de antemano para lo que iba a ocurrir, no pudieron evitar el golpe.

—A modo de compensación, y para dar satisfacción al presente acuerdo, nuestras tierras y fortalezas, detalladas en un anexo, las donamos al Tabor, excepción hecha de aquellas que nos reservamos para nosotros. A cambio, el Tabor nos promete otras tierras y fortalezas, relacionadas en un anexo, pertenecientes ahora a terceros, siempre que podamos arrebatárselas a sus actuales propietarios en el marco de la lucha por la paz.

Factum est —concluyó el heraldo— *in Dominica Resurrectionis Anno Domini MCCCCXXDI ad laudem Omnipotentis Dei amen.*

Ni un susurro alteró el silencio.

Del cortejo salió el duque Boleslao Woloszek, hijo de Boleslao, nieto de Boleslao, Piasta de los Piastas. Portaba armadura completa, la cadena dorada al pecho y el cuello de armiño hacían que pareciera un rey. A su derecha se hallaba el mariscal, también con armadura completa de placas, por detrás el senescal, a su lado los huéspedes del duque, caballeros polacos, el uno un Leliwa, el otro un Kornicz. A la izquierda del duque se situaba el guardián de los franciscanos, muy pálido. Desde detrás avanzó un portaestandarte con la bandera del águila.

Antes de proseguir, el heraldo esperó a que se hiciera nuevamente el silencio.

—También damos a conocer a todos los aquí reunidos y a cada uno en particular que, con ánimo de estrechar aún más nuestra alianza con el Tabor, recibiremos la

sagrada comunión al modo de Cristo, es decir, bajo ambas formas, *sub utraque specie*, si bien ninguno de nuestros súbditos está obligado a adoptar esa forma de comunión, quedando garantizada la libertad de rito. Asimismo juramos los Cuatro Artículos proclamados y adoptados por la gente libre del reino de Bohemia.

El heraldo se retiró. Woloszek dio un paso al frente, el senescal y el abad se quedaron por detrás. Bedrich de Stráznice salió de la comitiva: estaba casi irreconocible con aquella sotana negra, ceñida con un cinturón de cuero. El predicador husita sostenía una patena y un cáliz de oro, bellamente grabado. Woloszek alzó la mano diestra.

—Juro que, en el ducado que Dios me ha otorgado, la palabra de Dios será pregonada libremente, sin riesgos ni impedimentos. Que el Cuerpo y la Sangre de Cristo Nuestro Señor serán distribuidos a los fieles bajo ambas formas, el pan y el vino, según disponen las Escrituras y según nos enseña el Salvador. Que los duques papistas serán desprovistos de su dominio secular sobre las riquezas y los bienes temporales, y que se verán privados de sus bienes temporales y sus riquezas por suponer un impedimento para su vida, su fe y su instrucción, tal y como nos mostró Cristo al proceder de idéntico modo con sus apóstoles. Que todos los pecados mortales y las infracciones manifiestas de la ley serán castigados. Contando con la ayuda de Dios y de la Santa Cruz.

Al terminar su juramento, se arrodilló. Bedrich se acercó, ofreció al duque la patena con la hostia y después el cáliz con el vino. A continuación levantó el recipiente con las dos manos.

—*Fiat voluntas Tua!*

—¡Amén! —respondieron los presentes.

Woloszek se levantó, haciendo chirriar la armadura.

—Hecho —dijo a los que estaban más próximos—. Vamos a comer algo por fin. Y a beber.

El banquete se celebró en el convento de los franciscanos, en el refectorio. Los muros estaban recubiertos por un mosaico de grietas, y en el interior aún olía a chamusquina. Pero los monjes habían insistido en que podían acoger al duque, aunque todos sabían por qué. Woloszek, convertido al Cáliz y a la fe de los bohemios, no ocultaba su intención de expulsar de Glogówek a los curas, prelados y canónigos colegiales. Los Hermanos Menores contaban con que a ellos les permitiría quedarse.

Los cocineros franciscanos rivalizaban entre sí en maestría culinaria. Cuatro enormes jabalíes se vanagloriaban en la mesa, rellenos todos de carne de cerdo y embutidos. Cuatro venados. Ocho corzos, una docena de lechones, una docena de gallos lira, ingentes cantidades de jamón, tocino ahumado, morcillas y embutido de ganso. El cuadro se completaba con abundantes bizcochos, pasteles, alajúes y tartas de Mazuria. El centro de la mesa estaba ocupado por un buey asado entero con los cuernos dorados, adornado con inscripciones hechas con tocino. Una de ellas decía:

O IESU, SPECULUM CLARITATIS AETERNAE. Otra, excesivamente lisonjera: *DEI GRATIA DUX BOLKO HUIUS LOCI BENEFACTOR.*

No menos imponente era la bebida: cuatro barriles de vino de Chipre, exemplum de las cuatro estaciones. Doce, como los meses del año, toneletes de vino de Hungría y de vinos itálicos. Gran cantidad —no había quien los contara, pero probablemente fueran cincuenta y dos, tantos como el número de semanas— de cántaros de vino de Moldavia y Hungría, jarras de miel y damajuanas del afamado hidromiel de Kaunas.

Cuarenta días de ayuno habían hecho su trabajo. Tras haber aguantado, con gran esfuerzo, mientras el pálido guardián rezaba el *Pater Noster* y el *Benedic Domine*, los famélicos comensales se lanzaron sobre el alimento y la bebida como los azores se lanzan sobre la becada, como Carlos Martel se lanzó sobre los árabes en Poitiers, como el cisne se lanzó sobre Leda y como el toro cretense sobre Pasífae, disfrazada de vaca. La mesa, que al principio recordaba a la cornucopia, el inagotable cuerno de la cabra Amaltea, empezó muy pronto a vaciarse, la visión de los huesos mordisqueados hacía pensar cada vez más en un camposanto profanado.

El duque Bolko Woloszek se desabrochó los botones de su jubón. Y regoldó. Largamente y con señorío.

—La orden mendicante —dijo— se ha esforzado. Aunque yo he corrido con los gastos, para no dejarlos en la ruina. Vienen malos tiempos para monjes y curas. Pienso echarlos con viento fresco. ¿Os habéis fijado en el guardián, con esa cara tan pálida, lo avinagrado que está? No aparta la vista de la pared, ni que hubiera leído en ella: *Mane, Tecel, Fares*. La verdad es que los franciscanos hasta me dan lástima: esos hermanos son muy decentes, son todos polacos y checos, fieles a los principios del santo de Asís. Atendían a los enfermos, ayudaban a los necesitados, siempre estaban donde eran requeridos: allí donde hubiera pobreza, donde hubiera ocurrido una desgracia, donde había infelicidad. Así que me va a dar pena expulsarlos. Pero qué se le va a hacer, tendrá que ser así. Se avecina lo Nuevo, los grandes cambios, la revolución, los últimos serán los primeros y viceversa. A los inocentes les tocará sufrir tanto como a los culpables. Pues viene lo Nuevo, y lo Nuevo siempre ha de empezar dando una patada en el culo a lo Viejo. ¿No tengo razón, Reynevan? ¿A que sí, don Bedrich?

—Entonces —dijo uno de los invitados polacos, el Leliwa—, ¿sois el presbítero Bedrich de Stráznice?

—Así es —asintió Bedrich, dejando por un momento de hurgarse los dientes—. Y vos sois Spytek Leliwa de Melsztyn, hijo del voivoda de Cracovia. Y vos, señor, sois Mikolaj Kornicz Sistrzeniec, burgrave de Bedzin. Como veis, no solo me son conocidos vuestros nombres y escudos de armas, sino también vuestros cargos. Permitidme que yo también me presente por mi cargo. Como consecuencia del acuerdo cerrado hoy y de las acciones en común, muy pronto toda la Alta Silesia será dominada, y pasará a pertenecer al Tabor, a Segismundo Korybutovich y al duque

Boleslao, aquí presente. En cuanto a mí, ostentaré el rango y el título de director, jefe superior de la representación del Tabor en Silesia.

Woloszek, adepto a las enseñanzas de Hus recién salido del horno, miró atentamente a su alrededor para comprobar si la ebriedad de los demás comensales le permitía hablar con libertad.

—Como veis —se dirigió a los polacos—, ya nos hemos repartido entre nosotros la Alta Silesia. Korybut recibirá Gliwice, los taboritas de Bedrich Niemcza y todo lo que le arrebatan al obispo. El ducado de Opole, como es natural, también tiene que obtener beneficios. Y abundantes. Quiero las tierras de Namysłów, Kluczbork, Rybnik y Pszczyna. Y la mitad de Bytom, que ahora gobierna ese jodido cruzado, Conrado el Blanco, el hermanito pequeño del obispo. Los postes fronterizos, tal y como se me prometió, se desplazarán en beneficio de los vencedores. Así pues, ¡a vencer y a mover esos postes!

—Si acaso mañana —repuso Mikolaj Kronicz Sistrzeniec—. Con todo lo que he comido y bebido, ahora no puedo ni moverme.

—Pues pasado mañana tenemos que ponernos en camino —anunció Spytek de Melsztyn—. ¿No es así, don Bedrich? ¿Don Reynevan? Porque tenemos que viajar juntos.

Reynevan miró a Bedrich, levantó las cejas inquisitivamente. El predicador suspiró.

—Volvemos hacia Racibórz —dijo—. Y desde allí iremos a coger la carretera de Cracovia.

—La carretera de Cracovia, dices. ¿Así que vamos a Polonia?

—Ya se verá.

—Tú, Reynevan, tan abatido como siempre —comentó Woloszek, colorado por culpa del vino—. Hoy es domingo de Pascua, el día de la Resurrección del Señor. Estamos en primavera, hay cambios en la naturaleza, cambios en política, llega lo Nuevo, lo Viejo se aleja, la *lux perpetua* ilumina las tinieblas, el Bien triunfa, el Mal escapa, temblando de miedo. Los ángeles se regocijan, cantan en los cielos, *Gloria, Gloria in excelsis*, la perra ha tenido cachorros, y por fin me he podido cepillar a la más bella cortesana de la consorte ducal. En una palabra, se alegra el cuerpo, se alegra el alma, se alegran *tándem* todos a una, alégrate tú también, Reynevan. ¡Alégrate, qué demonios! Bebe, brindemos por ti. Y dime qué te preocupa, colegial.

Reynevan le contó qué era lo que le tenía tan preocupado.

—¿La Inquisición se ha llevado a tu dama? —El duque frunció el ceño—. ¿Gregorio Hejncze ha recurrido al secuestro? ¿Hasta tal punto se ha rebajado? Si fuera el obispo Conrado, que nunca se detiene ante nada... ¿Pero Gregorius? ¿Nuestro camarada del Carolinum? Ah, cambian los tiempos, la gente también. Escucha, hermano, tú me has apoyado, me has ayudado a decidir. Ahora me toca a mí ayudarte. Tengo fuentes de información, tengo mis propios agentes, se asombraría el obispo si supiera cuán próximos a él, también Hejncze se asombraría. ¿Jutta de

Apolda, dices? Daré orden de que tengan los oídos bien abiertos. Al final alguno oirá ese nombre, a largo plazo nada se puede ocultar, como dice el adagio: *quicquid nix celat, solis calor omne revelat*^[26].

—Una verdad como un templo —asintió con una sonrisa extraña Bedrich de Strážnice.

Las partidas al alba se habían convertido ya en una tradición de la misión, y aquella vez no fue distinto. Antes de que el sol hubiera acabado de alzarse sobre la neblina, Glogówek ya quedaba bien lejos a sus espaldas y se dirigían raudos hacia el este. Pronto llegaron a una encrucijada.

—¿Bedrich? Y ahora, ¿hacia dónde? —preguntó el demérito con cara inocente.

—Hacia Racibórz. Y, una vez allí, por la carretera de Cracovia hasta Zator. Pero si ya os lo había dicho.

—Sabemos lo que dijiste ayer. Lo que pregunto es adonde vamos hoy.

—No te pases de la raya, Scharley.

Así pues, iban en dirección a Racibórz, para coger la carretera de Cracovia. Su partida había crecido con los dos caballeros polacos y sus escuderos. Y a su alrededor la primavera se mostraba ya en todo su esplendor.

—¿Don Reynevan?

—Os escucho, señor de Melsztyn.

—Sois alemán...

—No soy alemán. Soy silesio.

—No sois checo —resumió Spytek—. Entonces, ¿qué es lo que os atrae del husitismo? ¿Qué os ha llevado a abrazar su causa?

—La lucha incesante entre el bien y el mal. Cuando tocó elegir, cuando me vi obligado a elegir, elegí el bien.

—¿Obligado? También era posible no tomar partido.

—Ser neutral en la lucha entre el bien y el mal es lo mismo que ponerse de parte del mal.

—Escucha atentamente, Mikolaj —dijo Spytek de Melsztyn, dirigiéndose al otro caballero—. Presta atención a lo que dice.

—Ya estoy prestando atención —contestó Siestrzeniec—. También presto atención a los rumores. Y de ti se dice, señor de Bielau, que te dedicas a la magia.

—Precisamente —replicó Reynevan con calma— fueron tres magos los primeros en honrar a Jesús en Belén. Llevándole oro, incienso y mirra.

—Cuéntale eso a la Inquisición.

—La Inquisición ya lo sabe.

—Igual podríamos —terció Spytek de Melsztyn— cambiar de tema.

—Os habéis repartido con destreza la Alta Silesia —juzgó irónicamente Siestrzeniec—. Con destreza, gallardía y resolución. El Tabor, Woloszek, Korybutovich, la piel

del oso ya está vendida. ¿Y qué hay del interés de la corona de Polonia?

—¿Así que sentís muy dentro ese interés? —preguntó Bedrich con la misma ironía—. ¿Tanto como para ocuparos de él?

—Va a ser difícil que llevéis a cabo vuestros planes si Polonia no los apoya. ¿Le convendrá a Polonia apoyarlos?

—No es fácil juzgarlo —convino Bedrich—. Porque el problema con Polonia es el mismo de siempre: no hay forma de aclararse con nada ni con nadie. ¿Jagiello? ¿Los hijos de Jagiello? ¿Sonka Holszanska? ¿Vitautas? ¿El obispo Zbyszko Olesnicki? ¿Los Szafraniec? En Polonia todo el que ocupa el poder tiene sus propios intereses privados e invariablemente confunde sus intereses privados con el bien de la patria, así viene siendo desde hace siglos y así será por los siglos de los siglos. Preguntáis, señor Komicz, qué hay del interés de la corona de Polonia. Y yo pregunto: ¿a qué interés os referís en concreto?

Siestrzeniec resopló, tiró de las riendas de su montura.

—¡Don Bedrich! Nosotros solo somos recaderos al servicio de personas muy honorables, la escolta de estadistas notorios. Nuestra tarea consiste en escoltar. Y esos estadistas van a tratar con otros estadistas asuntos de mucho peso.

—De lo que pasó en Lutsk —replicó Bedrich— no solo están enterados los estadistas. Y ellos no son los únicos que ven lo que está pasando ahora en Polonia. El obispo Olesnicki persigue a los husitas polacos, empuja a Jagiello a la cruzada contra Bohemia. Vitautas pronto será coronado rey de Lituania...

—No habrá tal coronación —terció Reynevan—. Podéis creerme.

—Seguro que no. —Siestrzeniec le dirigió una mirada incisiva—. El Papa no lo consentirá. Pero, ¿no estaréis pensando en otra cosa?

—No —aseguró Bedrich en nombre de Reynevan—. Pero yo, nobles señores, sigo sin saber en nombre de quién viajan a Bohemia esas personas honorables a cuyo encuentro nos dirigimos en Zator. Y a quienes vamos a servir de escolta.

—Viajan en nombre del reino de Polonia. —Spytek de Melsztyn frunció una ceja oscura—. Os lo hago saber. Podéis decir lo que queráis, pero Polonia solo hay una, su bien está por encima de todo. Si puede ser, de acuerdo con sus reyes, sus duques, sus obispos. Pero, si fuera necesario, a pesar de sus reyes y obispos.

—¿A pesar de ellos? —Bedrich sonrió con la comisura de los labios—. Eso parece una señal para la revuelta, señor de Melsztyn. ¿Estáis pensando en la revuelta?

—No, en la revuelta no^[27]. En la confederación. Escudo, refugio, santuario de nuestra dorada libertad^[28]. Privilegio de nuestro estamento nobiliario. Para detener el rumbo negativo de los asuntos públicos o los abusos del poder, ya sea real o eclesiástico, para preservar el orden en el reino cuando no se gobierna adecuadamente, se frena su progreso o se ve arrastrado al abismo, se precisan métodos expeditivos. Eficaces. Combativos. Porque a veces el mal llega a unos extremos que obligan a adoptar remedios drásticos, pues hay que sanar la dolencia como sea. Como sea. Aunque sea por la espada.

—Eso ha sonado muy tremendo.

—Lo sé.

—Señores. —Scharley se puso de pie en los estribos—. Al otro lado del río está la tierra de Pszczyna.

—Hay que estar atentos —dijo Bedrich—. Aquí dan caza con ganas a los husitas y a sus aliados. La viuda que gobierna en Pszczyna paga generosamente por los capturados.

—¿Aún sigue viuda? —preguntó Siestrzeniec, sorprendido—. Oí decir que se había casado con Przemek de Opava.

—Przemek —confirmó el predicador— consideró el casamiento. Primero, porque mediante el matrimonio con la viuda habría unido a Opava el lote de Pszczyna. Segundo, porque la viudita es un ejemplar imponente de mujer, no es que sea muy joven, cierto, pero es una lituana sanota y lasciva. Quién sabe, a lo mejor por eso mismo el viejo Przemek se asustó, pensando que en la cama no iba a dar la talla. Basta con decir que tomó por esposa a una bosnia, y que la viuda se quedó en Pszczyna y siguió siendo viuda. Pero los rumores habían sido tan insistentes que muchos ya la veían como esposa de Przemek. Y como resulta que, casualmente, la bosnia también se llama Elena, más de uno las confunde.

—¿Elena de Pszczyna —quiso precisar Reynevan— es la hermana carnal de Segismundo Korybut?

—Y tanto —asintió Spytek—. Hija de Dmitri Korybut Olgierdowic. Sobrina del rey Jagiello.

—Sobrina o no —le cortó Bedrich—, hay que tener mucho cuidado con ella, como si fuera el mismísimo diablo. Adelante, montad. Cuanto antes nos alejemos de Pszczyna, mejor.

—Eso está hecho. —Scharley chascó a su caballo negro—. Hasta ahora todo nos ha ido como la seda.

La gafó.

—¡Señores! —alertó uno de los moravos que estaban montando guardia junto al cercado de la posada donde se habían detenido a comprar forraje—. ¡Señores! ¡Viene alguien!

—¡Gente armada! —anunció otro—. Con una docena de caballos...

—Agrupaos, aprestad las armas —ordenó Bedrich—. Conservad la calma, a lo mejor pasan de largo.

Siestrzeniec desató de la silla un pesado pico de cuervo, se lo colgó a la espalda, introduciendo el mango por debajo del cinturón. Spytek acercó la mano a la empuñadura de la espada, y ocultó el arma con la capa. Los moravos se apresuraron a soltar los caballos del poste. Sansón cerró la puerta de la posada y se quedó apoyado en ella.

Scharley sujetó a Reynevan por un hombro.

—Toma esto.

El arma que le pasó era una ballesta. De caza, con la cureña bellamente taraceada. Con el arco de acero, pero bastante ligero. Tensado por medio de una manivela alemana, dentada.

Los cascos resonaron con brío en el camino, relinchó un caballo, junto a la hilera de sauces encorvados apareció un destacamento de trece soldados, que marchaban al paso en dirección a Pszczyna.

—¿Pasarán de largo o no? —murmuró Bedrich.

No pasaron de largo. Entraron en la plazuela. Enseguida se vio que no eran unos soldados corrientes, sus atuendos y sus armas revelaban que se trataba de mercenarios. Reynevan se fijó en que llevaban a un prisionero. Junto a uno de los caballos, con las manos atadas por una soga al arzón de la silla, venía trotando un individuo.

El jefe del destacamento, un bigotudo con la cara chupada, dirigió a Bedrich y compañía una mirada hostil. El prisionero que venía trotando junto al caballo volvió la cabeza. Y Reynevan, sin querer, se quedó boquiabierto.

El prisionero era Bruno Schilling. Jinete Negro, renegado, desertor de la Compañía de la Muerte.

Reconoció a Reynevan al instante. Un brillo resplandeció en sus ojos, un brillo de rabia, la expresión de la cara se le quedó congelada, contraída en una mueca que Reynevan nunca le había visto antes, ni una sola vez, ni siquiera durante el viaje desde el río Olza, ni durante los seis días de interrogatorios en Sovinec. Enseguida comprendió lo que significaba aquella mueca.

—¡Son husitas! —gritó Schilling, dando tirones de la soga—. ¡Ellos! ¡Esos de ahí! ¡Husitas! ¡Espías bohemios! ¡Eh! ¿No me estáis escuchando?

—¿Cómo? —preguntó de mala gana el jefe del destacamento—. ¿Qué es lo que pasa?

—¡Que son espías husitas! —Schilling escupía al hablar—. ¡Lo sé, porque los conozco! ¡A mí me lleváis preso, pero soy inocente! ¡Y esos son los verdaderos malhechores! ¡Detenedlos! ¡Encadenadlos!

Spytek de Melsztyn palideció y apretó los dientes, Sistrzeniec rápidamente alargó la mano hasta la empuñadura de la espada. Bedrich hizo una indicación con los ojos a sus moravos. Scharley se descubrió la cabeza, se adelantó.

—Menudo pájaro —dijo alegremente—. Este bandido que habéis atrapado, caballeros, tiene la lengua muy larga, eso está claro. Con tal de salvar el pellejo, se dedica a desacreditar a los demás. Dadle una buena tunda allí en Pszczyna, señor oficial, no le ahorréis disgustos a este hijo. ¡Que se entere de lo que les espera a los difamadores!

—¿Y vosotros —ladró el bigotudo— quiénes sois?

—Somos comerciantes de Elblag —declaró con calma Bedrich de Strážnice—.

Venimos de Hungría...

—Vosotros tenéis de mercaderes lo que nosotros de monjes.

—Os doy mi palabra...

—¡Miente! —gritó Schilling—. ¡Es un husita!

—Cierra el pico —dijo el bigotudo—. No vais a tener más remedio, señores míos, que acompañarnos a Pszczyna, allí la autoridad decidirá qué sois: si mercaderes verdaderos o mercaderes falsos. Petzold, Mladota, desmontad, registradles las alforjas y los fardos. Y recoged sus armas.

—Señor oficial —Bedrich se abrió ligeramente el faldón de la capa, dio unas palmaditas muy significativas a la talega bien repleta que le colgaba del cinto—, ¿a lo mejor llegamos a un acuerdo?

El bigotudo se acercó con el caballo, los miró desde arriba. Tras lo cual contrajo la cara chupada en una sonrisa de desprecio.

—En Pszczyna —dijo entre dientes— pagan mejor por los herejes. Y, en vista de que pretendes sobornarme, seguro que eres un hereje. Daos presos. Y tu mísera bolsa será nuestra de todos modos.

—Dios es testigo —el predicador se encogió de hombros— de que yo no lo quería.

—¿Qué es lo que no querías?

—Esto.

Bedrich agarró la ballesta que alguien le pasó, con enorme soltura se llevó la culata a la mejilla. Resonó la cuerda, el virote, disparado a bocajarro, derribó al bigotudo del caballo.

—¡Al ataque!

Spytek de Melsztyn acometió a uno de los esbirros con la espada, Siestrzeniec atacó a los demás, tajando y golpeando alternativamente con la espada y el pico de cuervo. Los mercenarios se abalanzaron sobre ellos con un alarido, inclinando sus picas y blandiendo sus hachas. Tres de ellos fueron derribados de los caballos, alcanzados por los virotos de las ballestas de los moravos y de los escuderos polacos. Un cuarto cayó chapoteando en un charco, impactado por un disparo de Scharley. Los demás se les echaron encima, entre gritos de combate. Y entonces intervino Sansón.

El gigante agarró un tronco partido por la mitad que servía de banco, lo levantó como si no pesara nada, aunque pesaba lo suyo. Y, como el cíclope Polifemo arrojó una roca sobre la nave de Odiseo, Sansón Mielles arrojó el banco sobre los jinetes de Pszczyna. Con más tino que Polifemo. Produciendo una gran devastación entre los hombres y las bestias.

Reynevan, bandeándose hábilmente en medio del combate, se lanzó sobre Schilling. Y vio algo inverosímil.

El renegado se agarró al jubón del jinete que lo conducía y lo tiró del caballo. El jinete, un tiarrón enorme, trató de impedir que lo derribaran, empujó a Schilling y le lanzó una cuchillada. Schilling esquivó la acometida girando y ladeando ligeramente

el cuerpo, con un movimiento impetuoso del hombro le dobló el brazo al mercenario, echó con fuerza el hombro hacia delante, clavándole al atacante en la garganta su propio cuchillo. En un abrir y cerrar de ojos, se cortó las ligaduras de las muñecas con el hacha que colgaba de la silla, montó de un salto y echó a galopar.

Y habría escapado, de no haber sido por aquella ballesta de cazador, con su manivela alemana, que había sido fabricada en Núremberg, exportada a Cracovia, transportada a Moravia, a Odry, donde Scharley se la compró a un traficante de armas polaco por el precio, nada exorbitante, de cuatro ducados húngaros. Reynevan apoyó la cureña en el cercado, apuntó con calma y disparó. El caballo, alcanzado en la grupa, chilló y coceó enloquecido, Schilling salió despedido de la silla como si lo hubieran lanzado con una honda y fue a hundirse en un montón de serrín húmedo. Reynevan se abalanzó sobre él con un cuchillo que se había sacado de la caña de la bota. El renegado se revolvió como un gato, sacó a relucir su propio cuchillo. Se enzarzaron en una serie de tajos, embestidas y estocadas.

Schilling, de improviso, atacó frontalmente, saltó hacia delante, apuntando a los ojos de su rival con los dedos de la mano izquierda extendidos. Reynevan salvó la vista apartando la cabeza con un quiebro, a continuación reculó para evitar una amplia cuchillada. Paró con su hoja una segunda cuchillada, haciendo que saltaran chispas. Schilling le dio una patada, a la vez que lanzaba un tajo desde arriba. Reynevan consiguió cubrirse, pero había sido una finta. El renegado volteó el cuchillo en la mano y le pinchó en un muslo. El dolor lacerante hizo perder a Reynevan el control por un momento. Fue suficiente para Schilling. Ejecutó un giro armonioso y acuchilló a su rival en un hombro.

—En febrero —silbó, encorvado— escapaste con vida, porque yo estaba enfermo. Pero ya me he recuperado.

—Ahora mismo vas a volver a enfermar...

—Aquella vez solo te hice un corte en una oreja. Ahora te voy a sangrar como a un cerdo. Como a tu hermano.

Se arrojaron el uno sobre el otro, cortando y pinchando. Reynevan detuvo un golpe artero, le dio un codazo en la cara a Schilling, lo completó con un puñetazo a la media vuelta, le soltó una patada en una pierna, le dio la vuelta al cuchillo y atacó de arriba abajo, con todas sus fuerzas. Se oyó un crujido, la hoja penetró hasta la empuñadura. El renegado se revolvió, saltó hacia un lado. Miró la empuñadura que le sobresalía de una clavícula. La agarró, con un movimiento diestro extrajo el cuchillo de la herida. Y lo arrojó lejos.

—No ha dolido nada, ja, ja —dijo alegremente—. Y ahora te voy a arrancar las entrañas. Te voy a sacar las tripas y te las voy a enrollar alrededor del cuello. Y así te voy a dejar.

Reynevan reculó, se tropezó, cayó al suelo. Schilling dio un salto, acompañado de un alarido triunfal. Scharley surgió de pronto, como salido de la tierra, y con un bracamarte le atravesó el vientre brutalmente. El renegado empezó a toser, miró la

sangre que salía a borbotones, alzó su cuchillo. Scharley descargó un nuevo golpe, esta vez en el hombro derecho. Brotó un chorro de sangre que se elevó como a una braza de altura. Schilling cayó de rodillas, pero seguía sin soltar el cuchillo. Scharley golpeó otra vez. Y otra más. A la segunda el renegado se derrumbó. A la tercera dejó definitivamente de moverse.

—*Terra sit ei levis* —dijo Bedrich, haciendo la señal de la cruz—. Que la tierra y todo eso. Me da miedo preguntar... ¿Lo conocíais?

—Un conocimiento muy de pasada —respondió Scharley, limpiando la empuñadura del arma.

—Y que ya no es actual —añadió Reynevan—. Vamos a borrarlo de la lista de conocidos. Gracias a ti, Scharley. Mi hermano también te lo agradece desde el otro mundo.

—Sea como fuere —Bedrich se encorvó, examinando su mano herida—, sobre la conciencia de este conocido vuestro pesan las vidas de esos hombres de Pszczyna, cuyos restos están hundidos prematuramente en el estercolero. De no haber sido por él, nos habríamos librado del combate. Ahora, en cambio, tenemos que largarnos de aquí a escape. Médico, ¿podrías curarme la mano?

—Enseguida. —Reynevan retiró la almilla y la camisa empapada de sangre—. Aguanta un poco. Voy a coger aguja e hilo. Tengo que coserme en un par de sitios.

Marchaban sin compadecerse de los caballos. Reynevan no era el único recién cosido que iba encogido en la silla, refunfuñando y maldiciendo. En el combate con los mercenarios de Pszczyna, Spytek de Melsztyn había recibido una herida leve en un muslo, a uno de los moravos le habían atizado en las costillas y el escudero de Siestrzeniec se había llevado un buen golpe en la cabeza. Sin embargo, todos aguantaban en la silla. Se lamentaban y gemían, pero no aflojaban la marcha.

—¿Bedrich? ¿Qué tal la mano?

—No es nada. Pedí que me curaras la herida para no mancharme las calzas de sangre. Son nuevas.

—¿Te habían herido alguna vez? ¿Con hierro?

—En Breclav, el año veintiséis, en una pierna, con una lanza húngara. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

—Schilling... —Reynevan se decidió a plantear una cuestión inquietante—. Si Schilling se encontraba aquí, eso significa que se había escapado de su prisión. Y eso, a su vez, puede querer decir... Puede querer decir que Horn...

—No —le cortó de inmediato el demérito—. No lo creo. Horn no se dejaría sorprender. Por otra parte...

—Habrà que comprobarlo —concluyó Reynevan—. Echaremos un vistazo en Sovinec. En cuanto volvamos de Odry.

—Ya no falta mucho —dijo tranquilamente Sansón Mieles—. Tres días, cuatro como mucho.

—¿Sansón?

—Nuestro jefe ha vuelto a cambiar de dirección. Desde hace una hora nos está llevando hacia el sur. Derechitos a la Puerta Morava. En cualquier momento divisaremos Skoczów. Reynevan soltó una maldición aterradora.

—Así es, lo reconozco. —Bedrich, atacado con vehemencia, no pestañeó siquiera—. Os he confundido a propósito. Nunca he tenido intención de dirigirme a Zator.

—¿Otra vez se pone a prueba —refunfuñó Reynevan— mi lealtad? ¡Ya sé que es así!

—Si lo sabes, ¿por qué lo preguntas?

En medio del bosque, en una charca cubierta por una gruesa capa de lentejas acuáticas, millares de ranas croaban al aparearse.

—Hay que reconocer —dijo Scharley— que sabes cómo poner nerviosa a la gente, Bedrich. Tienes un talento nada común. Esta vez has conseguido sacar de sus casillas incluso a un tipo tan tranquilo como yo. Y te partiría la cara sin dudarlo si no me diera vergüenza hacerlo en presencia de unos extranjeros.

—Pues yo —murmuró Sistrzeniec, uno de esos extranjeros— me he sentido personalmente ofendido con vuestras artimañas. Tenéis suerte, don Bedrich, de que os proteja vuestra sotana de clérigo. De otro modo, os daría una lección en el campo de honor. Y os rompería las costillas.

—Allí, en Zator —terció con pasión Spytek de Melsztyn—, nos esperan el señor Szafraniec y el señor de Oporów. ¡Teníamos que conducirlos a Moravia y protegerlos durante el viaje! El hetmán Procopio ha prometido dar asistencia y escolta al legado polaco. Y nosotros hemos comprometido nuestra palabra de caballeros...

—El señor camarlengo de Cracovia —Bedrich enlazó las manos sobre el pecho— y el señor canciller diputado de la corona ya se han puesto en camino hacia Odry, seguramente llegarán allí antes que nosotros. Los guían hombres de confianza, y no necesitan de más protección. Ahora, desde que Jan de Kravar se ha unido al Cáliz y es aliado del Tabor, esos caminos son seguros. Basta de cháchara, señores. Montad, ¡y en marcha!

—Puede que entre vosotros, los checos —a Mikolaj Komicz Sistrzeniec le rechinaban los dientes—, se estile atiborrar a embustes a caballeros armados, llevarlos por el mal camino y motejar de cháchara sus palabras. En Polonia eso no queda sin castigo. Tenéis suerte de que os proteja...

—¿Qué es lo que me protege? —gritó Bedrich desde lo alto de su silla—. ¿La sotana de clérigo? ¿Desde cuándo llevo sotana? Y, en todo caso, ¡la sotana me la paso por el culo! Os lo digo a la cara: yo ya tenía mis sospechas, no confiaba en ninguno de vosotros, no me acababa de fiar, tenía que ponerlos a prueba a todos. ¿Entiendes, Komicz? ¿Y qué? ¿Te sientes herido en tu honor de polaco? ¿Quieres pelea? ¿Exiges

una satisfacción? ¡Venga! Aquel de vosotros...

No terminó la frase. Sansón Mieles se acercó hasta él a lomos del semental lancero, lo agarró del cuello de la sotana, lo sacó de la silla, lo levantó bien alto, mientras el predicador se desgañitaba, y lo arrojó con fuerza a la charca cubierta de lentejas acuáticas.

En medio de un silencio absoluto, Sansón esperó a que el predicador emergiera, verde de la vegetación y escupiendo limo.

—Yo —dijo— me siento herido en mi honor. Y esto me basta como satisfacción.

Capítulo décimo

En el que volvemos a visitar Wroclaw durante los días que preceden a la Pascua. Y es que ocurren allí muchas cosas que sería una verdadera lástima no contar.

De madrugada llovió con violencia. El sol, al salir, incendió con sus llamas cobrizas y doradas las iglesias de Wroclaw. El tejado de la nave central de Santa Isabel resplandecía como el vellocino de oro, las torres gemelas de Santa María Magdalena ardían con brillo cegador, relumbraban las cúpulas y cúspides de San Nicolás, San Adalberto, Santa Dorotea, Santiago, el Espíritu Santo, Santa María en la Arena y de los treinta y cinco templos de Wroclaw. La luz celestial se reflejaba en los techos mojados de la ciudad, una ciudad que parecía ser también eterna.

La esquila del Corpus repicó melodiosamente. Wroclaw ya se había despertado, cerca de la Puerta de Swidnica comenzaba el ajetreo.

Era el 21 de marzo *Anno Domini* 1429.

Gregorio Hejncze, *inquisitor a sede apostólica* en la diócesis de Wroclaw, se irguió en la silla, se estiró hasta que le crujieron las articulaciones.

Qué bien se está otra vez en casa, pensó.

La campana de San Vicente inició el toque del Ángelus. Los caballeros de San Juan agacharon la cabeza y se persignaron. El obispo Conrado les hizo una señal a los criados, ordenándoles que llenaran las copas. En la amplia sala capitular de la abadía de Olbin se sentía la noble fragancia del borgoña aromatizado con canela, jengibre y romero.

De la iglesia llegaba el cántico de los monjes:

*Gratiam tuam, quaesumus, Domine,
mentibus nostris infunde:
ut qui, Angelo nuntiante,
Christi Fili tui incarnationem cognovimus...*

—Así que Juan —el obispo levantó su copa—, margrave y kurprinz de Brandeburgo, ha decidido apoyar a Silesia en su lucha contra los herejes de Bohemia. Y envía en nuestra ayuda desde la Marca a cuatrocientos miembros de la Orden de San Juan, de la caballería pesada. Quién iba a esperarse una cosa así... Porque el padre de Juan, el elector Federico Hohenzollern, tiene en su pensamiento más presente a Polonia que a Silesia... Bah, eso es lo de menos. Es un gesto muy noble por parte del margrave, digno de que brindemos por él. ¡A la salud del margrave Juan! ¡Y a la salud de vuestras mercedes!

Balthasar von Schlieben, herrenmeister de la Marca, correspondió al brindis. La mano huesuda, cubierta de manchas pardas, le temblaba bajo el peso de la copa.

—Los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén —proclamó con voz nasal— no pueden quedarse de brazos cruzados ante la amenaza a la fe y a la Iglesia. Hemos prestado juramento y nos atendremos a ese juramento. Nosotros, caballeros del baiiaje de Brandeburgo, nos enorgullecemos de nuestra fidelidad a los juramentos y a los principios de la Orden.

—Así es —asintió con orgullo Nicolaus von Thierbach, comendador de Swobnica.

—Que Dios nos ayude —añadió, proyectando la mandíbula, Henning de Alzey, hermano de Dietmar, caído en Nysa.

—Bebamos, pues, bebamos —instó Conrado a los presentes—. ¡Por la perdición de los husitas!

—Por su perdición —gruñó Henning de Alzey. El obispo sabía que su segundo hermano, Dietrich, había fallecido en Drahim. Combatiendo a los polacos.

—Vuestros caballeros, maestre Balthasar —el obispo se dirigió a Schlieben—, durante su estancia en Wroclaw serán alojados en Olbin, con los hermanos premonstratenses de la localidad. Y yo correré con todos los gastos, con mis propios recursos. ¿Adónde os dirigís desde Wroclaw?

—A Legnica. A encontrarnos con el duque Ludwig.

—Es lo suyo —dijo Conrado, parpadeando levemente—. Ludwig de Brzeg es cuñado del margrave. Ah, abrigo la sincera esperanza de que ahora, disponiendo de las célebres armas de los sanjuanistas de la Marca, el duque Ludwig muestre más destreza militar que hasta la fecha. Porque en los combates con los husitas que se han producido hasta ahora la verdad es que no se ha significado en exceso. Solo ha adquirido renombre en la guerra de maniobras. ¿Pues qué, sino una maniobra, es una rápida retirada? Pero basta ya, basta ya de asuntos desagradables. ¡A vuestra salud!

»Os contaré una novedad —el obispo se limpió los labios, recorrió a Schlieben con la mirada— recién llegada de Francia junto con este excelente borgoña que estamos bebiendo. Resulta que en Chinon, en la corte del rey Carlos VII, apareció una aldeana de Champaña, una muchachita corriente llamada Jehanne, mística y puede que bruja, porque encandiló al rey y le sorbió los sesos por completo. Voces sagradas del cielo, dijo, la habían proclamado salvadora de Francia, látigo de Dios contra los invasores ingleses. ¿Y sabéis qué? Arrastró tras de sí al apático rey, y a toda la caballería, y hasta al pueblo llano. Le han dado el nombre de La Pucelle, la Doncella, y bajo su bandera todos se precipitan hacia Orleans, y los ingleses que sitian la ciudad están que se cagan de miedo.

—No es algo —Balthasar von Schlieben frunció el entrecejo— propio de una doncella. Es una de esas nuevas modas, modas francesas. En vuestro palacio, obispo, en la isla de la Catedral, hemos visto en el patio a una como esa, con ropas de hombre, a caballo, armada con una lanza. Y no está bien que una doncella vista ropas de varón. Esa costumbre es contraria a Dios. Es algo sacrílego.

—Pues os diré —el obispo se puso firme— que el fin justifica los medios. Y que

no valoráis adecuadamente la importancia del símbolo. Ya puede uno desgañitarse invocando el honor, la patria, la fe y la Iglesia, que la gente ni se inmuta, todo eso le suena a palabras vacías. Pero dale a esa misma gente un símbolo, el que sea, y correrá tras él sin vacilar. Esos símbolos cuentan más que un destacamento de soldados. Así que, quién sabe, a lo mejor me busco a una Jehanne de esas aquí, en Silesia. La llamaré Virtuosa, le impartiré unas lecciones sobre las voces del cielo, le mandaré que suelte algunos disparates y que incite a la gente contra los husitas, le pondré una armadura, un estandarte en las manos... ¿Y si da resultado?

—En cualquier caso, eso no está bien —insistió el gran maestro con severidad—. En una doncella, la ropa varonil es un pecado, una indecencia, una provocación lasciva y un sacrilegio. Habría que quemar a las doncellas que llevan ropas de hombre, que se imaginan que pueden ser iguales a los hombres. ¡Quemarlas!

—Seguro que sí —bufó Conrado—. ¡Seguro que hay que quemarlas! Pero una vez que hayan hecho su trabajo y dejen de ser útiles.

Del obispo, veintidós grosches, recapituló una vez más Grajcarek, raspando con el dedo el tablero de la mesa en un rincón oscuro de la taberna La Carpa Azul. De la mujer que huele a romero, treinta. De la Inquisición, veinte, muy poco, qué peste de curas, hay que ver lo roñicas que son... De los Fugger, veinte. Descontando los gastos, quedan unos cincuenta. Y a la mujer también hay que darle para el condumio, cuatro hijos, qué vida más perra, un quinto en camino, Jesús, ¿cuándo va a decidirse esta mujer a visitar a alguna bruja estando embarazada? Voy a poder ahorrar cuarenta, como mucho. Es poco. Sigue siendo demasiado poco para comprarle, a medias con mi cuñado, ese molino en el Widawa al caballero Werner Pannewitz. El caballero Pannewitz, así lo frían los diablos en el infierno por usurero, pide ochenta y cinco gúldenes por el molino...

Hay que trabajar más. Y más activamente. Y de ese modo la cosa se vuelve peligrosa. El inquisidor Hejncze ha vuelto a Wroclaw, tiene trabajo atrasado, ya están preparando las hogueras para después de San Adalberto. La ciudad está hasta los topes de agentes. Kuczera von Hunt husmea y vigila. El obispo está sospechosamente amable... Como si se oliera algo...

Y Grelenort. Grelenort me ha mirado dos veces de una forma rara.

Se oyó un susurro a sus espaldas. Grajcarek se sobresaltó y se levantó bruscamente, llevándose la mano al cuchillo, al tiempo que disponía los dedos en un gesto de carácter mágico. Solo era una rata. Solo una rata.

Conrado de Olesnica no se encontraba solo en sus aposentos aquella noche. Treparriscos lo sabía, sospechaba a quién se iba a encontrar allí. Los rumores sobre la nueva amante del obispo se habían difundido rápido por todo Wroclaw, e igual de rápido habían dejado de ser rumores para convertirse en noticia oficial. Klaudyna Haunold, de diecisiete años, no era la primera hija de un burgués en la que ponía sus

ojos el obispo y se convertía, en consecuencia, en *camaliter copulata*. Sin embargo, Klaudyna era la primera con la que el patriciado se portaba como es debido. Es decir, como corresponde a los nuevos ricos. Una delegación oficial del patriciado de Wroclaw se presentó en la residencia episcopal. Para reclamar oficialmente, a cambio de la virtud de Klaudyna, una compensación económica. El obispo pagó sin pestañear. Y todos tan contentos.

Klaudyna, oficialmente rescatada, hija de los poderosos Haunold, estaba sentada en un taburete turco al lado del obispo, haciendo lo que solía hacer, o sea, atiborrándose de frutas confitadas y exhibiendo sus encantos. Se había soltado el brillante cabello dorado como si fuera su esposa, y cada dos por tres echaba hacia delante el atractivo busto, bien visible en su profundo escote. Cada vez que se llevaba a los labios de carmín una fruta confitada, dejaba la mano suspendida bastante rato, para poder embelesarse con los anillos que le había regalado el obispo.

—Hola, Birkart.

—Que Dios guarde a su eminencia.

Klaudyna Haunold le obsequió con una lánguida mirada de zafiro y la visión de uno de sus caros escafpines por debajo del extremo del vestido. Treparriscos sabía que uno podía hablar tranquilamente de cualquier cosa en su presencia. La naturaleza había compensado la excepcional hermosura y el valor poco común del cuerpo de Klaudyna con determinadas carencias. Sobre todo en el cerebro.

El obispo dio un trago de la copa. A pesar de lo tardío de la hora parecía perfectamente sobrio. Últimamente le ocurría cada vez más a menudo. Treparriscos tomó nota mental de eso, para coger por banda al galeno del obispo en cuanto tuviera ocasión y obligarle a confesar. Porque aquello podía ser el síntoma de alguna enfermedad. O su resultado.

—¿Cómo te va, Birkart? Da la casualidad de que últimamente no te he visto... ¿Ha ocurrido algo?

—¿Que si ha ocurrido algo? No.

Klaudyna le dio un pellizco al obispo en el muslo. Conrado alargó la mano y le acarició el cuello como a un gato.

—Hay una cosa —Conrado levantó la mirada— que aún no había tenido ocasión de preguntarte. Esos hombres tuyos, ya sabes a quiénes me refiero, a los que los husitas masacraron en Wielislaw. ¿Cuánto tiempo vas a tardar en reclutar a otros? ¿Para cuándo podemos esperar que eso ocurra?

—No hay mayor alegría que la inesperada —se burló Treparriscos—. Mientras hay vida hay esperanza.

Klaudyna se rio a carcajadas, pero el obispo no estaba de humor.

—¡Déjate de gracias! —gruñó Conrado—. ¡Mira tú qué guasón! Necesito a tus jinetes urgentemente, quiero tenerlos a mi disposición. ¡Así que responde cuando te pregunto!

—Pax, padrecito. —Treparriscos pestañeó—. No te enfurezcas, que no es bueno

para la salud. Vino, mujeres, cánticos, y para colmo furia. Como te descuides, te va a dar un ataque. Y estarán dispuestos a nombrar obispo a algún polaco. Pero, en cuanto a la respuesta, preferiría, de todos modos, que fuera *Ínter nos*.

Con un gesto ordenó levantarse a Klaudyna, y con un azote en el redondo trasero le dio a entender que se apartara. La muchacha bufó, hinchó los labios carmín, dirigió a los dos hombres una mirada de furia, cogió de una bandeja un puñado de golosinas y se marchó, meneando las caderas de una forma interesante.

—Ahora mismo —dijo Treparriscos cuando se quedaron sin testigos— ya dispongo de jinetes. Algunos en Sensenberg, de la vieja guardia. Y aquí, en Wroclaw, ya he podido reclutar a más de una decena.

—Se confirman los rumores. —El obispo lo miró a través de los párpados caídos—. De que los atraes valiéndote de la magia negra, y ellos van a ti como las mariposas a la llama. Se ha quejado Hayn von Czime, el jefe de los caballeros de fortuna, de que están desertando los truhanes que hay en sus filas. ¿Y qué decir de los sanjuanistas? También el maestro Von Schlieben se ha quejado.

—Sé que estás impaciente, padrecito. Por eso no soy exigente, cojo lo me encuentro, la *ghandzja* y el *kashsh'ish* hacen su trabajo. ¿Alguien más se ha quejado de mí?

—Ulrich Pack, señor de Klepina. —Se oyó una nota de burla en la voz de Conrado—. Pero por otro concepto. No te reconozco, hijo. ¿Tú y esa doncella?

—Deja eso, obispo. Y aplaca a Pack.

—Ya lo he hecho. Y no he tenido que esforzarme especialmente. Volviendo ad rem: total, que tienes gente preparada. ¿Serán capaces de garantizar mi seguridad? ¿Mi defensa? ¿En el caso de que, a pesar de lo que tú opinas, Reinmar de Bielau planeara un atentado contra mí?

—Reinmar de Bielau no planea ningún atentado. Así que si solo necesitas a mis hombres para...

—No solo para eso —le cortó el obispo.

Estuvieron un rato en silencio. De los aposentos de las damas les llegaban los ladridos de un cachorro italiano y la melodiosa voz de la Haunold, cubriendo de impropiedades a las criadas.

—Son tiempos inseguros, malos tiempos —Conrado de Olesnica rompió el silencio—. Y lo peor está por venir. Han bastado algunas aceifas de los herejes para que Silesia se estremeciera. La gente se ha vuelto vacilante, cuando las cosas vienen mal dadas enseguida se olvida de los diez mandamientos, de los valores, del honor, de las obligaciones, de la palabra dada. Las personas débiles ya no se acuerdan de las alianzas, y las más débiles entre las débiles empiezan a ver su salvación en los pactos con el enemigo. Dejan de pensar en el derecho, en el orden social, en el amor patriae. Pierden el ánimo. Se olvidan de Dios. De que se deben a Dios. Peor aún, dejemos a Dios tranquilo, tienen la osadía de olvidarse de que se deben a mí.

»A esa gente, hijo mío —añadió tras una pausa—, habrá que rescatarla del mal

camino. Darle una lección de patriotismo. Y, si con eso no basta, habrá que...

—Desterrarla de este valle de lágrimas —concluyó Treparriscos—, echando la culpa a los demonios o a los terroristas husitas. Se arreglará, obispo. Solo tienes que indicarlo y dar la orden.

—Así es como me gustas, Birkart —dijo el obispo con un suspiro—. Justo así.

—Ya lo sé.

Se callaron los dos.

—Qué cosa más útil —el obispo suspiró por segunda vez— es el terrorismo. Hay que ver la de asuntos que soluciona. ¿Cómo íbamos a arreglárnoslas sin el terrorismo? ¿A quién íbamos a echar la culpa de todo, a quién íbamos a atribuirle todo? Vero, si no existiera el terrorismo, habría que inventarlo.

—Qué cosas. —Treparriscos se sonrió—. Los dos pensamos lo mismo, hasta empleamos idénticas palabras. Y tú siempre estás renegando de mí, padrecito.

Cuando estaban así juntos a la mesa, poniéndose morados de lucio en gelatina de azafrán, de color dorado, nadie, absolutamente nadie, habría dicho que eran hermanos carnales. Pero, a pesar de las apariencias, eran hermanos camales. El mayor, Conrado, obispo de Wroclaw, tenía la presencia de un verdadero Piasta, fuerte, colorado, un verdadero sibarita. La larga barba y las mejillas algo hundidas de Conrado Kantner, duque de Olesnica, le daban aire, más bien, de eremita.

—Todo son tribulaciones —insistió Conrado Kantner, echando mano de la escudilla para pillar un nuevo bocado de lucio— por esos hijos que he engendrado. Todo tribulaciones.

—Sí, lo sé. —El obispo tosió, gargajeó prolongadamente, escupió una espina—. Sé cómo es eso, hermano. Conozco ese dolor.

—Mi Anezka —Kantner hizo como que no le había entendido— va a cumplir quince años. Tenía intención, como sabes, de dársela por esposa a Kaspar Schlick, pensando que ese mocoso va a llegar lejos, tiene cabeza de estadista. Un buen partido. El Luxemburgo me prometió ese *matrimonium*, ya estaba todo acordado. Y ahora me entero de que le ha propuesto a Schlick a la hija del conde Berthold de Henneberg. Maldito embustero. ¡Ese hombre no ha dicho una palabra verdadera en toda su vida!

—Cierto. —El obispo se relamió los dedos—. Por eso mismo, yo no me lo tomaría a pecho. En mi opinión, lo que pasa es que nuestro benevolente rey ha decidido, para obtener un beneficio temporal, engañar y manipular al conde Berthold. No pasa nada. Ya verás cómo todavía bebemos por el casamiento de Agnieszka y Schlick^[29].

—Quiéralo Dios. —Kantner dio un trago de la copa, se aclaró la garganta—. Pero eso no es todo. Se me había ocurrido, ya sabes, unir a mi Conrado con Barbara, hija de Juan, margrave de Brandeburgo. En Navidad, fui a Spandau con el chico, pensando que así los jóvenes tendrían ocasión de conocerse. Y mi Conrado, mira por

dónde, fue verla y decir que no. Que no le gustaba, que está gorda. Serás pardillo, le digo, la chiquilla apenas cuenta seis primaveras, ya adelgazará cuando crezca. Eso primo. Y secundo, el cuerpo amado no va parecerte demasiado grande a la hora de consumir el matrimonio, con todo el lecho repleto de placer, de punta a punta. Y él me suelta que, si se trata de llenar el lecho, prefiere dos o tres delgadas. ¿Has visto lo descarado que es ese mocoso? ¿A quién habrá salido?

—A nosotros. —El obispo se reía a carcajadas—. Es sangre de los Piastas, hermano, y hueso de los Piastas. Y tengo que decirte, sinceramente, que no has pensado en el mejor partido para tu Conrado. Los Hohenzollern no nos convienen. Esos sueñan con unirse a Polonia, algo están tramando con Jagiello, con los husitas...

—Exageras. —Kantner torció el gesto—. Estás furioso con el viejo Fritz Hohenzollern, porque ha prometido a su hijo con Jadwisia Jagiellonka. Pero lo cierto es que los Hohenzollern van para arriba. Y hay que estar con los que van para arriba, emparentar con ellos. Y te diré algo más.

—Dímelo.

—Los Jagellones también van para arriba. El príncipe Ladislao tiene cinco años. Mi hija menor, Anusia, también tiene cinco.

—O estás de broma —el obispo frunció el entrecejo— o te has vuelto loco. ¿Con quién estás pensando en mezclar la sangre de los Piastas?

—Tengo intención de devolver la sangre de los Piastas al trono polaco. —Kantner se irguió—. ¡A Wawel! Y a ti el odio te ciega. No te das cuenta de los cambios. Gott im Himmel! ¿No ves que el mundo ha cambiado? Aquí se trata del futuro de Silesia. Los husitas se han vuelto muy poderosos, ¡no podemos oponernos solos a ellos! Se necesita ayuda. Verdadera. Fuerte. ¿Y qué es lo que hacemos? La unión de Strzelin, la alianza con Bischofswerda, el encuentro en Swidnica, todo eso, maldita sea, solo es una pérdida de tiempo. Las Seis Ciudades, el *kurfürst* de Sajonia, Meissen, ¿qué clase de aliados son esos? Cada uno arrima el ascua a su sardina, porque todos se cagan de miedo delante de los husitas. Como los bohemios vengán hacia aquí, los lausacianos y los sajones se esconderán en sus castillos, no asomarán la nariz. No vendrán en nuestra ayuda. Ni nosotros en la suya si les cae a ellos el golpe...

—¿Qué te propones, hermano? Porque ya veo que algo te propones.

—Recibe... —Kantner balbució—. Recibe al mensajero. Puedes hacer lo que te dé la gana, eres el virrey de Silesia. Pero recíbelo. Escucha lo que te tenga que decir.

—¿Brandeburgo? —El obispo sonrió de forma aviesa—. ¿O los polacos?

—El enviado de Zbyszko Olesnicki, obispo de Cracovia. Me lo he encontrado de camino hacia aquí. Hemos estado charlando... De esto y de aquello...

—Ya veo. Y, ¿quién es?

—Andrzej de Bnin.

—No lo conozco —dijo el obispo—. Pero antes de recibirlo en audiencia te garantizo que lo sabré todo de él.

Andrzej de Bnin, del clan de Lodzia, no contaba aún treinta años, era un hombre apuesto, de tez y cabello moreno. Licenciado por la Academia de Cracovia, secretario real, presbítero en Pobiedziska, canónigo en Leczyca y Poznan, había ascendido rápidamente en la jerarquía eclesiástica polaca. Ambicioso, incluso algo por encima de la media, apuntaba para obispo^[30], por lo menos. Según se decía, gozaba de toda la confianza de Olesnicki. No todos podían decir lo mismo.

—Zbigniew Olesnicki —prosiguió tranquilamente— es el más celoso *candor fidei catholicae*, el más fanático *persequens* de la desviación y la herejía. *Negotium fidei*, el combate por la fe, es para el obispo de Cracovia el asunto más importante. El obispo es de la opinión de que la lucha contra la herejía es algo tan trascendente como el combate con los paganos por el Santo Sepulchrum, si no más. El obispo entiende lo que es la *Crux cismarina*, la cruzada en esta orilla del mar. Sobre todo porque es nuestra orilla común del mar. El obispo me ha pedido que os diga esto: estamos en el mismo lado del mar, en la misma orilla. Y ante nosotros se alza la ola de la herejía, dispuesta a cubrir y sumergir esta orilla nuestra.

—No es nada nuevo para mí —dijo Conrado, obispo de Wroclaw, asintiendo con la cabeza— que Zybszko Olesnicki vea y comprenda la amenaza de la herejía. No es nada nuevo y no me sorprende en absoluto. Zbyszko se prepara para el cardenalato, y, ¿cómo va a cerrar los ojos a la herejía un futuro cardenal? ¿Cómo va a ser indulgente con los herejes? ¿Cómo no va a ser consciente de lo que está ocurriendo en Bohemia, mil veces más importante para nosotros que Outremer, que Jerusalén, el Santo Sepulcro y otras quimeras? Porque la verdad es que la peste husita no está en ultramar, sino aquí, entre nosotros. La verdad es que lo único que puede salvarnos es una *Crux cismarina*. Pregunto entonces: ¿dónde están los escuadrones polacos que se dirigen a Bohemia con la cruzada? ¿Por qué seguimos sin verlos? ¿Tanto le cuesta al obispo de Cracovia hacerles doblar la arrogante cerviz a los Szafraniec y a otros secuaces de los husitas? ¿Tanto le cuesta hacerle doblar el cuello de una vez al carcamal de Jagiello?

—¿Estas palabras son vuestras, venerable obispo? —Andrzej de Bnin levantó ligeramente las cejas—. Porque me parece estar oyendo a vuestro rey, Segismundo Luxemburgo. Él interpreta la misma melodía. ¿Por qué los polacos no marchan contra Bohemia? ¿Dónde está la fe de los polacos? ¿Dónde los escuadrones polacos? Bla, bla, bla. Dónde están los escuadrones polacos, preguntáis. Vigilando las fronteras de la Gran Polonia, del Kujawy, de la Tierra de Dobrzyn. Frente a los caballeros teutones, que solo están esperando a que los ejércitos polacos se dirijan a Bohemia para conquistar entonces, por la espada y por el fuego, Polonia. Con la bendición de vuestro Luxemburgo. Zbyszko Olesnicki, obispo de Cracovia, futuro cardenal, es un buen católico y un enemigo de la herejía. Pero ante todo es un polaco.

—Son tatarabuelos míos —Conrado se puso de morros— Piasta el Carretero y su mujer Rzepicha. Mi bisabuelo Boleslao el Bravo. Mis abuelos el Bocatorcida, el

Piestrabados, el Barbudo. Pero mis padres, cuando llegó el momento de pensar en el futuro, supieron elegir. Eligieron el Sacro Imperio Romano Germánico. Eligieron Europa. Eligieron el desarrollo y el progreso. Zbyszko Olesnicki se considera polaco, y sirve a Jagiello. A un neófito, un pagano en secreto, cuyo padre ofrecía sacrificios humanos a los diablos lituanos. Como polaco, Zbyszko debería darse cuenta de que el futuro de Polonia no está en Lituania, ni en la Rus, ni en el salvaje oriente, sino en Europa. En el Sacro Imperio Romano Germánico. Trasládadle mis palabras a Zbyszko, señor de Bnin.

—Se las trasladaré. Pero no creo que me escuche. El obispo de Cracovia tiene un concepto de Polonia algo distinto. También ve de forma bastante distinta a los alemanes y a su Imperio. Se permite, disculpad mi osadía, cuestionar seriamente la sinceridad de las intenciones de los alemanes. No le faltan razones para ello.

—Entonces —el obispo se incorporó en la silla curul—, ¿qué es lo que quiere Zbyszko de mí? ¿Eh? ¿Por qué demonios te ha enviado aquí, señor de Lodzia? ¿Busca ayuda? ¿Necesita un aliado? ¿Contra Vitautas, que sueña con la corona? ¿O a lo mejor contra Svitrigaila, que cada vez levanta más la cabeza?

—¿Es algo tan malo —Andrzej de Bnin sonrió— una alianza como para hablar de ella en tono tan mordaz? ¿Especialmente aquí, en Silesia? ¿No os habría venido bien una alianza hace un año, en 1428, cuando los bohemios redujeron Silesia a cenizas? ¿No os habría venido bien entonces contar con ayuda armada? ¿No creéis que podré veniros bien cuando caiga sobre vuestras tierras la siguiente razia de los husitas? Porque caerá, si no es hoy, será mañana. Vendrán los bohemios. Incendiarán lo que no han incendiado, saquearán lo que no han saqueado. ¿Quién va a hacerles frente? Un duque silesio ha sido muerto, los demás están aterrados. La caballería desmoralizada. Los aliados se han dispersado, no hay dinero para mercenarios. El Luxemburgo no va a venir en vuestra ayuda. Reflexionad, obispo Conrado, virrey de Silesia. ¿No os vendría bien alguna ayuda en los momentos de desesperación? ¿Alguna ayuda o, dicho de otro modo... una intervención?

El obispo de Wroclaw calló largamente.

—Entiendo —dijo al fin, hablando despacio—. Ya entiendo a qué os referís. Ya se ha resuelto el acertijo. Una intervención. Ejércitos polacos en Silesia. Una cruzada contra Bohemia, no. Pero contra Silesia, claro que sí. Es impensable. Decídselo a Zbyszko, señor de Bnin. Impensable.

Andrzej de Bnin callaba, sin apartar la mirada. Conrado tampoco bajaba los ojos.

—Fantasías polacas —sentenció este al fin—. Fantasías polacas relativas a Silesia. Prohusitas, antihusitas, católicos, ortodoxos, todos soñáis con una Silesia nuevamente polaca. Seguíis pensando en devolver Silesia a la corona de Polonia. No sois capaces de entender que no es posible entrar dos veces en el mismo río. Vosotros os desprendisteis de Silesia, Silesia jamás volverá a ser polaca. Y lo sabéis. Pero seguís soñando, hilando quimeras. ¡Solo estáis al acecho, para arrebatarme Silesia por la fuerza!

—¿Al acecho de qué —Andrzej de Bnin sonrió con notable desdén— estamos, según vos? ¿De lo que ha quedado tras lo de 1428? ¿De vuestras ruinas? ¿De veinticinco ciudades incendiadas, de centenares de aldeas reducidas a cenizas, de campos quemados en los que nada volverá a crecer en décadas? ¿Decís que nos proponemos arrebatáros Silesia por la fuerza? ¿Para qué necesitamos la fuerza? Los duques de Silesia se pelean para obtener la protección de Polonia. Bolko Woloszek, de la Silesia de Opole, el primero, a continuación Cieszyn, Glogów, Oswiecim. Y después de la siguiente aceifa husita otros se sumarán. ¿Acaso todos?

—Pero cuánta arrogancia. —A Conrado le rechinaban los dientes—. Arrogantes polacos. En verdad es una especialidad polaca: la arrogancia y la más completa incapacidad para prever nada.

—La capacidad para prever —Andrzej de Bnin se irguió, sus rasgos se tornaron más duros— la valora la historia y la ratifica el tiempo. Y el tiempo, dicho sea con todo respeto, ha llegado a conclusiones bastante dolorosas acerca de vuestras capacidades en este terreno, honorable obispo de Wroclaw. ¿Qué ha sido del reparto de Polonia, urdido en Pozsony con húngaros y teutones? ¿Qué ha sido de esas tierras de Siewierz, Sieradz y la mitad de la Gran Polonia, que iban a corresponderos a raíz del reparto? ¿Y habláis vos de arrogancia?

Conrado callaba, mirando ostensiblemente a un lado.

—Volvamos entonces —Andrzej de Bnin suavizó su tono de voz— a las previsiones. Os diré, honorable obispo de Wroclaw, lo que prevé Zbigniew Olesnicki, episcopus cracoviano. El curso de los acontecimientos será como sigue. Después de la próxima incursión de los checos, la mitad de los duques silesios se pasará al husitismo, y la otra mitad se refugiará bajo el ala de Ladislao Jagiello, rey de Polonia. El Papa, para ganarse el apoyo de Jagiello, os destituirá como obispo. Y dado que Wroclaw depende eclesiásticamente de la metrópolis de Gniezno, designará como sucesor vuestro al frente de la diócesis a Zbyszko Olesnicki, y ese nombramiento lo confirmará el rey polaco. ¿Y el Luxemburgo, a quien servís tan lealmente? ¿Pensáis que va a mover un solo dedo para favoreceros? Claro que no. No lo moverá. Os enviará la Orden del Dragón. Como acostumbra hacer.

El obispo calló largo rato. Después volvió la cabeza.

—Habéis hablado hasta hartaros —dijo, mirando al polaco a los ojos—. Habéis dicho una sarta de tonterías. Pero al final yo tenía razón. Prohusitas o antihusitas, todos sois mis enemigos por igual, toda vuestra nación. Y Zbyszki Olesnicki es mi peor enemigo.

—El obispo de Cracovia —dijo despacio el señor de Bnin— no es enemigo vuestro. Y eso se demuestra fácilmente.

—¿Cómo?

—Prestándoos un servicio.

—¿A cambio de mi conformidad con la intervención polaca?

—A mayor gloria de Dios.

—Vaya, vaya. ¿Y cómo pretende servirme Zbyszko?

—Con información.

—Os escucho atentamente.

—El obispo de Cracovia —Andrzej de Bnin midió sus palabras—, buen católico y enemigo implacable de la herejía, tiene hombres suyos entre los polacos que están al servicio de los husitas. Los tiene entre los comerciantes que llevan sus mercancías a Bohemia. Eso le ha permitido obtener abundantes informaciones. Entre otras, una que es importante para vos. Para Silesia. Relativa a la red de espionaje husita que actúa en esta región.

—De los espías husitas —Conrado torció el gesto— ya nos ocupamos nosotros.

—¿Ah, sí? —dijo el polaco con una sonrisa—. Pues hay uno del que no conseguís libraros.

El día no se diferenciaba en nada de cualquier otro día corriente. Del Mlynówka llegaban las maldiciones de los almadieros, de la calleja junto a la iglesia el estruendo de los toneles al rodar y el golpeteo de los martillos, del callejón los gritos de los tenderos, de las carnicerías los balidos de las ovejas y los gruñidos de los cerdos. La voz del maestro y las voces de los discípulos que repetían la lección se perdían entre el bullicio ciudadano. Aunque apenas podía oír aquellas voces, Wendel Domarasc sabía qué lección era la que estaban repasando. Ocupaba el cargo de rector en la escuela colegial de la Santa Cruz de Opole. Él personalmente establecía el programa escolar.

*Si vitam inspicias hominum^[31], si denique mores,
Cum culpant alios, nemo sine crimine vivit.*

Su instinto le avisó de lo que iba a ocurrir. Wendel Domarasc se levantó precipitadamente de la mesa, cogió los informes de los agentes y los arrojó al fuego. Un segundo antes de que la puerta, reventada, se saliera de los goznes, el magister sacó de un aparador un frasquito azul. Le dio tiempo a beberse su contenido antes de que los hombres que irrumpieron en la estancia le retorcieran los brazos, mientras le agarraban del pelo y le doblaban la cabeza. El rector se quedó sin voz.

—Soltadle.

Aunque hasta entonces nunca lo había visto, Domarasc supo al punto a quién tenía delante. Lo dedujo por la vestimenta negra, por los largos cabellos negros que le llegaban hasta los hombros. Por su rara fisonomía de pájaro. Y por su mirada de diablo.

—Con el veneno —Treparriscos recogió el frasquito azul, lo hizo girar entre los dedos— pasa como con las mujeres. Por partida doble. *Primo*: no es de fiar, te engaña y te traiciona cuando más falta te hace. *Secundo*: la ponzoña hay que reemplazarla a menudo. Por otra nueva y fresca, porque cuando envejece pierde todo su valor.

»No vas a librarte de mí recurriendo a la muerte —añadió Treparriscos con una

sonrisa repulsiva—. Tu veneno caducado no va a acabar contigo. A lo sumo te entrará una cagalera. Y dolor de tripa. Por lo que veo, ya empiezan los retortijones. Sentadlo, no se vaya a caer.

Los esbirros registraron el cuarto, y lo hicieron con notable destreza. Treparriscos cerró la ventana, aislando la estancia del bullicio callejero. Gracias a eso, las voces de los alumnos que estaban repasando la lección llegaban con más fuerza. Ya era posible reconocer las palabras.

Nolo putes pravos homines peccata lucrari^[32];
Temporibus peccata latent, sed tempore parent.

—*Disticha catonis* —apuntó Treparriscos—. Nada cambia. Lleváis siglos embutiendo en las cabezas de los rapaces sabias sentencias, que siempre son las mismas. También tú, maestrillo, recibiste en otros tiempos tu ración de azotes a los compases de los dísticos. Pero, por lo que se ve, no te zurraron con fuerza suficiente. Al final, no aprendiste nada, la sabiduría de Catón no se te quedó grabada. *Temporibus peccata latent, sed tempore parent.* ¿Qué? ¿Pensabas ocultarte indefinidamente de nosotros con tu proceder? ¿El espía perfecto, la célebre Sombra, el hombre sin cara? ¿Tenías esperanzas de quedar impune por los siglos de los siglos? Era una esperanza vana, Domarasc, vana. En otras palabras: deja toda esperanza. La esperanza es la madre de los necios.

Se inclinó, miró de cerca al espía a los ojos. Aunque los calambres en el estómago casi le habían dejado inconsciente, Wendel Domarasc fue capaz de replicarle con la mirada. Tranquila, firme y desdeñosa.

—*Spes* —dijo con calma— una *hominem nec morte relinquit*^[33].

Treparriscos calló unos momentos, tras lo cual sonrió. Con una sonrisa ignominiosa.

—Catón —dijo, arrastrando las palabras— no era tan listo. En particular, tenía un concepto exagerado de la esperanza. Por falta de experiencia, evidentemente. Deduzco que nunca fue a parar a los sótanos del ayuntamiento de Wroclaw ni a la cámara de torturas que allí se encuentra.

Wendel Domarasc, agente principal de los servicios de inteligencia husitas en Silesia, guardó un largo silencio, luchando con los espasmos de sus tripas y la sensación de mareo.

—Dice el filósofo... —dijo finalmente, mirando a los negros ojos de Treparriscos—. Dice el filósofo que la paciencia es la mayor de las virtudes. Basta con sentarse a la orilla de un río, sentarse y esperar. Con toda seguridad, el cadáver de tu enemigo llegará flotando, tarde o temprano. Podrás observar su cadáver. Cómo la corriente le va dando vueltas. Cómo los pececillos lo mordisquean. ¿Sabes lo que voy a hacer, Grelenort, cuando acabe todo esto? Me voy a sentar a la orilla del río. Y me pondré a esperar.

Treparriscos calló largo rato. Sus ojos de pájaro no expresaban nada en absoluto.
—Llévoslo —ordenó al fin.

El inquisidor Gregorio Hejncze juntó las manos y las metió bajo el escapulario. Este, al igual que el hábito, estaba recién lavado, olía a lejía. Era un olor relajante. Ayudaba a serenarse.

—Deseo —la voz del inquisidor era tranquila— felicitar a su eminencia por la captura del espía husita. Es un éxito. Un hecho muy beneficioso *pro publico bono*.

El obispo Conrado se roció la cara con agua, se llevó un dedo a la nariz, se sonó en la palangana. Tomó la toalla de manos de un criado.

—Dicen —se secó y volvió a sonarse, esta vez en la toalla— que has estado en Roma...

—Si lo dicen —Gregorio Hejncze inhaló el olor a lejía—, será que he estado.

—¿Cómo se encuentra el padre santo Martín V? ¿Se advierten en él algunos síntomas? Porque, verás, hay quienes profetizan que ya no le queda mucha vida.

—¿Quiénes profetizan eso?

—Pitonisas. Viniendo de Roma, ¿seguramente habrás pasado por Suiza? Y, ¿qué tal en Suiza?

—Es muy bonito. Y tienen buenos quesos.

—Y una buena infantería. —El obispo despidió con un gesto al criado con la palangana, llamó a otro que sostenía un albornoz ribeteado en piel—. También tienen una buena infantería. ¿Puede que contribuyan con mil picas cuando emprendamos una nueva cruzada contra Bohemia? ¿Has tratado ese asunto con ellos? ¿Con el obispo de Basilea?

—Sí, lo he tratado. No van a contribuir. A los cruzados, me han dicho, les van a dar para el pelo. Como de costumbre. Lástima de soldados.

—Hijos de perra. —El obispo se envolvió en el albornoz, se sentó—. Apestosos queseros. ¿Vino, Goyo? Bebe sin miedo. No voy a envenenarte.

—No tengo miedo. —Hejncze miró al obispo desde detrás de la copa—. Tomo regularmente mitridato mágico.

—La magia es pecado —dijo el obispo entre carcajadas—. Aparte de eso, existen venenos para los que no hay antídotos. Te lo aseguro, existen. Alguna vez te hablaré de ellos. Pero ahora cuéntame tú. ¿Hay noticias de Bamberg? Mis espías me informan de que también has estado con el obispo de Bamberg. ¿Cómo le va?

—¿Entiendo que su eminencia no me pregunta por su salud?

—Su salud me importa una mierda. Pregunto si se va a sumar a la cruzada. ¿Va a proporcionar hombres, cañones, armas? ¿Cuántos? ¿Cuántas?

—Su eminencia Federico von Aufsess —el rostro del inquisidor era tan serio como una pulmonía— evitó las respuestas inequívocas. Dicho de otra manera, se anduvo por las ramas. Bueno, las artimañas parecen estar asociadas de un modo duradero e indisoluble a la mitra episcopal. No obstante, entre las artimañas la verdad

asoma, como dicen los clásicos, igual que el culo entre las ortigas. Y la verdad es que la caridad bien entendida empieza por uno mismo. En Franconia y Baviera la chusma ciudadana está muy agitada, el campesinado se está envalentonando. Llegan noticias de Francia sobre la Doncella, sobre Jehanne d'Arc, la sagrada guerrera de Dios. Se extiende el rumor de que, cuando La Pucelle acabe con los ingleses, al frente de un ejército popular se ocupará de señores y prelados. ¿Y los husitas? Los husitas están lejos de Bamberg, en Bamberg nadie los teme, nadie cree que vayan a llegar hasta allí, y en el peor de los casos la ciudad tiene unas murallas altas y poderosas. En una palabra, a Bamberg los husitas no le dan ni frío ni calor, que se ocupen de los husitas quienes tengan motivos. Son palabras de su eminencia el obispo Federico.

—Que le parta un rayo a ese viejo idiota. ¿Y el arzobispo de Magdeburgo? Porque también has ido a visitarlo.

—Es verdad, lo he visitado. El arzobispo metropolitano Gunter von Schwarzburg es demasiado sensato para despreciar a los husitas. No descarta su participación en la cruzada, llama activamente a las uniones defensivas. En consecuencia, está formando un ejército, en este momento tiene a sus órdenes a más de un millar de hombres. Se han presentado, no obstante, lo diré francamente, ciertos problemas. El arzobispo está muy furioso. Contigo, obispo Conrado.

—Oh —comentó Conrado con un monosílabo.

—Está furioso —prosiguió Hejncze— por culpa de una persona que disfruta de tus favores. Me refiero a Birkart Grelleort. El arzobispo me presentó una larga lista de reproches, no voy a aburrirte con ellos, porque en su mayoría son cosas triviales: asesinatos, violaciones, magia negra. Al igual que el pillaje: el arzobispo Gunter acusa a Grelleort del robo perpetrado en septiembre de 1425 de quinientos gúldenes de tributos. Lo que más enfurece al metropolitano, de todos modos, es la persona de cierta criatura no humana, de cierto sverg, llamado, al parecer, Skirfir, alquimista y mago, a quien el arzobispo quería torturar y mandar a la hoguera, y a quien Grelleort, con todo descaro, raptó y se llevó. Para servirse de él.

El obispo Conrado se rio a carcajadas.

—Sí, es bastante gracioso —asintió Hejncze con frialdad—. Y trivial hasta la náusea. Pero va en contra de la alianza de Sajonia y Silesia, una alianza indispensable frente a la amenaza husita. Capaz de decidir el ser o no ser de Silesia. Así pues, me gustaría saber qué iniciativas se propone adoptar su eminencia en este asunto.

Conrado se puso muy serio, clavó la mirada en los ojos del inquisidor.

—¿En qué asunto? —refunfuñó—. No veo que haya aquí ningún asunto. ¿Es que tú lo ves, Goyo? ¿Acaso pretendes decirme que a Birkart Grelleort, aunque sea mi favorito y, según las malas lenguas, también mi bastardo, debería mandarlo a tomar viento, lanzar un anatema contra él, declararlo proscrito, encerrarlo o matarlo secretamente? ¿Qué debería hacer eso por el bien de la causa, dado que Birkart Grelleort es persona turpis, perjudicial de cara a las alianzas y relaciones con nuestros vecinos? Podría contestarte, Goyo, diciendo que esas alianzas y esas

relaciones se ven perjudicadas por ciertas dignidades eclesiásticas estúpidas y mezquinas que se enfurruñan como los niños cuando les quitan los juguetes. Podría, pero no voy a contestarte así. Te voy a contestar de otro modo, te voy a contestar de forma breve y concreta: si alguien, ya sea obispo, cardenal, sufragáneo o inquisidor, lo mismo me da, intenta ir contra Birkart Grelenort, como que hay Dios en el cielo, lo va a lamentar profundamente.

—Dios en el cielo —replicó Hejncze sin pestañear— todo lo ve y todo lo oye. Con la medida con que midáis se os medirá. Ay de aquellos que llaman al mal bien, y al bien mal, aquellos que hacen de la luz tinieblas y de las tinieblas luz.

—Banalidades, Goyo, banalidades. Citas la Biblia como un párroco de aldea. Ya te lo he dicho: deja en paz a Grelenort y déjame en paz a mí. Busca la viga en tu propio ojo. ¿O igual prefieres otra cita bíblica? ¿De la Epístola a los Corintios, por ejemplo? No podéis beber la copa del Señor y la copa de los demonios, no podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios. Reinmar de Biellau, ¿te dice algo este nombre? ¿Un hereje a quien mediante tu intervención personal salvaste en Frankenstein de un doloroso interrogatorio? ¿Y a quien protegiste tanto tiempo que consiguió escapar? Protegías a un amigo. Porque era tu camarada, tu compañero, tu colega de la universidad. Reynevan de Biellau, hereje anatémizado y delincuente, hechicero, nigromante, persona turpis hecha y derecha. Has participado de la mesa de los demonios con un nigromante, inquisidor. Y todo se pega menos la belleza. Puede que te interese saber que el mencionado Biellau hace un mes apareció en Wroclaw.

—¿Reinmar de Biellau? —Gregorio Hejncze no consiguió ocultar su asombro—. ¿Reinmar de Biellau estuvo en Wroclaw? ¿Qué buscaba aquí?

—¿Y cómo voy a saberlo? —El obispo observó a Hejncze con los párpados entrecerrados—. Es tarea del inquisidor, no mía, perseguir a los judíos, herejes y apóstatas, saber qué traman y con quién. Y me da la impresión, Goyo, de que tú sabes qué andaba haciendo aquí Biellau. Qué, o más bien quién, estaba buscando.

Desde la vecina iglesia de San Pedro y San Pablo llegaba un desagradable matraqueo que atormentaba los oídos. Durante los tres días previos al Domingo de Resurrección no repicaban las campanas, eran las matracas las que llamaban a los fieles para que acudieran a los templos.

—Hejncze no lo sabía —repitió Grajcarek, encorvándose obsequiosamente—. No sabía que Biellau había estado en Wroclaw. Tampoco sabía para qué había venido, con qué fin. Grelenort estaba en la residencia, oculto, escuchando, y, una vez que el inquisidor se hubo marchado, discutió con el obispo. Este aseguraba que Hejncze estaba fingiendo, el muy ladino, que la curia romana le ha enseñado todo lo que hay que saber en lo tocante a juegucitos e intrigas. Grelenort, en cambio...

—Grelenort —apuntó pensativa la mujer que hablaba con voz de contralto y olía a romero—. Grelenort se sentía inclinado a admitir que Hejncze estaba sincera y genuinamente sorprendido.

—Estaba sincera y genuinamente sorprendido —insistió Treparriscos con vehemencia—. Estoy totalmente seguro. Desde mi escondrijo le lancé un conjuro. Naturalmente, disponía de un bloqueo, algún talismán defensivo, no fui capaz de penetrar en sus pensamientos, pero si hubiera estado fingiendo y tratando de embaucar al obispo, mi sortilegio le habría desenmascarado. No, Kundrie, Gregorio Hejncze no sabía nada de Reynevan, las noticias le han pillado de sorpresa, la información de que Reynevan había estado buscando a alguien le ha descolocado. Cuesta creerlo, pero parece que Hejncze no sabe nada de la Apolda. Lo que querría decir que, a pesar de todo, la muchacha no está en manos de la Inquisición.

—Una conclusión precipitada. —Kundrie parpadeó con sus cuatro párpados—. Hejncze no es la Inquisición. Hejncze no es más que una pieza en la maquinaria. Y el propio obispo se esfuerza, en la medida de lo posible, en desacreditar y eliminar esa pieza. ¿Y si al final han tenido éxito sus intrigas? ¿Y si Hejncze ya no cuenta en la maquinaria, o cuenta tan poco que ya no está informado? ¿Y si las cosas ocurren a sus espaldas?

—Y si, y si, y si... —Treparriscos se mordió los labios—. Ya estoy harto de hipótesis. Quiero concreciones. Los arcanos, Kundrie, los arcanos. Nigromancia y goecia. Mandé a unos hombres a Schonau con la misión específica de hacerse con pertenencias de la Apolda, objetos personales que hubiera tocado. Te los habrán entregado. ¿Qué tal?

—Te lo voy a enseñar. —La neufra se levantó torpemente del sillón—. Permíteme.

Treparriscos pensaba que sabía lo que se podía esperar. Kundrie solía recurrir a la magia de los Longaevi. Desanimada seguramente por la falta de resultados, la neufra se había pasado a la magia utilizada por los Nefandi. Treparriscos echó un vistazo y enseguida tuvo que tragarse la saliva que se le acumulaba en la garganta.

En la mesa habían trazado un círculo con una larga tira de piel, probablemente de alguien a quien habían desollado vivo. En esa tira, delimitando los vértices de un triángulo, habían dispuesto unos cuernos de macho cabrío, un murciélago momificado y un cráneo de gato. Al murciélago lo habían ahogado en sangre, mientras que al gato lo habían alimentado con carne humana antes de sacrificarlo. Lo que hubieran hecho con el macho cabrío Treparriscos prefería no saberlo. En el centro del círculo, clavada al tablero con clavos de herraje, había una cabeza que ya empezaba a gotear y que apestaba lo suyo. Kundrie se había preocupado de vaciar los ojos del muerto, que son lo que primero se estropea, y había embadurnado las cuencas de cera. La zona de la boca estaba carbonizada, los labios colgaban como jirones de tela retorcidos, arrugados como una corteza putrefacta. Delante de la cabeza habían colocado las manos del cadáver, igualmente clavadas al tablero. Entre las dos manos reposaba un animal al que le habían arrancado la piel y había sido masacrado: una rata enorme o un perro pequeño.

—Me han traído una toquilla —Kundrie le mostró un retazo de lana gris—, por si

acaso, la he cortado en pedazos. Esto es todo lo que me ha quedado. Mira.

Depositó la tela entre las manos del cadáver. Las manos se estremecieron, se echaron a temblar, los dedos empezaron de pronto a contraerse y a retorcerse como gusanos, como si estuvieran intentando atrapar la tela. Kundrie levantó las manos y las extendió hacia el frente, sus propios dedos fueron presa de un temblor incontrolado, imitando con toda exactitud los movimientos de las manos clavadas a la mesa.

—*Iä! Iä! Nyahah, y-nyah! Ngg-ngaah-Shoggog!*

Las manos del cadáver entraron en un estado de auténtico frenesí, forcejeando con los clavos y tamborileando en la mesa. Los labios achicharrados de la cabeza cadavérica empezaron a moverse. Pero, en lugar de palabras, salió despedida de ellos una violenta llama azul, una lengua de fuego que quemó el retazo de toquilla gris y lo convirtió en un momento en una pizca de ceniza gris. Todo lo que había en la mesa se quedó inmóvil, formando una naturaleza muerta de carnicería.

—¿Qué dices a esto, hijo mío?

—Contramagia.

—Y muy fuerte —aseguró Kundrie—. Alguien se interpone. Alguien no quiere que encontremos a esa Apolda, o como se llame. No es una magia típica, presenta una huella astral, sideral. No todo el mundo es capaz de servirse de un elemento sideral... ¿Se puede saber por qué te rechinan los dientes? Ah... Entiendo. Ya me acuerdo. Aquel compañero de Reynevan, el gigante con cara de idiota. El que te obligó a huir cerca de Trosky. La segunda mancha en tu honor. Dijiste...

—Que era un astral —remató Treparriscos con frialdad—. Porque es un astral. Un ser llegado desde un plano astral. La contramagia que nos está estorbando puede ser obra suya. En Trosky pude ver su aura. Jamás había visto nada parecido.

—No hay dos auras iguales. No encontrarás dos pares de ojos que perciban idénticamente la misma aura. Es lo que se llama óptica. ¿No has leído a Witelo?

—No es cuestión —Treparriscos se encogió de hombros— del color, del tamaño o de la intensidad del aura, los cuales efectivamente son variables y dependen del ojo del observador. Es cuestión de que todo, absolutamente todo lo que hay en el mundo tiene tres auras. Vivos o muertos, naturales o sobrenaturales, procedentes de este mundo o del más allá, todo, absolutamente todo tiene tres auras. Dos de ellas, generalmente amarilla y roja, están casi adheridas al objeto. La tercera palpita en múltiples colores y está alejada del objeto, creando una esfera a su alrededor.

—Eso lo saben hasta los escolares.

—El tipo que vi en Trosky tenía dos auras. Una, de un dorado brillante, estaba adherida a él de tal modo que parecía una estatua maciza. La segunda... porque solo había dos... no era un aura en el sentido estricto de la palabra. Una claridad azul celeste... situada... a sus espaldas. Por detrás. Como una capa agitada por el viento, como unos faldones... O...

—¿O como unas alas? —bufó la neufra—. ¿Y no tenía una mandorla? ¿O una

aureola? ¿Un nimbo alrededor de la cabeza? ¿No estaría acompañado el fenómeno por una luz eterna, *lux perpetua*? Porque en tal caso podría tratarse de un arcángel, por ejemplo, Gabriel. No, recuerdo que Gabriel era delgado, más bien menudo y bien parecido, y el de Trosky tenía, según me contaste, la jeta de un cretino y la constitución de un gigante. Ah, ¿podría ser entonces San Lorenzo? Este se parecía a un buey, tanto por su tipo como por su inteligencia. Lo asaron en una parrilla de hierro, a la brasa, super carbones vivos. Recuerdo que, por más que lo asaban, él seguía medio crudo. Consumieron un montón de carbones para acabar de asarlo.

—Kundrie —gruñó Treparriscos—. Sé que estás sola y no tienes con quién charlar. Pero déjate de chistes. No estoy para chistes. Quiero resultados concretos.

A Kundrie se le erizaron las púas dorsales.

—Y un consejo —dijo silbando—, ¿lo consideras algo concreto? Porque tengo un consejo que darte, desde luego. Ándate con cuidado con ese coloso estúpido. Tengo mis dudas de que se trate realmente de una criatura astral, un ser sideral, no se han registrado casos de visitas desde el plano sideral en décadas. Pero vagan por este mundo otras criaturas que tienen un aura parecida a la que has descrito y que saben valerse del elemento estelar. Igual de antiguas que nosotros, los *Longaevi*. Igual de peligrosos que los *Nefandi*. Vuestro Libro los llama los Guardianes, pero no tienen nombre. No quedan muchos. Pero aún existen. Y es peligroso enfrentarse a ellos.

Treparriscos no hizo ningún comentario. Se limitó a parpadear, no muy deprisa, para que la neufra no pudiera percibir el brillo de sus ojos.

—Acércate pasado mañana —suspiró Kundrie—. Trae *aurum*. Probaremos un nuevo conjuro. Consígueme una cabeza fresca, porque esta ya empieza a heder.

—Te mandaré a un criado con el *aurum* —replicó Grelenort secamente—. Puedes quedarte con su cabeza. A mí ya no me interesa.

La misa de Pascua había concluido. Prelados y monjes, vestidos con hábitos blancos, salían por el centro de la nave. Resonaban los ecos de los cantos bajo la bóveda de la catedral.

Christus resurgens ex mortuis^[34],
iam non moritur:
mors illi ultra non dominabitur,
Quod enim mortuus est peccato,
Mortuus est semel:
Quod autem vivit, vivit Deo.
Alleluia!

Se diría que todo Wroclaw se había congregado en la isla de la Catedral. En las plazas ubicadas delante del templo y de las dos colegiatas las aperturas eran enormes, la multitud presionaba sobre los alabarderos encargados de formar un pasillo por donde el obispo, los prelados, los monjes y los clérigos marchaban en procesión. La

procesión había partido de la catedral y se dirigía a San Gil, y de allí a la Santa Cruz, donde se celebraría la siguiente misa.

*Surrexit Dominus de sepulcro
qui pro nobis pependit in lingo.
Alleluia!*

La mujer que olía a romero, cubierta con una capucha, agarró a Grajcarek de una manga, lo arrastró hasta un muro, por detrás del contrafuerte de la capilla bautismal.

—¿Qué quieres? —gruñó la mujer—. ¿Qué es eso que tienes que decirme que es tan importante? ¿Tan alarmante? Te había dicho que no podemos vemos a pleno día. Y menos en un día como este.

Grajcarek miró a su alrededor, se enjugó el sudor de la frente, se humedeció los labios. La mujer lo observaba atentamente. El espía se aclaró la garganta, abrió la boca, la cerró de nuevo. Y de pronto palideció.

—Ajá —dedujo al instante la mujer—. ¿Así que el obispo te ha pagado más?

El espía retrocedió, empezó a temblar, su espalda se topó con la dura resistencia de la pared, con mano trémula intentó dibujar en el aire un carácter mágico. La mujer lo alcanzó de un salto, le dio un golpe en corto, sin tomar impulso. Lo aplastó con la rodilla contra el muro.

—Un buen judío —musitó— no traiciona. Tú eres un mal judío, Grajcarek.

Brilló un cuchillo, el espía se quedó sin aire y se agarró la garganta con las dos manos, la sangre le borboteaba entre los dedos. La mujer le arrojó la capa a la cabeza, lo derribó, corrió a zambullirse en el gentío.

—¡Atrapadla! —les gritó a sus agentes Kuczera von Hunt—. ¡Atrapadlaaa!

La agitación se apoderó de la muchedumbre.

*Advenisti desiderabilis,
quem expectabamus in tenebris...*

Horadando la muchedumbre como un topo en el terreno, uno de los agentes dio alcance a la mujer, la agarró de un hombro. Alcanzó a ver sus ojos de un verde amarillento. Pero no tuvo tiempo ni de gritar, el cuchillo resplandeció y le cortó la tráquea y el esófago. El segundo agente le cerró el paso a la mujer, la multitud osciló y se apelotonó alrededor de ellos. El agente soltó un gemido, se le enturbiaron los ojos, no cayó al suelo, quedó atrapado entre el gentío, inerte como un pelele, en tierra de nadie. Se oyeron los primeros gritos, una muchacha soltó un chillido aterrador, con las manos agarrotadas se puso perdido de sangre el blanco vestido de fiesta. Kuczera von Hunt se abrió paso entre la muchedumbre, pero solo encontró cadáveres. Huellas de sangre en el empedrado. Y un débil aroma a romero.

¡Alleluia, alleluia!

La procesión de Resurrección se acercaba a la colegiata de la Santa Cruz.

—Señor... —balbució el padre Feliciano, inclinándose en una reverencia—. Me habíais ordenado que os tuviera informado... Estoy listo... ¿Se puede hablar?

—Se puede.

—En tal caso, os contaré... Veréis, ocurre lo siguiente... En Karlowice había mercado de caballos... Estaban allí tratando en caballos...

—Más claro —rezongó Treparriscos—. Más claro, curilla. Más despacio, más claro y más coherente.

—Me habíais mandado que averiguara dónde se encuentra la doncella... Esa que está oculta. Que os informara al punto... He estado escuchando en San Adalberto... A los agentes del inquisidor, que estaban charlando entre ellos... Dzierzka, la viuda de Zbylut de Skalka, esa que se dedica a la cría de caballos cerca de Sroda... Ha llegado a Karlowice para el mercado equino. Y había una doncella con ella. Como una hija, pero todo el mundo sabe que la tal Dierzka no tiene hijas... Total, que empezó el runrún entre los mercaderes, porque muchos le estaban dando vueltas a la idea de contraer matrimonio con la viuda, y recibir en dote el mejor acaballadero de toda Silesia... Y ahí la tienes, una hija ilegítima o adoptada, dispuesta a heredar...

—Al grano.

—Como ordenéis. La muchacha, esa especie de hija, le contaba un agente a otro, no se sabía de dónde había salido, era como si hubiera caído del cielo, y ahora vive en Skalka. Así que pensé: ¿y si esa es la doncella que anda buscando Bielau, y también vos? La edad parece que coincide... Porque escuché lo que decían... Estaban describiendo a la joven...

—Dices que la estaban describiendo. Pues repite la descripción. Con toda precisión y detalle.

El obispo Conrado estaba escuchando. Con aparente atención, pero Treparriscos le conocía demasiado bien. El obispo estaba distraído, acaso porque estaba sobrio. Repartía su atención entre Treparriscos, Klaudyna Haunold, que se desgañitaba en los aposentos de las damas, y los gritos de Kuczera von Hunt que le llegaban desde el patio.

—Ajá —dijo al fin—. Ajá. Así que la chiquilla que fue testigo del asalto al alcabalero y que sobrevivió al ataque aún vive. Aunque en dos ocasiones la tuviste muy cerca, se te escapó. Y ahora aseguras que se esconde en Skalka, en las posesiones de Dzierzka de Wirsing, la viuda de Zbylut de Skalka.

—Y convendría, a mi juicio, hacer algo al respecto.

Conrado se rascó la coronilla, se hurgó una oreja.

—¿Y qué podemos hacer? —Frunció los labios con desdén—. Sería una pérdida de tiempo y de esfuerzos. Dzierzka de Wirsing se está comportando de una forma

ejemplar, ya no comercia con los husitas, contribuye generosamente a la Iglesia. No veo motivos para... ¿Y la muchacha? La muchacha no es nadie. ¿Qué clase de testigo es? Aun suponiendo que recordara algo de aquellos sucesos, y que fuera capaz de reconocer a alguien, ¿quién iba a hacerle caso? ¿Quién iba a darle crédito? De hecho se sabe que las doncellas se imaginan toda clase de fantasmagorías disparatadas cuando los vapores menstruales se les suben a la cabeza. No vamos a rompemos los cascos por esa muchacha. Mejor nos olvidamos de ella. Nos olvidamos en general del episodio del alcabalero. Ya han pasado casi cuatro años. Yo ya me he olvidado. Todo el mundo se ha olvidado.

—No todo el mundo. —Treparriscos negó con la cabeza—. Los Fugger, por ejemplo, no se han olvidado. Hace poco me lo dieron a entender. Créeme, padrecito, van a procurar averiguar la verdad y ajustarles las cuentas a los culpables. Con ese objetivo, aprovecharán todo lo que se pueda aprovechar. Todo. Esa muchacha puede que no sea nadie, pero supone una amenaza.

—Vaya... —El obispo trenzó los dedos, inclinó la cabeza—. Siendo así... Haz lo que creas conveniente.

—¿Y tú qué? —Los ojos de pájaro de Treparriscos relampaguearon—. ¿Te lavas las manos como Pilatos? Te recuerdo que es tu culo lo que está en juego, que fuiste tú el que robó los impuestos, y que es a ti a quien pueden poner en peligro las declaraciones de esa chica. Si te decides a encontrar una solución, no agites el báculo con desgana. Dame una orden. Concreta e inequívoca.

—Birkart. —Conrado le aguantó la mirada—. Ten cuidado. No te pases de la raya.

Los dos permanecieron largo rato en silencio, poniendo a prueba la firmeza de sus miradas. Klaudyna estaba callada, tampoco llegaba ya ningún rumor desde el patio. Por fin el obispo se irguió, con el semblante endurecido, los labios apretados.

—Por orden mía —dijo—, vas a hacer lo que vas a hacer. Y aquello que se va a hacer, nos, obispo de Wroclaw, volumus et contentamur, lo aceptamos y reconocemos conforme a nuestra voluntad. Y asumimos toda la responsabilidad por ello. ¿Es suficiente?

—Ahora sí, totalmente.

El gran reloj municipal, que colgaba en la torre del ayuntamiento de Wroclaw desde los tiempos del obispo Przeclaw de Pogorzela, anunció de pronto con sus toques metálicos, entre los chirridos de las ruedas y los gemidos de los muelles, la hora nona del día. Ahora, a finales de marzo, eso significaba que hasta la puesta de sol y el *ignitegium* quedaban unas tres horas.

Douce von Pack estaba en la ventana, completamente desnuda, dándole la espalda a Treparriscos, apoyada en el alféizar como una cariátide. Treparriscos no podía apartar la vista. Podría pasarse horas mirándola.

—Ven aquí —la llamó—. Por favor.

Ella obedeció.

—Dijiste —Treparriscos hablaba despacio— que deseas hacer lo mismo que yo. A mi lado. ¿Sigues deseándolo? ¿No has cambiado de opinión? ¿Estás dispuesta?

Asintió con la cabeza. Sin prisa.

—Una vez que empieces, ya no habrá vuelta atrás. ¿Eres consciente de eso?

Douce volvió a asentir. Treparriscos se levantó.

—Ponte esto.

Poco después, la muchacha estaba delante de él vestida con un gambesón negro guateado, perneras y botas altas. Treparriscos la ayudó a ponerse y abrocharse las placas del peto, el espaldar, el goijal, las hombreras, los brazales, las demás piezas. Una banda negra en el pelo. Una capa negra con capucha.

—¿Espada?

—Prefiero una lanza.

—Bébetelo. Hasta el fondo. Repite conmigo: *Adsumus, Domine, adsumus peccati quidem immanitate detenti...*

»Ven a nosotros, permanece con nosotros, desea penetrar en nuestros corazones...

»*Amen*. Vamos.

—¿Qué era eso? Lo que he bebido.

—Un narcótico.

—No sabía muy bien.

—Te habituarás. Vamos. Ajá. Otra cosa. Dime...

La muchacha levantó la cabeza. Y los ojos. Del color de las profundidades de un lago de montaña. Fascinantes. Y completamente inhumanos.

—¿Cuál es —preguntó Treparriscos, titubeando— tu verdadero nombre?

Dzierzka de Wirsing no sabía qué era lo que la había despertado. No habían sido los ladridos de los perros: los perros, tal vez inquietos a causa de una fiera del bosque que rondaba por ahí, se habían pasado toda la noche ladrando en Skalka, sus ladridos solo le habían impedido dormir al principio, después se había acostumbrado a ellos, habían perdido su carácter alarmante y se habían vuelto algo corriente para el oído. Así pues, probablemente habría sido una visión, una horrible pesadilla, la culpable de que Dzierzka se hubiera incorporado bruscamente y se hubiera sentado en la cama, en tensión, despejada y lista para la acción. Convencida de que acababa de ocurrir aquello que había estado temiendo los cuatro últimos años.

Los perros no ladraban.

—¡Elencza! ¡Despierta! ¡Y vístete!

—¿Qué ha pasado?

—¡Levántate! ¡Deprisa!

Aquel silencio innatural que resonaba en los oídos estalló de pronto, hecho añicos por un grito que llegó desde el patio, el grito de alguien a quien estaban asesinando. Aquel grito fue seguido casi de inmediato por otros, en un abrir y cerrar de ojos por

toda la hacienda de Skalka resonaban los gritos y el ruido de caballos trotando.

—¡Elencza! ¡Ven! ¡Por aquí!

Dzierzka movió un arcén, retiró de la pared una piel de bisonte, abrió una portezuela que se ocultaba tras ella. Al otro lado olía a cerrado y hacía frío.

—¡Doña Dzierzka!

—¡Deprisa, no hay tiempo! Este pasadizo te llevará hasta un arroyo. Escóndete allí, no salgas hasta... hasta que todo haya acabado. ¡Rápido, jovencita!

—¿Y tú? ¡No voy a dejarte!

—¡Al pasadizo! ¡Ahora mismo! ¡No te atrevas a desobedecer! Vete, mi niña, vete...

Cerró la portezuela, la ocultó tras la piel y el arcón. En la pared del zaguán cogió una rogatina. E irrumpió en el patio.

No le dio tiempo a ver nada aparte del centelleo de las antorchas que lanzaban chispas. Un caballo al galope la embistió junto a la misma puerta, la derribó con tal fuerza que le cortó el aliento. Unos cascos herrados patearon el suelo justo al lado de ella, amenazando con aplastarla. No tenía fuerzas para moverse. Alguien la agarró, tiró de ella. Lo reconoció. Sobek Snorbein.

—Señora... Sálvese...

Sobek Snorbein no tuvo tiempo de decir nada más. Soltó un gemido, cayó de rodillas, la sangre le brotó de la boca. Dzierzka vio la punta de la lanza que le salía del pecho. Muy cerca pasó corriendo un jinete, imperceptible como un negro pájaro nocturno. Se oyó la risa maligna de una muchacha. Y su grito.

—*Adsumus! Adsumuuus!*

Alrededor volvían a retumbar los cascos de los caballos, había jinetes por todas partes. Jinetes Negros.

—*¡Adsumuuus!*

Apareció una mujer en camisa, con los brazos extendidos corrió hacia Dzierzka. Ante los ojos de esta, un Jinete Negro le abrió la cabeza a la mujer de un espadazo. Dzierzka se puso en pie de un salto, pero de nuevo la arrollaron, la derribaron. La levantaron con un lazo, unas manos con guanteletes de hierro. Quedó suspendida entre dos caballos. Un tercer caballo la empujaba.

—¿Dónde está la chica?

Escupió. Algo silbó, se reflejó en sus ojos. Dzierzka se contrajo dolorida.

—¿Dónde está la chica?

Volvió a silbar el látigo, cayó sobre ella. Gritó de dolor. Sus gritos se mezclaron con otros gritos que llegaban de los establos y los graneros.

—¿Dónde está la chica?

—No la vais a encontrar... No está aquí... Está lejos.

Un Jinete Negro se inclinó hacia ella desde la silla. Dzierzka se fijó en sus ojos. Ojos de pájaro, malignos.

—A tus criados, mozos de cuadra, doncellas y rapaces —dijo—, he ordenado

encerrarlos en las caballerizas. Los voy a quemar ahí mismo, los voy a achicharrar junto con todos tus caballos. Si no me dices dónde está la chica, voy a freírlos vivos.

—No la vais a encontrar —repitió, escupiendo la sangre que le salía de los labios cortados por el látigo—. Nunca la encontrarás y nunca conseguirás hacerle daño.

El Jinete se volvió, dio una orden. Enseguida la noche estalló con una ráfaga ardiente, se iluminó con el rojo resplandor de un enorme fuego. Y con un griterío espantoso, con unas voces que no podía sofocar ni el rugido del incendio. Con los gruñidos de los animales que ardían vivos. Como las personas.

Dios mío, perdóname, repetía Dzierzka en sus pensamientos, metiendo la cabeza entre los hombros cada vez que la alcanzaba un latigazo. Dios mío, perdona mis pecados. Pero habrían matado a Elencza... Y de todos modos también habrían quemado a los caballos y a la gente...

Las llamas se elevaban hasta el cielo. Se hizo la claridad, como si fuera de día. Pero Dzierzka no veía nada. Era como si estuviera ciega.

La arrojaron al suelo. Con unas correas le ataron los pies por los tobillos. El caballo relinchó, pateó, la correa se tensó, Dzierzka sintió el tirón, la arrastraron por la tierra.

—Es tu última oportunidad, chalana —le llegó de por allí arriba la voz maliciosa del Jinete Negro—. Di dónde está la chica y te obsequiaré con una muerte rápida.

Dzierzka apretó los dientes. Dentro de nada estaré de nuevo contigo, Zbylut, pensó rápidamente. Voy a sufrir un poco, no pasa nada, lo aguantaré. Y estaré de nuevo a tu lado.

Alguien gritó, alguien silbó, un caballo se lanzó al galope. El mundo en los ojos de Dzierzka se transformó en una línea de fuego. La arena le cortó la piel como una lima.

Al tercer giro perdió el conocimiento.

—Vivirá —afirmó secamente un monje llegado de Sroda, enfermero en el claustro de los Hermanos Menores—. Sobrevivirá, si Dios quiere... Con el tiempo, nueva piel cubrirá las heridas. Se soldarán y sanarán, Dios mediante, los huesos y las articulaciones...

—¿Podrá andar? —preguntó, mordisqueándose el bigote, el caballero Tristram Rachenau, señor de Buków.

A su espalda tenía a su hijo, Parsifal.

—¿Y podrá montar? Porque es tratante de caballos, vive de eso. ¿Estará en condiciones de aguantar en la silla?

El franciscano sacudió la cabeza, miró a Elencza.

—No sé... —balbució—. Quizá. Puede que alguna vez, contando con la gracia divina... La han masacrado de una forma atroz... Ha sido una suerte, nobles señores, que hayáis llegado a tiempo con vuestros hombres y hayáis ahuyentado a aquellos. De otro modo...

—Eso es lo normal, echar una mano a los vecinos —refunfuñó Tristram Rachenau—. Y, desde luego, se va a quedar aquí, con nosotros, en esta hacienda mía, hasta que se recupere. Mientras no esté del todo bien y las piernas no la sostengan, y en tanto que su gente reconstruye Skalka. Ah, ha sido un milagro que hayan podido salir de aquellas cuadras, si no, todos habrían ardido, no habría quedado nadie con vida. Y la mayoría de los caballos también han conseguido escapar del incendio... A fe mía que ha sido un milagro, un auténtico milagro.

—Así lo ha querido Dios. —El franciscano se persignó—. También yo me quedaré aquí, si me lo permitís, caballero. Ahora es imprescindible estar siempre pendiente de la paciente, cambiarle los apósitos... Esta doncella me ayudará. ¿Doncella?

Elencza levantó la cabeza, se frotó con los nudillos los párpados hinchados por el llanto.

—Os ayudaré.

Dzierzka de Wirsing se removió en el lecho, gimió sordamente por debajo del vendaje.

Era el 30 de marzo *Anno Domini* 1429.

Capítulo decimoprimerο

En el que regresamos a Moravia, a la ciudad y el castillo de Odry, donde la embajada polaca propone allanar los obstáculos para el estrechamiento de las relaciones fraternales con Bohemia, y Reynevan se informa de tales y cuales cuestiones políticas.

Era el 5 de abril cuando llegaron a Odry.

Debido al incidente con el fugado Schilling, estaban intranquilos en cuanto a la suerte de Horn, y por el camino habían decidido ir hasta Sovinec. Pero no les hizo falta. La primera persona con la que se encontraron en el patio del castillo fue precisamente Urban Horn.

Al verlos, el semblante se le ensombreció, los ojos se le encendieron. Pero no hizo el menor gesto, permaneció tranquilo e inmóvil. Tal vez porque los movimientos los tenía muy limitados por el tosco vendaje del cuello y el cabestrillo de la mano izquierda. Y porque eran tres contra uno.

—Hola —empezó Reynevan en tono trivial—. ¿Cómo estás?

—Pues ya me ves.

—Caramba.

—Te dejamos —Scharley hizo un guiño casi imperceptible a Reynevan y Sansón— en mejores condiciones, a pesar de los pesares. ¿Quién te ha hecho esa faena?

Horn maldijo, escupió y los miró con el ceño fruncido.

—Schilling —dijo apretando los dientes—. Me pilló desprevenido, el muy bribón. Se ha escapado de Sovinec.

—Se ha escapado, ayayay. —Scharley mostró su disgusto de forma exagerada—. ¿Lo oyes, Reinmar? ¿Sansón? ¡Schilling se ha escapado! Mala cosa, muy mala cosa. Aunque también tiene su lado bueno.

—¿Qué? —gruñó Horn—. ¿Qué tiene de bueno?

—Que no llegó muy lejos —soltó Reynevan—. Nos encontramos con él. Y Scharley, aquí presente, el mismo que ahora está exhibiendo una sonrisa de oreja a oreja, lo fileteó con el sable como si fuera un lucio. El mundo se volvió un lugar más bello, con un canalla menos en él. Bueno, Horn, sin rencor, ya basta de malentendidos. Alegra esa cara y choca esos cinco. ¿Qué dices?

Urban Horn sacudió la cabeza.

—Seguro que tenéis un pacto con el diablo, maldito trío. Sois de la piel de Satanás, no sé cuál de los tres es peor. Pero, qué caramba, más vale estar de vuestro lado que no al revés. Sin rencor. Y, por lo de ese canalla de Schilling, muchísimas gracias. Vengan esas manos. Scharley. Reinmar... ¡Auuu, Sansón! ¡No aprietes, maldita sea, no aprietes! ¡Se me van a saltar los puntos!

Procopio el Rasurado recibió a Reynevan de pie. Ni se sentó él ni invitó a sentarse a su huésped.

—Parece —fue directo al grano— que estás esperando algo. ¿Qué es lo que esperas? ¿Muestras de agradecimiento por tu inestimable contribución a la misión en Silesia? Por la presente te expreso nuestro agradecimiento y te aseguro que tus servicios no serán olvidados. ¿Es suficiente? ¿Acaso esperas un acto de contrición por haber puesto a prueba tu fidelidad y haberte sometido a un examen de lealtad? No esperes semejante acto. Por lo demás, ya he oído que os tomasteis la revancha con Bedrich, ya es raro que os lo perdonara. ¿Hay algo más que debería haber mencionado? Habla rápido, no tengo tiempo, los embajadores polacos están esperando.

—Mis amigos quieren marcharse de Odry, desean visitar a los suyos. ¿Podrán hacerlo sin impedimentos?

—¿Scharley y el tonto? Pueden hacer lo que quieran. Siempre han podido.

—¿Y yo?

Procopio apartó la vista. Estuvo un buen rato mirando las nubes a través de la ventana.

—Tú también.

—Gracias, hetman. Si me permites, aquí tienes el *decoctum*. He preparado un frasco entero, por si acaso... Por si volvieran los dolores...

—Gracias, Reynevan. Marcha, ve a buscar a tu doncella. Pero antes de despedirnos, aún hay otra cosa. Una pregunta. Te ruego que me respondas con sinceridad.

—Pregunta.

Procopio el Rasurado volvió lentamente la cabeza hacia él. Sus ojos penetraron como estiletes.

—¿Fuiste tú quien delató a Domarasc en Opole? ¿Cayó por culpa tuya? ¿Lo traicionaste tú?

—No he traicionado a nadie. En particular a ese Domarasc. No tengo ni idea de quién es. No conozco a nadie con ese nombre.

—Me esperaba una respuesta semejante. —A Procopio no le cambió la expresión de los ojos—. Ni más ni menos. Pero, si por un casual no fuera así, entonces... Entonces no vuelvas, Reynevan. En lugar de volver, escapa, déjalo todo y escapa. Porque no te perdonaría lo de Domarasc. Si resulta que has sido tú, que ha sido por tu culpa, te mataré. Con mis propias manos. No digas nada. Márchate ya. Ve con Dios.

Se despidieron junto a la Puerta Alta. Del Oder llegaba un viento intenso, el frío penetraba hasta la médula de los huesos. Reynevan se protegía las orejas con el cuello de piel.

—Vente con nosotros. —Scharley tiró de las riendas de su caballo negro—. Así,

tal como estás. No entiendo qué te retiene aquí. Qué demonios, chaval, me remuerde la conciencia. No debería dejarte.

—Muy pronto estaré en Rapotín —mintió—. El día menos pensado. Entre tanto, saluda a doña Blazena. Mis respetos a Marketa, Sansón. Dale un fuerte abrazo de mi parte.

—Naturalmente. —El gigante sonrió con tristeza—. Naturalmente. Te estaremos esperando, Reinmar. Hasta entonces, cuídate y... —¿Sí?

—No te dejes manipular. No permitas que se aprovechen de ti.

—No me han invitado a la reunión. —Korybutovich tenía la voz tranquila, pero se notaba que la procesión iba por dentro—. No me han invitado —insistió—. Y nadie de la embajada polaca me ha transmitido siquiera su respeto. ¡Como si yo no estuviera aquí! ¡Como si no supieran nada de mí! ¡Maldita sea, soy el sobrino de su monarca! ¡Soy duque!

—Noble duque... —Reynevan se aclaró la garganta y después empezó a recitar lo que le había ordenado recitar Bedrich de Strážnice—. Ten la bondad de comprender lo delicado de la situación. El rey Jagiello ha proclamado ante todo el orbe cristiano que te hallas en Bohemia sin su conocimiento y participación, y en contra de su voluntad. En Polonia has sido proscrito y condenado a destierro. ¿Te sorprende que una legación oficial polaca no quiera tratos contigo? Sería llevar agua al molino del Luxemburgo, un nuevo pretexto para las difamaciones de los cruzados. Volverían a gritar que Jagiello sostiene a los husitas, con armas y con hechos. Sabes bien, duque, que eres como un orzuelo en el ojo del Luxemburgo, tú y tus caballeros. Es consciente de tu fuerza. Y sencillamente te teme.

La cara de Segismundo Korybut se iluminó, por un momento dio la impresión de que iba a estallar, hecha pedazos por el orgullo. Reynevan siguió recitando la lección aprendida.

—Aunque no te invitaran a la reunión, inevitablemente habrán hablado de ti. Acabo de volver de Silesia, de una misión, así que sé que en tu persona, duque, en tu poder, se basan todos los planes, y estamos hablando de grandes planes. No se pasan por alto en esos planes tus servicios, servicios que se verán recompensados.

—Faltaría más —gruñó el duque—. ¿Por qué crees que he venido a parar a Bohemia a pesar de Jogaila? Había en Polonia un partido que quería aprovechar los conflictos con el Luxemburgo como una oportunidad para alejar a los alemanes de las tierras eslavas. Ese partido aún existe y su fuerza va en aumento. ¿Quién crees tú que ha venido a Odry, precisamente? Hace ya tiempo que sabemos de los planes de anexión de la Alta Silesia. Y yo apoyo esos planes. Si es que saco algo de eso, naturalmente, si es que me dan lo que quiero. Si es que constituyen un reino en la Alta Silesia y me lo ofrecen a mí. ¿Reynevan? ¿Me darán lo que quiero? ¿Qué han decidido?

—Me sobrevaloras, duque. No dispongo de esas informaciones.

—¿De veras? Reynevan, yo sabré agradecértelo. No deberías desdeñar la gratitud mientras tu doncella siga cautiva. Averigua qué han decidido Procopio y los polacos, y yo te ayudaré a liberarla. Hay agentes a mis órdenes que son capaces de sacar al diablo del infierno. Los pondré a tu servicio. Si tú me sirves a mí. Averigua qué asuntos han abordado los polacos con Procopio y qué decisiones han tomado. Tengo que saberlo.

—Haré lo que pueda.

Korybut calló, mordiéndose los labios.

—Tengo que saberlo —repitió finalmente—. Porque es posible que esté aquí para nada... Que esté aquí desperdiciando mi vida.

Reynevan gimió y soltó un silbido de dolor, palpándose el muslo. Urban Horn resopló.

—Yo he sufrido cortes y tú también —declaró—. Y esta vez no ha sido durante el afeitado. ¿Qué fue lo que dijiste en aquella ocasión? ¿Una profunda afectación de los tejidos? Pues ya lo ves, ese canalla nos ha afectado los tejidos pero bien, su puta madre, nos ha cortado con hierro, a ti con un cuchillo, a mí con un pedazo de chapa arrancado de una puerta. A pesar de lo cual los dos estamos vivos. ¿Comprendes? Tenemos la seguridad de que no nos han envenenado con Perferro, de que no tenemos ese diabólico veneno en la sangre. Una noticia consoladora, ¿no crees?

—Sí. ¿Horn?

—Dime.

—Esa legación polaca... ¿Sabes quiénes la integran?

—La dirige el camarlengo de Cracovia, Piotr Szafraniec, del clan de Staiykon, señor de Pieskowa Skala. Don Piotr y su hermano Jan, desde hace poco obispo de Kujawy, son enemigos declarados del Luxemburgo y de todos sus aliados, de ahí que se muestren proclives a los husitas. Con Szafraniec ha venido Wladyslaw de Oporów, prepósito de Leczyca, canciller diputado de la corona, persona de confianza de Jagiello. A los dos más jóvenes ya los conoces. Mikolaj Kornicz Siestrzeniec, burgrave de Bedzin, es un hombre de Szafraniec. Spytek, hijo del voivoda de Cracovia, es descendiente de los célebres Leliwa de Melsztyna. Por ahora apenas he oído de él. Pero estoy seguro de que oiré en adelante.

—¿De qué crees que habrán tratado en el castillo? ¿Con qué fin han venido los polacos a ver a Procopio?

—¿No lo adivinas? —Horn midió a Reynevan con la mirada—. ¿Todavía no lo has adivinado?

Procopio, en calidad de anfitrión, dio la bienvenida a sus huéspedes. El camarlengo de Cracovia, Piotr Szafraniec, pronunció un discurso de salutación, breve, pues sufría de disnea y le pesaban las seis décadas que llevaba auestas. Procopio le escuchó, pero se notó que con un solo oído.

—En primer lugar —declaró con impaciencia—, debemos dejar clara una cosa. ¿A quién representáis? ¿Al rey Jagiello?

—Representamos... —Szafraniec carraspeó—. Representamos a Polonia.

—Ajá. —Procopio le miró fugazmente—. O sea, que os representáis a vosotros mismos.

Szafraniec se sobresaltó ligeramente, posiblemente habría dicho alguna cosa, pero se le adelantó Wladyslaw de Oporów, canciller diputado de la corona, rector de la universidad de Cracovia.

—Representamos —dijo con énfasis— a un partido que se preocupa hondamente por el futuro de Polonia. Y dado que el futuro de Polonia, a nuestro entender, está estrechamente ligado al de Bohemia, estaríamos encantados de fortalecer nuestros vínculos. Seríamos felices viendo al reino de Bohemia unido y en paz, no sumido en los desórdenes y las calamidades de la guerra. Deseamos que reine la concordia y la pax sancta. Por ese motivo ofrecemos nuestra mediación para las conversaciones entre Bohemia y la Sede Apostólica. Porque...

—Porque Jagiello tiene un pie en la tumba —le interrumpió Procopio con voz serena—. Está caduco y decrepito. Le gustaría dejar detrás de sí una dinastía jagellónica, asegurarles a sus hijos el trono hereditario en Wawel. Pero los nobles se oponen, esos planes no son de su gusto. Además, la unión con Lituania se ve amenazada, Vitautas se ha encaprichado con la corona que el Luxemburgo le tiene prometida y ya se está frotando las manos de gusto, viendo lo bien que ha urdido el plan. Estimulado por su ejemplo, Svitrigaila puede cometer alguna estupidez de tomo y lomo. El Papa, a todo esto, hace llamamientos para que por fin se emprenda la cruzada contra los husitas. Que es lo que está esperando la Orden Teutónica. ¿Se me ha olvidado mencionar alguna cosa, duque y canciller diputado de la corona?

—La verdad es que no —esta vez fue Szafraniec quien se adelantó a responder por el canciller diputado—. Lo habéis mencionado todo, hetmán. En particular lo de Lutsk y el proyecto fallido de entregarle la corona a Vitautas.

—Un proyecto —Mikolaj Siestrzeniec le quitó la palabra— que puede resultar muy conveniente para vosotros, los checos. El rey Jagiello no solo no obedece al Papa y no va a sumarse a esa cruzada contra Bohemia, sino que está pensando en entenderse con vosotros. Lo de Lutsk le ha irritado, está impaciente por fastidiar al Luxemburgo, por pagarle con la misma moneda. Sé que planea, de común acuerdo con vosotros, los husitas, golpear a los cruzados. ¡Ja, por mi alma! Unidos y aliados Lech y Czech, los hermanos eslavos, hombro con hombro en el combate, contra la tribu enemiga de los teutones. ¿No querríais marchar con vuestros carros a Pomerania, hetmán? ¿Al Báltico? ¿A Gdansk?

—Sí, hombre, y si quieres hoy mismo —dijo entre risas Dobko Puchala, y Jan Pardus se frotó las manos y se sonrió de oreja a oreja.

Procopio los acalló con la mirada.

—El Báltico está lejos —dijo con sequedad—. Los carros tardarían mucho en

llegar. Y a través de un país hostil, gobernando por la clerigalla. ¿Quién nos alimentará en Polonia, nos ofrecerá un pedazo de pan, nos suministrará agua, forraje para los caballos? ¿Si eso conduce al anatema, la infamia o la hoguera? Os estoy agradecido, burgrave, por informarme de las intenciones del rey de Polonia. Pienso, en cualquier caso: ¿será suficiente el poder de Jagiello para llevar a efecto sus planes a pesar de la clerigalla? ¿Tendrá suficiente tiempo para ello? ¿Antes de que Dios lo llame a su lado? Olvidaos del Báltico y de Gdansk, señores polacos. Hablemos de una geografía más cercana.

—Muy justo. —Piotr Szafraniec asintió con la cabeza—. ¿Qué diríais de una muy cercana? ¿Justo al otro lado de la frontera? Es verdad que la unión con Lituania está amenazada, la falta de Jagiello puede suponer el final de la unión. Entonces, ¿no convendría, mientras estemos aún a tiempo, ir pensando en una nueva unión? Somos naciones eslavas, hemos surgido del mismo tronco.

—¿Estoy oyendo bien? ¿Proponéis una unión? ¿De Polonia y Bohemia?

—¿Cómo es que os asombra tanto? Si le habéis ofrecido a Jagiello la corona checa. En varias ocasiones.

—Y siempre la ha rechazado. Sus razones, naturalmente, las hemos comprendido. Pero los checos no aceptarán a un rey que no jure los cuatro artículos de Praga y no garantice la libertad de credo.

Szafraniec se puso firme.

—El reino de Polonia y el gran ducado de Lituania —proclamó con orgullo— forman unidos una potencia que se extiende desde el Báltico hasta Crimea. Esa es la fuerza que hizo pedazos la insolencia de la Orden Teutónica en la batalla de Grunwald. La fuerza que tiene a raya a salvajes como Tamerlán, Mehmed y otros hijos de Belial. Pero esta poderosa formación representa al mismo tiempo la unión de las dos iglesias, la latina y la griega, en el interior de esta poderosa formación hay, así pues, diferencias en lo tocante a los dogmas de fe: la cuestión del filioque, el pan de la comunión, los sacramentos, el celibato de los clérigos y otras diferencias. La corona de Polonia se mantiene fiel a la fe romana, pero Lituania y la Rus gozan de todo el derecho a profesar su religión, las dos confesiones disfrutan de una completa igualdad. Iguales son en derechos todas las tierras del reino, no hay diferencias entre la nobleza rusa y la polaca...

—¿A quién —Procopio levantó la cabeza, se retorció los bigotes— pretendéis confundir, don Piotr? ¿A mí o a vos mismo? Quizá desearíais que fuera así, pero no lo es. Los grandes discursos relativos a la igualdad y la tolerancia suenan preciosos en las aulas de Cracovia, en boca de los doctores. Pero fuera estas palabras se diría que no se escuchan, las sofocan los muros de la academia. Fuera de los muros universitarios acaba la teoría, comienza la práctica. La práctica polaca o, lo que es lo mismo, la de la Iglesia romana. Y, para la Iglesia de Roma, ¿qué son los ortodoxos? Una secta pagana, unos cismáticos y heréticos que abandonaron el verdadero rebaño, infectados por errores y vicios infames. Gente de la calaña de vuestro Olesnicki habla

de la incorporación de Lituania y la Rus a la corona, aunque sea a la fuerza, gracias precisamente a la inferioridad de los rutenos y de su fe. ¿Qué clase de unión es esa? ¿Cuándo se materializa por la fuerza?

»¿Qué garantías tenemos de que en esa unión con Polonia no nos ibais a tratar del mismo modo a los checos que comulgamos del Cáliz? ¿De que no queréis convertirnos por la fuerza, bautizarnos de nuevo, llevarnos de vuelta al seno de la Iglesia por medio de la opresión y la violencia? ¿Dónde está la garantía de que no queréis transformar a los checos siguiendo el modelo aplicado en la Rus, el método de la división, separando a los malvados cismáticos de los buenos uniatas^[35]? ¿A los fieles, para quienes se reserva el respeto, las dignidades y los privilegios, de los disidentes, tratados con desprecio, discriminación, acoso y persecución? ¿Qué? ¿Señor camarlengo? ¡Responded!

—No todo —Spytek respondió por Szafraniec, que se había quedado callado— es ideal entre nosotros, en eso tenéis razón, don Procopio. Somos conscientes de ello. Y planeamos introducir cambios. Os lo aseguro.

—Es evidente que lo planeáis —dijo Procopio, moviendo el bigote—. Ahora que Svitrigaila ha levantado la cabeza y recibe apoyos no solo de la Orden Teutónica, sino también de la ortodoxia rusa. Es posible, por eso mismo, que los rutenos ortodoxos obtengan un puñado de privilegios, con tal de que no sigan a Svitrigaila. Mientras sean necesarios, tratarán de confundirlos con la tolerancia. Y después se hará con ellos lo que Roma ordene.

—*Roma est caput et magistra* de cuantos cristianos creen en Dios —dijo Wladyslaw de Oporów—. El padre santo de Roma es el vicario de Pedro. Tanto si gusta como si no. No podemos entrar en un conflicto abierto...

—Podemos —le interrumpió Procopio—. Claro que podemos. Acabad con esto, duque. Si hubiera querido escuchar estas cosas, habría ido a Cracovia. Allí me habríais convertido, mientras que Olesnicki habría prohibido el culto en la ciudad y habría asustado a todo el mundo con sus entredichos. Pero no estamos en Cracovia, estamos en Odry. Dicho de otro modo, yo estoy en mi casa, y vosotros habéis venido aquí en embajada. Una embajada cuyo contenido sigo sin conocer, a pesar del tiempo que ya llevamos invertido.

Durante un rato reinó el silencio. Lo rompió, después de carraspear varias veces, Piotr Szafraniec.

—En tal caso, no vamos a hacer que desperdiciéis vuestro tiempo, mi señor Procopio. No hemos venido aquí a tratar de convertirnos. Ni a inclinar a los checos a la unión con Polonia. Aunque tal unión me parece beneficiosa, puede que aún sea pronto para tratar de ese asunto. Y es que Polonia no puede permitirse un conflicto con Roma: de nuevo la Orden Teutónica empezaría rápidamente a llamarnos paganos. Como polacos y súbditos fieles del rey Ladislao Jagiello, hemos de tener presente el bien de Polonia.

—Id al grano.

—El estrechamiento de los lazos con la Bohemia eslava es algo bueno para Polonia. ¿Qué obstáculo se opone a tal estrechamiento? ¿Qué dificulta el entendimiento, qué hay en el camino que, clavado cual cuña de hierro, separa a nuestros países? La Alta Silesia. Eliminemos ese obstáculo, hetmán Procopio. Eliminémoslo de una vez por todas.

—¿Lo entiendes, Reinmar? —Con el dedo mojado en cerveza Urban Horn dibujó en un santiamén en la mesa un mapa esquemático de la cuenca del alto Oder—. La Alta Silesia unida a la Pequeña Polonia es como decir el reino de Polonia unido al de Bohemia. La Alta Silesia en manos del Tabor y de Polonia, ocupada por los husitas, bajo el poder formal de Korybutovich, de Bolko Woloszek y de otros duques proclives a Polonia. Cieszyn, Pszczyna, Rybnik, Zator, Oswiecim, Gliwice, Bytom, Siewierz, Opole, Kluczbork, Wolczyn, Byczyna, Namysłów. Más de sesenta millas de frontera común con el reino de Polonia. Las plazas husitas a menos de cuarenta millas de las tierras de la Orden Teutónica, seis días escasos de marcha para los carros de guerra del Tabor, y el Tabor y los Huérfanos se mueren de ganas de zurrar la badana a los caballeros teutónicos. ¿Y quién se va a oponer a la anexión? ¿Quién va a protestar? ¿El Luxemburgo? La Alta Silesia es legalmente tierra de Bohemia, y Bohemia no reconoce al Luxemburgo como rey. ¿El Papa? Jagiello declarará que ese aventurero de Korybutovich se ha apoderado de Silesia sin su conocimiento y sin su acuerdo, *sine scientia et voluntate*, y que las tropas polacas han ocupado las fortalezas fronterizas de Silesia sin más objetivo que el de crear un cordón para prevenir la expansión de la herejía.

—¿Quién se va a creer tamaño disparate? ¿Tamaño trola?

—Así es la política, Reinmar. La política tiene dos fines alternativos: uno es el entendimiento, el otro es el conflicto. El entendimiento se alcanza cuando uno de los bandos finge que se traga las trolas que le cuenta el otro bando.

—Entiendo.

—Ya es hora de dejar Odry. Me marchó a Sovinec, y después más lejos. La huida de Schilling me ha complicado los planes, ahora Procopio me envía con una misión adicional, en un viaje que será largo y lejano. Tú, en cambio, Lanzarote, seguro que estás impaciente por ir en busca de tu Ginebra, que se encuentra en apuros. ¿No me digas que ha cambiado algo?

—No ha cambiado nada, sigo igual de impaciente. Pero márchate solo. Yo todavía tengo que quedarme un poco más.

—En la calle Pásová, apoyado en la muralla de la ciudad, había un tétrico edificio de piedra que alojaba las mazmorras locales, la cámara de torturas y la casa del verdugo. El lugar desprendía un aura hostil que se extendía por los alrededores, los que podían lo evitaban, el comercio y la artesanía habían desertado de la zona. Solo había quedado una fábrica de cerveza, un tipo de negocio al que, siempre y cuando elabore

un buen producto, ninguna ubicación puede perjudicar. También había quedado, oh sorpresa, una taberna a la que se accedía por unas empinadas escaleras. El propietario, que no temía las asociaciones de ideas, le había dado a la taberna el nombre de La Casa del Verdugo.

Las escaleras descendían profundamente, hasta unos sótanos abovedados. Solo en uno de ellos, el más alejado, estaban celebrando un banquete. Reynevan se acercó a los comensales. Tardaron bastante en advertir su presencia. Y lo acogieron en el más absoluto silencio.

—Es Reynevan —anunció finalmente Adam Wejdnar, del clan de Rawicz—. El médico de Praga. ¡En persona! ¡Sé bienvenido, Esculapio! Pasa, te lo rogamos. Conoces a todos, ¿verdad?

Reynevan conocía a casi todos. Jan Kuropatwa de Lancuchów, del clan de Szreniawa, y Jakub Nadobny de Rogów, del clan de Dzialosza, con los que se había visto obligado a compartir prisión recientemente, lo saludaron levantando la mano, algo parecido hizo Jerzy Skirmunt, del clan de Odrowaz, conocido de Reynevan de los tiempos de Praga. Blazej Poraj Jakubowski, que estaba sentado al lado de Skirmunt, conocía a Reynevan, pero lo cierto es que no se apresuró a demostrarlo. A los demás, que se estaban zampando unas escudillas de gachas y no parecía que les preocupara nada que no fueran las gachas, no los conocía.

Sí conocía, en cambio, al cabecilla de toda la comitiva, un hombre canoso, con el rostro bronceado y picado de viruelas. Era Fiodor de Ostrog, hijo del estarosta de Lutsk, príncipe ruso y señor de la guerra, mercenario al servicio de los husitas, a quien recordaba de la aceifa en Silesia del año anterior. Este no apartaba de Reynevan los ojillos negros, cuya hostil agudeza no lograban ocultar ni atenuar ni la penumbra que reinaba en la estancia ni el humo que flotaba en ella.

—Esos dos que están al lado de las gachas —siguió con las presentaciones Wejdnar— son el señor Jan Tluczymost, del clan de Boncza, y Danilo Drozd, un boyardo mesnadero. Siéntate, Reynevan.

—Me quedaré de pie. —Reynevan optó por el tono oficial—. Porque tampoco tengo mucho tiempo. El duque Segismundo Korybutovich, a cuyo servicio están vuestras mercedes, me ha pedido que estableciera contacto. Le he prestado al duque, deben saberlo vuestras mercedes, algunos servicios, por ello me ha prometido *auxilium* ante ciertos impedimentos que se han cruzado en mi camino. Si no he entendido mal, ¿vuestras mercedes van a ser ese *auxilium*? ¿Quiénes tienen que servirme de ayuda?

El silencio fue largo y bastante desalentador.

—Lo que hay que ver —dijo por fin Fiodor de Ostrog—. Hala, se nos presenta un alemán lenguaraz, maldita sea su estampa. Pues que sepas... Vaya, se me ha olvidado, ¿cómo te llamabas?

—Reynevan —apuntó Kuropatwa.

—Pues que sepas, Reynevan, que ya te puedes ir olvidando de *xilium* y de

consilium, eso déjaselo a los pedimentos y a tanto sodomita que anda suelto, mis hombres son todos normales y esas modas francesas nos dan repelús. Que no quieres sentarte, pues quédate de pie, a mí me es inverosímil que estés sentado o que estés de pie. Tú cuéntanos lo que te hayan ordenado decirnos.

—¿Concretamente qué?

—*Herrgott!* A nosotros Korybutovich nos ha dicho que tú sabes cuándo y cómo van a traer aquí a Odry muchos hrosches, montones de hrosches. De Polonia o de Silesia. El duque nos ha dicho que tú nos contarías por qué camino van a transportar esos hrosches.

—El duque Segismundo —Reynevan replicó sin prisas— no ha dicho una palabra de ningún transporte de dinero. Y, si se le hubiera escapado algo, con seguridad yo no lo repetiría ante vuestras mercedes. Tengo la impresión de que se ha producido un malentendido. Insisto en que el duque me prometió los servicios de vuestras mercedes...

—¿Nuestros servicios? —le interrumpió Fiodor—. ¿Servirte? ¡Y una polla como una olla! ¡Bufl Baszom az anyát! ¡Korybutovich no es quién para darme órdenes! ¡Vaya un personaje, Korybutovich, duque de pega por la gracia de Bohemia!

—Entiendo. —Reynevan alzó la cabeza, miró con altivez—. Por haber hablado con claridad. En vista de lo cual me despido de esta respetable compañía.

—Espera. —Jan Kuropatwa se levantó de la mesa—. Espera, Reynevan, ¿a qué viene este arrebató? Vamos a hablar con calma. Has dicho que necesitas ayuda. Y nosotros no nos negamos a ayudarte, siempre y cuando tú también nos eches una mano en nuestra empresa...

—¿En qué empresa? ¿En el asalto?

—¿Cómo eres tan puntilloso? —preguntó Nadobny—. ¿Eh? ¿Arrugas la nariz? ¿Qué provecho te ha traído hasta ahora esta guerra? ¿Esta revolución? Heridas, tumores, anatema e infamia, igual que a nosotros. ¿No va siendo hora de que pienses en ti mismo, médico, en tu propio beneficio, salud y felicidad?

—Lo que a nosotros nos conviene —declaró rotundamente Kuropatwa— también te conviene a ti. Nos ayudarás en esta empresa, te admitiremos en el grupo, ya verás cómo te llenas los bolsillos. ¿He dicho bien, mi señor Ostrogski?

—Me despido de los señores. —Reynevan no esperó la confirmación del príncipe—. Quedad con Dios.

—¿Y tú adónde vas? —preguntó fríamente Fedko de Ostrog—. ¿Qué te pensabas? ¿Irlle con el cuento a Procopio? De eso nada, hermanito. ¡Agárralo, Kuropatwa!

Reynevan se revolvió, empujó a Kuropatwa contra Nadobny. Wejdnar se levantó rápidamente del banco, Reynevan, aplicando el método de Scharley, le dio una patada en una rodilla, según caía le sacudió en la nariz. Tluczynost, del clan de Boncza, saltó sobre Reynevan y lo sujetó, rápidamente acudió en su ayuda Danilo, el boyardo mesnadero, pasando por encima de la mesa, derribando y rompiendo la vajilla.

Ostrogski, Skirmunt y Jakubowski ni se movieron.

En la mano del boyardo brilló un cuchillo, Reynevan se liberó del abrazo de Tluczmost y pudo, a su vez, echar mano de su propio puñal, pero Wejdnar se colgó de su codo, mientras Kuropatwa maniobraba para inmovilizarle el antebrazo izquierdo. El boyardo Danilo lanzó una cuchillada. Y Reynevan se acordó de Bruno Schilling, el renegado de la Compañía de la Muerte.

Se echó para atrás, notando en el pecho el codo del brazo armado, lo dobló con un impetuoso movimiento del cuerpo, lo retorció, lo giró, hizo presión con el hombro, con todas sus fuerzas. Funcionó, oh sorpresa, aunque no del todo. En lugar de hincarse en la garganta, la hoja vuelta solo le cortó la mejilla. El boyardo aulló como un animal, puso todo perdido de sangre. Fiodor de Ostrog se puso a dar gritos.

Gritó y cayó al suelo Tluczmost, sacudido con el puño de un espadín. Chillaba Nadobny, con un corte en la mano. Kuropatwa, que se había llevado un puñetazo y una patada, voló hasta la mesa, entre fragmentos de barro y charcos de cerveza.

—¡Corre, Reynevan! —Urban Horn blandía un espadín, mientras derribaba de una patada a Wejdnar, que intentaba ponerse en pie—. ¡Corre! ¡Por las escaleras! ¡Sígueme!

No tuvo que repetirlo dos veces. De abajo les llegaban los aullidos del boyardo mesnadero^[36]. Y los bramidos furibundos del príncipe Fedko de Ostrog.

—*Baszom az anyát*^[37]! *Baszom a világot! Yob tvoiu mat, zkurvená kurva!*

—¡Maldición! —Urban Horn se encorvó en la silla—. Estoy sangrando. Con estos excesos se me han abierto los puntos.

—A mí también se me han abierto. —Reynevan se palpó el muslo, miró atentamente a su espalda—. Me ocuparé de esto, tengo aquí instrumentos y medicinas. Pero primero vamos a alejarnos.

—Alejémonos —asintió Horn—. Alejémonos todo lo posible. Adiós, ciudad de Odry. ¿Qué va a ser de nosotros, camarada? ¿Vienes conmigo a Sovinec?

—No. Regreso a Silesia. ¿Ya te has olvidado? Ginebra está en apuros.

—Salva entonces a Ginebra, Lanzarote. Y el malvado raptor Meleagant tiene que llevarse su merecido. A los caballos.

—A los caballos, Horn. Partieron al galope.

Capítulo decimosegundo

En el que la mujer que huele a romero le ofrece a Reynevan su colaboración y su ayuda, a consecuencia de lo cual rápidamente las cosas toman muy mal cariz. La situación se salva gracias a una leyenda, la cual, a modo de Deus ex machina, surge de pronto de una pared.

Cerca de la escuela, frente al edificio de la comandancia de los sanjuanistas, en lo alto de un murete, con ánimo de destacar sobre la multitud que se había congregado, estaba subido un hombrecillo vestido con un manto negro. La rala cabellera le llegaba hasta los hombros.

—¡Hermanos! —gritaba, gesticulando con viveza—. ¡El Anticristo se ha revelado^[38]! ¡Con señales y falsos prodigios! ¡Tal y como estaba profetizado, el asesino de los santos se asienta como un tirano en la ciudad de las siete colinas! ¡En Roma, prostituyendo el trono de Pedro, gobierna el vicario de Satanás, el cabecilla de los siervos de Satanás! ¡En verdad os digo que el Papa de Roma es el Anticristo! ¡Una abominación que nos envía el Infierno!

La concurrencia iba en aumento. La gente escuchaba con semblante lúgubre, lúgubre era también su silencio: siniestro, opresivo, auténticamente sepulcral. Era algo que se salía de lo normal: por lo general esa clase de intervenciones, muy frecuentes en los últimos tiempos, eran acogidas con risas, bravos y gritos de aprobación, mezclados con silbidos y abucheos.

—¿Qué es ahora —gritaba excitado el melenas— la Iglesia romana y el conjunto del clero? No es sino una conjura de apóstatas y estafadores, que se guían exclusivamente por la codicia. Es una caterva de malhechores que se revuelca en la inmundicia y el vicio, ahíta de riquezas, poder, dignidades, ataviada con el velo de la santidad y la máscara de la religión, que hace del sagrado nombre de Dios un instrumento criminal, una coraza para su depravación. ¡Es la meretriz de Babilonia vestida de púrpura, embriagada con la sangre de los mártires!

—Fijaos, fijaos —dijo a la espalda de Reynevan una voz de contralto, suave como el terciopelo—. Caterva de malhechores. Meretriz embriagada. Quién habría pensado que las cosas irían tan lejos. La verdad es que ha llegado un tiempo de grandes cambios.

Reynevan se volvió. Y la reconoció de inmediato. No solo por la voz. La ilusión con la que se había enmascarado entonces, en Wroclaw, no había ocultado lo que también ahora estaba viendo Reynevan. Los ojos de un verde dorado, con una expresión arrogante. Unos ojos que no se le habían olvidado.

—Hace solo un año... —La mujer se acercó hasta él, le tomó del brazo con desenvoltura—. Hace solo un año habrían dispersado al populacho y habrían

encerrado al alborotador. Y ahora, ya lo ves: venga a parlotear, y encima en un lugar tan concurrido. ¿No será que ha acabado algo? ¿O quizá ha empezado?

—¿Quién eres?

—Ahora no.

Reynevan sintió en un costado el calor que se desprendía de la capa y el jubón guateado de hombre. También se le había quedado grabado el calor de la mujer. Aquella vez, en Wroclaw, cuando buscó en su cuerpo síntomas de la peste. La capucha ocultaba sus cabellos, pero de ellos manaba aquel olor a romero, apenas perceptible, que recordaba de Racibórz.

—En verdad os digo —el hombrecillo del manto, cada vez más colérico, levantó la voz— que la Iglesia de Roma no es la Iglesia de Cristo, sino la diócesis del diablo, una guarida de rufianes. ¡Allí se mercadea con las verdades sagradas, con los misterios de la Divinidad, con la encarnación del Verbo! Se despedaza la Trinidad indivisible. ¡Hábiles impostores, fementidos profetas, capellanes falsarios, maestros embusteros, pastores alevosos! ¡Nos han sido anunciados! Se ha dicho: por su culpa el camino de la verdad se verá cubierto de difamación, para saciar su avidez os venderán con palabras hipócritas. Mirad, si no, a la curia romana, mirad sus bulas, sus misas engañosas, sus indulgencias. ¿Acaso no nos venden, a fe mía? ¿No conducen nuestras almas a la perdición?

»¡Hermanos! Hemos de apartarnos de los miserables y los canallas que nos ha enviado el diablo, no podemos tener nada en común con ellos ni tomar parte en las abominaciones que practican. ¡Pues en la entera creación solo hay buenos y malos, creyentes e incrédulos, tinieblas y luz, aquellos que están con Dios y aquellos que, ajenos a Dios, son fieles a Belial!

—No tentemos a la suerte —dijo la mujer de los ojos verdes, que olía a romero y vestía un jubón de hombre—. Los cambios son los cambios, pero este mundo aún está lejos del ideal. Están las tinieblas, está la luz y están los delatores. Dentro de nada estarán aquí los matones del concejo y los agentes de la Inquisición. Vámonos.

—¿Adónde?

—Vámonos, he dicho.

—No. Primero me tienes que aclarar...

—¿Quieres o no quieres encontrar a Jutta?

—Temblad ante la ira del Señor —oyeron según se alejaban—, vosotros, los que habéis creído en el engaño y habéis cerrado los oídos a la verdad. Los que os habéis recreado en la injusticia y os entregáis al libertinaje. ¡Vosotros, sobre los que pesa hace tiempo una sentencia condenatoria! ¡Temblad y haced penitencia! Pues se acerca el día de la ira, el día de la desdicha, el día de las lágrimas. ¡Se acerca el Día del Juicio!

—*Dies irae, dies illa* —susurró, pegándose a la espalda de Reynevan, la enigmática mujer de los ojos verdes—. *Et lux perpetua.*

—¿Adónde vamos?

—A la sinagoga. No temas, no pienso convertirte. Puedes seguir siendo un *goy* hasta el Día del Juicio. Pero en la sinagoga no suele haber espías. Allí ni se asoman. Les dan miedo los sortilegios judíos.

No llegaron a entrar en la sinagoga, que se hallaba en la parte nororiental de la ciudad, cerca de la Puerta Nueva.

Conversaron, sentados en un murete, ocultos tras las escaleras que llevaban al *ezrat nashim*, o sea, la galería de las mujeres. Reynevan se sentía inseguro y tenso frente a las penetrantes miradas de aquella extraña mujer, las miradas de sus ojos verdes como los de un gato, e igual de indescifrables. Se sobrepuso. Ya estaba cansado de tanta incertidumbre. De tanto misterio. Y de que lo manipulara todo el mundo.

—Lo primero es lo primero —interrumpió enseguida a la mujer—. Empecemos por el principio. ¿Quién eres? ¿Por qué me ayudaste en Wroclaw, por qué interviniste cuando me detuvieron? ¿Por qué estás ahora aquí, para, según dices, ayudarme a liberar a Jutta? ¿Por orden de quién actúas? Porque es evidente que no haces esto por iniciativa propia, de manera autónoma, conmovida por el sufrimiento del prójimo...

—¿Y por qué te parece —ella inclinó la cabeza— tan evidente? ¿Es que no doy la impresión de ser alguien a quien conmueva el sufrimiento ajeno? Lo primero es lo primero, dices. Estoy de acuerdo, siempre y cuando precisemos qué es lo primero. En lo tocante a las presentaciones, podría darte la razón. Después de pensármelo bien. Por lo demás, ya me preguntaste por esa cuestión en Racibórz, esta primavera. Tienes derecho a conocer mis datos personales. Y más.

Se quitó la capucha, con un movimiento impetuoso esparció los cabellos, negros y brillantes como plumas de cuervo.

—Me llamo Rixa Cartafila de Fonseca. Puedes llamarme Rixa. ¿Por qué me miras con los ojos desencajados?

—Yo no te miro con los ojos desencajados.

—Vaya que sí. Estás buscando dónde llevo cosido: *Judenfleck*^[39]. ¿Te resultaría más fácil si me llamara Rachel? ¿O Sara?

—Déjalo, te lo ruego —dijo con aplomo—, ya te has presentado, te lo agradezco, te presento mis respetos, es un honor, es un placer.

—¿Estás totalmente seguro de que es un placer?

—Totalmente. No vamos a abordar de nuevo esa cuestión. Pasemos a otras.

—No puedo decirte por orden de quién actúo. No puedo y ya está, punto final, no hay más preguntas. Tienes que conformarte con lo que sabes.

—No me conformo. Tus secretos privados son cosa tuya. Si conciernen únicamente a tu persona, que sigan siendo secretos. Pero no en el caso de que me conciernan a mí. Quieres algo de mí. Quiero saber...

—De acuerdo —la mujer le interrumpió de inmediato—. Ya va siendo hora de que lo sepas. No hay manera de seguir ocultándolo. Lo que quiero de ti es

exactamente lo mismo que Lukasz Bozyczko y la Inquisición: colaboración e información. Bozyczko te obliga a colaborar valiéndose del chantaje y la amenaza. Yo quiero convencerte de que colabores demostrándote que tenemos intereses comunes. Básicamente ya lo he demostrado. He procurado que no te ocurriese nada malo, me he convertido en tu ángel de la guarda. Y ahora voy a ayudarte a encontrar a Jutta. Te anuncio mi ayuda, y además una ayuda inmediata, hoy mismo nos pondremos en marcha. ¿Te parece poco?

—Es mucho. Pero concluye, te lo ruego.

—Eres alguien cercano a Procopio. —Entornó los ojos—. Cercano a Procopio, a Puchala, a Bedrich de Strážnice, a Korybutovich, a Královec, conoces a Kolda de Zampach, a Piotr el Polaco y a Jan Capek. Por todas partes te hacen confidencias. Y te revelan secretos. Yo también quiero conocer esos secretos. ¿Nos entendemos?

—No.

—Me informarás de lo que traman los husitas. Pero concretamente, Reinmar, concretamente. Nada de profecías de Malaquías, nada de fechas de fallecimientos y esa clase de revelaciones de adivinos.

—Estuviste espiándonos en Racibórz. A Bozyczko y a mí.

—Claro que os estuve espiando. Me impresionaste en aquella ocasión, ¿sabes? Le proporcionaste información, pero al hacerlo no renunciaste a tus principios, no traicionaste a nadie, no hubo ningún perjudicado. Evidentemente, de no haber mediado mi intervención, Bozyczko te habría obligado a revelar hechos más concretos. Y, dado que yo se lo impedí, lo justo sería que esos datos concretos los obtuviera ahora yo.

—Curiosa concepción de la justicia. —Reynevan se puso de pie—. Escucha, Rixa Fonseca. No voy a ser tu confidente. No vas a averiguar nada por mí. Si esa ha de ser la condición para nuestra colaboración, entonces no va a haber colaboración.

—Estoy de tu parte. —Rixa también se levantó—. Te lo he demostrado. No pretendo inducirte a ningún acto de felonía. No te estoy obligando a que cometas traición. Quiero colaboración. Una cooperación beneficiosa para los dos.

—Beneficiosa para los dos. Lo nunca visto.

—Te repito que estoy de tu parte. También de parte de esos ideales a los que eres fiel.

—Claro —se burló—. Apoyas el Cáliz de todo corazón y adoras el movimiento husita, y por amor quieres espiar a Procopio e infiltrarte en el Tabor. Por lo que veo, se trata de política de alto nivel. Conozco algo la política, sé que tiene dos fines alternativos: uno es el entendimiento, el otro el conflicto. El entendimiento se alcanza cuando uno de los bandos finge que se traga las trolas que le cuenta el otro bando. Nosotros dos, por desgracia, estamos en conflicto. No me trago las trolas que me cuentas. Y no tengo ninguna intención de fingir que me las trago.

Ella lo taladró con la mirada.

—No te exijo que me creas. Quiero colaboración, no fe.

—No voy a ser tu informador. Y punto. Gracias por la ayuda. Gracias por los esfuerzos que has realizado hasta ahora, mi ángel de la guarda.

—¿No te estás olvidando de algo? ¿Qué hay de Jutta?

—Con el chantaje no vas a conseguir nada. Aquí me despido. Queda con Dios.

—Más bajo —dijo la mujer con una sonrisa—. No nos vaya a oír el rabino. Reynevan, solo te estaba haciendo rabiar.

—Repítelo, por favor.

—Te estaba haciendo rabiar. Tenía curiosidad por ver tu reacción. Estoy de tu parte. No quiero que me proporciones ninguna información. No voy a incitarte a la revelación de secretos. Te ayudaré a encontrar y liberar a Jutta sin ninguna condición ni obligación adicional. ¿Quieres rescatar a Jutta?

—Sí.

—Hoy mismo nos ponemos en marcha.

—Tengo algo que pedirte.

—Dime.

—No vuelvas a hacerme rabiar. Nunca más.

Cuando dejaron la ciudad, Reynevan miró atrás varias veces, sumido en sus reflexiones. Por tercera vez el destino me envía aquí, pensaba, por tercera vez en el espacio de los cuatro últimos años. Junto a Strzegom conocí a Scharley, en Strzegom lo vi en acción, cuando zurró la badana a aquellos tres petimetres. De Strzegom escapamos los dos viendo la que se nos venía encima. Eso fue el verano de 1425. Estuve por segunda vez a las puertas de Strzegom hace ahora cuatro meses, en febrero, el Miércoles de Ceniza, cuando las bombardas y catapultas de los Huérfanos arrojaban sobre la ciudad balas y proyectiles incendiarios: aún son bien visibles las huellas de aquel asedio. Desde Strzegom me marché para Wroclaw, en busca de Jutta...

—He buscado a Jutta —se dirigió a Rixa, que cabalgaba a su lado— en Wroclaw. La he buscado en Ziebice, en Bialy Kosciól, en Strzelin, en Niemcza, en Olawa. He probado con la magia, sin ningún resultado. He probado a intimidar y chantajear. Y ahora, ¿qué? ¿Adónde nos dirigimos? ¿Cuáles son los planes?

—Al igual que tú —Rixa Cartafila de Fonseca se volvió en la silla—, yo también empecé por Ziebice. Conocía los hábitos del duque Juan. Este acostumbraba a capturar doncellas para folgar con ellas, aunque no le gustaba alejarse demasiado con ese fin. Trazando un círculo de un radio de una milla en torno a Ziebice, podríamos haber encontrado a Jutta de Apolda en un par de días a lo sumo, en algún pequeño castillo o en algún convento, mirando por la ventana a su príncipe de cuento, como hacía Rapunzel. Pero la Inquisición se adelantó al príncipe. Raptaron a Rapunzel y ahora es como buscar una aguja en un pajar...

Reynevan la miró, y su mirada debió de ser muy elocuente, porque ella enseguida se puso seria.

—La magia no va a servir de nada —siguió diciendo— si se han utilizado conjuros de protección. El chantaje y el soborno son buenos métodos, pero no con alguien tan cobarde y mezquino como el padre Feliciano. Pero no te inquietes. Hay otros medios. Vamos, como habrás visto, por la carretera de Jawor. En Jawor iremos a ver a una persona que suele estar bien informada, haremos todo lo posible para que acepte compartir la información. Aunque eso ya mañana. Es importante que estemos allí a primera hora, pero no quiero pasar la noche en Jawor, allí hay demasiados espías husmeando en todas las fondas. Haremos noche en Rogoznica, en La Cigüeña, allí estaremos seguros, y las pulgas están representadas en cantidades razonables y tolerables. Detén al caballo. Tengo que informarte de algo. Y advertirte.

—¿Sí?

—Nos haremos pasar por dos seminaristas que van de viaje, esa gente no despierta sospechas, ni curiosidad siquiera. Siempre y cuando se actúe con normalidad. Como corresponde a unos seminaristas.

—¿Es decir?

—En las posadas siempre piden un solo cuarto con una sola cama. Se trata de ahorrar. Por lo general.

—Entiendo. ¿Y de qué me querías advertir?

Rixa se echó a reír estruendosamente.

El posadero de La Cigüeña los tomó, sin sombra de duda y sin pestañear, por dos seminaristas, cosa que acabó de convencer a Reynevan de que Rixa hacía uso de conjuros de camuflaje y de magia empática, seguramente también disponía de amuletos parecidos al Pantaleón. Sin ninguna objeción por parte del patrón y por un precio moderado, los «seminaristas» tuvieron a su disposición un cuartito ubicado en la buhardilla y equipado con un taburete y una cama. Sin más ceremonias, Rita se quitó el jubón y las botas, tanteó el jergón y se echó encima de él boca arriba, ofreciéndole a Reynevan con un gesto un hueco a su lado.

Yacían inmóviles. Se oía el ruido de la carcoma en la pared. Y los crujidos y los roces de los ratones por el artesonado. Rixa Cartafila de Fonseca se aclaró ruidosamente la voz.

—Esto es un peligro —comentó, mirando al techo—. Dos personas de distinto sexo en la misma cama. El riesgo de pecar es muy grande. Y mayor aún el de un embarazo no deseado. Menos mal que eso no nos afecta. Nosotros estamos a salvo. Nos protege la ley.

—¿Cómo dices?

—Si un judío es sorprendido en pecado con una cristiana, le cortan el pito y le sacan un ojo. El cristiano que hace el amor con una judía se arriesga a consecuencias más serias. Le amenaza una acusación de bestialitas, de libertinaje contra naturam. Y por algo así la hoguera está garantizada.

—Hum.

—¿Cómo que «hum»? ¿Tienes miedo?

—No.

—¡Un muchacho valiente! ¿O a lo mejor no es valor, sino inconsciencia ante el peligro? Tú no me conoces, no sabes con quién te ha tocado compartir el lecho. Soy una mujer terrible. Lo llevo en la sangre.

—¿Qué es lo que llevas en la sangre?

—Los judíos son culpables de la muerte del Salvador, ¿digo bien? Es justo y natural que los culpables de la muerte del Salvador porten sin descanso y para siempre la marca de su vileza.

—Y, ¿concretamente?

—Por mis venas, querido muchacho, fluye la sangre de muchas generaciones del pueblo elegido. Mi antepasado Leví^[40] escupió a Jesús cuando lo llevaban al Gólgota, de ahí que todos los Leví gargajeen sin parar, pero no consiguen librarse de las flemas. Los judíos de la tribu de Gad, a la que pertenezco, le pusieron a Jesús la corona de espinas, por eso todos los años les salen en la cabeza unas equimosis pestilentes que solo se curan untándoles sangre cristiana. Y por último lo más terrible: la tribu de Neftalí forjó los clavos para la crucifixión y, siguiendo el consejo de una judía llamada Ventria, con toda seguridad antepasada mía, les embotaron las puntas para que así Jesús sufriera más. Por esa vileza, a las mujeres de la estirpe de Neftalí, a partir de los treinta y tres años de edad, les salen gusanos vivos en la boca. Pero no tengas miedo, muchacho, duerme tranquilo. Yo solo tengo veinte.

—¿Yo debería tener miedo? —Reynevan, poniendo una cara muy seria, se unió al juego—. ¿Yo? Yo soy mejor todavía. Soy brujo, conozco las artes *prohibitae*. Lo llevo en la sangre, estoy completamente saturado de la aterradora magia negra. Cada vez que meo, en el chorro de pis se forma un arcoíris.

—¡Ja! Tienes que enseñarme eso.

—Para colmo —proclamó con orgullo— soy husita. Los días de fiesta voy por ahí en pelotas y espero con impaciencia el día en que las mujeres sean de todos. También yo, te lo advierto, soy un hereje, un ketzer. ¿Sabes, querida chiquilla, de dónde viene esa palabra? Deriva, según nos enseña Alanus ab Insulis, de «gato». En nuestras reuniones clandestinas, Satán se nos aparece bajo la forma de un gato negro, y nosotros, herejes y husitas, le levantamos el rabo y uno tras otro le besamos el culo gatuno.

—Es posible —añadió Rixa con la misma seriedad— que lo que besáis sea un culo judío. Porque el judío, como enseña Pedro de Blois, siguiendo los pasos del diablo, su padre, adopta a menudo formas monstruosas.

—Sí. Tienes razón. Es posible. Buenas noches.

—Buenas noches, Reinmar. Dulces sueños.

Al día siguiente llegaron a Jawor. Rixa conocía el camino, guio a Reynevan sin confundirse, se veía que se sentía a sus anchas.

—Aquí estás como en tu propia casa.

—Estoy en mi propia casa —replicó—. Esta es la calle del Río. Aquí vive la persona que venimos a ver.

—Aquella persona tan bien informada —dedujo Reynevan—. ¿Quién es? ¿A qué se dedica?

—Meisel Najman ben Gamaliel. Se dedica a prestar dinero a interés.

—¿Usurero?

—No, financiero.

La casa de la calle del Río era enorme, pero austera, desprovista de cualquier adorno, parecía una pequeña fortaleza. Un muro impedía el acceso, y en el amplio porche en arco se ocultaba una portezuela herrada, con una aldaba de latón y un diminuto ventano. Rixa agarró la aldaba y llamó con fuerza. Tras unos momentos de espera, se abrió el ventano.

—¿Sí? —se oyó desde dentro.

—Shalom —saludó Rixa—. Somos unos viajeros, venimos por un asunto de negocios con el venerable Meisel Najman ben Gamaliel.

—No está.

—Soy Rixa Cartafila de Fonseca. —En la voz de la joven surgió de pronto una nota hostil—. Ve a decírselo al rabí, criado. Si no está, que me lo diga personalmente.

Una vez más, tuvieron que esperar unos momentos.

—¿Sí?

—¿El rabí Meisel Najman ben Gamaliel?

—No lo conozco. Y no está en casa.

—No vamos a entretenerte mucho, rabí. Déjanos pasar, te lo ruego. Solo necesitamos cierta información.

—¿Ah, sí? ¿Y qué más necesitáis? ¿Tal vez unas monedas? ¿O que os prepare mi mujer *gefilte fisch*? ¿O a lo mejor lo que queréis es dormir a pierna suelta y descansar? Largaos de aquí, *goyim*.

—Rabí...

—¿No se van? ¿Querrán mi bendición? ¡*Shmul!* ¡Trae el arcabuz!

—Rabí Meisel. —Rixa bajó la voz, acercando el puño apretado al ventano—. Te aconsejo que tengas cuidado con el arcabuz. Soy Rixa Cartafila de Fonseca. Llevo el anillo del tzadik Halafta.

—¡Ay de mí! —llegó desde dentro—. Y yo soy el rey Salomón. Y tengo un anillo para encerrar demonios en vasijas. Largaos, provocadores.

—No me llames provocadora, rabí —siseó la muchacha—. Soy Rixa Cartafila de Fonseca. Me niego a creer que no hayas oído hablar de mí.

—¿Y qué? Puede que haya oído o puede que no —repuso la voz, algo más afable, al otro lado de la puerta—. En los tiempos que corren no puede uno dar crédito a sus ojos ni a sus oídos. Y no digamos ya a los rumores. Id a la ciudad. Veréis lo que se está cocinando. Y juzgad: ¿puede un judío abrir la puerta en estos tiempos? ¿Por

mucho que el judío haya oído algo acerca de alguien? No, muchacha que llevas el anillo del tzadik Halafta. No es sensato abrir la puerta cuando fuera no hay más que maldad. Id y observad. Vosotros mismos os convenceréis. Ay, si tuvierais una puerta, tampoco la abriríais.

Las calles de Jawor parecían extrañamente desiertas. Y silenciosas. En el aire, además del habitual hedor a estiércol y carroña, flotaba algo indescriptiblemente desagradable, algo que ponía de punta los pelos del cogote y hacía que un escalofrío recorriera la espalda. Algo que obligaba a la mayoría de los habitantes de la ciudad a quedarse prudentemente en casa.

Rixa estaba a sus anchas. Pasada la plaza del mercado, se metió en un callejón donde un gran cartel de colores indicaba por dónde se iba a una fonda llamada El Sol y la Luna. Aquí, al contrario que en la calle, había mucha gente, no cabía un alfiler. No era posible precisar mucho más, pero Reynevan calculó que habría no menos de cien personas en el local. Aparte de eso, todo el mundo charlaba y parloteaba, y aquel runrún monótono era como un zumbido en la cabeza. Rixa observó con atención, enseguida se desplazó hacia un rincón, donde un hombre canoso con un sombrero de fieltro con el ala medio rota hundía los bigotes en una jarra. La joven se sentó a su lado, le dio un leve codazo.

—¿Doncella?

—Salud, Schlegelholz. ¿Tan temprano en la taberna?

—Me duele el alma. —El canoso se limpió los bigotes—. Hace falta, hace falta ahogar... Son tiempos terribles... Terribles...

—¿Qué ha pasado?

—Algo terrible, algo terrible ha pasado. Todos vamos a morir... No hay forma de escapar de la epidemia, no hay forma...

—¿De qué se trata?

—Hace ahora cuatro días —Schlegelholz le dio un buen trago a la cerveza—, en un pozo que hay cerca de San Martín, pescaron una cabeza de cerdo, toda despellejada. Y justo después se le murió un crío a la Kuncowa, la mujer del panadero. O sea, que habían inficionado el agua. De peste. Nos habían echado en el pozo un gorrino apestado.

—¿Quién?

—Quién, quién. Ya se sabe quién. Total, que se ha reunido la gente, están deliberando. Ya lo estáis viendo, doncella.

—Ya veo —asintió Rixa, señalando a un hombre con un jubón lleno de remiendos que acababa de encaramarse a un banco y pedía desde allí a la concurrencia que tuviera la amabilidad de callarse—. Ese tipo y los que le acompañan, ¿quiénes son?

—Forasteros. Han llegado hace poco. Gente un tanto extraña.

—A los de Jawor —gritaba el tipo del jubón remendado—, por lo que veo, no solo puede uno soplarles en las gachas, sino hasta escupirles en la sopa. ¿Tan decaído

está este pueblo? Vuestros padres, en 1420, ya les dieron una lección a esos judezuelos^[41], ahora os toca a vosotros acabar con ellos del todo, ¡no deberíais dejar ni uno! Y, ¿qué es lo que hacéis? Ellos os envenenan los pozos, ¿y vosotros os quedáis aquí sentados, trasegando cerveza? ¿Para que, como en Bautzen, os roben la hostia de la iglesia y la profanen? ¿Para que derramen la sangre de vuestros hijos, al igual que pasó en Zgorzelec?

—¿O a lo mejor —se levantó otro, con el pelo revuelto cual vellón de camero— estáis esperando a que lleguen los husitas, y los judíos les abran de noche las puertas de la ciudad, como hicieron el año pasado en Frankenstein? ¿Es que no lo sabíais? ¿A lo mejor tampoco sabíais que en Klodzko los israelitas querían rendir la plaza a los husitas e incendiar la ciudadela? ¿No sabíais que Judá está conchabado desde hace mucho con los herejes checos? ¿No os lo ha dicho el párroco en el sermón? ¿Que Satanás está conjurado con el judío y el husita? ¿Cómo? ¿Que no os ha dicho nada de eso? En tal caso, vecinos de Jawor, vigilad atentamente a vuestro pastor. Estad pendientes de lo que hace, aguzad el oído ante lo que dice. No faltan renegados entre los miembros del clero, más de uno ha sucumbido a los susurros de Satanás. Si os enteráis de que algo no va del todo bien con vuestro cura, ¡denunciadlo! ¡Denunciadlo a las autoridades sin tardanza!

De vez en cuando alguno de los vecinos se levantaba y se deslizaba a hurtadillas hacia la salida. Los semblantes de los demás tampoco mostraban un especial entusiasmo.

Los oradores lo advirtieron.

—¡Sois unos cobardes y unos caguetas! —gritó el de los remiendos—. ¡A vosotros sí que habría que denunciaros! Porque aquel que no está contra los judíos está claro que se entiende con el diablo, ¡él mismo es igual que un judío! ¡Los judíos, os lo digo yo, están entregados a las fuerzas del mal! La mano hostil de Judá aparta al cristiano de la fe verdadera. ¿Qué creéis? ¿Qué habríamos tenido a Hus si no hubiéramos tenido a los judíos? ¿Quién sino el judío, atendiendo las sugerencias del diablo, instigó a los checos a la herejía? ¡Precisamente, esa inmunda secta husita se amolda al Talmud! ¡Y se apoya en la Cábala!

—Después de Satanás —le secundó el del pelo revuelto— no hay mayor enemigo de los cristianos que los judíos. En sus repulsivas oraciones cotidianas ruegan por nuestra destrucción, nos maldicen, en sus rituales y conjuros mágicos imploran que Satanás, su padre y su Dios, nos aniquile. Hace cien años quisieron acabar con nosotros por medio de la Muerte Negra, no lo lograron, Cristo se mostró más poderoso. ¡Y ahora se han inventado a los husitas para traernos la perdición a los cristianos!

—Vámonos. —Rixa se levantó, se cubrió con la capucha—. Todo esto ya lo he oído, me lo sé de memoria. Schlegelholz, tú no nos has visto. ¿Está claro? Yo por aquí no he pasado.

Antes de que se hubieran abierto paso hasta la puerta de la calle, un tercer orador

se subió al banco. Llevaba la cabeza rapada al cero.

—¿Y os quedáis tan tranquilos, vecinos de Jawor? Entonces, es posible que tengáis pis en las venas, en lugar de sangre, si toleráis en vuestra ciudad a esos hediondos judíos y su maldita sinagoga, si admitís que haya entre vosotros herejes, magos, infanticidas y envenenadores. ¡Ladrones y usureros, sanguijuelas como ese Meisel Najman, el mayor sarnoso de la localidad! ¡Hace ya mucho que tendríais que haber acabado con él a golpes!

—Vaya, vaya —dijo entre dientes Rixa—. Por fin algo nuevo, la paciencia se ha visto recompensada. Ahora ya sé quién, qué y por qué. Conozco a ese tipejo. Es un antiguo miembro del Císter, se largó del monasterio de Dobrilugk. Se habrá afeitado la cabeza para esconder la tonsura. Es un agente de la Inquisición. Aquí, por lo visto, se está preparando una buena provocación.

—¿La Inquisición? No es posible —protestó Reynevan—. Gregorio Hejncze nunca se rebajaría...

—No es cosa de Wroclaw. Sino de Magdeburgo. No los mires, procura no llamar la atención. Nos vamos.

—Esto no va contigo, Reynevan. No es tu guerra. —Rixa se colocó la cota de malla, sacó de entre los fardos un machete ensangrentado, lo desfundó, lo agitó varias veces hasta hacerlo silbar—. He hecho mis comprobaciones, he recabado informaciones —siguió diciendo—. Son muchos. Ha venido una nutrida chewra de Magdeburgo^[42]. Además de provocadores, también hay asesinos. Catorce tiparracos. En cuanto anochezca, van a atacar.

Reynevan desató las alforjas y sacó su ballesta de cazador, se colgó en bandolera la aljaba con los virotos. Comprobó el cuchillo, se introdujo además un estilete en la caña de la bota. Rixa lo observaba en silencio.

—Esto no va contigo —repitió—. No tienes por qué intervenir y jugarte el cuello. Reynevan la miró a los ojos.

—Te recuerdo que no ibas a hacerme rabiar. Vamos.

La Inquisición de Magdeburgo no se hizo esperar mucho tiempo, en cuanto cayó la noche se lanzó al ataque. Saliendo de las sombras, delante del portal de la casa de la calle del Río surgieron de pronto unas vagas siluetas, tan raudas que se difuminaban en los ojos. Un ariete golpeó la puerta con estrépito. La casa estaba alerta, respondió. Se oyó un estallido, un fogonazo salió despedido por el ventano de la puerta. Las siluetas se revolvieron, alguien soltó un chillido. El ariete aporreó la puerta nuevamente, en esta ocasión un prolongado crujido dio noticia del éxito. Rixa se escupió en la mano, asió la empuñadura del arma.

—¡Ahora! ¡A ellos!

Salieron de un callejón, irrumpiendo en medio de los hombres que se agolpaban en el portal, sorprendiéndolos y arrollándolos. Reynevan acuchillaba con brío. Rixa,

con todas sus fuerzas, tajaba con el machete. La calleja se iba llenando de aullidos y maldiciones.

—¡Adentro!

Desde detrás de la portezuela asaltada volvió a abrir fuego el cañón de mano, silbó la metralla. En el resplandor del disparo, Reynevan pudo vislumbrar justo enfrente de él al hombre rapado al cero, vio una hachuela levantada, lista para golpear. Agarró la ballesta, que llevaba colgada al hombro, disparó desde la cadera, sin apuntar. El tipo rapado gimió y cayó al pavimento.

—¡Adentro!

Los atacantes también tenían ballestas, también tenían armas de fuego. En el momento en que irrumpieron en el patio, al mismo tiempo que Rixa, los disparos iluminaron de pronto la noche, y los viroles silbaron en el aire. Ensordecido por el estruendo, Reynevan tropezó en un cadáver, fue a parar a un charco de sangre. Un perseguidor se tropezó con él, cayó a su lado con gran estrépito, soltando una maldición. Reynevan le golpeó con la ballesta, rápidamente rodó hacia un lado, derecho a los pies del siguiente asaltante. Justo al lado de su cabeza algo golpeó el empedrado con un sonido metálico, haciendo saltar chispas. Reynevan desenfundó su estilete, se levantó de un salto, lanzó una cuchillada con tanta fuerza que le crujió la espalda, la hoja afacetada traspasó con un chirrido las anillas de la cota de malla. El atacante gritó, cayó de rodillas, soltando un pesado gancho de hierro delante mismo de Reynevan. Este cogió el hierro y golpeó con ímpetu al arrodillado, sintió y oyó cómo el gancho se le clavaba en todo el cráneo.

—¡Reynevan! ¡Aquí! ¡Deprisa!

Alguien, en las profundidades del patio, aullaba, soltaba estertores y se ahogaba. Reynevan se puso de pie y corrió hacia la puerta de la casa. Un virote le pasó silbando justo por encima de la cabeza. Hubo un estallido y un resplandor, un charco de fuego se extendió sobre las piedras del patio, olía a grasa quemada. Una segunda botella se estrelló contra la pared de la casa, el aceite encendido descendió como una cascada por las cornisas. Una tercera se reventó en las escaleras, las llamas envolvieron al instante los dos cuerpos que allí yacían, silbaba la sangre al evaporarse. Desde el portal llegaron los siguientes proyectiles. De pronto había tanta claridad que parecía de día. Reynevan vio a un barbudo con una gorra de zorro arrodillado detrás de un pilar del porche: solo podía tratarse del dueño de la casa, Meisel Najman ben Gamaliel. A su lado, también de rodillas, un mozalbete intentaba cargar el cañón de mano con pulso temblón, Detrás de otro pilar estaba Rixa Cartafila de Fonseca con el machete ensangrentado, y era tal la expresión de su rostro que Reynevan se estremeció. Y justo detrás de Rixa, con un arma de fuego en la mano...

—¿Tybald Raabe? ¿Tú aquí?

—¡Cúbrete!

Desde el portal volaban los viroles, arrancando el revoque del muro. El mozo que intentaba cargar el cañón de mano soltó un grito penetrante y se aovilló. Rixa reculó

en presencia del fuego atronador, cubriéndose la cara con los antebrazos. Reynevan, con ayuda de Tybald Raabe, arrastró al muchacho, dejándolo al amparo de una pared.

—Mala cosa... —dijo el goliardo, con voz entrecortada—. Mal lo tenemos, Reynevan. Enseguida volverán a la carga... No aguantaremos...

Desde el portal, como confirmando sus palabras, le respondió un grito de guerra, un bramido lleno de rabia. El fuego relumbró en los cuchillos, titiló en los filos.

—¡Muerte a los judíos!

El rabí Meisel Najman ben Gamaliel se puso de pie. Levantó la cabeza hacia el cielo. Extendió los brazos.

—*Baruj Ata Hashem, Eloheinu*^[43] —gritó, modulando la voz melodiosa—. *Melej ha olam, bori meori haesh!*

La pared de la casa se resquebrajó, estalló con una erupción de revoque, cal y mortero. De la nube de polvo surgió algo, algo que estaba en la pared, que estaba allí empotrado. Reynevan inspiró aire con un silbido. Y Tybald Raabe hasta se encogió.

—*Emet, emet, emunah*^[44]! ¡*Abracadabra!* ¡*Abrakaamra!*

Aquello que había salido de la pared, que parecía un ídolo de barro, era rudimentariamente antropomorfo, si bien, en lugar de cabeza, apenas presentaba entre los hombros un ligero abultamiento.

Más bajo que un hombre de mediana estatura, era en cambio corpulento y panzudo como un barril, caminaba sobre unas piernas cortas con pinta de columnas, apoyándose en el suelo a través de unas zarpas rechonchas. Ante los ojos de Reynevan las zarpas se cerraron en puños, grandes como balas de bombardas.

El golem, pensó, es el golem. El auténtico golem, el legendario golem de barro, el sueño de los hechiceros. El sueño, la pasión y la obsesión de Radim Tvrđik, de Praga. Pensar que no está aquí Radim... Pensar que no puede ver esto...

El golem se puso a berrear, o más bien a resonar como una ocarina monstruosa. La chewra de Magdeburgo que se apiñaba en el portal fue presa del pánico, se diría que la alarma había paralizado a los matones, haciendo que perdieran el control de sus piernas. Fueron incapaces de huir cuando el golem corrió hacia ellos, bamboleándose en su trote. No se defendieron cuando cayó sobre ellos, apaleándoles regular y metódicamente y zurrándoles con sus enormes puños. Un grito, un grito horrendo rasgó la atmósfera nocturna sobre Jawor. No duró mucho tiempo. Se hizo el silencio. Tan solo seguía silbando el aceite que ardía en los charcos.

A lo largo del muro del portal resbalaba lentamente una sangre espesa, mezclada con sesos.

Salió el sol. El golem de barro regresó al agujero del muro, allí se quedó, confundido con el fondo, invisible.

—Estaba muerto, mas he aquí que ahora estoy vivo —dijo con pesar Meisel Najman ben Gamaliel—. Pero se ha derramado la sangre. Mucha sangre. Ojalá se me perdone cuando llegue el Día del Juicio.

—Has salvado a inocentes. —Rixa Cartafila de Fonseca señaló con la cabeza a una mujer gruesa que abrazaba y apretaba contra sí a tres niñas morenas—. Has defendido la vida de los más queridos, rabí, frente a aquellos que deseaban hacerles daño. Dice el Señor: «Acuérdate de lo que hizo Amalee contigo en el camino, cuando salías de Egipto. Borrará la memoria de Amalee de debajo del cielo». La has borrado.

—La he borrado. —Los ojos del judío centellearon para apagarse acto seguido—. ¿Y ahora qué? ¿Una vez más hay que renunciar a todo? ¿Hay que volver de nuevo a la vida errante? ¿Clavar la mezuzá en puertas ajenas?

—Ha sido por culpa mía —protestó Tybald Raabe—. Te he puesto en peligro. Ahora por mí...

—Sabía quién eras —le interrumpió Meisel Najman— cuando te di asilo. Apoyé tu causa por convicción. Siendo consciente de lo que arriesgaba. Bah, la huida y el vagabundeo no son cosa nueva para mí...

—No creo que sea necesario —comentó Reynevan—. Al recoger los cadáveres, la gente de aquí ha valorado lo ocurrido de forma bastante inequívoca. Te han asaltado con intención de saquearte, y tú te has defendido. Probablemente nadie en Jawor te habrá censurado por ello. Y nadie te va a molestar si te quedas aquí.

—Oh, santa inocencia —exclamó Meisel Najman—. Santa y buena... ¿Cuál es tu nombre? ¿Reynevan?

—Se llama Reynevan, en efecto —terció Tybald Raabe—. Le conozco y respondo por él...

—Anda, déjate de esas cosas. Ha acudido corriendo a ayudar a un judío. No necesito que nadie responda por él. ¡Caramba! ¿Qué te pasa en la mano, muchacha? ¿La del anillo del *tzadik* Halafta?

—Tres dedos rotos —contestó Rixa con frialdad—. Poca cosa. Para la boda ya estarán curados.

—¿Para qué boda? ¿Quién te iba a querer a ti? Vieja, deslenguada, de carácter violento, tampoco sabes cocinar, me apuesto lo que quieras, mi propio talit si hace falta. Tú dame la mano, *shiksa*^[45]. *Yehe sh'meh raba mevaraj l'alam ul'almey almayya*^[46].

Ante los ojos del asombrado Reynevan, los dedos de Rixa se enderezaron, en un instante desapareció la hinchazón, los moratones se borraron sin dejar huella. La muchacha suspiró, mientras movía la mano. Reynevan sacudió la cabeza.

—Vaya, vaya —dijo despacio—. Soy médico, rabí Meisel, tampoco me son ajenas las artes magicae. Pero curar tan fácilmente unas articulaciones rotas... Estoy asombrado. Me gustaría saber dónde se pueden aprender estas cosas.

—Conmigo —replicó secamente el rabí—. Cuando tengas siete años libres, pásate por aquí. No te olvides de circuncidarte primero. Y ahora, como solía decirle el rey Salomón a la reina de Saba, vamos al grano. Queríais que os proporcionara cierta información. Decidme entonces de qué se trata.

Reynevan expuso el asunto con brevedad. Meisel Najman escuchó atentamente, moviendo la barba.

—Está claro —dijo—. Comprendo. Y creo que puedo ayudar. Porque ya he oído hablar de un caso parecido.

Se metió el dedo en la nariz, se hurgó largamente y con frenesí, fingiendo que no veía cómo Reynevan se consumía de impaciencia.

Por fin se sacó lo que andaba buscando, lo examinó. Y retomó su discurso.

—Esos asuntos —declaró— son siempre un chollo en potencia, con nada se saca tanto como con la información. Esto ocurrió en Legnica. Hace seis años. La doncella Wiryda Homing, hija de un mercader, se lió con un boticario llamado Galazka. Sin contar con su padre, que le había prometido su mano a otro hombre. Este tenía, al parecer, algún contacto con la Inquisición, con el Santo Oficio. Y la doncella Wiryda desapareció de la noche a la mañana.

»El boticario Galazka —prosiguió el judío— fue denunciado, acusado de herejía tuvo que huir de Silesia. Al cabo de un año el asunto cayó en el olvido, y Wiryda apareció de pronto, toda compungida y muy obediente, igualito que si hubiera estado en un convento. Se casó dócilmente con el hombre al que la habían prometido.

»Total, que en el *kahal* pensamos que valdría la pena averiguar quién era aquel que tenía tanta mano en el *Officium* como para poder organizar la desaparición de una doncella. Y el caso es que Moishe Merkelin, un primo de mi cuñada, conocía a un tal Yojai ben Yitzjak, y resulta que un primo hermano de ese Yojai, un tal Shekel, tenía una hijastra llamada Debora, la cual se enteró por su amiga Ester de una cosa que esta le había escuchado en la galería de la sinagoga a... Mecachis, se me ha olvidado a quién. De todos modos, eso no es importante. Lo importante es que el primo Moishe, un judío codicioso e insolente, exigía quince gúldenes a cambio de la información. Consideré que era demasiado.

—Ah.

—Pero tú has acudido en mi ayuda, y eso altera un tanto la escala de valores. Ahora esos quince ya no son los mismos quince, son unos quince completamente diferentes, son unos quince tan cambiados que sencillamente ya no hay quien los reconozca. Ahora el precio es el que tiene que ser. Y el codicioso primo Moishe no vive en Palestina. Vive en Opole. Por Moisés, que en cinco días tendrás la información. Y entre tanto serás mi huésped.

—Gracias, rabí. Pero en lo tocante a esos quince gúldenes, estoy dispuesto...

—No me ofendas, muchacho.

—No voy —Tybald Raabe, indeciso, se aclaró la garganta— a esperar aquí con vosotros, ya es hora de que me ponga en camino, el deber me llama. Pero sí os diré... Una vez que hayáis averiguado lo que tenéis que averiguar, daos prisa. Daos mucha prisa. Creo que...

—Y yo creo —Rixa le miró a los ojos— que deberías dejarte de rodeos. Y

decimos la verdad.

—Yo no sé nada —replicó deprisa el goliardo, demasiado deprisa para preservar la verosimilitud.

—Tybald —dijo despacio Reynevan—. La pasada noche peleamos hombro con hombro, juntos los dos le vimos los ojos a la muerte. ¿Y ahora me ocultas algo? Conociste a mi hermano. A mí también me conoces, hace un rato incluso respondías por mí. Sabes que estoy recorriendo Silesia, arriesgando mi vida, porque mi amada está en un apuro, tengo que encontrarla y liberarla. Está prisionera, cada día de encierro aumenta su tormento...

—Reinmar. —El goliardo se humedeció los labios, bajó los ojos—. Los checos no confían en ti, hay tantas habladurías... Si sale a la luz que te he contado...

—¿A Lausacia o a Silesia? —saltó Rixa, impaciente—. ¿Adónde se dirige la aceifa? Porque ya hemos caído en la cuenta de que muy pronto va a empezar una.

—Yo no sé nada... Pero a poco que uno piense... ¿Puede ser Lausacia?

—Ya lo ves —dijo Rixa con una sonrisa—. Lo fácil que ha sido. Lo más difícil es empezar. Y ahora te preguntamos por los detalles.

—¿Qué queréis de mí? —Tybald Raabe fingió que se había enfadado—. Ni que yo fuera un hetmán o algo así. No soy más que un vulgar agitador, a mí no me informan de la estrategia... Pero está claro para cualquiera que eche un vistazo a un mapa y piense un poco... Venga, pensad un poco. ¿Por dónde va a avanzar el Tabor mejor que por el valle del Nysa de Lausacia?

—¿Zittau y Zgorzelec? —Reynevan se acordó del mapa que había visto en Odry, en la mesa de Procopio.

—No lo descartaría... —Tybald carraspeó—. Tampoco descartaría que pasaran a la orilla derecha del Kwisa. Luban, Boleslawiec...

—¿Zagan? —preguntó Rixa con la voz alterada.

—Es posible.

—¿Cuándo? La fecha, Tybald.

—Junio. Más o menos.

—¿Cómo de más o de menos?

—Unos decían que para San Juan. Otros, que para San Vito. Yo creo más bien que será la segunda. Pero quién sabe...

—Mil veces gracias. —Rixa midió al goliardo con una mirada algo más cálida—. Nos has ayudado mucho, te estoy infinitamente agradecida. Te daría un beso, pero me avergüenzo, soy horriblemente tímida. Y, ya que tienes que partir, cuídate.

—Cuidaos también vosotros. ¿Reinmar?

—¿Sí?

—Mucha suerte. De todo corazón.

Los cinco días pasaron volando. El 12 de junio, domingo, el rabí Najman ben

Gamaliel llamó a Reynevan y Rixa.

—El primo Moishe —empezó sin más preámbulos— tomó el dinero encantado, estaba satisfecho y se alegró como si hubiera adquirido a precio de saldo el arca de la Alianza. De modo que ya sé quién puso fin al romance de Wiryda Homig, denunciando a su galán, el boticario, y encerrándola a ella en un convento, merced todo ello a sus contactos con la Inquisición. El mismo que después se convirtió en el dichoso esposo de Wiryda. Otto Arnoldus, persona bastante conocida, aunque no precisamente por sus virtudes. Es un antiguo concejal, y actual alcalde de la ciudad de Boleslawiec.

»Aunque aquella esencialmente era privada, y no política, tu historia presenta algunas semejanzas con el caso de Wiryda Hornig, Reinmar. Yo que tú me dirigiría a Boleslawiec y tendría una charla, si no con el propio alcalde, Arnoldus, sí con su mujercita. Puede que ella recuerde en qué convento la encerraron entonces. Porque es muy probable que la Inquisición siga recurriendo a los mismos.

—Mil veces gracias. Iremos cuanto antes.

—Sí, sí —se apresuró a decir Meisel Najman, bajando la voz—. Os aconsejaría que os dierais prisa.

—Ya lo sabemos —gruñó Rixa—. San Vito está al caer. Partimos mañana al alba. Que tengas salud, rabí Meisel.

—Cuidaos. —El judío movió la barba—. Gracias por todo. Y tú, muchacha, acércate.

Rixa agachó la cabeza. El rabí le puso la mano en los cabellos negros como el azabache.

—*Yevarejeja Hashem veyishmereja* —dijo—. Que Hashem te bendiga y te proteja. Que Hashem vuelva hacia ti tu rostro y te mande la paz. Adiós, Rixa Fonseca. Adiós tú también, Reinmar de Bielau.

Capítulo decimotercero

En el que se habla de los sueños y de sus interpretaciones, y la gente menos pensada concierta las alianzas menos pensadas.

En Wroclaw la noche caía despacio, llegaba la hora gris, llamada *Inter canem et lupum*, entre el perro y el lobo, ya estaba oscuro pero aún no se habían encendido las luces. Hacía calor, un calor húmedo y sofocante, se anunciaba tormenta. Kundrie, de un trago ávido, vació la copa con los restos de aurum potabile, se relamió.

—Y después —dijo, entornando los ojos ambarinos— vas a ir a Jawor y a la frontera con Lausacia. Pues te han llegado noticias de la presencia de Reinmar de Bielau. A pesar de que esas noticias, por lo que tengo entendido, no han sido contrastadas y son poco fiables, tú lo dejas todo y sales corriendo como un loco. No obstante, me pides hechizos y conjuros que sirvan para localizar a una criatura sidérea. Y eso que ya te he repetido cien veces que es algo imposible.

—No hay nada imposible —replicó Treparriscos—. Eso es lo primero que nos inculcaron en Aguilar.

La neufra suspiró. Y acto seguido bostezó, mostrando su imponente juego de colmillos.

—Bueno —dijo—. A Reinmar de Bielau entiendo que hay que eliminarlo, de otro modo va a seguir siendo una molestia, en su continuo afán de vengar a su hermano. Apoyo la idea de atraparlo y condenarlo a una muerte lenta. A ser posible, después de torturar delante de él a esa Apolda, a la que no para de buscar. La idea de revancha es justa y la aplaudo. Pero ese camarada suyo, el gigante... esa criatura presuntamente llegada del mundo astral... a ese, en cambio, te recomendaría que lo dejaras en paz. En mi opinión, es uno de los Guardianes, uno de los Refaim. No conviene enfrentarse a ellos. Tu cacería me da muy mala espina. No actúas racionalmente. Tu interés por ese gigante empieza a parecerse cada vez más a...

—¿A qué?

—A una manía —concluyó con frialdad—. En su variante puramente clínica. Estás obsesionado, hijo mío. Eso me hace sufrir. Sobre todo, porque últimamente no es tu única obsesión.

—¿Qué has dicho?

—Que no es tu única obsesión. Por lo que veo y oigo. Y, sobre todo, por lo que percibo. Por lo que huelo.

—¿Qué pasa?

—No te hagas el tonto. Salgo por ahí, sé lo que se rumorea. De la doncella Von Pack y de ti. Y tengo buen olfato. Desde hace dos meses, cada vez que vienes aquí, me traes olor a coño.

—Cuidado —silbó Treparriscos—, no te pases de la raya.

—No te reconozco. Tenías todas las mujeres que te daba la gana. Tú, Birkart Grellenort, sueño y objeto de los suspiros de las brujas de media Andalucía. Pero hasta ahora nunca te habías comprometido con ninguna dama, por ninguna habías perdido la cabeza. Ándate con ojo, tienes enemigos. Si no han podido contigo por el hierro, igual lo intentan con otras armas. ¿No se te ha ocurrido que esa Pack puede no ser quien tú te piensas? ¿Y si resulta que quieren castigarte al modo bíblico, por mano de mujer? Esa doncella te puede ejecutar como Dalila a Sansón. O como Judit a Nabucodonosor... ¿O fue a Holofernes? Ya no me acuerdo. Vuestra Biblia es una lectura endiabladamente embarullada. Demasiados personajes, demasiados episodios inverosímiles e invenciones descaradas. Prefiero a Chrétien de Troyes y otros *romanciers*.

A Treparriscos le centellearon los ojos. Para apagársele enseguida.

—Toda obra literaria —replicó con calma—, incluida la Biblia, entre un mar de invenciones esconde una perla de verdad. Y con esto volvemos a nuestro coloso. Cuando lo atrape, le arrancaré toda la información, sabré cuál es la verdad y dónde se encuentra. Pues es alguien venido de allí, no presuntamente, sino de manera efectiva. Nos ha llegado del plano sideral, de un lugar que desconocemos, del que nada podemos afirmar a ciencia cierta. Algunos, como sabes, consideran que ese lugar es el dominio de una Criatura Suprema, popularmente llamada Dios. Los politeístas sostienen que es el dominio de los distintos dioses, semidioses, divinidades y demonios. Otros son de la opinión de que allí habitan exclusivamente los demonios.Cuál sea la verdad, no lo sabemos, porque, si bien nos han visitado criaturas de ese lugar, nadie hasta ahora ha conseguido llegar hasta allí. Nadie, incluidos tus parientes, los *Longaevi*, y tus prácticamente omnipotentes *Nefandi*...

—Entonces, atrapas al gigante —le interrumpió la neufra—. ¿Y qué? Si es un *Refaim*, no vas a arrancarle nada.

—Ya lo verás. Está encerrado en un cuerpo material, condenado a todos los defectos e insuficiencias de ese cuerpo. En concreto, siente el dolor, y ese cuerpo se puede someter al dolor. Yo someteré ese cuerpo al dolor, Kundrie. Lo someteré hasta tal punto que cantará todo lo que haya que cantar.

—¿También te dirá cómo acceder al dominio astral?

—O, por lo menos, cómo entablar contacto con él —aseguró. Y de inmediato se levantó de la silla curul, midió la estancia con varios pasos, desde el ataúd que estaba apoyado en un armario hasta el esqueleto completo de un cerdo que había en la pared más alejada. Solo Dios sabe de qué le serviría a la elemental—. ¿Qué tiene que ofrecermé a mí este mundo? —Treparriscos alzó la voz—. ¿Qué puede darme? ¿Este mundo primitivo, en el que ya está todo repartido, robado y saqueado, donde *nulle terre sans seigneur*? ¿Qué puedo ser yo aquí? ¿Qué cargo podría alcanzar, qué dignidad? ¿La de canónigo catedralicio? ¿La de estarosta y gobernante de Wroclaw o, algo con lo que me tienta el obispo, la de virrey de toda la Silesia? Pero, por más que llegara a obispo, a cardenal y finalmente a Papa, ¿qué poder es ese en los tiempos que

corren? Aunque consiguiéramos destruir a los husitas, su ejemplo perduraré, no habrá manera de acabar con la idea. Después de los husitas vendrán otros, el edificio agrietado de Roma ya nunca recuperará su estructura inmovible y monolítica. Reyes y príncipes caerán como peles, pues, ¿qué poder es ese que se puede destruir con una medida de veneno o con las diez pulgadas de la hoja de un estilete? ¿Y los Fugger, ensimismados en el poder del dinero? Están viendo cómo pierde este su valor. ¿Magos y hechiceros? Son mortales, perfectamente mortales. ¿Los *Longaevi*? Solo de nombre son eternos, pasarán junto con su fuerza mágica...

Un trueno lejano resonó con estrépito, como un contrapunto a la conversación. Kundrie callaba. Treparriscos suspiró hondo.

—Marco Polo —prosiguió— llegó hasta Catay. Los portugueses han navegado hasta las Insulas Canarias, hasta Madeira, las Azores, se preparan para una expedición oceánica. Creen que allí, al otro lado del océano, en un mundo que aún está por descubrir, encontrarán riquezas y un auténtico poder. Creen en el país del Preste Juan, en la tierra de Mogal, en Ofir y Taprobana, se disponen a llegar hasta allí. Con tal de alcanzarlo, no van a arredrarse ante nada. Tampoco yo tengo intención de arredrarme.

La neufra seguía sin decir nada, las púas dorsales tan pronto se le erizaban como se le alisaban.

—¿Sabes —preguntó finalmente— quién fue el último que dijo algo así? ¿Y, mira tú por dónde, en un contexto idéntico? El poeta loco y hechicero Abdallah Zahr-ad-Dihn, autor del libro titulado *Al Azif*, ese título es una anotación onomatopéyica del rumor de los insectos y espectros nocturnos. En traducciones posteriores el nombre del autor aparece travestido como Abdul Alhazred, y el título ha sido sustituido por el de *Necronomicón*^[47]. Que es el comúnmente adoptado.

—Lo sé.

—Sabrás también entonces que Abdul Alhazred deseaba ardientemente llegar al syderium, que no se detenía ante nada. Estuvo en el desierto de Roba el-Khaliyeh, frecuentado por los espectros, estuvo en Irem, buscó Kadath. Murió de una muerte atroz el año 738, en Damasco, en pleno día, delante de numerosos testigos lo despedazó y lo devoró un terrible demonio. ¿No enfría eso tu entusiasmo?

—No, no lo enfría.

—En ese caso —la neufra puso los ojos en blanco—, te deseo suerte. Mucha, mucha suerte.

—Me voy. —Treparriscos se levantó—. Me marcho mañana. Ah, Kundrie, ¿no tendrás algo de Perferro almacenado? Me gustaría disponer de él.

—Buena idea —la elemental enseñó los colmillos amarillos— la de disponer de Perferro. Dáselo a tu doncella, a esa sin igual Douce von Pack. La unirás a ti con más fuerza. Tendrás la garantía de que no se escape con otros. Y, suponiendo que se escape, no será por mucho tiempo. Hasta la primera herida con hierro...

—Kundrie.

—Ya me callo. Tengo Perferro, pero poco, solo una dosis, para una persona. Dirígete al obispo, sé que tiene reservas. Y en Sensenberg, precisamente, tienes a Skirfir y sus atanores alquímicos.

—El obispo no va a admitir que lo tiene. Y a Sensenberg me es imposible ir. Creo que me andan siguiendo —aclaró, viendo sus cejas levantadas—. Ni siquiera estoy seguro de mi Compañía. Son un hatajo de...

—Un hatajo de canallas —completó la neufra—. Una pandilla de truhanes, bribones, matarifes y degenerados. Tus Jinetes Negros. Esos son los que tienes a tus órdenes, porque solo has sabido reclutar a tipos así. Y con esa gente marchas de campaña. Verdaderamente, estás muy desesperado.

—¿Me vas a dar ese Perferro o qué?

—Te lo voy a dar. Y añadiré otra cosa más. Algo especial. Debería ayudarte en tus pesquisas.

Abrió un cofrecillo que había en la mesa, sacó algo de él. A Treparriscos le costó controlar su reacción de náuseas.

—Atractivo, ¿verdad? —dijo la neufra con una carcajada—. Se activa mediante un conjuro. Por lo demás, procede de AlAzif, perfeccionado por los Nefandi y los nigromantes itálicos. Chirridos de insectos nocturnos, susurros de sus alas... Tiene dos funciones. Debería señalar el lugar donde se encuentra Bielau o su doncella.

—¿Y la segunda función?

—Utilízalo cuando te surja la necesidad de matar a alguien. De matarlo de un modo tal que la víctima sienta que se está muriendo.

—Adiós, Kundrie.

—Cuídate, hijito.

En el tejado resonaban las primeras gotas de lluvia.

Un relámpago desgarró el cielo, casi de inmediato retumbó un trueno, de forma intensa y prolongada, con un chasquido de tela rasgada. El chaparrón cobró más fuerza, la pared de agua ocultó por completo el mundo.

—Es como si alguien la hubiera tomado con nosotros. —Reynevan se sacudió el agua de encima—. El tiempo apremia, y mira la que nos está cayendo. Es un diluvio.

Habían estado aguardando la tormenta en el bosque, entre la espesura, pero solo les había proporcionado protección durante un rato, ahora se estaban empapando de todos modos. Los caballos, con la cabeza gacha, se sacudían las crines.

—Está escampano. —Rixa se secó la nariz mojada—. La tormenta se aleja. Enseguida habrá pasado, y echaremos a correr, a todo galope, el viento nos secará. Y ahuyentará de nuestras cabezas los malos pensamientos.

La lluvia, sin embargo, no cesó tan deprisa, y el estado de la carretera, muy reblandecida, no permitía el galope ni otras proezas hípicas, de modo que el viaje les llevó bastante más tiempo del que habían previsto. Hasta Legnica, ciudad definida

como «la segunda después de Wroclaw», tardaron dos días en llegar, haciendo su entrada en el preciso momento en que las diecisiete campanas de la ciudad empezaban a llamar a misa a los diez mil habitantes. Rixa en Legnica se sentía como en casa, guio a Reynevan sin titubeos. Dejaron atrás la imponente, flamante, recientemente consagrada colegiata del Santo Sepulcro, atravesaron la plaza Mayor, abarrotada de gente, y el mercado de verduras, endiabladamente embarrado después de las lluvias. Pasaron junto a los puestos de peltreros y agujeteros. Por detrás de los puestos, Rixa detuvo al caballo, desmontó. Estaban junto a la entrada a un callejón, del que salía un fuerte olor a incienso, hierbas y especias.

—Tengo aquí —aclaró— un asunto que resolver. Puedo ir sola, y pedirte que me esperes en la taberna que está a la vuelta de la esquina. Podemos ir juntos, para fortalecer nuestra cooperación basada en la confianza mutua.

—Hagamos que se fortalezca. Veremos cómo acaba la cosa.

—Vamos pues. Solo te pido dos cosas. No hagas ninguna pregunta.

—¿Y la otra cosa?

—No respondas a nada.

El callejón, por lo visto, era el callejón de los Magos. Los tenderetes y puestos que allí había ofrecían sobre todo hierbas, elixires, periaptos, amuletos, talismanes, campanillas de Loreto, bolas de cristal, cuarzo, abalorios, piedrecillas, muñecas de paja, conchas, mogotes y otros objetos excéntricos. Reynevan había oído hablar de este callejón, tolerado por los concejales y el clero de Legnica. Dos eran las razones de tamaña tolerancia: los elevados tributos que beneficiaban a la ciudad y el hecho de que las mercancías ofrecidas en el callejón no tuvieran nada que ver con la auténtica magia. Un vistazo le bastó a Reynevan para convencerse de ello sin rastro de duda: entre los productos expuestos en los mostradores reinaban la filfa, el camelo y la baratija.

Rixa se detuvo delante de un mostrador. Detrás de él, una bella muchacha morena estaba pasándole el polvo con un plumero al género. Más que nada, ranas disecadas.

—Venimos a ver a maese Zbroslaw.

La morena miró a Reynevan, sacudió sus largas pestañas, se metió en la trastienda. Reynevan examinó el mostrador. Le sorprendió ver de pronto, entre tanto bicho disecado, una salamandra cornuda con la cola retorcida en espiral. Una vez había visto una idéntica en una ilustración del *Grand Grimoire*.

—El maestro os pide que paséis.

Reynevan se quedó un tanto sorprendido con maese Zbroslaw. Estaba convencido de que aquel vendedor de ranas disecadas, y contacto de Rixa, habría adoptado un nombre eslavo únicamente como camuflaje. Pero en la trastienda, en una habitación que olía intensamente a jengibre, clavo y alcanfor, los recibió un eslavo de pura cepa. Ancho de espaldas, de cabello y bigote rubios, de ojos claros, era clavadito al rey Krak de la leyenda.

—Salud. ¿En qué puedo servirlos?

—Soy Rixa Cartafila de Fonseca. Me envía... el tzadik Halafta.

Maese Zbroslaw calló largo rato, moviendo los dedos. Por fin alzó los ojos.

—El de Olawa.

—No. El de Olesnica.

Se sonrieron, satisfechos del correcto intercambio de santo y seña y contraseña.

—Dicen —Rixa no estaba dispuesta a perder el tiempo— que eres un buen conocedor de los tratados de oniromancia, maese Zbroslaw. Al parecer, sabes leer los sueños.

—Dios se acerca a nosotros por medio de nuestros sueños. Los sueños nos dan instrucciones, nos fortalecen, nos sanan y reparan el alma.

—En la medida en que sepamos su significado. El sabio rabí Hisda decía que un sueño no explicado es como una carta recibida pero no leída. Y yo he tenido un sueño.

—Te escucho.

—En mi sueño un grave peligro amenazaba la ciudad de Zagan.

—Curioso —maese Zbroslaw clavó sus ojos eslavos en Rixa— que fuera precisamente Zagan. El caso es que hay otras ciudades. Situadas considerablemente más cerca de... la amenaza. Más cerca de Zittau, que aparentemente se está preparando ahora mismo de manera febril para la defensa, ante la noticia de un posible ataque.

—Que esas ciudades —Rixa no bajó la mirada— se preocupen por su propia suerte. En mi sueño no aparecían. En mi sueño el duque Juan de Zagan tenía una visión prodigiosa. El ángel del Señor había descendido del cielo para inspirarle la forma de salvar su tierra. Busca, duque, la salvación, le dijo el ángel, en el devoto reino de Polonia, en el pueblo polaco, amado por la Madre de Dios. Espera la salvación del piadoso rey de Polonia, Ladislao. En vez de conspirar con el Luxemburgo, dijo el ángel...

—¿Eso dijo? ¿Con esas palabras?

—Con esas mismas —asintió Rixa con voz fría, como Santa Cunegunda en el lecho—. En lugar de conspirar con el Luxemburgo, vuelve tus ojos, duque, a Polonia. El Luxemburgo está lejos, mientras que Polonia la tienes al otro lado de la frontera. Son tiempos aciagos, y Polonia no abandona a sus amigos en la adversidad...

—Pues sí que estamos buenos —exclamó maese Zbroslaw—. Un ángel polonófilo. En los sueños eso anuncia una gran aflicción... Bueno, todo sueño, por muchas rarezas que tenga, es digno de interpretación. Toda carta recibida... Aquel sabio rabí, ¿cómo se llamaba? Tengo miedo de equivocarme...

—Hisda.

—Toda carta recibida, como enseña el rabí Hisda, hay que leerla. Pero aquí tenemos, por así decir, dos cartas. Tenemos que vérnoslas con un sueño dentro del sueño. Has soñado, señora, con el sueño del duque de Zagan. Sería interesante saber si el propio duque de Zagan soñó...

—No, no soñó. —Quedaba claro, por el tono de Rixa, que era un dato incontestable—. Y precisamente ahí está el problema. Hay que informarle sin falta de este sueño.

«Propongo —añadió con énfasis— que nos dirijamos a los franciscanos de aquí, pidiéndoles ayuda al respecto. Que transmitan la noticia a sus hermanos de Glogów, los de San Estanislao. Con la petición de que estos informen a los hermanos de Zagan.

Maese Zbroslaw inclinó la cabeza.

—San Estanislao de Glogów —advirtió— no depende de la custodia de Sajonia. El monasterio de Glogów pertenece a la custodia de Gniezno. Los monjes de Glogów informarán de inmediato a Gniezno. Y muy pronto estarán enterados de todo en Cracovia.

—Eso no es ningún problema.

—Comprendo.

El maestro los acompañó hasta el puesto, donde la bella morena seguía quitando el polvo a las ranas. Tú serás Zbroslaw, pensó Reynevan, pero ella es Rebeca.

—¿Qué es esto? —Un objeto que había en el mostrador le había llamado de pronto la atención—. ¿Qué es? No será...

—¿Esto? —El maestro levantó un cordón del que colgaba una piedra veteadas, con una gema del color y la forma de un ojo humano—. El amuleto Viendo^[48]. Castellano, llegado directamente de Burgos. Por ser para vosotros, tres grosches. ¿Os lo quedáis?

—No te dejes llevar por el pánico, Reynevan —insistió Rixa—. Llegaremos a Boleslawiec. A lo mejor Raabe estaba equivocado en lo tocante al plazo de la razia. Por lo demás, tengo mis dudas de que lo conociera con toda precisión.

—Pudo haberse equivocado en el otro sentido. —Los rasgos de Reynevan se contrajeron y endurecieron—. Puede que empiece antes. Y yo ya sé lo rápido que pueden avanzar. Seis, hasta siete millas al día, aunque no haya caminos. Y también sé de lo que son capaces cuando alcancen su objetivo. Estuve en algunas ciudades tomadas. Entre otras en Chojnów, no muy lejos de aquí. ¡Maldita sea, hay que darse prisa!

—¿Y viajar de noche? No tiene sentido. Haremos noche...

—Y al día siguiente —le cortó— informar a alguien más de la aceifa husita, ¿verdad? Rixa, Tybald confió en nosotros. Contaba con que no lo pregonaríamos a bombo y platillo por toda Silesia. Pero tú...

—Reynevan —los ojos felinos de Roxa centellearon—, no me des lecciones. Y no te entrometas en mis asuntos.

—Y que se fortalezca nuestra cooperación basada en la confianza mutua.

—Métete en la cabeza que sé lo que me hago. Y que estoy de tu parte. Como ya te he asegurado varias veces. Y ya me he cansado de repetírtelo. Al informar a Zagran

del peligro también estaba de tu parte. Igual que en marzo en Racibórz, cuando por mediación tuya ayudé al titubeante Woloszek a tomar una decisión.

—De todos modos, quisiera saber...

—Sabes todo lo que tienes que saber —le cortó bruscamente—. Y no es poco lo que sabes: tienes ojos, tienes oídos y no eres tonto. Y que siga así.

Se quedaron callados. De abajo, de la sala principal de la posada, llegaban gritos, risas, ruidos de diversión. Se oían crujidos y chillidos de ratones en el techo, la vela parpadeaba.

—¿Reynevan?

—¿Sí?

—Tenía mis razones para insistir en que pernootáramos aquí. Mañana tampoco me gustaría retrasar nuestra marcha. ¿Tienes algún medicamento para cosas de mujer?

—¿Te refieres a la menstruación?

—Me refiero a que si tienes o no.

Sacó de la bolsa un estuche con medicinas, satisfecho consigo mismo por haber tenido la precaución de abastecerse en la farmacia El Arcángel.

—Tómate esto. —Le pasó a Rixa un electuario en tableta—. Bebe un poco de vino.

—Es amargo como la hiel.

—Porque es de aloe. Es *Hiera Picra*, llamada por Galeno *species ad longam vitam*. También es eficaz para los males femeninos.

—Eso espero.

La vela parpadeaba. Cesó el crujido de los ratones.

—¿Rixa?

—¿Qué?

—El que por tus orígenes... El que tú seas...

—¿Judía? ¿Que si eso influye en lo que estoy haciendo? Naturalmente.

»Mi familia —prosiguió inesperadamente después de una larga pausa— procede de Renania, de Xanten. Casi todos los miembros de la familia fueron asesinados en 1096. ¡Cruzada! Deus lo volt! Los caballeros Emich y Gottschalk atendieron el llamamiento del papa Urbano II. Y lo llevaron a efecto con entusiasmo. Comenzaron su combate por el Sepulcro de Cristo con la masacre de los judíos renanos. En Xanten se salvó un muchacho, Yehuda, gracias seguramente a que se bautizó. Con el nombre de Guido Fonseca residió en Italia, donde retornó a la fe de sus antepasados, o, como decís vosotros, abrazó de nuevo la judaica perfidia. A sus descendientes, nuevamente judíos, los expulsaron de Nápoles el año 1288. Se dispersaron por el mundo. Parte de la familia emigró a Berna. En 1294 se perdió allí un niño. Sin dejar ni rastro, en circunstancias misteriosas. Estaba claro: un crimen ritual. Los judíos habían raptado al chaval y lo habían convertido en pan ácimo. Por esta horrible acción expulsaron a todos los judíos de Berna. Un antepasado mío, un rabino que respondía al nombre de

Mevorah ben Kalonymos, se asentó en Franconia, en Weinheim.

»En 1298, en la localidad francona de Röttingen, alguien, al parecer, profanó una hostia. El caballero empobrecido Rindfleisch recibió al respecto una señal de Dios. Los profanadores son judíos, decía aquella señal, quien crea en Dios que mate judíos. Aparecieron numerosos creyentes, en breve Rindfleisch se puso a la cabeza de la horda de matarifes, con los que acometió su piadosa acción. Después de exterminar las comunidades de Rothenburg, Würzburg, Nördlingen y Bamberg, le llegó su turno a Weinheim. El 12 de septiembre Rindfleisch y sus esbirros irrumpieron en el barrio judío. Encerraron al rabino Mevorah con su familia y a todos los judíos, judías y sus hijos en la sinagoga, y allí los quemaron vivos. Setenta y nueve personas en total. No muchos, teniendo en cuenta que, en el conjunto de Franconia y Suabia, Rindfleisch mató a cinco mil. A muchos de ellos con métodos bastante más imaginativos que la quema.

»Con el resto de la familia, la que estaba en la diáspora, la clásica historia: un tatarabuelo converso, Paolo Fonseca, fue asesinado en 1319, en Francia, durante la revuelta de los *Pastoureaux*, o sea, de los Pastorcillos. Los *Pastoureaux* mataron básicamente a nobles, frailes y curas, pero con los judíos y conversos se ensañaron con especial ardor, a menudo con la colaboración espontánea de la población local. Sabedor de lo que los *Pastoureaux* hacían con las mujeres y los niños encerrados en las mazmorras de Verdun-sur-Garonne, el tatarabuelo Paolo estranguló con sus propias manos a mi tatarabuela y a dos de sus hijos.

»Mi bisabuelo Yitzhak Yohanon, instalado en Alsacia, perdió a casi toda su familia en 1338, en el curso de una de las famosas masacres llevadas a cabo por las bandas de campesinos, conocidas como Judenschläger. A una de mis bisabuelas, a la que nadie estranguló misericordiosamente, los integrantes de una Judenschläger la violaron en grupo y de forma reiterada. De modo que es posible que me venga de aquello cierta mezcla de sangre cristiana. ¿No te alegra eso? A mí, figúrate, tampoco.

Rixa se calló. Reynevan se aclaró la garganta.

—¿Qué pasó... después?

—El año 1349.

—La Muerte Negra.

—Lo has adivinado. Los culpables del estallido y la difusión de la peste habían sido, como es natural, los judíos, se había tratado de una conspiración judía urdida para acabar con todos los cristianos. El rabino Peyrat, de Toledo, seguro que has oído hablar de él, mandó emisarios por toda Europa para que envenenaran los pozos, las fuentes y los arroyos. Así que a los envenenadores les aguardaba su castigo. A gran escala. Muchos de mis parientes se encontraban entre los seis mil quemados vivos en Maguncia y entre los dos mil quemados en Estrasburgo, también los había entre las víctimas de las masacres de Berna, Basilea, Friburgo, Espira, Fulda, Ratisbona, Pforzheim, Érfurt, Magdeburgo o Leipzig, y así hasta un total de trescientas comunidades judías exterminadas entonces en Alemania. Había igualmente parientes

míos entre los asesinados en Basilea y en Praga, así como en Nysa, Brzeg, Góra, Olesnica y Wroclaw. Porque se me olvidaba decirte que muchas ramas de mi familia ya residían por entonces en Silesia. Y en Polonia. Aquello tenía que ser mejor. Más seguro.

—¿Lo fue?

—En conjunto, sí. Pero más tarde, cuando la peste remitió. Bueno, hubo un pogromo en Wroclaw en 1360. Se produjo un incendio, acusaron a los judíos, mataron a golpes o ahogaron en el Oder a algunas decenas de personas, de mi familia solo a dos. Algo más serio fue lo de Cracovia, en 1407, el martes después de la Pascua. Encontraron a un niño cristiano asesinado, con el propósito, naturalmente, de hacerse con su sangre, indispensable, claro está, para la cochura de los panecillos pascuales. Los judíos, como es natural, eran los culpables, las dudas al respecto las disiparon los curas desde los púlpitos de Cracovia. El populacho, incitado en las iglesias, se lanzó a aplicar el castigo. Varios cientos de judíos perdieron la vida, varios cientos se vieron obligados a bautizarse. De ese modo, fíjate bien, dos años más tarde vengo al mundo como cristiana, de padres conversos. Rociada con el agua del bautismo, me dieron el nombre de Anna, en honor de la santa cuya iglesia en Cracovia ardió en 1407, incendiada sin ton ni son por los enloquecidos cracovianos. Por suerte, no me llamé Anna demasiado tiempo, porque en 1410 mi familia huyó de Polonia a Silesia, a Strzegom, y regresó, oh Judaica perfidia!, a la fe de Moisés. En Strzegom residían varios parientes, y en conjunto habitaban allí ciento cuarenta personas de nuestra confesión. Setenta de los cuales, entre ellos mi padre, Samuel ben Gershom, perdieron la vida en el pogromo de 1410. ¿La causa? Los toques de shofar con ocasión del Rosh Hashaná^[49] fueron interpretados como una señal de ataque contra los cristianos. Mi madre, junto con las hermanas de mi padre y conmigo, una cría de un año, huyó a Jawor. Allí, en 1420, con once años, fui testigo en persona, con mis propios ojos, de mi segundo pogromo. Créeme, es una impresión inolvidable.

—Te creo.

—No lo lamento. —Rixa levantó la cabeza con violencia—. Entérate bien. No lo he sentido ni por mí ni por la gente de mi nación. Ni por Jerusalén, ni por el templo. *Uvene Yerushalayim ir hakodesh bimhera veyamenu*^[50]! Conozco las palabras, pero el significado se me escapa. No tengo intención de sentarme y llorar a orillas de los ríos de Babilonia. No espero compasión de los demás, por no hablar ya de la tolerancia. Pero me habías preguntado si aquello influía. Claro que sí. Es mejor no meterse en ciertas cosas si tienes miedo, si te paraliza el terror ante las posibles consecuencias. Yo no tengo miedo. A través de las generaciones he ido acumulando valor... No, valor no. Resistencia al terror. No, tampoco resistencia. Insensibilidad.

—Comprendo.

—Lo dudo. Vamos a dormir. Si tu específico es eficaz, partiremos al alba. Si no es eficaz, también.

La reunión familiar en Sterzendorf discurría de un modo extremadamente tranquilo y ordenado. A un ritmo digno de admiración, y sin mayores contratiempos, arreglaron la práctica totalidad de los asuntos que tocaba arreglar. El mérito, por lo visto, había que atribuírselo íntegramente a las dos personas que presidían la reunión, que habían sido elegidas unánimemente: Enrique Landsberg, canónigo de la colegiata de Niemodlin, y el caballero Apeczko, séñor de la familia Sterz. Así pues, se solucionó sin las previsibles querellas el pleito relativo a unas lindes que durante cuatro años habían mantenido Enrique von Baruth, el Grulla, y el convento de Namyslów, representado por un monje arisco. No estalló el escándalo brutal, que todo el mundo se temía, entre Morold von Sterz y Lancelot von Rachenau, malquistados por una transacción aparentemente fraudulenta en relación con la compra de ganado. Se arreglaron las cosas entre Roswitha von Baruth y Beatrice von Falkenhayn, enfrentadas a raíz de sus insultos mutuos con palabras gruesas. Aceptó las disculpas el copero Bertold de Apolda, furioso desde hacía años con Thomas Eichelbom por no haber respetado el acuerdo de casar a sus hijos. Este último asunto tenía muy, pero que muy preocupado a Parsifal von Rachenau. Parsifal había acudido al cónclave en compañía de su padre, el señor Tristram von Rachenau, y el padre enseguida se deshizo en cumplidos con Albrecht Hackeborn, señor de Przewóz. No era ningún secreto que el señor de Przewóz se afanaba por aunar lazos con los Rachenau y presionaba para casar a su hija Zuzanna Hackeborn precisamente con Parsifal. Pero a Parsifal Zuzanna Hackeborn no le atraía lo más mínimo. Cada vez que tenía ocasión de pensar, Parsifal pensaba sobre todo en la rubia Ofka, hija de Enrique Baruth de Studzisko. Ofka, por lo demás, estaba presente en la reunión, si bien el aya la había instalado, con las demás chiquillas, en la sala de las damas y la había obligado a bordar en el bastidor.

Los dos días del encuentro se pasaron volando, solo restaba un asunto, un asunto complicado que oponía seriamente a las familias de los Bischofsheim y los Sterz. Parecía que no había ni que soñar con el acuerdo. Pero el canónigo Enrique y Apeczko Sterz, en su calidad de presidentes, tenían la cabeza sobre los hombros. Para serenar el ambiente el canónigo recitó una larga y soporífera plegaria en latín. Apeczko, por su parte, propuso celebrar un banquete fúnebre por el descanso de las almas de parientes y amigos caídos en los combates librados contra los husitas en defensa de la fe, en particular por Heineman Baruth, Gawein Rachenau, Reinhard Bischofsheim y Jens Knobelsdorf, llamado el Búho. Las celebraciones se prolongaron durante un día y una noche, pero después hubo que retrasar la reanudación de las deliberaciones hasta que los atribulados deudos volvieron en sí. Parsifal Rachenau no tomó parte en la cogorza. Es verdad que no impidieron el paso a los mozos que no habían sido armados caballeros, pero tampoco los animaron a participar. Por eso, Parsifal prefirió dedicarse a rondar por muros y establos. De pronto, para su enorme sorpresa, vio a su camarada Enrique Baruth, llamado el

Gorrión, dirigiéndose con presteza a su encuentro y llevando...

A su prima. La rubia Ofka von Baruth.

—Te presento —dijo entre jadeos Gorrión, sofocado, haciendo al mismo tiempo un guiño muy significativo— a mi amigo y camarada de armas, Parsifal von Rachenau, hijo del señor Tristram de Buków. Te diré, Ofka, que es difícil encontrar a otro más valiente que él. También yo, sin ánimo de jactarme, combatí contra los checos, y aún tuvimos que vérnoslas con brujas y hechiceros... ¡Pero él! ¡No te lo vas a creer! Hizo frente en Náchod a las hordas del herético Ambrós, él y yo solos contra cien. Y en los muros de Klodzko, ¡ah, no lo creerías, muchacha! Aunque herido y perdiendo sangre, se opuso sin temor a los herejes que asaltaban Klodzko. ¡El mismísimo don Puta de Czastolovice le abrazó después la cabeza!

Un intenso rubor afloró a las mejillas de Parsifal. Y ni siquiera se trataba de que Gorrión mintiera más que hablaba. Parsifal sencillamente no podía dejar de ruborizarse al ver a la doncella, sus grandes ojos avellanados y su nariz respingona, sembrada de pecas. Eran las pecas más hermosas que Parsifal había visto en toda su vida.

—Os dejo —dijo enseguida Gorrión—. Podéis charlar. Yo tengo asuntos importantes en que pensar.

Se quedaron a solas. Y Parsifal, que hacía un minuto estaba decidido a agradecerse a su amigo de todo corazón, pensaba ahora que de buena gana le habría machacado la nariz. Por más que lo deseara, no era capaz de sobreponerse y soltar una sola palabra. Convencido de que las doncellas solo prestan atención a las suaves palabras de los trovadores y los caballeros andantes, se sentía ahora el mayor tonto del mundo.

Soplaba una brisa cálida, en el foso croaban las ranas apasionadamente.

—Os hirieron, ¿verdad? —rompió el horrible silencio Ofka, arrugando su pecosa nariz—. Mostradme dónde.

—¡No! —Parsifal hasta pegó un brinco—. No debe uno vanagloriarse —añadió rápidamente—. Un hombre jactancioso no es digno de ser armado caballero.

—Pero, ¿habéis combatido?

—Sí.

—Entonces, ¿sois valiente? ¿Arrojado?

—No debe uno vana...

—Veamos si sois tan valiente. —Ofka se inclinó hacia el foso—. ¡Oh! Atrapad para mí esa rana.

—¿Una rana?

—Eso he dicho. Esa grande. Gracias. Y ahora coméosla.

—¿Cómo?

—Comeos la rana. Veamos si tenéis suficiente valor.

Parsifal estrujó la rana en el puño. Cerró los ojos. Y abrió la boca. Ofka von Baruth le sujetó la mano, le arrebató la rana y la arrojó al agua. Y se puso colorada

como una cereza.

—Disculpad, os lo ruego —dijo, agachando la cabeza—. Yo no quería eso... Ni mucho menos. Con razón dicen de mí que soy frívola...

—No sois... —Parsifal tragó saliva—. No sois frívola, señora. Sois...

Ofka levantó la cabeza. Sus ojos avellanados se volvieron aún más grandes de lo que eran.

—Sois bella.

Ofka le miró largamente. Y después se fue corriendo.

Se reanudó la reunión, aún en el aire. Parecía que la disputa entre los Bischofsheim y los Sterz concluiría finalmente con un acuerdo. Parsifal no se enteraba de la misa la media. Estaba en otro mundo. Soñaba despierto.

—Nos, Enrique Landsberg, escolástico de la colegiata de Niemodlin, a todos los creyentes en Cristo a quienes llegare este documento, hacemos saber que Burchard Mencelin, intendente de la hacienda de Niwnik, perteneciente a don Gunter von Bischofsheim, perdió la vida a manos de Dieter Haxt, armiguer de don Wolfher von Sterz. Por este crimen el señor Von Sterz y Dieter Haxt han acordado pagar a la familia del asesinado una indemnización que asciende a cuarenta gúldenes, ratificada por los caballeros que comparecen en calidad de testigos. Además, la iglesia parroquial de Niwnik recibirá la suma de cinco gúldenes. El cirujano llamado para atender a la víctima no obtendrá nada, pues la ayuda que prestó no surtió ningún efecto. En prueba de este acuerdo, se erigirá una cruz penitencial en el lugar del crimen, a expensas del susodicho armiguer Haxt. En esa cruz será cincelada la imagen del arma criminal, esto es, un hacha. Por la presente, se alcanza igualmente un acuerdo entre el autor del crimen y la familia de la víctima, que se extiende asimismo a los señores caballeros antes mencionados. El acuerdo se fecha el día sexto del mes de junio del año de gracia de 1429.

—¡Parsifal! ¡Te estoy hablando! ¿Estás dormido o qué te pasa?

Levantó la cabeza, sumido como estaba en las profundidades de los sueños. El padre, notablemente enfadado, estaba en compañía de dos caballeros, uno más anciano y otro más joven. Al más joven, de cara angulosa y adornada por una cicatriz blanca, no lo conocía Parsifal. El más anciano era el noble Albrecht von Hackeborn, señor de Przewóz, progenitor de Zuzanna. Estoy perdido, pensó Parsifal, intimidado. En cualquier momento van a concertar mi matrimonio. Y acto seguido me van a casar. Adiós, bella Ofka...

—Te entrego —don Tristram Rachenau hablaba con la nariz, como siempre que estaba descontento— para que sirvas como escudero al señor Egbert de Kassel, de Kopaniec. Don Egbert es un guerrero, y la guerra con los husitas está a la vuelta de la esquina. Sírvete fielmente, combate con bravura, conserva tu honor de noble y, si Dios quiere, te harás digno de ser armado caballero. Evita ante todo, mocoso, cubrirnos de infamia a mí y a toda nuestra familia.

Parsifal tragó saliva. Le habían prometido hacía mucho que serviría como

escudero en Klodzko, con don Puta de Czastolovice, hombro con hombro con su camarada Gorrión Baruth. Pero conocía demasiado bien a su padre como para expresar alguna objeción, no ya de palabra, sino con un simple pestañeo. Se inclinó profundamente ante el caballero de la cicatriz.

—Antes de cinco días —dijo con sequedad don Egbert de Kasselte presentarás en Kopaniec, a caballo y armado. ¿Entendido?

—Como ordenéis.

—Oooh —Elencza de Skalka dio una palmada al verlo—. ¡Parsifal! ¿A caballo? ¿Armado de pies a cabeza? ¿Vas a la guerra o qué?

—Pues sí —asintió, pavoneándose ligeramente—. Me han dado una orden, así que tengo que ir. La patria está en peligro. Por lo visto, los husitas se disponen de nuevo a atacar.

Elencza le miró con los párpados entrecerrados, suspiró. Siempre que se habla de los husitas, suspira, cayó en la cuenta Parsifal. Por lo visto, no sin razón. Dicen las malas lenguas que ha sufrido alguna ofensa a manos de los husitas. Doña Dzierzka nunca ha hablado abiertamente de esa cuestión, pero tiene que haber algo.

—Mi camino pasaba por Skalka —se irguió en la silla, se colocó el fantasioso chaperón—, así que se me ocurrió echar un vistazo. Para preguntar por la salud de doña Dzierzka...

—Dios te lo pague —dijo Dzierzka de Wirsing—. Te agradezco las molestias, joven señor Rachenau.

Se había asomado a la puerta con gran dificultad, apoyándose en un bastón, se veía que cada movimiento le suponía un enorme esfuerzo. Como pudo advertir Parsifal, aún no estaba en condiciones de mantenerse erguida. Y es un milagro que ya se levante de la cama, pensó, apenas han pasado dos meses desde el ataque. Skalka seguía en pleno proceso de reconstrucción, en las nuevas caballerizas el tejado aún no cubría los cabrios, los trabajos en los graneros y cobertizos se prolongaban.

—Me ha encomendado mi padre que os diga, señora, que no tenéis nada que temer. —Parsifal volvió a colocarse el chaperón. Se lo había puesto su madre, pero él era incapaz de acostumbrarse—. Os protege el landfrieden de los vecinos, si alguien intentara inquietaros, se las vería con la caballería de toda la comarca.

—Muchísimas gracias... —Dzierzka se enderezó todo lo que pudo, entornando los ojos del dolor—. ¿Y tú marchas a servir como escudero? ¿Se puede preguntar de quién?

—Del noble caballero Egbert de Kassel.

—Señor de Kopaniec. —Dzierzka se conocía a casi todo el mundo en Silesia—. Es un valiente caballero, incluso a veces en exceso. Familiar de los Hackebom de Przewóz.

Pero entonces, suspiró en su alma Parsifal. Entonces, esto de servir como escudero no es más que un paso hacia el casamiento.

—El señor de Kassel —siguió diciendo Dzierzka— es también un buen amigo de nuestro inquisidor, el reverendo Gregorio Hejncze. Son íntimos. ¿No lo sabías? Bueno, pues ya lo sabes. ¿Y con qué caballo te dispones a servir, muchacho? ¿Con un potro frisón? No está mal el corcel, no está mal... Aunque con esas alforjas... Vas a llevarte uno mejor.

Señora... No estaría bien que...

—No se hable más. Estoy en deuda con vosotros, con tu padre y contigo. Permíteme pagártelo aunque sea con un caballito de nada.

El inquisidor Gregorio Hejncze desfiló en compañía de Egbert de Kassel por delante de la mesnada, dirigiendo a cada soldado una mirada atenta. Enfrente de Parsifal detuvo al caballo.

—Es nuevo —le presentó De Kassel—. El joven Rachenau, hijo de don Tristram de Buków.

—Me lo imaginaba. —El inquisidor asintió con la cabeza—. Porque el parecido es impactante. Y el caballo, ah, es una preciosidad, se ve que es de auténtica sangre castellana. Del acaballadero de Skalka, me apuesto lo que sea. De Dzierzka de Wirsing, viuda de Zbylut Leliwa.

—Buków, donde los Rachenau —aclaró De Kassel—, está en la vecindad de Skalka. Don Tristram acudió en ayuda de doña Dizerzka...

Cuando tuvo lugar aquel asalto, ya sabéis...

—Sí, ya sé —le cortó Hejncze, mirando a Parsifal directamente a los ojos—. Dzierzka ha escapado dos veces de la muerte... Y ahí estás, muchacho, en un caballo recibido de ella... Los destinos se enredan de manera asombrosa... Da la orden de marcha, Egbert.

—Como ordenéis, reverencia.

Vamos como quien va a la guerra, pensó Parsifal. En orden de combate, protegidos por la armadura y debidamente pertrechados, con el arma bajo el brazo, obedeciendo órdenes y sometidos a una estricta disciplina militar. Basta con fijarse en los rostros del caballero Egbert y del inquisidor, en los semblantes de los armiguers, en los esbirros de la Inquisición, provistos de ballestas. Nos dirigimos al combate. Anoche soñé con sangre y fuego... Con seguridad, vamos a combatir. Y no por ahí, en la frontera, sino probablemente aquí, en el corazón mismo de Silesia, junto a la carretera de Strzegom, camino de Bolków, cerca de la aldea...

—La aldea de Chmielno —indicó Egbert de Kassel—. Y la taberna. Exactamente donde decía la denuncia. ¿Qué ordenas, Gregorio?

—Rodeadla.

Cantó el gallo. Ladraban con ganas los perros. Parpaban los patos, revolcándose en la charca. Cantaba el mirlo, susurraban las abejas, zumbaban las moscas sobre el estercolero, mientras el sol brillaba, y hasta elevaba los ánimos.

Y un mozo que en ese mismo instante se disponía a salir de la letrina reculó de repente al ver a los soldados, se ocultó tras la puerta con el corazón en un puño. Una mujer con un pañuelo en la cabeza soltó el rastrillo y salió pitando, arremangándose las sayas para que no se le enredasen en las pantorrillas. Los rapaces se quedaron embobados viendo las armas, atavíos y pertrechos de los armiguers y soldados de Kopaniec que tenían rodeado el edificio. Parsifal ocupó el puesto que le habían asignado. Se enjugó las manos sudorosas en la capa. En vano, porque enseguida volvieron a cubrirse de sudor.

—¡Urban Horn! —llamó con voz fuerte y sonora el inquisidor Gregorio Hejncze—. ¡Sal!

Ninguna reacción. Parsifal tragó saliva, se apretó el cinto, tanteó el puño de la espada.

—¡Urban Horn! ¡La taberna está rodeada! ¡No tienes ninguna oportunidad! ¡Sal por tu propia voluntad!

—¿Quién llama? —se oyó una voz en el interior, por detrás de un ventanuco entreabierto.

—¡Gregorio Hejncze, inquisidor papal! ¡Y el buen caballero Egbert de Kassel, de Kopaniec!

La puerta de la taberna chirrió, empezó a abrirse. Los soldados alzaron las ballestas, De Kassel los calmó con un gesto y un gruñido.

En el umbral apareció un hombre que llevaba una corta capa gris sujeta por un brillante alfiler, un ajustado jubón guarnecido con pasamano de plata y unas botas altas de cordobán. Un chaperón de raso negro, aún más fantasioso que el de Parsifal, con un liripipe aún más largo y estrafalario, le cubría la cabeza.

—Soy Urban Horn. —El hombre de la capa negra miró a su alrededor. Tenía unos ojos penetrantes, y una mueca arrogante en la boca—. ¿Y dónde están los señores Hejncze y De Kassel? Por aquí solo veo a plebeyos armados con pinta de rufianes.

—Yo soy Egbert de Kassel —declaró el caballero—. Y quienes os rodean son mis hombres, así que podéis ahorraros los ultrajes.

—Y no perdamos el tiempo en ellos. —El inquisidor se situó a su lado—. Me conoces, Urban Horn, sabes quién soy yo. Y eres perfectamente consciente de tu situación. Estás cercado, no tienes escapatoria. Te atraparemos, vivo o muerto. Esta es nuestra oferta: evitemos el derramamiento de sangre. No somos unos bárbaros, sino gente de honor. Entrégate de forma voluntaria.

El hombre calló un momento, torciendo el gesto.

—A mi servicio —dijo al fin— hay seis bohemios y cuatro de aquí, silesios. Todos a sueldo, vinculados a mí exclusivamente por un contrato dinerario, y no de otra manera. No saben nada, y no han cometido ningún crimen estando a mis órdenes. Exijo que se les deje marchar libres.

—No puedes exigir nada, Horn —le cortó Hejncze—. Pero estoy conforme. Quedarán libres. A menos que pese sobre alguno de ellos una condena en rebeldía por

causas previas.

—¿Palabra de caballero?

—Palabra de clérigo.

Horn bufó, pero se contuvo. Sacó de una funda historiada un estilete, cogiéndolo por la hoja se lo alargó al inquisidor.

—Depongo las armas. —Se inclinó despreocupadamente—. Y al mismo tiempo os hago una propuesta. Me disponía, justamente, a pedir que me sirvieran la comida en el mirador. En vez de un pato pueden servir tres, y esas aves parecían muy apetitosas en los espetones. ¿Desearían los señores aceptar mi invitación? Somos gente de honor, no somos unos bárbaros.

El trío que almorzaba en el mirador estaba asistido únicamente por dos armiguers, el señor De Kassel había llamado a su lado tan solo a Jan Karwat y a Parsifal von Rachenau. A Karwat, porque era su allegado y de toda confianza. A Parsifal, porque era nuevo, inexperto y no tenía ni pajolera idea de lo que iban a tratar. Parsifal no abrigaba dudas al respecto y no se hacía ilusiones.

—Llevas un buen año, Gregorio —dijo Horn, arrancando con los dientes la carne del pato que sujetaba con ambas manos—. En marzo el arresto de Domarasc, ahora yo. Y, ya que estamos, ¿Domarasc vive todavía?

—No cambies los papeles, Horn. —Hejncze levantó los ojos—. Es a mí a quien me toca tirarte de la lengua. Sueño con ese momento desde hace cuatro años, cuando te escapaste de mí en Frankenstein.

—Cuando la suerte me sonreía, me sonreía de verdad —admitió Horn, moviendo la cabeza—. Pero cuando me abandonó, me abandonó para los restos. Ayer soñé, maldita sea, con un pez muerto, ese sueño siempre anuncia desgracias. Que hayas dado conmigo precisamente ahora, hoy, es prueba de mi infortunio y mi desgracia. Estás acostumbrado a verme como un agente husita, te sorprenderá saber que en esta ocasión he venido a Silesia con otro cometido. Privadamente. Para un asunto personal.

—Caramba. No puede ser.

—He venido a Silesia —Urban Horn desdeñó la ironía— para una venganza privada. ¿Te gustaría saber de quién estoy hablando? Te lo diré: de Conrado, obispo de Wroclaw. ¿No irás a decirme que no es una coincidencia sorprendente? Porque también tú, Gregorio, tienes tus más y tus menos con el obispo. ¿Cómo es ese dicho? El enemigo de mi enemigo...

—Horn. —El inquisidor le apuntó con el hueso del muslo del pato—. Vamos a dejar una cosa clara. Mis pendencias con el obispo son cosa mía. Pero el obispo es la más elevada instancia eclesiástica en Silesia, es un baluarte de la estabilidad y un garante del orden. Un golpe dirigido contra el obispo es un golpe dirigido contra el orden, no me arrastrarás a algo semejante. Ni lo intentes. Sé lo que tienes personalmente contra el obispo. He investigado, date cuenta, la causa de las beguinas

de Swidnica, conozco los documentos del proceso y la relación de la ejecución de tu madre. Puedo compadecerte, pero no voy a colaborar contigo. Menos aún, no estando totalmente convencido de tus intenciones. Tratas de persuadirme de que te animan motivos personales, de que se trata de un ajuste de cuentas, de que con ese objetivo has venido a Silesia con unos soldados de fortuna. Pero para mí siempre has sido, eres y seguirás siendo un espía husita, que trabaja para nuestros enemigos. ¿Dices que no te mueve la idea de mejorar el mundo? ¿Que no actúas por Hus, y en contra de los errores, la adulteración y la corrupción de Roma? ¿Que no lo haces con la profunda convicción de que es necesaria la reforma *in capite et membris*? ¿Qué se trata de una venganza privada, personal? Para mí no hay ninguna diferencia. Como tampoco la hay para esos pordioseros hambrientos, a los que he visto por el camino, entre las ruinas y los restos de los incendios de las aldeas. Tú quemaste esas aldeas, Urban Horn, tú condenaste a esa gente a la miseria y a morir de hambre.

—Hay una guerra —repuso con orgullo el espía—. Y la guerra, disculpa la trivialidad, es cruel. No juegues con mis sentimientos, Gregorio. Yo también podría mostrarte los poblados incendiados en Náchod y Broumov, los lisiados que han quedado allí, los escombros y las tumbas de los asesinados que jalonan la ruta de los cruzados católicos.

—Te perdono una trivialidad, la relativa a la guerra. No me abrumes con todas las demás.

—Lo mismo te digo...

Estuvieron un tiempo callados. Finalmente Horn le arrojó al perro los restos del pato, agarró la jarra y la vació de un trago.

—Dejemos —soltó la jarra dando un golpe— por un momento al obispo y el interés de la Iglesia. ¿Y qué dices de Grelenort? Mi objetivo no era el obispo de Wroclaw, ahora me doy cuenta de que no era objetivo para mí, estaba apuntando demasiado alto. La meta de mi ataque debería ser el castillo de Sensenberg, rodeado de enigmas. Es el escondite de Grelenort. El lugar donde ese bastardo del obispo blasfema contra Dios, recurre a la magia negra y a la nigromancia, donde prepara sus venenos, ponzoñas y decocciones estupefacientes, donde invoca a demonios y diablos. Desde donde envía a sus Jinetes Negros a misiones terroristas, ordenándoles el asesinato de pacíficos ciudadanos. Explícame, inquisidor, cómo es eso. ¿Acaso un ataque contra un lugar como ese puede ser considerado una agresión contra la Iglesia? ¿O tal vez es verdad eso que dicen de que para Roma el fin justifica los medios, de que en la lucha contra el libre pensamiento, la herejía y los movimientos reformadores está permitido recurrir a cualquier medio y emplearlo todo, incluida la magia negra?

Esta vez le tocó a Gregorio Hejncze callar un buen rato. Parsifal, aunque no entendía de la misa la media, estaba muy pendiente de su semblante. Veía cómo se le marcaban al inquisidor los músculos de las quijadas, cómo le brillaban los ojos, mientras los labios se preparaban para responder.

—Sé dónde se encuentra el castillo de Sensenberg —se le adelantó Urban Horn—. Y cómo llegar hasta allí.

—Los Jinetes Negros —observó De Kassel— asesinaron a Albrecht Bart de Karczyn, éramos camaradas. Por lo que a mí respecta, estoy dispuesto...

—No te metas en esto, Egbert —le cortó tajantemente el inquisidor—. Por favor.

El señor de Kopaniec carraspeó, se frotó nervioso las manos. Gregorio Hejncze, sin decir nada, hizo un gesto con la cabeza, indicándole a Horn que continuara.

—Se trata —afirmó Horn— de una ocasión irrepetible.

Hejncze callaba. Se había llevado las manos a la frente, ocultando así sus ojos.

—Grellenort —prosiguió en voz baja el espía husita— no está en Sensenberg. Se ha dirigido con la mayoría de sus esbirros a la frontera de Lausacia, a dar caza a nuestro conocido común, el médico Reinmar de Bielau. Porque se ha enterado de que Reynevan...

El inquisidor se retiró las manos de la frente. Horn se quedó callado ante su mirada.

—Sí. —Se aclaró la garganta—. Lo confieso. Ha sido cosa mía que Grellenort haya sabido de Reynevan. Yo he sido responsable...

—Ya sabemos —le interrumpió Hejncze— de lo que has sido responsable.

—Reynevan saldrá adelante... Siempre sale adelante...

—Al grano, Horn.

—No queda casi nadie en Sensenberg. Si unimos nuestras fuerzas, nos desharemos de ellos en un abrir y cerrar de ojos. Y quemaremos el nido de la serpiente, el foco del mal. Dejaremos a Grellenort sin su escondrijo, su centro de terror, su base de hechicería, su fuente de *hashsh'ish* y otros narcóticos. Sembraremos la duda y el terror entre sus Jinetes. Precipitaremos su caída.

—¡Ja! —Egbert de Kassel se frotó las manos, miró al inquisidor, se calló.

—Últimamente —dijo sin prisa Gregorio Hejncze— me he topado con la opinión de que el terrorismo es un mal y no conduce a ninguna parte. Eso no ofrece dudas. Pero hay una cosa peor que el terrorismo: los métodos para combatirlo.

Se hizo un largo silencio.

—Bueno —dijo finalmente el inquisidor—. *Ad maiorem Dei gloriam*, el fin justifica los medios... Así pues, adelante, a Sensenberg. *Viribus unitis*... Alto, alto, más despacio, ¿adónde vas, Horn? No he acabado la frase. Cerraremos un pacto, vamos a colaborar. Pero con ciertas condiciones.

—Te escucho.

—Sin pretender tildar de frágil nuestro acuerdo, sí lo declaro temporal. Aún no estás libre, después de Sensenberg desearé tener una charla contigo. Proceder a un intercambio de información. Y delimitar un campo... de servicios mutuos... en el futuro.

—¿A qué te refieres?

—Bien sabes a qué. Tú me das algo, yo te doy algo. Para que podamos hablar

mejor y más discretamente, te tendré aislado. No en una prisión. En un convento.

—En tal caso —se sonrió Urban Horn—, te ruego que sea en uno femenino. Por ejemplo, en el que tienes encerrada a la prometida de Reynevan.

—¿De qué demonios hablas? —dijo Hejncze, levantándose—. ¿Qué prometida es esa? No es la primera vez que oigo esos disparates. Debería... ¿Cómo iba el Santo Oficio a secuestrar y encarcelar a una doncella? ¡Qué cosa más absurda!

—¿Afirmas que no es la Inquisición la que tiene apresada a Jutta Apolda?

—Eso afirmo, ni más ni menos. Basta de tonterías, Horn. Ante nosotros *sanctum et gloriosum opus*. Sensenberg y los Jinetes Negros.

—Juntos, podremos con ellos. —Egbert de Kassel se levantó, dio un puñetazo en la mesa—. ¡La fuerza está en la unidad! ¡En marcha, con la ayuda de Dios! Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?

—Si *Deus pro nobis* —le secundó Hejncze— *quis contra nos?*

—*Kdyz jest Buh z námi* —remató Horn con una sonrisa—, *i kdo proti nám?*

No había tiempo que perder, los cuarenta y cinco jinetes marchaban a todo galope. El destacamento de Kopaniec, los hombres del inquisidor, los soldados de Horn. Se dirigían a los montes Kaczawskie. Parsifal, hallándose en un estado de permanente excitación, al borde del temblor, fue incapaz de retener en la memoria los detalles del recorrido.

Pasado cierto tiempo dejaron a sus espaldas la última aldea, la última huella de la presencia humana, se encontraban en medio de parajes inhóspitos, en una Silesia desconocida para Parsifal. Convencido del pleno triunfo de la civilización, observaba con estupefacción el bosque primordial, que no había sido tocado por un hacha. Los páramos pedregosos, estériles, atravesados por barrancos, donde posiblemente nadie había puesto el pie en años.

Y después lo vieron. Un precipicio escarpado, lleno de peñascos. Una cumbre que se alzaba por encima de él. Y en la cumbre las ruinas de un castillo, la miniatura del Crac de los Caballeros de Tierra Santa, con su crestería dentada.

Una garganta sinuosa conducía hasta el castillo. Junto a la entrada los recibió la visión de los restos de sus predecesores. Palideció el rostro marcial de Egbert de Kassel, palidieron los armigueros curtidos en las batallas. Los soldados se persignaron, algunos empezaron a rezar en voz alta. Parsifal cerró los ojos. A pesar de lo cual seguía viendo. La imagen se le había quedado grabada en la memoria.

La entrada al barranco estaba casi totalmente bloqueada por una montaña de huesos. Al menos, no era caótica. Alguien se había tomado la molestia de crear con los cráneos, las pelvis, los fémures y las tibias, entrelazadas con las costillas, una decoración de bienvenida, una especie de arco triunfal. El olor nauseabundo indicaba que la construcción estaba en un proceso de continua reforma: le habían añadido alguna cosa hacía bien poco.

Los caballos se negaban a avanzar, empezaron a resoplar, a agitarse y a tirar

coces. No había más remedio que dejarlos. Los hombres desmontaron y siguieron a pie por el barranco. El señor De Kassel ordenó a cuadro soldados que montaran guardia junto a los caballos trabados. Bajo el mando de un armiguer. Y de Parsifal von Rachenau. De ese modo, Parsifal von Rachenau, aunque formalmente intervino de pleno derecho en la toma de Sensenberg, no vio nada de la toma como tal. En concreto, no fue testigo de la muerte espantosa de tres soldados, alcanzados en el portón del castillo por el fuego griego de una trampa mágica. No vio cómo los mercenarios de Horn, tras un duro combate, masacraron a cuatro Jinetes Negros en el patio de armas. Cómo los hombres del inquisidor que irrumpieron en el laboratorio alquímico fueron atacados por un enano monstruoso, acaso un gnomo o alguna otra criatura infernal, que les arrojó unas enormes ampollas de ácido corrosivo. Cómo el propio monstruo, al que lanzaron en respuesta unas teas encendidas, ardió vivo.

Parsifal no vio la lucha encarnizada que libraron De Kassel y los armiguers de Kopaniec con los cinco últimos Jinetes, atrapados en la sala de los caballeros. No vio cómo los despedazaron finalmente, cortándolos en trozos sin más. No vio cómo su sangre chorreaba por los muros y los frescos que los decoraban. Sobre Jesús, caído por segunda vez bajo el peso de la cruz, sobre Moisés con las tablas de piedra, sobre Roldan en la batalla contra los sarracenos, sobre Godofredo de Gullón, haciendo su entrada en Jerusalén. Y sobre Perceval, arrodillado ante el Grial.

Caía la tarde cuando regresó el destacamento. El inquisidor Hejncze. Urban Horn con una mano vendada. Egbert de Kassel, de Kopaniec, herido en la cabeza. Y veinticuatro hombres. De los treinta y seis que habían participado en el asalto.

Se alejaron en silencio, taciturnos. Sin conversaciones superfluas, sin la clásica jactancia de proezas y triunfos. Con un sentimiento del deber cumplido. *Sanctum et gloriosum opus*, eso era lo que acababan de realizar.

Y sobre el fondo del cielo estrellado el negro bloque de las ruinas del castillo de Sensenberg ardía como una tea, despidiendo llamas por todas sus ventanas.

—Esta noche he soñado con un incendio —dijo Reynevan, ensillando al caballo—. Un fuego colosal. Me gustaría saber qué significado tendrá ese sueño. ¿Y si antes de marchamos le hacemos Una visita a maese Zbroslaw? ¿No será un sueño profético? A lo mejor quiere decir que hay que apresurarse, como si fuéramos a apagar un fuego.

—Espero que no. —Rixa apretó la cincha—. Podemos prescindir de esa clase de profecías, de fuegos e incendios. Sobre todo, porque el día promete ser sofocante.

Capítulo decimocuarto

En el que sangran las hostias y se encuentran los amigos. Y sobre la ciudad de Boleslawiec cae la noche. Y, como en Virgilio, el sueño tenía ya rendidos sobre la tierra a todos los vivientes.

El día noveno del mes de junio del *Anno Domini* 1429 los recibió con calor ya desde el alba, así que alrededor de la tercera hora del día hacía una calorina tremenda, un bochorno paralizante. Los habitantes de Gelnau, aldea situada justo en la salida de la garganta del Nysa, quienes a diario no apartaban la vista del monte Warnkoppe, que se alzaba al sur, aquel 9 de junio lo estaban pasando tumbados a la bartola, resguardados del sol, ajenos a todo.

Un grito los sacó de su sopor. Un grito lleno de terror.

—¡La señal! ¡La señaal!

Gritaba un agricultor desde un campo distante. Gritaba, señalando hacia el monte Warnkoppe, en cuya cumbre se levantaba y ascendía hasta el cielo una columna vertical de humo negro.

En Jamlitz, población situada al sur de Zittau, el párroco de San Ciríaco atravesó apresuradamente la nave de la iglesia, enjugándose con una manga de la sotana el rostro bañado en sudor. Había sudado como un pollo gritando y maldiciendo a los obreros que estaban arreglando la rectoral de la parroquia, y ahora se dirigía a toda prisa a la sacristía para descansar un ratito al fresco. A menudo, uy, sí, demasiado a menudo, se le olvidaba pararse delante del altar, hacer una genuflexión y persignarse, e incluso cuando se acordaba lo hacía de un modo maquinal e irreflexivo. Sin embargo, la pasada noche el párroco había tenido un sueño, un mal sueño, de resultas del cual el cura se había jurado a sí mismo no volver a permitirse semejantes descuidos.

Se detuvo, hizo una genuflexión. Y empezó a gritar. Con una voz tan espantosa que los obreros le oyeron desde la rectoral y acudieron corriendo.

El altar estaba cubierto de sangre. Una sangre que manaba del tabernáculo.

En la carretera de Zittau se oyeron unos cascos, un correo a caballo pasó como una exhalación junto al carro, dejando una gran polvareda tras de sí. Con todo, el leñador Hunsrück tuvo tiempo de ver fugazmente el rostro aterrado del jinete. Al instante supo de qué se trataba.

—¡Jórg! —le gritó a su hijo—. ¡Ve corriendo a casa por el bosque! ¡Dile a tu madre que lo recoja todo! ¡Nos vamos! ¡Vienen los checos!

Tocaron las campanas de las iglesias de la Santa Cruz y de San Pedro y San Pablo, dando la alarma. Atronaron las botas, rechinaron los hierros, gritaron los centuriones.

La ciudad se aprestaba para la defensa.

—Por delante van las patrullas —informó el caballero Anselmo von Redern, recién llegado de su misión de reconocimiento—. Tras ellas marcha un destacamento de caballería, habrá más de trescientos jinetes. Por detrás viene una fuerza enorme: seis o siete mil hombres, con no menos de dos centenares de carros. No hay máquinas de asedio.

—Por tanto, no van a asaltar la ciudad —dijo Lutpold Uechteritz, burgrave de Zittau, respirando aliviado—. Zgorzelec, con sus murallas, también puede, en mi opinión, dormir tranquila. Pero a los pueblos, ciudadelas y aldeas les espera una buena. A algunos ya por segunda vez.

—En Ostritz —Venancio Pack, abad de los franciscanos, estaba desesperado— aún están poniendo las tablas de la nueva cubierta... El claustro de los cistercienses sigue en ruinas... Bemstadt aún no se ha levantado de sus cenizas...

—¿Vamos a consentirlo? —proclamó con vehemencia el joven Kaspar Gersdorf—. ¿No vamos a hacerles frente fuera de las murallas? ¿No vamos a salir a su encuentro?

Ulrich von Biberstein, señor de Friedland y Zaiy, se limitó a resoplar con desdén. El burgrave Uechteritz miró al joven a los ojos.

—Son siete mil —replicó fríamente—. ¿Con qué quieres combatir en campo abierto, muchacho?

—¡Con el nombre de Dios en los labios! ¡Voto a tal, que voy a salir con los míos!

—No me opongo.

—Si me permitís, también yo saldré de Zittau. Con mis hombres. Lutpold Uechteritz se volvió a mirar. Y tragó saliva.

Birkart Grelleort, enviado del obispo de Wroclaw. Alto, flaco, de pelo moreno y vestido de negro. Ojos de pájaro, sonrisa maliciosa. Y una mirada de diablo.

—Podéis salir. —Hizo un gesto de asentimiento—. Podéis salir, señor Grelleort.

Ojalá que lleguéis bien lejos, añadió en su pensamiento. Y que no regreséis. Ni tú, ni uno solo de tus jinetes infernales.

Reyneván percibió la magia. Era capaz de percibirla. No había perdido, al parecer, tan práctica destreza.

Poco después de salir de Legnica habían dejado la Via Regia, a ello los había obligado la repentina e insólita actividad de partidas y patrullas que detenían a todos los viajeros para someterlos a control y los importunaban por todos los medios posibles. Las noticias que llegaban de Lausacia tenían la culpa de que en Legnica todos compartieran la psicosis de los espías husitas, los brujos y los saboteadores judíos, de que esta se hubiera apoderado de todas las mentes. Les había llevado mucho tiempo salir de la ciudad, la Puerta de Chojnów estaba completamente atascada. Es verdad que solo controlaban y revisaban a quienes querían entrar en la ciudad, pero a los que la abandonaban los miraban con el mayor de los celos. En los caminos había soldados a cada paso. Justo a la salida de Legnica, nada más coger la

Via Regia, un camino que recorría toda Europa, se habían topado con una patrulla a caballo que controlaba a los viajeros. El alboroto que armó un mercader de Kiev que pretendía volver a casa, enfurecido porque los soldados le estaban registrando los carros y no entendían una palabra de lo que les decía, les libró de mayores problemas. Alrededor de un cuarto de milla los separaba del fielato de Eibenmühl, y Rixa se temía que pudiera haber allí un nuevo punto de control. También era probable que hubiera patrullas y bloqueos en el fielato de Tomaszów. Aunque la Via Regia ofrecía la posibilidad de viajar rápida y cómodamente, fue más sensato dejar esa ruta transeuropea y proseguir a través de los bosques.

La noche los sorprendió en las proximidades de Chojnów, donde tras la aceifa del año pasado aún seguía reinando la destrucción. Contemplando los restos de la ciudad al amanecer, Reynevan dudaba de que alguna vez pudiera alzarse de sus ruinas.

A partir de ahí continuaron por caminos rurales, senderos y arduas pistas forestales, dirigiéndose hacia el oeste. Pasaron por encima de una aldehuela situada en un valle, junto a un recodo de un riachuelo sinuoso. Y fue aquí donde Reynevan percibió la magia.

La percibió, la olfateó en el aroma a musgo y resina del bosque, en el viento, la oyó en el griterío nervioso de arrendajos y urracas, en el rumor de las hojas y en el crujido de los troncos. La inquietud que crecía como una ola impetuosa le hizo detener a Rixa, sujetando con fuerza las riendas de su caballo. Antes de que ella tuviera tiempo de preguntar nada, empezó la cosa.

—*Adsumus! Adsuumus!*

Saliendo de detrás de una loma cubierta de zarzas, una decena de Jinetes Negros apareció a su izquierda y cayó sobre ellos por la ladera.

Volvieron grupas y se lanzaron a todo galope cuesta abajo, hacia el río. Cuando lo vadearon, haciendo salpicar el barro, surgieron por el lado derecho otros cuatro Jinetes y se vieron rodeados. Reynevan ya había conseguido, aunque fuera deprisa y corriendo, hacer girar la manivela de su ballesta de caza, ahora se llevó la cureña a la mejilla y pulsó la llave. Recordando viejas lecciones y saberes, no apuntó al hombre, sino al caballo. El semental negro se puso de manos y se volvió loco, tirando al suelo no solo a su propio Jinete, sino también a los dos más cercanos, causando el desconcierto entre los demás, cosa que permitió a Reynevan y Rixa sortear a sus perseguidores. Y ahora volaban, espoleando los flancos de los caballos, valle abajo, hacia el llano, donde se divisaba la blanca cinta de la Via Regia. Bajo los cascos volaba la hierba levantada. Y los perseguidores les pisaban los talones.

—*Adsumus! Adsumus!*

Por la derecha, saliendo desde la garganta, les dieron alcance cinco nuevos Jinetes. Estaban tan cerca que Reynevan reconoció a una muchacha entre ellos. Yo la conozco, ya la he visto antes, pensó. Y se agachó en la silla, justo a tiempo, porque una lanza le pasó rozando un hombro.

—*Adsuumuuus!*

Entre el estruendo de los cascos alcanzaron la Via Regia, se lanzaron a una galopada frenética. Los Jinetes estaban muy cerca. Reynevan vio con horror cómo uno de ellos se adelantaba al grupo, cómo volaba, con la capa desplegada como si fueran las alas de un demonio. Sabía quién era. Lo sabía ya antes de reconocerlo. Agachó la cabeza, pegándola a las crines, y emprendió una carrera salvaje. Detrás de Rixa, cuya yegua baya saltaba como un ciervo. A pesar de sus esfuerzos desmedidos, los Jinetes Negros empezaron a quedarse atrás. Al principio de forma inapreciable, después cada vez con más claridad. Se estaban quedando atrás. Pero no iban a desistir de la persecución. Reynevan sabía que no iban a desistir. Rixa también lo sabía.

—¡Ahí está! —gritó por encima del viento—. ¡La aduana!

Reynevan comprendió. El punto de control de Tomaszów, que habían querido evitar, podía ser ahora su salvación. Podrían escapar en medio del gentío.

Pero aún los separaba una considerable distancia del fielato. Y los caballos, por muy veloces que fueran, por mucho que impidieran a los Jinetes Negros reducir distancias, tampoco eran de hierro.

Reynevan percibía la magia. Podía oírla.

Treparriscos, sin dejar de galopar, alzó una mano, gritó un conjuro. Los caballos de Reynevan y Rixa relincharon salvajemente en respuesta.

El camino que tenían por delante, que corría entre las hileras de árboles de la Via Regia, hasta entonces llano como un tablero, de pronto pareció encabritarse. Lo que hacía solo un momento era liso y plano ahora se había vuelto empinado. Era una abrupta elevación que no se acababa nunca.

—¡Es una ilusión! —gritó Reynevan—. ¡Es un embrujo! ¡No es real!

—¡Díselo a los caballos!

No tenía sentido hablar. Los caballos aflojaron el paso en la cuesta. Intentaban seguir, pero empezaron a resoplar, a jadear, a cubrirse de espuma. Desde detrás les llegó un grito triunfal.

—¡Campo a través! ¡Fuera del camino y campo a través!

Se desviaron. Pero tampoco el campo era ya el campo. Era una montaña, aparentemente más empinada aún que el camino.

Ha llegado la hora, reconoció Reynevan, de recurrir a medios desesperados.

Se sacó como pudo de debajo del jubón un cordel al que estaba atada una piedra veteada, con unas aguas con forma de ojo humano. Por lo visto era castellana, de Burgos, al parecer, y la había adquirido en el callejón de los Magos de Legnica. Le había costado tres grosches. Y seguramente eso era lo que valía.

—¡Viendo, no vean! —gritó, apretando el talismán en la mano sudorosa, con tanta fuerza como si quisiera aplastarlo—. ¡Viendo, no vean^[51]! ¡A un lado, Rixa, a un lado! ¡Hacia el bosque! ¡Corre hacia el bosque!

—¡Van a vemos! ¡Nos darán alcance!

—¡Tuerce hacia el bosque!

Era algo imposible. Increíble e inverosímil.

El talismán reaccionó ante el conjuro activador. Y funcionó.

Echaron a correr hacia el bosque, y les llegaron los gritos de sus perseguidores, gritos de estupor e incredulidad. Y después de rabia. No volvieron la vista atrás. Con la cara pegada a las crines, galoparon hasta reventar a los caballos. Solo el bosque los frenó y los detuvo, la espesura, los árboles abatidos por el viento, sus vastas raíces. Y el silencio.

—No nos han visto... —Rixa respiró hondo—. De verdad que no nos han visto... Nos hemos vuelto invisibles a sus ojos...

—Miraban, pero no nos veían —asintió Reynevan, dominando con la respiración los latidos frenéticos de su corazón—. Este amuleto... No me esperaba algo así... Y si funciona realmente bien, aún los va a seguir despistando, les va a parecer que nos están oyendo... justo donde no estamos. Es muy posible, porque era un peripato muy potente...

—¿Era?

Sin palabras, le mostró el cordón. Sin la piedra, que después de activarse se había pulverizado.

—De un solo uso —se lamentó Rixa—. ¿Cuánto durará el embrujo?

—Grellenort está con ellos. —Reynevan se estremeció al recordarlo—. Así que no nos hagamos demasiadas ilusiones. Tenemos que escapar mientras nos sea posible. Perdernos en el bosque.

—Para despistarlos —Rixa se colocó bajo la capucha los cabellos alborotados— debemos cambiar de dirección. En los caminos que llevan a Boleslawiec nos estarán vigilando. Creerán que vamos a trazar un círculo antes de regresar a la carretera. Y nosotros vamos a ir derechos hacia el sur, lo más lejos posible...

—Sin más demoras.

Rixa se volvió en la silla.

—¿Te has fijado en esa muchacha? ¿La de cabello rubio?

—Sí, me he fijado.

—Era Douce von Pack, la amante de Grellenort. Una diablesa.

Reynevan hizo memoria. El patio del castillo de Trosky. La lanza que atravesó al aprendiz de carpintero. Los ojos del color de las aguas profundas de un río de montaña. Bellos. Y totalmente inhumanos. Douce von Pack.

—En marcha.

Viajaron todo el día, tan deprisa como les era posible sin exponer a los caballos a la extenuación. Y tan deprisa como les permitía la falta de caminos, la frondosidad del bosque, los humedales, los desfiladeros obstruidos por los entramados de ramas punzantes. Viajaron con los ojos bien abiertos y aguzando el oído. Pero lo único que oían era el repiqueteo de los pájaros carpinteros.

Para recorrer en un día la mayor distancia posible, no se detuvieron hasta que la oscuridad les impidió por completo seguir avanzando. Hicieron noche en una colina

relativamente seca, sin atreverse a encender una hoguera. Por encima de las coronas de los árboles brillaba la hoz de la luna, fina como un cabello.

—Vamos a dar la vuelta —decidió Rixa—. Puede que, después de todo, les hayamos dado esquinazo.

Siguieron durante un tiempo el curso de un riachuelo poco profundo: según Rixa, se trataba del Bobrzyca, afluente por la izquierda del Bóbr. El Bobrzyca debería desembocar a la altura de Tomaszów, junto a la Via Regia. No obstante, en opinión de Rixa, convenía evitar Tomaszów: sugirió que se desviaran hacia el oeste hasta encontrar el camino que llevaba a la aldea de Warta. Reynevan confiaba en su conocimiento de la comarca. Él no la conocía. Es verdad que había estado allí en la primavera de 1428, durante la razia, pero entonces no se había dedicado a admirar las vistas y no se acordaba de nada.

La proximidad de alguna población, posiblemente la tal Warta, se hizo evidente con el crotoar de unas cigüeñas y el ladrido insistente de unos perros. Poco después oyeron el traqueteo de un molino en marcha. A continuación vieron el molino y el estanque del molino, cubierto por una capa de lentejas de agua. Los perros no paraban de ladrar.

—¿Entramos o damos un rodeo?

—Entramos —decidió Rixa—. Parece seguro. Si es posible, preguntamos a la gente. Me extrañaría que Grelenort hubiera llegado hasta aquí, pero no se pierde nada por preguntar.

Pasaron entre vallas y caballones. Con precaución. No la suficiente.

En el límite mismo de la aldea crecía un gran roble. De sus ramas colgaban cuatro ahorcados. Uno de ellos, por lo visto recién colgado, aún daba sacudidas.

Alrededor del árbol se había juntado una docena de guerreros. No eran de los Negros, vestían ropas de colores. Aquellos hombres no tardaron en avistarlos. Y corrieron hacia ellos dando gritos. Reynevan y Rixa se volvieron, y en ese momento vieron cómo desde un molino se acercaba a ellos a todo galope un caballero a lomos de un caballo enjaezado. Con una armadura completa de placas. Con un sallet cerrado. Con un escudo blasonado de torneo. Con lanza en ristre. Solo podía ser Amadís de Gaula. O algún otro caballero de leyenda.

Rixa evitó la acometida inclinándose hacia un lado en la silla, el potente caballo del lancero chocó con su montura y la derribó, la muchacha rodó por el suelo hasta el borde del caz del molino, golpeándose con fuerza contra un poste. El caballo de Reynevan se encabritó, el caballero soltó la lanza, tomó la espada, la blandió con fuerza: de no haberse apartado de un salto, Reynevan habría perdido la cabeza. El caballo, en su carrera, lo embistió y lo tumbó, Reynevan cayó en el barro, bajo los cascos del otro animal. El fragor del combate estalló repentinamente, de pronto parecía que hubiera más hombres a su alrededor. Reynevan cayó en la cuenta de que otras fuerzas se habían sumado a la lucha. Jinetes de caballería ligera con capellinas,

muchos de ellos con el signo del Cáliz en el pecho. Pero no había tiempo para perderse en consideraciones, bullía el combate, los caballos relinchaban y bufaban, brillaban y chirriaban los filos de las armas, se derramaba la sangre. Una vez más, Reynevan se vio arrollado por el pecho de un caballo. Al caer, vio una lanza levantada, lista para atacarlo. En ese mismo instante el lancero salió despedido de la silla, golpeado por un *goedendag* flamenco.

—¡Sansón!

—¿Reynevan?

Sansón hizo girar al caballo, protegiendo a Reynevan frente a un nuevo atacante. No era necesario, el agresor ya estaba encorvándose en la silla, atravesado por las roginas de dos jinetes del Cáliz. Un tercero, para rematar la faena, lo alcanzó en la nuca con un bracamarte curvo.

—¡Scharley!

—¿Reynevan?

—¡Atrapadlos vivos! —gritaba con voz juvenil el jefe de los husitas, un caballero con una capa gris sobre la armadura completa—. ¡A los blasonados, atrapadlos vivos! ¡A los soldados, pasadlos a cuchillo! El combate llegaba a su fin. Liquidaron a quienes había que liquidar, amarraron a quienes había que amarrar. Reynevan, un tanto aturdido, abrazaba a Scharley y a Sansón. Algo que observaba desde lo alto de su silla el caballero de la capa gris. Cuando se levantó el sallet, su rostro le resultó conocido a Reynevan.

—Nuestro hetmán. —Scharley hizo las presentaciones—. Brus de Klinstejn, de los Ronovici. Hermano menor de...

No pudo acabar. Uno de los muertos solo estaba haciéndose el muerto, en ese preciso instante se levantó repentinamente y se abalanzó sobre Brus armado con un estilete. No llegó hasta él. Scharley le disparó a bocajarro con un arma asombrosamente corta, destrozándole la cabeza.

—Gracias. —Brus de Klinstejn, de los Ronovici, hermano menor de Brázda de Klinstejn, hetmán de los Huérfanos, aventó el humo con la mano—. Gracias, hermano Scharley.

Reynevan se acordó de Rixa, justo a tiempo, la muchacha se levantó del suelo en ese momento y se sacudió el polvo del pelo.

—¿Todo en orden?

—Totalmente —repuso ella. Y de pronto torció el gesto, y puso los ojos como platos.

Estaba mirando a Sansón.

—¡Pelotón, agrupaos! —ordenó Brus de Klinstejn—. ¡Nos vamos!

»El joven señor Gersdorf viene con nosotros —se volvió hacia el lancero, el susodicho Amadís de Gaula, el cual ahora, preso, sin yelmo, había perdido su aura legendaria y no era más que un mocoso asustado—. Kaspar von Gersdorf, de noble cuna, hijo del noble Lotar Gersdorf. Cuento con cien gúldenes a cambio de ti, joven

señor. Ni uno menos. Pelotón, ¡en marcha! Hermano Scharley, ¡vigila la retaguardia!

—¿En qué nuevo lío me has metido? —preguntó Rixa en voz baja, acercándose a Reynevan, que cerraba la marcha—. ¿Con quién te tratas?

—Con nosotros. —A Scharley, fino de oído, no se le escapaba una—. Con el destacamento especial de inteligencia y sabotaje del ejército de campo del Tabor.

—Una razia.

—Y tanto. El Tabor, las tropas de campo que combaten a las órdenes de Jakub Kromesín de Brezovice, los contingentes urbanos de Otík de Loza, la caballería de Mikulás Sokol de Lamberk, los praguenses de Václav Carda. Seis mil hombres, doscientos carros. Nosotros, con nuestra unidad especial, aseguramos la información. Conseguimos caballos. Damos caza a los desertores y a los bandidos que nos roban caballos a nosotros. ¿Habéis visto a esos ahorcados en la aldea? Eran unos cuatrerros. Llevábamos tres días siguiéndoles la pista, el joven Gersdorf nos ha echado una mano, porque también nosotros traíamos la soga lista para ellos. Pero Gersdorf, con sus escaramuzas, viene hostigando al Tabor desde la misma Zittau, es un incordio, Kromesín nos ordenó que pusiéramos orden...

¿Dónde está el Tabor en estos momentos?

—Cerca de Boleslawiec. ¿No oyes? No es ninguna tormenta, Reinmar, son bombardas. Enseguida lo vas a ver de todos modos, precisamente nos dirigimos hacia allí. Aunque puede que tengas otros planes... ¿A lo mejor tiene otros planes y proyectos mi señora, a la que no conozco? ¿Y que no parece demasiado entusiasmada con nuestra compañía?

—Soy Rixa Cartafila de Fonseca. De mis planes y proyectos no doy cuenta a nadie. ¿Y por qué tendría que estar entusiasmada? ¿Por ir cabalgando al lado de un *dybbuk*?

Se dio la vuelta y señaló a Sansón con dedo acusador.

—¡Un *dybbuk*, ja! —bufó Scharley—. Ya iba siendo hora, Sansón, de que te encontraras con la horma de tu zapato. Te ha reconocido al instante. Un *dybbuk*, pues claro que sí, un *dybbuk* como la copa de un pino. Un demonio, un mal espíritu encarnado en un cuerpo ajeno. Y pensar que yo barruntaba que, a lo sumo, podías ser el judío errante.

—Lamento decepcionaros a los dos —replicó con voz cansada Sansón Miele—. No soy un *dybbuk*. Ni tampoco el judío errante. Si lo fuera, lo sabría.

—Vamos a retrasarnos un poco. —Scharley se puso de pie en los estribos, comprobó que nadie del destacamento les estaba escuchando ni estaba pendiente de ellos—. Cuéntanos, Reinmar, qué ha sido de ti. Y qué te ha traído hasta aquí.

Tras escuchar su historia, el demérito guardó un largo silencio. El estruendo de los cañones les llegaba cada vez más claro desde el sudoeste.

—Los Jinetes Negros —dijo finalmente— también se han hecho notar ante el Tabor. Pasado Zittau, cuatro días atrás, detectaron y capturaron a una *hlídka* nuestra.

Era un grupo de diez informadores, solo uno consiguió escapar. Más tarde encontramos a varios de los que habían atrapado vivos. Estaban colgados en los árboles. Por las piernas. Alguien los había obligado a confesar, recurriendo a la violencia, seguramente a mucha violencia. Y después los habían usado como diana para practicar el lanzamiento de jabalina.

»Entonces, fue mi noble señora —se dirigió a Rixa— quien le salvó el pellejo a nuestro Reinmar, este pasado invierno en Wroclaw. Y, por lo que veo, sigue apoyándole con su ayuda, consejo, fuerza espiritual y simpatía personal. ¿Por su propia iniciativa? ¿O siguiendo instrucciones de alguien, si se me permite preguntar?

—Preferiría —Rixa le clavó una mirada penetrante en los ojos— que no os lo permitierais. Yo no pienso hacer ninguna pregunta, y espero reciprocidad.

—Comprendo. —Scharley se encogió de hombros—. Pero, dado que esta es una unidad militar, algo tendré que inventarme para consumo de nuestro comandante, Brus de Ronovici. En el caso de que, después de todo, quisiera indagar acerca de mi señora...

—Algo se me ocurrirá. Puedes llamarme Rixa.

Scharley espoleó suavemente al caballo, se dirigió al trote hacia la cabeza del destacamento.

—¿Cómo están las cosas en Rapotín, Sansón? Marketeta...

—Todo va a la perfección. —El gigante sonrió de oreja a oreja—. De verdad. Mejor de lo que cabía esperar. Y sin duda mucho mejor de lo que me merezco. No me dejaba venir con Scharley. No atendía a razones...

—¿Y tenías razones?

—Algunas. Una de ellas eras tú. Rixa, ¿de verdad necesitas taladrarme con la mirada? Ya has demostrado tu capacidad para descubrir cosas ocultas. Pero por muy adentro que mires no vas a ver a un *dybbuk*.

—¿Y qué es lo que voy a ver? Veo las cosas sobrenaturales. Y tú eres sobrenatural.

—Un conocido mío —Sansón no dejaba de sonreír— solía decir que no existen las cosas ni los fenómenos sobrenaturales. Simplemente, hay algunas cosas que van más allá de lo que sabemos sobre la naturaleza.

—Ese era San Agustín. Si no he entendido mal, lo conociste en persona. Lo cual no me sorprende en absoluto.

—Tus progresos, Rixa, son sencillamente extraordinarios.

—No me tomes el pelo. *Dybbuk*.

Scharley se acercó al trote, les dirigió una mirada severa.

—¿Qué disputas filosóficas son estas? —gruñó—. ¿Sansón? Los bohemios están empezando a fijarse. Atente al incógnito, tal y como habíamos quedado.

—Disculpa, ya se me olvidaba. ¿Qué tal así? Lo vengo trabajando últimamente.

Sansón bizqueó de un modo horrible. Puso una sonrisa estúpida, gimoteó como un cretino y empezó a babear por las comisuras de los labios. Y de remate se sacó una

pompa por la nariz. Cuando estalló, se sacó otra.

—¡Ja! —exclamó con genuino entusiasmo Rixa—. ¡Bien, muy bien! Pues yo sé fingir una peste ilusoria. Escupo sangre y me sueno la nariz...

—Que el diablo os lleve. —Scharley volvió la cabeza con repugnancia—. Vamos, Reinmar. Dejémoslos con sus juegos.

—¿Scharley?

—¿Sí?

—Esa especie de arcabuz corto, con el que disparaste junto al molino. ¿Qué arma tan rara es esa?

—¿Esto? —El demérito sacó un arma de un estuche que había en la silla y se la mostró—. Esto, amigo mío, es un pistolete de Praga^[52], conocido popularmente como el «arcabuz traidor». Este invento está ahora muy de moda en Praga, todo el mundo lo lleva. Como ves, es un arma tan corta que uno puede llevarla escondida debajo de la capa y usarla de improviso, a traición, de ahí su nombre. La mecha, fíjate, va metida en un serpentín de latón, puede permanecer todo el rato encendida. Pulsando el gatillo, date cuenta de que puedo hacerlo con una sola mano, la mecha alcanza el cebo, y ¡buuum! ¿No está mal, eh? El progreso, muchacho, nunca se detiene.

—Nada que objetar. ¿Oyes algo?

—No oigo nada.

—Precisamente. Hace bastante tiempo que las bombardas están calladas.

Salieron de los bosques. Desde la altura podían admirar el panorama. El pintoresco meandro del Bóbr. Y la ciudad en la orilla derecha.

—Ante nosotros está Boleslawiec, la Puerta de Arriba —indicó Brus de Klinstejn—. Por lo que se ve, hemos llegado justo a tiempo. La ciudad se ha rendido.

La Puerta de Arriba estaba destruida, unos restos carbonizados colgaban de los goznes, la muralla y el bastión estaban negros de hollín y cuarteados por las llamas. Resultaba evidente que los taboritas habían aplicado aquí su método estándar, más que probado ya, para echar abajo los portones de las murallas, un método basado en el fuego. Amontonaban leña al pie del portón, añadían algunos barriles de brea y de alquitrán de abedul, lo prendían y aguardaban a que las llamas hicieran su trabajo. Por lo general, después llegaba la capitulación. Como había ocurrido en este caso.

—Vamos a entrar. ¿Y tú, Rixa?

—Yo espero aquí.

—¿A quién? ¿Por qué?

No contestó, volvió la cabeza. Scharley soltó un gruñido, después le dirigió a Reynevan una mirada ambigua. Viendo que Reynevan no reaccionaba, expoleó al caballo, dejó atrás al destacamento.

En la ciudad reinaba la calma, si bien las callejuelas que daban a la plaza Mayor estaban atestadas de husitas armados hasta los dientes. El Tabor, en formación

cerrada, también se había situado en la plaza, alrededor del ayuntamiento. Apiñados junto a los muros de las casas, los burgueses observaban a los agresores en un silencio acobardado.

—O Boleslawiec ya ha llegado a un acuerdo —Scharley valoró la situación— o va a hacerlo de un momento a otro. Lo normal. Están fijando el rescate y la contribución en forma de mantenimiento y aprovisionamiento de las tropas. Alcanzarán un entendimiento. Si no, todo estaría ya ardiendo.

Justo al lado del ayuntamiento se alineaba como una quincena de carros de guerra, de los que asomaban los cañones de las bombardas. Entre ellos se encontraba también el carro de mando del hetmán, fácilmente reconocible por las casullas sacerdotales, obtenidas a modo de trofeo, que cubrían toscamente ambos adrales y pavimentaban el interior. Junto al carro estaba en persona el hetmán del ejército de campo del Tabor, Jakub Kromesín de Brezovice, que vestía un caftán con un bordado dorado y unas botas altas de cuero rojo. Estaba acompañado por Otík de Loza, Mikulás Sokol de Lamberk y Václav Carda, comandante del contingente de Praga. Y por Smolík, el predicador de cara chupada a quien Reynevan recordaba de la aceifa del año anterior.

La guardia pretoriana les dejó pasar. Se acercaron. Reynevan se aclaró la garganta.

—Hetmán...

—¡Ahora no! —Kromesín lo reconoció y se quedó visiblemente sorprendido, pero lo despachó con un gesto—. ¡Ahora no, médico!

Los representantes de la ciudad estaban saliendo del edificio del ayuntamiento. Ediles y burgueses, acompañados por un cura obeso en sotana y por un tipo alto con barbas que llevaba una capa, amplia como una toga, plisada y orlada con piel de castor en la parte inferior. A Reynevan le llamó la atención aquella capa: era celeste, con ese tono irrepetible de celeste que su difunto hermano Peterlin obtenía en su batán, mezclando glastos y zumo de boletos.

El barbudo y el cura obeso se pararon delante de Kromesín, se inclinaron ante él, El barbudo empezó a hablar. Hablaba tan bajo que Reynevan, Scharley y Sansón, situados a diez pasos, no pudieron oír casi nada. Pero todo el mundo, hasta los más alejados, entendió lo que estaban diciendo. Boleslawiec se rendía. Estaban dispuestos a pagar un rescate a cambio de que el Tabor los dejara libres. A ellos, libres de la espada. Sus casas, libres del fuego. Todo el mundo, hasta los más alejados, pudo ver igualmente la cara repentinamente enfurecida de Kromesín. Y oír su voz. Su rugido de león.

—¿Ahora? ¿Ahora queréis pagar un rescate? ¿Cuándo ya estamos dentro de la ciudad? ¿Cuándo estáis a nuestra merced? ¡Tarde, boleslawianos, tarde! Ayer, cuando os exigíamos que os rindierais, desde las murallas nos respondíais con desdén! ¿Recordáis lo que gritabais? ¿No sería algo relativo a Kratzau, por un casual? ¡Os voy a dar yo ahora ese Kratzau! ¡Os acordaréis de mí, perros!

El barbudo dio un paso atrás, se puso pálido. El cura gordinflón, por el contrario, parecía que iba a echarse encima del hetmán.

—¡Ya sabía yo —graznó— que no había nada que tratar con ellos! *Excoecavit eos malitia eorum!* ¡Herejes, puf! ¡Sacrílegos! ¡Criminales! ¡Os achicharraréis en el infierno! ¡El castigo divino caerá sobre vosotros!

A una señal de Kromesín los soldados taboritas rodearon a la delegación, arrinconaron a los representantes contra el muro. El hetmán del ejército de campo se situó enfrente de ellos, con los puños en jarras.

—Antes —dijo— caerá sobre vosotros. Ahora mismo. Yo voy a castigaros en nombre de Dios.

»Adelante, hermano Smolík —se dirigió al predicador de cara chupada—. Suéltales un sermón. Que oigan la voz de la verdad divina antes de dejar este valle de lágrimas. De todos modos, estos perros, lacayos de Roma, sirvientes del Luxemburgo de Babilonia, no van a alcanzar la salvación. Pero les será más fácil despedirse de este mundo.

El predicador se puso tieso como una cuerda, se llenó de aire los pulmones.

—¡Esta es la guerra del Señor! —proclamó con voz aguda—. ¡Él ha sido quien os ha puesto en nuestras manos! Habéis comido el pan de la iniquidad y habéis bebido el vino de la violencia, ha llegado el día del castigo. Sois culpables ante el Señor, y por eso vuestra sangre se desvanecerá como el polvo, y vuestro tuétano será como barro. Has pecado, nación pervertida, te has encumbrado con orgullo, te has inclinado ante el falso ídolo romano, mas Dios te derrotará y te cortará la cabeza, como hizo David con Goliat. ¡Dios aniquila la cabeza de sus enemigos, la testa desgredada de aquellos que actúan de manera pecaminosa!

—Bien —juzgó Kromesín—. Especialmente eso de la testa desgredada. Aunque lo del tuétano tampoco ha estado mal. ¿Qué, muchachos? ¿Habéis oído? ¡Ocupaos de ellos, y por orden, como Dios nos ha mandado y el hermano Smolík nos ha recordado! ¡Cómo hizo David con Goliat!

—¡Piedad! —imploró el barbudo de la capa celeste, al que habían separado del grupo—. ¡No nos matéis! ¡Cristianos! ¡Compasión!

Los taboritas lo agarraron, se lo llevaron a rastras, le apoyaron la cabeza en la lanza de un carro. Llegó alguien corriendo, tajó con el hacha. Tuvo que golpear dos veces, entre tanto el burgués ronqueaba y chillaba, y la sangre manaba a chorros. Finalmente la cabeza cayó en el pavimento encharcado.

Al cura, que no paraba de forcejear, lo tiraron al suelo, lo sujetaron con las rodillas. Le colocaron junto al codo un clavo de seis pulgadas. Y se lo clavaron a golpes con la culata de un hacha. El clavo entró hasta el fondo. El cura solo gritó una vez, después se limitó a agitar las piernas y a patlear.

A los ediles, apretujados en el pórtico del ayuntamiento, los molieron a palos. Los golpearon con mayales, manguales y hachas, los tajaron con espadas, los pincharon con roquinas. En menos que canta un gallo, una docena de cuerpos daba sacudidas

en un charco de sangre. Kromesín dio una orden sin palabras, y antes de bajar la mano seis mil guerreros del Tabor se arrojaron con un alarido salvaje sobre la ciudad de Boleslawiec.

En un abrir y cerrar de ojos masacraron a quienes estaban en la plaza, aniquilaron a quienes se encontraban en las calles. A continuación irrumpieron en las casas. De allí surgió un atronador grito inhumano, por las ventanas empezaron a caer como granizo las personas que eran defenestradas. En el exterior prosiguió la masacre, no había perdón para nadie, las calles se cubrieron de cadáveres en un instante. Ríos de sangre bajaban por las cunetas, diluyendo los restos de jabón y de orina, arrastrando las basuras, el estiércol y la paja podrida.

Los templos de Boleslawiec no sirvieron de asilo. Las personas que corrían hacia Santa María y San Nicolás fueron aniquiladas. Hubo escabechinas delante de la iglesia de la Santa Cruz, de los dominicanos, y en la plazoleta frente a Santa Dorotea. Por un breve tiempo la gente encontró amparo en la iglesia de Santa Eduvigis, en la que se refugiaron más de un centenar de burgueses y religiosos. Después los husitas se abrieron paso hasta el atrio, la nave y el presbiterio. Nadie salió con vida, y la iglesia fue pasto de las llamas. Una brillante llamarada y una columna de humo se elevaron hacia los cielos.

Justo cuando empezó todo aquello, cuando decapitaron al barbudo de la capa celeste, Sansón dio un paso al frente, como si pretendiera interponerse. El demérito le agarró de los hombros, pero él se zafó, si bien se quedó quieto y no se decidió a intervenir. Tampoco echó a correr. Se limitó a darse la vuelta, pálido como la cal. Miró a Reynevan. A Scharley. Y otra vez a Reynevan. Y después a lo alto, al cielo. Como si esperase algo de allí, ni más ni menos.

—¡Hermano! —Reynevan no se acercó a Kromesín, sino a Otík de Loza, a quien conocía mejor—. Intenta influir en el hetmán, ¡detened esta masacre! ¿Dónde está el alcalde de la ciudad? ¡Otto Arnoldus! ¡Necesito hablar con él!

—¿Y eso?

—¡Dispone de informaciones de muchísimo peso! —mintió descaradamente, haciéndose oír por encima del bramido de las víctimas—. ¡Informaciones secretas, de especial importancia! ¡Para la causa!

—Entonces, no estáis de suerte, ni la causa ni tú —dijo Kromesín, que estaba pendiente—. Ahí tienes al alcalde Arnoldus. Y ahí, la cabeza del alcalde Arnoldus.

—Señaló al primer asesinado, al barbudo de la capa celeste, al que habían decapitado sobre la lanza del carro. Hasta me da pena —añadió—. Concédele, Señor, el descanso eterno. *Et lux perpetua luceat ei.*

—Tenía... —Reynevan tragó saliva—. Arnoldus tenía mujer... ¡Eh! ¿Quién la conoce? Quién sabe...

—¡Yo lo sé! —le informó un lugareño, uno de los que servían a los taboritas como guías—. En la calle de la Aduana. ¡Te indico!

—Guíame.

Encontraron viva a Wiryda Arnoldus, viuda recentísima del alcalde. En una vivienda saqueada. Levantándose del suelo a duras penas y tratando de adecentar con manos trémulas sus ropas destrozadas y de cubrir su desnudez con retazos de su vestido y su camisa rotos. Sansón inspiró ruidosamente. Scharley maldijo. Reynevan apartó la mirada.

En el ejército de campo del Tabor se castigaba severamente la violencia contra las mujeres, el estatuto militar introducido por Zizka preveía para la violación los azotes e incluso la pena capital. Pero claro, hacía ya cinco años que no vivía Zizka, y su estatuto se había quedado anticuado de manera evidente y había caído en desuso. No había superado la prueba del tiempo. Como tantas otras normas y reglas. Sansón se quitó la capa, se la echó a la mujer por encima de los hombros. Reynevan se arrodilló a su lado.

—Perdóname, señora —balbuceó—. Sé que no es este el momento... Pero es cuestión de vida o muerte. Se trata de salvar a una persona de la opresión... Tengo... tengo que hacer una pregunta. Te lo ruego...

La mujer agitó la cabeza, hundió los dedos de ambas manos en los cabellos alborotados. Reynevan quiso darle un toque en los hombros, se contuvo a tiempo.

—Te lo ruego, mujer —insistió—. Te lo suplico. Sé que en su momento estuviste presa en un convento. Dime dónde.

La mujer lo miró desde detrás de los moratones que presentaba en las mejillas hinchadas.

—En Marienstern —dijo—. Y ahora dejadme sola. Marchaos. Malditos seáis.

Fuera, la situación se había calmado. Kromesín había dado orden de detener la matanza, los tenientes de hetmán y los centuriones contuvieron, no sin dificultades, a los celosos taboritas. No habría sido fácil sin la intervención de los jinetes de Mikulás Sokol, quienes llamaron al orden a los más entusiastas a base de latigazos, bastonazos y golpes con las astas de las lanzas. Los guerreros de Dios, un tanto atemperados, ahora se dedicaban exclusivamente al pillaje. Apoyado en su carro recubierto de adornos, Kromesín observaba con satisfacción la pila de trofeos que habían llevado a la plaza Mayor.

—Bueno, ¿qué tal, médico? —Otík de Loza, que estaba metiendo prisa a los soldados, miró a Reynevan—. ¿Has encontrado a la mujer del alcalde? ¿Te ha contado algo?

—Tenemos que ir urgentemente a Lausacia. Al convento de Marienstern.

—¿Tenemos? —Kromesín frunció el ceño—. Tú puedes ir a donde se te antoje, no tengo nada contigo. Pero tus camaradas sirven en el ejército, y el ejército se dirige a Zagan. Voy a dar orden de partir enseguida.

—Guárdate de dar esa orden, hetmán.

Esas palabras las había pronunciado un joven con un birrete de escolar y una almilla negra, a lomos de un semental negrillo. Le acompañaba Rixa Cartafila de

Fonseca. Y un guerrero con una coraza ligera sobre un gambesón guateado. Los caballos bufaban, oliendo la sangre, los recién llegados tuvieron que desmontar. El hetmán los miró con recelo.

—¿Quiénes sois? ¿De qué se trata?

—Ordena a toda esa gente que se aleje.

Con una indicación, Kromesín ordenó alejarse a todos los presentes, tan solo se quedaron Carda y Otík de Loza. A Reynevan, que también hizo ademán de retirarse, lo retuvo Rixa. A Kromesín no le pasó inadvertido.

—A ti me parece que ya te he visto. —Midió con la mirada al jovencito del birrete—. Al lado de Procopio. Te llamas Peter Preischwitz, escribano municipal de Bautzen^[53]. Al parecer, eres un espía nuestro. Habla, te escucho. ¿Qué tienes que comunicarnos?

—Tengo que comunicar lo siguiente: este no es un buen momento para marchar sobre Zagan.

Václav Carda sonrió, Otík de Loza gruñó. Kromesín no reaccionó.

—¿Ves —abarcó en un amplio gesto los cadáveres, la sangre en el pavimento, las llamas y el humo sobre los tejados— lo que le he hecho a esta ciudad? Me he cobrado venganza. Por la batalla de Kratzau. A los lausacianos y a los silesios el orgullo se les había subido a la cabeza, habían hecho de nuestra derrota en Kratzau un símbolo que les infundía coraje. Yo les voy a dar un símbolo. Un símbolo tal que, al oír la palabra «Kratzau», hasta sus nietos se lo van a hacer encima. Boleslawiec ha pagado. Pagarán Zittau, Bautzen, Zgorzelec, Cottbus, Kamien y Gubin, su hora se acerca. Y Zagan pagará enseguida. El herzog Juan de Zagan y su hermano Enrique estuvieron en Kratzau, tienen las manos manchadas con sangre bohemia, esa sangre reclama venganza. En Zagan no quedará piedra sobre piedra.

—Los duques Juan de Zagan y Enrique de Glogów —Peter Preischwitz hablaba despacio y claro— se han dirigido al rey polaco solicitándole su protección, han prometido ser leales al reino de Polonia y apoyar a Polonia en todas sus empresas. Y en estos momentos hay en Cracovia una embajada bohemia. Procopio el Rasurado, el inglés Peter Payne, Bedrich de Stráznice y el caballero Vilém Kostka de Postupice. Allí están ellos, discutiendo el acuerdo, haciendo gala de buena voluntad y amistad, y tú, hermano Kromesín, ¿pretendes devastar e incendiar un ducado que está bajo la protección de Jagiello? Me han ordenado que te transmita: el director Procopio no apoya la idea de atacar el ducado de Zagan. Sugiere que se acepte el rescate ofrecido.

—No me han ofrecido ningún rescate de parte de Zagan.

Preischwitz miró a Rixa, después al caballero de coraza ligera. El caballero se adelantó. Y habló.

—El muy ilustre duque Juan, *illustrissimus dux* y señor de Zagan, por boca mía transmite un mensaje. Se inclina a...

—Ochocientos gúldenes renanos^[54] —le interrumpió Kromesín sin miramientos—. Si paga, le respetaré^[55]. He dicho. Y me despido. Hermano Carda, forma las

tropas en orden de marcha.

—Marienstern —repitió Rixa pensativa—. El convento cisterciense. Está a mitad de camino entre Zgorzelec y Bautzen. Desde aquí habrá unos tres días de marcha.

—Dos, si forzamos a los caballos —le rectificó Peter Preischwitz—. Esta es la Via Regia, se viaja bien por ella. Y yo, precisamente, voy en esa dirección. Os acompañaré gustoso.

—En ese caso, no perdamos más tiempo —decidió Rixa—. Antes de que anochezca podemos llegar al menos a Nowogrodziec.

—No puedo —contestó Scharley a la mirada inquisitiva de Reynevan—. Kromesín tenía razón, estoy de servicio. El Tabor no me perdonaría la desertión, y el castigo por desertión es la soga. La gente de mi propia unidad me llevaría a rastras hasta una rama.

—Yo, en cambio, voy contigo —anunció Sansón, en voz baja—. Los tontos todo lo consiguen. No pueden declararme desertor, porque nunca me he registrado. Formaba parte del inventario de Scharley. Cuando les cuente que he desaparecido, será como si se le hubiera escapado el perro.

—Queda con Dios, Scharley. —Reynevan se subió de un salto a la silla—. Cuídate.

—Cuidaos vosotros. Sois cuatro, y yo tengo seis mil camaradas. Más doscientos carros con artillería.

El sol se ponía. En Boleslawiec olía a chamusquina, ardían débilmente las llamas en las ruinas. En Boleslawiec la sangre negra se secaba en las cunetas. En Boleslawiec unos perros aullaban, otros desgarraban los cuerpos de las víctimas. En Boleslawiec resonaba el lamento de los heridos y los agonizantes, el llanto de los maltratados y de los huérfanos, las letanías de aquellos que habían perdido toda esperanza. El sol se ponía. En Boleslawiec olía a chamusquina, ardían débilmente las llamas en las ruinas. En Boleslawiec la sangre negra se secaba en las cunetas. En Boleslawiec unos perros aullaban, otros desgarraban los cuerpos de las víctimas. En Boleslawiec resonaba el lamento de los heridos y los agonizantes, el llanto de los maltratados y de los huérfanos, las letanías de aquellos que habían perdido toda esperanza.

Por fin se puso el sol, y en la ciudad malherida se hizo el silencio.

Nox ruit et fuscis tellurem amplectitur alis. Era la noche. El sueño tenía ya rendidos sobre la tierra a todos los vivientes.

Por fin se puso el sol, y en la ciudad malherida se hizo el silencio. *Nox ruit et fuscis tellurem amplectitur alis*^[56]. Era la noche. El sueño tenía ya rendidos sobre la tierra a todos los vivientes.

Pobre Reynevan.

Me da mucha pena, Marketa. Lamento en el alma no haber podido ayudarle de ninguna manera en su desgracia.

Tras dos días de marcha, llegamos al convento cisterciense de Marienstern. Y solo para averiguar que la doncella Jutta no estaba allí. A Reynevan le afectó mucho la noticia. Y aún le afectó más saber que Jutta había estado allí. Durante tres meses, desde mediados de febrero hasta las Fiestas Verdes. Apenas hacía un mes que se había marchado.

Recorrimos los cenobios femeninos de la región. Buscamos entre las clarisas de Seusslitz, entre las benedictinas de Riesa, entre las magdalenas de Luban. En Zgorzelec preguntamos a las cistercienses de Marienthal de Ostritz, huidas tras el incendio de su convento en 1427. En ningún sitio encontramos a Jutta, en ningún sitio sabían nada de ella. Reynevan estaba completamente hundido. No podía ayudarle.

Me da mucha pena.

¿A ti también?

Desde Lausacia regresamos a Praga, a mediados de agosto también se presentó Scharley, estuvimos un tiempo juntos, pero pronto Scharley volvió con las tropas de campo. Ahora mismo están estacionados en las cercanías de Jicín, pero se habla de una nueva razia en Lausacia que se pondría en marcha después de San Wenceslao.

Reynevan se quedó en Praga: en la farmacia del Arcángel la cuadrilla de magos locales trató de encontrar a Jutta con ayuda de la magia, en vano. Después, en las cercanías de Psáre se desató una epidemia, y él, médico por vocación, acudió rápidamente a combatir la enfermedad. No lo dudó ni un momento. Superó su depresión, no se dejó llevar por la desesperación. Hay mucha verdad en esa frase que dice que lo que no nos mata nos hace más fuertes.

¿Y yo?

Yo decidí volver aquí, a Rapotín. ¿Por mucho tiempo? Tanto como sea posible.

¿Qué va a pasar después?, preguntas. Con toda seguridad volveremos a encontrarlos, los tres, con toda seguridad será pronto. El destino nos ha unido con fuerza, para lo bueno y para lo malo. Y nada ocurre sin una causa. El destino me ha unido a ellos con fuerza, Markéta. Con mucha fuerza. Casi con tanta fuerza como me ha unido a ti.

Capítulo decimoquinto

En el que su debilidad de carácter obliga a Reynevan a seguir actuando como un héroe. Los héroes atraviesan heroicamente el río Mulda y combaten heroicamente en una batalla sangrienta. El heroísmo se ve recompensado. La debilidad, oh prodigio, también. De ahí la moraleja que, no obstante, el autor se abstiene de formular.

¡Dios, gran Dios, venerunt gentes in hereditatem tuam, una vez más llegaron los gentiles a tu heredad!

¿Es acaso por nuestros pecados, se trata tal vez de poena peccati, por lo que el herético viene contra nosotros con antorchas y espadas?

Anno MCCCCXXIX, ipso die sancti Johannis baptiste los bandidos husitas atacaron nuestro amado monasterio, nuestro scriptorium y la colección de libros, ¡nuestro mayor orgullo! Se ensañaron con obras tan importantes como De fide catholica de Alanus ab Insulis, el Libre de meravelles de Raimundo Lull, y Clavis sanationis de Simón de Génova. Con mirlos blancos como Hieroglyphica de Horapollon de Egipto y el Bestiaire de Pedro de Beauvais, con tratados y códices de tan prodigiosa factura como Expositio totius mundi et gentium, De magia veterum, Liber de mirabilibus natura arcanis, De amore, Secreta mulierum y muchos más, acaso ejemplares únicos en el mundo. ¡Para mesarse los cabellos!

Medio año ha pasado, y hay una nueva incursión. Otra vez vienen los wiclifitas, Thaborienses, Orfani et Pragenses, y al frente de todos ellos Procopius Rasmus, aquel que se hace llamar gobernador Taboriensium communitatis in campis bellancium, el mayor y más cruel de los apóstatas y heresiarcas, que en esencia no es hombre ex muliere natus, sino monstrum detestabile, crudele, horrendum et importunum. Eodem anno circa festum sancte Lucie el mismo Procopio con todo su ejército hasta entonces invicto, cum curribus, cum pixidibus, cum peditibus et equitibus avanzó ad marchionatum Misnense, sembrando la muerte y los incendios. Y llegó hasta un río llamado Mulda. Y ese año el invierno era muy benévolo...

La pluma se secó, chirrió de un modo desagradable al raspar el pergamino. El anciano monje cronista la sumergió en el tintero.

Los criados alumbraron la estancia, encendiendo las velas en todas las palmatorias. Conrado, el obispo de Wroclaw, respiró satisfecho viendo la cara de asombro de

Gregorio Hejncze. Sabía que no era fácil sorprender al inquisidor, no digamos ya despertar su admiración.

—¿Y bien? —preguntó con orgullo, contento con el efecto logrado—. ¿Es bonito, verdad?

Gregorio Hejncze carraspeó. Y asintió con la cabeza. No tenía más remedio. Era algo bonito. Sin discusión.

El único mueble que había en la estancia era una enorme mesa, cuyo tablero estaba cubierto por completo por un mapa gigante de Silesia y de las tierras colindantes, hecho con retazos de telas bordadas en seda. Aunque el inquisidor no había visto aquel mapa hasta entonces, sí sabía de su existencia. Sabía que había sido cosido y bordado por las dominicas de Santa Catalina, basándose en dibujos realizados por los cistercienses de Lubiaz. Y que su confección les había llevado más de un año a las monjas.

Dado que aquel mapa servía ante todo para seguir y analizar las acciones militares, habían colocado encima de él unas figurillas primorosamente talladas. Eran obra de Ambrosio Erler, el mejor tallador de Wroclaw, que había seguido las indicaciones del propio obispo. Las tropas de los ejércitos católicos estaban representadas por unas figuras blancas y doradas de ángeles alados con espadas de fuego, mientras que las formaciones husitas aparecían como diablos cornudos, sentados en cuclillas y con el culo en pompa.

Todas las mañanas los clérigos reproducían para el obispo la situación militar vigente, situando las figuras de acuerdo con los movimientos de los ejércitos en el teatro de operaciones. Desde el 13 de diciembre, día de Santa Lucía, es decir, desde el comienzo de la gran aceifa husita en Meissen y Sajonia, el teatro ocupaba el espacio comprendido entre el ODERA FLV y el ALBEA FLV, bordados ambos con hilo azul, y los clérigos habían distribuido las figurillas en la región marcada con los nombres de SAXONIA, MISNIA, TURINGA y LUSATIA INFERIOR, limitada al norte por la MARCA ANTIQUA y al sur por la BOHEMICA SILVA.

—Adelante, Goyo —le apremió el obispo—. Echa un vistazo.

El inquisidor echó ese vistazo. Estaba al corriente de la situación militar, pero no perdía nada por mirar aquellas hermosas figuras. Los diablos con el culo en pompa estaban situados en las inmediaciones de Oschatz, ciudad incendiada por las tropas de Procopio el Rasurado hacía cuatro días, el 29 de diciembre. Los bohemios avanzaban a lo largo del Elba en dirección a Pirna, destruyéndolo todo a su paso por el fuego y por el hierro. Llevaron la ruina a los distritos mineros de Marienberg y Freital. Después, quemando aldeas, llegaron hasta Freiberg, Dresde y Meissen, pero no perdieron el tiempo sitiando ciudades fortificadas. Manchando a buen paso, frustraron los planes de Federico, el *kurfürst* de Sajonia, obligándolo a una retirada táctica en compañía de sus aliados. Haciendo que, en esos momentos, los ángeles alados formaran un grupo compacto al norte del nombre LIPSIA.

—Este —el obispo arrastró el dedo por la línea azul que separaba a los diablos de

los ángeles— es el río Mulda. Procopio quiere adentrarse en el corazón de Sajonia, de modo que está obligado a atravesarlo. Lo más probable es que lo haga por aquí, en las proximidades de Grimma. El *kurfürst* Federico podría aprovecharse de eso. Durante la travesía podría aplastar a los herejes, ahogarlos en el Mulda como si fueran gatos. Es suficiente con tener cabeza y armarse de valor. ¿Qué te parece, Goyo? ¿Tiene cabeza el *kurfürst*?

—Tengo serias dudas. —El inquisidor levantó los ojos—. Tanto en lo tocante a la cabeza del joven *kurfürst* como en lo tocante a su valor. Hasta ahora no se ha señalado precisamente por su valor en esta campaña. Si tuviera que recurrir a comparaciones clásicas, no lo compararía con Julio César. Más bien con Quinto Fabio Cunctator.

—¿Y en su círculo? ¿No podríamos encontrar en su círculo a nadie razonable y audaz? ¿A ningún César? No estoy pensando en el margrave de Meissen, a ese nada menos que lo apodan «El Dócil». Tampoco en Juan, el kurprinz de Brandeburgo, porque está como una regadera. ¿Quién más hay entre ellos que tenga lo que hay que tener?

—Los clérigos, naturalmente. —Gregorio Hejncze se sonrió—. Por lo menos algunos. Con seguridad, Gunter von Schwarzburg, arzobispo de Magdeburgo.

—Esperaba —Conrado asintió con la cabeza— que lo mencionaras. Sí, el arzobispo Gunter es una persona capaz de ver las posibilidades que ofrece la travesía del Mulda por los husitas. Sería capaz de aprovecharse de su ventaja, podría ayudar a Federico a planear y llevar a cabo el ataque. Pero no podemos fiarlo todo al azar, es preciso informar a Gunter. Alguien tiene que ir a Leipzig a todo galope a llevarle el mensaje.

El inquisidor miró al obispo de un modo muy significativo, tosió en el puño.

—Sí, ya lo sé. —A Conrado se le avinagró la cara—. No se me olvida. El arzobispo de Magdeburgo me la tiene guardada por lo de Grelleort. De modo que tengo que confiar en ti, inquisidor. Gunter escuchará con atención tus sugerencias, tiene en alta estima a los inquisidores, apoya sus actuaciones y colabora con ellos diligentemente. *Crescit cum magia haeresis et cum haeresi magia*, y un día sin hogueras es un día perdido, esa es su divisa. Los resultados son visibles: en un radio de cinco millas alrededor de Magdeburgo no se encuentra ni una sola hechicera ni un judío. Es envidiable. Y hay que lamentar que no sea así en Wroclaw... No te lo tomes como algo personal, Goyo.

—No me lo tomo. Vamos al grano.

—¿Tienes a alguien para esta misión? —El obispo apartó la mirada del mapa—. ¿Alguien que pueda ir a Sajonia a ver a Gunter von Schwarzburg? ¿Un hombre leal, fiable y digno de confianza?

—Sí, lo tengo. Y, como suponía que haría falta, lo he traído conmigo. Está aguardando en la antecámara. ¿Lo llamo?

—Llámalo.

—Con permiso de su eminencia. El diácono Lukasz Bozyczko. Un hombre en el que tengo una confianza sin límites.

Las espumosas aguas del Mulda, de un color gris parduzco, venían tan crecidas que la hilera de mimbres estaba totalmente sumergida y apenas asomaban por encima de la corriente las crestas enmarañadas. Los árboles de la orilla estaban hundidos hasta la mitad del tronco. En uno de aquellos troncos había un carro detenido, volcado sobre un costado. Algo más lejos un segundo vehículo, vuelto del revés, estaba atascado en unos matorrales, tan solo las ruedas sobresalían del agua.

—El tercero ha desaparecido por completo —el jefe del grupo de *cestári* se adelantó a la pregunta de Procopio—. El río se lo ha llevado. Antes de alcanzar aguas someras. El resto hemos podido ponerlo a salvo.

—Sí, hay que reconocer —Jan Královec situó al caballo en la misma orilla, con los cascotes delanteros metidos en el agua— que el río trae bastante agua. Y hay que ver cómo empuja.

—Estamos teniendo un invierno muy suave, llueve en lugar de nevar. —Jakub Kromesín de Brezovice, hetmán de las tropas de campo del Tabor, asintió con la cabeza—. En otros vados seguro que pasa lo mismo.

—Entonces, ¿el río Mulda —Procopio el Rasurado hizo girar al caballo, dirigió una mirada a los hetmans— nos va a cortar el paso? ¿Un poco de agua húmeda va a fastidiarnos los planes? ¡Hermano! ¡Escucho tu parecer y tu decisión!

El jefe de los *cestári* estuvo mucho tiempo callado, sopesando sus palabras. Nadie le metía prisa. Todos, incluido Reynevan, sabían que tenía experiencia de sobra. Con su grupo de patrulleros había recorrido las rutas de guerra del Tabor prácticamente desde el principio, pero había conquistado la gloria en 1424, al evacuar a Zizka de Kostelec, donde estaba rodeado, mediante una arriesgada travesía del Elba. Había abierto claros para las tropas en los bosques de Tachov y Retz, preparado pasos por los pantanos moravos a base de troncos, construido puentes sobre el Sázava y el Oder, cruzado carros a través del Nitra, el Kwisá, el Bóbr, el Regen y el Naab.

—Cruzaremos —descargó por fin la tensión con una afirmación seca y contundente—. Pero no en columna de a tres, pues la presión del agua es excesiva... Hay que pasar de uno en uno, carro tras carro, en fila, con un cable de seguridad...

—La travesía en fila de a uno nos llevará una jornada completa, por lo menos... —dijo, sopesando sus palabras, Jira de Recice, hetmán de los Huérfanos—. Es mucho tiempo.

—En la otra orilla —confirmó Kromesín en tono lúgubre— seremos cada vez más, y en esta cada vez menos. Los sajones se darán cuenta y nos atacarán allí donde seamos menos en un momento dado. Pueden darnos una buena paliza.

—Más aún, estando bloqueados por el río^[57] —añadió el caballero Vilém Kostka de Postupice, guerrero experimentado, que había tomado parte en la guerra librada por Polonia contra la Orden Teutónica entre 1410 y 1414—. Eso supone una amenaza

de catástrofe.

—¡Hay que decidirse! —Procopio se tiró del bigote—. ¿Qué proponéis?

—¡Celebremos una misa! —exclamó el predicador Markolt—. Somos los guerreros de Dios, Dios nos escuchará. Celebremos una misa para que baje el nivel de las aguas.

Procopio se quedó paralizado, con la mano en el bigote, miró detenidamente al cura.

—¿Otras propuestas?

—No le demos más vueltas —zanjó Ondrej Kersky de Rimovice, que había callado hasta entonces—. Tenemos que cruzar el Mulda. Si el cestár dice que en fila, pues en fila.

—De todos modos, convendría asegurarse —observó Kromesín— de que los sajones no averigüen que vamos a cruzar. Porque como esos perros se lleguen a enterar...

—Estamos acabados —concluyó Královec.

—¡Ah, Reynevan! —Procopio le arrebató la toalla al barbero, se limpió con ella los restos de jabón del rostro recién afeitado—. Qué bien que estés aquí. ¿Has traído el ungüento?

—Sí, lo he traído.

—Justo a tiempo. —Procopio despidió con un gesto al barbero, se sacó la camisa por la cabeza. Afeitado, olía a jabón italiano de Savona—. Ya no soporto el dolor en los riñones. —Se sentó en el camastro, se volvió—. Aplícame tu ungüento mágico.

«Con este dolor —el hetmán se dejó friccionar— no consigo aclarar mis ideas. Y justo lo que necesito es pensar. Antes estabas en el río, sabes cómo andan las cosas. La travesía no va a ser fácil, y mientras estemos cruzando vamos a ser como un caracol sin concha, cualquier gorrión puede picotearnos. Lo entiendes, ¿no? ¿Qué dices? ¿Reynevan?

—Claro que lo entiendo.

—Uf —se quejó Procopio—. Este ungüento tuyo es un remedio prodigioso, el dolor se me ha pasado volando. ¿Qué iba a hacer yo sin ti, médico? No te alejes demasiado, Reynevan. No quiero perderte de vista.

Reynevan sintió un escalofrío al captar en la voz de Procopio una extraña nota amenazante. El director de las tropas de campo miró a los comandantes allí presentes, le hizo una señal a Kromesín. Este dejó el cuchillo con el que había cortado la carne medio cruda de unas costillas de camero asado, se levantó, se dirigió a la puerta de la cabaña, se asomó y echó un vistazo para comprobar si había alguien espiando. Los otros hetmans también dejaron de comer de inmediato, tenían el semblante muy serio y no pestañeaban. Reynevan seguía extendiendo el ungüento.

—Pues bien, hermanos hetmans —Procopio se rascó la mejilla recién rasurada—, ya está decidido. Pasado mañana al alba empezaremos a cruzar el Mulda. Aguas

arriba, por el vado de Kóssern. Ni una palabra de esto a nadie. No puede salir de estas cuatro paredes.

Los fuegos de campamento del Tabor y de los Huérfanos resplandecían más allá del horizonte. De los perolos que colgaban sobre las llamas emanaba un olor a rancho cuartelero, y era un olor que, a pesar del hambre, no abría excesivamente el apetito. Reynevan se dirigía pensativo hacia los edificios de una granja que no habían quemado los husitas, en su deseo de tener al menos un pedazo de techo sobre sus cabezas. Allí esperaba encontrar a Sansón.

Al pasar junto a un carro asomó de repente una silueta menuda. Reynevan percibió un débil aroma a romero.

—¿Rixa?

La joven se materializó junto a él, envuelta en una capa, con la capucha muy ceñida a la cabeza. Fue derecha al grano. Habló con voz resuelta y poco amigable.

—¿Dónde y cuándo va a vadear Procopio el Mulda?

—Yo también me alegro de verte.

—¿Dónde y cuándo va a tener lugar la travesía? No me hagas repetirlo.

—Repítelo, de todos modos, si eres tan amable. Me gustaría saber por fin al servicio de qué causa estás. Me gustaría estar seguro de una vez.

—Sé que estabas presente —Rixa no parecía haber escuchado— cuando se tomó la decisión sobre la travesía. Hay tres vados en el Mulda. Uno está aquí, en Grimma. Otro más abajo, en Dornau. El tercero más arriba, en la aldea de Kóssern. ¿Cuál de ellos ha escogido Procopio? Habla, Reynevan, no tengo tiempo.

—De eso nada.

—Escucha. —Sus ojos felinos brillaron a la luz de una antorcha, se iluminaron como los de una auténtica gata—. Es algo importante. No tienes idea de cómo. Tengo que saberlo. Habla, porque si no...

—¿Porque si no qué?

Rixa no tuvo tiempo de responder, no tuvo tiempo de responder ni con una palabra, ni con un gesto, ni con una acción. De detrás del carro salió de repente una rápida sombra. Reynevan oyó el sonido apagado del golpe, el sordo gemido de Rixa y el ruido del cuerpo al desplomarse. Quiso reaccionar, pero no le dio tiempo. Oyó una maldición, percibió el característico olor a ozono de la magia, sintió cómo se apoderaba de él una parálisis momentánea.

—Calla —musitó Lukasz Bozyczko—. Y no hagas nada que pudieras lamentar.

—La has matado.

—Qué dices. —El diácono tentó a Rixa con el pie, se sacó el puño de acero de los nudillos—. Solo me he tomado la revancha por lo de Racibórz. Entonces me sacó dos dientes. He tenido consideración por su sexo, no quería que un solo moratón echara a perder su encanto. Le he golpeado en el cogote. Pero basta de tonterías, estoy aquí por un asunto importante. ¿Por dónde va a cruzar Procopio el Mulda?

—No lo sé.

—¿Y sabes —preguntó Bozyczko después de un breve silencio— que tu ignorancia puede tener consecuencias desagradables? ¿Para Jutta de Apolda?

—Largo de aquí. —Reynevan suspiró profundamente—. *Apaga*^[58]. Fuera, piérdete. No te permito que sigas asustándome ni chantajeándome. Todo tiene un límite.

—Así es. Precisamente has llegado a él. Y te advierto seriamente antes de que lo cruces.

—No me creo tus amenazas. La Inquisición no va a atreverse a hacerle daño a Jutta.

—La Inquisición no. Yo sí. Ya basta, el tiempo apremia. Reynevan, te prevengo, estoy hablando en serio, no dudes de que cumpliré lo que estoy diciendo, no vacilaré. Tienes que decidirte. Si me revelas el lugar de la travesía, recuperarás a Jutta, te la devolveré. En caso contrario no volverás a ver viva a la chica. Tranquilo, no te muevas, no me obligues a haceros daño a ti o a la judía. Tengo apoyado el tacón en su cuello, en cualquier momento puedo aplastarle la tráquea. A ti, si haces el idiota, también te mataré. Y después ordenaré acabar con la Apolda. Decídetes, y rápido. No hay tiempo que perder.

Algunos taboritas pasaron cerca, sin prestar apenas atención. Las peleas, las broncas y los ajustes de cuentas en la periferia eran cosa corriente, que formaban parte de la cotidianidad del campamento. Reynevan habría podido, claro está, gritar, pedir ayuda. No la pidió.

—Liberarás... —Carraspeó—. ¿Liberarás a Jutta? ¿Me la entregarás? Júralo.

—Lo juro por la salvación de mi alma. ¿Dónde será la travesía?

—Más arriba de Grimma. En Kössern. Pasado mañana al alba.

—Si me estás mintiendo, tu Jutta morirá.

—Te digo la verdad. He tomado una decisión.

—Una sabia decisión —dijo Lukasz Bozyczko.

Y desapareció en las tinieblas.

Pasados unos instantes Rixa dejó escapar unos gemidos, se removió. Se puso de rodillas. Volvió a gemir, cogiéndose la cabeza con un movimiento brusco. Miró a Reynevan.

—Le has dicho... —Se atragantó—. ¿Le has dicho dónde?

—No tenía más remedio. Jutta...

—Te voy a matar... —Rixa se levantó de un salto, vaciló—. ¡Te voy a matar, hijoputa!

—¡No! ¡Tiene a Jutta! ¡Déjame!

Reynevan quiso agarrarla del codo. Rixa dobló el brazo, le sujetó la muñeca, se la retorció. Reynevan aulló de dolor. La muchacha lo zancadilleó y lo derribó con un giro de cadera. Antes de que él pudiera levantarse, Rixa ya se había perdido en la

oscuridad.

Reynevan se encaminó hacia el centro del campamento como un ciego, tambaleándose y avanzando a trompicones. Tropezó varias veces con algún taborita, varias veces lo llamaron borracho y capullo, se llevó más de un buen empujón. No hizo ni caso.

—¡Reynevan! —Esta vez se había tropezado con alguien que lo cogió de los hombros y lo zarandeó—. ¡Eh! ¡Precisamente te andaba buscando!

—¿Scharley? ¿Eres tú?

—No. Santa Perpetua. ¿Qué diablos te pasa? ¡Reacciona!

—Tengo... tengo que confesaros una cosa... a Sansón y a ti... Ha pasado algo...

Scharley se puso serio al instante, miró alrededor.

—Vamos.

Escucharon su historia en su acuartelamiento, mordisqueando un nabo asado. Habían hecho acopio de nabos. Tras escucharle, guardaron un largo silencio. Sansón suspiró repetidamente, abrió los brazos repetidamente en un gesto de resignación. Pero no dijo esta boca es mía. Scharley reflexionaba intensamente.

—En fin —dijo finalmente con la boca llena de nabo—. Te entiendo, Reinmar, porque yo habría hecho lo mismo en tu lugar. Así es la vida, la caridad bien entendida empieza por uno mismo. Aplaudo tu elección. Has hecho lo que había que hacer en esa situación. Has actuado correctamente.

Sansón suspiró y sacudió la cabeza. El demérito no se fijó en él. Engulló un bocado de nabo.

—Has actuado correctamente —repitió—. Y probablemente te colgarán por eso, porque ese suele ser el destino de quienes actúan correctamente.

»Hay dos maneras —añadió poco después— de salir de este enredo. Pero, como no quieres huir, solo nos queda una. Tendremos que ser unos héroes. Incluso sé dónde, cuándo y de qué manera.

Amanecía turbiamente sobre el Mulda, en medio de la niebla. La corriente bajaba crecida, formando remolinos, las olas chapoteaban en la orilla. El vapor se alzaba de las aguas.

Del humedal brumoso surgió un gran grupo de guerreros, más de trescientos jinetes. Los dirigía el caballero Jan Zmrzlík de Svojsín, señor del castillo de Orlík, que llevaba armadura completa cubierta por una chaquetilla corta, adornada con su glorioso escudo, de todos conocido: tres bandas de gules en campo de plata. A su derecha marchaba el moravo Predbor de Pohorílky, a su izquierda Fritzold von Warte, mercenario helvecio del cantón de Thurgau.

Jan Zmrzlík volvió grupas, se situó de cara a sus tropas, por un momento pareció que se disponía a enardecerlos con una arenga. Pero todo lo que había que decir ya había sido dicho con anterioridad. Sobre Dios. Sobre la causa. Sobre la entrega. Sobre

la misión. Y sobre lo mucho que dependía del batallón. De ellos.

De ellos, de su batallón, dependía la suerte de todas las tropas y de toda la operación. Tenían que cruzar el Mulda, controlar la orilla izquierda, llegar cuanto antes al vado de Kóssern y hacerse con su dominio.

Y conservarlo. Asegurar el paso de las tropas. A cualquier precio.

—En el río —Scharley le dio un toque con la rodilla a Reynevan— mantente junto a Sansón y junto a mí. Estas aguas tienen un aire siniestro.

—Ya es la hora —Jan Zmrzlik dio la señal—. ¡Dios está con nosotros, hermanos!

Él fue el primero en introducir su caballo en el río. Tras él, sin titubear, se apresuraron a entrar Predbor y Von Warte, tras ellos Reynevan, Scharley y Sansón, detrás de ellos algunas decenas de jinetes más y después el resto, convirtiendo el agua en espuma blanca. Cuando el fondo desapareció bajo los cascos de los caballos, todos se lanzaron a nadar.

Al principio los caballos nadaban en línea recta, pero pronto la corriente empezó a tirar de ellos. Reynevan, sujeto frenéticamente a las crines, vio con horror cómo a algunos jinetes los arrastraba el agua y se perdían en la niebla. Espoleó a su caballo. El agua le salpicó por todas partes, Sansón llegó hasta él, lo agarró, Scharley se unió a ellos, los tres unidos hicieron frente al río. Los demás jinetes también empezaron a juntarse y a presentar resistencia agrupados. A pesar de lo cual a cada instante las aguas se llevaban a un jinete, alguien soltaba un chillido, un caballo relinchaba de forma aterradora. Estaban en medio del río, la corriente golpeaba aquí con una fuerza enloquecida.

—¡Aguantad! ¡Aguantad! —se oían los gritos de Zmrzlik—. ¡Ya queda poco!

Exhaustos, surcaban el tercer tramo del río, la corriente era ahora algo más débil. Pero también los caballos estaban más débiles, en sus bufidos demenciales empezaba a oírse la desesperación. Y aún no tocaban el fondo. A los jinetes el agua les llegaba por encima de los muslos, hasta la altura de la cintura, los caballos apenas podían sacar la cabeza erguida. De nuevo la corriente se llevó a un hombre, de nuevo un caballo arrastrado, a punto de hundirse, llenó las olas de espuma en sus agónicas convulsiones, resoplando antes de que el agua le inundara los ollares.

La pesadilla cesó de repente. El río se hizo menos profundo, los caballos, sintiendo el suelo bajo sus cascos, relincharon de un modo salvaje, reunieron sus últimas fuerzas y avanzaron entre el limo, los juncos y los mimbres. Las tropas de Jan Zmrzlik habían franqueado el Mulda. Él estaba en una ladera, chorreando agua, contando a los que se habían salvado. El sol brillaba a través de la niebla como una moneda de oro pálido.

Una vez hecho el recuento, el hetmán mandó formar en columna. Las patrullas ya habían partido: una hacia el oeste, hacia los bosques, la segunda en dirección norte, describiendo un arco a través de las aldeas de pescadores, la tercera siguiendo el curso del río, derecha hacia el vado de Kóssern. Pero Zmrzlik no tenía intención de aguardar hasta su regreso. Sacó a sus hombres de los humedales, conduciéndolos a

terreno seco, y dio orden de partir. Marcharon al paso. El sol estaba cada vez más alto, pero enseguida quedó cubierto por las nubes, empujadas por el viento que se había levantado de pronto. Empezó a neviscar.

Regresó la primera patrulla. No hay nadie al oeste, informaron, ni rastro de enemigos. A Zmrzlík no se le alteró el semblante.

Estaban ya casi a la altura de Kósssem cuando volvió la patrulla que había seguido el curso del río. Despejado, no hay tropas, informaron. El humor de los jinetes mejoró visiblemente.

Alcanzaron el vado. Hicieron señales con un gallardete, no habían pasado ni tres padrenuestros cuando llegó la respuesta desde la orilla derecha. No habían pasado otros tres cuando el bosque situado más allá del Mulda se llenó de hombres que conducían remolques y carros hacia el vado.

Y en ese momento regresó la última patrulla, la que habían enviado más lejos. Scharley carraspeó de un modo significativo, recorriendo con la mirada a Reynevan. Sansón suspiró. Zmrzlík también sabía, antes de ser informado, lo que pasaba.

—¡Vienen! ¡Vienen, hermano Zmrzlík! ¡Son legión!

—Estamos apañados... —dijo Predbor de Pohorílky con pesar—. ¡Traición! ¡Nos han traicionado!

—Eso parece —asintió Zmrzlík sin inmutarse, de pie sobre los estribos—. ¡A formar!

—¿Vamos a proteger la travesía? ¡No somos ni trescientos!

—Tiene que ser suficiente. —Zmrzlík lo miró desde arriba—. ¡Formad para el combate!

Esperaban emboscados, ocultos en un pinar. Se oían susurros. El bisbiseo de las oraciones.

—¿Reynevan?

—¿Sí, Scharley?

—No busques la muerte. Tenemos que ser héroes. No caídos. ¿Está claro?

Reynevan no respondió, se mordisqueaba los labios.

La niebla suspendida sobre los prados encharcados apagaba los ruidos, el terreno blando mitigaba el estruendo de los cascos. Lo primero que llegó a sus oídos fue el relincho de un solo caballo. Después el chasquido del hierro. Después se encontraron con todo de golpe.

—No pasan de cuatrocientos caballos —calculó Zmrzlík a media voz—. Tiene el miedo muchos ojos. Y avanzan despacio, sin entusiasmo. No dan la sensación de ir al combate...

—En el emblema de su estandarte hay un ala de águila —dijo sorprendido Predbor de Pohorílky—. Es el emblema del señor Hanusz Polenz, bailío de Lausacia. ¿Qué hacen aquí los lausacianos? ¿Y cómo es que son solo cuatrocientos?

—Es la vanguardia —afirmó Zmrzlík—. Seguro que el kurfurst de Sajonia viene

detrás con toda su gente. Cuando lleguen, aplastarán a Procopio en plena travesía. Tenemos que detenerlos. ¡La señal! ¡Trompetas!

Se oyó el sonido de cobre y hojalata de una trompeta, y junto con la primera nota estallaron cien falconetes y arcabuces. Ocultos detrás de las cabañas y los vallados, los tiradores no tardaron en cubrir la columna con una lluvia de balas y virotes, causando en la formación de los lausacianos un caos monstruoso. Aprovechando el desbarajuste, cayó sobre ellos por el flanco derecho Zmrzlík con cien jinetes, mientras otro centenar, bajo el mando de Fritzold von Warte, atacaba por la retaguardia. Los tiradores, nuevamente a caballo, se cebaron en el flanco izquierdo. Los chasquidos y el griterío llenaron el campo de batalla.

Reynevan volaba por delante de todos, fue el primero en arremeter contra los lausacianos, el primero en tirar de la silla a un enemigo, se adentró en sus filas, tajando con la espada como loco. Justo a su lado se aplicaba Scharley, cortando con el bracamarte, por el otro lado Sansón agujijoneaba con el goedendag, derribando bestias y jinetes. La caballería del Tabor, peor protegida e inferior en número, contaba con la ventaja del impulso y la sorpresa. Y de la convicción. Caían los impactos sobre los aturdidos lausacianos, sobre los gritos del combate y el berrear de los heridos se alzaba el estruendo ensordecedor del metal machacado.

A todos sus hombres superaba en bravura y ardor guerrero el caballero Jan Zmrzlík, señor de Orlík. Se abrió paso entre las filas lausacianas y allí se ensañó de un modo atroz, y hasta metódico, descargando a derecha e izquierda su hacha de guerra. Bajo sus golpes, asestados con toda precisión, estallaban petos y escudos como si fueran vasijas de arcilla, se doblaban las hombreras, se rajaban los guardabrazos, las celadas rotas y los bacinetes ensangrentados volaban hasta una altura de cinco varas. Los lausacianos empezaban a retroceder y escapar ante tan feroces guerreros, y otros, al verlo, ponían igualmente tierra de por medio. Sobre todo, porque desde el vado se podían oír ya gritos de combate, los primeros taboritas que habían atravesado el río corrían a prestar su ayuda.

En cambio, nadie acudía en auxilio de los lausacianos. Zmrzlík no dejó pasar la ocasión.

—¡Sus y a ellos! —gritó—. ¡Dadles duro! ¡Que no escapen!

Su voz, aunque atronadora, se perdió entre chasquidos y bramidos. Pero no por eso se libraron los lausacianos. Los castigaron hasta que empezaron masivamente a dar la espalda. Para poner los pies en polvorosa. Parte de los husitas se lanzó tras ellos, mientras otra parte iba rematando a los que se habían quedado, reunidos en grupos compactos y defendiéndose con coraje. Un grupo en concreto presentó una resistencia especialmente ardorosa y eficaz, lo comandaba un caballero con armadura completa, a lomos de un caballo acorazado.

—¡Herejes, hijos de perra! —gritaba el caballero por debajo de la visera alzada de su celada, enarbolando un gran espadón—. ¡Venid aquí! ¡Venga! ¡Os reto a un duelo singular, uno contra uno! ¿Quién se atreve? ¡El que sea!

Scharley se acercó a Reynevan, le puso en la mano el arcabuz «traidor» de Praga, con la mecha encendida.

—Tú acércate —le susurró—, ya que lo pide.

Reynevan se limpió el sudor y la sangre de los ojos. Se acercó al trote, levantó el pistolete y disparó al caballero en pleno rostro. Fue suficiente.

—*Pardon!* —Uno tras otro los lausacianos arrojaron las armas—. *Pardon!* ¡Me rindo!

—¡A los importantes no los matéis! —gritó Predbor de Pohorílky, herido y tambaleándose en la silla—. ¡Amarradlos! El rescate...

Se atragantó, no pudo sacar nada más de dentro.

Jan Zmrzlík subió trotando a una colina, saltó del caballo salpicado de sangre. Se enjugó la sangre de la cara. Observó el campo donde sus trescientos jinetes habían aplastado y obligado a huir a cuatro centenares de lo más granado de la caballería lausaciana. Se arrodilló.

—*Non nobis.* —Juntó las manos, levantó los ojos al cielo—. *Non nobis, sed nomini Tuo, Domine, da gloriam*^[59]...

Los demás, al verlo, empezaron igualmente a arrodillarse. Reynevan desmontó, titubeó, se agarró a los estribos. Después se dobló por la cintura y vomitó.

—No está mal ser héroes —comentó Sansón, respirando profundamente—. Si no fuera por este horror. ¿Cómo te encuentras, Reinmar?

Reynevan volvió a vomitar. Sansón no repitió la pregunta. Llegó hasta ellos Scharley, también desmontó. Esperó a que Reynevan se recuperara.

—*Ventas Dei vincit* —dijo—. No sé cómo, pero *vincit*. No sé cómo ha podido ser que no estuvieran aquí esperándonos diez banderas sajonas. Puede que, en efecto, se deba a la intervención divina. O a que alguien se ha confundido de vado.

—Ni lo uno ni lo otro —repuso Reynevan con el semblante triste—. Rixa ha dado alcance a Bozyczko y se ha deshecho de él. Llevando de ese modo la perdición a Jutta, condenándola a muerte...

Sansón, a su lado, negó con la cabeza. Por fin, señaló hacia el vado. Hacia el cortejo que se acercaba.

En compañía de Kromesín, Kersky y otros hetmans venía Procopio el Rasurado, luciendo un kalpak de marta y una capa con cuello de lobo, echada por encima de un «caftán grueso», como llamaban en Bohemia a una brigantina acolchada y cubierta de botones. Sonrió y se mostró radiante al contemplar el campo de batalla. Bajó del caballo, estrechó entre sus brazos a Jan Zmrzlík.

—*Non nobis.* —El señor de Orlík agachó con modestia la cabeza—. No a nosotros, sino al nombre de Dios da gloria... Los hombres han combatido virilmente... Con abnegación... Oh, y no digamos esos tres. Muchos han caído...

—El sacrificio no será olvidado —sentenció Procopio.

Sonrió con aprobación al ver a Scharley regado de sangre y a Sansón, que todavía no había recobrado el aliento. Miró a Reynevan. Se puso serio. Se dirigió a él.

—Perdóname —dijo secamente—. Tenía que hacerlo. No creía que fueras un traidor, pero me presionaban. Había que ahuyentar las sospechas, Y han sido ahuyentadas. Aquí, en Kóssem, hemos cruzado el río sin pérdidas. Mientras tanto, el *kurfürst* sajón, el landgrave de Turingia y los de Brandeburgo, con toda su potencia, nos están esperando a diez millas de aquí, junto al vado de Dornau. Y de cruzar por Dornau le hablé solo a él.

Señaló. Reynevan vio a un hombre al que llevaban entre dos caballos, atado a unas sogas. Lo reconoció, aunque era difícil reconocerlo. Ya no tenía cara, sino tan solo una máscara de sangre reseca. Era el barbero personal de Procopio. El de los jabones italianos.

—Ese rapabarbas —Procopio lo miró con desprecio— tampoco era de los mejores. Consigue, hermano Kromesín, que lo confiese todo. Sus colaboradores, contactos y demás.

—Ya ha confesado todo.

—No lo creo. Por lo que veo, sigue teniendo piernas. Y puede sostenerse sobre ellas. Poned más empeño.

—Como ordenéis.

Procopio montó de un salto, dio la vuelta al caballo, miró hacia el río, donde proseguía la travesía del Tabor. Quinientos jinetes, a las órdenes de Mikulás Sokol de Lamberk, habían cruzado ya y se dedicaban a asegurar el terreno. En esos momentos era la artillería la que estaba vadeando el río. Uno tras otro, los carros emergían de las aguas del Mulda, transportando las catapultas desmontadas, esto es, trabuquetes y mánganos, así como cañones de distintas formas y calibres. Modernos veuglaires de retrocarga sobre plataformas de madera. Bombardelas ligeras, de seis libras, finas culebrinas y falconetes. Bombardas medianas, que lanzaban proyectiles del tamaño de una cabeza humana. Por último sacaron del río tres pesados cañones, de un calibre de cincuenta libras. A estos los predicadores los habían bautizado con los nombres de «Libertad», «Igualdad» y «Fraternidad», pero los artilleros, entre sí, los llamaban «Gaspar», «Melchor» y «Baltasar».

—Veo que el crédito de los Fugger se ha invertido bien —masculló Scharley, examinando los cañones con ojos de experto—. Ahora sé por qué destruí aquellas minas en Marienberg y Freital...

—Más bajo. Procopio está mirando.

—Reynevan —el director operationum Thaboritarum se interesó nuevamente por ellos—. Por lo que veo, no solo curas eficazmente, sino que también combates con bravura. Te has hecho acreedor de un reconocimiento. Dime cómo puedo recompensarte. O al menos darte satisfacción.

—Pues como siempre. —Scharley se metió alegremente donde no le llamaban—. Como hace dos años en Kolín. Concédenos un permiso, hetmán. Para que nos ocupemos de nuestros asuntos, naturalmente. Tenemos que arreglar un asunto privado, de una importancia vital. Lo arreglamos y volvemos, para seguir cumpliendo

con nuestro deber con Dios y con la patria.

—Tus palabras —Procopio se puso serio— no suenan patrióticas, hermano Scharley.

—El patriotismo de boquilla —replicó el demérito— es el camuflaje de los canallas y los bribones.

Procopio volvió la cabeza. Miró al río, donde Otík de Loza apremiaba a los carreteros taboritas que seguían vadeando el río. Después dirigió al caballo hacia la carretera.

—Bene —soltó escuetamente según se alejaba—. Tenéis vuestro permiso.

Nada más cruzar, todos en el Tabor ocuparon sus posiciones, formaron en columna cubierta en los flancos por soldados con paveses. Procedentes del vado, marchaba cantando la infantería, los mayaleros y los tiradores.

*Jezu Kriste, stedry kneze
s Otcem, Duchem jeden Boze,
tvoje stedrost ríase zbozí.
Kyrieleison!*

—Algún día —dijo a sus espaldas Rixa Cartafila de Fonseca, que se había aproximado inadvertidamente—. Algún día también me lo preguntarán a mí. Cómo pueden recompensarme, me preguntarán, por mis esfuerzos y mi abnegación. Sirves lealmente, me dirán, sin pedir honores ni recompensas. Pide, me dirán, y lo que deseas se te concederá. Tengo lista la respuesta, ¿sabes? Quiero, les diré, ponerme únicamente vestidos de mujer el resto de vida. Quiero mirar el fuego únicamente en la cocina y que mi único miedo sea que la trenza de pan no suba en el horno. Quiero un marido, un judío decente, un viudo rico a ser posible. Eso es lo que pienso responder cuando me pregunten.

—Has matado a Bozyczko.

—No he podido. No conseguí darle alcance.

—Entonces, ¿qué clase de milagro...?

—¿Ha permitido la travesía de los husitas, por no hallarse aquí el ejército de Federico, sino en Dornau? Dímelo tú a mí.

*Ty jsi prolil svou krev pro nás
z vecné smrti vykoupü nás,
odpustiz nám, nase viny.
Kyrieleison!*

—¿Reynevan?

—Dime.

—Estaba furiosa contigo.

—Lo sé.

—Si Bozyczko... Si los sajones hubieran llegado a saber el verdadero punto de la travesía, si hubieran aplastado a Procopio en el río, si se hubiera producido una carnicería... Mi primera reacción habría sido la de matarte. Y, si no matarte, por lo menos castigarte cruelmente. Había decidido ocultarte...

—¿Ocultarme qué? ¡Rixa!

—No di alcance a Bozyczko. Después de aquel golpe me daba vueltas la cabeza, vomité... Y el muy canalla sabe de magia translocacional, es capaz de transportarse en el espacio. Escapó de mí sin dificultad. Lo único que he conseguido interceptar ha sido este mensaje suyo dirigido a ti. El pago por tu traición, tal y como pensé, las monedas de plata de Judas... Había decidido castigarte. Ocultándote...

—¡Habla!

—Tu Jutta está en Cronschwitz. En el convento de las dominicas. El sol se puso. Y el horizonte se incendió con la púrpura del oro ígneo.

Con el ocaso tuvieron que interrumpir la travesía del Mulda. Temían lo que pudiera pasar aquella noche. Medio ejército seguía aún en la orilla izquierda: diez mil hombres con medio millar de carros.

Cuando cayó la noche, una luna roja iluminó el cielo por el noroeste. Federico II Wettin, elector de Sajonia, incendió los arrabales de Leipzig, para que no pudieran valerse de ellos los husitas durante el cerco a la ciudad.

Fue la única tarea que pudo realizar el elector. Antes de retirarse a toda prisa con sus tropas hacia el norte.

Al día siguiente, 8 de enero, el resto del ejército de Procopio vadeó el río. Las tropas de campo de los Huérfanos, cinco mil hombres armados, comandados por Jirí de Recice. El contingente ciudadano de los Huérfanos, a las órdenes de Jan Královec. Los praguenses de Zikmund Manda de Kotencice. Finalmente, la retaguardia, correos montados de la nobleza checa que prestaba su apoyo a los husitas. En conjunto, mil quinientos jinetes y más de ocho mil soldados de infantería con carros.

Los husitas estaban en la orilla izquierda del Mulda. Sajonia, Turingia y el Osterland estaban a su merced. Rendidos a sus pies.

Por detrás de los montes lejanos se alzaban nubes de humo negro. Eran los arrabales de Leipzig, pasto de las llamas.

—*Principes Germaniam perdiderunt.* —Treparriscos tiró de las riendas al caballo, que no paraba de resoplar, señaló las humaredas—. Los duques han llevado este país a la ruina, lo han puesto en manos de los invasores. Cinco ejércitos heréticos marchan sobre Turingia, Pleissenland y Vogtland, para convertir estas regiones en un desierto chamuscado. ¡En verdad, en todas estas tierras no hay sino azufre, sal y fuego! Nadie las siembra, no dan fruto, no crece ninguna planta en ellos, como en la destrucción de Sodoma, Gomorra, Adma y Zeboim.

—*Gladius foris, pestis et fumes intrinsecus* —asintió con gravedad Lukasz

Bozyczko, también con palabras de las Escrituras—. En el exterior la espada, en el interior el hambre y la peste. Quien se encuentre en los campos, morirá por la espada, y quien permanezca en la ciudad, será devorado por el hambre y la peste.

—Pero han podido aplastarlos mientras estaban cruzando el río. —Treparriscos sacudió la cabeza—. Han podido destrozarlos, acabar con ellos, ahogarlos. ¿Cómo es posible? Seguro que los espías les habían revelado el lugar por donde iban a atravesar el río. ¿Y tú, diácono, no sabías nada de eso? Al parecer, estabas próximo a príncipes y obispos, viniste de Silesia con alguna embajada, no voy a preguntarte con cuál, de todos modos no me lo vas a decir. Pero, en cualquier caso, estabas allí presente cuando estaban adoptando una decisión. Explícame por qué adoptaron una tan inadecuada y desastrosa.

Bozyczko levantó los ojos, juntó las manos sin soltar las riendas.

—Así lo ha querido el cielo —dijo—. ¿No habrá castigado el Señor a los príncipes con el error y la ceguera? ¿Y si han caído sobre ellos, como castigo, *amentia et caecitas*?

Treparriscos lo miró de reojo, habría jurado que había captado un tono de altiva ironía. Pero el semblante de Bozyczko era reflejo fiel de la piedad, la sinceridad y la humildad, y con semejante mezcla su fisonomía no andaba muy lejos de la imagen del cretinismo.

—¿No tienes —preguntó Treparriscos, sin apartar la vista del diácono— nada más que contar? ¿No sabes nada? ¿No sospechas nada? ¿A pesar de que has estado al lado de los príncipes? ¿No habrás visto incluso a ese espía?

—Soy un clérigo —respondió Bozyczko—. No me conviene entrometerme en asuntos mundanos, *nemo militans Deo implicat se negotii secularibus*. Y ahora, señor, permitidme que parta. Debo llegar a Wroclaw cuanto antes. ¿No iréis también vos de regreso? Podríamos viajar juntos, sería más ameno, ya lo dice el refrán: *comes facundus in via*^[60]...

—La *facundia* —le cortó Treparriscos con brusquedad— no es lo mío últimamente, no soy un buen compañero de viaje. Además, aún tengo que resolver aquí ciertos asuntos.

—Ya me imagino. —Bozyczko echó un rápido vistazo a la formación de los Jinetes Negros, que se habían apostado detrás de ellos—. En ese caso, me despido, señor Grelleort. Que Dios os conceda... aquello que os habéis ganado.

—Te doy las gracias —Treparriscos echó la mano a las alforjas, sacó un frasquito— por tu bendición. Yo también te deseo felicidad... a la medida de tu piedad. Vamos a beber por eso.

Treparriscos bebió primero. Bozyczko lo observó atentamente. Después tomó el frasco que se le ofrecía, dio un trago.

—Con Dios, mi señor Grelleort.

—Lo mismo digo, mi señor Bozyczko.

Douce von Pack se acercó al trote, se detuvo al lado de Treparriscos con la

jabalina cruzada sobre la silla. Ambos observaron cómo el diácono, que montaba un viejo rucio, desaparecía por detrás de la loma pelada de la montaña.

—Ahora —Treparriscos interrumpió el silencio— basta con esperar. Tarde o temprano se herirá con algún hierro.

»Seguramente te sorprenderá —prosiguió, sin prestar atención al silencio de la muchacha— que haya gastado en este curilla la última dosis de Perferro. Salvo el último sorbo, que no he tenido más remedio que beber para no despertar sospechas. ¿Por qué lo he hecho? Puedes llamarlo un presentimiento.

Douce no contestó. Treparriscos, de todos modos, no estaba del todo seguro de que ella lo hubiera entendido.

—Llámalo un presentimiento —repitió, haciendo girar a su caballo y ordenando con una señal a sus Jinetes que se pusieran en marcha—. Intuición. Sexto sentido. Di lo que quieras, pero yo tengo sospechas de Bozyczko. Sospecho que no es quien pretende ser.

Capítulo decimosexto

En el que el lector por fin descubre qué ha sido en el último año de Ginebra, la amada de Lanzarote, secuestrada por el malvado Meleagant. O sea, de Jutta, la amada de Reynevan.

En el convento de las dominicas de Cronschwitz había en esos momentos cuatro novicias, dos ancillae Dei, seis hermanas conversas y cuatro doncellas de buena familia. El número variaba, unas muchachas se iban y otras llegaban, y la presencia de una nueva era siempre un acontecimiento. Las nuevas no pasaban desapercibidas. Todas las caras estaban tan vistas que cuando aparecía una nueva llamaba la atención de inmediato. Las nuevas también se distinguían por su actitud: aún no estaban habituadas a encogerse y a agachar la cabeza humildemente, gracias a lo cual sobresalían por encima de la media. La voz las delataba, disonando sobre los cuchicheos de las otras. Naturalmente, el rigor del convento nivelaba tales diferencias a un ritmo vertiginoso, aplastándolas como un rodillo, pero por un tiempo la recién llegada se convertía en la sensación de la temporada.

La muchacha que habían instalado en el *dormitorium* la víspera de San Juan Bautista, tenía, a juicio de Jutta, todos los atributos propios de una sensación de la temporada. Era extraordinariamente bella, tenía un tipo estupendo que no conseguía afeitar ni el saco deforme que allí era conocido como hábito de conversa. Los cabellos castaños se le ensortijaban en la frente, formando un revoltoso mechón, y en sus ojos avellana revoloteaban unas chispas juguetonas, que no acababan de encajar con la expresión algo perpleja de su agradable rostro ovalado. La muchacha estaba sentada en la cama que se le había asignado, la única libre en el *dormitorium*. La casualidad había querido que estuviera al lado de la cama de Jutta. Que precisamente estaba barriendo el *dormitorium*.

—Soy Weronika —se presentó en voz baja la recién llegada. Tímidamente. La prohibición de usar el apellido era la primera cosa que les metían en la cabeza a las conversas al llegar al convento. Si la cabeza no era el aspecto más fuerte de la conversa, a veces les metían la prohibición de otra manera.

—Soy Jutta. Bienvenida, estás en tu casa.

—No está mal esta cama —juzgó Weronika, sentándose y saltando del lecho repetidamente—. La que tenía en Weissenfels era mucho peor. Espero que no haya muerto nadie en ella.

—¿Este mes? No. Sin contar a Cunegunda.

—¡Maldición! —Weronika dejó de dar saltos—. ¿De qué murió?

—Dicen —Jutta sonrió con la comisura de los labios— que de los pulmones. Pero yo creo que de aburrimiento.

Weronika estuvo mirándola un buen rato, y unas chispas titilaban en sus ojos.

—Me gustas, Jutta —dijo por fin—. Estoy de suerte. Hoy rezaré por la difunta Cunegunda, agradeciéndole que haya dejado la cama libre. Por lo que respecta a mi vecina de la izquierda, ¿también he tenido suerte?

—Si te gustan las cretinas, sí.

Weronika soltó una carcajada. Y acto seguido se puso seria.

—La verdad es que me gustas.

—La verdad es que no pierdes el tiempo.

—Porque es una pena perderlo —Weronika la miró a los ojos— cuando se encuentra un alma gemela. Al fin y al cabo, no es algo que pase todos los días. Cronschwitz no es mi primer convento. ¿Y el tuyo?

—Tampoco.

—El mismo frío de siempre —constató Weronika con cierto pesar—. El mismo recelo y las mismas púas erizadas. Una de dos: o te tienen encerrada desde hace muy poco tiempo o desde hace mucho.

—En este convento me tienen encerrada desde el 12 de mayo. Pero estoy presa desde finales de diciembre del año pasado. Disculpa, pero no quiero hablar de eso.

Los acontecimientos de diciembre de 1428 habían quedado grabados en la memoria de Jutta como una serie de imágenes violentas, aunque desprovistas de un sentido común. Todo había empezado aquel día, cuando los relinchos de los caballos, los gritos y los chasquidos de las puertas reventadas interrumpieron la calma soñolienta del convento de las clarisas en Bialy Kosciól. Ella estaba en el refectorio cuando irrumpieron unos hombres armados, la agarraron y la arrastraron hasta el patio. Fue entonces cuando empezaron las imágenes.

Reynevan amarrado, revolviéndose en manos de los esbirros. La abadesa con los labios partidos, llenos de sangre, sus libros, su orgullo y su prez, devorados por las llamas en una pira colosal. Monjas y conversas afligidas.

Más tarde Ziebice, una ciudad que conocía bien. Un castillo también conocido, la sala de los caballeros. El duque Juan de Ziebice, no menos conocido, vestido —como siempre, a la última moda— con una brigantina bordada, mi-parti y poulaines con las punteras muy alargadas. Juan de Ziebice, llamado luz y espejo de la caballería, que en otros tiempos se había mostrado tan cortés con su madre y tan generoso con su padre, que a ella misma la había honrado alguna vez con sus gentiles cumplidos. Y de pronto el espejo de la caballería, con espumarajos en la boca, le arranca la ropa, la desnuda delante de todos aquellos hombres presentes en la sala y la toquetea con lujuria, la amenaza de un modo indecente con deshonrarla y torturarla. Y todo eso para chantajear y asustar a Reynevan, a su querido, a su amado, a su Alcasín, a su Lanzarote, a su Tristán, que contempla todo aquello con el rostro contraído y blanco como vientre de pez, con unos ojos de los que se diría que en cualquier momento iba a brotar la sangre, mezclada con lágrimas de rabia y humillación. Y es el mismo Reynevan de siempre, el mismo, pero a la vez parece otro, con una voz desconocida

accede a cosas espantosas, horribles, indignas, vergonzosas. Accede para salvarla a ella.

No llegó a saber a qué había accedido entonces Reynevan. El duque Juan ordenó a sus esbirros que se la llevaran. Se resistió, no sirvió de nada, la arrastraron por pórticos y pasillos. El vestido y la chemise los llevaba desgarrados hasta la cintura, los pechos al aire. Los esbirros, naturalmente, no podían dejar escapar una ocasión como aquella. Apenas se encontraron en un lugar apartado, la arrinconaron contra una pared. Uno de ellos le tapó la boca con su mano apestosa, los demás la sobaron jadeantes. Ella temblaba asqueada, se estremecía espasmódicamente. Aquello les gustó, redoblaron sus esfuerzos. Sus jadeos y sus comentarios obscenos atrajeron al fin a gente más notable, molieron a palos a aquellos esbirros, Jutta oyó el eco de las bofetadas y los golpes secos de los puñetazos. La soltaron, se derrumbó y perdió el conocimiento.

Volvió en sí en un oscuro y vacío sótano, donde olía a vino agriado. Se acurrucó en un rincón, dobló las rodillas por debajo de la barbilla, y se las abrazó con fuerza. Se quedó inmóvil en aquella postura. Mucho tiempo. Mucho, mucho tiempo.

Cuando la sacaron de aquel sótano, estaba dolorida y entumecida, tiesa como un cadáver con *rigor mortis*. No tenía ni idea de lo que iba a pasar con ella, ni tan siquiera la angustia era capaz de abrirse paso entre la niebla que envolvía sus sentidos, una gruesa capa de una sustancia blanda e impenetrable la rodeaba.

De pronto se levantó el viento vivificante de la noche, frío, gélido incluso. Al principio creyó que se iba a espabilar, pero fue una sensación engañosa.

Restalló un látigo. Los caballos relincharon. El mundo empezaba a desperezarse.

Cuando volvió en sí, ya era de día. Un día frío y soleado. El patio de una posada o de una granja, caballos bufando durante el cambio de tiro, el vaho que sale de sus ollares. Graznan las cornejas. Canta el gallo.

—Doncella De Apolda.

Un hombre, no muy alto, la mirada penetrante. Un desconocido. Sin duda, un forastero.

—Tened la bondad de cambiaros de ropa. —Tenía un acento extraño—. Disculpadme, pero mostrarse con ese vestido hecho trizas no es decoroso. Es una deshonra, y atrae en exceso las miradas. Os ruego que os pongáis estas prendas.

Canta un gallo. Ladra un perro. Bufo un caballo enganchado.

—¿Me oís, doncella? ¿Y me entendéis?

Restalla un látigo, relinchan los caballos. El carro da brincos y traquetea en los baches. El frío despeja las mentes. Las ideas se aclaran.

—Doncella De Apolda. Vamos a hacer un alto aquí. Os ruego que no hagáis...

Rompió a llorar. A sollozar. Moqueó como una niña pequeña, como una niña se

extendió con mano trémula las lágrimas por toda la cara. Vio a través de las lágrimas cómo aquel hombre torcía el gesto. Le arrojó las riendas a su criado, la agarró del brazo, la llevó cerca del edificio. Le dijo algo. Ella no le escuchó. Estaba ocupada tramando sus propios planes.

Le dio un codazo seco en un oído, se liberó y le propinó una fuerte patada en la rabadilla, él se contrajo, y ella le soltó una patada en una sien. El criado recibió un puñetazo en un ojo, se sentó y se llevó las manos a la cara. Jutta cruzó el patio de cuatro zancadas, derribó al otro criado de un empujón, le quitó las riendas, montó en la silla de un salto, a base de patadas y manotazos puso al caballo al galope. Las herraduras repiqueteaban en el suelo. La muchacha inclinó la cabeza hasta las crines y se lanzó como una flecha hacia la entrada. He escapado, pensaba. Soy libre...

La alcanzó justo detrás del portalón, de un brusco tirón la derribó de la silla. Ella se resistió en vano: la mano de aquel hombre parecía de acero. ¿Qué clase de prodigio es este?, pensó. ¿Cómo puede haber llegado hasta aquí?

—El prodigio se llama translocación —susurró él, aferrándola de un hombro hasta machacárselo—. La capacidad de trasladarse en el espacio. Soy hechicero. Seguramente no es nada nuevo para ti, tu amado también lo es. No intentes resistirte.

—Suéltame. Me haces daño.

—Ya lo sé. A mí también me duele donde me has dado la patada. Me has pillado desprevenido. Hás conseguido que bajara la guardia, fingiendo ese berrinche. No se va a repetir. No vas a poder repetirlo. Hazme caso y no vuelvas a intentarlo.

La hizo levantarse, de un empujón la puso en manos de los criados. Sin una brutalidad excesiva.

—Te he salvado de las garras del duque Juan —dijo, volviendo la cabeza, como queriendo demostrar una indiferencia arrogante—. Te he sacado a escondidas de Ziebice. Te llevo a un sitio donde vas a estar un tiempo oculta al mundo. No me preguntes que con qué derecho.

—¿Con qué derecho?

—Ocultarte por un tiempo es algo que va en tu interés. Se ha montado mucho ruido en torno al monasterio de Bialy Kosciól, demasiado. El culto a la Gran Madre, la Hermandad del Libre Espíritu, los rituales valdenses, la magia de Aradia... Créeme, será mejor si desapareces por un tiempo.

—¿Mejor para quién?

No respondió. Hizo un gesto de indiferencia con la mano, se dio la vuelta y se marchó.

Weronika no se rindió. El siguiente intento de conversación tuvo lugar tres días más tarde, un domingo. Después de misa, cuando Jutta estaba sentada sobre una tabla, en el *necessarium*, entró Weronika, se subió el hábito y se sentó sin ningún recato sobre el agujero más cercano.

—No te enfades —dijo, anticipándose a la reacción de Jutta—. ¿Te parece mal

que busque el trato contigo? ¿Con quién lo iba a buscar si no? ¿Con esas idiotas de conversas?

—Es algo embarazoso. —Jutta no la miraba a ella, sino a los garabatos en la pared—. Es realmente embarazoso.

—*Pardieu*, Jutta, tú y yo estamos hechas de la misma pasta. Estamos aquí encerradas, me juego la cabeza, por parecidas razones. Te sientes mal contigo misma, me doy cuenta, por eso reaccionas así. Dentro de un mes a mí me pasará lo mismo. Tenemos que ayudarnos. Tú a mí, yo a ti.

—Oh.

—Tú a mí, yo a ti —Weronika bajó la voz—. Porque yo... Jutta, este es mi tercer convento. Ya he tenido suficiente. Aquí voy a volverme loca. Quiero darme el piro. Y tengo una propuesta: escapemos juntas. Las dos.

Jutta seguía mirando los garabatos en la pared. Pero inconscientemente asintió con la cabeza.

Hay que admitir que los esfuerzos de Weronika se vieron coronados por el éxito. Jutta dejó de evitarla, al cabo de cuatro días las dos muchachas se sentaron juntas a bordar tapetes, una semana más tarde eran ya amigas, a las dos semanas empezaron las confidencias. Weronika se apellidaba Von Elsnitz, su familia tenía posesiones en los alrededores de Halle. El convento de las dominicas de Cronschwitz, por lo visto, era el tercero para ella, antes había estado con las canonesas de Gernrode y con las clarisas de Weissenfels. La habían aislado, según dijo, por decisión de sus padres, como castigo por un amor pecaminoso. Pero, cuando Jutta se decidió finalmente a contar su propia historia, Weronika se quedó boquiabierta.

—¡Santa Verónica, patrona mía! —Se llevó las manos a la cara—. ¡Igual que en los romances! ¡Conjuras y espionaje! ¡Asaltos y raptos! ¡Herejía y magia! ¡Duques, bandidos y hechiceros! ¿De verdad que tu amado es mago y husita? Ayayay... Pues lo mío no tiene color a tu lado, ¡es más soso que ese pescado que nos dieron ayer de comer! ¡Y pensar que yo estoy aquí porque a un idiota le dio por casarse!

—¿Y eso?

—El hijo de unos vecinos, de unos parientes pobres. Un primo lejano. Nos conocimos y... Yo estaba encandilada, así que... Ya me entiendes. Durante medio año nos lo pasamos de lo lindo, unas veces en el almiar, otras veces en la cuadra, en un altillo, otras, cuando se presentaba la ocasión, en la cama de matrimonio de mis padres. Por lo que a mí respecta, para ser sincera, disfrutaba mucho más del pasatiempo como tal que de mi primo, y ya estaba pensando en cambiar de objeto... Pero el bobo de mi primo no se enteraba de la misa la media, se pensaba que aquello era un gran amor. Y fue corriendo a ver a mis padres, a pedirles mi mano. Se descubrió el pastel. Del casamiento ni se habló, mis padres no quisieron saber nada y se lo tomaron tan mal que, como penitencia, me encerraron con las canonesas. Y a mi primo sus padres lo mandaron a Malbork, con la Orden de Santa María, seguro que a

estas alturas los lituanos ya han pillado a ese zoquete y han fabricado un tambor con su pellejo. Así que no puedo contar con que acuda en mi auxilio a lomos de un caballo blanco. ¿Y el tuyo?

—¿Qué pasa con el mío?

—Tu amado, ese afamado médico, hechicero y hereje. ¿Vendrá a liberarte en un caballo blanco?

—No lo sé.

—Entiendo. —Weronika asintió con la cabeza—. Claro que lo entiendo. Tú misma lo has dicho. Es un husita, un hombre de ideas. Fiel a sus ideales. Primero y ante todo, a todos sus ideales. De modo que no cabe esperar a ese caballo blanco. Tendremos que resolver este asunto nosotras mismas, porque no tengo ninguna intención de quedarme aquí bordando tapetes hasta el fin de mis días. Si ya ahora, cada vez que veo un tapete, se me revuelve el estómago. ¿Jutta? Habías pensado...

—¿Sí?

—¿Habías pensado antes en la fuga?

—Sí, había pensado.

El primer intento de fuga había tenido lugar ya a finales de enero. Había tomado la decisión por un motivo de lo más prosaico: tenía frío. No podía soportar el frío, el frío la hacía desdichada. En el convento de las magdalenas de Nowogrodziec la única estancia caldeada era el cálefactorium, también hacía calor en la cocina. Jutta saludaba con alegría los días en que le tocaba el turno de cocina o trabajaba en el cálefactorium, donde elaboraban la tinta y los pergaminos. Pero eran escasos los ratos de dicha, enseguida había que volver a la oración. Y al hilado de lana, que en Nowogrodziec se llevaba a cabo a escala industrial, el claustro funcionaba como una manufactura, a toda máquina, en tres turnos. Durante el hilado pasaba frío, el suelo y las paredes actuaban como una nevera. Jutta ya estaba harta. En cuanto tuvo ocasión se zambulló en la montaña de desechos de la cocina, listos para su transporte.

La abadesa cerró el libro que estaba leyendo: el Líber de cultura hortum de Walafredo Estrabón.

—Bueno, ¿y qué tal te sientes ahora? —preguntó sin ira, más bien como un reproche—. ¿Qué tal te sientes, cazada en un montón de estiércol? ¿Seguro que ha valido la pena?

Jutta se sacudió del pelo una hoja de col, se limpió de la oreja y la mejilla un churrete de nabo podrido. Y alzó orgullosa la cabeza. La hermana Leofortis lo advirtió.

—No hay nada de qué hablar —decidió—. Con tu permiso, madre, me la llevo al establo. Veinte varas serán suficientes para que se olvide de estas majaderías.

—Reflexiona. —La abadesa no le hizo caso a la monja—. ¿Qué habría pasado si lo hubieras conseguido? De noche te escabulles del estercolero y eres libre como un

pájaro. ¿Adónde vas? Ni siquiera sabes el camino. ¿Preguntas a alguien? ¿A quién? Eres una muchacha solitaria, sin amparo. ¿Sabes lo que es una muchacha solitaria, sin amparo? Un juguete sexual para cualquiera al que le apetezca jugar. Para el primer mozo de aldea, para el primer palurdo, para el primer viajero que pase. Y para cualquier banda de malhechores, como las que deambulan a cientos por aquí, serías un juguete por una buena temporada. Para todo el mundo. Hasta que se aburran de ti, hasta que, como consecuencia de lo que hagan contigo, te conviertas en un harapo lleno de moratones, en un adefesio que a duras penas arrastra las piernas con la cara ennegrecida de los golpes y el llanto. ¿Has pensado en todo esto mientras planeabas la fuga? ¿Has calculado esa clase de riesgos? Contesta, tengo curiosidad.

Jutta volvió la cabeza bruscamente, unas mondas de zanahoria se le desprendieron del pelo.

—Se niega a ver nada. —La hermana Leofortis la señaló con dedo acusador—. Solo piensa en una cosa. En su amado. Y no hay camino malo para llegar al amado.

—¿Será posible —la abadesa no apartaba la vista de Jutta— que estés tan ciega? Estoy informada, y algo sé de ti y de tu enamorado. Tus padres, gente de elevada condición, nunca aceptarán tu relación. ¿Estás dispuesta a vivir en pecado, sin contar con la bendición paterna? Pero si así no puede ser. Va en contra de Dios.

—Su amado —terció Leofortis— es un husita, un odioso disidente. Poco le importan los padres, poco le importa Dios. Prefiere llevar una vida de perdición. ¡Siempre que sea a su lado!

—¿Es así? ¡Responde! ¡Responde de una vez, muchacha!

Jutta apretó los labios.

Ludmila Prutkow, abadesa del convento *Poenitentes sórores Beatae Maricie Magdalenae* en Nowogrodziec, abrió los brazos.

—Me rindo —dijo—. Hermana Leofortis...

—¿Veinte varas?

—No. A pan y agua una semana.

—Como una semana después de Carnaval vinieron a buscarme a Nowogrodziec unas personas extrañas. Aunque eran muy poco habladores, me di cuenta de que eran criados de aquel otro del acento raro. Me trasladaron a un convento de cistercienses, más tarde me enteré de que estaba en Marienstern, en Lausacia. Fueron varios días de viaje, en una carreta cerrada. Viendo que estaba cada vez más lejos de casa, me desesperé. Sentía que tenía que escapar. En el lavatorium descubrí un ventanuco con una reja suelta. Estaba alto, necesitaba por lo menos tres sábanas atadas. Una de las conversas daba la impresión de ser legal. Le confesé el secreto, pero ella...

—Te delató al instante —adivinó fácilmente Weronika.

A Sofía von Schellenberg, abadesa del convento de Marienstern, las monjas apenas tenían ocasión de verla, prácticamente solo lo hacían durante la misa conventual.

Según se decía, estaba completamente absorbida por su trabajo en la que era la obra de su vida: la historia del gobierno y la descripción de los actos del emperador Federico I Barbarroja.

—Me gustaría saber —cerró las manos sobre el escapulario y el rosario— por qué te ha resultado tan fastidioso nuestro *cenobium* como para que te decidieras a fugarte. ¿Por el trabajo en los estanques de carpas? ¿Que no te gustan las carpas? Lo lamento, de algo tiene que vivir el convento. ¿Y aparte de los peces? ¿Qué más te ha molestado? ¿Qué hay aquí tan terrible que te obligue a escapar, saltando por encima de un muro tan alto? ¿Cómo has podido hartarte hasta tal punto, doncella Jutta?

—¡El aburrimiento!

—Ah, el aburrimiento. Y más allá de esos muros, en aquella vida mundana que llevabas antes, ¿qué había que fuera tan apasionante? ¿Con qué llenabas tus días, cuáles eran tus distracciones cotidianas? ¿La caza? ¿Las borracheras y peleas? ¿El juego? ¿Los torneos? ¿Las guerras? ¿Los viajes a ultramar? ¿Eh? ¿En qué sentido era más interesante tu vida precedente? ¿Qué tenías allí que no haya aquí? ¿Qué? Bordar en tambor e hilar en la rueca puedes hacerlo aquí igualmente, todo lo que te plazca. Puedes cotillear y parlotear a voluntad, y mejor que en casa, porque la compañía es más inteligente. Así pues, te pregunto: ¿qué echas en falta? ¿A los hombres?

—Por ejemplo —contestó en tono insolente—. Sin ir más lejos.

—¡Ajá! Así que ya hemos probado los goces pecaminosos. ¿Y te apetece un hombre? Bueno, con eso aquí puede haber más problemas. Las hermanas se las apañan, al fin y al cabo es cuestión de ingenio. No es que yo las incite, pero tampoco se lo prohíbo...

—No me has entendido, no se trata de eso. Amo y soy amada. Cada momento lejos de mi amado es como una nueva vuelta al estilete que tengo clavado en el corazón...

—¿Cómo? —La abadesa inclinó la cabeza—. ¿Cómo? ¿Una vuelta al estilete? ¿Clavado en el corazón? ¡Joroba, chica! Tienes talento. Puedes convertirte en una nueva Cristina de Pisan o en una Hildegarda de Bingen. Te proporcionamos un pergamino y unas plumas, un barril de tinta si hace falta, y tú venga a escribir y a escribir...

—¡Quiero libertad!

—Ajá. Libertad. ¿Quizá ilimitada? ¿Salvaje y anárquica? ¿Siguiendo el ejemplo de los valdenses? ¿O de los adamitas checos?

—Te burlas en vano. Me refiero a la libertad en su sentido más común. ¡La libertad sin muros ni rejas!

—¿Y adónde pensabas ir a buscarla? ¿Dónde podemos ser más libres las mujeres que en un convento? ¿Dónde nos permiten estudiar, leer libros, disputar, expresar libremente nuestros pensamientos? ¿Dónde nos permiten ser nosotras mismas? La reja que querías arrancar, el muro que querías saltar, no nos aprisionan. Nos protegen, a nosotras y a nuestra libertad. De un mundo donde las mujeres forman parte del

inventario doméstico. Apenas un poco más valoradas que una vaca lechera, pero bastante menos que un caballo de combate. No te engañes pensando que ese amado tuyo, por el que te has arriesgado a sufrir complicadas fracturas, va a ser distinto. No es distinto. Hoy te ama y te adora como Píramo a Tisbe, como Erec a Enide, como Tristán a Isolda. Mañana te molerá a palos si te diriges a él sin que te haya preguntado...

—No le conoces. Él es distinto. Él...

—¡Basta! —Sofía von Schellenberg hizo un gesto con la mano—. Una semana a pan y agua.

Jutta hojeaba en el púlpito el *De antidotis* de Galeno, obra tediosa, pero que le recordaba a Reynevan. Weronika sacó un laúd del baúl del rincón y empezó a rasguear. Aparte de ellas había dos iluminadoras en el *scriptorium*, además de algunas conversas y novicias que, agrupadas en torno a la regordeta hermana Richenza, estaban aprendiendo ese arte. La hermana Richenza, una persona bastante sencilla, había llegado a un acuerdo con Jutta y Weronika: un pacto de no intromisión.

Weronika cruzó las piernas, se apoyó el laúd en la rodilla.

—*Ben volria morí cavalier...* —Se aclaró la garganta. Y a continuación cantó todo seguido.

Ben volria mon cavalier^[61]
tener un ser e mos bratz nut,
q'el s'en tengra per ereubut
sol q'a luifezes cosseiller;
car plus m'en sui abellida
no fetz Floris de Blanchaflor:
eu l'autrei mon cor e m'amor
mon sen, mos houills e ma vida!

—¡Más bajo, doncella! ¡Basta de alborotar!

—Ni cantar puede una —masculló Weronika, dejando el laúd—. ¿Jutta? ¡Eh, Jutta!

—Dime.

—¿Cómo te lo montabas —Weronika bajó la voz— con tu médico?

—¿A qué te refieres?

—Bien sabes a qué. Deja el libro, ven acá. Vamos a cotillear. El mío, ya sabes, mi primo... Escucha... La primera vez... Era octubre, hacía frío, así que debajo de las faldas llevaba yo puestas unas musleras de lana. Muy ajustadas. Y ese idiota...

El convento cambiaba a la gente. Tan solo un año antes a Jutta ni se le habría pasado por la cabeza que iba a escuchar sin disgusto pintorescas historias sobre los detalles íntimos de unas relaciones eróticas ajenas. Y jamás de los jamases habría

imaginado que iba a contarle a nadie, bajo ningún concepto, los detalles eróticos de sus relaciones con Reynevan. Pero ahora sabía que iba a contarlos. Quería contarlos.

El convento cambiaba a la gente.

—Y, para terminar, figúrate, Jutta, el muy tonto todavía va y me pregunta: «¿Te ha gustado?».

—¿De qué andáis ahí cuchicheando? —curioseó la hermana Richenza—. ¿Vosotras dos, nobles doncellas? ¿Eh?

—De sexo —repuso con descaro Weronika—. ¿Y qué? ¿Acaso está prohibido? ¿El sexo está prohibido?

—No, no lo está.

—Ah, ¿no?

—No. —La monja se encogió de hombros—. San Agustín nos enseña^[62]: *Amore et act*. Ama y haz lo que quieras.

—Ah, ¿sí?

—Ah, sí. Seguid cuchicheando.

Las novedades del mundo raramente se abrían paso a través de los muros conventuales, pero de vez en cuando algo llegaba hasta allí. Pasado San Miguel se extendió la noticia de la incursión husita en la Alta Lausacia, de los diez mil bohemios a las órdenes del terrible Procopio, que ya con el sonido de su nombre causaba pavor. Se hablaba del ataque al monasterio de los Celestinos en Oybin, de los asedios, rechazados al precio de cuantiosas víctimas, a Zittau y Cottbus. Voces trémulas por el terror informaban de la matanza de la población en Gubin, una vez tomada, y de la masacre sangrienta en Kamien. Los rumores centuplicaban el número de ciudades y aldeas incendiadas, contaban las víctimas por millares. Weronika escuchó en tensión, después, con un simple gesto, citó a Jutta en el *necessarium*, lugar que desde hacía mucho les servía para deliberar.

—Esta puede ser nuestra oportunidad —explicó, aposentándose en la tabla, encima de un agujero—. Desde Lausacia los checos pueden pasar a Sajonia. Reinará la confusión, los caminos se llenarán de refugiados, siempre podremos unirnos a alguien. No estaríamos solas. Con una pizca de suerte llegaríamos a...

—¿Adónde?

—¡A donde estén los husitas, se entiende! Tu amado, según decías, es una figura notable entre ellos. Es tu oportunidad, Jutta. Nuestra oportunidad.

—En primer lugar —advirtió Jutta con serenidad—, solo nos han llegado rumores. También en junio cundió el pánico, se hablaba de millares de husitas precipitándose sobre Zittau y Zgorzelec. Y todo quedó en un revuelo de escasa importancia en la frontera entre Silesia y Lausacia. Ahora puede pasar lo mismo.

—¿Y en segundo lugar?

—He visto las consecuencias de las correrías husitas en Silesia. En su avance, los husitas matan y queman todo lo que encuentran a su paso. Si caemos en manos de la

chusma ebria de sangre, estamos perdidas, el nombre de Reynevan no nos salvará. Puede que lo conozcan algunos capitanes de alto rango, la tropa no ha oído hablar de él.

—Entonces, tenemos que concentramos —Weronika se levantó de la tabla, se bajó el hábito— en llegar hasta los capitanes, después de evitar a la tropa. Y somos capaces de hacerlo. Esperemos el desarrollo de los acontecimientos, Jutta, aguardemos la ocasión. ¿Estamos de acuerdo?

—Estamos de acuerdo. Esperemos y aguardemos.

Los acontecimientos, naturalmente, se iban desarrollando, al menos eso se desprendía de las informaciones y rumores que llegaban a Cronschwitz.

Poco después de Santa Lucía el convento se quedó electrizado con la noticia de una nueva incursión, a cargo de un poderoso ejército husita que había penetrado en Sajonia, en el valle del Elba, a través de los montes Metálicos. Weronika dirigió a Jutta una mirada muy significativa. Jutta asintió con la cabeza.

Quedaba aguardar la ocasión.

Y esta se presentó muy pronto. Como de encargo.

En Cronschwitz recibían frecuentes visitas, a menudo eran civiles de alto rango o eclesiásticos que ocupaban un puesto destacado en la jerarquía. El convento de las dominicas era respetado en Turingia, igual que se respetaban las manifestaciones y opiniones de la abadesa, que procedía de una familia importante. Durante la estancia de Jutta visitó personalmente el convento Anna von Schwarzburg-Sonderhausen, la esposa del landgrave. También visitaron Cronschwitz el arzobispo vicario de Maguncia, el escolástico de Naumburgo, el abad de los benedictinos de Bosau y distintos prelados de paso, venidos de diferentes diócesis, en ocasiones muy distantes. La regla —mérito de la abadesa, en última instancia— establecía que cada huésped pronunciaba un sermón o dictaba una lección a las monjas. Los temas de esas lecciones eran variados: la transubstanciación, la salvación, las vidas de santos y padres de la Iglesia, la exégesis de las Escrituras, las herejías y yerros, el diablo y sus acciones, el Anticristo. En esencia, el tema era lo de menos, lo que contaba era ahuyentar el tedio. Además, algunos de los intervinientes eran la mar de apuestos y viriles y proporcionaban a las monjas motivos duraderos para sus suspiros y sus sueños.

Aquel día, el 19 de diciembre de 1429, lunes siguiente al último domingo de Adviento, ad meridiem, cuando el sol invernal pintaba con bellos colores la vidriera con el martirio de San Bonifacio, cuatro personas aparecieron ante las monjas y las muchachas, reunidas en la sala capitular. La reverenda Constanca von Plauen, abadesa del convento. Pedro von Haugwitz, confesor del convento, canónigo colegial de Zeitz. Un individuo entrado en años, alto, de una delgadez ascética, clérigo, aunque vestido como un seglar, con un jubón de brocado veneciano. Y un hombre

más joven, de la edad de Reynevan, rubio, con hábito de profesor universitario, de cara simpática, ojos brillantes y cabellos ondulados como los de una mujer.

—Queridas hermanas —anunció Constanza von Plauen, que a la luz irisada de la vidriera parecía una reina—. Nos honra hoy con su presencia el venerable Oswald von Langenreuth, canónigo de Maguncia, persona cercana al buen pastor de nuestra archidiócesis, el reverendísimo Conrado von Daun. A petición mía, el canónigo pronunciará unos sermones. Estos sermones, señalo, versarán sobre ciertas cuestiones mundanas, de modo que están dirigidos ante todo a aquellas doncellas que se encuentran temporalmente entre nosotras, así como a aquellas sórores y conversas que no perseveren y regresen al mundo. Pero, en mi opinión, a las hermanas que nos hemos consagrado y hemos hecho votos tampoco nos vendrá nada mal esta instrucción. Pues la sabiduría nunca perjudica y nunca sobra. Amén.

El canónigo Oswald von Langenreuth se adelantó.

—Somos imperfectos —empezó, tras una pausa efectista, bajando los brazos de un modo igualmente efectista—. ¡Somos débiles! Caemos en la tentación. Todos, con independencia de la edad, la inteligencia y el sexo. No obstante, debéis ser conscientes, hermanas, de que las mujeres están más expuestas, cien veces más expuestas, a la tentación. Pues si el Creador hizo imperfecto al hombre, al crear a la mujer creó a la más imperfecta de todas las criaturas. Otorgándole la capacidad de dar vida, la convirtió al mismo tiempo en presa de la concupiscencia y la lujuria. La entregó al sufrimiento. Pues, como dice el sabio Albertus Magnus: la concupiscencia y la lujuria son como la enfermedad, aquel de quien se apoderan padece...

—Y tanto —masculló Weronika.

—... Y es impotente. Necesita una enorme fortaleza para resistirse al deseo. ¿Y qué hay de la mujer? ¡La mujer es débil! No hay espíritu en ella, y su cuerpo es frágil frente al deseo, está en sus manos. Ni siquiera en el seno del matrimonio puede escapar a la lujuria. ¿Cómo resistirse, cuando le debe al marido obediencia y sumisión? ¿Siguiendo la letra de las Sagradas Escrituras? Dice el libro del Génesis: «Tu deseo será para tu marido, y él señoreará sobre ti». «Que las casadas estén sujetas a sus propios maridos», nos enseña San Pablo en la Epístola a los Efesios.

»Entonces, ¿cómo puede ser?, preguntaréis —prosiguió el canónigo— ¿Qué podemos hacer? ¿Someterse y pecar con el cuerpo? ¿O bien oponerse al marido y cometer pecado de desobediencia? Sabed, queridas hermanas, que hay una solución para este dilema, gracias a las enseñanzas de los grandes doctores de nuestra Iglesia y a los sabios teólogos.

»Dice Tomás de Aquino: si, movido por la concupiscencia, vuestro marido desea vuestro cuerpo y os requiere relaciones carnales, hay que procurar alejarlo de eso, actuando con celo, pero sabiamente. No obstante, si eso no diera resultado, y por lo general no da resultado, es preciso someterse, cometiendo el menor de los pecados y evitando así que el marido incurra en un pecado más grave. Pues de no ser así estaría dispuesto a correr al burdel a saciar su deseo o, Dios no lo permita, a cometer

adulterio con la mujer del prójimo. O a agarrar a un muchachillo cualquiera y... ¡Tened compasión, santos divinos! Ya estáis viendo, hermanas, que es preferible sacrificarse antes que exponer a tales pecados al marido. Hace bien quien protege al prójimo del pecado. ¡Es esa una buena acción!

—Bueno es saberlo —musitó Weronika—. Lo tendré en cuenta.

—Más bajo —susurró Jutta.

—Hay que procurar, en cualquier caso, que no haya en todo ello ni rastro de lujuria. Dice el teólogo Guillermo de Auxerre: grande es el placer que acompaña a las relaciones carnales, mas no comete pecado quien no experimenta ese placer. Pero, por desgracia, es bien raro que no se experimente...

—Rarísimo —susurró Weronika.

—En tal caso, solo un consejo se puede dar: orar. Orar con devoción y sin descanso. Pero íntimamente, en silencio, para no ofender al marido durante la relación, pues ofender al marido durante la relación no solo es un pecado, sino además una ordinariéz.

—Amén —susurró alguna de las monjas.

—Como veis, hermanas —dijo solemnemente la abadesa—, no es cosa sencilla. Más cosas os diré al respecto nuestro segundo invitado eminente, el sabio Nicolás de Cusa, teólogo, bachiller de la universidad de Heidelberg, decretorum doctor de la universidad de Padua, canónigo de Tréveris, secretario del arzobispo de esta ciudad. Varón joven en años, pero célebre ya por su piedad y sabiduría.

El joven de la edad de Reynevan se puso de pie. Se adelantó. Entrelazó las manos. La vidriera de San Bonifacio lo iluminó muy lindamente.

—Un querubín —murmuró Weronika—. Puede que hoy sueñe con él.

—Yo ya estoy soñando —susurró una novicia a la espalda de Jutta.

Las otras le chistaron para que se callara.

—Queridas hermanas en Cristo —empezó con voz agradable el joven teólogo—. Si me permitís, no voy a enseñaros nada, pues aún estoy lejos de la omnisciencia, ni voy a advertiros, pues tampoco yo estoy libre de pecado. Permitidme que me limite a compartir con vosotras aquello que tengo en el corazón.

Se hizo un silencio cuajado de expectación, se diría que hasta resonaba en las bóvedas.

—El hombre auténticamente divino —empezó Nicolás de Cusa— vive concentrado. Liberado de los afanes terrenos, vuelve sus ojos con veneración hacia la bondad perdurable. Es entonces cuando se despeja el cielo encapotado. Súbitamente, desde el rostro del amor divino la luz penetra como un relámpago en el corazón abierto. En su resplandor, el Espíritu Divino se dirige al corazón, diciéndole: «Yo soy tuyo, y tú eres mío, yo habito en ti, y tú vives en mí».

»Dos personas que se aman están unidas por una comunidad semejante. El deseo de una de ellas es el deseo de la otra. Su afán es tu afán...

En el semblante del canónigo Langenreuth se dibujó una leve expresión de

inquietud. En cambio en la cara de muchas de las monjas, incluida la abadesa, apareció una sonrisa nostálgica.

—... Pues si el amor brota de Dios, realmente de Dios, no hay nada en él que sea impuro. El amor y el deseo son limpios como la luz, como la lux perpetua, como la naturaleza del jardín del paraíso, antes de que el pecado la echara a perder.

»¡Oh, hermana, hermana mía, única entre tantos! Espera, espera pacientemente, afírmate en la piedad y en la oración. Hasta que llegue el día en que el resplandor del amor te ilumine, cuando aparezca aquel a quien favorezcas con tu amor. Llegará suavissimus, lleno de encanto, y te conducirá al hortus conclusus del placer. El deseo, y después el éxtasis. La fuerza del amor te embriaga, te sume en la dicha perfecta. El alma, henchida de alegría, sirve a aquel a quien ama, aún con más ardor, pues no oculta su desnudez ante la desnudez inocente de aquel...

La inquietud en el rostro de Langenreuth era cada vez más evidente. Las monjas, en cambio, se perdían en sus ensoñaciones a un ritmo vertiginoso.

—¡Te daré el nombre de mi amada, tu amor es más dulce que el vino^[63], y el aroma de tus unguentos supera el de todos los bálsamos! Y te diré: *Quam pulchrae sunt mammae tuae soror mea...*

—Si esto es la *devotio* moderna —bisbiseó una novicia por detrás—, yo me apunto.

—Al alba acudiréis juntos al viñedo, a contemplar si ha florecido la vid, si se han abierto las yemas, si los granados ya están en flor: allí le ofrecerás tu amor. Y tus pechos...

—Santa Verónica, patrona mía... Ya no aguanto...

—... tus pechos, que *mandragorae dederunt odorem*, son el fruto, le dirás, que he guardado para ti. Y tendrá lugar la *commixtio* de los sexos, se consumará la *unió mystica*. Ocurrirá, naturalmente, ante el rostro de Dios, que es la naturaleza. Amén. La paz sea con vosotras, hermanas mías.

Constancia von Plauen suspiró de manera audible. Respiró hondo Oswald von Langenreuth. El canónigo Haugwitz se enjugó el sudor torrencial de la frente y la tonsura.

—Es nuestra oportunidad —insistió Weronika—. No podemos dejarla pasar.

Charlaban escondidas en un cuartito detrás de la panadería, su sitio de encuentro habitual estaba ocupado: una de las conversas más jóvenes tenía la tripa suelta y ocupaba el *necessarium* sin parar.

—No menees la cabeza ni pongas caras raras. —Weronika arrugó la nariz—. Ese teólogo es nuestra oportunidad, insisto. Ya has escuchado lo que decía y cómo lo decía. Ese, Jutta, solo piensa en una cosa, te lo garantizo. Todo el convento ha podido oír su sermón, todas hemos visto lo que tenía en los ojos. Y tenía precisamente esa cosa en la que las dos estamos pensando todo el rato.

—¡Serás tú!

—Lo que tú digas. Seré yo. Y el resto del convento, incluida la reverendísima madre Von Plauen. No, no tengo intención de esperar a que alguna se nos adelante y se meta en su cama. Ese apasionado teólogo nos ayudará en nuestra fuga, Jutta. Lo único que se necesita es ir a su encuentro, en la casa de huéspedes. Y ganárnoslo para nuestra causa. Tengo aquí dos palitos. Venga, saca uno. La que saque el más corto tiene que ir a convencerle.

—Pero tú... —Jutta reculó, como si en vez de dos palitos le estuvieran ofreciendo dos víboras—. Espero que no...

—La que saque el más corto es la que va —repitió Weronika con determinación—. Y convence al de Cusa para que nos ayude. No será difícil. Creo que bastará con una fellatio en condiciones. Más los pechos, que mandragorae dederunt odorem. Pero, si resulta que con eso no basta, pues nada, habrá que pasar a la commixtio de los sexos, según el programa completo. Desnudez ante desnudez, etcetera. Venga, venga, no perdamos más el tiempo. La que saque el palito más corto va corriendo al *hortus conclusus*, la que saque el más largo, entre tanto, hace el equipaje.

—No —se opuso Jutta—. No.

—¿Cómo que no?

—Yo no puedo... Amo a Reynevan...

—Y por eso mismo quieres huir. Por eso mismo tienes que huir.

Tiene razón, pensó Jutta, tiene toda la razón. Hace un año que estoy encerrada, un año desde el asalto a Bialy Kosciól. Llevo ya siete meses con las dominicas, en cualquier momento volveré a ver cómo aparecen esos tipos tan raros para cogerme y llevarme a otro convento, más lejano todavía. Me separarán de Weronika, y yo sola soy incapaz de escapar. Tiene razón. Ahora o nunca.

—Trae que coja un palito, Weronika.

—Eso sí que lo entiendo. ¿Cuál has sacado? ¡El largo! Entonces, el corto para mí, mi santa patrona ha escuchado mis plegarias silenciosas. Prepara las albardas, Jutta. Mientras, yo correré a la casa de huéspedes. A ver a Nicolás el teólogo, que espera allí *suavissimus* y lleno de encanto.

Después de hacer el equipaje y cambiarse de ropa, Jutta estuvo esperando en la panadería. Había luna nueva, la noche de diciembre era oscura como el mismísimo fondo de la gehena.

Weronika regresó bien pasada la medianoche. Toda colorada, sudorosa y jadeante. Llevaba puesta una capa forrada de piel, cargaba con un hatillo. Lo ha conseguido, pensó Jutta, al final lo ha conseguido.

No perdieron el tiempo. Atravesaron el patio a toda prisa, dirigiéndose a la casa de huéspedes, y entraron en el oscuro zaguán. Nicolás de Cusa las estaba esperando, con un dedo en la boca les ordenó que guardaran silencio. Las acompañó a las cuadras, donde a la débil luz de un candil unos criados ensillaron un par de caballos. Jutta se enfundó la pelliza que le ofrecieron, se subió la capucha, montó de un salto.

Nicolás de Cusa despidió a los criados. Entonces abrazó a Weronika y la besó. El beso duraba. Y duraba.

Demasiado tiempo. Jutta, impaciente, carraspeó con intención.

—Ya es hora de partir, *sórores* —reaccionó Nicolás de Cusa—. Ya es hora. En marcha.

—¿Quién anda ahí? —farfulló Brunwart, servus seglar del convento, guardián y portero de la casa de huéspedes—. ¿A quién se llevan los diablos esta noche? Maldita sea vuestra...

Reconoció al canónigo, se calló, se inclinó profundamente. El de Cusa, sin decir palabra, le puso en la mano un saquito tintineante. Brunwart se dobló en una reverencia.

—Abre el portalón. Deja salir a mis criados, los mando con un asunto urgente. Y ten el pico bien cerrado.

—Desde luego... Su eminencia... Una noche oscura como el fondo de la gehena. Hace frío.

—Este camino lleva a Weida. Ese otro a Zwickau y de ahí a Dresde. Adiós, queridas hermanas. Que Dios os guíe. Y que os conduzca felizmente hasta vuestros seres queridos.

—Adiós... mi querido Nicolás.

Los cascos resonaron en el empedrado.

Capítulo decimoséptimo

En el que nos ocupamos del Año del Señor de 1430, mientras en las tierras de Sajonia, Turingia y la Alta Franconia, donde habían prendido las llamas de la guerra, se prolonga la gran búsqueda.

Reynevan, Scharley, Sansón y Rixa necesitaron dos horas para llegar desde el vado de Kóssern a la carretera, en dirección a Altenburgo. Empezaba a nevar, a pesar de lo cual marchaban a buen ritmo, guiados por Reynevan, enfervorizado y excitado por la cercanía de Jutta. El ejército husita, dividido en cinco destacamentos, avanzaba entre tanto hacia Naumburgo y Jena, incendiando metódicamente cada aldea y cada oppidum que encontraba a su paso. Al oeste, el horizonte florecía con crestas de humo desgarradas por el viento.

Reynevan los apremiaba, al principio se resistía incluso a parar de noche, quería seguir viajando en la oscuridad. Para disuadirlo, hubo que recurrir a argumentos irrefutables: los caballos necesitaban descanso y alimento, y para colmo se hallaban en un país extraño y hostil. A oscuras y en plena ventisca era fácil extraviarse, confundir el camino, y eso podía traducirse en un retraso mucho peor que unas pocas horas de parada nocturna. En fin, que pernoctaron en un granero vacío a las afueras de una aldea. Que también parecía desierta.

Al oeste y al norte el resplandor de los incendios iluminaba el horizonte.

Estaban sentados alrededor de una pequeña fogata. En completo silencio. Por un tiempo.

—Reinmar —tomó la palabra Rixa, apenas visible en las tinieblas—. Tenemos que aclarar una cosa. Bozyczko te amedrentó con la amenaza de hacer daño a Jutta, y de ese modo te arrancó la información sobre el punto donde iba a ser la travesía. ¿No es verdad?

—¿Adónde —replicó Scharley, igualmente invisible en la oscuridad— quieres ir a parar, estimada Rixa?

—El kurfurst Federico estaba esperando con sus tropas sajonas donde no tocaba, ergo no sabía cuál era ese punto. No conocía la verdad. Se había orientado por una información falsa. Lo cual me lleva a hacerte una pregunta, Reinmar. Que dice así: ¿qué clase de información le proporcionaste a Bozyczko?

—Pues una información falsa, naturalmente —aseguró Scharley desde la sombra—. ¿Qué otra información le iba a dar?

—Muy bien, sería falsa. —Rixa no daba su brazo a torcer—. Pero Jutta debería haber pagado por eso. ¿Tengo que creerme, Reinmar, que te aventuraste a correr tamaño riesgo?

—El elector sajón no nos esperaba con sus tropas en Kóssern —Scharley, nuevamente, respondió por Reynevan—. Estaba esperando en Dornau, dicho de otro

modo, estaba esperando en el lugar equivocado. Tú misma lo has reconocido. ¿Es que necesitas más pruebas?

—No me importan las pruebas, sino la verdad.

—La verdad —Scharley sujetó del brazo a Reynevan, que pretendía contestar— tiene muchas caras. ¿Qué cara tiene tu verdad, Rixa Cartafila? Antes de que Bozyczko te tumbara con el puño de acero, estabas exigiéndole a Reynevan de forma apremiante e insistente que te revelara dónde iba a tener lugar la travesía. ¿Qué información esperabas obtener? ¿Información verdadera o falsa? ¿Cómo pensabas sacarle partido a esa información? ¿A quién ibas a pasársela? ¿En calidad de qué? ¿De información o de desinformación? ¿Vale la pena hurgar?

—Quiero conocer la verdad.

—Eres testaruda.

—Lo he heredado de mis antepasados. Seguiré hurgando: vamos a Cronschwitz, al convento de las dominicas, porque ahí es donde Bozyczko tenía oculta a Jutta de Apolda. Y lo sabemos gracias a que yo intercepté un mensaje suyo destinado a Reynevan. Cuando Bozyczko envió ese mensaje, ya se conocía el verdadero punto de la travesía. Ya se sabía que a Federico lo habían engañado, que por culpa de la desinformación había cometido un error militar fatal. A pesar de eso, Bozyczko ha puesto a Jutta en manos de Reynevan. Ha actuado como un chantajista solvente. Ha cumplido su parte del pacto, ha entregado aquello con lo que chantajeaba una vez que ha obtenido lo que buscaba por medio del chantaje. Así pues, te lo vuelvo a preguntar, ¿qué es lo que ha obtenido Bozyczko? ¿Información o desinformación?

—Y yo te vuelvo a responder: ¿qué más da? Lo que cuenta son los resultados.

—No solo. También cuenta la lealtad a los principios.

—¡Querida Rixa! —Una vez más, fue el propio Scharley quien replicó después de una larga pausa—. Yo también he tenido antepasados. Y tengo descendientes. En mi familia han ido pasando de generación en generación toda clase de enseñanzas de vida y de sentencias, unas más largas, otras más breves, algunas incluso rimadas. ¿Qué aprovecha candil sin mecha? Quien tiene dineros pinta panderos. A otro perro con ese hueso. Había refranes de esos sin cuento, entre ellos recuerdo uno en particular. Decía: la lealtad a los principios es una buena excusa para los inútiles y los apáticos que vegetan en la inacción y el marasmo, sin hacer nada, porque cualquier actividad supera sus fuerzas y su imaginación. Para poder vivir con eso, tales gandules hicieron de su gandulería una virtud. De la que están tan orgullosos.

—Muy bonito. ¿Y la verdad?

—¿Qué pasa con la verdad?

—¿Qué es la verdad?

—La verdad —dijo Sansón Mieles con voz serena— es hija del tiempo.

—Concebida —concluyó Scharley— en el transcurso de un romance fortuito y pasajero con la casualidad.

Cerca ya del mediodía llegaron a Cronschwitz. Pasaban ya de las doce cuando, cansados y aburridos de llamar a la cancela, empezaron a aporrear con todas sus fuerzas. Ya estaban a punto de quedarse roncós de tanto gritar. La cancela del convento seguía cerrada a cal y canto. Y el bloque de piedra del cenobio de las dominicas estaba igual que antes: frío, muerto y mudo.

—¡Hemos venido en busca de la doncella Jutta de Apolda! ¡Contamos con permiso de sus padres!

—*Pax vobiscum, sórores!* ¡Nos envía el obispo de Magdeburgo! ¡Abrid!

—¡Soy clérigo! *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti! Credo in Deum Patrem omnipotentem, Creatorem caeli et terrae!*

—¡Somos buenos católicos! ¡Lo juramos por la Santa Cruz!

—Donaremos al convento cincuen... ¡cien gúldenes!

—¡Jutta! ¡Responde! ¿Estás ahí? ¡Juuutaaa!

La cancela, recubierta de hierro, llamaba la atención por lo fría que estaba y por su desagradable olor a herrumbre. El convento callaba. Como una tumba. Como las piedras de los muros que lo envolvían.

—Las monjas están dentro —concluyó Scharley cuando, resignados, se retiraron a un bosquecillo cercano—. Solo hay una salida. El Tabor está actuando por aquí cerca, esas columnas de humo tienen que estar en las proximidades de Gera, es posible que también esté ardiendo Altenburgo, por donde pasamos ayer. Voy a llegarme hasta allí, me traigo a un centenar de hombres y tomamos al asalto el convento.

—Lo saquearían. Y las dominicas también se llevarían lo suyo.

—Han tenido su oportunidad.

—Voy a acercarme otra vez al convento. —Reynevan apretó los dientes—. Esta vez solo. Delante de la cancela me hincaré de rodillas. Voy a suplicar...

De pronto Sansón se lanzó como un tigre a unos arbustos secos, y sacó a rastras, cogido del cuello, a un tipo bajito y muy peludo.

—Soltadme... —se quejaba el tipo—. Soltadme... Lo contaré todo...

—¿Quién eres?

—Brunwart, señor. Servidor del convento... Os he oído dar gritos junto a la cancela... En vano, pues esa doncella ya no está en el convento...

—¡Habla! ¡Cuenta qué ha sido de ella!

—Pero estabais diciendo no sé qué de un dinerillo...

Marchaban hacia el este, por la carretera de Chemnitz. Alentado por la información obtenida, Reynevan nuevamente iba en cabeza y nuevamente marcaba el ritmo.

—Escaparon del convento —repitió una vez más, a saber cuántas ya, cuando aflojaron el paso—. Jutta con otra doncella. Las ayudó a escapar un cura, amante de la otra...

—Pongamos que de la otra. —Rixa hizo una mueca picarona, se calló al ver la mirada furibunda de Reynevan.

—Se dirigen —prosiguió Reynevan— hacia el este, en dirección a Dresde, a la Via Regia. Está claro, tienen intención de ir a su casa... Tenemos que darles alcance.

—Dejaron el claustro hace más de una semana —advirtió Sansón—. Si hemos de creer al criado. Nos llevan muchísima ventaja. Y mi caballo... No es por preocuparos, pero no anda bien.

—No me extraña —rezongó Rixa—. Cargar con un gigante así no es ninguna broma. ¿Cuánto pesas, dybbuk? ¿Veinte arrobas?

—No va a haber más remedio —Scharley se puso de pie en los estribos— que cambiar de caballo. También al tuyo, Reinmar, por lo que oigo, le suenan los pulmones como si fueran unos fuelles. Necesitamos bestias de frescos. ¿Qué decís a eso?

Señaló hacia el bosque, a un cortafuegos por el que bajaba en ese preciso momento una columna de aldeanos. Serían como una docena, y llevaban caballos.

Y estaban vestidos, o más bien disfrazados, de una forma muy extraña. De una forma nada corriente para tratarse de unos aldeanos.

—Conozco esos caballos —dijo Reynevan—. Y esas capas negras. Y esos bacines negros...

Antes de que le diera tiempo a terminar, Scharley y Rixa ya estaban espoleando a los caballos.

A pesar de ir calzados con unas abarcas descomunales, los aldeanos corrían como ciervos y brincaban como rebecos. Tras deshacerse del botín con el que cargaban, iban sorteando los matorrales y los hoyos llenos de nieve con la gracia de antílopes, volaban con tal ligereza que los perseguidores no tenían nada que hacer. Scharley y Rixa solo pudieron dar alcance a uno de ellos, de edad más avanzada, y aparentemente de pies planos, según diagnosticó Reynevan al observar sus andares de pato.

Cogido por el cuello, el aldeano lloraba, gritaba, pedía clemencia e invocaba a Dios, todo de forma harto confusa e incoherente. Por suerte Scharley estaba al tanto de los secretos de la comunicación con los habitantes del medio rural. Le arreó al palurdo una buena patada en el culo y, en cuanto se enderezó, le soltó un puñetazo en el cogote. El resultado fue inmediato.

—... ¡No hemos hecho nada, no hemos hecho nada! —El habla del pies planos adquirió rasgos humanos—. Nosotros no hemos sido, *schwóre bei Gott*, nosotros no hemos sido... Se acuchillaron entre ellos, ¡entre ellos! Nosotros únicamente les quitamos la ropa a los muertos... Cogimos los caballos y nos los llevamos... *Um Gottes Willen!* Mi buen señor... También a nosotros nos los habían quitado la semana pasada, todo se lo llevaron esos ritter... No nos dejaron ni una gallina... Santa Genoveva... Así que, cuando nos encontramos esos cadáveres...

—¿Cadáveres? ¿Dónde? Llévanos hasta allí.

Más allá del bosque se extendían los barbechos, cubiertos de matojos y nevados. La nieve estaba hollada por las herraduras y teñida de rojo por la sangre, las manchas de los cadáveres la ennegrecían. Habría, a ojo, una veintena de cuerpos.

Los campesinos no habían tenido tiempo de desvalijar ni a la mitad de los muertos, así que la identificación de los restos no presentaba mayor dificultad. Al menos la cuarta parte de los caídos vestían capas negras, corazas negras y bacinetes negros, el uniforme y el signo distintivo, como todos recordaban, de los Jinetes Negros de Birkart Grelleort. Otros tenían aspecto de mercenarios. Rixa fue la única que se adentró entre la nieve ensangrentada y recorrió el campo de batalla, examinando con detenimiento todos los cuerpos, las huellas y los detalles.

—Combatieron ayer mismo —afirmó al volver—. Había quince mercenarios, todos sucumbieron. Los jinetes de Grelleort eran menos, tres de ellos murieron. A dos los remataron, apuntillados con un estilete. Se ve que Grelleort llevaba prisa.

—¿Hacia dónde iba? —preguntó Scharley—. ¿En qué dirección?

—Hacia el sur. Por suerte para nosotros, porque nos habríamos topado con él.

—¿Qué estará haciendo por aquí? —Reynevan serenó a su caballo, cada vez más enfurecido—. ¿Qué andará buscando?

—A nosotros —respondió secamente Sansón—. No nos hagamos ilusiones.

—Cristo... —Reynevan palideció—. Venía del este... Jutta...

—No —le cortó Rixa—. Seguro que no. Vámonos de aquí.

Se pusieron en marcha. Sansón y Reynevan en caballos negros nuevos, llevando otros dos de refresco. Rixa echó un último vistazo.

—He identificado a uno de los que han rematado. —Torció el gesto—. Sirvió en Wroclaw, con Hayn von Czirne. Esbirro, asesino, y para colmo aficionado a las niñas pequeñas. Eso confirma que Grelleort no ha vacilado en reunir y reclutar a todo el que ha podido: canallas, degenerados y gente de la peor calaña.

»Y también se confirma otra cosa —añadió—. Los rumores que hablan de la destrucción por la Inquisición de su legendario castillo, el célebre Sensenberg. Grelleort ya no tiene cuartel general, ni narcóticos de *hashsh'ish* para sus pupilos.

»En otros tiempos eran el terror de la noche —escupió—. La Compañía de la Muerte, los Demonios del Mediodía que despertaban un temor supersticioso. Ahora no son más que una pandilla de granujas descarriados, condenados a salir malparados en cualquier escaramuza. Y a rematar a sus propios heridos. A mi modo de ver, eso es decadencia.

—Los ángeles caídos —observó Sansón— no son menos peligrosos, ni muchísimo menos.

—Has hablado como un *dybbuk*, *dybbuk*.

—Ha hablado muy bien —zanjó Scharley—. Por muy bajo que haya caído Grelleort, preferiría no vérmelas con él. Ni con él ni con esos Jinetes. Ya he tenido

el gusto.

—¿Quién no? —bufó Rixa—. ¡En marcha!

El caballero a cuya presencia fueron conducidos estaba afeitándose en esos momentos delante de una tienda blanca y azul de tela basta. Al verlos, se irguió con orgullo, se limpió la cara. La nariz, advirtió Reynevan, la tenía hinchada, y todo el ojo izquierdo estaba oculto en medio de un gran moratón.

—Soy Gers von Streithagen —anunció con aspereza—. Señor del burgo de Drachenstein. Pfleger local. Aquí estoy montando guardia. A los husitas, si se acercan desde Freital, no voy a permitirles cruzar el río, conmigo esos herejes van a dar en hueso. ¿O no me creéis?

—Claro que creemos —aseguró Scharley—. Y tanto que creemos.

—¿Quiénes sois vosotros?

—Viajeros.

—La tarifa por cruzar el puente es de tres grosches por caballo^[65].

—Pagaremos. —Rixa trataba de apaciguar a Scharley, indignado por el abuso—. Pagaremos, noble señor.

—Primero —terció Reynevan— queremos preguntar una cosa. Este es el único puente de la comarca, quien pretenda ir a Chemnitz, y a la *Via Regia*, no tiene elección, ha de pasar por aquí. Y vos, noble caballero, controláis a todo el mundo. ¿No habrán pasado por aquí dos doncellas? ¿A caballo y sin más compañía?

El caballero palideció, su moratón adquirió de inmediato un tono más oscuro. A Scharley no se le escapó el detalle.

—Y esas jovencitas —masculló, apretando de pronto los dientes Gers von Streithagen—, ¿qué tienen que ver con vosotros? ¿Son amiguitas? ¿Parientes? ¿Tal vez amantes?

—De eso nada —negó el demérito con semblante severo—. Vamos tras ellas para castigarlas. Por orden del párroco de San Nicolás, en Jena. Son unas descastadas, desvalijaron al reverendo mientras celebraba la misa. Decidnos, os lo rogamos, ¿pasaron o no pasaron por aquí?

—Sí. Pero... regresaron después.

—¿Cómo es eso? —estalló Reynevan—. ¿Cómo que regresaron? ¿Para qué? Hablad de una vez, caballero, ¡y sed algo más claro!

—Pero bueno. ¿Es que vais a darme órdenes a mí? —Gers von Streithagen puso los brazos en jarra—. ¿A un noble como yo? ¡Cuánta soberbia, señor mío, cuánta soberbia! Estáis mintiendo en lo referente a las doncellas, ya me he dado yo cuenta, os entendéis con ellas. ¡Y me parecéis espías husitas! Si no, ¿para qué queréis ir hacia el este? Hacia Freital y Marienberg, donde los husitas incendian y arruinan las minas, ¿hasta allí os arrastran esas fugitivas? Seguro que esas jovencitas vuestras también son espías, ellas también iban hacia el este, antes de escapar hacia Plauen. Yo soy el *pfleger*, protejo a la gente de los herejes...

—Ya se ve. Cobrándoles tres grosches por caballo.

—¡Daos presos! —Gers von Streithagen palideció más aún—. Daos presos, hijos de perra. Ahora mismo voy a dar orden de que os achicharren, en un santiamén confesaréis toda la verdad. ¡Eh, vosotros, a mí! ¡Prendedlos!

Scharley se sacó de debajo de la capa el arcabuz traidor. Rixa fue más rápida. Dio un paso. Hizo una mueca. Se atragantó, tosió, carraspeó, resopló. Y después escupió, estornudó y se sonó, sembrando una lluvia de sangre y de mocos. Derecha a la cara del caballero. A sus acompañantes. Y a los alabarderos que acudían corriendo.

—*Heilige María, Mutter Gottes!* —aulló uno de los que flanqueaban al pfleger, limpiándose del rostro la mucosidad sanguinolenta—. ¡Una plaga! ¡Una pestileenciaaaa!

—¡Sálvanos, San Roque!

Todos, como un solo hombre, se dieron a la fuga. El puente retumbaba bajo sus pies.

Quedó allí únicamente Gers von Streithagen, paralizado, mirando con recelo. Scharley se plantó delante de él, le arreó una patada en la espinilla. El pfleger cayó de rodillas, y el demérito le partió la nariz hinchada de un puñetazo.

—¡A los caballos! —Rixa montó de un salto—. ¡A los caballos, compañía!

Muy pronto volaban al galope por la carretera. Hacia el oeste. En sentido contrario al que traían.

—Ahí delante hay mucha gente —advirtió Weronika—. Cúbrete la cara. Al igual que Jutta, llevaba puesto el calotte, una gorrita que le cubría los cabellos. Ahora se tapó también con la capucha. Y agachó la cabeza. Hasta entonces los atuendos habían funcionado, nadie había caído en la cuenta de que eran dos muchachas, nadie las había molestado, nadie se había arrimado a ellas. Nadie las había interrogado y ni siquiera se había interesado especialmente por ellas. Llevaban ya varios días viajando sin problemas, y eso que los caminos no estaban precisamente desiertos, todo lo contrario, a veces estaban abarrotados de gente. Como ahora, cerca de Zwickau.

El río serpenteaba por el valle, el camino llevaba hasta un puente, bloqueado por la hilera de carros que aguardaban para pasar el control. Desde hacía poco predominaba claramente en la carretera el tráfico de este a oeste. Sabían por qué. A las afueras de Annaberg se lo había explicado un buhonero, marido jovial de una mujer que pasaba desapercibida y de un incontable número de críos, con el que se habían encontrado el día anterior. El camuflaje no engañó al buhonero. Dirigiéndose a ellas como «nobles doncellas», les explicó que aquel éxodo obedecía a la aceifa de los husitas y a lo que se contaba de sus crueldades, que ponían los pelos de punta. Las principales fuerzas husitas, les aclaró el buhonero, se dirigen a Meissen y Oschatz. Pero más allá de Freiberg hay una serie de bandas que disfrutaban de lo lindo, incendiando y arruinando fábricas y minas, la han tomado especialmente con las fábricas y las minas, esos hijos de Satán. Han incendiado Hermsdorf, Marienberg,

Lengefeld, Glashütte y Freital...

—¿De qué tejido estará hecha esa tienda? —bufó Weronika—. ¿De fustán para colchas?

Plantada muy cerca del puente y del puesto del portazgo, la tienda era de un tejido basto a rayas blanquiazules que recordaba, en efecto, a las telas con las que se fabrican los colchones. En un mástil clavado en tierra ondeaba tristemente una enseña empapada de nieve. Alrededor deambulaban los soldados y montaban guardia, tiosos como maniquíes, unos alabarderos.

Las jóvenes se acercaron al puente, donde precisamente estaba teniendo lugar un áspero intercambio de pareceres. El caso es que en el puente se había apostado un destacamento de hombres armados que, amparándose en la ley del más fuerte, exigía a los viajeros un pago por cruzarlo. Nevaba y hacía frío, de modo que la mayor parte de los fugitivos pagaba sin decir ni pío, aunque de vez en cuando aparecía alguien más osado que cuestionaba la legalidad del impuesto. Era lo que estaba ocurriendo en esos momentos. Un refugiado gritaba y juraba. Los niños lloraban. Los soldados maldecían y blandían los puños.

Jutta y Weronika llegaron al extremo del puente, agachando las cabezas encapuchadas con ánimo de pasar desapercibidas. Por desgracia, eran muy escasos los viajeros que se dirigían hacia el este. Y todos llamaban la atención. De pronto les cerró el paso un enorme caballo de combate, un *dextrarius* lancero bayo. Lo montaba un caballero con un gorro de castor y una pelliza echada por encima del gambesón.

—Alto. ¿Quiénes sois? ¡Fuera esas capuchas!

No había escapatoria.

—¡Por la cabeza de San Pancracio! —El caballero enseñó los dientes, descargó un puñetazo en el arzón—. ¡Si son unas jovencitas!

No tenía sentido negarlo.

—Yo soy Gers von Streithagen —proclamó el caballero—. Señor del burgo de Drachenstein. *Pfleger* local^[64]. Aquí estoy montando guardia. A los husitas, cuando vengan, no voy a permitirles cruzar el río, esos herejes se dejarán aquí los dientes. Y vosotras, doncellas, ¿quiénes sois? ¿Cómo vais así vestidas?

—No todos los hombres con los que nos encontramos —balbuceó Jutta con humildad— son unos nobles caballeros, noble caballero. Los hay que no respetan al sexo débil...

—Y mi hermana y yo llevamos mucha prisa —añadió Weronika en tono implorante—. Noble señor, permitidnos...

—¿Prisa? Para reuniros con vuestros amados, ¿verdad? Seguro que os esperan impacientes. Anhelando vuestros besos, ¿no?

—Prisa para abrazar a papá y a mamá... Para llegar a casa...

El caballero las miró desde lo alto del caballo lancero, una sonrisa repelente se dibujó en sus labios.

—Hagan el favor de acompañarme las doncellas. A mi tienda. Redactaré un

salvoconducto. Es conveniente, por si alguien se mete con vosotras.

Dentro de la tienda blanquiazul, además de una armadura milanese completa en un soporte, había una mesa, una silla plegable y un lecho de campaña. El señor del burgo de Drachenstein fue al grano, sin más preámbulos.

—Ha llegado la hora de pagar por la travesía, muchachas. —Hizo una mueca obscena, señalando el lecho—. Tú primero. Vamos, desnúdate. Quítate esos trapos.

—Noble señor...

—¿Tengo que llamar a mis esbirros para que te ayuden?

Weronika dirigió a Jutta una mirada implorante. Jutta suspiró, se encogió de hombros. Weronika empezó a desabrocharse los botones con manos trémulas. Gers von Streithagen clavó los ojos en su escote. Y Jutta cogió de la armadura milanese el avambrazo con el guantelete y sacudió al *pfleger* en toda la nariz. Y, cuando este se llevó las manos a la cara, le dio una patada con todas sus fuerzas en el perineo.

Gers von Streithagen se encogió y cayó como un fardo en el lecho de campaña, que se partió bajo su peso. Weronika le arreó con la silla plegable. Jutta, por su parte, metió la mano en el guantelete de la armadura, cerró con fuerza el puño, cogió impulso. Y golpeó con tanta fuerza que algo le crujió en el brazo.

Salieron de la tienda de fustán como si no hubiera pasado nada. Los alabarderos, pendientes de un nuevo incidente en el puente, ni siquiera se fijaron en ellas.

Un instante después ya habían montado. Y galopaban hacia el oeste con todas sus ganas. De vuelta por donde habían venido.

Al día siguiente se desató una ventisca que obligó a aflojar el paso. A Reynevan se lo llevaban los demonios, impotente. Rixa estaba intranquila, recelaba de que el *pfleger*, humillado ante sus subordinados, pudiera ir detrás de ellos. Scharley lo consideraba poco probable, la extorsión en el puente era un negocio demasiado pingüe para dejarlo. Y aun en ese caso la ventisca también frenaría a los perseguidores. Así pues, avanzaban tragando viento y nieve, o se resguardaban en alguna parte cuando las ráfagas hacían imposible la marcha.

El tiempo no mejoró hasta después de varios días. Y los soplidos del viento dejaron de sofocar el estruendo de las bombardas, que llegaba del oeste, rodando como truenos.

Se apresuraron, orientándose por el cañoneo, cada vez más nítido y más fuerte, pronto tuvieron delante de los ojos tanto las armas que disparaban como su objetivo.

—La ciudad y el castillo de Plauen —indicó Scharley.

—¿Quiénes son los asaltantes? ¿El Tabor o los Huérfanos?

—Vamos a ver.

El asedio, como pudieron comprobar, era cosa del Tabor, tropas de campo a las órdenes de Procopio el Rasurado y de Jakub Kromesín. Les llevó algún tiempo atravesar los restos calcinados del arrabal, importunados por los centinelas cada dos

por tres, y presentarse finalmente ante los hetmans. Procopio, oh sorpresa, no se quejó de ningún dolor ni ordenó a Reynevan que lo tratase de nada. Tampoco le permitió abrir la boca.

—Esto es Plauen. —Señaló la ciudad humeante después del bombardeo—. Sede de Enrique von Plauen, cabecilla del landfryd de Pilsen. Pocos nombres hay más odiados que este para los checos. De aquí partían las correrías contra nuestros destacamentos fronterizos, en las cuales los soldados de Von Plauen se libraban a indescriptibles crueldades. Fue Enrique von Plauen quien inventó el concepto de *bellum cottidianum*, la guerra diaria. Además, encarnó en su propia vida ese concepto, emprendiendo un ataque casi todos los días, incendiando, saqueando y colgando. No contaba con que nos plantáramos al pie de esas murallas. Tampoco contaba con que esas murallas se vinieran abajo.

Como subrayando el peso de sus palabras, un pesado cañón disparó desde las trincheras con un estruendo ensordecedor, el proyectil se estrelló contra las murallas, levantando una nube de polvo. En ese mismo instante, un prak, o sea, un trabuquete, agitó un brazo neurobalístico y mandó al centro de la ciudadela una piedra de tres arrobas. Una catapulta que estaba en posición arrojó contra la ciudad un barril de alquitrán ardiendo, con buena puntería, porque al momento empezó a elevarse el humo de los tejados.

—Pues el Señor imparte su justicia por medio del fuego —dijo con voz cargada de patetismo el predicador Markolt, presente en la conversación—. Y con su espada castigará todos los cuerpos, y muchos serán los abatidos por el Señor.

—Amén —añadió Procopio—. Demasiado les cuestan a los bohemios esas incursiones, esos ataques, ese *bellum cottidianum*. Von Plauen y otros queman los campos y roban las cosechas, y Praga pasa hambre. Eso tiene que terminar. Voy a dar un ejemplo estremecedor.

»Después del asalto —concluyó, mordisqueándose el bigote—, la ciudad quedará librada al saqueo, y la población a la matanza. Los guerreros afilarán sus cuchillos.

—¿Incluso —preguntó Scharley con una sonrisa— si pagaran un rescate?

—Incluso.

—Sobre todo —intervino de nuevo Markolt— porque no lo han pagado...

—No voy a detener a los combatientes —zanjó Procopio—. Podrían matarme si lo intento. Sé a qué has venido, médico. En Plauen se han refugiado muchos fugitivos, sospechas que entre ellos pueda estar también tu doncella. Pero no puedo hacer nada. Esto es una guerra.

—Hetmán...

—Ni una palabra más...

Scharley y Sansón se llevaron a rastras a Reynevan. Lo detuvieron cuando se propuso entrar en Plauen, cruzando las murallas. Como pudieron, le hicieron ver que sería un suicidio.

Poco después del mediodía callaron las bombardas. Catapultas y trabuquetes

dejaron de arrojar proyectiles. Se oyó la atronadora señal de las trompetas. Ondearon los estandartes y enseñas desplegados. Estalló el grito de guerra. Cinco mil taboritas se lanzaron al asalto de Plauen.

Al cabo de dos horas todo había terminado. Franquearon las murallas con escalas, reventaron los portones con arietes. Aplastaron toda resistencia, aniquilaron a los defensores. No había cuartel.

Antes de tres horas había caído la fortaleza, todos los defensores habían sido pasados a cuchillo. Poco después cayó el convento de las dominicas, último punto de resistencia.

Y entonces se desató la carnicería.

Antes de que oscureciera, Plauen ardía por los cuatro costados, los ríos de sangre que surcaban las calles crepitaban entre las llamas. Los incendios convirtieron la noche en día, la tarea de los asesinos parecía no tener fin, los gritos de las víctimas no cesaron hasta el amanecer.

Reynevan, Scharley, Sansón y Rixa aguardaban más allá del río, junto a la presa, al lado del camino que iba hacia el sur, hacia Olsnitz y Cheb, pues suponían que por ese camino pasarían los que trataran de huir. Tenían razón: no tardaron en aparecer grupos de fugitivos, tiznados, heridos, presa del pánico e idiotizados por el terror. Rixa y Scharley los examinaban, Reynevan y Sansón llamaban a gritos. En vano. Jutta no se contaba entre quienes habían logrado escapar de Plauen.

Reynevan hizo oídos sordos a los argumentos de sus camaradas. Los dejó y se encaminó a la ciudad. Dispuesto a todo. Pasó entre edificios todavía en llamas, intentó atravesar callejas bloqueadas. Lo que vio le hizo regresar. Desistió. Incontables cadáveres abarrotaban la ciudad^[66]. Y la mayoría estaban ya carbonizados, convertidos en ceniza, como toda la ciudad.

Jutta, pensó con horror, podría encontrarse entre esas cenizas.

Quedaba la esperanza de que no estuviera allí.

Al día siguiente se desató la ventisca, tan violenta que era casi imposible viajar. Se vieron obligadas a buscar refugio. Dar con la choza de un pastor fue poco menos que un milagro.

Por la mañana el tiempo mejoró. El cielo se abrió. Eso les permitió contemplar las columnas de humo. Al norte y al oeste, el cielo, en su práctica totalidad, estaba cubierto de humo, un humo tan espeso que las tinieblas ocultaron la tierra. Parecía cumplirse la profecía del Apocalipsis.

—Y el quinto ángel tocó la trompeta^[67] —susurró Jutta—, y vi una estrella que cayó del cielo a la tierra, y se le dio la llave del pozo del Abismo. Y abrió el pozo del Abismo, y subió humo del pozo como humo de un gran horno, y se oscureció el sol y el aire por el humo del pozo...

Weronika no respondió.

No habían pasado dos días, y los caminos se llenaron de fugitivos. Orientarse en aquella situación no suponía ningún problema. Bastaba con preguntar.

—Los husitas vienen del norte —repitió Weronika la noticia que había oído de unos fugitivos—. Incendiando todo a su paso, marchan hacia Naumburgo, Jena y Gera, al parecer han sido vistos cerca de Altenburgo. Lo cual quiere decir que han llegado hasta Leipzig, allí se han desviado y han seguido hacia Turingia y Vogtland. Parece mentira, pero es la pura verdad. El ardoroso pflieger del puente de Zwickau se va a quedar de una pieza cuando le sorprendan por la espalda y le den por el culo.

»Pero nosotras —concluyó— en esta situación tenemos que ir hacia el norte. Hacia Altenburgo. Al encuentro de los husitas.

—Vamos.

—Vamos. Y recemos por encontrar a tu amado. O a alguien que lo conozca.

Cuanto más al norte, más frecuentes eran las humaredas y los resplandores que, en medio de la noche, permitían localizar las aldeas y los oppida en llamas. Cuanto más al norte, mayor era el número de refugiados, y mayor era también el pánico que reinaba en los caminos. Fueron testigos de cómo otros fugitivos, sin la menor compasión, habían sacado del camino un carro averiado y cargado que les dificultaba el paso, sin hacer caso ni de los gritos del carretero, ni de los ruegos de su mujer, ni del llanto de los niños. Transcurrió mucho tiempo hasta que por fin algunas de las últimas personas que pasaron por allí se animaron a echarles una mano.

Para su propia desgracia, como se pudo ver.

Se oyó el estruendo de unos cascos, gritos y silbidos, desde la loma de una colina se precipitó al galope un destacamento de caballería. Los jinetes llevaban unos cálices rojos cosidos en las almillas.

—¡Husitas! —Weronika mostró su alegría—. Jutta, ¿lo estás viendo? Son husi...

Con un repentino presentimiento, Jutta la agarró de un hombro, apretando con fuerza. Se ocultaron con los caballos entre las ramas de un pino que crecía al borde del camino. Justo a tiempo.

Los jinetes del Cáliz espolearon a los caballos y se abalanzaron sobre los fugitivos con un grito salvaje. Les dieron alcance, los atravesaron con las roquinas y los acuchillaron con las espadas, sin apiadarse de nadie, la nieve al borde del camino se tiñó de rojo en un instante. Remataron a los heridos gimientes. A un hombre, cazado a lazo, lo arrastraron de un lado para otro por toda la carretera. A una mujer que había salvado la vida la tumbaron y le arrancaron la ropa.

—Virgen Santísima... —susurró Jutta, oculta entre los pinos—. Madre del Dios eterno... Corremos a refugiarnos bajo tu amparo...

A Weronika le temblaban los labios. La mujer gritaba de un modo desgarrador.

De pronto volvió a oírse un estruendo de cascos, desde detrás de la colina apareció un nuevo grupo de jinetes. Estos, para espanto de Jutta, montaban en

caballos negros, e iban vestidos todos de negro, con capas negras, armaduras y yelmos negros. A todo galope, acometieron a los husitas que estaban desvalijando los carros. Entrechocaron las hojas de las armas, el aire nuevamente vibró con los gritos.

Y Jutta, de repente, se fijó en él.

Sabía lo que contaban de él. Lo recordaba de Bialy Kosciól, donde lo había visto amenazar a la abadesa, maltratarla, golpear a Reynevan, que estaba amarrado. Cuando, por orden del duque Juan de Ziebice, la condujeron escoltada al furgón, él la había mirado varias veces, Jutta se acordaba de su sonrisa cruel. Recordaba su melena negra, que le caía hasta los hombros. Su nariz de pájaro. Y su mirada de diablo.

Birkart Grelleort.

—Vámonos de aquí... —dijo a duras penas—. Vámonos a toda prisa.

Weronika no se opuso.

Las víctimas gritaban.

—Ahí delante está la ciudad —señaló Weronika—. Dicen los fugitivos que se trata de Plauen. Precisamente allí va casi todo el mundo. Según dicen, ahora mismo la única seguridad se halla, detrás de sus murallas. ¿Qué dices, Jutta? Hacia el norte, al encuentro de los husitas, no quieres ya que vayamos. Ya no buscamos contactar con ellos. Puede que sea lo mejor. Ya me sé yo cómo terminan esos contactos...

—Yo —el recuerdo hizo temblar a Jutta— hacia el norte no voy, por nada del mundo. Allí está Grelleort. Cualquier cosa antes que él. Cuanto más lejos de él, mejor. Cuanto más lejos...

—¿Plauen no está lo bastante lejos? ¿No nos quedamos aquí?

—No. —Jutta se estremeció con un repentino y vago presentimiento—. No nos quedemos aquí, Weronika. Por favor.

—Como quieras, tú decides. Ya veremos si es para bien.

En el campo nevado se alzaba antes una aldea, los restos verticales de las chimeneas de adobe y los cuadrados negros de tierra calcinada mostraban la localización de lo que fueron chozas y graneros. En el perímetro de las ruinas encontraron a algunos aldeanos harapientos, de distintas edades y sexos. Estaban sentados, inmóviles, como muñecos, como imágenes de santos al borde del camino. Tenían los ojos vacíos, sin mirada.

—Mala cosa —observó Rixa en medio del silencio—. Mala cosa, la guerra en invierno. Der bóse Krieg, como suele decirse. En verano, si te queman la choza, mal que bien puedes vivir en el bosque, el follaje te protege del frío, siempre se encuentra alguna cosa en los campos... Pero en invierno es una condena. Tendría que estar prohibido hacer la guerra en invierno.

—Estoy de acuerdo —asintió Scharley—. Odio cagar cuando hiela.

—¡Mira! —exclamó Weronika—. ¿Qué es eso?

—¿Dónde?

Weronika se acercó a la capillita, arrancó una hoja de papel que habían clavado en ella.

—Échale un vistazo.

—*Fratres et sórores in fide*, bla, bla, bla —leyó Jutta—. No hagáis caso ni a los curas ni a los señores... Negaos a obedecer a vuestro rey Segismundo, pues no es un rey, sino un canalla y desolator *Christi fidelium, non extirpator heresum, sed spoliator ecclesiarum omnium, non consolator, sed depredator monachorum et virginum, non protector, sed oppressor viduarum et orphanorum omnium*... Es un pasquín husita, ya había visto otros así. Dirigido a quienes saben leer, por eso está en latín.

—Por lo que se ve —dijo Weronika con énfasis—, andan por esta zona emisarios husitas. Si encontramos a uno de ellos...

—Está claro. —Jutta le leyó el pensamiento—. Ese emisario debería conocer a Reynevan, por lo menos habrá oído hablar de él. Si se lo pedimos, nos llevará ante los caudillos husitas, nos protegerá de los bandidos... Pero, ¿dónde vamos a buscarlo?

—Donde haya la gente. En la ciudad.

Escondida en un valle pintoresco entre colinas pintorescas, la ciudad de Bayreuth parecía desde lejos un pintoresco oasis de paz. Y de hecho lo era. Las puertas, aunque vigiladas, estaban abiertas, nadie detenía a la masa de refugiados, nadie los controlaba especialmente. Las dos jóvenes, sin mayores contratiempos, se dirigieron primero al ayuntamiento y después a la iglesia parroquial de Santa María Magdalena.

—Incluso aunque no encontremos en Bayreuth a ningún emisario husita —suspiró Weronika, abriéndose paso y abriéndoselo a Jutta entre la multitud—, nos quedamos. Mira cuánta gente busca aquí refugio. Estoy aburrida de vagar por los caminos, ya es suficiente. Estoy hambrienta, helada, sucia y muerta de sueño. En definitiva, estoy deseando llegar a casa.

—Yo también. No te quejes.

—Ya te lo he dicho, vamos a quedarnos en la ciudad. Incluso aunque no encontremos...

—Acabamos de encontrarlo. Seguro que tu santa patrona te ha inspirado. Fíjate.

En uno de los carros que bloqueaban una plazuela había un hombre vestido con un caftán, con una basquiña dentada y una capucha de goliardo, por debajo de la cual asomaban unos mechones de cabellos canosos. Había mucha gente en torno al carro, sobre todo indigentes: servi, mendigos, tullidos, prostitutas, lumpen y otros *pauperes* locales, amén de trotamundos, peregrinos y vagabundos, que formaban una chusma ruidosa, descarada y desagradable.

El goliardo de la capucha arengaba a las masas, para recabar su atención levantaba la voz y hacía aspavientos con las manos.

—Muchas mentiras burdas y enormes se dicen de los buenos cristianos bohemios^[68] —proclamaba—. Que si asesinan, que si roban. ¡Eso es falso! Ellos se

limitan a combatir en defensa propia, matando en la batalla a quienes los atacan con ánimo de aniquilarlos. Así pues, se defienden, defienden su fe, sus casas, sus mujeres e hijos. Y aquellos que se enfrentan a ellos sufren las consecuencias. Pero lo que desean, fervientemente, es que cese la lucha y el crimen, que cese la violencia y se imponga la concordia sagrada y divina.

»Sabed que los bohemios convocan a los príncipes, a los señores y a todas las ciudades imperiales a entablar negociaciones de paz para poner fin a este indigno derramamiento de sangre. ¡Pero vuestros príncipes, vuestros señores y prelados no quieren renunciar a su orgullo y soberbia! ¡Pues no es su sangre, sino la vuestra la que se vierte!

—¡Bien dicho! —gritó una voz entre la multitud—. ¡Muy cierto! ¡Abajo los señores! ¡Abajo los curas!

—¿Dónde está vuestro rey? ¿Dónde están vuestros príncipes? ¡Han huido, dejándoos a merced de la suerte! ¿Por esa gente queréis combatir? ¿Dejaros matar por sus riquezas y privilegios? ¡Buena gente, habitantes de Bayreuth! ¡Entregad la ciudad! Los bohemios no son vuestros enemigos...

—¡Mientes, hereje impío! —gritó entre la masa un clérigo en hábito de agustino—. ¡Mientes como un perro!

—¡Paisanos! —le secundó alguien de los mediocres, de la pequeña burguesía local—. ¡No escuchéis a ese vendido! Atrapadlo...

La muchedumbre se agitaba. Hubo otros que apoyaron las palabras del monje y del burgués, pero la chusma respondió a gritos y los echó de allí, sin ahorrarse bastones, porras, puños y codos. Pronto la plaza estaba en manos del proletariado.

—¿Habéis visto —reanudó su sermón el emisario— cómo pretendían cerrarme la boca? ¿Cómo la verdad molesta a los curas? ¡No hacen más que daros la tabarra, hablando de obediencia a la Iglesia y a los poderosos! ¡Llaman herejes a los bohemios! Pero, ¿hay mayor herejía que falsear a capricho la palabra de Dios? Pues eso es lo que hacen vuestros prelados, deformando las palabras de Cristo. ¿Acaso no es así? ¿No iréis a negarlo, monjes?

—¡No pueden negarlo! ¡Es verdad! ¡Es verdad!

Se oyó el fragor de los alabarderos irrumpiendo en la plazuela, resonaron en el empedrado los cascos de los caballos. La muchedumbre se desbandó, dando grandes alaridos. El goliardo se esfumó del carro, como si se lo hubiera llevado un torbellino.

—Allí, allí. —Weronika dio con él—. Vamos tras él, rápido...

El emisario, visto y no visto, se coló entre unos carros, fue a ocultarse en un callejón. Las muchachas corrieron tras él.

Las estaba esperando escondido detrás de una esquina. Agarró a Jutta de un brazo y la aplastó contra la pared, poniéndole un cuchillo en la garganta. Weronika soltó un grito sordo, sofocado por detrás por otro individuo, con un capote gris, que había aparecido a su espalda como brotado de la tierra.

—¿Una muchacha? —Al ver quién había debajo de la capucha, el emisario aflojó

un poco la presión—. ¡Qué demonios! ¡Sois unas muchachas!

A una señal suya el del capote soltó la correa con la que estaba ahogando a Weronika. Era un chaval que no pasaría, a lo sumo, de los dieciséis años.

—¿Cómo se os ha ocurrido seguirme? ¡Habla, y rápido!

—Estamos buscando... —dijo Jutta a duras penas—. Contacto con los husitas...

—¿Cómo? —El emisario apretó los dientes, y acercó nuevamente el cuchillo al cuello de ella—. ¿Y eso?

—Nos hemos escapado del convento —siguió diciendo Jutta con un hilo de voz, consciente de que sus explicaciones no sonaban nada verosímiles—. Queremos llegar hasta los husitas. Mi... mi prometido... Entre los husitas se encuentra mi prometido... El goliardo la soltó. Dio un paso atrás.

—¿Cómo se llama?

—Reynev... Reinmar de Bielau.

—Santa Clara, protectora de los agitadores... —El emisario soltó un hondo suspiro. Y se llevó las manos a la cabeza—. Eres Jutta de Apolda —acertó a decir—. Te he encontrado. ¡San Juan, el que bautizó a Nuestro Señor Jesucristo en las aguas del Jordán! ¡Santa Cecilia, patrona de los músicos! ¡Te he encontrado! ¡Yo, Tybald Raabe, te he encontrado por fin!

Capítulo decimoctavo

En el que no hay cuartel, no hay compasión, no hay piedad. Y de nada sirven medicamentos ni amuletos.

La ciudad de Kulmbach ardía. Por encima de ella, el castillo de Plassenburg, que los Huérfanos no habían logrado tomar, era en esos momentos una especie de barco navegando entre un mar de llamas, alzándose sobre las agitadas olas de fuego.

Al principio, mientras avanzaban hacia allí, Reynevan no tenía intención de contactar con los Huérfanos, tenía miedo de que el recuerdo de Smil Pulpan y el conflicto con el contingente de Náchod siguiera vivo entre ellos, de que, a pesar de su cordial relación con Procopio y los hetmans del Tabor, pudiera encontrarse con el desdén de los Huérfanos. Los predicadores de los Huérfanos, con Procopillo a la cabeza, le habían acusado reiteradamente de brujería y habían propagado el infundio de que pudiera tratarse de un provocador. Por eso mismo Reynevan decidió evitar Kulmbach, trazando un amplio arco a su alrededor, y seguir derecho a Bayreuth.

El destino se encargó de frustrar sus planes. Mientras rodeaban la ciudad asediada, se toparon con un nutrido grupo de hombres a caballo que recelaron de ellos. Las explicaciones no sirvieron de mucha ayuda. Los condujeron al cuartel general de los Huérfanos, bajo escolta armada. Pero una vez allí, para alivio de toda la compañía, se encontraron con hetmans conocidos, con los que ya habían tenido ocasión de trabar amistad. Fueron recibidos por Jan Kolda de Zampach, tan jovial como de costumbre, y por su viejo camarada, Brázda Ronovic de Klinstejn.

Entre tanto el asalto había concluido, Kulmbach había sido conquistado y saqueado, y ahora se disponían a incendiarlo: las rojas crestas del fuego iban extendiéndose ya por los tejados, un humo espeso se arrastraba y ascendía hacia el cielo.

—No —respondió Kolda a su pregunta—. No, Reynevan, no tengo ninguna información sobre ninguna doncella. ¿Cómo iba a tenerla? Esto es la guerra. O sea, un inmenso burdel que no hay quien controle. Por el este avanza el Tabor, o sea, Procopio y Kromesín, por el oeste las fuerzas domésticas de Královec y la domobrana de Praga, de Zikmund Manda. Y entre medias operan partidas y destacamentos autónomos, merodean las bandas, los grupos dispersos, los desertores... Pon cuanto antes a salvo a esas doncellas tuyas, cuanto antes, te lo recomiendo. Si están en medio de los ejércitos, lo veo muy negro...

A Scharley le rechinaban los dientes. A Reynevan se le quedó la cara pálida. Brázda lo advirtió.

—Puesto que estáis hablando de bandas y merodeadores —se apresuró a decir—, a lo mejor merece la pena enseñarles... ¿Qué dices a eso, Jan?

—Puede ser.

Cerca del extremo del campamento, entre carros repletos de botín, en una tabla embreada yacían seis cuerpos. Seis cadáveres, atrocemente masacrados. Cinco de ellos, a Reynevan se le paró el corazón, llevaban encima restos de armaduras y capas negras.

—*Cerní Jezdci* —indicó Kolda—. *Cemá Rota*^[69]. Seguro que os dice algo, ¿verdad? También a nosotros nos han llegado rumores sobre ellos. Pero, ¿que hayan venido hasta aquí, hasta Alemania, detrás de nosotros?

Scharley miró inquisitivo, señalando el sexto cadáver. Llevaba ropa corriente. Pero tenía la cabeza casi totalmente calcinada. Como si se la hubieran metido en un horno y la hubieran tenido un buen rato dentro.

—Pues sí, ni más ni menos. —Brázda tragó saliva—. Los Negros, al parecer, nos han estado siguiendo prácticamente desde que atravesamos el río. Cada dos por tres desaparecía alguna patrulla, y después nos encontrábamos a todos degollados. Pero siempre había uno colgado de una rama. Por los pies. Encima de una hoguera. Es evidente que los torturaban. Y con la cabeza metida en el fuego confiesas... Confiesas lo que haga falta...

Jan Kolda carraspeó, escupió.

—Hasta que nos hartamos —dijo—. Y les tendimos una emboscada. Caímos sobre ellos, pero se nos escaparon, solo quedaron estos cinco. ¿Qué andarán buscando por aquí, Reynevan? ¿Qué es lo que pretenden averiguar, achicharrando de ese modo a la gente? ¿Qué puedes decirnos al respecto?

—Nada. Porque tengo demasiada prisa.

Cuando justo por delante de los cascos del caballo de Jakub Dancel cruzó corriendo un gato negro, Jakub Dancel tendría que haberse vuelto a Bayreuth. Sin embargo, Jakub Dancel se limitó a soltar un taco al paso del gato y a seguir su camino. Si hubiera regresado, Tybald Raabe se habría burlado de él por creer en supersticiones. Y la bella Weronika von Elsnitz, oh espanto, lo habría despreciado por cobarde.

Jakub Dancel siguió adelante, camino de Kulmbach, donde esperaba encontrarse con los husitas. Si no hubiera hecho eso, si se hubiera dado la vuelta, habría tenido, a pesar de los estragos de la guerra, ocasión de vivir hasta los diecisiete años.

Cayeron sobre él repentinamente, era más de una docena de caballos, se vio rodeado. Uno le tiró de las riendas. La muchacha de inhumanos ojos azules lo derribó de la silla con un lanzazo. Cuando trató de levantarse, lo golpeó con el asta, lo tumbó.

El individuo que estaba inclinado sobre él tenía una melena negra y larga, que le caía hasta los hombros. Nariz de pájaro. Sonrisa siniestra. Y mirada diabólica.

—Voy a hacerte una pregunta —silbó como una víbora—. Y tú respondes. ¿Has visto a dos doncellas viajando solas?

Jakub Dancel negó rotundamente. El de la melena negra sonrió de un modo repulsivo.

—Te lo vuelvo a preguntar otra vez. ¿Las has visto?

Jakub Dancel lo negó. Apretó los párpados y los labios. El de la melena negra se incorporó.

—A la rama con él —ordenó—. Y encended una hoguera.

—No sé dónde se encuentra ahora Reynevan —dijo el emisario y goliardo. Se había presentado a las muchachas como Tybald Raabe. Le acompañaban dos ayudantes, a cual más joven—. Cinco ejércitos husitas han penetrado hasta la Alta Franconia, cada uno actúa de forma independiente. Sospecho que Reynevan estará con las tropas del Tabor, que vienen hacia aquí a través de Hof y Münchberg, allí les envió mis informes. Por medio de este mozo, Jakub Dancel.

El mozo Jakub Dancel miró a Weronika y se puso colorado. Weronika aleteó las pestañas.

—En cuanto a nosotros —siguió diciendo el goliardo—, esperaremos aquí, en Bayreuth.

—¿Por qué tenemos que esperar? —preguntó Jutta—. ¿Por qué no podemos ir con el señor Dancel, derechas al encuentro de los husitas?

—Es demasiado peligroso. Hay bandas merodeando por los alrededores, grupos dispersos, desertores. Y mercenarios, que no son mejores, ni mucho menos. Los caballeros locales, incluidos los pfleger, no se atreven a entablar combate con los bohemios, pero en cambio siempre están dispuestos a saquear, a abusar de los débiles y de las mujeres...

—Ya lo sabemos.

—Y los propios bohemios, hum... —Tybald Raabe titubeó—. Algunos mandos de bajo rango... No quiera Dios que caigáis en sus manos... Doncella Jutta, Reynevan jamás me perdonaría que, después de haberte encontrado, volviera a perderte.

—Esperaremos aquí, en Bayreuth —zanjó la discusión—. Estoy seguro de que la ciudad se va a rendir. Llevo unos días actuando aquí, agitando entre los pordioseros. Al patriciado no le llega la camisa al cuerpo, están muertos de miedo sabiendo que tienen a los husitas a un lado de las murallas y al populacho al otro lado. Les han llegado noticias de Plauen, de Hof... Noticias de matanzas e incendios... Bayreuth, fijaos en lo que os digo, se va a rendir, va a pagar un rescate. Y cuando entren los bohemios, os pondré bajo el amparo de los hetmans. Estaréis a salvo.

Oscilaba la llama de la vela.

Sosegadas, lavadas y saciadas, a Jutta y a Weronika al principio les dio por llorar, como reacción tras los horrores de la fuga. Después se alegraron.

—Hubo momentos en los que perdí la fe —reconoció Weronika con una sonrisa, apretando las clavijas de un laúd que había entre las pertenencias de Tybald, en su alojamiento clandestino al pie de la muralla—. Perdí la fe en que lo fuéramos a lograr. Pensaba que acabaríamos malamente. Si no nos violaban o nos asesinaban

unos merodeadores, reventaríamos en cualquier zanja, de hambre y de frío. Admite que...

—Lo admito —admitió Jutta—. Yo también he tenido momentos de esos.

—¡Pero ya los hemos superado! ¡Ja! ¡Hemos sobrevivido! Ya es hora de pensar en nosotras. Ese Jakub Dancel... Es solo un chaval, pero es muy guapete. Con esos ojos tan dulces... Dulces de verdad. No te pongas así. Tú estás a punto de encontrar a tu enamorado, estás a punto de caer en sus brazos. ¿Y yo? Tan sola como siempre.

*Seulete sui et seulete vueil estre^[70],
Seulete m'a mon douz ami laissiee;
Seulete sui, sanz compaignon ne maistre,
Seulete sui, dolente et courrouciee,
Seulete sui...*

La llama de la vela osciló con más fuerza.

—Silencio. —Jutta levantó bruscamente la cabeza—. ¿Has oído?

—No. ¿Qué tendría que haber oído?

Jutta, con un gesto, le ordenó callar.

De repente en Bayreuth empezaron a repicar las campanas.

La puerta se abrió impetuosamente, Tybald Raabe irrumpió en la habitación.

—¡Nos vamos! —gritó—. ¡Los husitas están en la ciudad! ¡Deprisa, deprisa!

En la calle se vieron arrastrados por un río de gente que escapaba corriendo y que los llevó hacia el centro de la ciudad. Desde el norte llegaba ya un tremendo griterío y se oían estallidos, un resplandor teñía de rojo el cielo nocturno. Corrían, sintiendo ya las vaharadas de calor y el olor a chamusquina. Los perseguían los alaridos, los salvajes y horrendos alaridos de las víctimas.

—Han atacado por sorpresa... —Tybal jadeaba—. Han atravesado las murallas... La ciudad está perdida... Deprisa, deprisa...

Delante de la iglesia parroquial estuvieron a punto de separarse, la masa, que corría despavorida, los apartó por un momento, llevándolos en distintas direcciones. Empujaron a Jutta, perdió el equilibrio y se golpeó contra un contrafuerte, se le cortó la respiración, no cayó al suelo de milagro, de haberse caído le habrían pasado por encima. De pronto Tybald Raabe apareció a su lado, la abrazó, la cubrió, aguantando los empujones y las continuas sacudidas. Arrastrada por la multitud, Weronika chillaba de un modo espantoso. El emisario se lanzó tras ella, la sacó del tumulto, temblorosa, con la mirada perdida y una manga hecha trizas.

—¡Por aquí, por aquí! ¡Detrás de la sacristía!

A su lado arrollaron a una mujer con un niño, los pisotearon sin que nadie tuviera tiempo de gritar.

Empujaron a Weronika, cayó al suelo, en un barrizal. La levantaron, daba gritos, no acertaba a fijar la mirada. Apenas podía caminar, tuvieron que tirar de ella.

El fuego se alzaba sobre Bayreuth, saltando de tejado en tejado, de techumbre en techumbre, con una rapidez alarmante. Columnas de ascuas salían disparadas hacia el cielo. Y el griterío se elevaba por encima del fragor del incendio.

Los últimos fugitivos irrumpieron en la plaza desde las callejas adyacentes, tras ellos venían ya los husitas. El fuego relumbraba en las hojas y los filos con millares de reflejos escarlatas. Los chillidos de los asesinados taladraban los oídos.

Mataban metódicamente, sin premura, empujando a la muchedumbre hacia la iglesia parroquial. Cuando la iglesia se llenó, le prendieron fuego. Ardieron los bancos, las naves abarrotadas, el fuego devoró el coro y el altar, el interior de la iglesia se transformó en una pira gigante.

Quienes trataban de escapar del incendio eran acribillados con las picas.

Por las callejas que bajaban hacia el río corrían espesos torrentes de sangre. Chapoteando en un barro sanguinolento, los husitas empujaban a la gente en esa dirección.

La masacre no tenía fin.

Weronika volvió en sí, ya podían echar a correr. Y echaron a correr. Con todas sus ganas.

En la puerta de la ciudad se amontonaba la gente enloquecida de terror, proseguían los altercados, desde las caballerizas cercanas llegaban los gritos y los juramentos. Tybald, sin pensárselo dos veces, saltó al interior. Reapareció poco después con su segundo ayudante, Pawel Ramusz, traían cuatro caballos que no paraban de removerse. La sangre corría por la mejilla de Ramusz.

—¡Montad! ¡A la puerta! ¡A la puerta!

Mientras estaba montando, a Weronika se le echaron encima dos tipos, entre gritos la cogieron del vestido, tratando de derribarla del caballo. Tybald Raabe fustigó a uno de ellos con el látigo, al otro Jutta le pateó la cara. Ramusz, a su lado, sacudía a la chusma con un zurriago. Weronika temblaba, el castañeteo de sus dientes podía oírse por encima del alboroto en el que estaban envueltos.

—¡A la puerta! ¡Y al puente!

Les pisaban los talones el calor y el estruendo, la furia de los elementos enloquecidos. El viento, que se levantó de repente, avivó el incendio, en menos que se rezan tres padrenuestros toda la ciudad de Bayreuth ardía en una sola pira colosal. La superficie del foso brillaba como un espejo rojo. Pasaron fugazmente sobre el fondo de las llamas las siluetas de los jinetes.

—¡Espolead a los caballos! —gritó, mirando hacia atrás, Tybald Raabe—. ¡Más rápido! ¡Con todas vuestras fuerzas!

Se alejaban, obligando a los caballos a galopar de un modo letal. Nadie miraba atrás.

Galoparon por la orilla del río, que rielaba a la luz de las estrellas. No aflojaron el paso hasta el momento en que los caballos empezaron a ronquear y el camino forestal

se sumergió en las tinieblas.

Jutta, sintiendo un frío repentino en la nuca, se puso de pie en los estribos, aguzó el oído.

—Nos persiguen —dijo con voz trémula.

—No es posible... —Tybald también miró a su espalda—. No oigo nada...

—Nos vienen siguiendo —insistió Jutta—. ¡Al galope!

—Vamos a reventar a los caballos...

—¿Prefieres que nos revienten a nosotros?

Apuntaba el alba, turbia y fría, y en ese momento comprobaron que Jutta tenía razón. En la cresta distante de la colina se columbraban las siluetas de unos jinetes. Un grito lejano les llegó a través de la bruma.

—*Adsuumuuuus!*

—¡Su puta madre! —Tybald espoléó al caballo—. ¡Es Grelleort! ¡Al galope, muchachas, al galope!

Los cuatro se lanzaron a un galope demencial, colina abajo, entre abedules dispersos y desnudos. Fueron a parar a un barranco, los cascos resonaban en las piedras. La fina capa de hielo se resquebrajaba en los charcos con un crujido.

—¡Galopad! ¡No paréis!

—*Adsuumuuuus!*

A la salida del barranco se encontraron con un campo labrado, los surcos estaban blancos de nieve. Detrás del campo se extendía el bosque gris. No hacían falta órdenes ni voces de aliento. Pegados a las crines, se lanzaron a todo galope. Los terrones saltaban bajo los cascos.

Pero los perseguidores se les echaban encima, los gritos les daban a entender que los tenían ya a la vista. Jutta se volvió a mirar. Más de una docena de jinetes intentaban flanquearlos. Uno de ellos, el que iba en cabeza, dirigía al resto. Jutta sabía quién era.

Llegaron al bosque, se adentraron en la espesura, azotados por las zarpas de los abetos. Y fueron a parar a una bifurcación. Uno de los caminos conducía a un barranco, el otro a un bosque.

—¡Hay que separarse! —gritó Jutta—. ¡Es nuestra única oportunidad! ¡Yo voy al barranco, vosotros tirad por allí!

—¡Jutta! ¡Nooo!

—No puedo... —Al goliardo no le llegaba el aliento—. No puedo permitirlo... Iré por...

—Monto mejor que vosotros. Pero sin ti no llegaremos hasta los husitas. ¡Adelante!

No hubo tiempo para discusiones ni para despedidas conmovedoras. Jutta espoléó al caballo y galopó hacia el barranco.

Llevaban ya más de dos horas sin oír a sus espaldas las voces de sus perseguidores, a

pesar de lo cual Tybald Raabe no se atrevió a aflojar la marcha hasta que el pálido sol alcanzó el cénit.

—Vamos a parar... —acertó a decir—. Desmontemos. Tenemos que dar descanso a los caballos... Es posible que ya no nos sigan... A lo mejor lo hemos conseguido. Jutta...

Tenía un nudo en la garganta. Weronika rompió a llorar.

—Monta mejor que nosotros... —dijo a duras penas el goliardo—. Mucho mejor... Sabe lo que se hace...

Weronika se deshizo en sollozos.

—Tenemos que buscar ayuda —resolvió Tybald—. Estamos cerca del camino de Kulmbach y Kronach, los husitas no pueden estar lejos. Weronika, para ya, por favor...

Weronika no podía parar. Sollozaba amargamente y de forma muy escandalosa. Y, aunque por lo general el llanto es inútil, no sirve de ayuda ni mejora las cosas, en esta ocasión no fue así. Los arbustos susurraron. Un caballo relinchó. Cuatro jinetes aparecieron en el claro.

—¡Reynevan! —exclamó el goliardo—. ¡Scharley! ¡Sansón!

—Ha sido buena idea ese llanto —los saludó el demérito—. Si no hubierais llorado, habríamos pasado de largo.

El semblante de Tybald, mientras contaba lo ocurrido, se cubrió de una palidez mortal. Pero Reynevan conservó la calma. Ya fuera porque era consciente de que no podía tener quejas ni reproches hacia el goliardo o porque no estaba para pensar en quejas ni reproches. Probablemente lo segundo, porque nada más escucharle se levantó de inmediato y montó de un salto en el caballo.

—¡En marcha! —Tybald también se levantó—. ¡Vamos en su ayuda sin perder un instante! ¡Te mostraré el camino! Dadme un caballo de refresco, el mío ya no aguanta ni doscientos pasos...

—¿Qué pasa con ella? —Rixa señaló a Weronika, colorada de tanto llorar, que no paraba de sorberse los mocos.

—Que venga con nosotros.

—¡No! —gritó como una condenada Weronika von Elsnitz—. ¡No quiero! ¡Por nada del mundo! ¡Basta ya, basta ya, no lo soporto más! ¡Quiero volver a mi convento! ¡Quiero volver a mi conveentoooo!

—Muy bien —asintió Tybald—. Ramusz te llevará a Cronschwitz. Ve con Dios, doncella.

—Salvad... a Jutta...

—La salvaremos.

Delante de Jutta se alzaba una empalizada, espoleó al caballo, la franqueó de un salto. Fue a parar a una era, de suelo firme, entre unas cabañas y unos chamizos de una

aldea abandonada. A la izquierda vio un granero, a la derecha, en lo alto de una loma, atisbo entre la bruma las aspas agujereadas de un molino de viento.

El caballo bufaba y ronqueaba, el bocado y las bridas eran todo espuma, el cuello del animal ardía, estaba empapado y resbaladizo. Y la persecución no tenía fin, los caballos de los Jinetes Negros no flaqueaban, seguía oyendo a sus espaldas el traqueteo de los cascos y los gritos.

Galopó hacia el granero, le había parecido ver detrás de él una enramada donde podría esconderse aunque no fuera más que unos instantes. Porque solo un escondrijo podía salvarla. En la huida ya no tenía ninguna oportunidad.

Superó de un salto la siguiente empalizada, después del salto el caballo dobló los cuartos traseros, dio la sensación de que iba a derrumbarse. Pero se levantó con bravura.

Para soltar un chillido repentino. Y corcovear de tal manera que Jutta salió despedida de la silla. Justo a tiempo de ver por el rabillo del ojo la lanza hincada en un costado del animal, muy cerca de su propia pantorrilla.

Fue a parar a unas zarzas reseca, al momento se quedó enganchada en las espigas agudas y retorcidas. Cuando por fin consiguió soltarse, llena de arañazos, ya era demasiado tarde, los Jinetes Negros la tenían rodeada por todas partes. Echó a correr, sorteando hábilmente a los caballos. No les fue difícil darle alcance, la derribaron al galope, con tal ímpetu que el golpetazo contra el duro suelo la dejó sin aliento, paralizada. Quedó tendida boca arriba, mirando el cielo cubierto de nubes, que se había oscurecido de pronto. En torno suyo bufaban los caballos, atronaban los cascos.

—La doncella Jutta de Apolda.

La miró desde lo alto de su silla con sus ojos de pájaro. Sonrió de un modo siniestro.

—Cuánto tiempo sin vernos —dijo con sorna—. Más de un año ha pasado desde nuestro encuentro en Bialy Kosciól. Te he echado de menos. Vamos, cogedla.

Dos Jinetes la alzaron del suelo, tirando de ella con brutalidad. No llevaban el yelmo puesto, pudo ver sus rostros, pálidos y plateados como los de los lémures, las profundas ojeras y los ojos inertes, los labios cubiertos de espuma. Se asustó de repente. Con un presentimiento aterradoramente firme de que ya no había escapatoria.

La llevaron a rastras hasta la pared de un chozo derrumbado. Donde esperaba Grelenort. Y una muchacha rubia con unos inhumanos ojos azules.

—Tenía otros planes para ti —declaró Grelenort—. Habría querido trasladarte a Wroclaw. Una vez capturado tu amado, Reinmar de Bielau, me proponía alimentarlo a la fuerza con pedazos que iría arrancando de tu cuerpo, ante sus propios ojos, cada vez de un sitio distinto. Cauterizando las heridas, la cosa habría podido prolongarse un par de semanas por lo menos, y tenía previsto acabar con tus órganos internos. Pero el tiempo no me ayuda, la historia no me ayuda, el mundo ha tomado un giro imprevisto. Así pues, tenemos que despedirnos aquí y ahora. Te dejo en este sitio.

Dos Jinetes sujetaron a Jutta de los brazos y los hombros, la levantaron hasta que quedó suspendida en el aire, rozando apenas el suelo con las puntas de los pies. Douce von Pack le desgarró el jubón y la camisa, dejándole el cuello al descubierto, le agarró el pelo de la nuca. Treparriscos se acercó, se sacó de la capa un estuche plano y alargado. Jutta tenía tanto miedo que estaba a punto de desmayarse, de la garganta, contraída por el terror, no le salía un solo sonido. Pero, cuando vio lo que sacaba Treparriscos del estuche, gritó. Gritó de un modo atroz y trató de zafarse de las manos que la sujetaban.

El objeto que había sacado era una zarpa disecada. Pequeña, como la mano de un niño, pero con unos dedos largos, completamente inhumanos, armados con garras ganchudas. Toda la piel marchita de la zarpa estaba llena de pequeños agujeros que hacían pensar en diminutas toperas. Eran huellas de larvas de mosca que habían brotado en el tejido putrefacto y lo habían devorado a fondo, dejando el hueso envuelto en la piel tiesa y rodeado de tendones. Reseco, pero apestando aún horriblemente a podredumbre.

Treparriscos se acercó. Jutta deseaba con toda su alma desmayarse. Pero era incapaz. Miraba como hipnotizada.

—*Per nomen Baal-Zevuv, dominus scatophagum.* —Treparriscos levantó la zarpa y la acercó al rostro de Jutta—. *Per nomen Kuthulu, Tsadogua et Azzabue! Per effusionem sanguinis!*

La arañó en el cuello con la zarpa seca. Hasta hacérselo sangrar. Ella quiso gritar, pero apenas le salió un ronquido. Volvió a arañarla otra vez. Y otra más.

—*Iä! Azif!*

Se oyó un extraño murmullo silbante, un susurro y un chirrido, como de cientos de insectos con sus alas. Era tan aterrador que hasta algunos Jinetes Negros se echaron para atrás. Treparriscos acercó la zarpa al rostro de Jutta.

—*Adiungat Yersinia tibi pestilentiam!*^[71]

A una señal suya la soltaron. Cayó blandamente, sin la menor fuerza. Pero al instante empezó a retorcerse y a sufrir bascas.

Treparriscos la observó unos instantes. Después hizo un gesto de asentimiento dirigido a los suyos.

—Asunto concluido —dijo—. Nos vamos... ¿Qué ocurre?

—¡Husitas! —Uno de los Jinetes llegó galopando desde fuera del recinto—. ¡Un destacamento enorme! Están muy cerca.

—Hay que esconderse. —Treparriscos señaló un pajar y unas chozas—. Vamos a esperar. Vigilad que no relinchen los caballos.

Soplaba el viento, el molino chirrió en lo alto de la colina, las aspas giraron.

Dietky, Bohu zpievajme

Jemu cest, chválu vzdavajme...

Por el camino más próximo a la aldea abandonada avanzaba entre cánticos un batallón de caballería, dos centenares y medio de hombres armados con el Cáliz en la coraza. Al frente marchaba Jan Zmrzlík de Svojsín, señor del castillo de Orlík, con armadura completa y una camisola adornada con su escudo blasonado, tres barras de gules en campo de plata.

—Una aldea —señaló Fritzold von Warte, mercenario suizo del cantón de Turgovia—. Y hay un molino en esa loma. ¿Qué tal si lo quemamos?

—No —resolvió Zmrzlík—. No vayan a localizarnos por el humo. Hay un cigoñal en la plazuela, ahí pueden beber los caballos. Y después seguimos para Bamberg.

Los husitas no tenían prisa, transcurrieron más de dos horas antes de que dejaran la plazuela. Por fin reinó el silencio. De vez en cuando se levantaba el viento, silbaba en las rendijas del granero. De vez en cuando chirriaban las aspas del molino situado en la loma.

—Parece que ya se han ido —aseguró Treparriscos—. Vamos a salir y nos largamos de aquí.

Uno de los Jinetes abrió el portón de par en par. Para encontrarse de bruces con la boca de un arcabuz de Praga.

—Alabado sea Cristo —lo saludó Scharley. Y le disparó entre los ojos.

Al oír el disparo, acudieron rápidamente otros dos Jinetes desde el pajar. Uno de ellos cayó de inmediato, un virote de la ballesta de Reynevan le alcanzó en un ojo a través de la visera del yelmo. Al segundo Sansón le atizó con el goedendag con tal fuerza que la celada se le dobló y se partió como el cascarón de un huevo.

El gigante irrumpió en el pajar, blandiendo el garrote con punta metálica, los Jinetes huyeron de él, retrocedieron hasta la pared. Pero fue solo un momento, seguían siendo cinco contra uno. Relumbraron las espadas y las dagas.

Sansón abrazó el poste que sostenía la viga maestra del techo. Las venas se le marcaban en la frente mientras sacudía el poste, con una fuerza tremenda, como el verdadero Sansón. Y, al igual que el verdadero Sansón derribó las columnas del templo de Dagón en Gaza, así Sansón Mieles partió y derribó el poste del pajar. El travesaño reventó con un chasquido aterrador, como astillas reventaron las vigas de la cubierta. Y todo el techo, todo el altillo junto con el tejado, todo el enorme peso de la madera vieja, todo, como el templo de Dagón sobre los filisteos, cayó sobre los Jinetes Negros, aplastándolos y espachurrándolos de tal modo que no tuvieron tiempo ni de gritar.

Tan solo una pierna asomaba por debajo del montón de maderos, una pierna con una rodillera negra y un escarpe negro. Asomaba y se agitaba.

Sansón respiró hondo, incapaz de articular un solo sonido. Se limitó a zarandear a Reynevan de un hombro.

Todavía tenían trabajo pendiente.

Los Jinetes Negros se reagruparon junto al portón del granero. Rixa derribó a uno de ellos, alcanzándole con dos balas de los cañones de mano que le facilitó Tybald. Pero otros se abrieron paso hasta la plazuela, y tras ellos apareció Treparriscos, ya montado, con el resto. Inmediatamente, uno de los caballos se encabritó y cayó al suelo: Reynevan se había plantado en el campo de batalla con su ballesta de caza. Tybald disparó sobre otro caballo con un cañón de mano, él mismo estuvo a punto de perder la vida en ese momento: uno de los Jinetes se abalanzó sobre él blandiendo la espada, pero el goedendag arrojado por Sansón lo derribó de la silla. Tybald voló como un azor hasta el caído y le ensartó una daga por debajo del gorjal. Rixa, mientras tanto, acuchillaba al otro jinete derribado.

Scharley le cortó sin temor el paso a Treparriscos, sacudiéndole un mandoble al caballo en los cuartos delanteros. El animal dio con los belfos en tierra, Treparriscos salió disparado de la silla y rodó por el suelo. Douce von Pack gritó de un modo estremecedor, volvió grupas y acometió a Scharley, lanza en ristre. El demérito no se dejó llevar por el pánico, no echó a correr, esperó con el bracamarte bien firme en ambas manos. Douce se puso de pie sobre los estribos y tomó impulso para el lanzamiento. En ese mismo instante un virote salió disparado de la ballesta de Reynevan y fue a clavarse en el cuello del caballo. La bestia se estremeció, Douce cayó a tierra con estrépito.

Treparriscos se puso en pie rápidamente, alcanzó al último de los Jinetes, lo derribó del caballo, montó en él de un salto. Vio a Sansón, que corría hacia él, vio a Rixa y Tybald aprestando sus armas. Con un movimiento repentino alzó ambas manos, ejecutó con ellas en el aire un complicado gesto, gritó un conjuro. Una esfera de fuego brotó en sus manos levantadas y empezó a hincharse rápidamente.

Viendo lo que ocurría, todos corrieron a buscar refugio. Pero Treparriscos no había apuntado a nadie en concreto: sencillamente arrojó la esfera de fuego hacia lo alto. Para que hiciera allí explosión, con el estruendo de un trueno.

Treparriscos aprovechó la confusión para correr hasta Douce, que se estaba levantando, subirla al caballo y partir al galope, hacia la loma donde se alzaba el molino. Rixa les disparó con un cañón de mano, pero falló.

Reynevan no falló.

El semental negro, alcanzado por un virote, soltó un bufido y agitó la grupa, librándose de sus jinetes.

Treparriscos y Douce echaron a correr. Douce cojeaba.

Reynevan agarró uno de los caballos que daban vueltas por la plazuela, montó de un salto, se lanzó en pos de los fugitivos. Treparriscos se volvió, viendo los dientes del caballo justo por encima de su cabeza, aulló aterrorizado. Pero recobró la calma, se alejó un paso, levantó una mano, pronunció un conjuro. De sus dedos salió despedido un haz de chispas, de agujas de fuego. El caballo relinchó, se puso de

manos. Reynevan aplastó en su caída los tablones de una valla. Treparriscos se hizo con las riendas, saltó al caballo. Y se dio a la fuga, a todo galope.

Douce von Pack subió a lo alto de las escaleras del molino. Con la daga desenvainada, con los cabellos alborotados, enseñando los dientes. Un estertor inhumano estalló en su garganta, algo que recordaba al gruñido amenazante de una gata furiosa.

Scharley ya había abierto la boca para conminarla a arrojar las armas y entregarse, pero Rixa lo detuvo, negó con la cabeza. Miró a Scharley a los ojos, y él comprendió.

Sin cuartel.

Cogieron el portillo de una pocilga que les acercó Tybald y lo usaron como escudo mientras subían las escaleras. Arrinconaron a Douce contra la puerta del molino, la empujaron al interior, se abalanzaron sobre ella.

Sopló el viento, giraron las aspas, se movió y traqueteó el mecanismo de transmisión.

Scharley le sujetó la mano a Douce, le arrancó la daga de entre los dedos. Douce se revolvió, sacó un cuchillo. Rixa la golpeó con el pomo de un machete. Y la empujó. Sobre el eje de transmisión, la rueda catalina y el sistema de engranajes.

Sopló una leve brisa.

La rueda de roble atrapó con sus dientes un brazo de Douce, lo mordió con un chasquido, fue como la dentellada de un lobo. Crujió el hueso. Intentó zafarse, pero el engranaje no soltó su presa. Volvió a soplar ligeramente el viento, el mecanismo se puso en marcha, la transmisión hizo moverse la rueda dentada, que se apoyó en el pecho de Douce. Douce soltó tal alarido que salió polvo de todas las rendijas.

Scharley y Rixa intercambiaron una mirada. Se encogieron de hombros. Y salieron.

Tybald aguardaba al pie de la escalera. Algo más lejos Sansón ayudaba a caminar a Reynevan, que apenas podía mover las piernas.

—Bueno, ¿qué? —preguntó Tybald, señalando el molino con la cabeza—. ¿Qué?

—Nada —respondió Rixa con frialdad—. Esperamos a que sople el viento.

Se notaba en el aire la cercanía del vendaval. Treparriscos ya estaba lejos. En ese momento se detuvo y giró al caballo. Miró a su alrededor.

Aguzó el oído. La distancia era considerable, pero aún alcanzó a oír.

—¡No me dejes! ¡No me dejes! ¡No me dejes sola!

Treparriscos no movió un músculo del rostro. Y al cabo de un instante se alzó de la silla, aleteando, un pájaro enorme. Se alzó de la silla, ganó altura y voló hacia el cielo, entre las nubes bajas, Echó a volar y se perdió de vista.

—No me deee...

Sopló el viento. Temblaron las aspas. Después empezaron a moverse, con una

dificultad evidente, como tratando de vencer alguna resistencia. Pero a continuación ya empezaron a girar suavemente y sin impedimentos.

Al último de los Jinetes, desarmado, sin yelmo, Rixa y Tybald lo acorralaron contra la puerta de una choza derruida. El Jinete se postró de rodillas, implorando compasión. Pero ese día nadie daba cuartel. Tybald sujetó al Jinete del pelo, mientras Rixa con un movimiento seco le hincaba un estilete por debajo de la barbilla, hundiendo la hoja hasta la guarda. La víctima, entre convulsiones, se desplomó sobre la puerta, abriéndola con su peso. Rixa, que oyó algo, echó un vistazo en el interior.

—¡Reynevan! —gritó espantada—. ¡Reynevan! ¡Aquí! ¡Rápido!

—¡Oh, Cristo! —Tybald también echó un vistazo, y dio un paso atrás—. Oh, Cristo...

Acudían corriendo Scharley y Sansón. Reynevan los adelantó. Irrumpió en el interior, apartando al goliardo y poco menos que arrollando a Rixa.

En el interior, sobre un montón de paja, yacía...

—¡Jutta!

Corrió a su lado, cayó de rodillas. La sujetó de los hombros.

Lo primero que notó fue un calor húmedo. Estaba tan caliente que casi despedía fuego. Tenía los ojos cerrados, temblaba, sufría convulsiones.

—¡Jutta! ¡Soy yo! ¡Aquí me tienes! ¡Jutta!

—Reynevan... —Abrió los ojos—. ¿Reynevan?

Reynevan la abrazó. Y entonces sintió un frío terrible, helador, en sus manos. La miró y se quedó petrificado. La piel de sus manos era de color azul, que se volvía índigo en la base de los dedos, adquiriendo en las yemas un profundo tono púrpura.

Con dedos trémulos le levantó la camisa. Y, a pesar de que se lo propuso, no fue capaz de reprimir un gemido de desesperación.

Los hombros, los pechos y el vientre de Jutta, amoratados, estaban profusamente cubiertos de ampollas y costras. Otras nuevas iban apareciendo prácticamente a ojos vista. Algunas ya estaban reventadas y supuraban sangre. La muchacha empezó a temblar, a tiritar espasmódicamente, Reynevan la cubrió y la arropó con su capa. La miraba como inconsciente.

—Reynevan... Tengo frío...

La tapó con una segunda capa que le dio Sansón. Jutta le apretó la mano con fuerza. Quiso decirle algo, pero casi se ahogó con su sangre. Le inclinó la cabeza para que pudiera escupir.

—¿Qué le pasa? —preguntó Scharley en sordina—. ¿Cuál es su mal? ¿A qué se debe esa terrible lividez?

Reynevan se mordió los labios, señaló el cuello girado de la muchacha, las heridas, los cortes uniformes, inflamados ya y purulentos. Se levantó, se retiró unos pasos con Scharley y Sansón.

—La han herido —acertó a decir—. Y emponzoñado. Inoculándole...

—¿Qué?

—Pues... —Las palabras se le atascaban en la garganta—. Creo que... que la han envenenado con la llamada magia septicémica. La septicemia es la intoxicación y putrefacción de la sangre... Según Avicena... Los salernitanos lo llaman sepsis... El amoratamiento obedece a los derrames internos. Su sangre permea a través de los vasos sanguíneos y forma coágulos... Eso se difunde por todo el cuerpo... Aparecen focos purulentos... Tiene ya síntomas de inflamación gangrenosa...

—¿Hay remedio?

—No hay remedio para la septicemia... Nadie conoce ningún medicamento...

—No hables así, qué demonios. Eres médico. ¡Prueba algo!

Antes que nada la fiebre, pensó, arrodillándose, tengo que bajarle la fiebre... Después hace falta algún antídoto potente... Algo que detenga la infección...

Con dedos temblorosos abrió el broche del bolso, vació el contenido, empezó a hurgar en él frenéticamente. Con una insuperable sensación de impotencia.

Cada vez más convencido de que nada de lo que tenía iba a servir para curar a Jutta, para ayudarla o por lo menos para aliviar su sufrimiento. De que de nada valían todos sus *remedia* contra *malum*, de nada los *diacodia* y *electuaria*, de nada los *sotira*, *antidota* y *panacea*. De nada el *artemisum*, *hypericum* y *serpillum*, de nada el *pestwurz*, la *cardencha* y todos los demás específicos que llevaba en el bolso.

Los amuletos, pensó, los amuletos de Telesma. Han quedado unos cuantos... La *gemma rutila* que detiene la circulación sanguínea. *Venim* de lapislázuli, eficaz contra las picaduras venenosas... *Aquila*, la piedra del águila, que purifica la sangre... Pero todas tienen que ser usadas de inmediato, y ella lleva varias horas herida... La septicemia mágica se extiende a la velocidad del relámpago... Sin embargo, es posible que algún amuleto funcione... Dios mío, haz que funcione alguno de ellos...

Los amuletos no funcionaron. Eran demasiado débiles. No tenían nada que hacer en su combate contra lo que había envenenado a Jutta.

Conjuros. Se sabía unos cuantos. Inclinado, los fue recitando uno tras otro, sobreponiéndose a la sequedad creciente de sus labios. Realizó gestos y señales mágicas, dominando a duras penas el temblor de sus manos.

Los conjuros no funcionaron. Reynevan alzó las manos y los ojos.

—*Magna Mater*... —balbuceó—. Madre de los dioses... Tú, la única que nos defiendes y nos amparas... ¡Madre del Sol, cuyo cuerpo blanco procede de la leche de las estrellas! ¡*Elementorum omnium domina*, Señora de la Creación, Madre Nutricia del Mundo! Guardianas del cielo y del mar, de todos los dioses y potencias, *aeteme caritatis desideratissima filia*, *aeteme sapientie mater gratissima*, *sub umbra alarum tuarum*, *protege nos*. Dame, te imploro humildemente, la fuerza del medicamento que aporta salud. Sálvala, te suplico. Permite que ella viva.

No se produjo el milagro.

Jutta empezó a ahogarse y a escupir sangre, también le salía con fuerza sangre por la nariz. Reynevan le levantó y le inclinó la cabeza. Y la miró impotente.

—Cómo... —dijo Scharley, con voz casi inaudible—. Cómo va a...

—Mediante la consunción de su organismo.

—Cuánto tiempo...

—Mucho.

—Reynevan... —De pronto Jutta le cogió la mano. Sus dedos, completamente amoratados, ya casi no tenían fuerza para agarrar—. Reynevan... —repitió, con un hilo de consciencia—. Quiero... Al sol...

Todos se apresuraron a prestar su ayuda. La levantaron y la sacaron del granero, la tendieron en un lecho rápidamente improvisado con las capas. No lucía el sol. Había nubes bajas y plomizas.

Una vez más empezó a sangrar con fuerza por la nariz, las calzas empapadas de sangre indicaban la pérdida de sangre por el tracto digestivo y los órganos sexuales. Empezó a sufrir convulsiones. Estuvo mucho rato temblando.

Los demás la miraban impotentes.

—Reyne... —Escupió sangre—. Reynevan...

—Estoy a tu lado.

—Estás... —Lo miró, apenas consciente—. Estás... Eso está bien...

Haciendo un gran esfuerzo, le palpó el brazo a Reynevan. Después la mano. Tenía los dedos y las uñas completamente negros. Igual que los pies.

—Ha llegado la hora... Montsegur...

¿Cómo dices? ¿Jutta?

—Montsegur... Aún pervive... *Endura y consolamentum*... Me gustaría... oír... la voz de allí...

Reynevan sacudió la cabeza, mirando inquisitivamente a sus amigos. Scharley abrió los brazos.

—Permíteme —dijo Sansón.

Se arrodilló al lado de Jutta, tomó su mano ennegrecida.

—*Benedicite* —dijo en voz baja—. *Benedicite, parcite nobis*.

—*Parcite nobis* —respondió Jutta con un susurro—. Por todos nuestros pecados... Pido perdón...

—*De Deu e de nos vos sian perdonatz*^[72] —dijo Sansón—. *E nos preguem Deu que les vos perdo*.

Daba la sensación de que Jutta quería sonreír. Pero el paroxismo de dolor deformó su rostro amoratado, convirtiéndolo en una mueca atroz. De la nariz y las comisuras de la boca le brotaba la sangre. Todas las ropas que la envolvían estaban ya empapadas en sangre.

—Reinmar. —Sansón se puso de pie—. Ya es hora. Que ocurra.

—No comprendo.

—Antes de morir —el gigante se acercó hasta él, bajó la voz—, Jutta va a tener que sufrir no menos de diez horas. ¿Vas a permitir que sufra?

—¿Qué estás diciendo? Cómo voy a... Sansón... ¡Soy médico! Soy cristiano...

Dios no permite... La ley de Dios...

—¿Una ley que ordena sufrir? ¿Cuándo se puede acortar el sufrimiento? No sabes nada de Dios, muchacho, no lo conoces en absoluto. Lo presentas como un fanático cruel. De ese modo lo estás ofendiendo. Eso no está bien.

—Pero...

—Eres médico. Líbrala del sufrimiento.

Scharley cogió a Rixa del brazo, se la llevó de allí. Tybald Raabe se apresuró a seguirlos.

Sansón y Reynevan se arrodillaron a ambos lados de Jutta. Sansón a su izquierda, Reynevan a su derecha. Antes de que se arrodillaran, Jutta estaba inconsciente, en ese momento volvió en sí.

—Reinmar...

—Te quiero —susurró Reynevan, juntando los labios al oído de ella—. Te quiero, Jutta.

—Yo también te quiero. Estoy lista.

—*Pater sáncte*^[73] —recitó Sansón en voz baja—, *suscipe ancillam Tuam in Tua iusticia et mitte gratiam Tuam e Spiritum Sanctum Tuum super eam.*

—*Lux in tenebris lucet* —susurró Jutta claramente—. La luz brilla en las tinieblas... Y las tinieblas no la han envuelto.

Y, al decir eso, las nubes se abrieron repentinamente. Y brilló por detrás de ellas el sol del atardecer. Y se hizo la claridad.

Y sucedió que Reinmar de Bielau, médico, abrió el estuche de los amuletos, regalo de Jost Dun, apodado Telesma, hechicero de Praga. Sucedió que Reinmar sacó del estuche un amuleto, uno que estaba escondido en el fondo, pequeño y discreto, el único que no había que usar nunca, pues solo era posible recurrir a él en un caso completamente extremo, en una situación desesperada y sin remedio. Sucedió que Reinmar abrazó a Jutta y le aplicó el amuleto a la sien y pronunció un conjuro, que decía así: *Spes próxima*. Sucedió que Jutta suspiró con alivio, y después sonrió y se distendió.

Y sucedió que Jutta ya no estaba.

Solo quedó su nombre, una palabra hueca, que ni siquiera tenía sentido pronunciar.

Capítulo decimonoveno

En el que se cumple lo que había de cumplirse. Y acuden a los labios las palabras del inspirado profeta Isaías, hijo de Amos: «Esperábamos la luz, y hubo tinieblas^[74]. La claridad, y anduvimos en oscuridad».

El primer día se desencadenaron los cuatro vientos, libres de sus ataduras. La Tierra se desplazó, las puertas del cielo se abrieron y el humo de un gran incendio ocultó todo el firmamento. El Sol se volvió negro como un paño de crin, y la luna toda como sangre. Por todas partes cundían la desesperación y el terror. Y hubo lamentos. Y hubo lágrimas. Y hubo una soledad espantosa, insoportable.

El segundo día hubo una gran oscuridad. Las estrellas cayeron del cielo. Gimieron los abismos terrestres en los cuatro extremos del mundo. Se desvaneció el abismo entre lamentos, temblaron la tierra y el mar, y con ellos montes y colinas. Y cayeron las estatuas de los dioses, verdaderos y falsos, y con su caída toda la gente miró con desdén la vida de este mundo.

Se desgarró la bóveda celeste de oriente a occidente. Y se hizo de repente la luz, lux perpetua. Y surgió de ella la voz del arcángel, y se oyó hasta en los abismos más profundos. *Dies irae, dies illa...*

*Mors stupebit et natura^[75],
cum resurget creatura,
iudicanti responsura.
Liber scriptus proferetur,
in quo totum continetur,
unde mundus iudicetur.*

El tercer día...

El tercer día se presentó Sansón. Y con él Scharley, Rixa y Tybald.

—Ya basta, Reynevan. Ya basta, amigo. La has llorado dignamente, como se merecía. Pero ahora levántate y reacciona de una vez.

Sobre la tierra de los bávaros se levantaba el humo, el viento llevaba por doquier el olor a chamusquina. Y, con todo, las operaciones militares habían sido suspendidas en su mayoría, corrían rumores de que se habían entablado negociaciones. Al parecer, al castillo de Beheimstein, cerca de Núremberg, tomado y convertido en cuartel general de los husitas, había acudido en persona Federico, margrave de Brandeburgo, dispuesto a tratar con los husitas. No se podía excluir que aquello supusiese el final de la razia, que los alemanes estuvieran dispuestos a pagar un rescate. Para ayudarlos un poco a tomar su decisión, Procopio ordenó que las columnas husitas se pusieran en marcha en dirección al Alto Palatinado, a Sulzbach y Amberg, metiéndole así el

miedo en el cuerpo al pfálzgraf Juan de Neumarkt.

Todos aquellos rumores se revelaron ciertos. Las negociaciones se vieron coronadas por el éxito. Pagó el rescate el margrave, pagó el pfalzgraf pagó Núremberg. La aceita llegaba a su fin. Se impartieron órdenes, el ejército husita, concentrado en Pegnitz y Auerbach, emprendió la vuelta a casa en dos columnas. Si bien por el camino no tenían intención de quedarse de brazos cruzados. La columna que marchaba por la ruta del sur se dispuso a atacar Kynzvalt, otra de las plazas fuertes del odiado Enrique von Plauen. La columna norte la dirigía Procopio a marchas forzadas hacia Cheb.

Las tropas llegaron a las puertas de Cheb el sábado 11 de febrero, a última hora de la tarde, poco antes del anochecer, después de haber atacado sobre la marcha las aldeas y poblados que rodeaban la ciudad. Todos los arrabales ardían, el destacamento de caballería de Jan Zmrzlík se ocupó de que no se salvase ni una sola alquería de los alrededores. Reynevan se había repuesto y volvía a ser el de antes, pero no tomó parte en los incendios y matanzas. Con Scharley, Sansón y Rixa, se quedó junto a Mikuláš Sokol de Lamberk, en una compañía de reserva.

Tybald Raabe ya había partido antes de que dejaran Pegnitz, para viajar hacia el este.

Los incendios volvieron la noche, que no tardó en caer, tan clara como el día. Y tan ruidosa. Traqueteaban sin descanso los martillos y hachas de los carpinteros, montando praký y construyendo parapetos. Vociferaban y cantaban los artilleros, asegurando en sus soportes de madera bombardas y morteros. Gritaban al pie de las murallas los escaramuzadores taboritas, prometiéndoles a los defensores de Cheb una muerte espantosa, los defensores les replicaban desde lo alto con promesas de una muerte aún más atroz, insultos soeces y disparos de armas de fuego.

—¿Reinmar?

—Aquí estoy, Sansón.

—¿Cómo lo llevas? ¿Qué tal sigues?

—Horrible.

—No sé para qué pregunto.

Estaban sentados al lado de una pequeña hoguera que ardía detrás de una tela, extendida sobre unos palos, que les resguardaba del viento de febrero. Estaban los dos solos, Scharley y Rixa andaban perdidos por ahí. Últimamente se perdían a menudo. Rixa, por lo demás, ya había tenido tiempo para despedirse, regresaba a Silesia.

—Yo... —el gigante titubeó de pronto— también tengo algo que reprocharme. Últimamente no paro de pensar en el verdadero Sansón, el del monasterio de los benedictinos. No se me va de la cabeza el mal que le hice... Lo dejé... allí...

—Tú no tienes la culpa —replicó Reynevan con gravedad—. Fuimos Scharley y yo, fueron nuestros estúpidos exorcismos, nuestros juegucitos con cosas con las que

no se puede jugar. Tú has intentado reparar nuestro error, lo has intentado muchas veces, nadie tiene derecho a acusarte de pasividad. No lo has conseguido, qué se le va a hacer, esa es la voluntad de Dios. Y ahora... ahora la situación ha cambiado. Tú tienes tus obligaciones. No puedes abandonar a Marketa. Le romperías el corazón a esa muchacha si la dejaras sola en estos momentos. Comprendo que lo lamente, te conozco, sé hasta qué punto te preocupa la suerte de los demás. Pero ahora sería una elección entre dos alternativas: o Marketa o el cretino del monasterio. Para mí está claro por quién deberías inclinarte. Es evidente. Y no me digas que es algo inmoral.

—Es algo inmoral. —Sansón suspiró—. Terriblemente inmoral. Porque ya es demasiado tarde para cualquier elección. Desde que ocurrió aquello han transcurrido más de cuatro años. Allí... en la zona de oscuridad... Ninguna persona ha podido soportarlo, no hay psique humana que haya podido aguantar algo así. El verdadero Sansón no vive ya o ha perdido completamente el juicio. Ya no somos capaces de devolverlo al mundo. Ese hecho, por desgracia, pesa sobre mi conciencia.

—Escucha...

—No digas nada...

Chasquearon los cabrios de las cabañas en llamas del arrabal, el viento traía el tufo y las vaharadas de calor.

—La suerte del cretino del monasterio —Sansón rompió el silencio—, de todos modos, no estaba aún decidida en el momento en que vi a Marketa. Entonces, cerca de Kolín, en aquel garito...

—Entonces hiciste lo que tenías que hacer. Me acuerdo de tus palabras. Aquello de lo que fuimos testigos en el garito era incompatible con la indiferencia y la inacción. De modo que pasó lo que tenía que pasar.

—Es verdad. Pero no acabé de perderme hasta más tarde, en Praga. El día en que me sonrió por primera vez. *Quando mi volsi al suo viso ridente...*

*Y si es el cebo el arte o la natura,
que atrae los ojos, y la mente atrapan
ya con la carne viva o la pintada,
juntas nada serían comparadas
al dirigirme a sus ojos rientes.*

»Y era tal la luz que irradiaba —Sansón tan pronto declamaba como hablaba— que parecía que Dios me sonriese dichoso en el rostro de ella. Y se hizo la dueña de mi alma... Eh... Disculpa. Ya sé que todo esto es banal, que son cosas banales, pero qué quieres que le haga. Aunque debería reprimirme y, por lo menos, no ir por ahí pregonándolo. Pero igual ha sido para bien. Igual ha sido una buena introducción a lo que quiero decirte.

—¿Y qué quieres decirme?

—Que me voy.

—¿Ahora?

—Mañana. Y esta vez es la definitiva. Cheb es la última ciudad en la que pienso entrar con vosotros. Me marcharía hoy mismo... No obstante, hay algo que me retiene. Pero mañana, definitivamente, acabo con todo esto. Me marcho. Me vuelvo a Rapotín. Con ella. Vuelve tú conmigo.

—¿Para qué? —preguntó con amargura Reynevan, haciendo un esfuerzo—. ¿Para qué voy a volver? ¿Qué o quién me espera? Jutta no vive. La amaba, y ella ya no está. ¿Qué me queda? También yo he leído a Dante Alighieri. *Amor condusse noi ad una morte*^[76], el amor nos ha llevado a la tumba con la muerte. No espero otra cosa. De modo que con igual efecto puedo esperarla aquí, entre estas tropas. En medio de esta carnicería.

Sansón estuvo un buen rato callado.

—Estás en las tinieblas, amigo —dijo finalmente—. En unas tinieblas peores que aquellas para las que partió el auténtico Sansón. Los dos nos hemos encontrado con lo mismo. Esperábamos la luz, y hubo tinieblas. La claridad, y anduvimos en oscuridad. Palpamos la pared como los ciegos, y como los que no tienen ojos vacilamos. Tropezamos a mediodía como si fuera al anochecer, y habitamos entre los sanos como los muertos. Y añoramos la luz. La claridad. Has elegido una cita de Alighieri que no es apropiada. Te diré una mejor. *Sta come torre ferma...*

Sé como aquella torre que no tiembla^[77]
nunca su cima aunque los vientos soplen.

—En mí ya no hay fuerzas. No hay fuerzas allí donde no hay esperanza.

—Siempre hay esperanzas. La esperanza es la claridad eterna. *Lux perpetua. La luce etterna.*

O luce etterna che sola in te sidi^[78],
sola t'intendi, e da te intelletta
e intendente te ami e arridi!

—Estoy demasiado cansado para mostrarme optimista.

—Buenas noches, Reinmar.

—Buenas noches, Sansón.

Empezó con la salida del sol. Bramaron las bombardas, atronaron *veuglaires* y falconetes, retumbaron los morteros, silbaron los brazos de los *praky*, sobre la ciudad de Cheb cayó una lluvia de proyectiles. Todo el arrabal se cubrió con una espesa capa de humo blanco.

Protegidos con paveses y parapetos, los taboritas se iban aproximando a las murallas en formación cerrada, pero Procopio no daba la orden de asalto. Se sabía que el hetmán quería evitar las pérdidas, prefería que la ciudad se entregara y pagase

un rescate, el intenso bombardeo solo pretendía intimidar a los defensores. Por eso no ahorran pólvora ni balas.

Pero Mikulás Sokol, estimulado por la endeble resistencia que había en la parte meridional, atacó por su cuenta y riesgo. Colocaron un barril de pólvora en una de las puertas de la ciudad, al hacer explosión se abalanzó hacia el humo un escuadrón de asalto.

En el interior, junto a la antepuerta, en una bocacalle, los asaltantes se vieron sorprendidos por el contraataque. Una compañía de defensores se las vio con otra de atacantes. Unos y otros estaban armados sobre todo con armas de fuste, alabardas, bisarmas, gujas, picas y roginas, y daba la sensación de que se estuviesen peleando dos erizos. Se acometieron entre bramidos y gritos, entre bramidos y gritos retrocedieron, dejando varios cuerpos tirados sobre el empedrado. Inclinaron las astas y volvieron a la carga, entre chasquidos y chirridos. Bohemios combatían con bohemios, como se colegía del intercambio de insultos.

—*Psi hlavy!*

—*Zkurvysyni!*

Reynevan agarró una guja que alguno había soltado y quiso lanzarse a la refriega, pero Scharley lo detuvo con un fuerte agarrón.

—¡No te hagas el héroe! —le gritó por encima del fragor del combate y del estruendo de los cañones en el arrabal—. ¡Y no busques la muerte! ¡Atrás, atrás, hacia la puerta! ¡Van a rechazarnos de un momento a otro! ¡Atención a esas ventanas! ¿Lo estás viendo?

Reynevan lo estaba viendo. Soltó la guja, agarró la ballesta, apuntó, disparó. Un ballestero, alcanzado, cayó desde la ventana de un primer piso. Reynevan tensó la ballesta, colocó un virote.

—¡Atacad!

—¡Sus y a ellos!

En la antepuerta, entre unas casas que ya estaban en llamas, dos pelotones con las armas enhiestas se acometían una vez más, resbalando en la sangre. Chasqueaban los fustes al chocar, gritaban los combatientes, aullaban los heridos. Sansón se levantó de pronto, exponiéndose por entero a los proyectiles.

—¿Lo estáis oyendo?

—¿Qué?

—¡No oímos nada! —gritó Scharley—. ¡Nos retiramos! ¡Procopio no nos manda ayuda! ¡Salgamos de aquí antes de que nos acribillen!

—¿No lo oís?

Al principio el estruendo del combate ahogaba cualquier sonido. Pero después llegó hasta sus oídos lo mismo que había percibido Sansón.

El llanto de unos niños. El tenue y desesperado llanto de unos niños. De una casa vecina, que crepitaba ya con el incendio.

Sansón se levantó.

—¡No lo hagas! —exclamó Scharley, palideciendo—. ¡Es un suicidio!

—Tengo que hacerlo. No puede ser de otra manera.

Echó a correr. Después de unos instantes de vacilación, arrancaron tras él. Casi de inmediato Reynevan se vio frenado y bloqueado por unos taboritas que se retiraban tras una nueva refriega. Scharley no tuvo más remedio que recular ante las armas erizadas de los defensores, que no paraban de presionar. Sansón había desaparecido.

Los taboritas inclinaron sus gujas y roginas, con un alarido se abalanzaron sobre los defensores. Dos compañías chocaron con ímpetu, intercambiando cuchilladas. La sangre corría por el pavimento.

Y entonces de la casa en llamas salió Sansón Miele.

Llevaba un niño en cada brazo. Como otros diez más, pálidos y callados, iban detrás de él, pegados a sus muslos y aferrados a sus ropas.

Y de pronto se apagó en la antepuerta el fragor del combate, igual que se apaga una antorcha al hundirla en la nieve. Cesaron los gritos. Se hizo el silencio, hasta los heridos dejaron de gemir.

Sansón, llevando a los niños, pasó lentamente entre las filas de guerreros. Según avanzaba, las astas de las armas se inclinaban ante él, se rendían a sus pies. Al principio, como con desgana, después con más y más presteza. Se inclinaban, tintineando en el empedrado, los mortíferos hierros de alabardas y bisarmas, las hojas de gujas y partesanas, los filos de roginas y corcescas, las moharras de las lanzas y los agudos agujones de las picas. Se inclinaban al paso de Sansón. Lo honraban con una reverencia. Le rendían pleitesía. En medio de un silencio absoluto.

Recorriendo el pasillo de hierro, Sansón llegó a la puerta. Scharley, Reynevan y algunos bohemios se acercaron corriendo, cogieron a los niños y se los llevaron de allí. Sansón se irguió, respiró hondo, con alivio.

Fue como si hubiera caído un hechizo sobre quienes combatían en la antepuerta, se lanzaron unos contra otros con un alarido. Y en una ventana uno de los tiradores afirmó el gancho de su arma en un parapeto y acercó la mecha encendida al fogón.

Sansón se tambaleó, gimió sordamente. Y se derrumbó en el suelo. De bruces.

A Reynevan le bastó con un solo vistazo. Levantó la cabeza. Y la sacudió, negando. Al tiempo que sentía cómo los labios empezaban a temblarle de una forma imparable.

—¡Qué demonios, Sansón! —gritaba Scharley, arrodillándose a su lado—. ¡No me hagas esto! ¡No me hagas esto, maldita sea! ¡No te atrevas a hacerme esto!

La niebla velaba los ojos de Sansón. Espasmos de sangre manaban de sus heridas, tiñendo la nieve.

Aquel domingo el padre Homolka, cura párroco de San Juan Bautista en Sumperk, había elegido como tema para su sermón la historia de Tobías de Nínive. Tobías, siempre fiel a Dios, el anciano y ciego Tobías. El cura contaba cómo el hijo de Tobías, Tobías el joven, fue enviado por su padre a la ciudad de Ragués, en Media, y

cómo, no conociendo los caminos ni las sendas, viajó en compañía de un guía que había tomado a sueldo y de un perro.

Doña Blazena Pospíchalová bostezó con disimulo. Al oír un suspiro, miró de reojo a Marketa, que estaba a su lado. La muchacha pelirroja, con la boca entreabierta, parecía devorar cada palabra del predicador. ¿Es que no conocía el Libro de Tobías? ¿Es que era la primera vez que oía el relato bíblico? No, pensó doña Blazena, debe de ser, sencillamente, que disfruta con esa clase de relatos, con esas historias, tan enrevesadas como fascinantes, de viajes y adversidades que hay que vencer. Parábolas, leyendas y cuentos que, por terribles que sean, siempre terminan bien. A muchos les gusta escuchar esas historias, no por casualidad los curas las escogen como tema para sus sermones. Así la gente no se aburre tanto.

El predicador, que sin duda era consciente de lo mucho que a la gente le gustaban las historias de viajes, pintó con vivos colores y se demoró con las andanzas del joven Tobías, el Guía y el perro a través de las llanuras de Media. Habló del pez que pescaron en el río Tigris, del corazón, el hígado y la hiel de ese pez, guardados por consejo del Guía. De cómo en Ecbátana, capital de los medos, el joven Tobías conoció a Sara, hija de Ragüel, y cómo unió a los dos jóvenes un amor hermoso y sincero. Doña Blazena reprimió un bostezo. Conocía historias de amor más interesantes. Marketa suspiraba y se relamía.

Y el sacerdote, balbuceando de la emoción, habló de la maldición que pesaba sobre Sara, del pérfido demonio Asmodeo, que mataba arteramente a todos aquellos a los que amaba la muchacha. De cómo, siguiendo el buen consejo del Guía, Tobías expulsó al malvado demonio con el humo del corazón y el hígado del pez que había pescado y cómo se unió a Sara en feliz matrimonio. De cómo, ya de vuelta en Nínive, el Guía le devolvió la vista al anciano Tobías con ayuda de la hiel del pez. De cuán grande fue la alegría y el agradecimiento, de cómo fueron las bodas...

—Y, cuando concluyeron las bodas —proclamó desde el púlpito el emocionado padre Homolka—, le dijo Tobías padre a Tobías hijo: «¡Piensa en el pago que has de darle al hombre que te ha acompañado!». A lo cual el hijo respondió: «Padre, ¿qué salario debo pagarle? Pues me ha traído de vuelta con salud, ha liberado a mi mujer y a ti te ha curado...».

—Liberado... —doña Blazena oyó un levísimo susurro—. Curado...

—¿Marketa? ¿Decías algo?

—Curado... —susurró la muchacha, haciendo un esfuerzo evidente—. Y ha traído de vuelta con salud...

—¡Marketa! ¿Qué te pasa?

La gente en la nave levantó la cabeza, al oír un rumor repentino, un rumor como de plumas, como de un aleteo. Se alzaron voces entre la muchedumbre, exclamaciones sofocadas, suspiros. Todos miraban hacia arriba, pasmados. El predicador perdió el hilo por un momento, pero enseguida volvió a su sermón y a su historia. A la respuesta que el Guía les dio a los dos Tobías.

—Os voy a decir toda la verdad, sin ocultaros nada. Ya os he manifestado que es bueno mantener oculto el secreto del rey y que también es bueno publicar las obras gloriosas de Dios.

El rumor cobró fuerza. Marketa gemía ruidosamente.

—Yo soy uno de los siete ángeles que están siempre presentes y tienen entrada a la Gloria del Señor. No temáis. La paz sea con vosotros. Bendecid a Dios por siempre. Si he estado con vosotros no ha sido por pura benevolencia mía hacia vosotros, sino por voluntad de Dios.

—¡No! —gritó Marketa con desesperación—. ¡No! ¡No te vayas! ¡No me dejes sola!

—Yo subo al que me ha enviado. Poned por escrito todo cuanto os ha sucedido.

—Se marcha —gemía Marketa entre los brazos de doña Blazena—. Ahora mismo... En este instante... Se marcha... Para siempre... ¡Para siempre!

A Blazena Pospíchalová le pareció que el vitral estallaba de pronto en medio de un enorme resplandor y que una luz inmensa inundaba el altar y el presbiterio. Le pareció oír el aleteo y el rumor de plumas encima mismo de su cabeza, le pareció que la corriente de aire le arrancaba la toca de los cabellos. No fue más que un momento.

—Y se elevó —el cura concluyó el sermón en medio del más absoluto silencio—. Ellos se levantaron pero ya no le vieron más.

Dos lágrimas corrían por las mejillas de Marketa.

Solo dos.

Habían desalojado a los taboritas de la ciudad, habían armado una barricada en la puerta. Empezaron de nuevo a disparar desde las murallas. Era impensable trasladar a Sansón, pero algunos bohemios trajeron paveses con los que protegieron al herido y a los que estaban a su lado.

—*Expectavimus lucera...* —dijo de pronto el gigante—. *Et ecce tenebrae...*

—Sansón... —Scharley tenía un nudo en la garganta.

—Ha pasado lo que tenía que pasar... ¿Reinmar?

—Estoy aquí, Sansón. Aguanta... Te vamos a trasladar...

—Tranquilo. Ya sé.

Reynevan se enjugó los ojos.

—Marketa... *O luce etterna...*

La voz de Sansón era ya tan débil que tuvieron que inclinarse sobre él para entender sus palabras.

—Poned por escrito —dijo, hablando de pronto con toda claridad—. Poned por escrito todo cuanto os ha sucedido.

Callaron. Sansón inclinó la cabeza hacia un lado.

—*Consummatum est* —susurró.

Y esas fueron las últimas palabras que pronunció.

Y el Sol se volvió negro como un paño de crin^[79], y la luna toda como sangre. Por todas partes cundían la desesperación y el terror. Y cayeron las estatuas de los dioses, verdaderos y falsos, y con su caída toda la gente miró con desdén la vida de este mundo.

Se desgarró la bóveda celeste de oriente a occidente. Y se hizo de repente la luz, *lux perpetua*. Y surgió de ella la voz del arcángel, y se oyó hasta en los abismos más profundos.

*Dies irae, dies illa...
Confutatis maledictis^[80],
flammis acribus addictis,
voca me cum benedictis...*

Reynevan lloraba, sin avergonzarse de sus lágrimas.

De Cheb y Kynzvalt, rechinaba la pluma del anciano monje, cronista de la abadía agustina de Zagan, las tropas victoriosas de Procopio regresaron a casa, en el mes de febrero, el martes ante festum sancti Matthie, celebrando su entrada triunfal en Praga. Tenían qué celebrar. Habían capturado prisioneros notables, y de botín y trofeos traían tres mil carros llenos, algunos tan cargados que hacían falta diez, doce y hasta catorce caballos para tirar de ellos. Y aquello con lo que no pudieron arramplar lo destruxerunt et concremaverunt, dejándolo reducido a cenizas y ascuas. En Meissen, Sajonia y Turingia se contabilizaron hasta veinte ciudades incendiadas y dos mil aldeas despobladas. En la Alta Franconia nada había que contabilizar, allí solo quedó un gran erial.

Y se dijo más tarde en Praga y en toda Bohemia que había sido una incursión tan grandiosa que la gente más anciana no recordaba que jamás hubieran hecho los checos nada semejante.

Que Dios se lo perdone.

Reynevan no pudo disfrutar del esplendor del desfile triunfal. Entró en Praga, desde luego, pero tumbado en una carreta, inconsciente, ardiendo de fiebre.

Estuvo mucho tiempo enfermo.

Capítulo vigésimo

En el que Reynevan toma una última decisión. Pues, como escribe el apóstol San Pablo en su Segunda Epístola a los Corintios, pasó lo viejo, todo es nuevo. Y la lux vitae, la luz de la vida, espera a aquellos que eligen bien.

El invierno de 1429 a 1430, inusualmente benigno, dio paso, de forma gradual y casi imperceptible, a una primavera de lo más grata. Los ánades reales se presentaron antes de lo habitual, las cigüeñas empezaron a crotorar en sus nidos en las cumbres más temprano que nunca. Graznaban los gansos salvajes, gruían las grullas, gorjeaba toda clase de genticilla alada. En los estanques, pantanos, charcas y acequias croaban a coro las ranas. Se abrían las yemas de los alisos, los sauces se llenaban de amentos, tapizaban los prados las flores amarillas y blancas de anémonas y centellas.

Reynevan viajaba en solitario por las tierras de Opava. Por un camino lleno de rodadas y huellas de cascos, hollado por las botas de los soldados. Siguiendo el rastro de las tropas de campo del Tabor, doce mil hombres que habían marchado por allí hacía apenas una semana.

Cerca del mediodía oyó el toque de una esquila. Espoleó al caballo, orientándose por el sonido, y enseguida divisó sobre un alto una pequeña iglesia de madera con una esbelta torrecilla, que parecía intacta. Sin pensárselo dos veces, dirigió hacia allí al caballo. Muchas cosas habían cambiado en él en las últimas semanas.

También en ese aspecto.

Desmontó del caballo, pero no entró en el templo, a pesar de que la esquila de la torre no paraba de llamar al Ángelus. Sencillamente se acercó a la entrada, y a tres pasos de ella cayó de rodillas. Jutta, pensó. Jutta.

Agnus Dei qui tollit peccata mundi^[81].

Réquiem aeternam dona ei^[82], *et lux perpetua luceat ei. In memoria aeterna erit iusta ab auditione mala non timebit.*

Dios mio, caigo y no puedo seguir. Estoy paralizado y soy incapaz de levantarme. Sáname y levántame en nombre de tu misericordia. Concédeme la gracia de la paz. Y dale a ella el descanso eterno.

Agnus Dei qui tollit peccata mundi. Ad te omnis caro veniet^[83]

—Amén —una voz lo sacó de su ensimismamiento—. Amén a esa oración, viajero. La paz sea contigo. —En la puerta de la iglesia había un sacerdote con una pelliza encima de la sotana, más bien bajo, grueso, tonsurado, totalmente rasurado salvo por una estrecha franja de cabellos por encima de las orejas. Se apoyaba en un bastón

bifurcado, a modo de muleta, y exhibía un enorme moratón en la cara—. La paz sea contigo —repetió, hablando con evidente dificultad y quedándose sin aliento—. Estás rezando a cielo abierto. ¿Eres husita?

—Soy médico. —Reynevan se levantó—. Ayudo a los que sufren y les procuro alivio. Y, dado que sufres, también a ti te ayudaré. ¿Quién te ha hecho eso?

—Unos prójimos.

El sacerdote tenía el cuerpo profusamente cubierto de moratones que se fundían en el costado, formando una enorme hinchazón violácea, tirando a negra. El cura silbaba y gemía mientras Reynevan le palpaba con las manos, se quejaba, suspiraba, cogía aire por la boca a intervalos. A pesar de los cual no paraba de hablar.

—Al principio... Cuando aparecieron, se limitaban a gritar, a dar voces. Que si el Papa de Roma es el Anticristo... Que si mi fe es la fe de un perro. La fe, repliqué, es una gracia, la fe no se elige. Aquélla que descendió hasta mí fue la que acepté. Sin elección. Y ellos... En lugar de prestarse a una disputa teológica, me golpearon en la cabeza y después me dieron de patadas. Pero no me mataron... Tampoco quemaron la iglesia... Ni las aldeas de los alrededores... Así que quizá sea cierto eso que dicen... Que nuestro duque Przemek ha cerrado un pacto con los husitas. Que a cambio de libertad para cruzar Opava no van a incendiar ni saquear...

—Tienes tres costillas rotas. —Reynevan no tenía intención de explicarle al cura los entresijos del acuerdo de Przemek de Opava con el Tabor—. Pero la pleura no se ha visto afectada. Te voy a apretar bien el vendaje para que no se mueva y te voy a suministrar un medicamento para el dolor. También te dejo un remedio que acelerará la soldadura de los huesos. Si es que no tienes nada en contra de usar medicamentos mágicos. ¿Tienes algo en contra?

—Vaya. —El cura lo miró intrigado—. Husita y médico, y encima mago. ¿De qué está hecha esa poción?

—No necesitas saberlo. Y no quiera saberlo.

—¿No será magia negra? ¿No irá a poner en peligro mi alma inmortal?

—Asegúrate. Mézclalo a partes iguales con agua bendita.

—Estabas arrodillado junto a la entrada de la iglesia. —El cura miró a Reynevan a los ojos—. Esa guerra en la que combates, a la que ahora te encaminas, la consideras *bellum justum*. Pero eres consciente de que con las manos manchadas de sangre del prójimo, aunque haya sido derramada en una guerra justa, no tienes derecho a cruzar el umbral del templo sin haber expiado tu pecado. ¿Lo he entendido bien?

—No. Aplícate el remedio regularmente. Después del *matutinum*, al mediodía y antes del *conclubium*. Adiós, yo ya me voy.

—Te vas... —El cura torció el gesto, palpándose el costado vendado—. Viajas solo por una tierra a cuyos habitantes tus hermanos de fe no han parado de traerles desgracias, hasta el punto de despertar en ellos pecaminosas ideas de revancha. No

pongo la mano en el fuego ni tan siquiera por mis fieles. Aunque les he predicado el verdadero amor al prójimo, en ese terreno la teoría y la práctica se han alejado de un modo terrible estos últimos años. Bien podría ocurrir que a los lugareños se les antojara discutir contigo de religión del mismo modo que han hecho los husitas conmigo, esto es, con las manos y los pies. ¿No te da miedo?

—No me da miedo —respondió Reynevan, con excesiva prisa y con excesiva sinceridad—. He dejado de tener miedo.

—Ajá. —Al cura no se le escapó su tono, le dirigió una rápida mirada—. Conozco ese estado de ánimo. Y no precisamente gracias a mis lecturas de las Sagradas Escrituras.

»No he oído —añadió— lo que decías al rezar. Pero estoy seguro de que yo mismo he pronunciado alguna vez palabras semejantes. Tan a menudo y durante tanto tiempo que siempre tenía la palabra *litanía* en los labios

—¿De veras?

—Por desgracia —aseguró con gravedad el sacerdote—. Sé lo que es el peso de una pérdida, sé hasta qué punto puede aplastarte. Tanto que uno no es capaz de levantarse, ni siquiera de alzar la cabeza. *Praesens malum auget boni perditionis memoria*^[84], la desgracia presente exacerba el recuerdo del bien perdido. Y, sin embargo, todos nos transformaremos. Al oír la trompeta final, pues sonará la trompeta y los muertos se levantarán incorruptos, y seremos transformados. Pues lo que es corruptible se revestirá de incorruptibilidad, y lo que es mortal se revestirá de inmortalidad

—Escatología. ¿Algo más, aparte de eso?

—Naturalmente. Reconciliación con Dios.

—¿Expiación?

—Reconciliación. Pues Dios, en la persona de Cristo, unió al mundo consigo, sin recriminar a los hombres por sus pecados, y dándonos su palabra de reconciliación. Así pues, si alguien permanece en Cristo, es una nueva criatura. Quien elige el camino justo tendrá la *lux vitae*, la luz de la vida.

—La vida es oscuridad. *In tenebris ambulavimus*, andamos entre tinieblas.

—Nos transformaremos. Y se hará la luz. ¿Quieres confesarte?

—No.

Los postes, las piedras, los montículos y otras señales tendrían que indicar las fronteras entre los distintos ducados. Reynevan no había visto nada de eso. A pesar de lo cual, era fácil decir dónde acababa Opava, cuyo señor había llegado a un acuerdo con los husitas. Y dónde empezaba el ducado de Racibórz, siempre hostil a los husitas. Los restos de los incendios, humeantes, marcaban la frontera. Las ruinas negras, carbonizadas, de las aldeas que había antes y que ya no había.

Al salir del bosque se encontró en un espacio abierto que no era otra cosa que un enorme campo de batalla. Centenares de cuerpos de hombres y de caballos cubrían la

pradera, flotaba sobre ellos un hedor nauseabundo a pólvora, a sangre y a restos putrefactos. Reynevan ya había estado antes en otros campos de batalla, no le fue difícil reconstruir el curso de los acontecimientos. Hacía cuatro días, más o menos, la caballería de Racibórz, Karniów y Pszczyna había efectuado un intento de parar al Tabor, golpeando los flancos de la columna en marcha. Familiarizados con esa táctica, los husitas se protegieron con paveses, arrimaron los carros a los muros y diezmaron a los atacantes con una lluvia de balas y virotes, para contraatacar después ellos mismos, por ambos flancos, atrapando a los de Racibórz en una tenaza de acero. Y a continuación se ocuparon de los que habían sobrevivido a la escabechina. Reynevan vio en uno de los extremos del campo un montón de cuerpos masacrados, vio otros que colgaban de los árboles del lindero.

Por los alrededores del campo de batalla merodeaban los saqueadores de cadáveres, campesinos de la comarca que con su figura encorvada y sus movimientos inquietos recordaban a animales. O a demonios carroñeros temerosos de la luz.

Reynevan espoleó al caballo. Quería dar alcance al ejército taborita antes del anochecer.

No tenía miedo de perderse. El humo de los incendios señalaba el camino.

El encuentro con los comandantes de la aceita se le hizo penoso. Reynevan ya se esperaba algo semejante, dado que en los últimos meses había tenido que pasar por aquello en más de una ocasión. Ya conocía las miradas compasivas, los lamentos, las sacudidas de cabeza en señal de conmiseración, había experimentado tanto los solidarios abrazos viriles como las palmadas de camaradería en los hombros. Se había cansado de los aleccionamientos que le recordaban que era preciso aguantar y ser fuerte. Que lo único que conseguían era que se viniese abajo de repente y dejase de aguantar, a pesar de que un momento antes parecía encontrarse perfectamente.

Lo mismo sucedió en esta ocasión. Jakub Kromesín, comandante de la incursión, lo acogió con una mirada compasiva. El hetmán Jan Pardus sacudió la cabeza y le estrechó la diestra en un gesto de aparente camaradería. Dobko Puchala le dio una palmada en el hombro, fuerte y sincera, absteniéndose, por fortuna, de todo aleccionamiento. El príncipe Segismundo Korybut se comportó con majestuosidad, sin rebajarse apenas a prestarle atención. Bedrich de Strážnice actuó con naturalidad.

—Me alegró de que estés mejor —dijo, acompañando a Reynevan hasta el borde del campamento, hacia la línea de los centinelas—. De que vuelvas a ser el de antes. Entonces, en febrero, no sabía realmente qué era lo que te tenía postrado, si una enfermedad o una desgracia. Temía que eso pudiera contigo, que te quebrantara, te destruyera o te hundiera en la apatía, apartándote de la vida y de la realidad. Pero hete aquí de vuelta y eso es lo que cuenta. Estamos haciendo historia, cambiando el destino de Europa y del mundo. Has vivido demasiadas cosas a nuestro lado como para que no te tengamos ahora con nosotros.

Reynevan no hizo ningún comentario. Bedrich le miró a los ojos, detenidamente,

como esperando que dijera algo. Cansado de esperar, señaló con un amplio gesto el resplandor de los incendios que iluminaban el cielo al este y al sur.

—Nos ha bastado una semana —dijo— para sembrar el terror en Racibórz por el fuego y la espada, para infundir temor en el duque Nicolás y bloquear en Pszczyna a la duquesa viuda Elena. Cualquiera día de estos se sumará a nosotros Bolko Woloszek, juntos golpearemos el ducado de Kozle, los dominios de Conrado el Blanco. Y, cuando controlemos la frontera, cuando capturemos los castillos, siguiendo el plan trazado entrarán tropas regulares polacas, tomarán Zator, Oswiecim y Siewierz. La Alta Silesia será nuestra. ¿Cómo es que no dices nada?

—No tengo nada que decir.

—Pues yo sí. —Bedrich se volvió, nuevamente le miró a los ojos—. Yo, según se ha decidido, desempeño la función de director de la sección de Silesia del Tabor. Y lo cierto es que estamos resueltos a establecer aquí, rotunda y definitivamente. Me gustaría tenerme a mí lado, Reynevan. Te lo propongo ahora, antes de que hagan lo mismo Woloszek o Korybutovich. No tienes por qué responder en este mismo instante.

—Está bien. ¿Dónde se encuentra Scharley?

—Allí. —Bedrich señaló los resplandores más lejanos—. Se ocupa del debilitamiento del potencial económico del ducado de Racibórz. Ha ascendido. Está al mando de un destacamento de operaciones especiales. Los llaman los Incendiaros.

Al cabo de dos días, el domingo Laetare, a primera hora de la mañana, precedido por una patrulla de diez hombres a caballo, Bolko V Woloszek, duque de Glogówek, heredero de Opole, adepto reciente del husitismo, se sumó a la razia. Cabalgando bajo un gonfalon caudado con el águila dorada de Opole en la tela de seda y bajo los gallardetes multicolores de la nobleza de Opole, el joven duque traía consigo cincuenta escuadras de caballería con arqueros montados y cinco centenares de hombres a pie, en su mayoría lanceros. Cerrando el desfile de la gente de Opole, avanzaba con orgullo una gruesa y potente bombardera de cincuenta libras. Jakub Kromesín sonrió al verla: era una valiosa adquisición para su artillería de asalto, compuesta esencialmente por veuglaires y cañones de veinte libras.

Con su armadura milanese Woloszek tenía un aire altivo y solemne. En nada se apreciaba su condición de neófito, no se había procurado ninguno de los emblemas de su nueva religión. No faltaban, en cambio, quienes sí lo habían hecho entre la caballería de Opole. Ya fuera de un modo sincero, ya fuera por adulación, algunos caballeros habían adornado sus escudos, almillas y gualdrapas con cálices carmesíes, y asimismo se veían coronas de espinas y hostias. También se advertían los típicos símbolos husitas en los pavese de la infantería de Opole.

Bedrich de Strážnice, propagandista nato, evaluó la situación con un rápido vistazo y enseguida le supo sacar partido. No había pasado una hora cuando sobre la pradera del campamento se celebraba a cielo abierto una misa husita. Después de la

cual, hasta la caída de la tarde, los predicadores estuvieron impartiendo la comunión *sub utraque specie* a quienes lo desearon.

El viento cambiante iba trayendo olor a chamusquina de todas direcciones.

Reynevan no participó en la conferencia vespertina de los jefes. Lo primero, porque no se lo pidieron. Y lo segundo, porque estuvo empleando todo su tiempo en encontrar el modo de ir a buscar a Scharley. Fue Dobko Puchala quien le disuadió. En un momento en que salió del granero donde estaban deliberando, para ir a hacer pis.

—Tómalo con calma —le dijo por encima del hombro, meando en una esquina—. Solo el diablo sabe dónde estará ahora Scharley, no darías con él. No puedes fiarte del humo de los incendios, porque se desplazan con mucha rapidez para eludir a sus perseguidores. Y para dar la impresión de que son más.

Había mucho alboroto en el granero, los jefes discutían a gritos. Probablemente estaban tratando de las distintas zonas de influencia, porque cada vez que levantaban la voz se oían nombres de localidades: Gliwice, Bytom, Niemcza, Kluczbork, Namysłów, Rybnik.

—Por lo visto —dijo Puchala, sacudiendo y meneándose sus partes—, hace tres días Scharley quemó una aldea cercana a Rybnik. Pero no te recomiendo, médico, que vayas a buscarlo por allí, caerías fácil mente en manos de los de Racibórz, y no se iban a entretener mucho contigo. Espera aquí a Scharley, no tardará en volver. Porque mañana o pasado mañana nos vamos. A Kozle. A vérnoslas con Conrado.

Scharley no apareció, y el ataque contra las tierras de Kozle comenzó dos días después. El ejército de los aliados se moría de ganas de penetrar en las tierras del odiado Conrado el Blanco, Bedrich y sus predicadores se habían encargado de que la propaganda diese sus frutos, haciendo del duque de Kozle un monstruo sediento de sangre, autor de incontables crímenes con ocasión de las cruzadas y las incursiones en Bohemia. En realidad, quienes habían tomado parte en las cruzadas e incursiones habían sido el obispo de Wroclaw, Conrado el Viejo, y el duque de Olesnica, Conrado Kantner. La única culpa de Conrado el Blanco era la de ser su hermano. Con tanto Conrado los errores eran inevitables.

La mañana del 28 de marzo, el ejército husita estaba formado en orden de combate. Ondeaba al viento el blanco estandarte triangular del Tabor, Ventas vincit con el Cáliz, a su lado el águila de Opole de Bolko Woloszek en el gonfalon caudado. También Korybutovich ordenó desplegar su banderium, y entonces pudo verse que se dirigía al combate bajo el signo del Perseguidor del gran ducado de Lituania. De acuerdo con la tradición, desfilaron por delante de las tropas los predicadores castrenses checos, silesios y polacos. Los guerreros se descubrieron y empezaron a rezar en voz alta. Un galimatías plurilingüe se extendió por todo el campo.

Al frente marchaba Bedrich de Stráznice. Ya no se limitaba a imitar a Procopio en su porte y en su forma de hablar, sino que hasta vestía como Procopio, con su

característico kalpak, su brigantina y su capa con cuello de lobo. Detenía al caballo igual que Procopio, levantaba el brazo igual que Procopio.

—¡Guerreros de Dios! —exclamó bien alto, exactamente igual que Procopio—. ¡Fieles eslavos!

»¡Ante vosotros se extienden los dominios de un enemigo de Dios y de la fe verdadera! ¡Ante vosotros se extienden las tierras de vuestro enemigo, un enemigo acérrimo y cruel, en cuyas manos nunca se seca la sangre de los fieles y piadosos! ¡Aquel que dirigió contra nosotros las hordas de cruzados para acabar con la verdad divina! ¡He aquí que ha llegado la hora de la venganza!

»¡Venganza, venganza contra el enemigo! El Señor es el Dios de la venganza cuando dice: «Castigaré a Bel en Babilonia^[85], y sacaré de su boca lo que ha tragado». Así pues, que esta Babilonia se convierta en un montón de ruinas, guarida de chacales, lugar de espanto. ¡Que se despueble, que su mar se seque, que se agote su manantial! Dice el Señor: «¡Los haré traer como corderos al matadero, como carneros y machos cabrios!». ¡Al matadero! ¡Al matadero y la destrucción! ¡Ahora adelante! ¡Cumplid la voluntad de Dios y encarnad en vida su Palabra! ¡Adelante! ¡Adelante al combate!

Entre el fragor de hierro de las armas erizadas, en una columna que pasaba de una milla de largo, integrada por mil trescientos jinetes, once mil infantes y cuatrocientos carros, la aceifa llegaba a las tierras de Kozle.

A pesar de tanto anuncio pomposo y de tanto entusiasmo, el ejército hizo más bien poco. Las tropas de campo del Tabor, capaces de recorrer ocho millas en un día de marcha, a través de la tierra de Kozle avanzaban a paso de tortuga, y hasta el 30 de marzo no llegaron a Kozle, que estaba a cuatro millas de distancia. Por el camino, las patrullas enviadas se dedicaban a incendiar y saquear aldeas y poblaciones.

Kozle, de entrada, fue agasajada con un pedrusco de cincuenta libras lanzado por la bombardera de Opole, acertando de lleno en todo el tejado de la nave de la iglesia parroquial. Fue suficiente para que la ciudad se rindiera y fuera anexionada de inmediato por Bolko Woloszek. Razón por la cual los comandantes se enzarzaron en una discusión, pues por lo visto Korybutovich también le tenía echado el ojo a Kozle. La discusión se zanjó repartiendo el rescate pagado por los habitantes de Kozle. En el marco del acuerdo, Woloszek y Korybutovich emprendieron una acción en común: una incursión hacia el norte, a Krapkowice, Otmet y Obrowiec. Esos castillos y esas tierras pertenecían al duque Bernardo, tío paterno de Woloszek. La expedición, como decía el joven duque husita, estaba pensada para asustar al carcamal y enseñarle quién mandaba de verdad en la Silesia de Opole.

Entre tanto Pardus y Puchala siguieron saqueando los feudos del duque Conrado, devastándolos con la espada y con el fuego. No todos. El estado mayor de Kromesín en Kozle se transformó en una especie de oficina, ante la cual se formaba a diario una cola de solicitantes. Caballeros, burgueses, sacerdotes, monjes, molineros y los

campesinos más ricos de la comarca se acercaban con ánimo de pagar. El que pagaba salvaba sus bienes y riquezas del fuego. Kromesín regateaba como un viejo usurero, y sus cofres estaban llenos a reventar.

Reynevan no era el único que lo miraba con desagrado.

El martes siguiente al domingo Judica unos polacos se unieron inesperadamente a la aceifa: una compañía de voluntarios de la Pequeña Polonia formada por dos centenares de jinetes. Por el camino atravesaron el ducado de Teschen, quemando, pillando y saqueando. Boleslao, el duque de Teschen, que venía observando hasta hacía poco una sensata neutralidad, al hacerse mayor había empezado a chochar: se había dejado seducir por las carantoñas del Luxemburgo y les había declarado la guerra a los husitas. Pues si quería guerra, ahí tenía guerra, él y su país.

Los pequeñopolacos, en su mayoría hidalgos de medio pelo que no presumían de blasones, estaban dirigidos por un caballero de armadura completa, con la cara chupada y unos ojos fijos de asesino. Se presentó como Rynard Jursza ante Kromesín y le entregó una carta. Kromesín la leyó y se le iluminó el rostro.

—Es del señor Piotr Szafraniec —informó a Puchala y Korybut—. Dice que el señor Siestrzeniec ha reunido en Bedzin un destacamento de hombres armados. Y que los regimientos regulares polacos están ya preparados. Pero lo que no dice es cuándo van a entrar... ¡Mi señor Jursza! ¿No ha dado el señor camarlengo de Cracovia ninguna orden verbal?

—No. Solo nos ha entregado esta carta.

Los pequeñopolacos iban pasando en formación. Y entre cantos.

*Ay, si yo tuviera
las alas de un ganso,
qué pronto a Silesia
llegaría volando...*

—¿Qué memez de canción —Puchala se puso nervioso— es esa? Se le saltan a uno las lágrimas, su puta madre, como en una boda. ¿De dónde la han sacado?

—El señor camarlengo de Cracovia —Rynard Jursza entornó los ojos— dio orden de cantar. En plan de propaganda. Que si la Alta Silesia. Que si retornamos a nuestras tierras ancestrales y a la madre patria.

—La madre patria, la madre patria —farfulló Dobko de mala gema—. Pues vale. Pero para eso mejor cantar Bogurodzica^[86].

Con los de la Pequeña Polonia pasaron dos carros. Uno iba cargado de botín, el otro transportaba heridos. Masacrados de una forma atroz. Dos de ellos fallecieron nada más llegar, otros dos seguían luchando por su vida, el estado de los cuatro restantes tampoco era halagüeño. Reynevan y los practicantes tenían trabajo a manos llenas.

Los heridos pertenecían a la compañía de Scharley.

—Pues nada —Bedrich de Stráznice abrió los brazos—, ya que te empeñas no voy a retenerte. No me hace gracia ver cómo te expones al peligro en correrías lejanas, pero qué se le va a hacer, entiendo que quieras encontrar a tu amigo. En realidad, no es mala ocasión, le mando refuerzos a Scharley, porque esos de Pszczyna los han vapuleado de tal modo que apenas se han librado seis. Yendo con compañía no te perderás y estarás más seguro. Y estás de suerte, porque...

—¿Por qué?

—Va con vosotros —Bedrich bajó la voz— alguien más. Cierta persona. Es un secreto, te prohíbo que le hables de esto a nadie. Y lo bueno es que tú a esa persona la conoces.

—¿La conozco?

—Sí. Precisamente la estoy esperando... Ah, ahí está.

Viendo quién entraba en el acuartelamiento, Reynevan se quedó sin habla.

El agente de la compañía Fugger se quitó y le entregó a un sirviente la capa de brocado, la cual cubría, como pudo verse, un atuendo que no tenía nada de marcial, aunque era corriente en un agente. Un gambesón entallado de terciopelo negro le llegaba hasta las caderas, enfundadas en un mi-parti azul y rojo con el bajo vientre recogido con estilo en una cuña, bien acolchada, que marcaba exageradamente su virilidad. Esa cuña, que era la última moda, se llamaba *braguette*, a la francesa. La *braguette*, objeto de las burlas de la gente seria, era el no va más de la elegancia entre lechuguinos y pisaverdes.

—Salud. —El agente inclinó la cabeza ante Reynevan—. Me ha preguntado por ti varias veces el canónigo Otto Beess. Me alegrará poder tranquilizarlo asegurándole que estás bien.

—Te lo agradecería.

—También podré decirle que las desgracias no te han quebrantado. ¿O sí?

—Aguanto como puedo.

—Me alegra oírlo. —El encargado se colocó los puños—. En fin, nos espera un largo camino. Por lo que he oído, tenemos que viajar hasta cerca de Ujazd, y estaría bien llegar antes de que anochezca. Sugiero que nos pongamos en marcha, Reinmar. Si es que estás preparado.

—Estoy preparado. —Reynevan se levantó—. Adiós, Bedrich.

—¿A qué te refieres? —El predicador frunció el ceño.

—Quería decir: hasta pronto.

—¿Reynevan?

—Sí, soy yo.

—Ja. Qué casualidad. Precisamente estaba pensando en ti.

Scharley apareció con aire marcial y pendenciero. Sobre un caftán de cuero llevaba una cota de malla, uno de esos llamados «mantos episcopales», en el pecho

un colnerium de hierro, los antebrazos los tenía cubiertos por sendos «ratoncillos», es decir, por los avambrazos. En el costado izquierdo portaba un bracamarte, en el derecho un estilete y, metida por dentro del ancho cinturón, una maza de seis aletas. Llevaba barba de tres días; cuando abrazó a Reynevan, su mejilla pinchaba como un erizo.

—Estaba pensando en ti. —Apartó a Reynevan a la distancia de su brazo—. ¿Quieres saber lo que pensaba? Que, sin duda alguna, demostrarías ser un idiota redomado. Que, en cuanto te recuperases de tu enfermedad, te alejarías del sosiego y la tranquilidad de la farmacia El Arcángel, donde te había dejado. Que como un tonto de capirote te subirías a lomos de un caballo y vendrías hasta aquí. En serio, ¿cuándo te levantaste de la cama?

—Una semana después de carnavales.

—Entonces aún estás convaleciente. Tú lo que necesitas es descansar, ir recuperando fuerzas tranquilamente, no volver a la guerra. A una guerra en la que, en tu situación, estás más perdido que un pedo en medio de un vendaval. Tú todavía no eres el de antes, muchacho. La muerte de Jutta estuvo a punto de matarte, la muerte de Sansón estuvo a punto de rematarte. Tampoco a mí me ha resultado fácil, aunque tengo la piel mucho más gruesa. Pero tú... ¿A qué has venido hasta aquí? ¿A reclutarme para la venganza contra Grelenort?

—La venganza no le va a devolver la vida a Jutta. Le dejo la venganza a Dios.

—Entonces, ¿a qué has venido? ¿A luchar por la idea? ¿Por un mundo nuevo y mejor? ¿Para dar la vida por él? ¿Para morir de disentería en un lazareto? ¿Eso es lo que quieres?

—Ya no. —Reynevan agachó la cabeza—. Al principio, claro que sí. Pero después se me pasó. Me he pensado mejor las cosas. He venido hasta aquí, hasta la aceita, con un solo objetivo: despedirme de ti. Saludarte, abrazarte, darte las gracias por todo. Por última vez. Scharley, me voy.

El demérito no contestó. Y no pareció sorprendido. Al contrario, dio la sensación de que se esperaba semejante declaración.

—Ya estoy harto —Reynevan rompió el silencio—. Completamente harto. ¿Sabes lo que me dijo entonces Sansón, en febrero, al pie de las murallas de Cheb? ¿Cuándo tomó la decisión de dejarnos y volver con Marketa? Usó las palabras del profeta Isaías. Esperábamos la luz, dijo, y hubo tinieblas, la claridad, y anduvimos en oscuridad.

»Estos dos últimos meses no he dejado de meditar en sus palabras. Y eso es exactamente lo que llevo dentro. Palpo la pared como un ciego y vacilo como si no tuviera ojos. Tropiezo a mediodía como si fuera al anochecer. Y soy como un muerto.

»Por el camino me encontré con un sacerdote, y este me recordó otras palabras de las Escrituras, palabras del Evangelio de Juan. *Ego sum lux mundi, qui sequitur me non ambulabit in tenebris sed habebit lucem vitae*. Ya estoy cansado de deambular entre tinieblas, marchó hacia la luz de la vida. En resumen: renuncio al mundo,

porque sin Jutta no me interesa nada de este mundo. Me marchó lejos, lo más lejos posible de Bohemia, Lausacia, Silesia, porque aquí todo me hace recordarla... — Calló ante la mirada del demérito. Y fue como si el viento se llevara de golpe su vehemencia—. No me ha ayudado el aguardiente —acertó a añadir—. No me ha ayudado el burdel. No puedo dormir, no consigo conciliar el sueño. En cuanto cierro los ojos, me despierto con la almohada empapada, bañado en lágrimas como un crío. Cuando me afeito, el jabón se me seca en la cara, y me quedo con la navaja en la mano mirando embobado las venas de la muñeca. ¿Tú crees que así se puede vivir?

»Voy a ingresar en un monasterio, Scharley. Para reconciliarme con el Creador. Di algo.

—¿Y qué quieres que te diga? —Scharley le miró fugazmente—. Soy capaz de reconocer una profunda crisis personal aunque se esconda detrás de unos arbustos. No pienso quitarte la idea de la cabeza, es más, desde un punto de vista puramente pragmático te diré que actúas con sensatez. En tu estado anímico y mental es peligroso entrar en batalla, algo que exige concentración, tener la cabeza fría y estar plenamente convencido de que todas tus acciones son correctas. Qué diablos, soy amigo tuyo, puestos a elegir entre dos males, prefiero verte con el hábito de monje que en una fosa común.

—Así que me apoyas.

—No. He dicho: entre dos males. Pero, antes de que te marches y hagas tus votos, tengo que pedirte una cosa. Será lo último que hagamos juntos. Ayúdame en un asunto con ese presumido de los Fugger.

¿De acuerdo?

—De acuerdo, Scharley.

—Podemos ahorrarnos los preámbulos estériles. —Scharley se ahorró los preámbulos estériles—. Vayamos al grano. Sé quién sois, mi señor. Pues fui yo mismo quien, el pasado año, destruyó por el fuego las minas y los hornos de Sajonia. Los que habíais ordenado.

—Así será más fácil entendemos. —El agente de los Fugger le sostuvo la mirada—. Porque el negocio que me trae hoy aquí es idéntico a aquel de Sajonia. E igual de lucrativo. Destruid el objeto que se os ordene y obtendréis un *lucrum* a cambio.

—¿Eso es todo? —El demérito torció los labios—. ¿Tan poca cosa? ¿Y por qué me venís con eso a mí, y no a Kromesín? ¿Por qué no a Puchala, a Korybutovich o a Woloszek?

—Porque —terció Reynevan inopinadamente— Korybutovich o Woloszek podrían tener pretensiones sobre tal objeto. Podrían ambicionarlo los polacos que penetran cada día en Silesia. Y es que, si no me equivoco, ese objeto se encuentra en unas tierras que ya han sido repartidas de antemano. Que ya le han sido asignadas a alguien.

Tampoco esta vez el agente bajó los ojos. No respondió, solo sonrió.

—Está tan claro —dijo Scharley— como ese sol. A mí me da lo mismo. Un incendio más, uno menos. ¿De qué se trata?

—De una mina de galena, un mineral que sirve para fundir el plomo. La mina se llama Bleiberg, se encuentra a las afueras de Bytom, en el sur.

—Tus sospechas estaban bien encaminadas. —El demérito miró a Reynevan—. Es una propiedad de Conrado el Blanco. Ambicionada por Woloszek. El cual seguramente preferiría apoderarse de ella estando la mina en funcionamiento.

—La mina de Bleiberg —el agente de los Fugger se arregló las mangas del gambesón— no está en funcionamiento. Actualmente no se extrae galena en ella, y eso es por culpa de las aguas subterráneas que han inundado las galerías. Precisamente están trabajando en achicar el agua unos flamencos llegados expresamente, especialistas en esa clase de cosas. Tenéis que echarlos de allí, quemar los molinos de viento y destruir los mecanismos de bombeo del agua.

—Y, en ese caso —concluyó Scharley—, el agua inundará la mina definitivamente. Y ya nunca volverá a funcionar. ¿Eso es todo?

—No —repuso el agente—. También hay otro objeto. Una aldea llamada Rudki, a orillas del Klodnica. En su extremo occidental hay una *officina ferraría*. Una herrería, una tobera y una calera. Quemadlo todo. Reducidlo a cenizas.

—Para llegar hasta esos lugares que habéis mencionado —advirtió Scharley—, hay que efectuar una larga travesía, adentrarse profundamente en territorio enemigo, por medio de sus puestos y sus patrullas. Supone un riesgo elevado. Muy elevado.

—Se ha tenido en cuenta en el *lucrum* prometido. Y, a mi juicio, con proporcionalidad.

—Eso ya se verá. Cuando preciséis la suma.

—El problema no está en la suma.

—Ah. Entonces, ¿dónde está?

—El *lucrum* del que estamos hablando viaja en un furgón negro. Quién sabe si no será el mismo de aquella vez.

—Tened la bondad de repetirlo.

—El dinero —el agente de la compañía de los Fugger se cruzó de brazos— pertenece a una persona que en aquella ocasión, en septiembre de 1425, ordenó asaltar al alcabalero y apoderarse de los impuestos recaudados. El mismo furgón negro que entonces os birlaron en vuestras mismas narices transporta ahora un tesoro a Otmuchów, una plaza fuerte cuyas murallas deberían garantizar la seguridad e impedir el robo. Sé adonde se dirige el furgón, sé que, para no llamar la atención, lleva una escolta poco nutrida. ¿Qué tienes que decir a eso, mi señor Scharley? ¿No sería una buena ocasión para la revancha? ¿No sería un acto de justicia histórica y una reparación moral robarle al robar lo que había robado? Si os animáis a llevar a cabo lo que se os propone, el furgón será vuestro, lo pongo en vuestras manos, tomadlo antes de que llegue a su destino. Hay que decidirse rápido. Aunque algo me dice que ya sé lo que vas a decidir.

Las campanas de Bytom tocaban a rebato. Estaban ardiendo los edificios de la mina Bleiberg, el humo ocultaba el cielo por completo. El fuego devoraba los cobertizos, el molino de drenaje se derrumbaba envuelto en llamas entre un estallido de chispas. Por medio del incendio iban y venían velozmente unos jinetes, destruyendo y quemando a voluntad. Los Incendiaros, el destacamento de asalto y sabotaje de Scharley, formado por jinetes polacos y moravos escogidos.

¿Qué hago yo aquí?, pensaba Reynevan. ¿Qué hago yo aquí?

Sonaban las campanas, el fuego acababa con todo, la mina sucumbía en el incendio. Reynevan y el agente de la compañía Fugger observaban desde la linde del bosque, en la ladera de una colina.

—Estas pérdidas —Reynevan sacudió la cabeza— serán la ruina de Bytom.

—Precisamente —el agente lo miró con cara de asombro—, de eso se trata. De que caiga en la ruina.

—¿A quién pertenecen los pozos?

—¿Para qué necesitas saberlo? Vamos. No hacemos nada aquí parados.

—Vamos. —Reynevan se volvió en la silla—. Vamos, Sans...

Se quedó paralizado, se le hizo un nudo en la garganta. A su lado no había ningún jinete gigantesco montado en un caballo enorme, pero habría jurado que hacía apenas un momento estaba a su derecha. Lo cierto es que allí no había nadie.

—¿Decías algo? —preguntó el agente—. ¿Reinmar?

—Vamos.

Marchaban por los bosques, siguiendo el curso del Klodnica, por la orilla izquierda del riachuelo. Eran diez a caballo: Reynevan, el agente con sus cuatro lacayos, y una escolta de cuatro Incendiaros armados. Cerca del mediodía divisaron una gran nube de humo que se elevaba sobre el muro de un bosque situado al norte, a una distancia aproximada de media milla.

—Ese es Scharley —supuso fácilmente Reynevan—. El segundo objeto. La officina ferraría. En un lugar llamado Rudki, si no recuerdo mal. Hay mucho humo, así que la fundición no debe de estar mal. ¿A quién pertenecía? Ah, es verdad, se me olvidaba. No necesito saberlo.

—Era nuestra, De los Fugger.

—¿Cómo?

—Esa fundición era de los Fugger. —El agente se encogió de hombros—. Scharley acaba de prender fuego a una propiedad de la compañía. Las destrucciones causadas por la guerra, Reinmar, afectan a todos, todo el mundo sufre pérdidas. Resultaría sospechoso que los Fugger fueran la excepción. De todos modos, estábamos abocados a cerrar esa fundición, no era rentable. Qué cara más rara se te ha puesto, Reinmar. Como si te hubieras quedado sin habla. Interesante. Se supone que llevas ya tus buenos cinco años dedicándote a la guerra. ¿Y todavía hay cosas que te sorprenden?

—Todavía. Pero cada vez menos.

—¿A qué se debe atribuir —Reynevan se arriesgó a preguntar— el hecho de que te encuentres aquí en persona? ¿En unos bosques llenos de lobos y bandidos, en medio de una guerra y del humo de los incendios? ¿Expuesto al riesgo, a contratiempos e incomodidades? Has abandonado tu oficina de lujo, has salido de tu despacho, desde el cual estabas acostumbrado a sacudir el mundo. ¿Por qué?

—Desde el despacho —contestó el agente al cabo de unos segundos— se pierde el contacto con la vida verdadera. Detrás de los documentos se deja de ver el mundo real, detrás de las facturas, las letras de cambio y las cartas de crédito uno ya no percibe al hombre de carne y hueso. Se acumula la rutina, y la rutina es una cosa destructiva. Además, algo de excitación viene bien de vez en cuando. Saborear la aventura y el gusto del riesgo. Sentir cómo la sangre circula más deprisa en las venas. Notar cómo...

No pudo acabar. Saliendo de un bosquecillo, unos jinetes se lanzaron sobre ellos. Algunos llevaban capas blancas. Con cruces negras. Reynevan apenas tuvo tiempo de girar la manivela de la ballesta, disparó sin apuntar, el virote se hundió en el cuello del caballo que volaba hacia él, el animal se encabritó y se desplomó con su jinete. Otros se les echaron encima, empezó la acometida. Golpeado por una espada, un Incendiario se tambaleaba en su silla, muy cerca de Reynevan, este logró cogerle el hacha, tomando impulso la descargó en el yelmo de uno de los atacantes, repitió el golpe antes de que los caballos se apartaran, vio cómo por debajo del bacinete manaba la sangre. En ese instante también a él le salpicó la sangre en la cara, los jinetes de las capas blancas con cruces estaban masacrando sin piedad a los lacayos de los Fugger que se defendían sin brío. Uno tras otro, los Incendiarios caían al suelo, acuchillados.

—¡Vivos! —gritó un caballero con la coraza dorada, sin duda el comandante—. ¡Cogedlos vivos!

Tiraron del agente de los Fugger, derribándolo del caballo. Dos hombres se abalanzaron sobre Reynevan, uno de ellos le arrebató el hacha. El otro, un joven con los ojos muy abiertos, intentó sacarlo de la silla con el pomo de la espada. Reynevan le quitó el arma, la sujetó con ambas manos, del gabilán y de la hoja, golpeó por debajo de la hombrera, notó cómo el filo atravesaba los anillos de la cota de malla. El joven gritó, se contrajo. Reynevan espoleó al caballo, pero ya era tarde. Estaba rodeado por todas partes, lo agarraron. Uno de los cruzados, sin hacer caso de la orden de atraparlos vivos, se disponía a atravesarle la garganta. Pero no se la atravesó. No le dio tiempo.

Se oyó un alarido, la tierra tembló bajo los cascos de los caballos. En el calvero, galopando salvajemente, irrumpieron unos jinetes. Unos Incendiarios, negros de hollín, con Scharley a la cabeza blandiendo el bracamarte.

En un dos por tres el combate había terminado. Sin tiempo para pronunciar

Christe redemptor omnium, el último de los cruzados abrió un surco en la arena con sus espuelas entre temblores agónicos. Los demás, heridos, se habían rendido, implorando compasión.

—Pongo mi vida en vuestras manos —dijo con orgullo el caballero de la coraza chapada cuando lo condujeron ante Scharley—. Soy Magnus de Meurs, huésped de la Orden de Santa María. Pagaré un rescate...

Scharley realizó un gesto escueto. Uno de los Incendiaros tomó impulso y sacudió brutalmente al caballero con la culata del hacha. La cabeza se reventó como una sandía, en tres pedazos, cada uno de ellos salió volando en una dirección. Interpretándolo correctamente como una señal, los Incendiaros se entregaron a la degollina de los restantes prisioneros.

Reynevan estaba arrodillado al lado del joven al que había estoqueado. Con el conjuro de Alkmena detuvo la hemorragia, el encanto actuó de inmediato. Milagrosamente, el filo no había tocado ningún elemento vital del sistema circulatorio, no estaban afectadas ni la arteria *axillaris*, ni la arteria *brachiális*. Reynevan se concentró, con el conjuro cerró la vena de la axila. El joven gemía, pálido como un lienzo.

—Apartaos, señor —dijo uno de los Incendiaros, parándose al lado de ellos—. No vaya a lastimaros sin querer cuando lo remate.

—Largo.

—No tiene que quedar ni un solo testigo —dijo el agente de los Fugger—. Ni uno. No seas estúpido, Reinmar. Reprime tus impulsos samaritanos, no es este el sitio ni la hora para ellos.

Reynevan saltó como impulsado por un resorte y le dio un puñetazo. El agente cayó de espaldas, como un tronco, con la mirada perdida empezó a palpar en torno suyo.

—Que esto te mejore el gusto por la aventura —dijo Reynevan, temblando de rabia—. Y que la sangre te circule más deprisa. Y vosotros, largo. Estoy aquí curando, y me tapáis la luz.

—Ya habéis oído lo que ha dicho —aleccionó Scharley a los Incendiaros, con voz tan expresiva como inquietante—. Alejaos de él. Y vos, señor agente, levantaos y haced el favor de venir un momento. Tenemos que hablar. He cumplido las órdenes, ya va siendo hora de tomarse la revancha. Me debéis cierta información.

Reynevan se dio la vuelta, se dedicó a coser y a poner el vendaje. El joven herido temblaba, gemía, apretaba convulsivamente los párpados.

Gemía de un modo tan penetrante que Reynevan se decidió a anestesiarlo con un nuevo conjuro. Tan fuerte que el muchacho puso los ojos en blanco y se desvaneció.

El calvero se quedó vacío, los Incendiaros se adentraron en el bosque. Entonces regresó Scharley. Solo.

—Tu impulsividad —dijo fríamente— ha podido costarme cara. Dónde se habrá

visto, en toda la boca. Por suerte nuestro Fugger es un hombre de negocios, un verdadero profesional. Además, parece tener debilidad por ti.

—En pocas palabras —Reynevan se levantó, se limpió las manos con una tela—, el hombre de negocios te ha dado un convoy con un furgón negro. Aunque, si no te lo hubiera dado, tampoco habrías tenido pérdidas. No habrías ganado, pero tampoco habrías perdido. No me vengas ahora con que si los costes.

—No entiendes, amigo. —Scharley se cruzó de brazos—. No lo sabes todo. Y puede que sea mejor, teniendo en cuenta que tienes intención de vestir los hábitos monacales. ¿Qué pasa con el herido? ¿Ha entregado su alma? ¿Agoniza?

—Morirá si lo dejo aquí.

—Y tú, como ya eres casi hermano, no quieres cargar con ese pecado en tu conciencia —conjeturó Scharley—. Así que se lo llevarás a sus parientes. Y ellos te colgarán. Cuentan en sus filas con verdaderos especialistas en colgar prisioneros, directamente llegados de Malbork.

Se acercó, se detuvo al lado del herido. El joven se contrajo, aterrado.

—¿Tú quién eres? ¿Cómo te llamas?

—Parsifal... —gimió el joven—. Parsifal... von Rachenau...

—¿De dónde habéis salido? ¿Dónde se encuentran las tropas de Olesnica? ¿Cuántos son? ¿Cuántos hombres ha mandado en vuestra ayuda la Orden de Santa María?

—Déjale en paz, Scharley.

—Escucha, *nomen ornen* Parsifal. —Scharley se inclinó sobre el herido—. Hoy ha cuidado de ti tu santo patrón, Parsifal, ha cuidado toda la santa Tabla Redonda, han cuidado los santos Jorge y Mauricio. Si te salvas, enciende en la iglesia un par de velas y pídele a tu padre que ofrezca algunas misas. Hoy has tenido una suerte increíble, has tenido más potra que si hubieras encontrado el Grial. Has dado con este médico de aquí. Pues, de no ser por él, tendrías la boca y los ojos llenos de fragante tierra primaveral. Acuérdate de este médico, Parsifal. Y reza a menudo por él. ¿Rezarás?

—Sí, señor...

Uniendo sus fuerzas, empujando y tirando, subieron al herido a la silla, Parsifal von Rachenau gemía entre tanto y se lamentaba como un condenado.

Después Scharley se llevó a Reynevan a un lado.

—Sospecho —empezó Scharley— que no voy a disuadirte de tu idea. Te lo pregunto únicamente por si acaso: ¿no aplazarías tu proyecto? ¿No lo dejarías para más adelante? ¿Para asaltar antes conmigo ese furgón negro?

—No.

—Piénsatelo bien. El tipo de los Fugger me reveló con cuánto podemos contar en ese furgón. No tendrías que andar mirando en monasterios ajenos. Podrías fundar uno propio y convertirte en el prior. ¿No te tienta?

—No.

—Qué se le va a hacer. Primera indicación: las tropas de los duques de Olesnica están situadas muy probablemente en la línea fronteriza de Pyskowice a Toszek, pero ya habrá patrullas en los alrededores de Rudki, la aldea incendiada. Van siguiendo el humo. Lleva hasta allí a Parsifal y procura no dejarte atrapar.

—Procuraré.

—Segunda indicación: dirígete hacia el este, hacia la frontera polaca, cruza el río Przemsza lo más deprisa que puedas. En Polonia estarás más seguro que en Silesia.

—Lo sé.

—Tercera indicación, relativa a tu futura carrera monacal. Si de verdad te decides a algo tan radical, presta atención a los aspectos prácticos. Monasterios, conventos y órdenes no son en absoluto refugios abiertos de par en par a azotacalles y trotamundos, ni mucho menos a delincuentes y fugitivos buscados por la justicia. De otro modo, cualquier bandolero como el legendario Madej^[87] se libraría del castigo convirtiéndose en el hermano Madeusz y se reiría de la justicia desde detrás de la cancela del monasterio. Basándome en mi propia experiencia, te diré, amigo mío, que entrar por la cancela es muchísimo más difícil que salir por ella. En resumidas cuentas, sin contactos no hay nada que hacer.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Precisamente —declaró con calma Scharley—, yo tengo, si te interesa, ciertos contactos. En Polonia. A diez millas de Wielun...

—Wielun —Reynevan negó con la cabeza— está demasiado cerca.

—¿Demasiado cerca? Entonces, ¿qué es lo que te va bien? ¿Puede que Drohiczyn? ¿O Vítebsk? Porque más allá ya solo nos queda la Última Thule. Pero allí yo ya no tengo contactos. No pongas esa cara, Reynevan. Escucha: a diez millas de Wielun, a orillas del Warta, se encuentra Sieradz, ciudad antiquísima, sede de la tribu lejítica de los sieradzanos, actualmente capital del voivodato. Allí hay un monasterio de los sepulcristas, llamados miechowitas en Polonia. El caso es que desde el año 1418 tengo unas relaciones estupendas con el prepósito de allí, los superiores de los monasterios filiales se llaman prepositos entre los miechowitas, y los monasterios preposituras. El prepósito de Sieradz se llama Wojciech Dunin. En 1418 se llamaba Adalbert Dohnin y todavía no era prepósito. Y gracias a mí, por decirlo brevemente, aún pude disfrutar de la vida. Así que tiene cierta deuda...

—No te andes con rodeos. Se trata de la revuelta de Wroclaw del 18 de julio de 1418.

—No me andaré con rodeos. —Scharley entrecerró los ojos—. Sí. De eso se trata. Han pasado los años, pero esos hechos me persiguen. Y me perseguirán, teniendo en cuenta que la compañía Fugger lo sabe.

—La leche. ¿Por eso has hablado de los costes?

—Sí. Me tienen pillado y por eso mismo están seguros de mi discreción. Sé discreto tú también, Reinmar.

—Desde luego. Puedes estar tranquilo.

—En unos días —Scharley se sonrió— tendré ese furgón negro. Y el dinero transportado en él, del que voy a disponer sabiamente. Compraré paz e indulgencia plenaria. Compraré a agentes y a numerosos amigos influyentes. Pero tú no se lo digas a nadie, ni siquiera al prepósito Dunin en Wielun, si es que invocas mi nombre. Si lo haces, allí te acogerán y te permitirán hacer los votos. Allí en Sieradz se respira mucha calma y serenidad, tienen un hospital, así que para ti está que ni pintado. Hablando claramente, yo me sentiría más tranquilo y me quitarías un gran peso de encima sabiendo que estás en ese sitio. Que estás fuera de peligro y no andas dando tumbos por el mundo. Hazlo por mí, amigo. Cruza el Przemsza y tira para el norte. Ve hasta Sieradz.

—Me lo pensaré —dijo Reynevan. Aunque ya se lo había pensado, se había decidido y estaba firmemente convencido de que había adoptado la decisión más adecuada.

—Así pues... Entonces... —El demérito se encogió de hombros, carraspeó—. Su puta madre, soy incapaz de quedarme aquí, mirando cómo... Así que me despido, vuelvo grupas, le clavo las espuelas al caballo y me alejo. Sin mirar atrás. Y tú haz lo que quieras. Y cuando quieras. Adiós. *Vale et da pacem, Domine.*

—Adiós —respondió Reynevan un instante después.

Scharley no miró atrás.

Capítulo vigésimoprimer

En el que se habla del símbolo y su excepcional importancia. En el que Reynevan, después de entregarse al mal, intenta enmendar su error y lavar su culpa con sangre. En tanto que Zbigniew Olesnicki, obispo de Cracovia, altera el curso de la historia. Haciéndolo ad maiorem Dei gloriam.

He aquí que se acerca la muerte, pensó Parsifal Rachenau, tratando en vano de dominar el frío, la flojera y el sueño que se apoderaban de él. Voy a morir. Me despido aquí de la vida, en estos bosques salvajes, sin un sacerdote, sin los sacramentos y hasta sin un entierro, y ni mi padre ni mi madre sabrán dónde blanquean mis huesos. ¿Derramará por mí aunque solo sea una lágrima la hermosa Ofka von Baruth? ¿Me recordará con añoranza? ¡Ay, pero qué borrico he sido al no declararle mi amor! Al no haberme arrojado a sus pies...

Pero ahora ya es tarde. La muerte se aproxima. Nunca más veré a Ofka...

El caballo sacudió la cabeza, Parsifal se tambaleó en la silla, el dolor le taladró y le privó de sentido. Huele a humo, pensó. A hogueras. Aquí han quemado algo...

—Pasado el bosque está ya Rudki —comentó una voz a su lado. El jinete al que pertenecía la voz se difuminó en los ojos febriles de Parsifal, convirtiéndose en una forma oscura, confusa y demoniaca—. Allí deberías encontrar ya a los tuyos. Sigue por esta pista y no te caigas de la silla. Ve con Dios, muchacho.

Es ese cirujano, cayó en la cuenta Parsifal, haciendo un tremendo esfuerzo para evitar que se le cerraran los párpados. Ese médico que tiene unos rasgos sorprendentemente familiares. Me ha salvado y se ha ocupado de mí... Y luego dicen que los seguidores de Hus son peores que los sarracenos, que no saben lo que es la piedad y asesinan sin compasión...

—Señor... Os estoy agradecido... Gracias...

—Dáselas a Dios. Y reza una oración de vez en cuando. Por el alma perdida de este pecador.

Cantaban los pájaros, croaban las ranas, las nubes recorrían el cielo, el Przemsa serpenteaba entre los prados. Reynevan suspiró aliviado.

Prematuramente.

Delante de la peguería había ocho caballos, entre ellos uno moro precioso y otro blanco de una belleza sin par. Del techo de paja salía una hilera de humo. Reynevan, sin perder un instante, hizo girar a su montura. Esos ocho caballos no eran propiedad del peguero ni mucho menos de los aldeanos, de las sillas colgaban hachas, piquetas y mazas, los dueños tenían que ser gente de guerra. Reynevan se proponía alejarse discretamente, antes de que reparasen en él. Pero ya era tarde.

De un granero salió un tipo con una brigantina, cargado con una brazada de heno.

Al ver a Reynevan se le escapó el heno, soltó un grito. Otro individuo, igualito que el anterior, que debía de ser su hermano gemelo, asomó del granero, ambos se abalanzaron sobre él, dando voces. Reynevan cogió la ballesta que colgaba de su silla, agarró la manivela del torniquete, empezó a darle vueltas. La rueda dentada chirrió de un modo siniestro, algo se chascó, la manivela se soltó y el mecanismo se rompió. Se había roto su fiel ballesta, fabricada en Núremberg, introducida de contrabando en Bohemia desde Polonia, adquirida por Scharley por cuatro ducados húngaros. Esto es el fin, le vino a la cabeza cuando espoleaba al caballo, el fin, pensó cuando lo derribaron. El fin, no tenía ninguna duda, aplastado contra el suelo, viendo brillar el cuchillo curvo de zapatero.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Deteneos! ¡Soltadlo! ¡Es uno de los nuestros! ¡Lo conozco! No puede ser, pensó Reynevan, que yacía inmóvil con la mirada fija en el cielo. Esto nunca pasa en la vida. Estas cosas solo se ven en los libros de caballerías. Y no en todos.

—¿Reynevan? ¿Estás bien?

—¿Jan Kuropatwa? ¿De Lancuchów? ¿Del clan de Szreniawa?

—Él mismo. Uy, Reynevan, qué mala pinta tienes. Casi no te reconozco.

Había más conocidos en aquel grupo. Jakub Nadobny, Jan Tluczymost, el lituano Skirmunt. Y el cabecilla de toda la banda, el señor de la guerra ruteno, el inolvidable príncipe Fiodor de Ostrog. El cual taladró a Reynevan con la mirada penetrante y hostil de sus ojillos negros.

—¿Tú qué haces —dijo por fin el príncipe— moviendo los ojos sin parar? ¿Buscas al boyardo Danilko? ¿Al que le soltaste una cuchillada allá en Odry? Pierdes el tiempo. Lo mataron los eslovacos a orillas del Váh. Herrgott, qué suerte la tuya, porque era rencoroso. Pero yo no. Aunque aquella vez la cagaste en Odry, vaya si la cagaste, yo te perdono como buen cristiano. Te dejo marchar, no pienso retenerte. Pero primero bebamos por nuestro acuerdo. Sirve hidromiel, Mikoszka.

—Pues nada, ¡salud!

—¡Salud!

—Y a ti, Reynevan —Kuropatwa se limpió los bigotes—, ¿qué te trae por aquí? Te lo pregunto por si quieres venir con nosotros.

—Voy al norte. —Reynevan prefería no ser demasiado sincero.

El polaco no se dio por vencido.

—¿Concretamente adónde?

—A Wielun.

—¡Anda! Precisamente vamos en esa misma dirección. Ven con nosotros, es más alegre ir en comitiva. Y más seguro. ¿Qué dices, Fedko? ¿Lo llevamos?

—A mí me es igual. Si quiere, que venga. ¡Salud!

—¡Salud!

Viajaban hacia el norte, por el verde valle del Przemsza.

Abría la marcha el príncipe Fiodor Fiodorovich Ostrogski de Ostrog, hijo del estarosta de Lutsk. Tras él cabalgaba, en su precioso caballo blanco, Jan Kuropatwa de Lancuchów, del blasón de Szreniawa. Detrás Jakub Nadobny de Rogów, del blasón de Dzialosza. Jan Tluczymost, del blasón de Boncza, llegado de algún lugar de la Gran Polonia. Jerzy Skirmunt, lituano, miembro de un linaje que muy recientemente había sido honrado con su incorporación al blasón polaco de Odrowaz^[88]. Achacy Pelka, del blasón de Janina, tan inseguro que en broma le llamaban «el Tocino». Los hermanos Melchior y Mikoszka Kondziol, de blasón dudoso, familia dudosa y conducta más que dudosa.

En su estado psíquico, a Reynevan todo le importaba un comino, nada iba con él. Con todo, al ver a Ostrogski se había quedado un tanto sorprendido. Había oído chismes y habladurías según los cuales el príncipe había vuelto a traicionar a los husitas, ofreciendo sus servicios al rey Segismundo Luxemburgo. Eso había ocurrido hacía un año, esto es, poco después de aquel accidentado encuentro en Odry, cuando habían salido a relucir los cuchillos. Corría el rumor de que el Luxemburgo, tomando a Fedko por un provocador, lo había hecho encarcelar junto con toda su compañía. Es más, se había llegado a hablar de su ejecución en la plaza de Pozsony, y hasta habían aparecido testigos presenciales que describían el castigo con toda clase de detalles pintorescos. Y he aquí que para asombro de Reynevan los ejecutados iban tan panchos por el verde valle del Przemsza. En una situación distinta Reynevan quizá habría abrigado sospechas, quizá se lo habría pensado dos veces antes de unirse a un grupo tan poco de fiar. Pero la situación no era otra distinta. La situación era la que era.

Por el oeste, en las cercanías de Gliwice y Bytom, se elevaban hacia el cielo negras columnas de humo. Sin embargo, en las aldeas que iban dejando atrás no se advertían señales de pánico, en los caminos no se veían fugitivos. Al parecer la población confiaba en sus duques, Conrado el Blanco y Casimiro de Oswiecim, contaba con que defenderían sus vidas y haciendas, pues para algo les freían a impuestos. Con independencia de cuáles fueran sus verdaderos planes en ese terreno, los duques daban una buena imagen. Cuanto más hacia el norte, más visible era la presencia de tropas. Cada dos por tres les llegaba el sonido altivo de las trompetas, más de una vez divisaron en el horizonte correos militares cabalgando con sus enseñas desplegadas. La banda de Fedko de Ostrog marchaba por caminos y pistas poco transitados, gracias a lo cual en dos días de viaje no se toparon con ningún destacamento ni patrulla. Pero el peligro no había desaparecido en ningún momento. A pesar de su resignación, Reynevan se sentía intranquilo. Si caían en manos de los soldados, podían acabar colgados de la primera rama al borde del camino, y despedirse de ese modo concreto de la madre tierra no le hacía la menor ilusión.

La compañía del príncipe parecía desdeñar el peligro. Ostrogski y sus camaradas

cabalgaban a paso de tortuga, bostezando y matando el aburrimiento con charlas estúpidas.

—¿Os habéis fijado? —Jakub Nadobny se volvió en la silla—. Pero si somos la leyenda viva. ¡Los hermanos eslavos^[89]! ¡Lech, Rus y Czech!

—Lech, Rus y el teutón. —Fedko Ostrogski torció el gesto—. ¿Dónde ves tú aquí a Czech?

—Reynevan —dijo Tluczymost— siempre anda con checos. Y habla checo.

—Fedko —dijo Skirmunt a su espalda— suelta tacos en húngaro, y no por eso es húngaro. De todos modos, Reynevan no es alemán, sino silesio.

—Silesio. —Fedko escupió—. O sea, ni fu ni fa. Aunque es más alemán que otra cosa.

—Y tú personalmente —le preguntó Kuropatwa a Reynevan—, ¿qué te consideras?

—¿Es que, para vosotros —Reynevan se encogió de hombros—, hay alguna diferencia?

—Ninguna diferencia —admitió Kuropatwa.

—Pues eso —se consoló Nadobny—. Lo que yo decía, la leyenda viva. Lech, Rus y ninguna diferencia.

—Tú, Nadobny, ¿qué pasó con tu hermano Hincza? ¿Es verdad que se tiró a la reina Sonka?

—No es verdad —dijo de mala gana Nadobny—. ¡Solo son mentiras y calumnias! Jagiello ordenó encarcelarlo en Checiny aunque era inocente. Por eso fui yo a Bohemia con Korybutovich, a pesar del rey. Porque había tratado injustamente a Hincza, arrojándolo al fondo de una fosa, como a un perro.

—¿No estás exagerando? Porque se contaba que Hincza se la había tirado en Wawel.

—Sí —admitió Nadobny—. Pero no a la reina, sino a una cortesana suya. Szczukowska.

—¿Cuál de ellas? —se interesó Kuropatwa, que parecía muy puesto—. ¿A Kaska o a Eliszka?

—Pensándolo bien —reflexionó Nadobny—, puede que a las dos.

Al día siguiente llegaron a Lubliniec, pequeña ciudad situada en el camino de Siewierz a Olesno, una vía importante en los intercambios comerciales entre Silesia y la Pequeña Polonia. La compañía ya se frotaba las manos y se regocijaba ruidosamente pensando en las tabernas de Lubliniec y en la cerveza que allí se elaboraba, pero para decepción de todos Fiodor Ostrogski dio orden de parar a descansar lejos de la población y les prohibió estrictamente aparecer por allí. Él mismo, sin más compañía que la de Jan Kuropatwa, se acercó a la ciudad. Al atardecer, cuando ya oscurecía. Prometiendo regresar al alba.

Al principio eso apenas inquietó a Reynevan. El príncipe Ostrogski, al fin y al cabo, era un señor de la guerra, un aventurero y un mercenario, siempre a sueldo de alguien distinto, involucrado en toda clase de tratos y asuntos que convenía arreglar en secreto, a escondidas y en la sombra. Pero al cabo de un rato la curiosidad acabó siendo más fuerte, especialmente cuando se presentó una ocasión propicia. Y es que la compañía no hizo ni caso de las órdenes del príncipe. Dejaron a Skirmunt y a Reynevan montando guardia en el campamento, mientras los demás se dirigían a la aldea más próxima en busca de alcohol, comida y eventualmente sexo. Cuando Skirmunt se durmió, Reynevan montó en su caballo y, sin hacer ruido, partió para Lubliniec.

En la ciudad, el humo reptaba por las calles sumidas en la oscuridad, los perros ladraban, mugían los bueyes. A pesar de lo avanzado de la hora, el único edificio iluminado —si bien profusamente—, cubierto por una techumbre de cañas, estaba atestado de gente que no paraba de ir y venir, dando voces y armando bullicio. Reynevan no tardó en descubrir el caballo blanco de Kuropatwa, y el moro de Ostrogski a su lado. Ya se disponía a acercarse, amparándose en las tinieblas, cuando de pronto vio llegar a la taberna, entre el trápala de los caballos y el tintineo de las armas, una nutrida comitiva que escoltaba un carruaje. Un grupo de sirvientes con antorchas se colocó en el patio, y en el círculo de luz dibujado por las teas hizo su aparición, descendiendo del carro, un hombre apuesto y recio, lujosamente vestido, con aire de caballero. Para darle la bienvenida, salió a las escaleras de entrada a la taberna un individuo con una pelliza ribeteada de marta, algo más joven, de estatura y ademanes igualmente caballerescos, un tanto regordete. Reynevan suspiró. Conocía a ambos.

El huésped era Conrado^[90], obispo de Wroclaw. El que había salido a recibirlo, Zbigniew Olesnicki, obispo de Cracovia.

Después de intercambiar saludos, ambos obispos pasaron al interior. Los soldados y los criados con las antorchas formaron un tupido cordón alrededor del edificio, mientras arqueros a caballo marchaban a patrullar la zona. Reynevan, acariciando al caballo encima de los ollares, se ocultó entre las sombras. No tenía más remedio que regresar. No podía soñar siquiera con la posibilidad de acercarse a hurtadillas y ponerse a escuchar la conversación de aquellos prelados.

—Fantasías polacas —dijo el obispo de Wroclaw—. Fantasías polacas acerca de Silesia. Por fin se les ha visto el plumero. Los herejes y apóstatas y los renegados polacos que colaboran con ellos han saqueado el ducado de Racibórz, han devastado las tierras de Kozle, han incendiado Krapkowice, Brzeg y Ujazd, han asaltado y arruinado la abadía cisterciense de Jemielnica, han atacado Bytom, y ahora marchan sobre Gliwice y Toszek. Pero en la frontera aguardan las tropas de la corona polaca, preparadas para una intervención armada y para anexionarse la Alta Silesia. Y tú, obispo de Cracovia, en vez de lanzar un anatema contra el rey pagano, en lugar de

quemar en la hoguera a los Szafraniec, a los Zbaski, a los Melsztynski y a todos esos partidarios acérrimos de la herejía, ¿te prestas a hablar conmigo, quieres negociar, llegar a un acuerdo? ¿A cuál? ¿A propósito de qué? El año pasado le dije a tu emisario, Bnin de Lodzia, que no pienso solicitar la intervención polaca. Jamás.

—Las tropas polacas no entrarán en Silesia mientras el rey Ladislao no dé la orden.

—Valiente garantía. Jagiello está hecho un carcamal. Solo escucha lo que le dicen al oído.

—Eso es verdad —asintió Zbigniew Olesnicki—. Y todo el mundo le susurra algo. Entre otros, los que amparan la herejía, los cismáticos rutenos y aquellos que querían ver a Lituania separada de Polonia. Y vuestro rey, Segismundo de Luxemburgo, les echa una mano poniendo furioso a Jagiello con sus promesas de una corona para Vitautas.

—El rey Segismundo —Conrado levantó la cabeza con altivez— puede concederle la corona a quien quiera.

—Podrá hacerlo cuando sea emperador, cosa que no está nada clara. De momento el rey Segismundo, atendiendo a sus intereses particulares a corto plazo, está poniendo en peligro a la Iglesia universal. Y la misión que la Iglesia tiene que llevar a cabo en oriente. Una misión cristiana, civilizadora y evangélica.

—¿Y esa misión la va a cumplir Polonia? ¿El Mesías y el pueblo elegido, antemuro de la cristiandad? Pecas de orgullo, Zbyszko, de orgullo polaco. La misión de la que hablas la puede desempeñar con el mismo éxito el rey Vitautas.

El obispo de Cracovia se metió la mano en la manga de la pelliza.

—Vitautas, una vez coronado rey, no hará nada de eso —replicó—. A él no le importan ni la misión ni Roma. A él lo único que le preocupa, exclusivamente, es el poder. La Sede Apostólica lo sabe muy bien, por eso no va a aprobar la coronación de Vitautas. La Sede Apostólica sabe que en oriente solo puede apoyarse en Polonia, solo en Polonia puede depositar sus esperanzas, lo mismo en la lucha contra el cisma que contra la herejía. Quien debilita a Polonia, rompiendo su unión con Lituania, no solo es enemigo de Polonia, sino también de la Iglesia.

—Al Papa actual los augures no le dan ni un año de vida. Y su sucesor puede que no les tenga tanto cariño a los polacos. Sobre todo cuando se dé cuenta de quiénes son los verdaderos cristianos. Quiénes apoyan y arman a escondidas a los herejes, y quiénes se enfrentan a ellos con las armas en la mano y los destruyen a sangre y fuego, buscando poner fin al monstruo herético.

—¡Ajá! —dedujo al momento Olesnicki—. Estáis preparando una cruzada. ¿Otra vez? ¿Tanta prisa tenéis en que os sacudan? Porque los bohemios os van a volver a dar para el pelo. Otra vez vais a tener que salir de ahí echando leches, con vergüenza y deshonor, desprestigiados a ojos de toda la cristiandad. A ver si empezáis a pensar de una vez. Cada vez que permitís que los herejes os zurren la badana los estáis reforzando.

—Sois vosotros quienes los estáis reforzando. Vosotros, los polacos. Dándoles vuestro apoyo. Si os aliarais con nosotros...

—Si de mí dependiera —le interrumpió el obispo de Cracovia— las tropas polacas entrarían en Bohemia mañana mismo. Odio la herejía y me encantaría verla sometida. Pero no hay más remedio que contar con la opinión pública. Para la opinión pública los checos son eslavos, son nuestros hermanos, no podemos entrar con nuestras tropas en un país hermano. *Vox populi, vox Dei*, una intervención polaca en Bohemia sería un error político de consecuencias difíciles de prever. Así pues, no se llegará a una intervención polaca en Bohemia.

—En cambio, sí se llegará a una intervención en Silesia, ¿verdad?

—No se llegará mientras Jagiello no dé la orden. Yo, *episcopus cracoviensis*, haré todo lo posible para que no la dé. Haré todo lo posible para contener y someter al partido prohusita. Ayúdame, obispo de Wroclaw. Influyendo en el Luxemburgo para que deje de malmeter. En la cuestión de Vitautas y de la corona destinada a él.

—¿Qué más os hace falta? —El obispo de Wroclaw abrió los brazos—. Si lo de Vitautas ya lo habéis arreglado. Habéis capturado hábilmente a los emisarios que le traían la corona, se la habéis jugado al rey Segismundo. Vitautas ha tenido que contentarse con la Orden del Dragón y hacerse a la idea de que como *magnus dux* ha llegado a la cima de su carrera.

—Vitautas no se ha contentado ni se contentará. El Luxemburgo sabía lo que se hacía al abrir en Lutsk esa caja de Pandora llena de ambiciones. Ahora Vitautas no descansará hasta que no separe Lituania. Es una amenaza para Polonia.

—La mayor amenaza para Polonia —rezongó el obispo de Wroclaw— son los propios polacos. Siempre lo han sido y siempre lo serán. En todo caso, estoy dispuesto a negociar. Pero ya se sabe lo que es una negociación: *do ut des*, yo te doy para que tú me des. Y tú no quieres dar nada, ceder en nada. En ese caso, ¿qué podemos hacer?

—¿En qué tendría yo que ceder? ¿Y qué iba a conseguir a cambio?

—Tú das algo, yo doy algo. *Clara pacta, boni amici*. Escucha, obispo de Cracovia, futuro cardenal, pastor del pueblo elegido. Si tú dejas Silesia en paz, yo te dejo el oriente, la misión evangélica y la conversión de los cismáticos. Te dejo ser el antemuro. Vitautas, en efecto, os está perjudicando, se dedica a romper lo que durante tanto tiempo y con tanto esfuerzo habéis tejido. De modo que, en efecto, es una amenaza. Y seguirá siendo una amenaza mientras viva. Mientras viva. Ahora bien, ¿qué pasaría si... deja de vivir? ¿Repentina e inesperadamente?

Olesnicki estuvo un tiempo en silencio.

—Yo no debería escuchar estas cosas —respondió por fin—. No debería en absoluto. Además, desde un punto de vista puramente teórico, considero que sería una pérdida de tiempo. Vitautas está demasiado bien protegido como para que un atentado tenga éxito. Tampoco es posible envenenarlo. Tiene toda una serie de hechiceros lituanos a su servicio, continuamente está bebiendo el agua viva que

procede de las fuentes secretas de Samogitia. Es inmune a los venenos.

—A los venenos conocidos —precisó Conrado—. Solo a los conocidos. Porque también existen los desconocidos, unos venenos de los que no han oído hablar ni en la misma Venecia, no digamos ya en esa hiperbórea Samogitia. Como suele decirse: *Ignoti nulla curado morbi*. Si yo estuviera en el pellejo del duque Vitautas, me andaría con mucho cuidado. Porque, si nos ponemos de acuerdo, puede que no sobreviva ni un año.

—¿Y vamos a ponernos de acuerdo?

—¿Vais a oponeros a que las tropas polacas entren en las Silesias? ¿Vais a dejar de apoyar a los husitas, a Woloszek y a Korybutovich?

—De esas cosas se ocupa el rey de Polonia. Y yo no lo soy.

—¿De veras? No es eso lo que dicen. Por lo visto, no vaciláis a la hora de poner a caldo a Jagiello, sois capaces hasta de insultarlo. Nada nuevo, la Iglesia polaca siempre ha manejado los hilos de la política, no irás a decirme que ya no lo hace. Y en Polonia luego está la nobleza, los prelados, los estamentos, el pueblo, y con todos ellos tiene que contar el rey. Menos lobos, obispo Zbigniew. *Clara pacta, boni amici!* A cambio de los servicios amistosos que os prestaré en la cuestión de Vitautas, ¿haréis que los husitas checos dejen de ser apoyados por Polonia? Más aún: ¿que despierten el rechazo en Polonia? ¿Que sean odiados? ¿Por todo el mundo, desde el rey hasta el más miserable de los gañanes?

—¿No vas a sugerirme cómo? Con lo listo que eres.

—Ahora —Conrad soltó una carcajada— soy yo el que no debería escuchar estas cosas. ¿Conjuras, provocaciones? No es cosa digna de un clérigo, de un modesto jornalero en la viña del Señor. Me imagino, Zbyszko, que las noticias de Francia también llegarán a Polonia, ¿no? ¿Noticias de Jehanne d'Arc, llamada La Pucelle? ¿De cómo ha liberado Orleans, que estaba sitiada? ¿De cómo ha derrotado a los ingleses en Patay? ¿De cómo ha favorecido la coronación de Carlos VII en la catedral de Reims? ¿De cómo ha sitiado París?

—¿Y qué pasa con eso?

—La Pucelle es un símbolo. Y no hay nada más importante que un símbolo. No es posible dejar de valorar su peso. Escucha esta otra historia: en los años 1426 y 1427 los husitas llevaron a cabo sendas campañas en Austria. En la primera atacaron la abadía cisterciense de Zwettl, en la segunda el monasterio de Altenburg. Como de costumbre, asesinaron monjes, saquearon monasterios, prendieron fuego. Nada nuevo, diréis. Y estaréis en un error. En ambas abadías los bohemios se cargaron los órganos, hicieron añicos las campanas, destruyeron de raíz los altares. Las estatuas las destrozaron o las descabezaron. Las imágenes sagradas las profanaron y las tajaron con las espadas. En 1428, en las abadías bávaras de Walderbach y Schónthal, se entregaron a actos análogos de iconoclasia.

—¿Y bien?

—El símbolo. En tiempos de guerra todos asesinan, incendian y roban, es algo

normal, que está en el orden de las cosas. Pero solo los enviados del diablo le quitan la cabeza a la figura de San Florián, embadurnan de mierda la imagen de Santa Úrsula y hacen pedazos una Pietá célebre por sus milagros. Solo los siervos del Anticristo elevan la mano profanadora a la condición de símbolo. Y los enviados del diablo y los siervos del Anticristo son abominables y objeto de odio. De todo el mundo. Desde el rey hasta el último gañán.

—Entiendo. —Zbigniew Olesnicki asintió con la cabeza—. Y os doy la razón. En lo tocante al símbolo.

—Para esto —el obispo de Wroclaw se sonrió— puede que hasta cuente con hombres. Con una banda de lo más selecto, rescatada del cadalso. Dispuesta a todo. A ocuparse de cualquier símbolo que se les indique. Tú, obispo de Cracovia, no tienes más que indicar cuál. ¿Estamos de acuerdo?

—Estamos de acuerdo.

—¿Entonces? ¿Chocamos esos cinco? *Clara pacta, boni amici?* ¿Zbyszko? ¿Qué dices?

—*Clara pacta.*

Ostrogski y Kuropatwa volvieron más temprano incluso de lo prometido, antes de la cuarta vigilia de la noche, y al amanecer dieron señal de partir. Para ligero asombro de Reynevan, el príncipe Fiodor no los condujo por la carretera de Siewierz, sino que mandó marchar hacia el este, con el rojo sol del amanecer siempre de frente. Y apenas llevaban recorridas un par de millas de camino cuando, después de vadear un riachuelo, ordenó seguir campo a través.

—Ese río era el Liswarta, si no me equivoco, —Reynevan se acercó al príncipe—. ¿Adónde nos dirigimos? ¿Si se puede saber?

—Ya lo verás cuando lleguemos.

—No te alteres, médico —Kuropatwa había decidido ser un pelín más amable—. Ya verás como todo va bien.

Reynevan sacudió la cabeza, pero no dijo nada. Frenó al caballo para situarse al final de la cabalgata.

Marchaban. El sol ya estaba en lo alto cuando el terreno se volvió incómodo, húmedo y resbaladizo. Salían de una zona pantanosa para ir a meterse de inmediato en la siguiente, iban dejando atrás, uno tras otro, los valles inundados por las aguas de los arroyos flanqueados de sauces retorcidos. En uno de esos arroyos Reynevan vio a la Lavandera.

No la vio nadie más que él, que cerraba la marcha a cierta distancia de los demás. Al principio ella no estaba, solo había un franja clara, iluminada por el sol, sobre el tronco de un sauce reseco y descortezado. Y de pronto en aquel espacio apareció la Lavandera. Arrodillada al pie del sauce, inclinada sobre el arroyo, con los brazos sumergidos hasta los codos. Delgada hasta la escualidez bajo un ceñido vestido blanco. Con el rostro completamente oculto por una cortina de cabellos oscuros, que

le caían hasta el agua y flotaban en la corriente. Con movimientos rítmicos, de una lentitud fantasmal, lavaba una camisa o brial, restregándolo y estrujándolo. Con cada movimiento se desprendían del brial unas nubes de sangre de color rojo oscuro. Todo el arroyo se iba llenando de sangre y de espuma sangrienta.

Reynevan giró rápidamente la cabeza, se dio la vuelta. Pero Sansón no estaba a su lado. Aunque había sentido su presencia, aunque habría jurado que había oído sus susurros, Sansón no estaba allí. Era el viento, un viento enfurecido, violento, que sacudía las ramas verdecidas de los sauces, que rizaba y hacía brillar la superficie del agua. Reynevan entrecerró los ojos. Cuando los abrió, la Lavandera ya no estaba. En su lugar estaba la franja blanca de un tronco de sauce descortezado.

Pero la corriente aún estaba ennegrecida por la sangre.

Por la tarde llegaron a un terreno más seco, entre unas lomas achatadas. Y después divisaron un monte solitario, más alto. Claro.

Blanco, más bien. Brillando a la luz del sol con una blancura digna en verdad de la nieve.

En la cumbre del monte se alzaba hacia el cielo la torre de una iglesia.

—*Clarus Mons* —explicó lacónicamente Jakub Nadobny de Rogów—. Jasna Góra. El monasterio paulino de Czestochowa.

El *cenobium* de los paulinos, fundado hacía casi medio siglo por Ladislao de Opole, estaba cada vez más cerca. Ya se veían las dos alas del *claustrum*, rodeado de contrafuertes, y la iglesia. Hasta podían oírse los cantos de los monjes.

—¿Es este nuestro destino? —quiso saber Reynevan—. ¿El monasterio? ¿Nos dirigimos al monasterio?

—Lo has adivinado —respondió Fiodor de Ostrog, con la mano apoyada en la piqueta que llevaba al cinto—. ¿Qué pasa? ¿No te gusta?

—Hoy se celebra la Pascua —dijo Nadobny—. Vamos a visitar el santuario.

—Es que somos personas piadosas —añadió Kuropatwa de Lancuchów. Aunque lo dijo en tono muy serio, a Jan Tluczymost se le escapó un bufido, y los hermanos Kondziol se troncharon de risa.

—Andando —les cortó Ostrogski—. Basta de cháchara. Ya estamos muy cerca del monasterio.

*Benedicta es, celorum regina,
et mundi totius domina,
et aegris medicina.
Tu praeclara maris stella vocaris,
quae solem justitiae parís,
a quo illuminarís.*

Reynevan detuvo al caballo, se situó a la altura de Jerzy Skirmunt, que cerraba la

cabalgata. El joven lituano le dirigió una mirada fugaz, aterrorizada.

—La cosa —farfulló— se está poniendo muy fea, amigo mío. Esto empieza a apestar a horca. ¿Qué podemos hacer?

—Ya es demasiado tarde para hacer nada —aseguró Reynevan, con rabia y amargura.

—Entonces, ¿tú qué piensas hacer?

—Mantenerme al margen. Y no intervenir. En la medida de lo posible.

*Te Deus Pater,
ut Dei mater
fieres et ipse frater,
cuius eras filia, sanctificavit,
sanctam servavit,
et mittens sic salutavit,
Ave plena gratia!*

Desmontaron junto al portón de entrada, la masa de peregrinos salió pitando nada más verlos venir. Si a Reynevan aún le quedaba alguna duda, se le aclaró viendo las armas. Melchior y Mikoszka Kondziol se desprendieron de sus pellizas de oveja, se remangaron. Achacy Pelka se escupió en la palma de la mano, agarró un hacha con firmeza. Kuropatwa de Lancuchów se adelantó, golpeó el portón con el pomo de la espada, una vez, después otra.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el hermano portero, con voz temblorosa, como de viejo.

—¡Abrid!

—¿Cómo que abramos? ¿A quién hay que abrir?

—¡Abrid! ¡Rápido! ¡Venimos por orden del rey!

—¿Cómo es eso?

—¡Que abras el portón, hijo de perra! —se desgañitaba Fiodor de Ostrog—. ¡Deprisa! ¡O lo tumbamos a hachazos!

—¿Cómo?

—¿Quieres descorrer el cerrojo de una puta vez? —gritó Kuropatwa—. ¡No nos hagas enfadar!

—¡Por el amor de Dios! ¡Es un lugar sagrado!

—¡Abre, por todos los demonios!

Chasqueó el cerrojo, chirrió el pasador. Los hermanos Kondziol empujaron de inmediato el portón, golpearon con fuerza, abriendo las dos hojas de par en par y llevándose por delante al hermano portero y a su ayudante, un novicio con el hábito blanco de los paulinos. Tras ellos irrumpieron en el patio Tluczymost, Pelka y Jakub Nadobny. El hermano portero, caído en el suelo, agarró a Nadobny de la capa. Fiodor Ostrogski le golpeó con la piqueta en la sien.

—¡Nos atacaan! —aulló el novicio—. ¡Nos atacaan! ¡Bandidos! ¡Hermaanoos!

Kuropatwa, de un espadazo, lo dejó clavado en el suelo. Se abrieron las puertas de la sala capitular para volver a cerrarse al instante, chasqueó el cerrojo. Pelka se acercó en un santiamén, con dos hachazos destrozó las bisagras, irrumpió en el interior, enseguida empezaron a oírse golpes y gritos. Ostrogski corrió con los demás en dirección a la iglesia. En el atrio y el portal les salieron al paso varios paulinos blancos. Uno de ellos alargó un crucifijo hacia el príncipe, hasta rozarle casi la cara.

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! ¡Deteneos! ¡Este es un lugar sagrado! Que no pese este pecado sobre vuestras concien...

Fedko lo derribó con la piqueta. Melchior Kondziol le descargó un hachazo a otro monje, Mikoszka ensartó con la espada a un tercero. La sangre regó el muro y la pila bautismal. Tluczymost arrinconó al cuarto monje contra una pared, enarboló el cuchillo. Reynevan lo agarró del brazo.

—¿Cómo? —El polaco se revolvió—. ¡Suéltame la manga!

—¡Déjalo! ¡No pierdas el tiempo! ¡Hay otros que se están dando más prisa para hacerse con el botín!

En la nave y el coro de la iglesia proseguía la cacería salvaje. Los hermanos Kondziol perseguían a los paulinos, los acuchillaban y atravesaban, la sangre teñía los hábitos blancos, chorreaba por los basamentos, salpicaba los bancos de la sillería, el antipodium del altar. Ostrogski entró corriendo en una capilla, persiguiendo a un monje, y casi de inmediato salió de allí un grito macabro. Kuropatwa tenía cogido del hábito a otro monje, al que no paraba de sacudir y zarandear.

—*Armarium!* —bramaba, llenándole al fraile la cara de salivajos—. ¡*Armarium*, curilla! ¡Llévanos al tesoro o te mato!

El fraile gimoteó, negó con la cabeza. Kuropatwa le hizo arrodillarse, le retorció el rosario que llevaba al cuello y empezó a ahogarlo.

Los paulinos que huían se toparon con Reynevan y Tluczymost. Reynevan le arreó un puñetazo a uno de ellos, a otro lo derribó de un puntapié, a un tercero lo empujó con fuerza contra un pilar de piedra. Tluczymost soltó una carcajada, se unió a la pelea, sacudiendo a los que intentaban levantarse. Llegaron corriendo los hermanos Kondziol, uno armado con un hacha, el otro con una espada.

—¡Dejadlo ya! —gritó Reynevan, saliéndoles al paso y abriendo los brazos—. ¡Ya se han llevado lo suyo! ¡Les he dado una tunda a los frades! ¡Venga, deprisa, a pillar el tesoro, el tesoro!

Los hermanos, aunque de muy mala gana, le hicieron caso. Junto con Tluczymost se subieron encima del altar, cogieron la custodia y la cruz, arramplaron con los candelabros, tiraron del mantel bordado. Ostrogski salió de la capilla empapado de sangre, cargando con un icono envuelto en una capa. Tras él apareció Nadobny, en ambas manos llevaba exvotos de plata, y un candelera bajo el brazo.

—¡Y ahora a coger el tesoro! ¡Adelante! —gritó el príncipe—. ¡Seguidme!

A través de la sacristía llegaron a unas dependencias anejas a la sala capitular. Las puertas del armarium, señaladas por un fraile tembloroso, cedieron bajo los golpes de las hachas. Los Kondziol se metieron adentro, un momento después empezaron a arrojar trofeos. Fueron a parar al suelo casullas bordadas en oro, relicarios de plata, cálices y patenas, copones, navetas de incienso, aguamaniles, hasta hisopos. Kuropatwa y Reynevan, precipitadamente, introdujeron todo aquello en los sacos.

Había un carro esperando en el patio. Achacy Pelka y Skirmunt, visiblemente asustado por el curso que habían tomado los acontecimientos, engancharon unos caballos traídos de las cuadras, ataron a la caja otros de refresco. Los Kondziol y Kuropatwa metieron en el carro los sacos con el botín. Tluczymost y Nadobny salieron corriendo de la iglesia, el segundo con un ornamentado homiliario bajo el brazo.

En el portal, estremeciéndose de llanto, había un viejo paulino. Mikoszka Kondziol lo vio, sacó el puñal.

—Déjalo —dijo Reynevan. Con una voz tal que el polaco le obedeció.

Fiodor Ostrogski, ya desde la silla, apuntó y lanzó una antorcha al techo de un cobertizo. Tluczymost arrojó otra al tejado de las cuadras. Skirmunt y Pelka se subieron al carro de un salto, uno de ellos agarró las riendas, el otro fustigó a los caballos en las grupas.

—¡Adelante! ¡Adelante!

Huyeron por la carretera de Wielun, en dirección a Klobuck. Huyeron a todo galope. Pero los caballos enganchados al carro no estaban en condiciones de correr demasiado, y tampoco tenían muchas ganas. No servían de ayuda ni los gritos ni el látigo.

—¡Métete ahí! —Fiodor de Ostrog le señaló al conductor un claro cercano al camino, donde había habido una tala reciente—. ¡Ahí!

—Entonces —Jan Tluczymost miró intranquilo alrededor—, ¿vamos a repartirnos aquí el botín? ¿Y luego cada uno tira por su cuenta?

—Eso si cada uno quiere que lo cuelguen por su cuenta... —se burló Fedko—. No, muchachos, iremos todos juntos hasta Wielun. Allí nos separamos y seguimos en dirección a Kujawy, y desde allí a la Marca o a Prusia.

—Bien pensado —asintió Kuropatwa—. Hemos saqueado Jasna Góra, eso no nos lo van a perdonar. Cuanto más nos alejemos de Polonia, mejor.

—Y lo antes posible —añadió Nadobny—. Hay que mandar al diablo este maldito carro. No hemos pillado tanto en la abadía como para no poder repartirlo entre las alforjas y los caballos de refresco. ¿Qué dices, Fedko?

—Desenganchad. —Ostrogski se mostró conforme—. Y repartid la carga. Yo, mientras tanto, tengo una cosa que hacer.

Desmontó, cogió el icono del carro, lo desenvolvió. Pelka soltó una exclamación. Jan Tluczymost se quedó boquiabierto. Jerzy Skirmunt se persignó maquinalmente.

Jan Kuropatwa de Lancuchów negó con la cabeza.

—Si es lo que pienso —dijo—, mejor lo dejamos aquí. Renunciemos. No me gustaría que me cogieran con esto.

—Con esto o sin esto, ¿qué diferencia hay? —Fedko arrojó el icono en la hierba—. Esto no es más que una pintura sobre una tabla. Todo su valor está en esas filigranas y ornamentos. Que no pienso dejar. Herrgott! ¡Que alguien me ayude!

Jerzy Skirmunt se cruzó ostentosamente de brazos. Jakub Nadobny de Rogów y Jan Kuropatwa del blasón de Szreniawa ni se inmutaron. Los únicos que se apresuraron a ayudar a Ostrogski fueron Tluczymost y los hermanos Kondziol.

La Madonna de Czestochowa no opuso resistencia y permitió que la hurgaran con puñales y le retiraran la corona de láminas de oro. No dejó escapar un grito ni una lágrima cuando le quitaron la corona a su Hijo. Su oscuro semblante no se estremeció cuando arrancaron la lámina de los bordes de su manto. No cambió la expresión de sus tristes ojos, sus finos y menudos labios no se alteraron cuando le extrajeron las perlas y las piedras preciosas.

Chasqueó la madera partida, crujió la tela desgarrada. Los cuchillos rompieron el icono robado. En dos tablillas. Una mayor y otra menor.

Reynevan estaba parado, los brazos le colgaban mortecinos e impotentes. La sangre le afluía a la cara, los ojos se le iban nublando.

Hodegetria, resonó en su cabeza. La que nos muestra el camino. La Gran Madre, Pantea. Regina, Genetrix, Creatrix, Victrix.

—Ya basta. —Ostrogski se levantó—. Dejad esas minucias, no vale la pena molestarse. Podemos ponemos en marcha. Pero primero tengo que cumplir lo que se me ha ordenado.

Madre de la naturaleza, soberana de los elementos, reina y señora de las alturas resplandecientes. Aquella cuya única divinidad de múltiples formas venera el mundo entero bajo distintos nombres, con muy diversos cultos.

El príncipe Fiodor Ostrogski desenfundó un ancho bracamarte con un sencillo gavilán en cruz. Se acercó al icono robado. Reynevan le salió al paso.

—Destruye otra cosa —dijo con calma—. Esto no está permitido.

Ostrogski dio un paso atrás, entornó los ojos.

—Y tú no paras de joder la marrana, tudesco —gruñó—. No sabes hacer otra cosa. Tus gilipollices me tienen harto, ya no te paso ni una más. ¡Apártate de mi camino o te mato!

—Aléjate del icono.

Fedko no dejó entrever su intención ni con la voz ni con el gesto. Atacó de improviso, raudo como una víbora. Reynevan le esquivó, sorprendido él mismo de lo inmediato de su reacción. Agarró de un brazo al príncipe, inclinado hacia delante, le empujó la cabeza contra la caja del carro, con tanta fuerza que retumbó. Tiró de él hacia sí, le dio la vuelta y le sacudió en el mentón con todas sus fuerzas, al tiempo que le arrancaba el bracamarte de los dedos. Apartó a Ostrogski de un empujón y

soltó un tajo. El príncipe aulló, se llevó las manos a la cabeza, la sangre manaba por debajo de los dedos.

—¡Uuuuooooaaa! —bramó al caer al suelo—. ¡Me ha matadooo! *Baszom az anyát!* ¡Duro con él!

Thuczymost se lanzó primero, después los hermanos Kondziol. Reynevan los rechazó blandiendo el bracamarte. Entonces se acercó por un lado Nadobny, atacó con la espada, hiriendo en una cadera. Mikoszka Kondziol saltó hacia delante, le dio una cuchillada en el bíceps. Reynevan soltó el bracamarte, agarró el cuchillo con la mano, la hoja le hizo un corte en la palma. Melchior Kondziol se abalanzó sobre él, le pinchó con el puñal, el mismo que había servido para arrancarle los ornamentos al icono. La hoja resbaló por las costillas, pero Reynevan se encogió de dolor. Atacó Thuczymost, le alcanzó con el cuchillo en la frente, en la línea del cabello. Kuropatwa le soltó un golpe seco con la espada en un hombro, en ese mismo instante Pelka le sacudió en el brazo, por encima del codo, con el balancín, a continuación en los riñones y en la nuca. A Reynevan se le nubló la vista, se quedó sin fuerzas. Cayó, cogiendo el icono destrozado y protegiéndolo con su cuerpo. Sintió cómo le pinchaban y le cortaban con las hojas de las armas, cómo le caían encima golpes y patadas feroces. La sangre le cubría los ojos, le salía por la nariz y le corría hasta la boca.

—¡Basta! —oyó el grito de Skirmunt—. ¡Señores, ya es suficiente! ¡Dejadlo de una vez!

—Sí, es una pérdida de tiempo —dijo Kuropatwa—. De esta no sale. Vámonos. Vendadle con algo la frente a Ostrogski, echadlo en la silla, y ¡adelante!

—¡Adelante!

Retumbaron los cascos de los caballos, hasta que el sonido se perdió en la distancia. Reynevan vomitó. Y después se encogió en posición fetal.

Se nubló. Empezó a lloviznar.

Dolor.

Descendet sicut pluvia in vellus. Descenderá como la lluvia sobre la hierba, como una lluvia torrencial que empapa la tierra. En sus días florecerá la justicia y dilatada paz hasta que no haya luna. Y reinará de mar a mar, desde el Río hasta los confines de la tierra. Y así ha de ser hasta la consumación del mundo, pues ella es el Espíritu.

El dolor pasa.

Los gritos y los relinchos de los caballos lo sacaron de su letargo, el suelo tembló a su alrededor con el golpeteo de los cascos. Cubierto de barro, Reynevan estrechó el icono contra su cuerpo, torció el gesto, resquebrajando la sangre pegada a los párpados, escupió unos cuajarones de sangre de la boca. Intentó levantarse, no lo logró. Oyó voces por encima de él. Vio rostros bigotudos, armaduras, manos enfundadas en brazales de hierro y guanteletes acorazados. Los guanteletes lo

agarraron, se cerraron como tenazas, el dolor le nubló la vista. Se contrajo y se encogió al sentir el contacto, se dobló y se estiró con ganas de vomitar, se precipitó una vez más por el abismo, volando hacia el fondo.

Le dejaron tranquilo, volvió en sí. De nuevo oyó relinchos y bufidos de caballos, de muchos caballos. Oyó voces. Haciendo un esfuerzo colosal, alzó la cabeza.

Desde la silla de un semental bayo con jaeces dorados, un hombre apuesto, aunque regordete, le dirigía una mirada penetrante. Llevaba un kalpak de marta y una pelliza ribeteada también en marta.

El obispo de Cracovia, Zbigniew Olesnicki.

—¿Qué le ha pasado?

—Le han golpeado, ilustrísima —se apresuró a explicarle un caballero que vestía una túnica corta con el blasón de Pobóg—. Le han dado una buena paliza. Le han pinchado, le han acuchillado. Herida sobre herida... No se sabe si saldrá de esta.

—¿No se habrán peleado al repartirse el botín?

—Cualquiera sabe. —El de Pobóg se encogió de hombros—. Es posible que les haya impedido... destruir... Cuando lo hemos encontrado, tenía sujeta a la Madre de Dios, casi no hemos podido arrancársela de los dedos...

—¿Por qué —Zbigniew Olesnicki se irguió en la silla con aire imperioso— no perseguís al resto?

—Nos hemos quedado aquí para vigilar la imagen milagrosa... Como es algo sagrado...

—Corred tras ellos. ¡Sin tardanza!

—Como ordenéis, ilustrísima.

Uno de los criados del obispo sujetó el caballo del bocado, otro agarró los estribos y le ofreció la mano. Olesnicki desmontó, con un gesto les ordenó que se apartasen. Después se acercó. Despacio. Reynevan quiso alzarse, pero la mano herida no le obedeció. Cayó sobre la hierba, sin apartar la mirada del obispo.

—*Hodegetria* —Olesnicki no le miró a él, sino a la tabla del icono— significa en griego «la que nos guía». La que nos muestra el camino. No sé si a ti te habrá mostrado el buen camino, Y si te habrá inspirado. Porque a mí sí.

«Esta imagen —prosiguió— se considera un retrato auténtico de la Madre de Dios. Es obra, por lo visto, del primer iconógrafo, Lucas Evangelista, pintado al parecer sobre las tablas de la mesa de la Sagrada Familia. Eso garantiza su extraordinaria facultad taumátúrgica y justifica su inmenso valor como reliquia. Y como símbolo. Símbolo de la luz de la fe y del poder de la Cruz. Símbolo de la fuerza del espíritu de la nación, de su unidad espiritual y de su fe. Una fe inquebrantable^[91], que ayuda al pueblo a salir a flote en cada diluvio y que pone a salvo su espíritu en los tiempos más difíciles. Los símbolos son importantes. Muy importantes.

»La Madre de Dios me ha inspirado. Me ha mostrado el camino, me ha enseñado lo que tenía que hacer. Y no habrá intervención polaca en Silesia. Cesará la ayuda polaca a los herejes checos. Concluirá el adoctrinamiento herético, los miasmas

sacrílegos dejarán de inficionar almas polacas. Los husitas bohemios y sus colaboradores polacos serán odiados y resultarán abominables. Para todos los polacos, desde el rey hasta el último gañán. Serán odiados como servidores del Anticristo. Pues solo los siervos del Anticristo ponen su mano sacrílega en un símbolo. Y lo maltratan de un modo infame.

El obispo se inclinó, recogió del suelo el bracamarte de Ostrogski.

—Este pecado pesará sobre mi conciencia. Por mi fe y por la patria. Por la paz de Dios. Por el futuro. *Ad maiorem Dei gloriam.*

Sin hacer caso de los gemidos de Reynevan ni de sus lamentables intentos de arrastrarse y oponer resistencia, Zbigniew Olesnicki hizo dos cortes con el bracamarte en la tabla de la imagen. Dos cortes recios y profundos. En toda la mejilla derecha de la Virgen. Paralelos a la línea de la nariz.

Reynevan dejó de ver. Cayó en el abismo.

Estuvo cayendo mucho tiempo.

Volvió en sí envuelto en vendas, tendido sobre paja de guisantes, en un carro traqueteante. Los lilos al borde del camino olían con un aroma tan del mes de mayo que por un momento tuvo la sensación de que el tiempo había retrocedido o de que todo lo vivido en los dos últimos años había sido un sueño. De que estaba en mayo de 1428, y lo trasladaban herido al hospital de Olawa. De que Jutta, viva y enamorada, le esperaba en el convento de las clarisas de Bialy Kosciól.

Pero no se trataba de un sueño ni de un viaje de vuelta en el tiempo. Tenía cadenas en las manos y en los pies. Y los soldados que cabalgaban junto al carro iban charlando en polaco.

A duras penas se incorporó sobre un codo, sintió que le dolía todo el cuerpo y que los puntos le tiraban. Divisó una colina iluminada por el sol poniente. Y un castillo de piedra en la cumbre, un verdadero nido de águilas, coronado por la torre del homenaje.

—¿Adónde...? —venció la sequedad de su garganta—. ¿Adónde me... lleváis?

—¡Cierra el pico! —gruñó uno de los soldados de la escolta—. ¡Prohibido! Esas son las órdenes: «Si le da por hablar, arreadle un buen castañazo». ¡Así que cuidadito!

—Tranquilo —le aplacó otro—. Date cuenta. No se ha puesto a hablar, solo ha preguntado. Y aquí termina su viaje. Que sepa dónde se va a pudrir.

En el cielo graznaban las cornejas.

—Aquel, hermano, es el castillo de Lelów.

Me parece que ninguno de vosotros ha estado nunca encerrado en una prisión de verdad.

Ninguno de vosotros, nobles caballeros, ninguno de los píos monjes, temerosos de Dios, que acudís a esta posada. Ninguno de los venerables mercaderes. Ni uno solo

de vosotros, a fe mía, ha conocido las profundas mazmorras, los decrepitos calabozos de aguas corrompidas, las pestilentes tinieblas. ¿A que no?

Ninguno de vosotros.

Y no hay de qué lamentarse, os lo aseguro.

En tiempos del buen rey Ladislao Jagiello había en Polonia algunas prisiones imponentes, prisiones que metían el miedo en el cuerpo. La torre de Cracovia. Checiny. Sandomierz. Olkusz. Olsztyn, donde dejaron morir de hambre a Macko Borkowic. Ostreznik. Ilza. Lipowiec.

Y había una prisión cuyo mero recuerdo hacía que la gente callara y palidciera.

El castillo de Lelów.

En esas otras prisiones encerraban a la gente, en esas otras prisiones la gente padecía. De esas otras prisiones se salía.

De Lelów no salía nadie.

Capítulo vigésimosegundo

En el que Reynevan, liberado de las tinieblas de Lelów, reconforta sus ojos con la luz. Y marcha a la batalla final.

En el castillo real de Leczyca reinaba una atmósfera de inquietud y de urgencia nerviosa. Habían preparado los aposentos en la Casa Vieja, habían barrido, amueblado y decorado la sala de ceremonias. La información de que Leczyca había sido elegido como sede de las conversaciones de paz había llegado tarde a oídos del burgrave, prácticamente en el último momento, cuando ya casi no había margen para los preparativos. El burgrave iba y venía por la Casa Vieja, juraba, maldecía, apremiaba, ponía a caldo, no paraba de preguntar si no se veía ya desde la torre la comitiva de los obispos y señores polacos o la embajada de los cruzados, que estaba al caer. Por parte de la Orden se esperaba entre otros a Konrad von Erlichhausen, de Malbork, y a Ludwig von Lausch, maestre de Torun, también iba a formar parte de la embajada Franz Kuhschmalz, obispo de Warmia. Por parte polaca se esperaba a los obispos Zbigniew Olesnicki y Ladislao de Oporów, el castellano de Cracovia, Mikolaj de Michalów, y el castellano de Poznan, Dobrogost de Szamotuly.

Entre tanto, el más eminente de los representantes polacos ya había llegado a Leczyca. Nada más llegar se había encerrado en las estancias que le habían asignado. Allí recibió, según le informaron al burgrave, a un extraño huésped encapuchado. Y había dado orden de no ser molestado.

El viento racheado de diciembre azotaba los postigos, silbaba en las rendijas.

—Los cruzados están conformes con la tregua —dijo, echándose el pelo hacia atrás, Rixa Cartafila de Fonseca, espía al servicio de Ladislao Jagiello, rey de Polonia—. Temen que volvamos a ponerlos a prueba con los husitas. También están sometidos a la presión de los Estados Prusianos, que amenazan con poner fin a su obediencia. En los Estados el caballero Jan Bazynski, de Chelmno, se está convirtiendo en una personalidad destacada. Le sugiero a su ilustrísima que recuerde este nombre. La oposición contra la Orden Teutónica en Prusia va ganando fuerza, y Bazynski tiene posibilidades de llegar a ser su cabecilla. No conviene perderlo de vista.

—Seguiré tus consejos —respondió Wojciech Jastrzebiec, arzobispo metropolitano de Gniezno, primado de Polonia y Lituania—. Siempre los sigo, hija mía. Nos prestas unos servicios impagables. Siempre en la sombra. Sin pedir nada, ni glorias ni recompensas.

Rixa se sonrió. Con la comisura de los labios.

—Su ilustrísima —dijo con calma— me ha infundido ánimos, Para pedir algo.

—Pide.

—El caso es que los cruzados acuden a Leczyca a solicitar una tregua. Existe la

posibilidad de alcanzar la paz perpetua con la Orden en condiciones favorables para Polonia. Es posible recuperar Nieszawa y privar a Svitrigaila del apoyo de la Orden Teutónica. El mérito, en buena medida, es de los checos: de Jan Capek de Sány y del terror que sus Huérfanos sembraron en la Nueva Marca y en Gdansk^[92]. El acuerdo de Pabianice y la alianza de Polonia con los husitas ha minado la moral de los cruzados, como sin duda reconocerá su ilustrísima.

—¿A qué obedece este largo preámbulo? ¿No vas a decirme de qué se trata?

—Tengo una petición. Para celebrar las alianzas, las victorias, los éxitos. Para honrarlos con el perdón. Con la amnistía. Solo una. Y discreta.

—¿Quién?

—Un preso de Lelów.

Wojciech Jastrzebiec estuvo un buen rato en silencio. Después tosió largamente. Hay treinta millas de Gniezno a Leczyca, pensó Rixa. No es un viaje para alguien de su edad. Con este tiempo.

—Un preso de Lelów —dijo por fin el primado— es un preso de estado.

—Es un preso político —puntualizó Rixa, inclinando la cabeza—. Y en política ha habido cambios fundamentales, ¿no es cierto? Hoy todo el mundo sabe que el asalto a la abadía de Jasna Góra no fue obra en absoluto de husitas checos, partidarios del Cáliz...

—Sino que fue un atraco normal y corriente —se apresuró a concluir Jastrzebiec—. Un acto como tantos otros de pillaje, obra de vulgares bandidos...

—En su mayoría de nacionalidad polaca...

—... Una chusma sin fe ni patria —le corrigió el primado, con énfasis—. De unos maleantes sin seso, que no tenían ni idea de dónde ponían la mano. Que destrozaron la imagen milagrosa sin ton ni son...

—Por haber profanado un lugar sagrado —apuntó con énfasis la agente— todos ellos merecen el castigo divino. Por lo visto, la mayoría ya no vive. Murieron antes de que se cumpliera un año del asalto al monasterio^[93]. Como tenía que ser. Todos debían morir. También los que están en prisión. El brazo de Dios.

Jastrzebiec juntó las manos como si fuera a rezar, bajó los ojos para ocultar su brillo. Después levantó la cabeza.

—Así pues, ¿la diestra justiciera de Dios —preguntó— debe alcanzar también al prisionero de Lelów? ¿El prisionero de Lelów va a morir igualmente? ¿Nadie sabrá dónde ha sido enterrado? ¿Todo el mundo se olvidará de él?

—Todo el mundo.

—¿Y el obispo de Cracovia?

—Al obispo de Cracovia —dijo Rixa en voz baja— ya no le interesa el asunto de Czestochowa. No tiene ningún interés en desenterrar cadáveres y despertar perros dormidos. Sabe que lo mejor sería que todo el mundo se olvidara de Jasna Góra y de la imagen destrozada. Que además, por lo que he oído, está siendo restaurada en Cracovia, en breve volverá a colgar como antes en una capilla de los paulinos. Como

si nunca hubiera pasado nada.

—Entonces que así sea —dijo Jastrzebiec—. Que así sea, hija mía. Aunque admito que habría preferido que me hubieses pedido otra cosa. Pero has hecho grandes méritos en tu servicio a la corona... Y sigues haciéndolos, pues trabajas con entrega y abnegación. No hay muchos como tú, no dispongo de muchos, y menos ahora...

Ahora, pensó el obispo, que uno de mis mejores hombres ha encontrado la muerte en Silesia. Lukasz Bozyczko, un buen agente, magníficamente camuflado, fiel servidor de la corona polaca. Ha muerto, a pesar de que la herida sufrida con un arma de hierro era leve. Una pérdida irreparable. ¿Dónde, dónde podría hallarle un sucesor?

—Haz lo que tengas que hacer. —El primado alzó la cabeza—. Con mi bendición. Pero ten en cuenta que necesitarás fondos para esta empresa. En Lelów no habrá más remedio que pagar a quien haga falta. No tengo intención de comprometer en esto el tesoro de la corona ni mucho menos de hacer menguar el modesto patrimonio de la Iglesia.

—En cuestión de finanzas —Rixa se sonrió— ruego a su ilustrísima que confíe plenamente en mí. Sé cómo arreglar estas cuestiones. Podríamos decir que lo llevo en la sangre. Desde hace generaciones.

—Sí, claro, claro. —El anciano asintió con la cabeza—. Claro, claro. Y ya que estamos... ¿Hija mía?

—Escucho.

—No me interpretes mal. —El primado de Polonia y Lituania la miró, pero era la suya una mirada sincera—. No veas en lo que voy a decirte intolerancia ni prejuicios. Lo que voy a decirte te lo digo con cordialidad, simpatía y preocupación.

—Lo sé. Conozco a su ilustrísima.

—¿No estarías dispuesta a bautizarte?

Rixa estuvo largo rato en silencio.

—Gracias —contestó por fin—, pero voy a declinar. Ruego que no se vean prejuicios en mi decisión.

—Te deseo que hagas carrera. Que llegues lejos. Porque como judía tienes pocas oportunidades...

—En la actualidad. —Rixa Cartafila de Fonseca sonrió—. Pero alguna vez cambiarán las cosas.

—Fantaseas.

—Las fantasías se alcanzan. Eso nos asegura el profeta Daniel. Dios guarde a su ilustrísima.

—Ve con Dios, hija mía.

Primero fueron unos pasos lentos. El tintineo del hierro. Después el chasquido infernal del cerrojo, que ponía los pelos de punta, y que hizo a Reynevan acurrucarse

en la paja putrefacta. Y la luz violenta de una antorcha, que le hizo encogerse más todavía, apretando los párpados. Y los dientes.

—Levántate. Sal.

—Yo...

—Sal. ¡Deprisa! ¡Muévete!

La luz del sol le hizo daño en los ojos, lo cegó. Se le fue la cabeza. Perdió el equilibrio y le fallaron las piernas. Cayó. Cayó cuan largo era, inerte, como borracho, sin intentar siquiera amortiguar el golpe contra las tablas del puente levadizo.

Se quedó tendido y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Al principio tampoco podía oír por culpa del ruido que había en su cabeza, del envoltorio que lo rodeaba, pero poco a poco, muy poco a poco, algunos sonidos empezaron a abrirse camino y a llegar hasta él. Primero eran deshilvanados e incomprensibles, gradualmente fueron ajustándose a una cadencia. No obstante, pasó algún tiempo hasta que comprendió que esos sonidos eran palabras. Hasta que empezó a descifrar su significado. Y hasta que por fin cayó en la cuenta de que era Scharley quien le hablaba.

—¿Reynevan? ¿Me oyes? ¿Me entiendes? ¿Reynevan? ¡No cierres los ojos! Cristo, tienes una pinta horrible. ¿Puedes levantarte?

Quería responder. No podía. Cada intento de emitir un sonido terminaba en un sollozo.

—Levantadlo. Y llevadlo abajo. Lo meteremos en el carro e iremos a la ciudad. Hay que ponerlo en condiciones.

—Scharley.

—Reynevan.

—Tú... ¿tú me has sacado de ahí?

—En parte. Por la vía financiera.

—¿El furgón negro?

—Claro.

—¿Dónde estamos?

—En la aldea de Niegowa, junto a la carretera de Siewierz. En la trastienda de la posada La Damajuana.

—Hoy... ¿qué día es?

—Martes. Después del domingo *Quasimodogeniti*. El 6 de abril. Del año del Señor de 1434.

Ofka von Baruth irrumpió en la cocina, haciendo flotar la trenza, y a punto estuvo de pisar al gato. Cogió con ambas manos un gran caldero y lo arrojó contra el suelo. Tiró los cuencos y las cucharas de la mesa. Le dio una patada al cubo de la basura, con tanta fuerza que fue rodando hasta el horno. Por último, pateó una cacerola, pero era muy grande y pesada, no se movió. Ofka soltó un grito, maldijo, saltó a la pata coja,

con el impulso fue a sentarse en el banco, agarrándose el pie, lloró de dolor y de rabia.

La gobernanta la observaba, con los brazos rollizos cruzados.

—¿Ya? —preguntó por fin—. ¿Ha concluido la representación? ¿Puedo saber de qué se trata?

—¡Es un idiota! —gritó Ofka, frotándose los ojos y las mejillas con la manga—. ¡Un crío! ¡Un mocoso!

—¿Parsifal von Rachenau? —adivinó a la primera la gobernanta, a la que no se le escapaba una—. ¿Qué le pasa? ¿Ha declarado su amor? ¿Te ha pedido la mano por fin? ¿O todo lo contrario?

—Todo lo contrario. —Ofka arrugó la nariz—. No puede, me ha dicho, casarse conmigo, porque su padre se lo tiene prohibido. Su padre le ordena que se case... con otraaaaaa...

—No lloriquees. Habla.

—... Su padre le ordena que se case con otra. Parsifal no la quiere ni la querrá. Pero tampoco se va a casar conmigo. Me ha dicho que no puede. No piensa oponerse a la voluntad de su padre. Va a ingresar en un monasterio. Idiota.

—En lo tocante al monasterio —la gobernanta asintió con la cabeza—, estamos de acuerdo. Efectivamente, es un idiota. Pero la voluntad paterna es una cosa sagrada. No puede uno oponerse a ella.

—¡Quién ha dicho que no se puede! —gritó Ofka—. ¡Vaya si se puede! ¿Y Wolfram Pannewitz? ¿No se casó con Kaska Biberstein? ¡Se casó! ¡Y eso que el padre se lo había prohibido! Hubo ceremonia, hubo boda, ahora todos están satisfechos, incluido el viejo Pannewitz. ¡Porque Wolfram estaba enamorado de Kaska! Pero él a mí ya nooo meee quieeereeebeuheuheu...

—Déjate de berrear. —La gobernanta dirigió una mirada a la puerta, para asegurarse de que no había nadie escuchando—. Tu Parsifal aún no ha llevado a esa otra al altar, por no haber no ha habido ni pedida de mano. Todavía pueden pasar muchas cosas. El destino puede traernos cualquier cosa. Y deberías saber...

Ofka se frotó la nariz con la manga, abrió mucho sus ojos de avellana.

—Deberías saber —siguió la gobernanta, en tono más bajo— que hay medios... Que sirven para ayudar al destino. Pero hace falta valor para eso...

—Por él —Ofka apretó los dientes— estoy dispuesta a cualquier cosa.

Elencza Stietencron se estremeció y dio un respingo al sentir el rumor de unas piedras desmoronándose bajo unos pasos. Instintivamente se apoyó en una rama seca, que se partió con un sonoro chasquido. Un grito sofocado respondió a ese chasquido desde el sendero. Elencza se quedó clavada en el suelo, el corazón le palpitaba en el pecho como un pájaro intentando escapar de la jaula.

Una figura apareció en el sendero, y Elencza respiró con alivio. Pues no era un bandido, ni un lobizón, ni la Baba Yagá, ni un aterrador geniecillo del bosque, ni un

peligroso alpa de pellejo verde, ni ninguno de esos famosos monjes errantes, siempre pendientes del honor de las doncellas. La figura que había aparecido era una muchacha, más joven incluso que ella misma. Con una trenza rubia, pecosa, de nariz respingona. Vestida como un varón, y no precisamente con modestia.

—Uyuyuy —dijo la joven pecosa, que respiró profundamente al ver a Elencza—. Uyuyuy, qué miedo he pasado. Estaba segura de que era un lobizón... O un monje errante... Uyuyuy. Salud, quienquiera que seas... Yo soy...

—Más bajo... —susurró Elencza, palideciendo—. Se acerca alguien... He oído unos pasos...

La pecosa se dio la vuelta, agachándose y llevándose la mano a la empuñadura del estilete que le colgaba del cinto. Pero la mano le temblaba de tal modo que Elencza pensó que no iba a ser capaz de sostener el arma. La propia Elencza cogió una piedra, decidida a vender cara su vida o lo que hubiera que vender. Pero aquel día, por lo visto, era un día de sobresaltos y sorpresas sin pausa. He aquí que por el camino serpenteante, empinado y pedregoso que conducía a la cima del Radunia se acercaba una tercera muchacha. Esta también se quedó como clavada en el suelo al ver a sus predecesoras.

De aspecto era la más joven. Su rostro, sus rasgos, el color de sus cabellos, sus ojos, a Elencza todo eso le resultó familiar, y despertó en ella una sensación de intranquilidad. Una sensación confusa e inexplicable, que por lo mismo resultaba aún más inquietante.

—Bueno, bueno. —Recobrando al momento la seguridad, la pecosa puso los brazos en jarras—. ¿Qué te trae por aquí, jovencita? ¿Y más sola que la una? ¿No sabes que este lugar es muy poco seguro?

A Elencza le costó reprimir una carcajada. Aunque la recién llegada era más joven que la pecosa, no se llevaban mucho. Pero sin duda era más alta. No había en su rostro huellas de temor, ni siquiera de preocupación. Su cara, pensó Elencza, pasmada de su propio pensamiento, es más vieja que ella misma.

—Me juego la cabeza —dijo— a que todas hemos venido aquí con el mismo objetivo. Y como el objetivo está en la cumbre, tenemos que darnos prisa. De otro modo, no nos dará tiempo a regresar antes de que anochezca. Adelante, chicas, seguidme.

La pecosa puso una cara como de querer estornudar. Bah, qué más da, en todo grupo ha de haber un guía. Y Elencza era la más alta. Y quién sabe si no sería también la mayor.

—Me llamo Ofk... Eufemia von Baruth —dijo orgullosa la pecosa—. Hija del caballero Enrique Baruth de Studzisko. ¿Con quién tengo el honor?

—Elencza... de Wirsing.

La recién llegada, cuando las otras dos le dirigieron la mirada, bajó los ojos. Estuvo mucho tiempo sin hablar.

—Podéis —dijo por fin— llamarme Electra.

La alargada cumbre del Radunia estaba coronada por un terraplén de piedra, en cuyo centro había una gran roca que recordaba al monolito de un catafalco. Ninguna de las tres muchachas podía saberlo, pero el monolito ya estaba en la cumbre cuando los mamuts hollaban las inmediaciones de los Sudetes y enormes tortugas ponían sus huevos en la isla de la Arena del Oder, que hoy en día es parte poblada y profusamente edificada del gran Wrocław.

A los pies del monolito ardía una hoguera, las llamas lamían el fondo de un caldero requemado y bullente. A cierta distancia, tumbado sobre un montón de calaveras, había un gato negro. En la típica postura indolente de los gatos. Estaba atareado lamiéndose el pelo. Eran aquellos los lametones más desganados que Elencza había visto en toda su vida.

Había tres mujeres sentadas alrededor del fuego.

Una de ellas, una anciana decrepita, doblada y consumida, se tambaleaba, farfullaba, canturreaba, haciendo visajes con el rostro renegrido. La que estaba sentada algo más lejos parecía apenas una chiquilla. En su cara pálida, desagradable, como de raposa, ardían unos ojos febriles. Una corona de verbena y tréboles ponía cierto orden en su mata de pelo.

El puesto central lo ocupaba la más importante de las tres. Una *bona femina*. Por ella habían acudido allí las tres visitantes. Alta, gruesa, tocada con un sombrero picudo de fieltro negro, por debajo del cual asomaban y le caían sobre los hombros abundantes ondas de cabellos rojos como el fuego. Una pañoleta de lana verde envolvía el cuello de la hechicera.

—Me pica un dedo —balbuceó la vieja de tez renegrida—. Me pica un dedo, lo cual quiere decir que...

—Cierra el pico, Jagna —la hizo callar la pelirroja del sombrero, y acto seguido levantó hacia las peticionarias unos ojos claros como estaño fundido—. Bienvenidas, muchachas. ¿Qué os ha traído hasta aquí? No me lo digáis, ya lo adivino yo. ¿Un embarazo no deseado? No, no creo. Tampoco parecéis enfermas, todo lo contrario, yo diría que tenéis las tres un aspecto rozagante. ¡Seguro que es el amor! Amamos, pero el objeto de nuestro amor está lejos, fuera de nuestro alcance, cada vez más lejos, cada vez más fuera de nuestro alcance. ¿He acertado?

La pecosa Eufemia von Baruth fue la primera que se decidió a asentir con energía y resolución. La primera y la última. Elencza bajó la cabeza para evitar la mirada de la bruja pelirroja, paralizada por la certeza repentina de que su presencia en aquel lugar no tenía ningún sentido, era perfectamente innecesaria y terriblemente estúpida. En cuanto a Electra, ni se inmutó: tenía la mirada vacía clavada en la hoguera.

—¿He acertado o no? —murmuró la pelirroja—. Per Bacco! Eso parece. Echa un poco de leña al fuego, Eliszka, y añade hierbas al caldero. Jagna, pórtate bien.

La de rostro renegrido sofocó un regüeldo metiéndose el puño en la boca.

—Y vosotras —la *bona femina* observó fijamente a las muchachas con sus ojos

claros— obtendréis aquello que pedís. Por orden. De una en una.

*Por el poder del Sol y el poder de la Luna,
por las señales y las runas.
¡Eia!*

»Bulle, bulle, calderito, con belladona, acónito, beleño. Agacha la cabeza, Eufemia von Baruth. Aspira el vapor.

»Toma este espejito, te lo regalo. Cuando la luna empiece a menguar, en el día de Venus y Freya, atrapa en él a hurtadillas el reflejo del amado. Envuélvelo en lana, guárdalo en un estuche. Échale por encima una mezcla de pétalos secos de rosa y verbena. Añádele la hierba de *Agnus Castus*, esa planta que también se conoce como sauzgatillo. Añade una gota de tu propia *sanguine menstruo*. Esconde el estuche, no vaya a caerle encima un rayo de sol. Al esconderlo, pronuncia tres veces el conjuro: *Ego dilecto meo et ad me conversio eius*, yo soy mi amado y su deseo se dirige a mí. Antes de que la luna dé tres vueltas, aquel que has elegido será tuyo.

*Por las señales y las runas...
Magna Mater, Magna Mater...*

»Bulle, bulle, calderito, con belladona y con mandrágora. Agacha la cabeza, Elencza de Wirsing. Aspira el vapor.

»Toma este cuchillito de acero, te lo regalo. Cuando la luna, pasado el plenilunio, empiece a menguar, el día de Venus y Freya, antes de que amanezca, sal al jardín. Coge una manzana, la más hermosa que veas. Córtala por la mitad con el cuchillo, después de haber frotado la hoja con una gota de *sanguine menstruo*. Echa por encima de cada mitad de la manzana una pizca de polígono seco, une las dos mitades con astillas de ramas de mirto. En la piel de la manzana graba con el cuchillo la inicial del nombre de tu amado, pronuncia tres veces ese nombre, recitando de paso este conjuro: *Ecce iste venit*, aquí viene él. Esconde la manzana, que no le dé ni un solo rayo de sol. Aunque tu elegido esté en el fin del mundo, volverá a ti.

*¡Eia!
Por el poder del Sol y el poder de la Luna,
por las señales y las runas.*

»Bulle, bulle, calderito, con belladona, perejil loco, cicuta. Agacha la cabeza, aspira el vapor, tú, la que te haces llamar Electra. Has elegido un nombre inquietante, inquietante y terrible para una persona tan joven como tú. Has de saber que a las que son como tú por lo general les digo que se marchen por donde han venido, a las que son como tú no les presto mi ayuda, no cuentan con mi apoyo en lo que buscan y planean. A las que son como tú, Electra, suelo ordenarles que se pongan en manos del

tiempo y del destino.

El gato que estaba tumbado sobre las calaveras soltó un bufido. Los ojos de la hechicera se encendieron con un fuego maligno.

—Solo como una excepción —dijo en voz baja—, hoy voy a ayudar un poco al destino. Y aunque tu deseo, Electra, está lleno de mal, haré que se cumpla. Extiende la mano. He aquí que te doy...

La hechicera pelirroja susurró algo, Electra escuchaba con la cabeza inclinada.

El fuego se extinguió, el caldero aún siguió borboteando, el agua hirviendo silbaba al salpicar las brasas.

El gato maulló.

—Y ahora ya os podéis marchar —ordenó la *bona femina*—. ¡Gloria a la Omnidiosa! Ah, no lo olvidéis: ¡no se admiten reclamaciones!

—No comas con tanta ansia —le advirtió Scharley—. Te va a sentar mal.

Reynevan levantó la cabeza de la escudilla que cubría con el brazo, miró por un momento como si no le hubiera entendido. Tras lo cual siguió engullendo kluski y cazando torreznos. Tras dar cuenta de los kluski, se acercó una cazuela de sopa de centeno, arrancó un cacho de pan de la hogaza. El demérito lo observaba en silencio.

—¿Cómo? —preguntó de buenas a primeras Reynevan, con la boca llena—. ¿De qué modo...?

Scharley suspiró.

—Desde que nos separamos, pasó mucho tiempo sin saber nada de ti. Me enteré de lo de Czestochowa, naturalmente, todo el mundo se enteró. Pero, ¿cómo iba a suponer que estabas implicado? ¿Y que te habían encerrado? En resumen: tu libertad se la debes a Rixa. A sus informaciones y contactos.

—Pero has sido tú... —Reynevan dejó la cuchara—. Has sido tú el que me ha sacado de Lelów.

—Para eso están los amigos. Come más despacio. Nadie te va a quitar el plato.

Reynevan lo miró, entornando los ojos llorosos y supurantes. Tenía los globos oculares inyectados en sangre, cubiertos por una red de venillas rojas, era evidente que además padecía de fotofobia.

—Necesito un practicante. —Era como si Reynevan le hubiera leído el pensamiento—. O una farmacia. Algún remedio para la conjuntivitis. Eufrasia, aloe, faeniculum o herba sancta... Pero primero voy a comer algo, tengo que comer algo. Y tú cuenta.

—¿Qué cosa?

—Cuenta. —Reynevan se inclinó por encima de la mesa para coger una salchicha blanca que había sobrado de las celebraciones de Pascua—. Lo que ha pasado en el mundo en este tiempo.

—Han pasado muchas cosas. Has estado encerrado tres años justos, pero es como si hubieras estado treinta. Son tiempos históricos. Eso se nota en que pasan muchas

cosas y muy deprisa. Tú estabas ahí quietecito, pero esto no ha parado de moverse. A toda velocidad. Te has perdido demasiados momentos históricos como para compensarlo ahora, tendría que estar explicándotelo todo hasta mañana, no tengo para eso ni tiempo ni ganas.

—Encuentra tiempo y ganas. Por favor.

—Como quieras. En ese caso, vayamos por partes. Murió el Papa Martín V. Eligieron a uno nuevo...

—A Gabriele Condulmer —confirmó Reynevan—. La loba celestina de Malaquías. Y la elección tuvo lugar el domingo *Oculi*, el cuarto antes de Pascua. Todo eso me lo profetizaron en cierta ocasión. Excepto el nombre. ¿Cuál ha elegido?

—Eugenio IV. Y en la plaza del Viejo Mercado de Rouen los ingleses quemaron viva a Juana de Arco. Se ha inaugurado el concilio en Basilea. Una nueva cruzada, la quinta, se dirigió contra Bohemia, fue derrotada ignominiosamente en Domazlice. Procopio le prendió fuego a todo el ducado de Olesnica, y después llevó la aceifa hasta Bernau, tres millas más allá de Berlín. Murió el duque Bolko de Cieszyn. Murió Conrado de Vechta, arzobispo de Praga. Murió el obispo Juan Szafranec, hermano de Piotr Szafranec. Murió Federico von Aufsess, obispo de Augsburgo... ¿Adónde vas?

—A vomitar.

—*Dulce lumen* —proclamó de pronto Reynevan—. *Et delectabile est oculis videre solem.*

—¿Eh?

—Dulce es la luz y bueno para los ojos ver el sol. Ecclesiastés.

—Entonces —supuso Scharley—, ¿la medicina te ha sentado bien?

—Bastante bien. Pero no se trata solo de eso. Ni mucho menos.

El extracto de hinojo, verbena, rosa, celidonia y ruda, un remedio fiable para la inflamación de los ojos y los párpados, lo encontraron en la farmacia de Siewierz, hasta llegar allí no habían visto ni una farmacia ni un practicante en toda la comarca. Reynevan se aplicó el medicamento, pero había que esperar un rato a que hiciera efecto, y repetir el tratamiento cada cierto tiempo. Después de ponerse morado en La Damajuana, el preso recién liberado no quería andar de taberna en taberna, se quejaba de que el ambiente estaba muy cargado. Así que pasaron el rato al aire libre. Cerca de Siewierz, en un abedular al borde del camino. Reynevan se lavaba los ojos con el líquido, pronunciando al mismo tiempo fórmulas mágicas, para que, como decía la nota del frasco, «el poder natural del medicamento viera incrementada su eficacia curativa merced a la fuerza sobrenatural».

Faeniculum, Verbena, Rosa, Chelidonia, Ruta
Lumina reddit acuta.

—Sigue contando, Scharley. —Reynevan se aplicó unas compresas en los párpados—. Estabas diciendo que habían muerto un par de obispos. ¿Quién más ha muerto

mientras estaba yo en prisión? ¿De la gente que más me interesa?

—Christine de Pisan, la poetisa francesa. ¿Sabes quién te digo? Seulete sui et seulete vueil estre... Ah, también ha muerto Vitautas, el gran duque de Lituania. A finales de octubre de 1430.

—¿La causa?

—Se hirió al caer del caballo, estuvo mucho tiempo enfermo...

—¿No se heriría con un hierro al caer?

—No sé. Es posible. Más acontecimientos: Segismundo Luxemburgo ha sido coronado emperador. Y en Pabianice el rey Jagiello llegó a un entendimiento con los husitas, y sellaron un pacto ofensivo contra la Orden Teutónica. En junio del año pasado los Huérfanos de Jan Capek de Sány, hombro con hombro con los polacos, irrumpieron en la Nueva Marca...

—Eso en concreto ya lo sé. —Reynevan se quitó las compresas, pestañeó—. Los guardias raramente se dirigían a mí, pero uno le tenía una ojeriza especial a los cruzados, tenía que compartir con alguien su alegría por la victoria. Y en nuestra tierra, ¿qué ha ocurrido? ¿Se ha hecho Korybutovich un reino a su medida en la Alta Silesia?

—Más bien no. Residió en Gliwice, que había conquistado y que tenía intención de convertir en la capital del reino. El 4 de abril de 1431, tres días después de Pascua, los duques de Olesnica tomaron el castillo a traición y pasaron a cuchillo a la guarnición. Korybut tuvo suerte, no estaba en ese momento en Gliwice. Pero los planes relativos al reino estallaron como una pompa de jabón. El príncipe se ha retirado a Lituania^[94]. O lo que es lo mismo, a la insignificancia y el olvido.

—¿Bolko Woloszek?

—Empezó con ambiciones, amplió sus dominios tal y como había planeado, ocupó castillos y ciudades, una tras otra. Pero no aguantaba demasiado tiempo en ningún sitio, de todas partes le echaban. Sus últimas conquistas, Bytom y Rybnik, se las arrebató Nicolás de Racibórz hace ahora un año. El carro de la historia ha vuelto al punto de partida, Woloszek está donde estaba al principio, o sea, en la comarca de Opole. Y no saldrá de ahí.

—¿Puchala? ¿Bedrich? ¿Piotr el Polaco? ¿Los demás?

—Puchala ocupó Kluczbork y Byczyna, desde donde, unido a un tal Kochlowski de Wielun, atacó, saqueó e incendió, trayendo a los silesios por la calle de la amargura. Le hicieron frente, le asediaron durante semanas, sin resultados. Ambos bandos acabaron cansados de tanto batallar y decidieron solucionar el conflicto por la vía comercial. Tras mucho negociar, Puchala renunció a Kluczbork por mil doscientos cincuenta schockgrosches, y a Byczyna por quinientos. Entregó los castillos y abandonó Silesia. Estuvo con los Huérfanos de Capek en la Marca y en Gdansk. Pero no regresó con ellos a Bohemia, se quedó en Polonia.

»Jan Pardus aún sigue en el castillo de Otmuchów, que conquistó hace tres años. Mientras que Bedrich de Stráznice y Piotr el Polaco tienen sus bases en Niemcza y en

Wierzbno, de donde los silesios no cejan en su empeño de hacerlos salir. De momento en vano, pero solo es cuestión de tiempo.

—¿Cómo es eso? No lo entiendo.

—¿Es que no me has oído? Los planes de dominar la Alta Silesia han fracasado. No se ha producido la intervención polaca, y a los husitas silesios, abandonados a su suerte, los echarán de sus tierras. Y no pueden contar con que les lleguen refuerzos de Bohemia, porque aquí la situación ha cambiado mucho.

—¿En qué sentido?

—La gente está cansada. La guerra, la pobreza, el hambre, la anarquía, el tránsito continuo de tropas, las violaciones, asesinatos y saqueos. Por eso, si a alguien le da por anunciar la paz, la vuelta a la ley, el orden y el sistema de valores, si alguien promete concordia, estabilidad y la restauración de las estructuras, enseguida encuentra partidarios. Y esos son los lemas que proclaman los conciliadores moderados. Y cuentan con partidarios. En detrimento de Procopio y de los Huérfanos, que pierden seguidores. La revolución ha devorado a sus hijos y se ha emborrachado con su sangre. La revolución ha sido tan revolucionaria, ha ido tan lejos, que de pronto ha asustado a los propios revolucionarios. De pronto, a los radicales les ha asustado el radicalismo, a los extremistas el extremismo, a los fanáticos el fanatismo. Y casi todos, de buenas a primeras, se han pasado a las filas de los moderados. Cáliz sí, ruina no. El husitismo de rostro humano. Poner fin a la guerra, poner fin al terror, abajo los radicales, abajo Procopio el Rasurado, abajo los Huérfanos, que vivan las conversaciones, que viva el entendimiento...

—¿Entendimiento con quién?

—Con Roma, naturalmente. Después de lo Domazlice, Roma ha entrado en razón. Ha entrado en razón el legado Giuliano Cesarini, derrotado y rechazado en Domazlice, ha entrado en razón el español Juan Palomar, ha entrado en razón el nuevo Papa. Ahora ya saben que con los husitas la fuerza no lleva a ninguna parte, que hace falta derrochar ingenio. Que tienen que aprovecharse del estado de ánimo, ganarse a los conciliadores y negociar. Ceder en algo, para obtener algo a cambio. Ya se están entendiendo. Y llegando a acuerdos. El Cáliz sigue, pero claro, uno pequeñito. Habrá libertad de culto, pero solo una pizca. A los extremistas y a los radicales incorregibles les darán para el pelo. A los indecisos les meterán el miedo en el cuerpo. Y habrá un compromiso. Habrá unos Compactata. Roma les dará su visto bueno, el Papa los bendecirá, el nuevo arzobispo de Praga los rociará con el hisopo. La Iglesia recobrará los bienes que le habían arrebatado. Segismundo de Luxemburgo se hará con el trono checo, pues alguien, después de todo, tiene que ser el garante de la restauración y el orden, cómo va a haber orden si no hay un rey. Así pues, ¡el Luxemburgo al Castillo! Juzgará entre las gentes, será árbitro de pueblos numerosos^[95]. Y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces. Y todo será maravilloso, lo nunca visto.

—No será maravilloso. Eso no va a pasar. Sería una traición.

—Lo sería. Y lo será.

—¿Van a permitirlo, en tu opinión, los mismos que han derrotado y han puesto en fuga a cinco cruzadas? ¿Los vencedores en Vítkov, en Vysehrad, en Sudomer, en Malesov, en Ústí, en Tachov y Domazlice? ¿Va a permitirlo el pueblo checo, fiel al Cáliz?

—El pueblo checo paga hoy treinta y cuatro grosches por una fanega de centeno, y uno y medio por el pan. Antes de la revolución el centeno estaba a dos grosches, y el pan costaba una moneda. Eso es lo que tiene el pueblo checo gracias al Cáliz y a la guerra. Reynevan, yo no quiero discutir. En palabras comprensibles te he dibujado la situación política actual y he esbozado las perspectivas, previendo con grandes dosis de verosimilitud los acontecimientos de los próximos meses, si no días. En prisión, y algo sé yo de eso, se pierde el contacto con la realidad, a veces durante años. Eso se pasa con el tiempo, pero no conviene forzar el proceso. Así que no lo fuerces. Ponte en mis manos, confía en mí.

—¿Podrías ser más claro?

—A media milla de aquí hay una bifurcación, un cruce de caminos. Desde allí seguiremos hacia el sur, por la ruta de Olkusz, Zator y Cieszyn. Cruzaremos el paso de Jablunkov, y a partir de ahí ya es todo recto. Cadca, Trencín, Nitra, Esztergom, Buda, Mohács, Belgrado, Sofía, Filipópolis, Adrianópolis. Y Constantinopla. La perla del estado bizantino.

—¿Y tú me acusas a mí de haber perdido el contacto con la realidad?

—Mis planes son concretos hasta decir basta, se atienen a la realidad con tanta fuerza como un cura a su parroquia. Y se basan en la capacidad económica real de la que dispongo. Ven conmigo, Reinmar, y te juro por este viejo cipote mío que antes de Adviento contemplarás las velas en el mar de Mármara, el Cuerno de Oro, Hagia Sophia y el Bosforo. ¿Qué dices? ¿Vamos?

—No, Scharley. No vamos. Perdóname, pero tengo unos planes bien distintos.

El demérito estuvo largo tiempo mirándolo en silencio. Después suspiró.

—Me temo —dijo finalmente— que me los imagino.

—Eso está bien.

—En marzo de 1430, en los bosques a orillas del Klodnica —Scharley se acercó, cogió a Reynevan de los hombros—, decías, al marcharte, que ya estabas harto. Para ser sincero, no me sorprendiste en absoluto. Y, como recordarás, no intenté detenerte. Tu reacción era para mí perfectamente comprensible. Habías vivido una desgracia, habías reaccionado arrojándote de un modo demencial al torbellino de la lucha por la auténtica fe apostólica, por unos ideales, por la justicia social, por el *Regnum Dei*, por un mundo nuevo y mejor. Y de repente viste que no había misión, que era política. Que no era cuestión de apostolado, sino de cálculo. Que con la palabra de Dios y con la fe apostólica se comercia igual que con cualquier otra mercancía: pensando en el beneficio. Y el *Regnum Dei* puedes contemplarlo en los frescos de las iglesias. O leer acerca de él en San Agustín.

—He estado encerrado en una mazmorra —replicó con calma Reynevan, sin levantar la voz—, sin ninguna esperanza de que fuera a salir jamás. Torturándome con la idea de que mi vida no tenía sentido. He estado mucho tiempo dentro, entre tinieblas, volviéndome ciego como un topo. Dulce lumen, me repetía a mí mismo las palabras del Eclesiastés. Y finalmente vino a mí, finalmente comprendí. Comprendí que es una cuestión de elección. O la luz o la oscuridad. En prisión no tenía posibilidad de elegir, ahora sí. Mi elección es la luz, la lux perpetua. Me marchó a Bohemia. Porque creo que allí aún no está todo perdido. Pero, aunque así fuera, no podemos entregar aquello sin lucha. Quiero darle un sentido a mi vida, se lo daré marchando la batalla. Por los ideales, por el *Regnum Dei*, por la esperanza. Y, si el *Regnum Dei* ha de perecer, si la esperanza ha de sucumbir, que perezca y sucumba también yo. Si todo eso va a figurar tan solo en los frescos, que me pinten a mí también en esos frescos.

Scharley dio un paso atrás.

—A lo mejor contabas —dijo— con que iba a tratar de disuadirte de esa idea, de que iba a pedirte y a rogarte. Pues no. No pienso. Todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo, como dice tu querido Eclesiastés. Hay tiempo de buscar y tiempo de perder, tiempo de guardar y tiempo de desechar, tiempo de romper y tiempo de coser. El destino, Reinmar, nos ha tenido cosidos durante unos cuantos años, durante unos años nos ha arrojado al caldero de la historia y allí nos ha removido a base de bien. Ya es hora de deshacer esa costura. Antes de que llegue el *Regnum Dei*, quiero arreglar mis asuntos aquí y ahora, en este mundo, pues *patria mea totus hic mundus est*. No marcharé a tu lado, hombro con hombro, a la batalla final, porque no me gustan las batallas finales y no soporto las batallas perdidas, detesto perecer y sucumbir. Lo último que deseo es que me pinten en un fresco. Para nada quiero figurar en la lista de los caídos en la batalla decisiva entre las fuerzas de la luz y las fuerzas de la oscuridad. Así que ha llegado la hora de despedirse.

—Ha llegado la hora. No prolonguemos esto más. Adiós, Scharley.

—Adiós, Reinmar. Un besote, camarada.

—Un besote, amigo.

Por la ventana le llegaba el tintineo de las armas y el trápala metálico de las herraduras sobre las piedras del patio, la guarnición de Niemcza estaba formando para una salida o para una incursión. Bedrich de Stráznice cerró la ventana, volvió a la mesa.

—Me alegro de verte —repitió—. Vivo, libre y con salud. Porque decían que...

—Yo también —le interrumpió Reynevan— me alegro de verte. Es una sorpresa muy agradable. No he dejado de preguntarme durante todo el viaje si aún te encontraría aquí. O si, siguiendo el ejemplo de Puchala, no les habrías vendido ya a los silesios todos tus castillos. Junto con los ideales y la verdad divina.

—Como ves, no me he vendido —replicó fríamente el director de los puestos de

avanzada del Tabor en Silesia—. Y no me he rendido, aunque me han apretado mucho. A mí en Niemcza, a Pardus en Otmuchów. Pero se han dejado los dientes y se han marchado de vacío.

—Me ha tocado escuchar la opinión de que solo es cuestión de tiempo. De que no podréis conservar los castillos en Silesia sin intervención polaca y sin recibir refuerzos de Bohemia. Y, al parecer, no es posible contar con nada de eso.

—Por desgracia —admitió tranquilamente Bedrich—. No es posible. Y hace cuatro años parecía todo lo contrario. Todo lo contrario. ¿Te acuerdas de Szafraniec y de su pomposo programa? ¿Del regreso de Silesia a la madre patria? ¿Del cetro de Jagiello guiando a todos los pueblos *linguagii slavonici*? ¿Del control sobre todas las tierras entre el Báltico y el Adriático? ¿De la Rus y Crimea? Grandiosos planes y proyectos colosales que se tuercen con el leve deterioro de un icono, que por lo visto ni siquiera está muy bien pintado.

»Los polacos —prosiguió—, en cuanto se les pasó la rabieta por lo de Czestochowa, estuvieron encantados de ver a Capek a su lado luchando contra los cruzados, pero a nosotros en Silesia ni nos han prestado ayuda ni nos la prestarán. Después de lo ocurrido en Czestochowa, hasta los Szafraniec perdieron fuerza, incluso Spytek de Melsztyn, Siestrzeniec y Zbaski han bajado el tono. Aquí estamos solos. Ya no está Korybutovich, Woloszek está quietecito como un ratón. Y los checos...

—Habla, te escucho.

—En Bohemia —dijo tras una pausa el predicador— la cosa no pinta bien para nuestra causa. Después de la victoria en Domazlice, Procopio tuvo una serie de fracasos. Fue derrotado en algunas batallas, no actuó correctamente en Pilsen, perdió mucho a ojos de los hermanos. Así es la naturaleza humana: basta un tropiezo para que a uno le escupan, lo acosen, lo reciban de uñas, de los servicios y victorias pasadas ya nadie se acuerda. De eso se aprovechó el ala moderada, aquellos que llevan toda la vida conspirando para llegar a un acuerdo con Roma y el Luxemburgo. Desde luego, el Staré Mesto de Praga, desde luego, nuestro viejo conocido, el intrigante Jan de Prábram. Y los nobles señores que en otros tiempos, por su propio interés, se apresuraban a coser el Cáliz en el blasón de la familia, ahora se apresuran a descoserlo. Y no solo neófitos como Menhart de Hradec y calixtinos del estilo de Borek de Miletínek o Jan de Smirice, ahora también nuestros antiguos camaradas, los que fueron guerreros de Dios en los años de Zizka, actúan siguiendo el modelo de la moderación y el compromiso. Se han dado cita en Praga y reclaman la paz a coro. Y llaman al buen rey Segismundo al trono checo. Perdón: al emperador Segismundo. Pues debes saber que hace un año, en la Semana de la Trinidad, celebramos una fiesta solemne. El nuevo Papa, Eugenio, el cuarto de este nombre, después de una misa bellamente cantada, celebrada por él en persona, en la iglesia de San Pedro, ante el altar de San Mauricio, adornó la noble frente de Segismundo Luxemburgo con la corona imperial. De ese modo el truhán pelirrojo se convirtió en emperador romano y

señor de toda la cristiandad. Para inmensa alegría de aquellos que siempre estuvieron dispuestos a besarle los talones. Y que, cuando resida en Hradcany, estarán dispuestos a besarle el culo.

—¿Y tú? —preguntó Reynevan con frialdad—. ¿Qué hay de ti? ¿Dónde vas a besar al nuevo señor para ganarte su benevolencia? ¿O prefieres, después de todo, regatear con los silesios por Niemcza para obtener un precio mejor? ¿Y entrar a sueldo de Polonia? ¿Es esa tu intención?

—No, no es esa —negó tranquilamente Bedrich de Stráznice—. Es otra bien distinta. No reconozco el acuerdo con Segismundo ni los Compactata de Praga, tengo intención de reunir un contingente y marchar sobre Bohemia. En ayuda de Procopio y de los Huérfanos. Aún no ha llegado el momento de renunciar y entregar el trono. No sin pelea. ¿Qué dices a eso?

—Voy contigo.

—¿Y tus ojos? Parecen...

—Ya sé lo que parecen. Me las apañaré. Voy contigo hoy mismo si hace falta. ¿A quién dejas en Niemcza? ¿A Piotr el Polaco?

—A Piotr —el director torció el gesto— lo capturaron los de Wroclaw hace un año. Lo tienen encerrado en una prisión, y no se ponen de acuerdo en el rescate. Pondré Niemcza en otras manos. En las de un nuevo aliado. Ah, hablando del ruin de Roma...

Chirrió la puerta, y entró en la estancia, inclinando su poderosa figura al pasar bajo un arquitrabe, un caballero de mentón prominente y hombros tan anchos como las puertas de una catedral. Reynevan dejó escapar un suspiro.

—Os conocéis, ¿verdad? —preguntó Bedrich—. El caballero Hayn von Czirne, señor del castillo de Nimmersatt. En otros tiempos, al servicio de Wroclaw, desde hace poco aliado del Tabor. Se unió a nosotros después de la victoria en Domazlice^[96]. Cuando cobramos una clara ventaja.

Reynevan captó en la voz del predicador un levísimo tono de ironía. Si también lo captó Hayn von Czirne, no lo dio a entender.

—Don Reinmar de Biellau —dijo—. Vaya, vaya. Quién habría pensado que lo vería vivo.

—Eso es. ¿Quién?

—Dejaré una guarnición en Wierzbno y en el castillo de Otmuchów —concluyó Bedrich, mientras ordenaba a los criados con una palmada que sirviesen vino—. Y a don Hayn en Niemcza. Bueno, a menos que don Hayn desee venir con nosotros a combatir en Bohemia...

—Muchas gracias. —El raubritter se colocó bien la espada, tomó asiento—. Pero esa es una lucha vuestra, de los checos. Yo prefiero quedarme aquí.

El anciano monje cronista de la abadía de los agustinos de Zagan ahuyentó una mosca impertinente, mojó la pluma en el tintero. La examinó a la luz antes de

empezar a escribir.

Aconteció el Año del Señor de 1434, un domingo, in crastino Cantianorum, ipso die XXX mensis Maii. El sol se hallaba entonces in signo Geminorum et luna in gauda sive fine Piscium.

Partido que hubieron del Nové Mesto de Praga Thaborites et Orphanos, fueron en pos de ellos los señores católicos y aquellos de entre los calixtinos que ansiaban un acuerdo con el emperador Segismundo. Y diéronles alcance entre Kurim y Cesky Brod, y allí se encontraban los nobiles barones et domini Menhart de Hradec, Divis Borek de Miletínek, Ales Vrestovsky de Stemberk, Vilém Kostka de Postupice, Jan y Burian de Gutstejn, Pribík de Klenové y Zmrzlík de Svojsín, y con ellos el señor católico don Jan Svihovsky, el landfryd de Pilsen, el contingente de Melník, así como caballeros, hidalgos, clientes y criados de Oldrich de Rozmberk. Eran en total trece mil hombres armados, de ellos mil quinientos de la caballería pesada. Y se detuvieron cabe la aldea de Hříba.

Del lado contrario, no lejos de la aldea de Lipany, en la ladera del monte Lipská, aguardaban en formación las haces de taboritas y Huérfanos, diez mil hombres a pie y setecientos a caballo, ocultos en el wagenburg formado por cuatrocientos ochenta carros, defendido por cuarenta cañones. Y estaba allí Procopio, llamado el Rasurado, capitaneus et director secte Thaborensium, y el predicador Procopillo, dictum Parvus. Así como los otros jefes: Jan Capek de Sány, capitaneus secte Orphanorum, Ondrej Kersky, capitaneus de Tabor, Jira de Recice, Zikmund de Vranov, Jan Rolda de Zampach, Rohác de Dubé y otros capitanei cum aliis ipsorum complicibus.

Al principio tenían la intención de alcanzar un acuerdo y zanjar la disputa pacíficamente, mas mucho era el odio y la sangre que se interponía entre ellos. Bedrich de Strážnice, venido de Silesia, que abogaba por la concordia, fue increpado y poco menos que golpeado, se vio obligado a retirarse del campo con sus hombres y a alejarse de allí. Y comenzaron los disparos con morteros, arcabuces y otros píxides, oyéndose un gran estruendo y quedando todo el campo envuelto en humo. No obstante, los señores acorazados de Rozmberk atacaron en medio de aquella humareda, y fueron rechazados, y volvieron grupas. Entonces se elevó un enorme griterío entre el Tabor y los Huérfanos, proclamando que el enemigo estaba huyendo, que era menester perseguirlo y darle caza. Abrieron el wagenburg y se lanzaron en masa a campo abierto.

Aquel fue su final. Y su ruina.

—¡Deteneeeos! ¡Deteneeeooos! —se desgañitaba Jan Capek de Sány—. ¡Es una trampa! ¡Juntad los carros! ¡No abandonéis la hradba^[97]!

Su voz se perdía en el fragor de la batalla y el estruendo de las explosiones, desde los carros del *wagenburg* taborita los tiradores disparaban sin pausa a la caballería que había emprendido la retirada. Mientras taboritas y Huérfanos se lanzaban al campo de batalla, gritando, blandiendo mayales y alabardas.

—¡Sus y a elloos!

Y en ese momento les cayó encima una lluvia de proyectiles. Una granizada de balas, metralla y viroles. Las posiciones de los calixtinos estaban envueltas en humo. Y saliendo del humo se abalanzó sobre ellos la caballería acorazada. Sobre la infantería dispersa por el campo, privada del amparo de los carros.

Quienes pudieron echaron a correr, quienes tuvieron la fortuna de escapar de las espadas de la caballería regresaron a los carros, donde los hetmans, afónicos a base de impartir órdenes a gritos, se esforzaban por cerrar la formación y organizar la defensa. Pero ya era demasiado tarde para eso. Los hombres de Rozmberk, cuya fuga no era más que una añagaza, dieron media vuelta, irrumpieron entre los carros separados y penetraron en el *wagenburg*, ensartando a los defensores con sus lanzas y arrollándolos en su carrera.

Ondrej Kersky les hizo frente con sus jinetes. Fueron acribillados y barridos por las picas. Los taboritas, con corazas ligeras, no estaban en condiciones de hacer frente a la caballería de armadura completa. Acudió en su ayuda Jan Capek, blandiendo la espada y llamando a la infantería. También acudió Reynevan. Veía delante los hocicos abiertos de los caballos, los petos y celadas, veía el bosque de astas erizadas, estaba convencido de que marchaba a la muerte. Muy cerca de él, una lanza atravesó de lado a lado a un jinete y lo arrancó de la silla, antes de que el lancero tuviera tiempo de soltar el fuste, Reynevan lo alcanzó y le asestó un golpe con la espada, una vez, otra vez, la sangre brotaba por debajo de la hombrera hendida. Otro jinete le acometió con el caballo, soltó un espadazo, Reynevan salvó la vida encogiéndose detrás del cuello del animal. El de Rozmberk no pudo repetir el golpe, unos soldados taboritas lo ensartaron con los ganchos de sus bisanuas y lo arrancaron de la silla. Reynevan fue atacado por un tercer jinete con un hacha. Viendo que con él no tenía ninguna oportunidad, dio un grito, tiró de las riendas, le clavó las espuelas al caballo. El caballo se encabritó, empezó a agitar las manos, las herraduras golpearon el quirote y la culera, machacaron las placas, el de Rozmberk cayó a tierra gritando. Alrededor se había desatado una carnicería enloquecida, bajo los cascos de los caballos rechinaban las corazas y crujían los huesos.

Ante la vista de Reynevan los jinetes acorazados de Rozmberk arrojaban sobre los carros del *wagenburg* cadenas con ganchos, volvían grupas, arrastraban. Los carros se volcaban, aplastando a arqueros y ballesteros. También penetró por la brecha la caballería calixtina, una riada de jinetes irrumpió en el interior, clavando,

tajando y pisoteando. El *wagenburg*, destrozado, se convirtió de pronto en una ratonera sin salida.

—¡Es el fin! —gritó Jan Capek de Sány, dando espadazos a diestra y siniestra—. ¡Estamos perdidos! ¡Se acabó! ¡Sálvese quien pueda! ¡Reynevan! ¡A mí!

—¡A mí! —se desgañitaba Ondrej Kersky—. ¡A mí, hermanos! ¡Sálvese quien pueda!

Reynevan volvió grupas. Apenas vaciló un instante, un instante que decidía entre la vida y la muerte. Vio cómo la caballería acorazada derribaba uno tras otro a los mayaleros de Slany y a los lanceros de Kutná Hora, cómo caían bajo las espadas los Huérfanos de Cesky Brod. Cómo se derrumbaba de la silla Zikmund de Vranov. Cómo sucumbía, clavado por las lanzas y tajado por las espadas, Procopio el Rasurado, que combatía en un carro. Cómo soltaba la custodia y caía mortalmente herido Procopillo. Cómo la batalla daba paso a la carnicería.

Y le embargó el terror. Un terror monstruoso, que le revolvió las entrañas.

Se pegó a las crines del caballo y salió corriendo detrás de Capek. Por un hueco abierto entre los carros, bajo una lluvia de balas y virotes. Ladera abajo, ladera abajo, por un desfiladero. Lo más lejos posible. Lo más lejos posible de Lipany.

—¡A Kolín! —gritó Jan Capek—. ¡A Kolín! ¡Mientras aguanten los caballos! ¡Reynevan! ¿Qué demonios estás haciendo ahí?

Reynevan desmontó de un salto. Cayó de rodillas. Incluyó la frente hasta tocar el suelo. Y rompió a sollozar.

—El sentido de la vida... —gimió, atragantándose—. Los ideales... *Lux perpetua*... Y he salido huyendo de la batalla... Como un cobarde... Ni de perecer... ¡Ni de perecer como es debido he sido capaz!

Capek se limpió la cara de hollín, sudor y sangre. Negó con la cabeza, escupió.

—¡Aún no es el final! —proclamó—. ¡Aún tenemos mucho que enseñarles! ¿Qué quieres? ¿Teníamos que dejarnos matar? ¿Cómo idiotas? ¡Hoy huimos para poder volver a combatir mañana! ¡Levántate, silesio, levántate! ¿Lo ves? ¡Esta ya es la carretera de Kolín! Vamos a Kolín, ¡allí no podrán encontrarnos! ¡Levántate y monta! ¿No me oyes?

—Ve tú solo.

—¿Cómo?

—Que vayas solo. A mí en Kolín no se me ha perdido nada.

La tibia lluvia de mayo caía y susurraba en las hojas.

Sí, sí, nobles caballeros, sí, monjes temerosos de Dios, creedme, venerables mercaderes, cruento fue el conflictus de Lipany, encarnizado fue el combate en las laderas del monte Lipská.

Combatieron a muerte hasta que cayó la tarde. Hasta que cayó la tarde, prácticamente hasta que oscureció, estuvieron sucumbiendo los hermanos del Tabor y los

Huérfanos. A unos los mataron en campo abierto, a otros en el wagenburg, a otros en la huida. En total cayeron, según dicen, cerca de dos mil guerreros de Dios, entre ellos Procopio el Rasurado, llamado el Grande. Muchos hermanos fueron hechos prisioneros. A los más notables les perdonaron la vida. Pero a más de setecientos prisioneros los de Rozmberk los condujeron hasta un cobertizo a las afueras de Cesky Brod y allí los quemaron vivos.

Y fue aquel un gran triunfo de calixtinos y católicos. Y el final de las tropas de campo de taboritas y Huérfanos.

Un día después de lo de Lipany, el último día de mayo del año 1434, en Gródek, de camino a Halicz, donde iba a recibir el homenaje de Stefan, nuevo voivoda de Moldavia, en su octogésimo quinto año de vida, en brazos de clérigos y de seglares, murió Ladislao Jagiello, rey de Polonia. Ese mismo año, el día de Santiago apóstol, ascendió al trono de Wawel el hijo de Jagiello, Ladislao Jagiellonczyk, que contaba diez primaveras.

Hubo revueltas en Lituania en contra de la unión con Polonia y de todo cuanto tuviera que ver con Polonia, se levantó en armas el intrigante Svitrigaila, tío del nuevo rey, apoyado por la Orden Livonia, los rutenos y Segismundo Korybutovich, el frustrado soberano de Bohemia y de la Alta Silesia. El año 1435, en el día consagrado a San Gil, en dies Jovis, catorce días antes del *equinoctium autumnale*, cayó Korybutovich combatiendo a los polacos. En una batalla librada en Wilkomierz, a orillas del río Swieta.

El de 1435 fue un año fecundo. ¿Ya no os acordáis? Al fin y al cabo, apenas han transcurrido cinco años. En algunos lugares cosecharon antes de San Pedro y San Pablo, y después de San Pedro y San Pablo la cosecha ya estaba concluida por doquier. En los viñedos, las viñas ya habían florecido para San Vito, y poco después de San Vito las uvas eran grandes como guisantes, y en algunos sitios como cagarrutas de cabra. Ese año el verano fue muy caluroso, tan tórrido que la gente se desmayaba en los campos.

En otoño de ese mismo año apareció en los cielos un cometa luminoso con una cola radiante vuelta hacia poniente. Los astrólogos dictaminaron que era una mala señal. Y tenían razón. Poco después se desató una gran peste en Silesia, en Bohemia, en Sajonia y en otras tierras, mucha gente pereció. En Dresde, según cuentan, en un solo día enterraron a más de cien muertos. Murió mucha gente importante, mucha. Y en Wroclaw la palmó el canónigo Gwisdendorff. Y está muy bien que la palmara, porque menudo cabronazo estaba hecho, así que *oret por anima sua, quis vult*. Lástima que no murieran más como él, se viviría mejor en Silesia.

En 1436, dos años después de la masacre del Tabor y de los Huérfanos en Lipany, la víspera de San Bartolomé, entró en la Dorada Praga Segismundo Luxemburgo, *Dei gratia Romanorum imperator, Ungariae, Boemie, Dalmade et Croacie rex*. Muchos lo recibieron con vivas y gritos de alegría, con lágrimas de alegría en los ojos lo llevaron hasta el Castillo. Pero también hubo quienes no reconocieron como monarca

al Luxemburgo, y lo tildaron de usurpador, truhán pelirrojo y rey de Babilonia, y algunos sencillamente emprendieron la guerra contra él. El predicador Ambrós, Bedrich de Stráznice, Jan Kolda de Zampach, y sobre todo el glorioso hetmán Jan Rohác de Dubé. Este último dio tanto la nota que muy pronto el ejército imperial lo asedió en su fortaleza de Sion. La fortaleza cayó, y Rohác, Wyszek Raczynski y sus camaradas fueron hechos presos y conducidos a la capital. Allí todos ellos, por orden del emperador Segismundo fueron cruelmente torturados y largamente martirizados, y por último colgados en una enorme horca. Ocurrió un lunes, al día siguiente de la *Nativitatis beate Mane virginis Anno Domini 1437*.

Y el pueblo los lloró mucho tiempo. La gente lloraba cada vez que se hacía referencia a lo ocurrido.

Capítulo vigésimotercero

En el que a todo le llega su final.

—Se han consumido de tristeza mis ojos^[98] —se lamentó, recurriendo a una cita triste, Jan Bezdechovsky de Bezdechov, el mayor, el más experimentado y el más respetado de la congregación de nigromantes de la farmacia El Arcángel, de Praga—. Se han consumido de tristeza mis ojos, mi alma también y mis entrañas —prosiguió, cogiendo la frasca y llenando las jarras—. Porque mi vida se va gastando de dolor, y mis años de suspirar. Se agotan mis fuerzas a causa de mi iniquidad, y mis huesos se han consumido. En otras palabras, Reinmar, la vejez, mal rayo la parta, no es ninguna alegría. Pero ya está bien de hablar de mí, ya está bien. Cuenta qué ha sido de ti. Por lo visto, tu amada... ¿Es verdad?

—Sí, es verdad.

—Y nuestro amigo Sansón...

—También es verdad.

—Qué pena, qué pena. —El reverendissimus doctor levantó su jarra, echó un buen trago—. Qué pena más grande. Y tú, según dicen, estuviste en Lipany... Al parecer, a muchos hombres los quemaron vivos en un cobertizo, a cientos de hombres. Qué horror, qué horror. Y ahora qué, dime tú. ¿Qué va a pasar ahora?

—Es el final de una época. Un giro histórico. Bohemia bulle como un caldero...

—Y la espuma sube —señaló Bezdechovsky—. Hasta lo más alto, como de costumbre. ¿Y tú? ¿Piensas seguir luchando?

—No. He sido derrotado. En todos los terrenos. Ya he tenido bastante.

—Extraños tiempos nos ha tocado vivir —se lamentó el anciano—. Extraños. Ridículos y terribles a la vez... Por suerte, a mí ya me queda poco...

—Qué decís, maestro...

—Poco, bien poco. Lo único que me mantiene vivo es el espíritu. El espíritu del vino...

»El espíritu del vino —Bezdechovsky levantó la jarra— es el genuino aether que elimina las sustancias impuras del organismo y devuelve a la sangre condensada, coagulada e inerte su fluidez y vitalidad. En el aguardiente, como en la quintaesencia, reside el extracto de la armonía suprema. La vodka actúa tal y como indica su nombre^[99]: es el agua de la vida, *aqua vitae*, el líquido vivificante capaz de prolongar nuestros días, capaz incluso de ahuyentar la muerte y dilatar el fin... ¡Basta de cháchara! ¡Bebamos!

—Maestro.

—Dime, hijo.

—No voy a quedarme mucho tiempo en Praga, me vuelvo a Silesia. Tengo allí... cuentas que saldar. He venido a visitaros, porque... Tengo una petición. Es tan atípica

que no me atrevo a hacérsela ni a Telesma ni a Edlinger Brehm... Solo puedo dirigirme a vos. En la esperanza de que queráis entender...

—Suéltalo sin miedo. ¿Qué necesitas?

—Veneno.

—Tengo todo lo que me has pedido, maese Jan. —El bibliotecario Scepán de Drahotuse miró con recelo a Bezdechovsky y a Reynevan, depositó sobre la mesa una brazada de libros—. *Turba philosophorum* o, lo que es lo mismo, la traducción de Mushaf al-gama-a. *Sirr al-asrar*, el *Secretum secretorum* en el original, si tuvierais problemas con el árabe, pedidle ayuda a Teggendorf. Epístola de dosibus tyriacalibus de Amaldo de Vilanova. Y un mirlo blanco: *Questiones de tyriaca* de Guglielmo de Corvi. Qué curioso, ¿para qué queréis estas dos últimas obras? ¿Tenéis intención de envenenar a alguien o qué?

—Aquí —Jan Bezdechovsky de Bezdechov levantó un frasco con un líquido verdoso iridiscente— está tu veneno, Reinmar.

Reynevan no dijo nada, estaba pálido. Bezdechovsky apartó el frasco, se rascó la nariz amoratada.

—Tu objetivo, según afirmas —siguió diciendo—, consume habitualmente oro líquido, *aurum potabile*. Por eso mismo es totalmente inmune a todos los venenos y toxinas conocidos en su forma básica. De ahí que sea imprescindible recurrir a algún *compositum*, un veneno combinado de alta graduación.

»El *aurum potabile* como tal no reacciona con nada. De todos modos hay que partir de la base de que quienes toman *aurum* consumen igualmente otros específicos, y esto lo hacen con el fin de preservar el balance orgánico, el equilibrio somático y la supresión de los efectos secundarios. Entre esa clase de específicos están las *confectiones magnae*, las *confectiones opiatae*, ciertos panacea como, por ejemplo, *Hiera*, y algunas *athanasía*, como *Theriak*.

»Nuestro *compositum*, un *magisterium* alquímico debido a Edlinger Brehm, contiene *aquafortis insípida* en calidad de *menstruum*. En cuanto a los *Simplicia* utilizados, por si te interesa, se incluyen entre otros el narciso de otoño, *Colchicum autumnale*, y el matababras, *Daphne mezereum*. Nada especial y nada nuevo, con el narciso de otoño, como puede deducirse de su nombre latino, ya envenenaba Medea en la Cólquide. Lo más novedoso que hay en nuestro compuesto... y lo más mortífero... es la bufotenina. Un extracto elaborado mágicamente a partir de sustancias activas presentes en las secreciones glandulares de los sapos. —Bezdechovsky echó mano de la frasca, se sirvió—. Una vez que le apliques el veneno, tu objetivo desarrollará al cabo de un rato una serie de síntomas que acompañan a la reacción negativa al *aurum potabile*. Como de costumbre, recurrirá entonces al *panaceum*. Con el *panaceum* reaccionará el narciso de otoño, dándole cagalera. El remedio contra la cagalera reaccionará a su vez con el *mezereum*,

multiplicando los síntomas y elevando notablemente la temperatura corporal. Entonces el objetivo en cuestión se administrará Hiera o Theriak, y con el producto resultante de todo esto será con lo que reaccionará violentamente la bufotenina.

—¿La muerte sobrevendrá rápidamente? ¿Será indolora?

—Todo lo contrario.

—Eso está bien. Mil gracias, maestro.

—No me las des. —El reverendissimus doctor le dio un buen tiento a la jarra—. Ve y envenena a ese hijo de puta.

La gente incluso se detenía, se daba la vuelta, se quedaba mirando pasmada, con la boca abierta, murmuraba, señalaba con el dedo. Y había qué señalar, había de qué pasmarse. Se diría que la leyenda, la fábula, la épica caballerescas, habían cobrado vida y estaban de visita en Wroclaw, en la populosa calle del Castillo. Y es que por el centro de la calle, en el pasillo que dejaban los vratislavienses, marchaba dando pasos de bañe un precioso semental bayo oscuro, ataviado con una gualdrapa blanca como la nieve y con el cuello enjaezado con una guirnalda de flores. Un joven caballero con un jubón negro y plata y un birrete de terciopelo con plumas montaba el semental. El caballero llevaba sentada delante de él, en el arzón, a una preciosa doncella, que parecía una estampa con su cotehardie blanco y su corona de flores en los cabellos rubios, abundantes y alborotados como los de una ninfa silvestre. La doncella abrazaba al caballero y le recompensaba con una mirada ardiente y llena de amor, y cada cierto tiempo con un beso no menos ardiente. El caballo pateaba el suelo, dando unos golpes rítmicos con las herraduras, la gente lo observaba con admiración. Cualquiera habría dicho que había llegado a Wroclaw procedente de las estrofas de un romance, de la letra de una canción trovadoresca, del relato de un bardo. Mirad, murmuraban los vratislavienses, Lohengrin conduciendo a Elsa de Brabante, Erec llevando en el arzón a Enide, ahí tenéis a Alcasín abrazado a su Nicoletta, ahí están Flores y Blancaflor. Ahí están, fijaos, Yvain y la Dama de la Fuente, Garet y Lionessa, Valtario y Hildegunda, ahí está el mismísimo Parsifal con su Condwiramurs.

—Nos están mirando. —Parsifal von Rachenau despegó la boca de la boca de su prometida—. No hacen más que miramos...

—Pues que miren. —Ofka von Baruth, muy pronto Von Rachenau, cambió de postura en el arzón, miró con cariño a los ojos de su amado—. Tú te has comprometido.

En efecto, Parsifal von Rachenau se había comprometido. De modo que, una vez concluida la ceremonia oficial de esponsales, habían dejado con vino y cerveza a los padres de ambos, Tristram von Rachenau y Enrique Baruth, y a las madres, Roswitha von Baruth y Berchta Rachenau, soñando con los futuros nietos. Y el novio, Parsifal, cumplió la promesa que le había hecho a la novia. Que consistía en pasearla románticamente por todo Wroclaw. Desde la plaza del mercado hasta la catedral y

vuelta. Montada en el arzón. En un castellano bayo oscuro, regalo de Dzierzka de Wirsing.

Los ciudadanos de Wroclaw no salían de su asombro. Las herraduras golpeaban tablones y traviesas, los enamorados entraron en el puente de la Arena. Los viandantes se apartaban a su paso. De repente Ofka suspiró ruidosamente, clavó las uñas en los hombros de Parsifal.

—¿Qué te ha pasado? ¿Ofka?

—He visto... —Ofka tragó saliva—. Me ha parecido ver... A una conocida...

—¿A una conocida? ¿A quién? ¿Quieres que dé la vuelta?

Ofka volvió a tragar saliva, negó con la cabeza, ruborizándose sin darse cuenta. Mejor que no, pensó. Mejor no remover el pasado, mejor borrarlo, quitárselo de la cabeza. Aquella tarde en la cumbre del Radunia. Mejor que el amado no supiera que había sido cosa de magia blanca, que la magia los había unido, que merced a los conjuros se habían vencido los obstáculos y ya estaban juntos para siempre, pues lo que Dios había unido no se podía separar.

Me gustaría saber, pensó de pronto Ofka, si a ellas también les ha ido bien, si la magia les ha sido igual de propicia. A Elencza... y a Electra. A Electra, cuyo rostro he visto hace un momento entre la muchedumbre.

—Apenas nos conocíamos —explicó, tratando de aparentar indiferencia—. Se llamaba Electra...

—Hay que ver qué padres —dijo Parsifal—, mira que llamar así a una hija. Dirás que es un prejuicio, pero a mí me daría miedo que el nombre resultara profético y que influyera en el destino del vástago.

—¿A qué te refieres?

—Electra era la hija de Agamenón, rey de Micenas. Adoraba a su padre. Cuando lo asesinaron, enloqueció de odio y deseos de venganza. Se vengó, pero perdió el juicio. Yo no le pondría ese nombre a mi hija.

—Yo tampoco. —Ofka se abrazó a su prometido—. A nuestra hija la llamaremos Beata.

La campana de Nuestra Señora en la Arena anunció la hora sexta. Reynevan se abrió paso entre la multitud, protegiendo con mucho cuidado el frasco con el *compositum* venenoso que llevaba oculto entre las ropas. Estaba decidido. Iba buscando la ocasión. Hacía mucho tiempo que buscaba la ocasión.

Protegido por Kuczera von Hunt y sus hombres, Treparriscos caminaba por el centro del puente de la Arena, saludando con la mano en alto a los ciudadanos que se arremolinaban en torno suyo. Una gruesa cadena de oro, símbolo de autoridad, ornaba su caftán. Treparriscos tenía autoridad. El obispo Conrado había delegado en él la gobernación secular de toda Silesia, lo había nombrado Oberlandeshauptmann, administrador, estarosta y autócrata de Wroclaw, elevándolo por encima de la

corporación municipal y de los magistrados. Así pues, Birkart Grelle se había convertido en el hombre más poderoso de Silesia por detrás del obispo. Y contando con la aprobación y la alegría de todo el mundo. Sin embargo, aún seguía la guerra encarnizada con los husitas, Niemcza y Otmuchów aún estaban en manos husitas, aún inquietaban las tierras de Silesia bandas de merodeadores husitas y de caballeros de rapiña, aliados suyos. El pueblo quería un poder fuerte y resolutivo, concentrado en una sola mano firme. Se requería un hombre providencial, un guía y defensor. Los vratislavienses confiaban en su defensor, tenían fe en que él los protegería, los ampararía, los sacaría de la mina, los enriquecería y los haría felices. Tenían fe en él, y lo miraban con arrobamiento, como quien mira un icono.

—¡Salvador!

—¡Nuestro amparo!

—¡Benefactor!

Arrojaban flores a los pies de Treparriscos. Las madres tendían sus niños hacia él para que les diera su bendición. Los aprendices se postraban de rodillas. La chusma se arrojaba a sus pies, de donde era presta y diligentemente echada a patadas por los hombres de Hunt.

—¡Tómanos bajo tu protección!

—¡Sé nuestro salvador!

—¡Guíanos, guía!

Detrás de Treparriscos marchaba al trote cochineramente el padre Feliciano Gwisdek, ahora Von Gwisdendorff, elevado por el obispo, en pago a su lealtad y sus méritos, a la dignidad y las prebendas de canónigo de la colegiata de la Santa Cruz. El padre Feliciano sonrió a la muchedumbre, la bendijo y empezó a soñar. Con que pronto él marcharía delante, y Treparriscos detrás. Kuczera von Hunt también sonreía, apretando los dientes, mientras apartaba a los importunos.

—Consideraremos todos esos asuntos —prometía Treparriscos con una sonrisa, quitándose de encima las peticiones y ruegos que se le hacían—. Los consideraremos con todo detenimiento... ¡Castigaremos a los culpables! ¡Se impondrá la ley! ¡Y la justicia!

Fuera —siseaba Kuczera a los peticionarios—. Fuera, si no queréis que os eche a patadas...

—Se acerca un siglo de oro para Wroclaw... —Treparriscos le acarició la cabeza a una de tantas muchachas con un ramo de flores—. ¡Un siglo de oro! ¡Después de derrotar a nuestros enemigos!

»¡Pero la lucha aún no ha terminado! —proclamó a voz en grito—. ¡Aún no hemos rematado a la serpiente! Tenéis que estar dispuestos a sacrificios y renunciaciones...

Se interrumpió, viendo a la muchacha rubia que estaba detenida muy cerca de él. Su cara le recordaba a alguien. De un modo inquietante. Su cara, pensó, es más vieja que ella misma.

Alargó la mano para impartir su bendición. Algo le hizo retirarla.

—¿Te conozco?

—Soy Sybilla de Bielau —dijo la chica con voz sonora—. La hija de Peter, llamado Peterlin. Muere, asesino.

Ocurrió muy rápido. Tan rápido que Kuczera von Hunt reaccionó tarde. No tuvo tiempo ni de apartar a Treparriscos de un empujón ni de detener a la muchacha. Esta se sacó de la capa un corto pistolete «traidor» de Praga y desde una distancia de medio paso disparó a Treparriscos en todo el pecho.

Todo quedó oculto en una espesa humareda, en la que la muchacha se desvaneció como un espíritu. Como un espectro. Como un súcubo.

La multitud se apartó con un grito, echó a correr, se dispersó. Permitiendo que Reynevan pudiera ver.

Vio cómo Treparriscos, alcanzado por el disparo, se tambaleaba pero no llegaba a caer. Cómo se miraba el pecho cubierto de hollín y de sangre, los eslabones de la cadena de oro que la bala le había incrustado en el pecho. Cómo rompía a reír salvajemente.

—Atrapadla... —gimió, tratando de tomar aliento—. Cogedla... Le voy a arrancar la piel a tiras a esa zorra...

—¡Estáis herido!

—No es nada... Esto no es nada para mí... Se necesita mucho más para hacerme daño... Una bala corriente es muy poca co...

Se interrumpió, se atragantó, los ojos se le salieron de las órbitas. Con un acceso violento de tos echó por la boca un líquido negro sanguinolento. Chilló, gritó, bramó. Comprendió. También Kuczera comprendió. Comprendió Feliciano, encogido en el suelo. Comprendió Reynevan, que lo había visto todo.

No había sido una bala corriente.

Treparriscos gritó. Y graznó, pero antes de que se oyera el graznido, ante la vista de todo el mundo se había vuelto un pájaro negro. El pájaro aleteó pesadamente, se elevó, voló, derramando gotas de sangre, por encima del Oder, en dirección a la isla de la Catedral. No llegó muy lejos. Todos pudieron ver cómo, por encima del río, el pájaro se transformaba, entre chillidos y graznidos macabros, en una colosal y aberrante criatura paseriforme, que iba perdiendo sangre, al tiempo que sacudía las patas y agitaba las alas. La metamorfosis se consumó a la vista de todos: el monstruo se precipitó a las aguas grises del Oder convertido ya en un hombre. En un hombre agonizante con una cadena de oro en el pecho.

Las aguas se cerraron sobre el cadáver. Quedó una espuma sanguinolenta, que se llevó la corriente.

El cadáver de Treparriscos se detuvo en la tajamar del Puente Largo, enredado en unas ramas traídas por las aguas. Aguantó allí flotando una hora larga, boca abajo, mecido por la corriente. Finalmente siguió su recorrido: las aguas lo arrastraron a lo

largo de los molinos, hasta unos meandros arenosos, donde encalló repetidamente en los bajíos. Después se lo llevó una corriente más fuerte, acercándolo nuevamente a la orilla izquierda, a las Tenerías, donde vertían las pestilentes aguas de los talleres de los curtidores. Girando en los remolinos, llegó hasta el aliviadero de Sokolniki, el agua lo empujó al otro lado de la presa. Pasada una isla, en una poza, un gigantesco siluro del Oder fijó su atención en aquel ahogado que daba vueltas en los remolinos. Pero el cadáver estaba todavía demasiado fresco para arrancarle pedazos de carne, el enorme pez, a base de tironear de los restos, solo consiguió darles la vuelta. De modo que, cuando Treparriscos llegó flotando a las ciénagas de Szczepin, iba rodeado de charranes. A Bytyn llegó ya sin ojos, con dos agujeros sanguinolentos en el rostro.

En Popowice los pastores que estaban dando de beber a las vacas se lo señalaban unos a otros con el dedo.

Caía la tarde cuando llegó flotando a los altos de Kleczków. A un espolón reforzado con fajinas.

En el espolón había un pescador con un sombrero de paja, provisto de una caña de avellano. Estuvo unos momentos observando al ahogado que daba vueltas en las corrientes enfrentadas. Observando su pelo negro, que ondeaba en el agua como una anémona. Su cara de pájaro y su nariz de pájaro...

—¡Por fin! —El pescador se puso en pie de un salto—. ¡Por fin! ¡Gloria a los filósofos!

»¡Te ha traído la corriente, Birkart von Grelleort! —exclamó Wendel Domarasc, bailando como un loco y agitando las manos—. ¡Cuánto tiempo he esperado, pacientemente, sí, cuánto tiempo he esperado a la orilla del río! ¡Hasta que por fin te ha traído el Óder! ¡Oh, qué contento estoy de poder verte!

El cadáver se alejó del espolón, dio la vuelta, lo arrastró la corriente. El viejo espía husita le dijo adiós con la mano.

—¡Saluda al Báltico de mi parte!

Y este podría ser el final del relato. Completum est quod dixi de Operatione Solis.

Finís coronat opus. He terminado. Y he trabajado de lo lindo. Explicit hoc totum, y tú, amable muchacha, *infunde mihi potum!* ¡Echa, echa! Beberé para el camino una jarra de cerveza de Swidnica. O dos.

Quedad con Dios, nobles y buenos señores. Que la Providencia os libre en el camino de desgracias y desventuras. No, no, ya lo he dicho, el final es el final, no voy a seguir contando. Pues a la alta fantasía faltan fuerzas.

*A la alta fantasía faltan fuerzas^[100];
mas ya mi voluntad y mi deseo
giraban como ruedas que impulsaba
amor que mueve el sol y otras estrellas.
L'amor che move il solé e l'áltre stelle...*

Es asombroso cómo me sigue este Dante...

Se acabó la charla. Pues, aunque dice sabiamente el Eclesiastés que la escritura de muchos libros no tiene fin, el caso es que hay que terminar. No hay más remedio.

Por mi parte ya va siendo hora. Hay un largo camino hasta Constantinopla, y me gustaría contemplar antes de Adviento las velas en el mar de Mármara, el Cuerno de Oro y el Bosforo.

Quiero ver mi sueño. Antes de que se pierda sin remedio.

¡Salud a todos! Y para despedirme... En verdad os digo, a cada uno en persona: acordaos del Eclesiastés. *Primo: omnia vanitas*, todo es vanidad. *Secundo*: habiendo oído todo esto, sed temerosos de Dios y cumplid sus mandamientos, ¡pues ahí está todo el hombre!

Porque Dios traerá toda obra a juicio^[101], juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala.

Sea buena o sea mala.

Capítulo vigésimocuarto

Que es el comienzo.

Elencza, que había oído el ruido de unos cascos y unos relinchos en el patio, estaba segura de que era Dzierzka, que había regresado antes de lo previsto de su visita a los Rachenau, sus vecinos. Salió a la puerta sin soltarse el delantal. Al ver al jinete la inundó una oleada de calor. Las piernas se negaban a obedecerla, y empezaron a temblarle las manos.

—Salud —dijo Reynevan—. Salud, Elencza.

Elencza no estaba en condiciones de pronunciar una palabra. Se limitó a inclinar la cabeza.

Reynevan desmontó.

Se acercó.

Y la abrazó. Ella tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para reprimir el llanto. No totalmente, y no hasta el final.

El cielo se había oscurecido por el este y anunciaba tormenta. Pero allí, por encima de ellos, sobre Skalka, el sol se abrió paso entre las nubes, inundando el mundo con una columna de luz. Reynevan miró a lo alto.

—Dulce es la luz —dijo—. Y bueno para los ojos ver el sol.

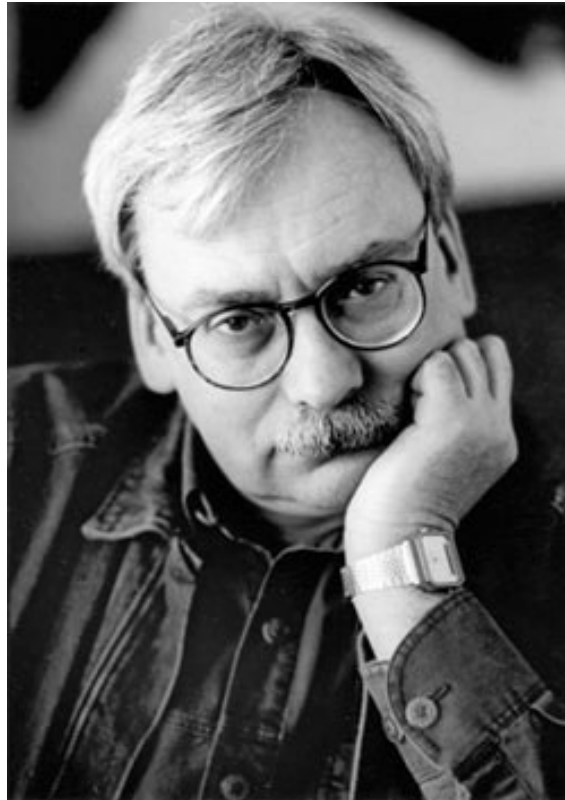
Tenía el semblante cambiado. Muy cambiado. Era otro. Elencza lo constató con una mezcla de inquietud y de alivio.

—Bienvenido... —Se aclaró la garganta, se sonó la nariz—. Bienvenido a Skalka... ¿Vas a estar aquí... mucho tiempo?

Reynevan la miró. Calló. Largamente. Tanto que ella ya empezaba a dudar de que fuera a responder. Pero respondió.

—Quizá me quede.

FIN DEL TERCER Y ÚLTIMO TOMO



Andrzej Sapkowski

Escritor polaco de fantasía heroica. Sus obras están fuertemente influenciadas por la cultura eslava y las narraciones tradicionales. Su estilo de escritura es fluido y directo adaptando el lenguaje popular de la Polonia actual. Entre sus obras más populares se encuentra la saga del brujo Geralt de Rivia, compuesta por siete volúmenes. Su primera historia, El Brujo ("Wiedźmin" en polaco), fue publicada en la revista *Fantastyka* en 1986 consiguiendo un gran éxito ante el público y la crítica, y constituyendo el inicio de la saga de Geralt. Estas novelas le convirtieron en el autor polaco de mayor número de ventas en los años 1990. La saga de Geralt ha sido llevada al cine (*Wiedźmin*, dirigida por Marek Brodzki, 2001), a la televisión, aunque con poco éxito, y al mundo de los videojuegos (*The Witcher*, *The Witcher 2: Assassins of Kings*) con un gran éxito de crítica, ventas y afición. Sapkowski ha ganado cinco premios *Zajdel* por las historias cortas: *El mal menor* (*Mniejsze zło*) (1990), *La espada del destino* (*Miecz przeznaczenia*) (1992) (ambas publicadas conjuntamente en la colección de historias titulada *La espada del destino*) y las novelas *W leju po bombie* (1993), *La sangre de los elfos* (*Krew elfów*) (1994) y *Narrenturm* (2002). Esta última constituye el inicio de una serie de novelas de fantasía heroica ambientada en las Guerras Husitas del siglo XV..

Notas

[1] *Lacrimosa dies illa...*: Según la leyenda, el himno fúnebre *Dies irae* lo compuso e interpretó un reo camino del patíbulo. La muchedumbre empezó a llorar de tal manera y el verdugo se conmovió hasta tal punto que no hubo más remedio que suspender la ejecución. En realidad, su autor es Tomás de Celano, un franciscano del siglo XIII.

*Día de lágrimas será aquel
en que se levantará del polvo
el hombre culpable para ser juzgado
A ese, pues, perdónalo, Dios. <<*

[2] *Vitáme vas, bratri!*: «¡Salud, hermanos!», en checo. [N. del T.] <<

[3] *Felcar*: «Practicante, cirujano», en checo. [N. del T.] <<

[4] *El bastardo de Orleans*: El conde Jean Dunois, uno de los cabecillas más renombrados en la Guerra de los Cien Años, era efectivamente un hijo ilegítimo. Luis de Orleans, hermano de Carlos VI, rey de Francia, lo había engendrado en el curso de una relación extramatrimonial con Margarita de Enghien. Una divertida anécdota relativa a esos amoríos nos la cuenta Brantôme en su *Vida de las damas galantes*, adonde remito a quienes estén interesados en el anecdotario histórico y erótico. <<

[5] *Les mostraban dos dedos*: Al parecer, el gesto de los dos dedos se adoptó en la Guerra de los Cien Años porque los vengativos franceses les cortaban a los arqueros ingleses que caían prisioneros dos dedos, el índice y el corazón, para que no pudieran volver a tensar la cuerda del arco. Por eso, los arqueros, siempre que tenían ocasión, les hacían ver a los franceses que conservaban esos dedos y que pensaban seguir usándolos contra ellos. El gesto ha perdurado hasta nuestros días, si bien los dos dedos han sido sustituidos por un solo dedo, el corazón, y el contexto de la arquería ha dado paso a otro mucho más grosero. <<

[6] *Adsumus peccati quidem immanitate detenti...*: Invocación al Espíritu Santo, obra de San Isidoro de Sevilla. «Estamos aquí, oprimidos por la enormidad de nuestro pecado... Pero reunidos de un modo especial en tu nombre». <<

[7] *Veni ad nos...*: «Ven a nosotros... Dígnate penetrar en nuestros corazones». <<

[8] *Omnis* sacerdote, *avaritia*: Es cita —en el original: *Omnis ksiadz avaritia*— de la «Sátira décima», del libro *Satyry albo Przestrogi [Sátiras o advertencias]*, del poeta Krzysztof Opalinski (1611-1655). En las obras barrocas polacas abundan los latinismos y macarronismos. [N. del T.] <<

[9] *Syriam ab Oriente...*: Isaías, 9, 12. [N. del T.] <<

[10] *Tosme su vprdeli...*: «Entonces, vamos de culo», en checo. <<

[11] *Florentibus occidit annis*: «Murió en la flor de la edad». <<

[12] *Pues Keperov*: La aldea —Koprivná en la actualidad— tenía en aquellos tiempos el nombre de Geppersdorf (por su fundador). No creo que ni el pastor ni los demás lugareños moravos supieran ni quisieran pronunciarlo de ese modo. <<

[13] *Das ewig Weibliche*: «Lo eternamente femenino» (o «el eterno femenino»). La expresión aparece en Fausto, II, de Johann Wolfgang von Goethe. [N. del T.] <<

[14] *Tri ved na svete...*: «Tres cosas en el mundo / curan cualquier herida: / ¡el vinillo, una doncella / y una bolsa llena!»; versos tomados de las *Ceské krakovácku* [*Cracovianas checas*], de Josef Jaroslav Langer (1806- 1846). [N. del T.] <<

[15] *Ze zeme jsem na zemprisel...*: «De la tierra he llegado a la tierra, / en la tierra he recobrado la razón, / sobre ella camino como un señor, / en ella seré enterrado»; versos de la canción popular *checa Osud lidsky* [El destino humano], recogida en la obra *Prostonárodní české písne a říkadla* [Canciones y proverbios populares checos], de Karel Jaromír Erben (1811-1870). [N. del T.] <<

[16] *San Ireneo [...] afirma del Anticristo...*: En este párrafo se parafrasea el estilo y las expresiones del padre jesuíta Piotr Skarga (1536-1612), uno de los más destacados representantes de la Contrarreforma en Polonia. <<

[17] *Su peso es de alrededor de un cuarto de lot:* El fiorino d'oro florentino pesaba 3,537 gramos, lo mismo que el ducado húngaro, muy extendido al norte de los Alpes.

<<

[18] *Benedicite, parcite nobis...*: Son palabras de un ritual cátaro: «Dadnos la bendición y protegednos... Dadnos la bendición. Que así sea según tu palabra». El diálogo que sigue, en occitano, se basa en pasajes del Nuevo Testamento (Marcos, 16, 15-16, y 1 Juan, 20, 17): «—¿El que crea se salvará? —Pero el que no crea se condenará. —¿El que hace la voluntad de Dios? —Ese perdurará». <<

[19] *Los Alumbados*: En español en el original. [N. del T.] <<

[20] *Stadtluft macht frei*: «El aire de la ciudad hace libre». [N. del T.] <<

[21] *Benedictus qui venis!*: Dante, Purgatorio, canto XXX. <<

[22] *Quare [...] inquietasti me?*: 1 Samuel, 28, 15. El espíritu de Samuel pregunta a Saúl: «¿Por qué me has inquietado haciéndome venir?». <<

[23] *Erit vobis visio omnium sicut verba libri signati*: Isaías, 29, 11. «Y os será toda visión como palabras de libro sellado». <<

[24] *Tengo, hermano, un adivino a mi servicio...*: Las profecías se vieron cumplidas. El 29 de mayo de 1460, cuando Bolko V Woloszek, duque de Opole, entregó su alma al Señor, los franciscanos lo enterraron en su amado Glogówek, en la cripta de la colegiata de San Bartolomé. Los monjes celebraron con gran pompa las honras fúnebres, a pesar del anatema que seguía pesando sobre el duque. Y es que hasta el momento mismo de su muerte Woloszek no restituyó ninguno de los bienes eclesiásticos de los que se había apoderado.

En cuanto a los asuntos por los que Woloszek estuvo a punto de hacer descuartizar al adivino, probablemente se refería a la muerte de su hijo, a raíz de la cual el duque cayó en una profunda y prolongada depresión. <<

[25] *Advenisti desiderabilis*: Segunda parte de la antífona *Cum rex gloriae*, cantada durante la procesión de la Resurrección. <<

[26] *Quicquid nix celat, solis calor omne revelat*: «Todo lo que cubre la nieve, lo descubre el calor del sol». <<

[27] *No, en la revuelta no. En la confederación:* En la tradición política polaca, una «confederación» (*konfederacja*) era una agrupación temporal de miembros de la nobleza (o, eventualmente, de otros estamentos sociales) constituida expresamente para la consecución de un fin; la formación de una confederación se traducía habitualmente en la movilización militar de sus miembros en respuesta a los abusos de la autoridad. [N. del T.] <<

[28] *Escudo, refugio, santuario de nuestra dorada libertad...*: Paráfrasis de la obra *Observaciones sobre la historia de Polonia*, de Joachim Lelewel (1786-1861). Sabias observaciones, añadimos. <<

[29] *Ya verás cómo todavía bebemos por el casamiento de Agnieszka y Schlick:* Las previsiones del obispo eran acertadas. En 1437, María Agnieszka Kantner contrajo matrimonio con Kaspar Schlik, que realizó una fulgurante carrera. Las intrigas matrimoniales del Luxemburgo son invenciones literarias mías. El vínculo entre la Piasta y Kaspar, aunque típicamente político, fue muy feliz y dio como fruto numerosos pequeños Schlick.

De los otros matrimonios imaginados por mí, ninguno se llevó a cabo. El hijo de Kantner, Conrado IX el Negro, no se casó con Barbara Hohenzollem: la duquesa Margarita de Mazovia fue quien se convirtió en su esposa. El marido de Barbara Hohenzollem (cuya presunta gordura es pura invención) fue Luigi III Gonzaga, marqués de Mantua. La hija menor de Kantner, Anna, se casó con Ladislao I, duque de Mazovia. En cuanto al rey de Polonia, Ladislao, más tarde llamado Wamenczyk, falleció en la célebre batalla de Varna sin que le hubiera dado tiempo a cambiar de estado civil... <<

[30] *Ambicioso, incluso algo por encima de la media, apuntaba para obispo:* , por lo menos: Andrzej de Bnin, del clan de Lodzia, se convirtió en obispo de Poznan en 1438, cargo que desempeñó hasta su muerte en 1479. <<

[31] *Si vitam inspicias hominum...*: «Si observas la vida y las costumbres de los hombres que siempre están culpando a otros, verás que nadie está libre de culpas» (*Disticha Catonis, Líber I*). <<

[32] *Nolo putes pravos homines peccata lucrari...*: «No creas que un mortal culpable de injusticia va a sacar provecho de su pecado; aunque oculte por un tiempo su pecado, con el tiempo saldrá a la luz» (*Disticha Catonis, Líber II*). <<

[33] *Spes una hominem nec morte relinquit*: «La esperanza es la única cosa que no abandona al hombre ni en la hora de la muerte» (*Ibídem*). <<

[34] *Christus resurgens ex mortuis...*: Himno de resurrección, basado en la Epístola a los Romanos, 6, 9.

Habiendo resucitado de entre los muertos

Cristo ya no morirá:

la muerte no tiene poder sobre él.

Aquel que ha muerto para el pecado,

ha muerto sólo una vez;

el que vive, vive para Dios.

¡Aleluya! <<

[35] *Los buenos uniatas*: Se trata de un evidente anacronismo. Aunque ya en el concilio de Basilea-Florenia (1431-1445) se aprobó la unión de las Iglesias católica y ortodoxa, esta unión eclesiástica tuvo, en la práctica, muy escasas consecuencias, y no fue hasta 1596 cuando, en virtud de la Unión de Brest, se formó la Iglesia greco-católica rutena (los llamados «uniatas»), de rito oriental aunque de obediencia romana. [N. del T.] <<

[36] *Boyardo mesnadero*: En el gran ducado de Lituania, boyardo (miembro de la nobleza eslava oriental) sin recursos que estaba al servicio de un señor poderoso, desempeñando funciones de recaudador de tributos o de emisario. <<

[37] *Baszom az anyát!...*: Fedko de Ostrog combina en sus maldiciones los tacos en húngaro, ruso y checo. [N. del T.] <<

[38] *¡El Anticristo se ha revelado!...*: El sermón del agitador es un cóctel de Martín Lutero, los artículos de Esmalcalda y otros manifiestos de la Reforma, adornados con citas bíblicas del Apocalipsis, la Segunda Epístola a los Tesalonicenses y la Segunda Epístola de San Pedro. <<

[39] *Estás buscando dónde llevo cosido el Judenfleck*: Únicamente los judíos de sexo masculino estaban obligados a llevar cosido en la ropa el *Judenfleck*, el distintivo amarillo, mientras que a la judías la ley les imponía el uso del pañuelo a rayas. Ocurre que Rixa estaba tan acostumbrada a vestir ropas de hombre que se olvida de esa circunstancia. <<

[40] *Mi antepasado Leví...*: Todas las «plagas» atribuidas a las sucesivas generaciones de Israel las enumera detalladamente Joshua Trachtenberg en su obra *The Devil and the Jews* [*El diablo y los judíos*] (1943). <<

[41] *Vuestros padres, en 1420, ya les dieron una lección a esos judezuelos...: Altero un poco los hechos históricos por las necesidades de la fábula. En realidad, a los judíos de Jawor no se limitaron a darles una lección en 1420, sino que los expulsaron de la ciudad. <<*

[42] *Ha venido una nutrida chewra de Magdeburgo*: El término hebreo *chewra* designa a un grupo, compañía, banda de malhechores. <<

[43] *Baruj Ata Hashem, Eloheinu. [...] Melej ha olam, bori meori haesh!*: «Bendito seas, Señor, Dios nuestro, Rey del Mundo, Creador de las luces del fuego». <<

[44] *Emet, emet, emunah*: «¡Verdad, verdad y fé!» <<

[45] *Shiksa*: Término de origen yidish con el que denominan en algunas comunidades judías a las mujeres y muchachas gentiles. También lo emplean los judíos ortodoxos para referirse a las mujeres judías que no observan los preceptos religiosos con todo rigor. [N. del T.] <<

[46] *Yehe sh'meh raba mevaraj l'alam ul'almey almayya*: «Bendito sea su gran nombre por los siglos de los siglos» (Kadish del doliente; oración en arameo). <<

[47] *El título ha sido sustituido por el de Necronomicón* Para los menos familiarizados con la obra de H.P. Lovecraft (y con su talento para la imaginación): *Al Azif*, manual árabe de la más terrible magia negra, fue traducido al griego por Theodorus Philetas de Constantinopla. Al traductor se debe también el título con el que se ha hecho famosa la obra: *Necronomicón*. El año 1228 el alquimista danés Ole Worm (Olaus Wormius) realizó una traducción del griego al latín. Sobre ambas traducciones el Papa Gregorio IX lanzó un anatema en 1232. El *Necronomicón* latino fue imprimido dos veces: en Alemania (en el siglo XV) y en España (en el siglo XVI). El original árabe desapareció sin dejar rastro. <<

[48] *El amuleto Viendo*: el nombre del amuleto figura en español en el original. [N. del T.] <<

[49] *Los toques de shofar con ocasión del Rosh Hashaná*: El *shofar* es un instrumento musical, fabricado con el cuerno de un animal puro (carnero, cabra, antílope, gacela...), que se emplea en distintas festividades solemnes judías, como el Rosh Hashaná (el Año Nuevo judío). [N. del T.] <<

[50] *Uvene Yerushálayim ir hakodesh bimhera veyamenul*: «Reconstruye Jerusalén, la ciudad sagrada, deprisa y en nuestros días». <<

[51] *¡Viendo, no vean!*: En español en el original. Es cita de Lucas, 8, 10. <<

[52] *Es un pistolete de Praga, conocido popularmente como el «arcabuz traidor»:* Estoy acelerando un tanto el ritmo del desarrollo armamentístico. Las armas cortas «traicioneras», es decir, aquellas que se llevaban ocultas (colgando del cinto, por debajo de la capa), se convirtieron en un problema en Praga algo más tarde, a partir del año 1500. En los Antiguos anales checos se reproduce el contenido de la sentencia de un magistrado en la que se impone una multa al portador de una de estas armas (Pokud se tyka rucnic, mají s nimi chodit jenpoblíz sychpozemku, ále at nedelají skody na rybníách a nestrílejí divoké kachny ani zver; ale ty zdrádné rucnice, které se tei velice rozmohly, budou zakázány pod pokutou...). <<

[53] *Te llamas Peter Preischwitz, escribano municipal de Bautzen*: Tres meses más tarde, en septiembre de 1429, el Tabor realizó una nueva incursión en Lausacia. Los husitas que sitiaban Bautzen contaron con la ayuda de su espía, el escribano municipal Peter Preischwitz, que realizaba tareas de sabotaje interno. Fue detenido y sometido a tortura, confesó y delató a sus colaboradores. Bautzen rechazó el ataque y concertó con Procopio el Rasurado una tregua de medio año. En esas condiciones Procopio habría podido intentar la liberación y la entrega de su agente. No lo hizo, y Preischwitz fue ajusticiado el 3 de febrero de 1430. Moraleja: los espías siempre van de culo. <<

[54] *Ochocientos gúldenes renanos*: El gulden o florín renano (*rheinischer Gulden, florenus Rheni*) se acuñaba en Colonia, Tréveris y Maguncia. Fue el emperador Carlos IV quien otorgó a estas ciudades ese privilegio merced al apoyo que le prestaron en su elección. El gulden renano contenía menos oro que el ducado húngaro, y pesaba algo más de tres gramos. <<

[55] *Si paga, le respetaré:* A este respecto las fuentes históricas llevan a la confusión, el asunto dista de estar claro. Y es que los historiadores aseguran inequívocamente que el duque Juan de Zagan pagó a los husitas un rescate de seiscientos gúldenes. Pero esas mismas fuentes coinciden en afirmar que los husitas atacaron Zagan y causaron una enorme destrucción: fue devastado, entre otros lugares, el monasterio de los agustinos y su incomparable biblioteca. Para ser mínimamente fiel a la ciencia, he dispuesto que Jakub Kromesín reclamara un rescate que ascendía a una suma de ochocientos gúldenes renanos. Es decir: Juan de Zagan intentó regatear, tratando de reducir el importe del rescate, pero entre tanto los husitas se dedicaron a causar destrozos. <<

[56] *Nox ruit et fiiscis tellurem amplectitur alis*: Virgilio, Eneida, III, 148. [N. del T.: La traducción española es de Javier de Echave-Sustaeta, publicada por Gredos.] <<

[57] *Más aún, estando bloqueados por el río. [...] Eso supone una amenaza de catástrofe:* Un año más tarde, en invierno de 1431, durante el regreso de una razia en Hungría, los Huérfanos de Jan Capek de Sány sufrieron una severa derrota y estuvieron muy cerca de ser aniquilados en una situación idéntica: intentando atravesar el río Váh. <<

[58] *Apage*: Se trata de un término griego («márchate, fuera de aquí») empleado en los rituales de exorcismo. [N. del T.] <<

[59] *Non nobis, sed nomini Tuo, Domine, da gloriam*: «No a nosotros, Señor, sino a tu nombre da la gloria», Salmo 115. <<

[60] *Comes facundus in via...*: El adagio completo reza: *Comes facundus in via, pro vehiculo est* (Publilio Sirio, Sentencias). Esto es: «Un compañero de viaje locuaz es como un carro» (en el sentido de que el camino resulta más agradable y se nos hace más corto). <<

[61] *Ben volria mon caválier...*: balada de la condesa Beatriz de Diá (siglos XII-XIII):

*Me gustaría tener a mi caballero
de noche desnudo en mis brazos,
y que él se sintiese dichoso
sólo con que yo le sirviese de almohada,
pues estoy de él más prendada
que Flores de Blancaflor,
y le confío mi corazón y mi amor,
¡mi razón, mis ojos y mi vida!*

La romántica historia de Flores y Blancaflor fue una de las narraciones amorosas más populares en la Europa de ese tiempo. <<

[62] *San Agustín nos enseña: Amore et act: Literalmente, San Agustín dice: Ama et quod vis fac. Esto es: «Ama, y haz lo que quieras». [N. del T.] <<*

[63] *Te daré el nombre de mi amada, tu amor es más dulce que el vino...*Nicolás de Cusa cita, con bastante libertad, distintos pasajes del Cantar de los Cantares. <<

[64] *Señor del burgo de Drachenstein. Pfleger local:* Un *pfleger* era un caballero a quien su señor le había atribuido funciones y obligaciones de jefe militar de la región sometida a él. Era responsable de la movilización de aquellos que estaban obligados a prestar servicio de armas cuando se constituían expediciones de guerra y de supervisar la organización de la defensa en caso de invasiones o de luchas intestinas.

<<

[65] *La tarifa por cruzar el puente es de tres grosches por caballo: Seguramente el Pflieger no tiene en mente los grosches de Praga, sino alguna moneda local de plata, de Sajonia, Ravensburg o el Palatinado, cuyo valor era tres veces inferior al del grosch de Praga. Con todo, se entrega a una intolerable extorsión: la tarifa que exige es equivalente al jornal de un obrero, con el cual se podía adquirir una fanega de avena o un par de gansos. <<*

[66] *Incontables cadáveres abarrotaban la ciudad*: En la matanza de Plauen, ocurrida el 25 de enero de 1430, no menos de mil personas hallaron la muerte. A ojo, y teniendo en cuenta la población con la que contaban entonces esas ciudades, mataron a más de la mitad de los habitantes. <<

[67] *Y el quinto ángel tocó la trompeta...*: Apocalipsis, 9, 1-2. [N. del T.] <<

[68] *Muchas mentiras burdas y enormes se dicen de los buenos cristianos bohemios...*: El discurso del emisario se basa libremente en un auténtico manifiesto husita, difundido por las tierras limítrofes en distintas versiones lingüísticas. Está tomado de: *Ewa Maleczynska, Ruch husycki w Czechach i w Polsce [El movimiento husita en Bohemia y Polonia]*, KiW, 1959. <<

[69] *Cerní Jezdci [...] Cerná Rota: «Los Jinetes Negros. La Compañía Negra», en checo. [N. del T.] <<*

[70] *Seulete sui et seulete vueil estre...*: Poema de Christine de Pisan (1364- c.1430).

*Solita estoy y solita quiero estar,
solita me ha dejado mi dulce amigo;
solita estoy, sin compañero ni señor,
solita estoy, doliente y agitada,
solita estoy... <<*

[71] *Adiungat Yersinia tibi pestilentiam!* : Una broma del autor: *Yersinia pestis* es el nombre científico de la bacteria de la peste, en homenaje a su descubridor, el médico suizo Alexandre Yersin (1863-1943). [N. del T.] <<

[72] *De Deu e de nos vos sian perdonatz...*: «Que os sean perdonados por Dios y por nosotros. Y reguemos a Dios que os los perdone». Son palabras de un ritual cátaro para los agonizantes. <<

[73] *Pater sancte, suscipe ancillam Tuam...* : «Padre santo, acoge a tu servidora en tu justicia y envía sobre ella tu gracia y tu Espíritu Santo». De ese mismo ritual cátaró.

<<

[74] *Esperábamos la luz, y hubo tinieblas...*: Isaías, 59, 9-10. [N. del T.] <<

[75] *Mors stupebit et natura...: de Dies irae.*

*La muerte y la Naturaleza se asombrarán,
cuando resucite la criatura*

para que responda ante su juez.

Aparecerá el libro escrito

en que se contiene todo

y con el que se juzgará al mundo.

Y si es el cebo el arte o la natura...: Dante, Divina Comedia, «Paraíso», XXVII. [N. del T.: La versión española, publicada por Cátedra, es de Luis Martínez de Merlo. <<

[76] *Amor condusse noi ad una morte*: Dante, *Divina Comedia*, «Infierno», V. <<

[77] *Sé como aquella torre que no tiembla...*: Dante, *Divina Comedia*, «Paraíso», V.
[N. del T.: La versión española es de Luis Martínez de Merlo.] <<

[78] *O luce eterna che sola in te sidi...: Dante, Divina Comedia, «Paraíso», XXXIII.*

<<

[79] *El Sol se volvió negro como un paño de crin: Apocalipsis, 6, 12. [N. del T.] <<*

[80] *Confutatis maledictis...: : otra estrofa de Dies irae.*

*Refutados los malditos,
arrojados a las llamas voraces,
hazme llamar entre los benditos. <<*

[81] *Agnus Dei qui tollit peccata mundi*: «Cordero de Dios que quita los pecados del mundo». Comienzo de una plegaria rezada durante la misa. <<

[82] *Réquiem aeternam dona ei...*: «Dale el descanso eterno, y que la luz perpetua luzca para ella. En la memoria eterna será justa, no tendrá temor de las malas noticias». <<

[83] *Ad te omnis veniet...*: «Vayan a ti todos los mortales». <<

[84] *Praesens malum auget boni perdit memoria...*: Pedro Damián, *Hymnus de gaudio paradisi*. <<

[85] *Castigaré a Bel en Babilonia...*: Jeremías, 51. [N. del T.] <<

[86] *Bogurodzica*: canto dedicado a la Virgen María (el título significa: «Madre de Dios») que adquirió en la Edad Media el carácter de himno patriótico polaco. Era cantado en las ceremonias de coronación de los reyes de Polonia, y hay noticia de que los caballeros polacos lo entonaron antes de la célebre batalla de Grunwald (julio de 1410) contra la Orden Teutónica. Aunque el manuscrito más antiguo que se conserva de *Bogurodzica* está fechado en 1407, su composición debió de ser muy anterior (probablemente, entre los siglos XII y XIV). [N. del T.] <<

[87] *Cualquier bandolero como el legendario Madej*: Madej es un bandolero polaco de leyenda. [N. del T.] <<

[88] *Jerzy Skirmunt, lituano, miembro de un linaje que muy recientemente había sido honrado con su incorporación al blasón polaco de Odrowaz: Sobre la base de las disposiciones de la llamada Unión de Horodlo, del 2 de octubre de 1413, la nobleza del reino de Polonia incorporó a sus propios clanes a los lituanos pertenecientes a las familias de boyardos. En el documento (según Karol Szajnoch) se establecía: «Por la presente asociamos y unimos nuestras casas, generaciones, clanes, blasones y cimera heráldicas con los de la nobleza toda y los boyardos de las tierras lituanas».* <<

[89] *¡Los hermanos eslavos! ¡Lech, Rus y Czech!:* De acuerdo con leyendas recogidas en crónicas latino-polacas medievales (empezando por la Crónica de la Gran Polonia, del siglo XIII), los hermanos Lech, Rus y Czech habrían sido los padres fundadores, respectivamente, de la nación polaca, rusa y checa. [N. del T.] <<

[90] *El huésped era Conrado, obispo de Wroclaw*: Como este ya es el último tomo, no está de más incluir en estas notas algunas informaciones sobre «lo que pasó después». Pues bien: Conrado Piasta, duque de Olesnica, fue obispo de Wroclaw durante veintinueve años. Falleció a la edad de sesenta y siete años en el castillo de Jelcz, el 9 de agosto de 1447. Dos días más tarde fue sepultado con gran pompa en la catedral de Wroclaw. Puede resultar interesante —en vista de la actitud decididamente antipolaca de Conrado— el hecho de que como sucesor suyo fuera elegido un polaco, Piotr Nowak de Niwnica, quien durante su gobierno se propuso mejorar las relaciones — muy deterioradas por culpa de Conrado— con la archidiócesis de Gniezno, de la que Wroclaw siempre había dependido eclesiásticamente. <<

[91] *Una fe inquebrantable, que ayuda al pueblo a salir a flote en cada diluvio...: Fue el primado Stefan Wyszynski (en su sermón del 23 de mayo de 1969) quien comparó el santuario de Jasna Góra con un barco que nunca se hunde, capaz de salir a flote en todos los diluvios históricos. <<*

[92] *Del terror que sus Huérfanos sembraron en la Nueva Marca y en Gdansk*: En el verano de 1433 Jagiello emprendió una guerra contra la Orden Teutónica. De acuerdo con la alianza concertada un año antes en Piabianice, junto a las tropas polacas irrumpieron en el territorio de la orden ocho mil Huérfanos bajo el mando de Jan Capek de Sány. Los huérfanos desataron el terror, especialmente entre las tropas mercenarias de los cruzados, integradas por bohemios: no tuvieron compasión de aquellos renegados que servían a los alemanes, «traidores a la lengua checa». Los propios caballeros teutónicos temían a los Huérfanos como al fuego.

Merece la pena mencionar que, cuando los Huérfanos de Capek marcharon contra Prusia, les prestó ayuda sostenida el duque Juan de Zagan, que de repente se había vuelto muy prochecho y muy propolaco. En cuanto a Rixa y su papel la historia no dice nada... Así son las cosas. <<

[93] *Por lo visto la mayoría ya no vive. Murieron antes de que se cumpliera un año del asalto al monasterio:* Dlugosz, en sus Anales, da noticia del final prematuro de los participantes en el asalto a la abadía de Jasna Góra. Pero la realidad fue distinta, los asaltantes históricos vivieron más tiempo, algunos considerablemente más. El príncipe Fiodor Ostrogski aún vivía en 1438, lo encontramos entre las tropas polacas durante la guerra de sucesión en Bohemia con Alberto de Austria. El destino ulterior del príncipe y la fecha de su muerte son desconocidos. Jan Kuropatwa de Lancuchów desempeñó distintos cargos, fue consejero del rey Casimiro Jagiellonczyk durante la Guerra de los Trece Años, murió después de 1462. El único que se despidió de la vida al poco del asalto, sufriendo además una muerte violenta, fue Jakub Nadobny de Rogów, quien en verano de 1431 cayó en Lutsk, en la guerra contra el rebelde Svitrigaila. <<

[94] *El príncipe se ha retirado a Lituania:* Tras la caída de Gliwice, Segismundo Korybutovich se retiró a Bohemia, en 1431 combatió en Domazlice. Después regresó a Lituania, donde tomó partido por Svitrigaila, que se había rebelado contra Polonia. Pereció en la batalla de Wilkomierz, fatídica para los rebeldes, a orillas del río Swieta, el 1 de septiembre de 1435. Ocurrió, tal y como le había profetizado aquel espectro en Odry, un jueves, catorce días antes de la fecha del equinoccio de otoño.

<<

[95] *Juzgará entre las gentes, será árbitro de pueblos numerosos...: Isaías, 2, 4. [N. del T.] <<*

[96] *Se unió a nosotros después de la victoria en Domazlice...: Hayn von Czime se unió a los husitas de Niemcza en 1432 y asociado a ellos saqueó Silesia. En 1434, después de la batalla de Lipany, cuando se volvieron las tornas, decidió salvar el pellejo cambiando nuevamente de bandera. En agosto de 1434 arrastró a Bedrich de Stráznice a una expedición de pillaje contra Lwówek, brindándole hospitalidad por el camino en el castillo de Falkenstein, propiedad de su hermano. Allí capturó a Bedrich a traición, de noche, mientras dormía, y lo entregó a la gente de Swidnica. Bedrich estuvo hasta diciembre encerrado en la torre de Swidnica, de donde salió —al igual que Piotr el Polaco— tras pagar un rescate, gracias a los acuerdos que establecían que los calixtinos moderados checos, vencedores, se comprometían a entregar a los silesios Niemcza, Wierzbno y Otmuchów.*

Bedrich de Stráznice, último hetmán de las tropas de campo del Tabor, llegó a un entendimiento en 1436 con el emperador Segismundo y condujo a los restos de los taboritas a Hungría, a combatir a los turcos. Murió en 1459. <<

[97] *¡No abandonéis la hradba!*: En checo, literalmente, «la muralla». [N. del T.] <<

[98] *Se han consumido de tristeza mis ojos...*: Salmo 31. [N. del T.] <<

[99] *La vodka actúa tal y como indica su nombre...*: La palabra «vodka» (wódka en polaco) significa, literalmente, «agüilla». [N. del T.] <<

[100] *A la alta fantasía faltan fuerzas...: Dante, Divina Comedia, «Paraíso», XXXIII.*

<<

[101] *Porque Dios traerá toda obra a juicio...*: Eclesiastés, 12, 14. [N. del T.] <<